



MONTEPERDIDO

AGUSTÍN MARTÍNEZ

PLAZA  JANÉS

AGUSTÍN
MARTÍNEZ

MONTEPERI

PLAZA  JANÉS

www.megustaleerebooks.com

A Laura, por darle sentido a todo.

En memoria de Gonzalo Martínez

Montiel:

*aunque (creo que) sé qué habría dicho
de esta novela,
me hubiera gustado tanto
escucharlo...*

El ciervo

—Deja que las niñas jueguen —le dijo Raquel.

Su hija había escalado un pequeño montículo hundiendo las manos en la nieve. Las huellas de su

ascenso se habían convertido en diminutos agujeros negros. Una vez arriba, intentaba ponerse en pie sin perder el equilibrio. Extendía sus brazos en cruz, inestable. Amenazaba con caer al suelo en cualquier momento y bajar rodando por la nieve. Se reía.

Se reía como si fuera víctima de un ataque de cosquillas.

Sus botas de agua se

hundieron hasta los tobillos y le dieron la sujeción suficiente para agacharse a recoger nieve y hacer una bola. Estaba nerviosa, como una mañana de Reyes, reía e intentaba darse prisa. La emoción la hacía torpe, y tan pronto llenaba sus manos de nieve, se le caía al suelo. Ana sólo tenía once años.

—Verás, al final se harán
daño —refunfuñó

Montserrat al sentarse junto a Raquel.

A los pies del montículo estaba la hija de Montserrat. Agachada, temía el impacto de la bola de nieve que Ana intentaba formar. Eran de la misma edad. Eran vecinas. Eran inseparables.

—Ha nevado mucho —le contestó Raquel—. Si se caen, no les va a pasar nada. Además, tienen la cabeza muy dura.

Aquella mañana, cuando Ana vio que la tormenta había cesado, entró en la cocina corriendo y exigiendo que su madre la llevara a jugar a la calle. Raquel estaba terminando de recoger el desayuno. Le prometió que lo haría, aunque habría preferido quedarse en casa, al calor de la calefacción. Antes de comer, fueron a la casa de su vecina, Montserrat. Ana

corrió a buscar a su amiga en cuanto les abrieron la puerta. Batalla de nieve, gritaba.

Unos minutos después, Raquel y Montserrat paseaban con sus hijas. Las dos niñas, Ana y Lucía, correteaban unos metros por delante, embutidas en sus gorros, guantes y abrigos de plumas. Fucsia el de Ana, azul marino el de Lucía. Dos bolas chillonas y danzarinas

moviéndose en zigzag sobre la nieve y que no pararon hasta llegar al parque.

El montículo al que había subido Ana era, en realidad, el tobogán, que había desaparecido bajo la nevada. En la cúspide, Ana lanzaba bolas de nieve e intentaba poner la voz tan grave como podía. Quería parecer un ogro, un monstruo malvado. Abajo, Lucía buscaba refugio tras los columpios,

convertidos en parapetos blancos, helados.

El día había amanecido despejado, el sol se reflejaba en la nieve y le calentaba la piel a Raquel. Cerró los ojos y respiró con fuerza el aire que bajaba de la montaña: frío y limpio como un manantial. A su lado, Montserrat se encogía en el interior de su abrigo buscando calor.

No había silencio, sino un

ruido agradable, suave. El murmullo del viento entre los árboles era una cama elástica sobre la que rebotaban las voces y las risas de las niñas. Raquel no tenía prisa. Recordó el olor de su cama, la piel de su marido abrazándola entre las sábanas al despertar.

El río descendía oculto por una fina capa de hielo.

El pueblo latía en silencio

bajo la nieve. Regular,
constante.

Un ciervo surgió entre los árboles que rodeaban el parque. Raquel abrió los ojos, como si hubiera notado su presencia. Tenía nieve en las astas, sobre el lomo. Dio unos pasos hacia ellas, ajeno a las niñas, sin miedo.

—No puede ser —
murmuró Montserrat al ver cómo se acercaba.

Raquel le chistó para que

no hiciera ruido ni llamara a las niñas. «No te muevas», le dijo. El ciervo caminó hasta donde estaban sentadas. Hundía ligeramente sus pezuñas en la nieve. El sol le daba a su pelo un tinte cobrizo. Le parecía más alto que ningún otro ciervo que hubiera visto antes. Un gigante. Cuando estaba a sólo unos metros, Raquel cerró los ojos de nuevo. Lo imaginó pasando

a unos centímetros de ella, deteniéndose un instante para mirarla, para olerla. Pudo sentir su aliento. Como si fuera la respiración de ese pueblo, de esas montañas.

Cuando volvió a abrir los ojos, el ciervo ya no estaba.

Las niñas se lanzaban bolas de nieve entre risas.

Supo que esa imagen se quedaría grabada en su memoria. Que, con el tiempo, volvería a buscarla

en sus recuerdos, como el
que busca la protección del
hogar.



Monteperdido,
conmocionado
por la
desaparición de

dos niñas de 11 años.

Ana M. G. y Lucía C. S., de once años, salieron del colegio Valle del Ésera a las 17.00 del pasado jueves 19 de octubre de 2009. Siguieron el camino que hacían cada día de regreso a sus hogares, en la urbanización Los Corzos, a las afueras de la localidad oscense de Monteperdido.

Sin embargo, nunca llegaron a casa.

«Sabemos que las primeras horas son fundamentales. No hemos podido hacer tanto como hubiéramos querido, pero seguiremos trabajando hasta que Ana y Lucía vuelvan a casa», ha indicado un portavoz de la policía que, además, ha negado que en el lugar donde se pierde el rastro de las niñas hubiera ningún signo de violencia que haga temer un final dramático.

Los padres de las niñas han rehusado hacer ningún tipo de declaración pública, aunque sí han transmitido su dolor e incomprensión a través de un portavoz de las familias. Sus hijas

conocían perfectamente el camino, así que descartan la posibilidad de que se perdieran y se preguntan quién ha podido llevárselas. Una respuesta que esperan pronto puedan dar las propias niñas.

Un pueblo golpeado por la noticia

Monteperdido es un referente turístico por su espectacular naturaleza, entre dos parques naturales y los picos más altos de los Pirineos. Ana y Lucía eran bien conocidas por los vecinos del pueblo. Buenas estudiantes y vecinas puerta con puerta, Ana y Lucía eran, además, inseparables.

Aunque los vecinos hacen lo posible por ayudar, cierta impaciencia se empieza a apoderar del pueblo ante la

falta de resultados. Nadie vio ni oyó nada y es como si las dos niñas simplemente se hubieran esfumado. La Guardia Civil ha desplazado a varios agentes especializados en la desaparición de menores de edad para que lideren la investigación.

«Sabemos que es difícil, pero pedimos paciencia y respeto a las familias —ha señalado uno de los agentes recién incorporados—. La situación es traumática y esperamos poder resolverla cuanto antes y, para conseguirlo, necesitaremos todo el apoyo, tanto de vecinos como de medios de comunicación.»

«Queremos creer que las niñas están bien. A esa esperanza es a lo que nos agarramos», ha confesado un familiar

cercano a las niñas. Una esperanza que
une a todo Monteperdido.

Monteperdido

5 años después

1

El deshielo

El hielo del glaciar se deshacía con el calor del verano. Las placas se agrietaban con un leve crujido y un fino riachuelo de agua se filtraba por las

paredes de la montaña que había frente al pueblo y que le prestaba su nombre: Monteperdido.

A pocos kilómetros de allí, carretera abajo, en el fondo de un barranco, las ruedas delanteras del coche aún giraban por la inercia. Estaba del revés, el parabrisas convertido en una telaraña de cristales rotos, envuelto en una nube de polvo y humo. Unos cien

metros arriba, el sendero de tierra por el que se había despeñado bordeaba la montaña. Su caída había dejado un rastro de árboles quebrados y surcos en la tierra de la ladera.

El viento arrastró el humo y descubrió un charco rojo en el interior del coche. Un hilo de sangre, como agua de un grifo mal cerrado, seguía alimentándolo. Nacía en la frente del conductor,

que, atado con el cinturón de seguridad, estaba suspendido boca abajo. El golpe le había partido el cráneo.

Sólo se oía el viento y, después, un gemido. Una respiración que era casi un llanto. Una chica con los brazos marcados por una fina lluvia de cortes, la ropa hecha jirones y una maraña de pelo dorado sobre la cara, se arrastró fuera del coche. Salió por la ventanilla

trasera, también rota. Sus muslos no consiguieron evitar el roce de los cristales, que se hundieron en la carne. No tenía más de dieciséis años. Contuvo el dolor y, con un último esfuerzo, logró sacar todo su cuerpo. Entonces, se dejó caer, agotada. Se quedó tumbada. La respiración, todavía irregular, hacía que su cuerpo temblara con cada bocanada.

El lugar donde se había estrellado el coche era prácticamente inaccesible. Un pronunciado desfiladero, entre unas montañas que conservaban nevados sus picos.

Junto al barranco, una carretera serpenteaba por el valle. Un todoterreno se había detenido en el arcén. Desde allí, un hombre de unos treinta años miraba al fondo del cortado. Se quitó

las gafas de sol para asegurarse de lo que veía: un coche despeñado. Buscó en la guantera del todoterreno su móvil e hizo una llamada.

La plaza cerrada de la iglesia de Santa María de Laude, en Monteperdido, llevaba casi cinco años acogiendo los actos en recuerdo de las niñas. Desde el principio, se convirtió en el lugar de

reunión para las familias y los vecinos del pueblo, también para los forasteros, los periodistas. Hubo altares improvisados junto a las puertas de la iglesia, flores y juguetes, mensajes... Todo el mundo quería dejar muestra de su dolor, de su rabia.

El sargento de la Guardia Civil, Víctor Gamero, recordaba que los primeros en desaparecer fueron los

periodistas. Antes, aunque en esa época sólo era un agente más en el puesto de Monteperdido, tuvo que lidiar con el acoso a las familias, con las multitudes que acudían desde otros pueblos para participar en una lucha que, según decían, nunca abandonarían. No hasta que Ana y Lucía volvieran.

Suponía que Joaquín Castán, el padre de Lucía,

estaba enfadado. Ahora no había periodistas ni forasteros. Sólo vecinos de Monteperdido, y tampoco estaban todos. Había pasado demasiado tiempo y el pueblo no podía detenerse cada vez que Joaquín decidía organizar un acto para impulsar la investigación.

Había dos grandes fotos de las niñas, una a cada lado de la mesa donde estaban

sentados los padres. Lucía y Ana sonreían a la cámara. La primera con los ojos achinados y una mueca pícara, como si la hubieran descubierto en mitad de un juego privado. Ana, con la boca abierta, dejaba ver su dentadura mellada. El sol del verano le había dejado un brillo dorado en la piel, una melena casi blanca de tan rubia que contrastaba con sus profundos ojos negros.

Eran felices cuando les hicieron esas fotografías y, sin embargo, ese día, mientras el padre de Lucía se quejaba de los escasos recursos que destinaba la policía a su búsqueda, las fotografías de las niñas resultaban tristes.

El sargento Víctor Gamero notó la vibración de su móvil y se alejó de la plaza para contestar la llamada. Uno de sus agentes,

Burgos, le explicó la situación trastabillando a cada palabra. Sabía que no le iba a gustar nada lo que había pasado.

—¿Por qué nadie me ha avisado? ¿Quién lo ha ordenado? —preguntó Víctor.

Deberían haberlo hecho. Ahora, él estaba a cargo del puesto de la Guardia Civil de Monteperdido y habían cortado la única carretera de

acceso al pueblo sin su permiso.

La subinspectora Sara Campos repitió las órdenes al agente. Debía identificar a todos los coches y pasajeros que entraban o salían de Monteperdido. Registrar los maleteros y las cabinas de los camiones. No podía dejar pasar a nadie, aunque fuera conocido. Burgos se quejó

de que la policía planteara esa posibilidad:

—Cuando me pongo el uniforme, soy guardia civil hasta para mi madre —le dijo.

—¿Ha avisado al sargento al mando? —contestó ella, obviando el ataque de dignidad del agente.

—Acabo de hacerlo. Le estará esperando a la entrada del pueblo, en la gasolinera —le respondió Burgos

todavía con un aire de incomodidad.

Sara dio la espalda a Burgos y enfiló sus pasos hacia el coche donde la esperaba Santiago. El viento de la montaña descendió, frío, y ella se arrebujó en una sudadera negra, se subió la cremallera y escondió las manos en los bolsillos mientras el pelo castaño revoloteaba empujado por el aire y la hacía parecer un

junco resistiendo a duras penas las embestidas del aire en un campo abierto.

Cuando su superior la miró desde el coche, Sara no pudo evitar un mohín de desesperación por la conversación con el guardia civil, como la broma del colegial cuando la profesora no mira.

El inspector Santiago Baín tenía el motor encendido y esperaba que

los agentes retiraran las vallas que cortaban la carretera para reanudar el viaje a Monteperdido. Podía haber resuelto todo esto con una llamada de teléfono o convocando a las familias en el hospital de Barbastro, pero prefería ver su reacción en el pueblo. Tenerlos cara a cara en su entorno: sabía que la noticia que tenía que darles no era el final de nada, sino la primera línea

de una historia que aún estaba por contar.

Sara intentó hacer sitio en el asiento del copiloto, atestado de papeles y carpetas. Recogerlos en orden era imposible, así que, antes de sentarse, hizo una montaña con ellos y los colocó en el salpicadero.

—A ver si hace caso y registra los maleteros —dijo con poca esperanza—. Creo

que no le hace mucha gracia desconfiar de sus vecinos.

Burgos apartó la valla y dio paso al coche. El inspector Baín avanzó por la estrecha carretera que recorría el valle hasta el pueblo. Empezaba a ponerse el sol, aunque no era tarde. El camino, paralelo al río Ésera, quedaba entre dos grandes macizos montañosos. El Pirineo Central se levantaba a

ambos lados y bañaba en
sombra el valle. La vía
ascendía empinada y se
estrechaba en algunos
tramos, serpenteando
montaña arriba pero lejos de
las cimas que punteaban el
cielo. Los rayos de un sol
poniente se colaban a veces
entre los bosques, dando al
verde rabioso de sus hojas
un reflejo rosado. Sara
perdió durante un instante la
mirada en el paisaje, en

plena efervescencia ese doce de julio. Un ciervo, en lo alto de un risco, parecía mirar el coche pasar pero, luego, en un movimiento rápido, giró la cabeza y saltó desapareciendo entre los árboles.

Sara sonrió y cogió el montón de papeles que había dejado sobre el salpicadero.

—Joaquín Castán y Montserrat Grau son los padres de Lucía. Cuarenta y

siete y cuarenta y tres años respectivamente. Además de Lucía, tienen otro hijo, Quim. Ahora tendrá diecinueve años... Joaquín Castán es el que ha llevado toda la actividad de la Fundación...

—Lo he visto en televisión alguna vez —dijo Santiago sin apartar la mirada de la carretera.

—La madre de Ana se llama Raquel Mur. Es más

joven. Cuarenta recién cumplidos.

—¿Y el padre?

—En el expediente no figura su residencia actual.

—Sara revolvió los papeles en busca de ese dato con desesperación—. Es un desastre. No me extraña que nunca encontraran a las niñas. No hubo controles de carretera hasta setenta y dos horas después; llegaron tarde para recoger pruebas en el

escenario del secuestro; cuando llamaron a la científica, la lluvia había borrado cualquier rastro...

—¿Los padres de Ana están separados?

—No legalmente. Pero sí de hecho. Álvaro Montrell fue el único que estuvo detenido en todo el proceso. Sólo un par de días. En realidad, no tenían nada en firme. Supongo que el

matrimonio se iría a tomar por saco.

Sara levantó la mirada y vio que Santiago se había puesto las gafas para conducir.

—Estás muy guapo con esas gafas —dijo en tono burlón.

—Cuando empieza a escasear la luz, veo fatal... ¿Qué quieres que haga? ¿Me hacen muy viejo?

—No más de lo que eres.

—Algún día, tú también tendrás mis años, y no te hará ninguna gracia que una niña se ría de tu presbicia —le contestó Santiago Baín con una sonrisa.

Sara se quedó mirando a su «jefe». Las arrugas le moldeaban el rostro, pero no era una cuestión de edad. O, al menos, no era sólo una cuestión de edad. Habían estado allí desde que Sara le conoció y, al echar la vista

atrás, recordó que lo primero en lo que pensó al ver al inspector Baín y su cara amasada por las arrugas fue en un garbanzo.

La carretera se hundió bajo dos enormes montañas. Esa zona del Pirineo reunía la mayor concentración de picos por encima de los tres mil metros, una de las circunstancias que habían

dificultado tanto el caso. El río Ésera fluía paralelo a la carretera y, al levantar la vista de los informes, Sara pensó que estaban recorriendo una vía muerta, que el asfalto terminaría al pie de la montaña y jamás llegarían al pueblo que se escondía al otro lado. El monte Albádes y el collado Paderna se elevaban como dos enormes efigies, dos guardianes eternos que

decidían a quién dejaban
atravesar sus muros y a
quién no. Al tomar una
última curva, Sara vio que la
carretera se internaba en el
monte Albádes a través de
un pequeño túnel y, como
una aguja atraviesa la tela en
una breve puntada, cruzaron
la montaña y, ante ellos, se
abrió el «valle escondido»,
como lo llamaban en los
folletos turísticos.

En el horizonte podía ver

el núcleo urbano de Monteperdido. Casas negras, silenciosas, punteadas por pequeñas luces amarillentas ahora que el sol se había puesto. Más que una construcción humana, Sara tuvo la sensación de que esas viviendas eran también obra de la naturaleza, como las sierras que las rodeaban, resultado de movimientos sísmicos y siglos de erosión.

Un cartel al borde de la

carretera daba nombre al estrechamiento de las montañas que acababan de atravesar: CONGOSTO DE FALL.

A lo largo del viaje, Sara no había dejado de señalar los múltiples errores de la investigación: testimonios parciales, lentitud en la respuesta policial, interrogatorios mal dirigidos... A Santiago Baín

no le sorprendía; sabía cómo eran los guardias civiles de pueblos así. Ya había trabajado con ellos en otros casos. Eran muchos años de carrera: casi treinta y cinco en el cuerpo.

Sin embargo, ahora guardaban silencio, cohibidos por el paisaje. Pasados unos minutos, el inspector Baín se decidió a romperlo:

—No sé qué he hecho mal

—bromeó—. Se supone que siempre le toca conducir al novato.

—Elegiste mal a tu compañera. El día que me saqué el carnet juré que no volvería a coger un coche.

—¿Y qué vas a hacer cuando yo no esté?

—Caminar —respondió Sara tras una pausa, como si hubiera dado con la respuesta correcta.

A la derecha de la

carretera se abría una explanada en la que estaba la gasolinera que les habían indicado, aunque en realidad era tan sólo un surtidor. El todoterreno de la Guardia Civil estaba allí aparcado. Tenía los faros encendidos y había una silueta ante él. Ya era noche cerrada. Santiago retuvo a Sara cuando iba a bajar del coche.

—Esta vez yo llevaré los interrogatorios.

Sara notó que Santiago intentaba sonar casual, como si fuera un comentario intrascendente, pero que en realidad llevaba mucho tiempo esperando el momento adecuado para decirlo.

—¿Por qué? —preguntó ella con la sensación de que había hecho algo mal.

—Tú encárgate de dejarle las cosas claras a la Guardia

Civil local. Que se den cuenta de quién manda.

—Siempre haces tú de tocapelotas —protestó tímidamente.

—No me queda mucho en el cuerpo. Déjame que, por una vez, crean que soy un abuelo entrañable —intentó bromear Santiago, aunque no consiguió apartar la incomodidad que se había creado entre los dos.

Santiago bajó del coche.

Sara se tomó un segundo antes de seguirle. Lo vio avanzar bajo la luz de los faros. Él no solía imponerle órdenes sin más. Podía hacerlo, era su superior, pero la relación que les unía era diferente. Como ahora, Sara sabía que no había ningún argumento policial bajo su mandato. Tampoco esa excusa absurda de que quería caer simpático. A Santiago no le interesaba la

simpatía de nadie, menos aún de la gente relacionada con los casos. La razón era otra. La razón era ella. Santiago la apartaba de la relación directa con los implicados en la desaparición de las niñas como el padre cambia de canal para evitar que su hijo vea una escena desagradable en una película.

—Puto Garbanzo —

murmuró Sara antes de decidirse a salir del coche.

El sargento Víctor Gamero vio salir a los dos agentes del Servicio de Atención a la Familia de la Policía Nacional. Hace cinco años, habían sido miembros especializados de la Guardia Civil los que habían llevado la investigación. No entendía qué hacía allí la

Policía Nacional ni por qué habían cortado la carretera. El primero en acercarse a él fue un hombre mayor, vestido de traje. Se guardó unas gafas en el bolsillo interior de la chaqueta y le tendió la mano con una sonrisa amable.

—Inspector Santiago Baín, del SAF.

—Víctor Gamero, sargento a cargo del puesto de Monteperdido. ¿Qué ha

pasado? Deberían haberme informado si querían cortar la carretera.

—En realidad no la hemos cortado. Sólo hemos establecido un control —se explicó el inspector Baín.

—¿Por qué?

Santiago no contestó y se giró hacia su compañera. Ella se acercaba con paso decidido mientras se recogía el pelo en una coleta improvisada. No era muy

alta, de rasgos suaves. Vestía vaqueros y una sudadera negra que se arrugaba sobre la pistola que llevaba en la cintura.

—Ella es la subinspectora Sara Campos —le dijo el policía.

Víctor le tendió la mano y Sara tardó unos instantes de más en estrechársela. Apenas si le dedicó un segundo para luego perder la

mirada en el paisaje que rodeaba el pueblo.

—Queremos ver a las familias de las niñas —dijo Sara.

—¿Ha pasado algo?

—Si estamos aquí, es porque ha pasado algo, ¿no cree? —le respondió seca y, sin darle tiempo a contestar, añadió—: Iremos detrás de usted.

Sara dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia el

coche. Víctor se tragó su rabia mientras veía cómo el inspector Baín sonreía; pensó que la prepotencia de su compañera parecía divertirse.

Víctor cruzó Monteperdido por la avenida de Posets. En el espejo retrovisor podía ver el coche de los agentes del Servicio de Atención a la Familia siguiéndole. Llegó

al cruce con la carretera que subía al hotel de La Guardia y tomó el desvío a la urbanización Los Corzos. Cruzó el puente nuevo sobre el Ésera. Había llamado a Joaquín Castán, el padre de Lucía; el acto ya había terminado y habían vuelto a casa. No pudo explicarle por qué necesitaba hablar con ellos. Poco después, se puso en contacto con el comandante en Barbastro.

Al parecer, la decisión de que el SAF se pusiera al mando de la investigación venía de muy arriba. Le pidió colaboración con los inspectores. Víctor Gamero aparcó el coche frente a las dos casas; eran las últimas de la urbanización. El dúplex de la familia de Ana lindaba con el pinar a la derecha y a su espalda. Adosada, estaba la casa de Lucía.

Sara se bajó del coche y miró las dos casas siamesas: compartían una pared. Aunque intentaban conservar el estilo de las viviendas tradicionales de Monteperdido, con el predominio de la piedra y los techos de pizarra, no dejaban de ser un simulacro. Era una urbanización de construcción reciente. En la

casa de la izquierda había un pequeño altar junto a la puerta del jardín. Una foto de Lucía, rodeada de flores recién cortadas, tres peluches viejos y una pizarra en la que se podía leer: 1.745 DÍAS SIN LUCÍA. En la de la derecha, no había nada que la identificara como la casa donde había vivido Ana. El sargento de la Guardia Civil se acercó a Sara.

—¿Reúno a las dos familias? —le preguntó Víctor.

Sara vio cómo se abría la puerta de la casa de Lucía. En el umbral, estaba su padre, Joaquín Castán. Podía reconocerlo por las fotos del expediente.

—¿Les has avisado de que veníamos? —Y más que una pregunta era una acusación.

—Me ha pedido que los

localice —respondió
molesto Víctor.

Sara clavó una mirada tensa en Víctor y, entonces, el guardia civil se dio cuenta de que era la primera vez que le miraba de verdad.

—Primero queremos hablar con la madre de Ana —dijo Sara.

Luego miró a la espalda de Víctor, a su todoterreno. Él siguió su mirada; en el

asiento trasero se podía ver la silueta de un perro.

—Es mi perro —se explicó Víctor—. ¿Él tampoco podía saber nada? Porque nos ha oído hablar en la gasolinera.

Sara esbozó una sonrisa, aunque la borró tan rápido como pudo. La mirada de Santiago, al acercarse a ellos, le recordó su papel. Esta vez, tenía que ser la mala de la pareja y tuvo la

sensación de estar interpretando un cliché, un modelo de policía que sólo existía en la ficción. Después, Sara se alejó rumbo a la casa de Raquel Mur para que el guardia civil no notara su inseguridad. Antes de llegar, Santiago le había dado permiso para dar la noticia. No era de estas situaciones de las que quería alejarla.

—A partir de ahora,

cualquier decisión que quiera tomar, mejor compártala con nosotros. Tenemos que ser detallistas. Lo entiende, ¿verdad? —Y Santiago Baín puso una mano conciliadora en el hombro de Víctor. Era joven para ser el sargento del puesto y esperó que no fuera difícil que se pusiera de su parte.

Raquel Mur abrió la puerta de la casa y, al encontrar a Sara al otro lado, se abotonó incómoda la camisa que llevaba y que dejaba ver buena parte de su escote. Era azul, de cuadros, un modelo masculino que le llegaba hasta los muslos y dejaba ver sus piernas desnudas. Era evidente que no esperaba recibir a extraños.

—Sara Campos,
subinspectora del Servicio

de Atención a la Familia, ¿le importa que pasemos? —se presentó mostrando su identificación.

Se fijó en los pies desnudos de la madre de Ana, cómo pisaban casi con miedo el suelo de madera camino del salón. Tras Sara, pasaron Santiago Baín y el sargento de la Guardia Civil. Raquel estaba desconcertada y sus ojos castaños buscaron a Víctor a la espera de una

explicación. Le temblaron las piernas al sentarse en el sofá. ¿Qué preguntas podía estar haciéndose esa mujer que había perdido a su niña cinco años atrás?, pensó Sara. No quiso dilatar su angustia. Se sentó en una mesa centro frente al sofá y la cogió de las manos. Miró a Raquel con una sonrisa.

—Pocas veces tenemos la suerte de dar noticias como

ésta —le dijo Sara—.

Hemos encontrado a Ana.

Raquel Mur notó que el aire se congelaba en su interior, como si, de repente, todo su cuerpo se encogiera. Sintió una contracción en la garganta que llegó a dolerle y se agarró aún con más fuerza a la policía.

—Está bien —añadió Sara.

El calor de las lágrimas rebosó sus ojos. Muda,

Raquel sintió cómo una sonrisa se hundía en su rostro. Se llevó las manos a la boca. Quiso decir mil cosas pero sólo pudo llorar.

Víctor Gamero acompañó a Raquel a un coche. Se había vestido, los mismos vaqueros y camiseta que llevaba en el acto de la plaza de la iglesia, sólo unas horas antes, y caminaba nerviosa,

retrocediendo un par de pasos, como si hubiera olvidado algo en la casa, para volver a avanzar, decidida. Entonces se detuvo de golpe, como si le acabara de venir a la mente la imagen de eso que olvidaba. Miró a la casa de Montserrat y le murmuró al sargento:

—Tengo que decírselo a Montserrat.

—Los policías van a hablar con ellos —le dijo

Víctor Gamero mientras suavemente le hacía dar la espalda a la casa.

Tras el ventanal que daba al jardín delantero de la casa, pudo ver la silueta de Montserrat. La madre de Lucía ya debía haberse dado cuenta de que no les esperaban buenas noticias. Su marido, Joaquín Castán, seguía esperando en el umbral de su puerta, no se decidía a pisar el jardín.

Santiago Baín y Sara Campos pasaron en silencio, seguidos por Joaquín. Montserrat, en el salón, se limpió las manos, nerviosa, con un trapo de cocina en el que parecía sostenerse y que no abandonó hasta que Joaquín le pidió que se sentara junto a él en el sofá. Las paredes eran un altar a la memoria de su hija perdida; la sonrisa de Lucía se repetía en decenas de

fotografías que también mostraban su crecimiento, desde que era un bebé hasta los once años, edad en la que desapareció.

—Esta mañana, en la carretera, a unos sesenta kilómetros al sur, encontraron un coche accidentado. Se había despeñado por un barranco —les explicó el inspector Baín poco después—. Una llamada dio el aviso a los

servicios de emergencia, que desplazaron un helicóptero desde Barbastro. La zona donde había caído el coche era inaccesible a pie. Cuando llegaron, el conductor, un hombre de unos cincuenta años, ya estaba muerto. Seguramente falleció en el acto, por el golpe, pero esperaremos para confirmarlo con los datos de la autopsia. También había una chica.

Estaba inconsciente, pero sin heridas de gravedad. La trasladaron al hospital de Barbastro y allí se procedió a su identificación. No llevaba ninguna documentación personal, pero sus huellas estaban registradas. Era Ana Montrell. Fue entonces cuando mi compañera y yo nos desplazamos al hospital.

—¿Y mi hija? —murmuró

Montserrat.

—En el coche no había nadie más.

—¿Y si se alejó del coche? ¿Y si está por los alrededores?

—Ordenamos varias pasadas con el helicóptero para descartar esa posibilidad —intervino Sara.

—Está muerta —se rompió Montserrat, incapaz de encontrar otra explicación a la aparición de Ana.

—No tenemos nada que

nos haga suponer que sea así —la tranquilizó Santiago cogiéndole las manos con fuerza—. Sé que es duro, pero no deben venirse abajo. Llevan mucho tiempo buscando a su hija y, en estos cinco años, nunca hemos estado tan cerca.

—¿Quién era el hombre?

—preguntó seco Joaquín, que se había mantenido erguido y casi inmóvil en el sofá, como el ciervo que

Sara había visto en el risco, escuchando con atención cada una de las palabras de los policías.

—Todavía no lo hemos identificado. Los servicios de emergencias priorizaron el rescate de la chica. Mañana, a primera hora, volverán para sacar el cuerpo del hombre e intentar levantar el coche...

Joaquín Castán guardó silencio unos segundos.

Montserrat seguía llorando a su lado, Santiago no le había soltado las manos. Sara vio cómo Joaquín miraba las manos del policía cogidas a las de su mujer antes de preguntarles.

—Ese hombre del coche, ¿fue el que se llevó a mi hija?

Ésa era la sospecha de los policías. Sin embargo, había sido imposible acceder al cuerpo del hombre, atrapado

entre los hierros del coche. Iban a reanudar las tareas a primera hora de la mañana. El coche no tenía matrícula y, para poder hacer un rastreo del vehículo, Sara necesitaba conseguir el número de bastidor. Algo que no podría hacer hasta que sacaran el coche del barranco.

—Voy a acompañar a la madre de Ana al hospital — le dijo Santiago a Sara

cuando salieron de la casa de los padres de Lucía—. Pídele al sargento Gamero que te lleve al puesto de la Guardia Civil, a ver si puede cedernos un despacho. Y busca algún sitio para dormir. Mañana tenemos que estar funcionando al cien por cien.

Al final de la calle principal, donde las casas de

Monteperdido terminaban y empezaba la carretera que ascendía a las montañas, estaba el hostel La Renclusa. Víctor le había dicho que era el que mejores habitaciones tenía en el pueblo. Los hoteles de cuatro o cinco estrellas estaban en Posets o incluso más arriba, allí donde la carretera moría. Una chica de gestos nerviosos y rasgos de pájaro les guió al segundo piso. Le

describió atropelladamente los servicios del hostel, las horas de las comidas, pero Sara no prestaba atención a sus palabras. Se fijó en la chica, muy joven; apenas mayor de edad, en su fragilidad, como la de la muñeca de porcelana que puede romperse en cualquier momento. Se llamaba Elisa y estaba abriendo la ventana de una de las habitaciones, orientada al noreste. Le

hablaba de lo espectaculares que eran los amaneceres desde esa ventana, cuando el sol nacía por encima del monte Ármos. A pesar de que llevaba ropa holgada, como si no quisiera descubrir las verdaderas formas de su cuerpo, Elisa era guapa. Una belleza que su dueña intenta esconder.

—¿Quiere que le prepare algo de cena? —le preguntó.

—No, gracias, cariño —le

contestó Sara—. Sólo necesito la llave de las dos habitaciones. —Luego, recorrió con la mirada la camisa de manga larga de Elisa, la rebeca que le caía ancha en los hombros y preguntó con una sonrisa—: ¿Hace frío aquí?

—Por las noches refresca un poco. Pero a estas alturas de julio la temperatura no suele bajar de los veinte grados —dijo ella un poco

azorada hasta que reparó en cómo la policía analizaba su ropa y añadió, nerviosa—: Yo es que soy un poco friolera.

—Llevar la talla grande no abriga más —bromeó Sara.

El inspector Santiago Baín conducía en silencio, deslizándose en la noche, carretera abajo, rumbo a

Barbastro. Raquel, sentada a su lado, tenía la cabeza girada hacia la ventanilla. No había dicho nada desde que subieron al coche. Tampoco habría sabido qué decir. Cientos de recuerdos se agolpaban en su memoria, como una legión de niños intentando salir por una puerta demasiado estrecha.

Hacía tan poco tiempo que había descolgado la fotografía de su hija del

estrado de la iglesia, ¿dos, tres horas? Raquel recordó que, cuando la guardaba en el maletero de la furgoneta de Joaquín, pensó que estaba harta de esos actos. De seguir reviviendo una y otra vez el dolor de la pérdida y que si hubiera tomado la palabra sólo habría reivindicado su derecho a seguir adelante, a aceptar y a superar esta desgracia que ya se extendía como una

mancha de aceite durante casi cinco años.

Pero jamás se había permitido expresar esos sentimientos en voz alta. Ni siquiera a Ismael, aunque él ya se había dado cuenta de que ella no quería seguir participando en la Fundación. Era una conversación que tenía pendiente con los padres de Lucía y que suponía que Joaquín no encajaría bien.

«Soñaste con hallar el cadáver de tu hija», se decía Raquel en el coche ahora, rumbo a Barbastro, rumbo a Ana.

¿Por qué no había tenido la fuerza, el coraje, de los padres de Lucía? Gracias a ellos, nadie había olvidado el nombre de las niñas. ¿Qué habría pasado si no los hubiera tenido a su lado? Sobre todo al principio,

cuando la investigación se centró en su marido.

Más recuerdos, relámpagos en la memoria, de días que le parecían confusos, como imágenes mal enfocadas, fragmentos de una película sin sentido. A la desaparición de Ana, al pánico que eso supuso, le siguió la detención de Álvaro. El desconcierto de mirar a su marido como si fuera un extraño. La

sospecha de que él podía haberle hecho daño a su propia hija. Después, como una marea que se retira y que, al hacerlo, transforma la playa y deja al descubierto las piedras que se escondían bajo la arena, las acusaciones contra Álvaro se alejaron, aunque ya nada volvió a ser lo mismo entre ellos.

Y, ahora, Ana. En el hospital de Barbastro,

esperándola. Cinco años después.

Un tiempo durante el que Raquel había intentado reconstruirse. Pieza a pieza, como un rompecabezas que se cae de la mesa y que, con paciencia, hay que volver a armar. Ismael Calella había sido fundamental en esa tarea. Llegó a Monteperdido cuando la desaparición de las niñas todavía estaba reciente —¿cuándo dejó de

considerar la desaparición de Ana algo «reciente»?—. Álvaro se había marchado y ella se sentía incapaz de retomar el trabajo, el negocio de reformas que con tanta ilusión había empezado sólo unos meses antes de que todo explotara. Ismael se ofreció para trabajar de carpintero a comisión. Era ocho años más joven que ella, tenía el empuje que le faltaba. Consiguió que

volvieran los encargos de reformas y, con ellos, al lado de la juventud de Ismael, reencontró esa sensación de rutina que tanto necesitaba.

Cuando se despidió de él en la plaza de la iglesia, después del acto, le susurró al oído: «Te espero en casa». Hacía sólo unas semanas que se habían acostado por primera vez. A veces le resultaba tan evidente que había buscado en Ismael lo

opuesto a su marido, que le daba vergüenza. ¿Por qué seguía llamando a Álvaro «su marido»?

A Ismael era a quien esperaba cuando los policías llamaron a su puerta. Desnuda bajo una de sus viejas camisas, con dos copas de vino servidas en la cocina, un cigarro apoyado en el cenicero y que ahora se dio cuenta de que ya se habría consumido.

Abrió la puerta y volvió Ana.

Iba a su encuentro, carretera abajo.

Víctor conducía en silencio hacia el puesto de la Guardia Civil. En el asiento trasero, su perro, un husky de siete años, respiraba agitado. A su lado, Sara intentaba poner algo de orden a la montonera de papeles del expediente

mientras garabateaba algo en los márgenes. Víctor la observó disimuladamente, su mirada hundida en los papeles como si fueran un pozo, su mano dibujando trazos firmes con el lápiz. En la gasolinera le pareció prepotente, pero le había sorprendido cómo había tratado a Raquel y, sobre todo, a Elisa. Unos segundos le bastaron para ir más allá de la primera impresión,

entrever la personalidad de Elisa y establecer un hilo de confianza con ella. Era posible que la reconociera del expediente de las niñas, aunque habían pasado muchos años y Elisa ya no era la adolescente de entonces.

—Supongo que te conoces de memoria estas carreteras, pero iría más tranquila si miraras de vez en cuando hacia delante —

dijo Sara sin apartar sus ojos de los papeles.

Víctor volvió la mirada al frente; esperaba que ella no hubiera notado su rubor. El puesto de la Guardia Civil era nuevo. Hacía dos años que lo habían inaugurado en la carretera del colegio.

—¿Cómo se llama? — preguntó Sara cuando aparcaron.

—Víctor —contestó él, molesto.

—Tú no. El perro.

—Nieve. ¿Te gustan los perros?

—La verdad, no mucho
—dijo Sara saliendo del coche sin confesar el miedo irracional que le provocaban y que había soportado en silencio todo el viaje. Primero, en el trayecto al hostel; luego, hasta el cuartel, y siempre sintiendo la respiración del animal en su nuca.

Oyó a Víctor resoplar en el interior del todoterreno antes de bajarse y, después de abrir la parte de atrás y dejar que Nieve saliera al parking, la siguió camino del cuartel.

—¿Viene con nosotros?

—preguntó Sara sin dejar de mirar al perro, que corría libre.

—Tranquila. Se queda fuera.

Raquel avanzó nerviosa por el pasillo del hospital. Las enfermeras murmuraban a su paso. Un médico le abrió una puerta y le señaló el camino. Santiago Baín la siguió hasta la UCI, donde estaba ingresada Ana. Al llegar a la habitación con una pared acristalada, Raquel sintió cómo las piernas le flaqueaban. El inspector Baín evitó que

cayera al suelo sujetándola de un brazo.

—La mantenemos sedada —la informó el médico—. Ha sufrido una conmoción cerebral, aunque esperamos que no revista gravedad. De todas formas, vamos a tenerla en observación un día más, por si surgen complicaciones...

Raquel se volvió nerviosa hacia Santiago.

—¿Puedo tocarla...?

La mirada del policía encontró la complicidad del médico, que abrió la puerta de la habitación. Raquel entró y dio unos pasos inseguros hacia la cama ¿Realmente era ella? Había dado por imposible este momento, lo había eliminado de todos sus sueños y ahora, por eso mismo, le parecía estar flotando en un ambiente

irreal. ¿Podía ser ella?

¿Podía ser Ana?

Se quedó mirándola unos segundos, no se atrevía a tocarla. Tenía miedo a hacerlo, a que, al rozarla, pudiera romper el hechizo y su hija se esfumase. Con ella, desaparecería la cama de hospital, la habitación y los policías. Raquel despertaría sudando en su cama y, entonces, se daría cuenta de que todo esto no

era más que un sueño. Una mentira.

Pero Ana no se desvaneció cuando su madre puso su mano sobre la de ella. Raquel la cogió con fuerza, como si quisiera evitar que escapara. Notó su calor. Luego, sus manos fueron recorriendo todo su cuerpo, palpó sus brazos, sombreados de arañazos, y sus hombros, hasta llegar a su cara. Habían pasado cinco

años y Ana ya no era la niña que había desaparecido. Ahora tenía dieciséis y su cara había cambiado: más afilada, los labios carnosos, la piel blanca. Era casi una mujer.

—¿Alguien ha hablado con ella? ¿Ha contado algo?

—preguntó entre lágrimas Raquel.

—Todavía no —
respondió Santiago.

Víctor Gamero vació una estantería del despacho. Era una sala destinada a albergar más agentes del cuerpo y que, como estos nunca llegaron a Monteperdido, se había convertido en una especie de almacén. El sargento le dijo que contaba con nueve agentes más los cuatro del Grupo de Rescate e Intervención en la Montaña, que estaban bajo

el mando del cabo Sanmartín. Sin embargo, dudaba que Sara pudiera contar con ellos. El GREIM apenas si daba abasto para atender los avisos de forasteros que decidían internarse en la montaña sin las precauciones necesarias.

—Tendrán que priorizar su trabajo —le dijo Sara.

—Vosotros estáis al mando —le concedió Víctor, aunque no esperaba recibir

órdenes de los inspectores del SAF que no estuvieran relacionadas con el caso de las niñas.

En la sala había dos mesas y un amplio ventanal. La noche impedía ver el pinar que bordeaba la carretera del colegio, el lugar donde habían desaparecido las niñas. Sara dejó caer todos sus papeles en una de las mesas.

—¿Necesitas algo más?

—preguntó Víctor.

—Las llaves del edificio y un ordenador.

—Mañana pediré que te instalen uno —le dijo mientras le entregaba un juego de llaves del puesto. Víctor hablaba sin prisa, como el que sale a dar un paseo por el campo.

—A las seis y media nos vemos en la puerta del hostel. Tienes que llevarme

al lugar donde encontraron a la niña a primera hora.

—Puedo conseguirte un coche.

—Prefiero que me recojas —murmuró Sara. Luego, levantó la mirada hacia el guardia civil—. Si hacemos las cosas bien, encontraremos también a Lucía.

—Aquí siempre hacemos las cosas bien —respondió Víctor, algo tenso—. ¿Puedo

irme o quieres que te lleve de vuelta al hostel?

—Volveré caminando. No hay más que cuatro calles en el pueblo. No creo que me pierda.

Víctor le sonrió y salió del despacho. Su forma de moverse, de hablar, sin la urgencia que se filtraba en cada una de las palabras de Sara, le gustó. Le recordó a uno de esos sheriffs de las películas del Oeste, sentado

en su porche, la escopeta en una mano y un cigarro consumiéndose en sus labios mientras el sol se pone en el horizonte de la llanura. Ella vivía a un ritmo distinto, arrastrada por la velocidad de las investigaciones; él avanzaba al paso que marcaba la naturaleza. Quizá, en un lugar como Monteperdido, era lo más adecuado.

Sara aún sonreía cuando

Víctor regresó al despacho con un plato pequeño y lo puso sobre la mesa. Era una porción de bizcocho de color canela sobre una cama de una especie de líquido amarillo.

—*Candimus* —se explicó el sargento—. La novia de uno de los agentes es pastelera. Es el postre típico del pueblo: bizcocho y natillas. Le encargué uno a Ana cuando supe que había

aparecido, para llevárselo —añadió—. Pero, como de momento va a quedarse en el hospital, mejor nos lo comemos, no se vaya a poner malo. Ya le haremos otro cuando venga a casa.

—Gracias —respondió Sara, algo desconcertada.

—Es de caramelo y limón, muy rico, ya verás.

Cuando Víctor se marchó, Sara miró la porción del *candimus*. Había algunas

letras de caramelo líquido, parte del mensaje que suponía habían escrito en la tarta: VEN. Un fragmento de BIENVENIDA, supuso.

Sara resopló. Ella se portaba como una estirada mientras el guardia civil de Monteperdido le invitaba a un trozo de bizcocho. Hundió un dedo en las natillas, lo mojó y se lo llevó

a los labios. Estaba delicioso.

Santiago Baín esperó que la máquina de café de la sala de espera terminara de preparar el cortado que le había pedido Raquel. Ella quería quedarse al lado de su hija, pero el médico insistió en que era mejor dejarla sola. Antes de llegar a la sala de espera, Santiago había

presionado al médico, a quien se había llevado a una habitación vacía. Quería hablar con Ana cuanto antes. Necesitaba saber qué había ocurrido, pero el médico se había negado a acelerar el proceso.

—La vida de otra niña depende de esa decisión —le amenazó Santiago.

—Ahora, de lo que debo ocuparme es de Ana. Y no voy a correr ningún riesgo.

Sería una jugarreta cruel que Raquel recuperara a su hija para luego perderla. Santiago sabía que debía esperar. Ya llegaría el testimonio de Ana. Mientras, no iban a detenerse. En el coche podía haber más indicios y quería buscarlos a primera hora.

—¿Quién encontró el coche? —preguntó Raquel cuando Santiago le dio el café.

—Un vecino de Posets.

Estaba volviendo de Barbastro cuando el humo le llamó la atención. Al principio creyó que podía ser un incendio, hasta que vio el coche.

—Me gustaría conocerle... darle las gracias... Si no lo hubiera visto...

—Es mejor no pensar en lo que podría haber ocurrido. Ana está aquí y eso es lo

único que importa —la tranquilizó Santiago.

El silencio del hospital se rompió con unos pasos que repiquetearon casi al borde de la carrera. Alguien se acercaba a ellos; dobló la esquina del pasillo y se detuvo en la sala de espera, recuperando el resuello. Raquel, desconcertada, se levantó al verle.

—Álvaro, ¿qué estás haciendo aquí?

Hacía casi cuatro años que no veía a su marido.

Sara se estiró en la silla. Le dolía la espalda. Habían salido de Madrid por la mañana y no había parado un segundo desde entonces. El reloj marcaba las cuatro de la madrugada y, en la mesa, seguía teniendo el mismo caos de papeles: hojas llenas de anotaciones y

subrayados, garabatos en los márgenes. Se levantó, cogió las llaves que le había dejado el sargento Víctor Gamero, volvió a abrocharse el cinturón de la pistola que había dejado colgada en el respaldo de la silla y salió a la calle.

Bajaba un viento frío de las montañas y echó de menos algo más de abrigo aparte de la sudadera. Antes de dirigirse al hostel, miró al

pinar al otro lado de la carretera. Cruzó y, durante un momento, tuvo la tentación de adentrarse en él, aunque sabía que era absurdo. No había luz, no había nada en ese bosque que pudiera hablarle de Lucía.

Esa niña era su prioridad. Si el hombre que conducía el coche era el mismo que las había secuestrado, era posible que Lucía estuviera

todavía encerrada en algún sitio: no sabía en qué condiciones ni cuánto tiempo podría aguantar sola.

Monteperdido estaba en silencio. El rumor del río, el ruido de ramas mecidas por el viento y de sus pasos en la carretera era todo lo que podía oír. Sabía que esa noche no conseguiría dormir, pero una ducha y tumbarse un par de horas en la cama podría relajarla.

La carretera ascendía hacia el puente que cruzaba el río; al otro lado del cauce estaban la mayor parte de las viviendas del pueblo. Iba caminando junto al pinar cuando unos ruidos le llamaron la atención. Miró entre los árboles. La oscuridad era tan densa que parecía estar viva. Algo se movió revolviendo la tierra. Intentó apartar la mirada del bosque, retomar el camino al

hostal. Buscó la seguridad de la empuñadura de su arma. Levantó el seguro y se sintió estúpida por sufrir esa llamarada de miedo. «Es el cansancio —se dijo—. Es este lugar, pensar en lo que puede haberle pasado a Lucía.» Eso, se repetía, era lo que le hacía sentirse intranquila. «Eso es lo que intenta evitar Santiago alejándome de los interrogatorios».

De repente, una sombra salió corriendo del pinar y saltó hacia ella. Cuando Sara se volvió, el animal ya estaba encima de ella y, en un acto reflejo, sacó su pistola y disparó. La sangre voló como un brochazo rojo contra la noche. El perro cayó al suelo con un aullido. Todavía con la pistola en la mano, Sara miró al perro herido, que gemía. El disparo le había abierto una

herida en el costado. Sara se acercó al animal. Era Nieve, el perro de Víctor.

—Joder —se dijo.

Los policías que vigilaban la entrada del hospital tenían órdenes de impedir el paso a todo el mundo. Incluso a él, a Joaquín Castán, el padre de Lucía. Se había sentido como una fiera enjaulada cuando los agentes del SAF

abandonaron su casa. Llevaban años esperando un milagro, pero no este milagro. Aunque no dijera nada, sabía lo que su mujer se preguntaba: ¿por qué Ana? ¿Por qué no Lucía? Dios no sólo no había querido curar su herida, sino que ahora les metía el dedo en ella, hurgaba aún más profundo.

—Voy a ir al hospital —le

dijo entonces Joaquín—.

¿Vienes?

Montserrat sólo tuvo fuerzas para negar con un leve movimiento de la cabeza.

—¿Quieres que llame a tu hermano? —le preguntó Joaquín—. Puedo decirle a Rafael que se pase por aquí. —Ella volvió a negar. Sólo quería estar sola—. ¿Estarás bien? —le dijo antes de marcharse.

—¿Cómo puedo estar bien? —murmuró

Montserrat.

Joaquín había hablado con Víctor, pero el guardia civil no le dio ninguna solución.

No podía hacer nada, eran los agentes del SAF los que estaban al mando. ¿Para qué

había ido hasta el hospital de Barbastro? Estaba

planteándose volver a

Monteperdido y esperar a la mañana siguiente. Sabía que

Montserrat estaría en la cama, dando vueltas, intentando dormir sin éxito, pensando que lo próximo que verían de Lucía sería su cadáver.

Joaquín vio a Raquel salir del hospital. Ella se sentó junto a la puerta y sacó una cajetilla de tabaco, pero estaba vacía. La tiró al suelo. Poco después, vio al policía que había ido a su casa, el inspector Santiago Baín, y,

tras él, a Álvaro: su figura delgada, el pelo lacio y cano a pesar de que aún era joven, sobre la cara, una mano retirándose el flequillo como tantas veces le había visto hacer. Cerró el coche de un portazo al salir, quería que notara su presencia.

El inspector Baín vio acercarse a Joaquín Castán y notó que la incomodidad se apoderaba de Álvaro. El padre de Ana no sabía si

retroceder o esperar donde estaba la llegada de Joaquín, que avanzaba a grandes zancadas; era alto, debía de rondar el metro noventa, y fuerte. A pesar de la edad y la ropa, se adivinaba un cuerpo que conservaba la altivez de la juventud.

—¿Te han avisado? —le gritó Joaquín Castán antes de llegar hasta ellos.

—Joaquín, por favor... —

intentó terciar Raquel levantándose.

—¿Cómo has llegado tan pronto? —insistió Joaquín, agresivo.

Santiago se mantuvo al margen. Como Sara, había leído el expediente en el viaje, no hacía falta descifrar entre líneas para descubrir la animadversión entre los padres de las niñas desaparecidas. Joaquín había presentado varias quejas

reclamando la detención de Álvaro.

—Me llamó Gaizka. Él fue quien vio el coche... — contestó firme Álvaro. Había decidido no dar un paso atrás, demostrarle a Joaquín que no le intimidaba.

—¿No se suponía que estabas por ahí? Que te habías largado del pueblo...

Álvaro no contestó. Con su silencio quería dejar claro

que no iba a dejarse avasallar. Podía cerrar puertas que Joaquín no abriría ni a patadas. El padre de Lucía se volvió hacia Santiago, nervioso.

—¿Qué ha dicho la niña?

—Y la pregunta sonó como un reproche.

—Sigue durmiendo, sedada. En cuanto haya alguna novedad, será el primero en saberla —le tranquilizó el inspector.

—Aunque para entonces a lo mejor ya sea tarde.

Poco a poco, la rabia de Joaquín se retiraba y dejaba ver el dolor.

—Joaquín, si Ana ha vuelto, Lucía también puede hacerlo —le hizo ver Álvaro y dio unos pasos hacia él.

La pelea, mil veces repetida en el pasado, tenía un claro ganador. Un ganador extraño, como si un pequeño animal pudiera

vencer al dueño de la montaña. Álvaro dejó caer su mano en el hombro de Joaquín, más parecía perdonarle que intentar animarle, pero Joaquín se revolvió con violencia y cogió de la camisa a Álvaro.

—No me toques —le amenazó Joaquín y alzó el puño derecho.

Santiago se interpuso pero no fue necesario que hiciera nada más. Joaquín soltó a

Álvaro con un empujón.
Respiró hondo y miró al
policía.

—Espero que lo mantenga
lejos de la niña.

—¿Cree que hay motivos?
—le preguntó el inspector.

—Ana tiene que contar la
verdad. Todavía no sabemos
qué ha pasado con mi hija.

—Lo hará —le aseguró
Santiago—. Contará todo lo
que sabe.

Joaquín Castán les dio la

espalda y volvió a su coche. Salió del parking del hospital. De noche podía tardar más de dos horas en regresar a Monteperdido. Dos horas durante las que mantendría los dientes apretados. No iba a derrumbarse. Ahora no.

Un celador le había dado un cigarrillo a Raquel. El humo del tabaco se confundía con

su vaho. Había empezado a hacer frío. Santiago se sentó junto a Álvaro en un banco, a unos metros de su mujer. Tenía su mirada azul hundida en el suelo y todavía no le había visto sonreír. Sus rasgos afilados y el blanco níveo de su pelo, los ojos helados.

—¿Se encuentra bien? — le preguntó Santiago.

—No lo sé —murmuró Álvaro—. Sí, claro que sí...

Son tantos años que cuesta creer que la pesadilla se haya terminado.

Álvaro intentó una sonrisa que se quedó en mueca. Santiago le dio unas palmadas en el muslo y se echó hacia atrás con un suspiro. Entendía los sentimientos contradictorios de los padres de Ana; la alegría no conseguía abrirse paso, su hija seguía inconsciente. ¿Qué iban a

encontrarse cuando despertara? ¿Qué historias iba a contarles?

Pensó que la madrugada en los alrededores de un hospital siempre tiene un desagradable aroma a velatorio.

—Esperemos que a lo largo del día podamos hablar con su hija. Necesitamos saber quién les hizo esto... y qué ha pasado con Lucía.

El policía quería resultar

cercano. Las arrugas de su rostro eran las huellas de todas las confesiones escuchadas.

—¿La han examinado? — preguntó con miedo Álvaro.

—Está perfectamente, si es eso lo que pregunta.

Santiago no estaba seguro de si Álvaro se sentía aliviado o si había miedo bajo su pregunta. Miedo a lo que descubrieran en ese

examen o a lo que podía contar su hija.

El timbre despertó a Víctor. Se levantó desubicado. Miró por la ventana: aún era de noche. Encendió la lámpara de la entrada y esperó unos segundos antes de abrir, mientras sus ojos se acostumbraban a la luz. Volvió a sonar el timbre.

Víctor abrió y vio a Sara con Nieve en sus brazos.

—Lo siento —le dijo.

—¿Qué ha pasado? — preguntó Víctor.

—Se me tiró encima cuando iba al hostel...

Víctor vio entonces la sangre que manchaba las manos de Sara. Le quitó de los brazos a Nieve, que gimió, cansado y dolorido.

—¿Qué has hecho? —le gritó a Sara.

—Te juro que me saltó encima... no sabía ni qué era... No le habría disparado si llego a ver que era tu perro.

—¿Le has pegado un tiro?

—A lo mejor todavía se puede hacer algo —intentó disculparse Sara.

Víctor buscó la herida del perro. Murmuró un «mierda» entre dientes y buscó su móvil. Marcó un número. Sara, en la puerta,

no se decidía a entrar en la casa. Él mantenía al perro abrazado a la camiseta blanca que usaba de pijama, ahora teñida de rojo.

—Lo siento, de verdad.

—Nicolás, perdona que te despierte... soy Víctor —dijo al teléfono—. Tienes que venir a mi casa. Es Nieve, le han pegado un tiro... intento cortar la hemorragia pero date prisa.

Víctor colgó y vio que

Sara estaba todavía en la puerta.

—Lárgate —le gritó y cerró la puerta de su casa.

¿Cómo iba a dormir? Al llegar al hostel, Sara se detuvo en la máquina de cafés de la recepción. Echó una moneda y esperó a que se preparara su vaso. A la derecha, una puerta daba acceso a la escalera que

subía a las habitaciones, junto al mostrador de recepción. A la izquierda, el comedor y una pequeña sala de estar. Quemándose los dedos con el café recién hecho, pasó a la sala de estar. Había unos sofás y sillones en torno a mesas bajas, y dos mesas de camilla, junto a las ventanas, rodeadas de sillas. La policía avanzó hasta una mesa situada en la esquina de la

sala. Estaba a oscuras y la única luz era la que desprendía la noche de Monteperdido, azul y tenue. Miró su café. Estaba hirviendo, casi burbujeante. Sintió cómo su estómago se cerraba al mirarlo y lo alejó. Incluso el olor le desagradaba. Tenía ganas de llorar.

Oyó un ruido que le hizo mirar al interior de la sala: el crujido del cuero de un sofá.

En la oscuridad, pudo entrever un bulto oscuro que cambiaba de posición en uno de los sofás, como si hubiera sido descubierto en una postura indecorosa. Su voz, quebrada y ronca, le llegó antes que su imagen.

—¿Insomnio?

Después, ese bulto oscuro encendió una lamparita que había a su lado y la tulipa verde, al iluminarla, descubrió que era una mujer

la que le hablaba desde el sofá. Debía de rondar los sesenta años, pelo castaño rizado, apelmazado en uno de sus lados, aunque ahora ella se metía los dedos bajo sus bucles intentando que recuperara el volumen. Tenía una cara redonda, moldeada como si fuera de plastilina. Sus ojos sobresalían, enmarcados por las sombras que la lamparita dibujaba alrededor de ellos.

Su cara y el tono verdoso que la luz pintaba en su piel le hicieron pensar en un sapo. Un sapo sabio y bondadoso, como los de los cuentos.

—¿Puedo? —preguntó la mujer y con un gesto pidió permiso para sentarse junto a Sara.

La policía se irguió en su silla y recogió su vaso de café, como si hiciera sitio para que la mujer pudiera

unirse a ella. Al ponerse en pie, su altura apenas si era mayor de la que alcanzaba sentada. Arrastrando los pies, cruzó el salón hacia la mesa de Sara. Tenía las piernas y los brazos extremadamente cortos, como si no tuviera articulaciones. Ni rodillas ni codos. Su movimiento, tambaleándose ligeramente al caminar, acentuaba esa sensación. Parecía embutida

en un viejo traje de buzo. Al llegar a la mesa, dio un pequeño saltito para subir a la silla. Sus pies, que imaginaba rechonchos en sus pequeñas zapatillas de deporte, se quedaron colgando en el aire. Dejó sobre la mesa una botella de plástico llena de un líquido rojo que Sara no supo adivinar qué podría ser. Lanzó un suspiro; parecía que el pequeño paseo y el

acto de sentarse le hubieran supuesto un gran esfuerzo.

—El insomnio es una puta mierda —lanzó con voz de fumadora impenitente—. Todas la noches, igual. Me pongo el camisón, el vaso de leche, me meto en la cama. Hasta que me duele la espalda de dar vueltas, me levanto, me pongo el chándal y a tomar por culo. Otro día más sin dormir. Por cierto, me llamo Caridad.

Le tendió su pequeño brazo para estrecharle la mano. Sara estiró el suyo para alcanzar su manita al otro lado de la mesa y le sonrió.

Entendía perfectamente qué era ese miedo a enfrentarse a las horas de sueño. Se dio cuenta entonces de que lo que vestía la mujer era un chándal pasado de moda. Restos de alguna colección de los ochenta. Rosa palo y

gris, sin ninguna forma, almohadillaba aún más la figura de Caridad.

—Vivo ahí enfrente — dijo Caridad señalando con un cabeceo a la ventana—. Unas noches me doy paseos por el pueblo hasta que amanece y otras me vengo aquí, los sofás son cómodos y me duele menos la espalda. A Elisa no le importa porque antes de que se levante ningún huésped,

ya me he ido. ¿Y tú? ¿Ni siquiera te vas a presentar? Que parece que estoy hablando con un fantasma, coño.

—Sí, perdona... —le contestó, todavía algo desconcertada—.

Subinspectora de policía
Sara Campos.

—Yo también tengo apellido, ¿sabes? Caridad Hasta Los Ovarios del Insomnio. —Y soltó una

carcajada que sonó como un trueno en mitad del silencio de la noche—. Perdona — dijo luego, conteniendo la risa—. La falta de sueño hace que diga muchas tonterías.

—Tranquila, no importa —la tranquilizó Sara con una sonrisa.

—¿Has matado a alguien?
¿O eres tú la muerta?

Caridad lanzó una mirada a la sudadera de Sara y,

entonces, ella se dio cuenta de que una mancha de sangre reseca le ocupaba el pecho. La sangre de Nieve.

—No... bueno, creo que no... —dijo Sara, temiendo que a esas horas el perro estuviera muerto—. He tenido un accidente.

—¿Estás herida? ¿Quieres que te eche un ojo? Soy auxiliar médico. ATS, vamos. Y podóloga, pero en

los pies no te pasa nada,
¿verdad?

—Yo no me he hecho
nada... —dijo ella tocándose
la sangre. Era una plasta
rígida, ya ni siquiera
manchaba.

—Habría que ver al otro,
¿no? —Y otra carcajada de
Caridad sacudió el silencio.
Sara temió que alguien se
despertara con sus risas.

—Era un perro —
murmuró Sara esperando

que, al oírla bajar el tono de voz, Caridad también lo hiciera.

—Ah, bueno... —Caridad se repantigó ligeramente en su silla, sin ocultar el tono de desprecio en sus palabras —. Un perro. Entonces no pasa nada. Nunca está de más matar a un *kan* de vez en cuando, relaja mucho.

—Le he dicho que ha sido un accidente —se defendió

Sara—. Y no sé si el perro ha muerto o no.

—¿Para qué preocuparse? Ahí estará, el pobre animal, desangrándose en mitad del campo... Eso es mucho más humanitario.

—Lo he llevado a la casa de su dueño, ¿por qué se cree que tengo la ropa así?

—La policía contenía su irritación a duras a penas.

—No te pongas así, Sara Campos. Sólo estamos

hablando un poco. Mientras nos viene el sueño... —le dijo Caridad, levantando sus bracitos como si se retirara de la pelea—. Pero si te molesta hablar del perro, hablamos de otra cosa. ¿Qué has venido, por lo de las niñas? Qué cosa más fea, ¿eh?

Sara miró a Caridad sorprendida. Había pasado en un instante de la acusación a la más absoluta

cordialidad. Pensó que la falta de sueño sin duda le afectaba, y, todavía desubicada por el giro que había dado la mujer, le dijo:

—No puedo hablar del caso.

—Y entonces ¿de qué hablamos?, ¿del *kan*? — respondió Caridad como un resorte. Se echó hacia delante, dejando caer los pechos sobre la mesa, cruzó las manos ante ella

moviendo sus dedos inquietos. Parecía una niña mimada y aburrida que sólo quiere juego.

—Creo que yo ya voy teniendo sueño —inició la despedida Sara.

—Qué hijaputa —soltó Caridad y su voz ronca resonó en la sala—. Lo digo sin malas —se corrigió inmediatamente al ver la sorpresa en la cara de Sara —. Tú te vas a la *chasilla* y

anda que no me queda noche a mí.

—Todavía tengo que ducharme —se justificó Sara como si tuviera alguna obligación de hacerle compañía.

—Anda, vete —le animó, agitando su manita en el aire—. Y no le des muchas vueltas a lo del perro. Que la mala conciencia es como la suegra; como se ponga cómoda, no hay quien la

eche. —Caridad rebuscó en el bolsillo de la chaqueta del chándal y sacó un paquete de cigarrillos—. ¿Fumas? — Y le tendió un cigarrillo.

—No, gracias —le dijo ella levantándose.

—Si no me ha llamado, es que Víctor tiene la situación controlada. Que a mí lo mismo me toca quitar un callo que curar a un perro. En este pueblo, las cosas

funcionan así. Pero debe de estar con Nicolás Souto.

Sara se detuvo tras dar el primer paso. Caridad se había encendido su cigarrillo y miraba por la ventana a las calles vacías de Monteperdido.

—¿Cómo sabes que el perro es de Víctor?

La policía no sabía si reírse o enfadarse.

—Nena, esto es muy

pequeño. Ya te darás cuenta
—le contestó.

—¿Y a qué han venido
todas esas preguntas, como
si no supieras nada?

—Por hablar. Ya te he
dicho. No suelo encontrar
compañía por la noche...

La mirada de Caridad
parecía expresar una
disculpa. ¿O todavía estaba
jugando con ella? Sara le dio
las buenas noches y se
marchó. Al salir, aún pudo

ver un segundo más a esa pequeña mujer, exhalando una calada del cigarrillo en una silla donde le colgaban los pies, tocada por la luz esmeralda de la única lámpara que había encendida y se dio cuenta de que no se extrañaría si, de repente, Caridad se desvanecía en esa nube de humo.

El sudor provocaba que las

gafas se le resbalaran continuamente. Mientras trabajaba, Nicolás Souto tenía que soltar cada poco la aguja para recolocárselas y, al hacerlo, se había pintado un lunar rojo de sangre en la punta de la nariz. Víctor era incapaz de apartar la mirada de la cara de Nieve, anestesiado, tumbado sobre la mesa de la cocina, que se había convertido en una

improvisada mesa de operaciones.

—¿Vas a denunciarla? — le preguntó Nicolás mientras cosía la herida—. Porque, ¿cómo denuncia un guardia civil a alguien de la policía nacional? Quiero decir, ¿como cualquiera, va al juzgado y pone la denuncia, o tiene que llevarlo por asuntos internos...?

Nicolás había soltado la aguja entre el pelo de Nieve

como el que deja la cuchara en el plato a mitad de la comida porque otro tema requiere toda su atención. Parpadeó con fuerza. Era un tic habitual en Nicolás. Las gafas se le habían vuelto a descolgar hasta la punta de la nariz. Se las recolocó y, esta vez, manchó la montura de sangre.

—Yo qué sé, Nicolás, ¿te parece el momento? —le contestó molesto Víctor.

—No, claro —respondió el veterinario, avergonzado, y volvió a la tarea de coser la herida del perro—. Una denuncia en mitad de la investigación de las niñas sería una locura. Con Ana en el hospital y Lucía por aparecer... Una locura. Y, encima, a una policía que está al mando. Aunque seguro que esto no va a facilitar el trabajo...

Víctor hizo lo posible por

convertir las palabras de Nicolás Souto en un ruido de fondo. No quería acabar enfadándose y explotar contra el veterinario. Había estado casi dos horas junto al perro. Solo. Pudo contener la hemorragia, pero temía que el disparo hubiera afectado algún órgano vital. La espera se hizo eterna, una noche a la que el amanecer se niega a poner fin. El veterinario llegó cerca de las

cinco y media de la mañana. Entró en la casa acalorado, los mofletes encendidos y el sudor mojándole la frente y las axilas. En lugar de haberlo sacado de la cama parecía que Víctor le había obligado a abandonar una maratón. Se disculpó por el retraso e inmediatamente fue a ver al perro. Víctor lo tenía acostado sobre un cojín, tapado con una manta; había encendido la calefacción

para que el animal no perdiera calor. Al principio, el gemido de Nieve le había acompañado en la espera de Nicolás. Su llanto era como el chirrido de las bisagras de una puerta que no se cierra nunca. Hasta que lo hizo y el perro dejó de lamentarse. Se quedó en silencio. Víctor puso su mano delante del hocico para comprobar que seguía respirando y así pasó el resto del tiempo, sintiendo

el aliento caliente de Nieve entre sus dedos.

—Bueno. No pinta tan mal —fue lo primero que dijo Nicolás al descubrir la herida—. Orificio de entrada y salida. Esto no es un disparo con un arma de caza. Es un calibre pequeño, un revólver...

Fue entonces cuando Víctor le contó que había sido Sara Campos, la policía del SAF que había llegado al

pueblo por la aparición de Ana, quien había disparado a Nieve. Nicolás consiguió estar callado durante una media hora, el tiempo que tardó en anestesiar al perro, limpiar la herida y coser la parte interna. Ahora que la intervención estaba acabando, su curiosidad ya no encontraba barreras.

—Personalmente, creo que deberías devolvérsela de alguna forma, ¿entiendes lo

que te digo? —siguió Nicolás—. Digamos, por ejemplo, que la investigación os lleva a una situación límite. Ella está a punto de caerse por un barranco. Tú la tienes cogida de la mano y, en el último momento, le dices: «Esto es por Nieve», así, muy dramático, y la sueltas para que ella se estampe contra las piedras del fondo...

Nicolás cerró la sutura,

dejó la aguja sobre la mesa y miró a Víctor con una sonrisa de oreja a oreja, las pupilas tan dilatadas como las de un gato en mitad de un juego.

—¿Cómo lo ves? —
añadió orgulloso el veterinario.

Víctor se contuvo. Nicolás tenía el don de sacarlo de sus casillas. Esa cháchara absurda le agotaba, le ponía nervioso. Esa noche

era demasiado para él. Aun así, Víctor cerró los ojos un instante, respiró hondo y le preguntó:

—¿Nieve saldrá de esta?

—El perro está bien — contestó Nicolás como si fuera evidente—. Ha perdido un poco de sangre y va a estar tocado unos días. No te digo que no se vaya a morir, pero con un poco de suerte lo único que le quedará es una cojera. El

disparo le ha tocado el músculo de la pata trasera...

El guardia civil pudo sonreír. Esta vez le hizo gracia hasta la forma de expresarse de Nicolás. Él era un veterinario de granja, de caballos y vacas; como mucho, algunos cerdos. Los perros que había tratado eran animales de caza; podencos como los del hermano de Víctor, o dogos. Sus dueños no tenían la misma relación

que Víctor con Nieve. Eran herramientas de trabajo. La muerte de esos animales sólo se traducían en una pérdida económica. De ahí el poco tacto con el que Nicolás dejaba en suspenso la recuperación de su perro.

Víctor acarició a Nieve, todavía dormido por la anestesia. Pegó su cara a la del perro y lo besó. Su olor de siempre se mezclaba con el del antiséptico con el que

Nicolás había embadurnado la zona de la herida. Hacía poco que Nieve había cumplido los siete años. El perro había sido un regalo de la Cofradía de Santa María. Para Víctor, era como si le hubieran lanzado un salvavidas cuando se estaba ahogando. Se había agarrado a Nieve y el perro, poco a poco, le había ayudado a alcanzar la orilla. Siempre estaría agradecido con el

animal, y con el pueblo, por rescatarle cuando ya no le quedaban fuerzas para mantenerse a flote.

La noche se diluía. El cielo negro que se veía desde la ventana de la cocina se manchó de un reflejo azul oscuro. Amanecía. Víctor sabía que debía ir a recoger a Sara, apenas si le quedaba tiempo para darse una ducha y vestirse.

—Vete tranquilo —le dijo

Nicolás cuando Víctor le preguntó si podía quedarse con Nieve—. Estaré por aquí hasta que se despierte. —Y luego añadió—: Pero no sueltes a esa policía por un barranco. Bien pensado, eso te iba a dejar en mal lugar. Tiene que ser una venganza más elegante.

—Tú eres el escritor —le dijo Víctor, y sabía que ése era el mayor halago que

podía decirle a Nicolás:
«escritor».

Nicolás sonrió orgulloso y, después, le prometió que pensaría en algún gesto con el que Víctor pudiera cerrar este asunto con la policía. Algo que no le ensuciara. Víctor se fue a ducharse pensando en cómo Nicolás ya les había convertido a Sara y a él en personajes de una de sus historias policíacas. No era la primera

vez que lo hacía. Sabía que se había inspirado en él con anterioridad, el veterinario se lo había contado, para una de esas novelas de misterio que escribía y que jamás había conseguido publicar. ¿Por qué se empeñaba en escribirlas en *patués*? Si ya era difícil conseguir publicarlas, hacerlo en una lengua que sólo hablaban los habitantes más mayores de la comarca era simplemente

estúpido. A veces pensaba que las novelas de Nicolás ni siquiera existían, que sólo eran la excusa que usaba para relacionarse con él, para tener un tema de conversación al que aferrarse. Y no pudo evitar sentir compasión por ese hombre de cincuenta años que cuidaba de Nieve en su cocina, que había nacido en el pueblo pero era incapaz de encajar allí, sudado y con

una mancha de sangre de su
perro en la punta de la nariz.

No se podía ver el sol pero
sus rayos se colaban entre
los picos, devolvían el color
al valle. La falda del monte
Albádes, a la entrada del
pueblo, era la primera que
recuperaba el verde de sus
árboles, que parecía que se
erguían con la mañana,
desplazando sus sombras,

cada vez más finas, más alargadas, como brazos desperezándose. Los tejados de pizarra negra de las casas, mojados por el rocío, reflejaban la luz. Edificios de dos o tres alturas, como mucho, entre los que se elevaba el campanario de la iglesia de Santa María. Sus paredes de piedra y su altura frente a las montañas, el Ixeia, el monte Ármos o la Kregüeña, la hacían parecer

un niño que se estira para intentar ponerse al nivel de los mayores. El glaciar seguía rompiéndose lentamente, sin prisa, pasando de forma imperceptible del hielo al agua.

Trece de julio. En la valla de su casa, Joaquín Castán había escrito: 1.746 DÍAS SIN LUCÍA.

Al entrar en su casa

Joaquín encontró a su hijo durmiendo en el sofá. La televisión encendida, aunque sin volumen. El olor a alcohol. Se acercó a él y lo despertó con un leve zarandeo. Quim abrió unos ojos enrojecidos.

—¿No sabes qué ha pasado? —le dijo Joaquín. Quim tenía la lengua pastosa, era incapaz de articular palabra. De todas formas, él no le dio tiempo a

buscar una excusa—.

Apesta a alcohol.

—¿Eso es lo que ha pasado? Abre las ventanas, si te molesta —le dijo Quim mientras volvía a recostarse en el sofá.

—Han encontrado a Ana. Está en el hospital de Barbastro, pero no hay rastro de tu hermana, por si te interesa.

Joaquín no se quedó a darle más explicaciones.

Subió las escaleras hacia su habitación y no esperó a saber cómo encajaba su hijo la noticia. Decidió que se daría una ducha y volvería lo antes posible al hospital de Barbastro.

Sara tomó aire antes de salir del hostal. Por la ventana había visto el todoterreno, con la silueta de Víctor ante el volante, esperándole.

Caminó con la mirada hundida en el suelo hasta el coche. Saludó con un «Buenos días» al abrir la puerta. Él le respondió sin mirarla y, en cuanto se sentó, giró la llave y encendió el motor. «Di algo, rápido», pensó Sara.

—¿Cómo está tu perro?

—preguntó abrochándose el cinturón de seguridad.

—Vivo —contestó Víctor mientras miraba por el

espejo para asegurarse de que no venía nadie y salir a la carretera.

Sara quería decirle que no había podido dormir. Que se odiaba por haber cometido ese error. Se había asustado, no había tenido tiempo de ver qué era lo que se le echaba encima, era tarde, apenas si había luz... pero conforme ordenaba todas esas disculpas en su cabeza se volvían a desmoronar.

¿De qué valían? La bala había salido de su pistola y no podía hacer nada para volver a meterla dentro. Iniciar una retahíla de lamentos con la que demostrar cómo le había afectado lo que había pasado con Nieve le resultaba de repente egoísta. Todos los argumentos que, durante la noche, había ensayado mentalmente eran inútiles. Pensó en cómo los

familiares de víctimas escuchaban las declaraciones de violadores, asesinos y secuestradores. El terreno común de la infancia traumática, de la incapacidad para controlar sus impulsos, del arrepentimiento por el dolor provocado. Y sabía cómo esos discursos avivaban el odio de los que habían sufrido sus actos. Toda excusa es una justificación y

lo último que quiere escuchar alguien que ha perdido a un ser querido es una justificación. No hay razón que valide el dolor. Aceptar esas disculpas supone asumir que no hay responsables. Como si el asesino igualara su desgracia a la de la víctima.

—Esta carretera cruza el pueblo. Unos kilómetros más arriba hay un desvío a Posets. Es más pequeño que

esto, unos trescientos habitantes. La mayoría vive del camping y del turismo —le contó Víctor con un tono profesional. El guardia civil se encontró con la expresión de sorpresa de Sara y se explicó—: Vas a trabajar aquí. No te vendrá mal conocer la zona.

—No, claro... sigue —respondió ella, azorada.

«Ojalá algún día dejes de detestarme», pensó Sara,

pero no dijo nada en voz alta. Dejó que el sargento siguiera haciendo esa descripción fría de Monteperdido. Al este, los picos del monte Ármos, el que Sara podía ver desde su habitación del hostel, y la Kregüeña; tras ella se escondía el pueblo de Posets. Esas montañas quedaron a su espalda mientras bajaban la avenida que cruzaba Monteperdido y

en torno a la que se acumulaban la mayoría de los negocios, así como los hoteles y los turistas. Un laberinto de estrechas callejuelas de piedra se extendía hacia el norte. A pesar de que el valle era amplio, las casas se amontonaban, sin apenas espacio entre ellas, como si buscaran abrigo en los muros vecinos o, quizá, protección ante un peligro

exterior. Por encima de los tejados de pizarra, la cima de Monte Perdido y, al sur, los Montes Malditos. El río Ésera descendía paralelo a la carretera, caudaloso, cruzado por tres puentes a lo largo del pueblo. Después, la carretera bajaba hacia Barbastro pero, para salir del valle, tenía que atravesar el congosto de Fall, ese desfiladero a través del que habían llegado la noche

anterior. A Sara le llamó la atención que Víctor no le hablara de gentes ni costumbres; sólo de esos macizos de roca y hielo bajo los que había surgido el pueblo y que establecían sus límites como estandartes en el campo de batalla. Las montañas eran lo único importante de ese lugar. Lo único que seguiría allí cuando ya no quedara nada más.

El todoterreno atravesó el túnel y el silencio se instaló entre ellos dos. ¿Qué más tenían que decirse? Sara sintió que sus ojos se humedecían. El aullido del perro cuando recibió el disparo aún rebotaba dentro de ella, un eco que no se consumía.

—¿Te importa si pongo la radio? —consiguió decir Sara mientras la encendía.

Víctor vio que Sara

intentaba darle la espalda mirando a través de la ventanilla, ocultándose bajo la música de la radio, pero notó los esfuerzos que hacía por regularizar su respiración y supo que hacía lo posible por no llorar. Agradecía que ocultara su dolor. Que no intentara buscar consuelo en él. No habría sido capaz de dárselo.

A sesenta kilómetros al sur de Monteperdido, los servicios de emergencias habían iniciado las tareas para sacar el coche del barranco. Una grúa situada en la montaña iba a intentar izarlo. Algunos agentes del Grupo de Rescate en Montaña también colaboraban en la operación. Víctor Gamero le había presentado a Sanmartín, el cabo encargado del GREIM

en Monteperdido; cruzaron una breve conversación en la que, mientras Sanmartín describía la situación, dejó caer montones de términos de la montaña —*cresta, tuca, quebrada*—, como el que planta minas a su alrededor para mantener las distancias. Embutido en un uniforme impoluto, el pelo cortado al cepillo, a Sara le recordó a uno de esos soldados americanos que

aparecen en las películas, tan orgulloso de sí mismo como ridículo, pero prefirió obviar sus provocaciones y fingir que sabía el significado de todas esas palabras. En ese momento, a ella sólo le interesaba lo que escondía el coche en el fondo del barranco. Sara era consciente de que podían tardar días en conseguirlo. Tendría acceso mucho antes al cuerpo del conductor. Ya

estaba tumbado en una camilla junto al coche e iban a subirlo en el helicóptero. Sara podría hacer un examen preliminar antes de que lo trasladaran al instituto forense para practicarle la autopsia. Paseaba nerviosa por el sendero de tierra desde el que se había despeñado el coche. Agentes de la científica estaban sacando huellas de los neumáticos, aunque éstas

eran parciales. Miró al fondo del barranco. Le habría gustado bajar y registrar ese coche. Necesitaba darle un nombre al cadáver que había aparecido junto a Ana. El sonido de su móvil la sobresaltó. Era Santiago Baín.

—Ana ha empezado a tener convulsiones. Ahora mismo están metiéndola en el quirófano —le dijo el inspector.

Las paredes se movían, temblaban como si fueran un papel golpeado por el viento. Raquel intentaba respirar, hacía verdaderos esfuerzos por llenar de aire sus pulmones, pero no le entraba nada. Era incapaz de enfocar todo lo que giraba y daba vueltas a su alrededor: las caras de las enfermeras, los pasillos y los ruidos de

puertas y camillas. Estaba cayendo por un precipicio, tan rápido que no podía identificar más que un carrusel de manchas borrosas a su alrededor. Caía con tanta velocidad que ya no hacía otra cosa que esperar el golpe final. Logró dar rienda suelta a todo su pánico con un grito un momento antes de derrumbarse inconsciente en brazos de un celador.

—Hay que llevarla a una cama —dijo el empleado del hospital.

Una enfermera se acercó a ellos con una dosis de tranquilizantes. Ismael llegó al pasillo y vio cómo se arremolinaban en torno a Raquel. Primero fueron sus brazos distendidos, sus manos rozando el suelo. Cuando se apartó la gente que trataba de ayudarla, pudo ver a Raquel con los

ojos cerrados, inconsciente aunque con la cara contraída en un gesto de dolor, como si el desmayo no hubiera sido suficiente para apagar los músculos de su cara. Un celador la sostenía cuando llegaron con una camilla. Le habría gustado abrazarla. Le habría gustado presentarse como su pareja.

Álvaro Montrell miraba por

una ventana los terrenos yermos que rodeaban el hospital. A lo lejos, podía ver los esqueletos de unas casas que nunca llegaron a construirse. «Cinco años esperando este día para que ahora mi hija muera», pensó, y la idea le pareció tan cruel que le hizo sentirse culpable.

—¿Qué ha pasado?

Gaizka salió del ascensor y avanzó hacia él haciéndose hueco entre los médicos que

iban y venían por el pasillo.

Álvaro se giró al oír su voz.

—Están operando a Ana
—le dijo.

—Pero ¿es grave?

Álvaro no encontró una respuesta y volvió a perder la mirada por la ventana. En el parking había un buen número de coches de Monteperdido. Reconoció el de Joaquín. Seguramente, también habrían venido Rafael y Marcial Nerín. No

podía ver sus caras, estaban demasiado lejos, pero sí sus siluetas: un grupo de personas indecisas en el parking, dudando si entrar o no en el hospital. Parecían los invitados a una boda a los que acaban de decirles que la novia ha salido corriendo.

El helicóptero agitó las copas de los árboles al

aterrizar en una explanada cercana al barranco. Sara, agachándose para evitar el golpe de viento de las aspas, avanzó hasta la cabina. Uno de los hombres del Servicio de Rescate en Altura dio un salto a tierra y le tendió una bolsa. El ruido les hacía hablar a gritos.

—Es todo lo que había en el coche —dijo imponiéndose al escándalo.

—¿Y el cuerpo? Quiero

verlo.

Sara se acercó a la parte trasera. Con un gesto le pidió al agente que iba junto a la camilla que abriera la bolsa térmica.

La cara del cadáver le era desconocida. Un varón de unos cincuenta años con una brecha en la frente, enmarcada en sangre reseca. La piel ya había adquirido un tono amarillento y sus facciones estaban

deformadas por las horas que llevaba muerto y la posición en la que había estado todo este tiempo, boca abajo, en el interior del coche. Inflamado, deforme. Tenía los ojos tan hinchados que los párpados eran incapaces de taparlos. La policía terminó de abrir la bolsa térmica para contemplar todo el cuerpo del cadáver. Estatura media, quizá algo menos. Las

formas redondeadas de su cara se repetían en el cuerpo, sin llegar a convertirlo en un obeso. Pantalones de pana caqui y una camisa azul de cuadros vichy manchada de sangre. Su sangre.

—¿Y los zapatos? — preguntó Sara al ver sus pies desnudos.

—En la bolsa —le dijo el agente señalándole la bolsa que le había dado antes y

que Sara llevaba en la mano —. Los había perdido.

Antes de marcharse, echó un último vistazo al cuerpo. Tenía la piel morena por el sol; el cambio de tono en su brazo, bajo la manga corta de su camisa, lo delataba. Debía de estar recién afeitado cuando murió. La ropa que llevaba parecía nueva o, al menos, había sufrido pocos lavados. Datos a los que Sara aún no quería

darles significado, no hasta que se le hiciera la autopsia.

—¿Algo en los bolsillos?

—preguntó.

—Vacíos —gritó el agente.

Sara hizo un gesto dando a entender que ya podían volver a taparlo. Se alejó del helicóptero mientras éste reemprendía el vuelo. La tierra se levantó en remolinos de arena y ella guiñó los ojos a la vez que

aceleraba el paso. A unos metros estaba el todoterreno de Víctor.

Sara dejó caer la bolsa en el capó del coche y la abrió.

—¿Alguien ha podido reconocer al cadáver? — preguntó Víctor

Sara negó mientras se ponía unos guantes para manipular lo que habían sacado del coche.

—Del coche tampoco podemos decir mucho. Sin

matrícula, un modelo demasiado común... Han sacado el número de bastidor a ver si hay suerte —le informó Víctor.

Primero, dejó fuera los zapatos: unos castellanos marrones del cuarenta y uno. Un pie pequeño. No había calcetines y el cadáver tampoco los llevaba. Un mapa de carreteras anticuado y un botellín de agua vacío. Un periódico local de hacía

una semana; en la portada, una noticia sobre las expectativas de turismo de la comarca para ese verano: se hablaba de una ocupación hotelera del 90 por ciento. Un éxito. Todo lo que encontraba no hacía más que demostrar que el conductor había hecho todo lo posible por asegurarse la impersonalidad del vehículo. No había papeles del coche,

seguro ni recibos. No llevaba teléfono móvil.

—Tiene que haber algo —murmuró Sara sin ocultar su frustración.

Víctor iba revisando cada papel después de que lo hiciera Sara. La bolsa estaba vacía. Sobre el capó se extendía el muestrario de pruebas inútiles.

—¿Qué es esto? —dijo el guardia civil cogiendo un pequeño recibo arrugado. Se

había quedado entre las hojas del periódico.

—Estación de servicio La Cruz —leyó Sara en el encabezado.

—Es la que está a la salida de Barbastro —dijo Víctor.

Sara estiró con cuidado el recibo: treinta euros en gasolina, un pago con tarjeta. Un número con el que identificar el cadáver.

Santiago Baín se sentó en el despacho del médico mientras él cerraba la puerta.

—¿Qué podemos esperar?

—Es difícil hacer un pronóstico. El edema no es grande, pero vamos a hacerle una craniectomía descompresiva para evitar riesgos. La presión arterial estaba subiendo y...

—¿Qué Ana vamos a encontrar cuando despierte?

—le cortó Santiago. Necesitaba ser pragmático. Quizá ya no era necesario seguir esperando en el hospital el testimonio de la niña.

—Todo depende de cómo se desarrolle la operación.

—¿Pérdida de memoria?

—Es posible. Además de otro tipo de trastornos.

Santiago Baín afirmó con un cabeceo. Se concedió un momento para reunir fuerzas

antes de levantarse. Su principal vía de investigación, Ana, se cerraba. Las respuestas que estaba buscando se quedarían atrapadas en el laberinto de su cerebro. Mientras, en algún lugar, esperaba Lucía. El policía creía firmemente que la otra niña seguía viva. Su secuestrador había muerto en el accidente de coche. ¿Quién estaba con ella?

¿Quién le daba agua y comida si es que alguien lo hacía?

La imagen de la niña encerrada en algún lugar, muriéndose de sed y hambre mientras ellos la buscaban, le invadió. Se puso en pie e intentó sacudirse el pesimismo.

—Gracias —le dijo al médico—. Espero que no tenga que arrepentirse por

no dejarme hablar con la niña cuando se lo pedí.

Joaquín Castán se sentía cómodo rodeado por sus vecinos. Centro de un grupo que, a lo largo del último año, se había resquebrajado; algunos habían dejado de asistir a los actos que organizaba, a las vigiliass, otros le habían seguido hasta el final, aunque con un

entusiasmo desgastado. En el último acto, vio a Nicolás Souto, el veterinario, mirar su reloj con impaciencia mientras él hablaba en la plaza de la Iglesia; a Rafael, el hermano de su mujer, cambiando de posición, unas veces su peso descansando sobre la pierna derecha para, inmediatamente, trasladarlo a la izquierda, como el que no aguanta ni un segundo más de pie y sólo espera que

le den permiso para sentarse. En el estrado de la plaza, mientras hablaba de su hija, toda esa gente le recordaba a la comunidad que asiste a misa por obligación pero que hace años que dejó de escuchar las palabras del sacerdote.

Al menos, ellos seguían perdiendo las tardes en la plaza de la Iglesia. Otros habían dejado de dedicarle un segundo de sus vidas,

como los periodistas. Pensó en Virginia Bescos. ¿Qué sería de ella ahora? ¿Dónde estaría la mujer que durante unos años fue su mayor aliada? Pero se negó a pensar en la periodista. Su único ejército eran sus vecinos.

No podía culparles por dar la guerra por perdida. Había pasado demasiado tiempo sin una sola noticia que les diera esperanza. Sin

embargo, aquel día, en el parking del hospital, Joaquín notó cómo empezaba a cambiar. La excitación, la urgencia, aparecían de nuevo entre sus vecinos, que se debatían entre la alegría por la reaparición de Ana y el miedo por el futuro incierto de Lucía.

Al llegar les habían comunicado que Ana había entrado en el quirófano. Raquel había sufrido un

ataque de ansiedad. Eran como un grupo de hormigas que se movía histérico de un lado a otro sin saber qué es lo que tenían que hacer y Joaquín los miraba, satisfecho hasta cierto punto. Sentía que volvían a estar de su parte.

—¿Sabes que Álvaro está dentro? —le dijo Marcial al salir del hospital.

—¿Lo has visto? —preguntó Joaquín.

—De lejos. Los policías han vaciado el ala donde está la niña.

Marcial Nerín estaba en el hospital cuando ingresaron a Ana. Su madre recibía diálisis y, debido a la edad y su estado de salud, raro era el día en que todo iba bien y podían volver a Monteperdido una vez terminado el proceso.

—No sé por qué le dejan moverse a sus anchas —

protestó Marcial, que no hacía nada por ocultar su rabia.

—¿Está con Raquel? —le preguntó Joaquín, cogiéndolo del brazo y apartándolo unos pasos del resto.

—He visto entrar a Ismael, el carpintero que trabaja con ella —le dijo él después de negar que estuviera con Álvaro—. Una enfermera me ha dicho que

han tenido que darle tranquilizantes. Álvaro estaba con Gaizka, el de las excursiones en Posets, ¿sabes quién te digo?

—Fue el primero que vio el coche —la policía se lo había contado a Joaquín Castán.

—Ni una lágrima. El hijoputa de Álvaro no ha soltado ni una lágrima. Cualquiera diría que su hija se está muriendo en el

quirófano. *Ve un barbóll* —
murmuró al final para sí
mismo.

—¿Tan mal está?

—Si tenía algo que
contar, olvídate, Joaquín.

Marcial le dio un golpe de
ánimo en la espalda. Tenía
las manos grandes, la piel
curtida por el sol y los años.
Aunque ya estaba cerca de
los setenta, Marcial podía
ser más fuerte que cualquier
joven. Incluso Joaquín se

sentía pequeño a su lado. Su físico, ancho y duro, y sus facciones, aún más pronunciadas con el paso del tiempo y que en otra época le dieron el sobrenombre del «jabalí», le daban una presencia siempre amenazante, salvaje.

—Seguro que se plantó en el hospital para vigilar lo que decía Ana. Y no podía haberle salido mejor —dijo

Marcial apretando los
dientes.

Algunos lo habían
olvidado. Joaquín, no.
Marcial, tampoco. Álvaro
Montrell había salido
indemne de la investigación,
pero había sido incapaz de
dar respuesta a muchas
preguntas. Montserrat le
había dicho en alguna
ocasión que se aferraba a la
culpabilidad de Álvaro
porque era el único nombre

que tenían. La única persona sobre la que verter su odio. ¿Quién puede hacerle daño a su propia hija?

—¿Y tu mujer, cómo está? —le preguntó después Marcial.

Joaquín buscó durante unos segundos la palabra justa para definir el estado de Montserrat.

—Asustada —le dijo.

—Tenemos un nombre: Simón Herrera —le dijo Sara al otro lado del teléfono—. Hemos localizado su casa. Vive en Ordial. Ahora mismo estamos yendo hacia allí...

—Mándame la dirección.

—Santiago se puso la chaqueta y salió a toda prisa esquivando al personal del hospital—. Si llegas antes que yo, llámame con lo que sea.

Sara colgó pero, inmediatamente, volvió a marcar un número. Víctor conducía carretera abajo. Ordial estaba a sólo diez kilómetros del lugar donde habían encontrado el coche.

—Soy Sara Campos, del SAF. Necesito que me busquéis todo lo que hay de Simón Herrera Escolano. Número de DNI, 23257552, letra K. Es urgente. En

cuanto lo tengáis, me lo mandas por mail...

Salieron por un desvío, cruzaron el río y la carretera les mostró, al fondo, el pueblo. Un pequeño núcleo de casas de piedra, apenas tres calles. El asfalto era nuevo; las viviendas, restauradas, rodeadas de un césped recién cortado; no había gente en las aceras. Sara imaginó que habían construido todo eso sólo

como decorado para una foto turística. Un cielo limpio de nubes ayudaba a completar el cuadro.

—¿Sabes dónde está el camino de Plans?

—A la espalda del pueblo —le dijo Víctor mientras su todoterreno atravesaba la calle principal de Ordial.

El recibo de la gasolinera tenía fecha de 10 de julio, dos días antes de que apareciera Ana. Quizá se le

había caído al subir al coche. La compañía de la tarjeta de crédito no tardó en darles el nombre y la dirección del titular. Sara podía notar el nerviosismo de Víctor, cómo el guardia civil había conducido con la mandíbula tensa, los ojos clavados en la carretera, llevado por la esperanza de que, al otro lado de la puerta que iban a abrir, encontraran a Lucía.

Como si esa niña también fuera parte de su familia.

La carretera se transformó en un camino de tierra. Ascendía por la montaña junto a la que estaba el pueblo. Las ruedas se hundieron en un charco de barro y, con un golpe, salieron de él.

—¿Es ésta? —preguntó Sara cuando tomaron la última curva.

—No hay otra en pie por

aquí cerca —le dijo Víctor.

La casa de Simón Herrera estaba rodeada por tres viejas casas al borde de la ruina. Los tejados no iban a soportar un invierno más. Las piedras de las paredes parecían mantenerse en un débil equilibrio. Frente a la casa de Simón estaba aparcada una grúa para transportar coches. Era una edificación de dos alturas y no mostraba un aspecto

mucho mejor que las de alrededor. Unas plantas en tiestos de barro en una ventana eran la única muestra de vida de una casa que habría necesitado una reforma hacía muchos años. Ventanas pequeñas con marcos de madera agrietada, muros de piedra que habían perdido el color y una entrada de tierra que intentaba mantener a raya la

maleza y el barro que amenazaba con invadirla.

Sara fue la primera en bajar del todoterreno. Echó un vistazo por la ventana de la planta baja antes de dirigirse a la puerta, donde Víctor ya la esperaba. El guardia civil esperó la orden de Sara para llamar.

—No he visto luz dentro —le dijo Sara—. Pero la casa está habitada. Esa ventana da a un salón...

—Se oyen ruidos —dijo Víctor y volvió a llamar a la puerta, esta vez con más insistencia.

La puerta se abrió y la luz entró en la penumbra de la casa. Una mujer les miró parapetada tras la puerta.

—Hola —les dijo con un temblor de desconfianza.

—Sara Campos, Policía Nacional —le dijo mostrándole su identificación—. ¿Podemos

pasar? Nos gustaría hablar con usted.

No necesitó preguntarle si conocía a Simón Herrera. La mujer les condujo al salón donde, sobre un aparador, se acumulaban varias fotografías de boda. Ella, vestida de novia, posaba junto a Simón: pudo identificar sus facciones, escondidas antes bajo el rostro deformado del cadáver. Víctor también vio

las fotos y dejó escapar un suspiro de decepción.

—Tenemos que darle una mala noticia. Su marido tuvo un accidente ayer a primera hora. Murió en el acto. Hasta ahora no habíamos podido identificarlo —le dijo Sara acelerando sus palabras. Eran necesarios los prolegómenos, pero su interés estaba en Lucía.

La mujer se mantuvo estática en el centro del

salón. Su mirada viajó de Sara a Víctor. Tenía los ojos pequeños y negros, como dos botones clavados en una cara blanda. Inexpresivos, pensó Sara. La edad y las arrugas habían escondido unos suaves rasgos de discapacidad mental que eran más evidentes en las fotos de boda: un rostro alargado, frente ancha y una boca de labios prominentes que siempre estaba abierta.

Olía a especias, a laurel y tomillo, el ruido de un cazo con agua hirviendo llegaba desde la cocina. La habían sorprendido preparando la comida. Sara vio cómo se pellizcaba los dedos de la mano antes de atreverse a decir:

—¿Están seguros?

—Me temo que sí —le dijo Víctor y se acercó a cogerla de la cintura. Con suavidad, la acompañó al

sofá para que se sentara. Era un viejo mueble de escay con tapetes de ganchillo en los reposabrazos.

—Sé que es un momento difícil, pero tenemos que hacerle unas preguntas sobre su marido. Porque estaban casados, ¿verdad? —La mujer afirmó con un cabeceo mientras Sara cogía una silla de anea para sentarse frente a ella—. ¿Cómo se llama?

—Pilar —murmuró la mujer.

—¿Le importa que mi compañero eche un vistazo a la casa mientras hablamos?

—Está todo muy desordenado.

Pilar levantó la mirada del suelo y sus pequeños ojos mostraron algo por primera vez: incomodidad, cierto pudor.

—No importa —la tranquilizó Víctor.

—Escúcheme —le dijo Sara intentando recuperar la atención de Pilar, que seguía con la mirada a Víctor saliendo del salón—. Pilar, escúcheme. Es importante. Junto a su marido, en el coche, había alguien más. Una chica.

—¿También ha muerto?

—No, ella no ha muerto, aunque está hospitalizada. Se llama Ana Montrell, ¿le resulta familiar el nombre?

—Pilar negó con un gesto—. Una de las niñas que desaparecieron en Monteperdido hace cinco años.

El hundimiento empezó en las manos, con un temblor que se hizo incontrolable. Luego, el cuerpo de Pilar se agitó con una sacudida y fue incapaz de ahogar un grito. Se tapó la cara, los ojos, que empezaron a llorar. Su boca

se abrió aún más, en una mueca tensa, mostrando sus pequeños dientes y unas encías ennegrecidas. Pilar se hizo un ovillo sobre sí misma. Sara se levantó y se sentó a su lado. La rodeó con el brazo.

—¿Sabe qué hacía esa niña con su marido?

Pilar negó como un perro sacudiéndose el agua.

—No sé qué ha pasado en estos años, pero ahora puede

hacer algo por esas niñas. Tiene que decirnos todo lo que sepa. ¿Está la otra niña en la casa? ¿Lucía está aquí?

—No sé quiénes son esas niñas —consiguió decir entre gemidos—. Mi pobre Simón...

Sara acarició el pelo de Pilar; lo llevaba recogido en un moño. Estaba rasposo y las canas habían empezado a apagar el castaño natural. Ella se balanceaba

suavemente, abrazándose a sí misma, mientras repetía «mi pobre Simón». Sara pudo notar el abismo que se abría ante Pilar. La mujer había dejado de ver, ella ya no estaba allí, tampoco el salón que las rodeaba. Ante sus ojos sólo había un agujero, oscuro y profundo. La policía sintió su vértigo.

—Voy a echar un vistazo en el piso de arriba —le

informó Víctor desde la puerta del salón.

—Quédate con ella. Iré yo —dijo Sara levantándose.

Pilar iba a necesitar un tiempo para seguir contestando a sus preguntas y ella supo que debía alejarse.

La habitación de matrimonio estaba en el piso superior. Dormían en camas separadas por una mesilla. Había un armario y una

cómoda sobre la que descansaba un espejo con marco de forja. Las maderas de los muebles, todas de pino sin tratar, tenían diferentes tonos, como si hubieran decorado la casa a base de retales, muebles recogidos de la calle. El suelo de baldosas de barro estaba limpio, aunque éstos habían perdido su color, porosas y deformadas. Tampoco había ese desorden

del que se había avergonzado Pilar, ni ropa ni objetos fuera de lugar.

Sara abrió el cajón de la mesilla: una pequeña radio, el cargador de un móvil y una caja de ibuprofeno en su interior. En la cómoda no había más que ropa. Un cajón para Simón, el resto para las cosas de Pilar y juegos de cama. El armario era el muestrario de una pareja modesta, por no decir

pobre. Vestidos anticuados, pantalones y camisas baratas.

Salió del cuarto y cruzó el pasillo. Frente a las escaleras había un baño. Al fondo, otra habitación. Empujó la puerta y buscó un interruptor. Las

contraventanas estaban cerradas y apenas si entraba luz. Se encendió una bombilla colgada de un cable del techo. Con un

tablón de madera sobre unos
caballetes habían
improvisado una mesa. Era
el espacio de Simón: los
papeles se acumulaban sobre
la mesa, facturas y folletos
de publicidad, catálogos de
supermercado. Por el suelo y
una estantería se repartían
unos archivadores de cartón
reblandecidos por la
humedad. Sara abrió uno de
ellos; hojas de partes de
seguros de coches. Olía mal,

a cerrado y a los vapores del guiso que preparaba Pilar.

No había más donde buscar.

Cuando el inspector Baín llegó, Sara le estaba esperando en la puerta de la casa. No hizo falta que dijera ninguna palabra. Su gesto de decepción dejaba claro que no habían encontrado nada.

—Trabajaba conduciendo esa grúa —le dijo Sara mientras paseaban por los alrededores de la casa. Santiago miró el vehículo: blanco y manchado de barro. La rampa de hierro para llevar coches, oxidada—. Trabajaba para varias compañías de seguros.

—¿Y su esposa? ¿No sabe nada?

—Víctor está con ella. Tiene síndrome de

Williams... Una
discapacidad intelectual...
Todavía está intentando
procesar que su marido ha
muerto.

—¿Has registrado la casa?

—Un primer vistazo. Y
nada que lo relacione con las
niñas.

Santiago se detuvo y
respiró hondo. Miró con una
sonrisa a Sara.

—No íbamos a terminar

nada más llegar —dijo con sorna.

—¿Y Ana?

—Esa mujer podrá decirnos más cosas que la niña —contestó con un aire de derrota Santiago mientras se dirigía hacia la casa.

Sara iba a seguirle cuando oyó un tono en su móvil. Era un mensaje con los datos policiales de Simón Herrera.

—¡Santiago! —le gritó y el policía se giró a mitad de

camino—. Mira esto —le dijo tendiéndole el móvil—: Simón pasó dos años en la cárcel de Martutene. Posesión de pornografía infantil.

Los ansiolíticos le habían dejado dolor de cabeza. Raquel se sentó en la cama con la sensación de que su cerebro había estado encerrado en una caja muy

pequeña y que ahora, liberado, intentaba estirarse. Ismael se acercó a ella.

—¿Quieres algo? ¿Un vaso de agua?

Raquel negó e hizo un esfuerzo por mirarle con una sonrisa: ¿qué necesidad tenía Ismael de recorrer este camino a su lado? Él podía evitar el dolor; ¿por qué no se marchaba?, ¿por qué insistía en seguir con ella?

Su carpintero servicial. ¿Su pareja?

—Los médicos quieren hablar contigo —le dijo Ismael—. Ana ya ha salido del quirófano.

Ella tomó aire antes de ponerse en pie.

Pilar miró a Santiago y Sara como un niño al que hablaban en un idioma extraño. Aunque hacía

esfuerzos por concentrarse y entender sus preguntas, su pensamiento volvía una y otra vez a la muerte de Simón, como el insecto que se golpea contra la luz, incapaz de alejarse.

—No podemos dejarlo, Pilar. Tiene que contestar a nuestras preguntas ahora — le insistió el policía y ella se decía: «¿Les he pedido que dejen de preguntar?»—. Hay otra chica, Lucía, que no ha

aparecido y, cuanto más tardemos en encontrarla, menos posibilidades tendrá de vivir...

La muerte otra vez. ¿Qué era la muerte? ¿Qué estaría sintiendo ahora mismo su pobre Simón? Dios y el cielo y los ángeles, la monserga de la misa. Sed buenos. Sé buena, Pilar.

—¿Sabía que su marido estuvo en la cárcel? —le preguntó Santiago y, al

hacerlo, Sara vio que Pilar se erguía, como si hubiera recibido una leve descarga eléctrica.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—¿Y conoce el motivo de la condena? —insistió él—. Pornografía infantil. Le gustaba el sexo con niños, ¿verdad? Usted tenía que saberlo.

—No, mi Simón no era así.

—¿Nunca se lo contó?

—Todo eso pasó antes de casarnos. Le engañaron. Le pusieron cosas que no eran tuyas.

—¿Cree que pudo hacerles daño a las niñas?

—Él trabajaba. Nada más. Iba con la grúa...

—¿Dónde estaba ayer por la mañana?

—En la carretera, en un servicio...

—¿Está segura?

—Sí. Él no me mentía.
Simón no mentía...

Pilar volvió a encogerse sin dejar de murmurar que él no le mentía. Sara se dio cuenta de que no iban a sacar nada presionándola. Miró a Santiago; ¿por qué se negaba a que fuera ella la que llevara los interrogatorios? Él asumió que la agresividad en las preguntas no les iba a llevar

a ningún sitio e intentó sonar conciliador.

—¿Cree que podríamos comprobarlo de alguna forma? Quizá con la compañía para la que trabaja...

—Todos sus papeles están arriba —dijo ella como si ahí pudieran acabar todas las sospechas.

—O quizá pasara el día con algún amigo. Si nos dice

el nombre o el teléfono de las personas más cercanas...

Santiago abrió su libreta.

Pilar clavó la mirada en la hoja en blanco, el bolígrafo que esperaba sus palabras para empezar a escribir.

—Nuestros padres murieron —consiguió decir.

—¿Amigos?

¿Compañeros de trabajo? —preguntó Santiago.

—Él iba solo con la grúa y yo apenas si bajo a Ordial

para hacer la compra...

Teresa —dijo con una
sonrisa esperanzada—.

Teresa nos conoce bien.

—¿Quién es Teresa?

—La de la tienda de la
plaza. En Ordial.

—¿No tenían conocidos
fuera de... los dependientes
de la tienda?

—Nuestros padres
murieron —volvió a decir
Pilar.

Hablar con ella era como

recorrer un laberinto en el que, justo cuando crees encontrar la salida, te descubres de nuevo en el centro. Pilar hacía esfuerzos, Sara podía notarlo. Les sonreía cada vez que pensaba que les estaba dando lo que esperaban. Una mujer que siempre había intentado ser complaciente, que tenía que agradecer constantemente que los

demás le permitieran estar ahí.

—¿Simón no salía nunca?

No sé... a tomar algo al bar... —le preguntó Santiago.

—No le gustaba beber. Sólo un poco de vino. Y trabajaba mucho.

—¿Pasaba muchas horas fuera? —Santiago había notado la insistencia de Pilar en el trabajo. No quiso confundirla, quizá ésa era la

idea que ella tenía de la vida de su marido—. En la grúa, trabajando quiero decir... ¿Incluso alguna noche?

—La cosa no iba muy bien. Sacaba lo justo... pero él no dejaba de trabajar. Se pasaba el día en la grúa. Decía que era importante estar cerca. Por si pasaba algo que le llamaran a él...

—¿Llegaba tarde a casa?

—Las carreteras son malas y en invierno es peor.

La nieve las corta y nadie hace nada. —Sara pudo reconocer las quejas de Simón en las palabras de Pilar, como si fuera su eco —. Nos cobran por todo y nadie se gasta un duro en este pueblo.

Sara sabía que Santiago había terminado con Pilar. En la puerta del salón esperaba Víctor.

—Gracias por todo, Pilar —le dijo Santiago

agachándose y cogiéndola de las manos—. Si necesita cualquier cosa, no dude en llamarnos.

—Tendremos que hablar con la gente de Ordial. Esa tal Teresa... —le dijo Sara a Víctor al pasar junto a él.

Cuando salieron de la casa, ella echó una mirada atrás; en la ventana se recortaba la silueta de Pilar, todavía sentada en el sofá.

—Manda a tu gente aquí,

que recojan todos los papeles que hay por la casa, quiero revisarlos en el cuartel, y que la científica venga a sacar huellas, aunque no creo que encuentren nada —le dijo a Víctor y, antes de subir al coche, volvió a mirar a la casa — ¿Puedes hacer que un agente se quede con ella, que la ayude en los trámites? Ni siquiera ha preguntado

dónde está el cuerpo de su marido.

Santiago se acercó al coche donde estaban después de colgar el móvil.

—Vuelvo al hospital. Acaban de pasar a Ana a recuperación.

Su hermana desapareció en octubre. Las primeras Navidades fueron tristes; el resto, enfermizas. Para Quim

era como si, llegado diciembre, se instalaran en una de esas películas de terror en la que una familia de locos toma las uvas acompañada por los cuerpos momificados de sus antepasados. ¿Sólo él se daba cuenta de lo absurdo que resultaba todo? ¿De lo ridículo y humillante que era encontrar junto al árbol el regalo de Lucía?

Las cajas envueltas en

papel de regalo se acumulaban en la cama de su hermana. Quim había estado tentado de abrirlas varias veces: ¿qué le regalarías a una niña perdida? Eran objetos voluminosos, caros lo más seguro. ¿Un ordenador? Quizá su padre había pensado que, al cumplir trece años, ya era hora de que Lucía tuviera su propio portátil. ¿Cómo iba a hacer

si no los trabajos del colegio? Ésa era la lógica a la que se había habituado su familia.

Quim recordó cuando su padre le despertó esa misma mañana en el sofá: «Han encontrado a Ana. Está en el hospital de Barbastro, pero no hay rastro de tu hermana, por si te interesa», le dijo.

Después, Joaquín le dio la espalda sin esperar su respuesta y subió las

escaleras. A Quim le habría gustado darle una hostia. ¿Qué sabía su padre de lo que a él le importaba?

En realidad ¿qué sabían ya de él? Poco a poco, le habían apartado.

La ausencia de Lucía había ido ocupándolo todo. El recuerdo de su hermana parecía más real que su propia presencia: Quim se sentía una sombra en su propia casa. Un fantasma al

que sus padres no querían ver.

Era casi mediodía cuando su madre le despertó. Le contó que Ana había empeorado. Se marchaba al hospital, por si la policía los necesitaba. Al parecer, sospechaban de alguien que vivía en Ordial. Montserrat intentaba contener su entusiasmo. Le contó lo poco que le habían dicho y Quim prefirió no contestarle

lo que pensaba: que todavía estaban lejos de encontrar a Lucía. Llevaba demasiado tiempo en el papel de pájaro de mal agüero.

Sobre las cuatro vino su tío. Rafael le preguntó si había comido y le dejó un tupper con arroz, por si le entraba hambre. Él venía de Ordial. La gente del pueblo le había dicho que estaban pasando todoterrenos de la Guardia Civil todo el día. Se

hablaba de un matrimonio que vivía en un camino de montaña.

Por la tarde, se fumó su última china con Ximena en la linde del pinar.

—¿Tú crees que la encontrarán? —le preguntó ella.

Quim se encogió de hombros y dio una calada. «Si la encuentran, estará muerta», pensó. Pero no lo dijo en voz alta.

Acompañó a Ximena al estanco del pueblo. Monteperdido parecía una sartén de aceite burbujeante.

—Simón Herrera —les dijo la estanquera mientras les daba el cambio—. Conducía una grúa... Una Volkswagen blanca; a lo mejor lo habéis visto alguna vez por ahí... Dicen que el matrimonio eran de esos raros que nunca salen de la montaña...

Volvieron siguiendo el cauce del río y evitaron la avenida de Posets. Ximena quería que fuera a su casa, pero Quim no tenía ganas.

—Luego te llamo. —Y se despidió con un beso en la mejilla.

No le quedaba hachís. Registró los bolsillos del pantalón que llevaba la noche anterior. Tampoco tenía dinero. Su madre solía guardar algo en la cómoda,

junto a la ropa interior. Entró en la habitación de sus padres: se habían marchado sin hacer la cama. No habían abierto las ventanas. Olía a ellos y en la cómoda no había dinero.

La habitación de Lucía ya no olía a nada, sólo a productos de limpieza. La mantenían tal y como su hermana la dejó. Su madre barría y fregaba el cuarto cada día, pasaba el polvo,

pero no cambiaba nada de sitio. Incluso las muñecas que Lucía había dejado tiradas en el suelo aquella mañana seguían estando allí. El único cambio eran los regalos de Navidad y de cumpleaños sobre la cama.

Quim abrió el armario de su hermana. Sus vestidos planchados y limpios la esperaban en las perchas. Cada cierto tiempo, su madre los metía en agua

para que siguieran oliendo a suavizante. Sobre una cajonera tenía un joyero rosa, infantil. Quim levantó la tapa; los pendientes que le habían regalado por su comunión estaban junto a collares y pulseras de madera, bisutería de niñas. Quim los cogió y se los guardó. Eran de oro, regalo de sus abuelos. Podía venderlos si bajaba un día a

Barbastro. ¿Quién los iba a echar de menos?

La tarde llegaba a su fin. El despacho del cuartel, casi sin darse cuenta, se había convertido en un espacio brumoso. Llevaba un buen rato forzando la vista para leer. Sara encendió la luz, se dio unos segundos para acostumbrarse a esa nueva claridad y volvió a centrarse

en las cajas con las pruebas que habían traído de la casa de Simón. En el centro de la mesa tenía una carpeta de pinza con los últimos partes de trabajo del sospechoso. Simón había escrito a mano direcciones y kilometraje del traslado de los coches. Lo primero que hicieron fue comprobar la veracidad de estos movimientos. Con unas pocas llamadas a talleres pudieron dar por

ciertos los datos. Sin embargo, no había hecho ninguna recogida el día en que apareció Ana.

—¿Alguna novedad? — preguntó Víctor asomándose al despacho.

Sara levantó la mirada de los papeles.

—Es posible —dijo y le dio la vuelta a la carpeta.

Víctor entró y miró los partes que le mostraba Sara.

No lograba entender a qué se refería.

—El kilometraje de los partes está manipulado — dijo Sara y añadió con un aire de impotencia—: Aunque no estoy muy segura de qué significa eso.

—¿Cómo lo sabes?

Víctor cogió la carpeta y pasó las hojas de los partes intentando encontrar la pista que había hecho que Sara llegara a esa conclusión.

—Es estadística. —Sara le dio una hoja al guardia civil. Había apuntado en ella una serie de números—. Son los kilómetros que Simón anotó en los partes. En esta columna he apuntado los dígitos, del uno al nueve. Al lado, la cantidad de veces que se repiten.

—El tres aparece un 30 por ciento... el siete un 5...

Víctor dejó en la mesa el

folio sin encontrar aún sentido a esos datos.

—Es una ley matemática: en una serie de números, el uno tiene que aparecer en una proporción mucho mayor que el resto de los números... El nueve no debería salir más que un 5 por ciento y casi llega al 10... Simón se inventó esos datos de kilometraje.

Víctor no pudo ocultar una sonrisa, aunque intentó

disimular el gesto y preguntó:

—¿Quieres cenar algo?

Pujante va a traer bocadillos: te recomiendo el de *chiretas*. Tripa de cordero con arroz. Es artesano, del valle.

—¿A qué ha venido esa sonrisa?

—A nada. Me sorprende... cuánto sabes. Sólo eso... Supongo que ésa es la razón de que estéis al mando.

—El inspector Santiago Baín es el mejor especialista en desapariciones. Ésa es la primera razón —le contestó Sara sin alterarse. Luego recordó ese papel de aguafiestas que Santiago le había impuesto—. La segunda es que aquí lleváis cinco años demostrando vuestra incompetencia.

—Y vosotros vais a arreglarlo todo con un par de leyes matemáticas...

—Nosotros vamos a arreglarlo. El resto de la frase sobra, sargento.

Sara se movió incómoda en su silla. Quería cortar la conversación cuanto antes. Víctor y ella habían trabajado bien a lo largo del día en la casa de Simón y, después, en el pueblo, preguntando a los vecinos por el matrimonio.

—Eso es lo que todos

queremos —intentó zanjar Víctor.

—Entonces ¿por qué no me ayudas en lugar de estar a la defensiva? Eres un guardia civil, no un empleado de banco. Nadie te va a despedir.

—Me parece más útil revisar los testimonios de los vecinos que andar jugando con números.

—¿No te dice nada que manipulara esos datos?

—¿Que estaba estafando a la compañía de seguros para cobrar más? Un gran descubrimiento, subinspectora. Seguro que se gana un par de palmaditas en la espalda.

—O que estaba encubriendo sus movimientos. Que no quería que nadie supiera dónde estaba en realidad cuando recibía un aviso.

Víctor intentó ocultar su

impotencia, como el niño obligado a callar por un adulto. Perdió la mirada por el despacho en busca de una escapatoria.

—Probaré esas *chiretas* —dijo Sara—. A ver cómo está el producto de la tierra.

—¿Va a ser siempre así? —protestó Víctor antes de salir.

—Sólo cuando te equivoques —contestó Sara a su pesar. No le gustaba

regodearse en su victoria—. La vida de una niña está en juego. No se admiten errores.

Víctor cabeceó con la mirada hundida en el suelo y dejó el despacho. Sara sintió que una oleada de culpabilidad le recorría el cuerpo. ¿Qué sentido tenía ponerse en su contra a los agentes de Monteperdido? Santiago los menospreciaba, lo había vivido en otros

casos. Solía manejarlos como peones, sin darle importancia a lo que pensarán. Tal y como estaba haciendo con ella ahora. Le había dejado la parte más engorrosa del caso: los expedientes, las pruebas. Lejos del contacto con Ana o Pilar. Había sido él quien había llevado todo el interrogatorio con la mujer de Simón Herrera. ¿Por qué? Sara no había cometido

errores en el pasado, el último caso se resolvió gracias a la declaración que consiguió sacarle a un amigo de la víctima. Podía ser una buena policía detrás de un escritorio pero era aún mejor si estaba en contacto con los testigos. Santiago lo sabía tan bien como ella.

Y, al pensar eso, pudo entrever las razones que habían llevado a Santiago a tomar esa decisión. Recordó

su cara llena de pliegues, «garbanzo»; su mirada, siempre comprensiva, como un sacerdote, pero también distante. «Deja que crean que soy un abuelo entrañable», le había dicho al llegar a un pueblo. Le mintió. Sara sintió entonces un gran vacío. De repente, se veía como una mujer perdida en mitad de un bosque, abandonada. ¿Qué podría ser si no era policía?

Intentó apartar esa idea de su cabeza, centrarse en los datos del caso.

Víctor y ella habían llegado hasta la mujer de Simón y se hicieron una idea de la pareja. Teresa, la encargada de una tienda de ultramarinos, recordaba a Pilar. La describió como una pobre mujer, «retrasada», les había dicho. De Simón apenas si sabía algo, pero suponía que hacía lo que

quería con su mujer. Pilar se convertía en un títere en manos de cualquiera. Los testimonios de los vecinos de Ordial repetían las mismas ideas: Pilar era la que se movía por el pueblo y hacía los recados. La gente la trataba con pena por su discapacidad. No se relacionaban con nadie aunque llevaban años viviendo en el valle. Sus familias no eran de allí y

Simón era como una sombra que la gente imaginaba más por lo que contaba Pilar que porque lo vieran. Parecía como si sólo hubieran hablado con él los que habían necesitado los servicios de su grúa. Hombre de pocas palabras, más tímido que parco, con un tono de voz tan bajo que, con frecuencia, tenían que pedirle que repitiera lo que había dicho. Así lo

describían. Un hombre que había hecho todo lo posible por mantenerse al margen, fuera de la vida normal. El coche en el que lo encontraron muerto era un detalle más; a través del bastidor habían descubierto que era un vehículo que Simón debería haber llevado al desguace. No lo hizo, prefirió quedárselo. Le hizo unos arreglos al motor y le quitó la matrícula. El

transporte ideal para quien aspira a ser un fantasma.

Víctor había acompañado a Sara a lo largo de todos estos descubrimientos y ella no quiso volver a preguntarle por el perro. Calló en cada una de las ocasiones en las que debió felicitarlo. Ni siquiera lo hizo cuando el guardia civil encontró el recibo de la gasolinera que dio pie a todo lo demás. Él estuvo a su lado

todo el día salvo en un par de momentos. El primero, al volver de la entrevista a Pilar; el segundo, por la tarde, cuando ya estaban en el cuartel. Sara sabía que aprovechaba esos lapsos de tiempo para ir a su casa a ver al perro.

—Nieve. —Y sin darse cuenta murmuró el nombre del perro en voz alta.

Y, al hacerlo, también recordó cómo Víctor se

manchó la camiseta de algodón con la sangre del perro al abrazarlo. La culpabilidad se resistía a abandonarla. Le habría gustado salir de su despacho, acercarse a Víctor y decirle: «Lo siento, joder. Lo siento de verdad. Yo no soy así».

«¿Y cómo eres, Sara?», se preguntó.

«Concéntrate —se dijo después—. No te disperses.» Cogió el lápiz y apartó

cualquier pensamiento para sólo prestar atención a los trazos que dibujaba en el papel. Ése es el miedo de Santiago, demuéstrole que puedes controlarlo.

¿Cuándo empezó a pasarle? Quizá cuando era sólo una niña y, a veces, en la soledad de su cuarto, notaba cómo su cerebro empezaba a funcionar a una velocidad excesiva. Se convertía en una rueda fuera

de control, girando cada vez más rápido, escupiendo imágenes como chispazos al rozarse contra un metal. Imágenes e ideas que se iban amontonando sin darle tiempo siquiera a comprenderlas. Un engranaje bajo el que se asfixiaba y que no sabía cómo detener. Hasta que le hacía gritar, fuera de sí.

El lápiz dibujó un triángulo en el papel; luego,

un cuadrado pegado a él. Sara los fue sombreando mientras la figura geométrica crecía en los márgenes de un informe. Se convertía en una estructura sin aparente sentido, un laberinto en cuyas líneas Sara encontraba un asidero al que aferrarse. Una manera de detener el tiovivo de su cerebro hasta que volvía a sentirse dueña de sus pensamientos.

El parking del hospital estaba vacío. Mientras esperaba que le permitieran ver a su hija, Álvaro Montrell había visto desde los ventanales cómo Joaquín Castán discutía con el inspector Baín en la entrada del edificio. Fue a primera hora de la tarde. Luego estuvo con él. Le preguntó si le sonaba de algo el nombre

de Simón Herrera. Álvaro dijo que no. También le enseñó una foto y le pareció el retrato de un hombre del montón, una cara imposible de recordar por vulgar. Nada de eso le importaba. Los médicos le habían dicho que la operación había ido bien. Ana estaba en recuperación y esperaban que saliera de la anestesia a lo largo de la noche. Si no había contratiempos, estaría en

planta a primera hora de la mañana. Sentía un escalofrío cada vez que imaginaba cómo podría ser la niña que iba a despertar. Qué tenía que decir. Un miedo que sólo se aplacaba cuando veía a Raquel con ese chico. Ismael, le habían dicho que se llamaba. ¿Qué cojones estaba haciendo ese niño en el hospital?

Frío. Tanto frío como si su torrente sanguíneo arrastrara esquirlas de hielo. Ana se encogió y se abrazó a sí misma. Se dio cuenta de que sollozaba como una niña atrapada en una pesadilla. No podía contener el llanto ni el frío. Los dientes le castañeaban y recordó algunas noches. Las más frías. La nieve cayendo por el agujero del tejado, el viento glacial recorriendo

cada rincón mientras ella esperaba aterida.

Entreabrió los ojos y una luz blanca a la que no estaba acostumbrada se coló bajo sus párpados. Vio siluetas que no fue capaz de definir. Tres palabras acudieron a su mente: «Eco. Olvido. Nada».

—¿Cómo te encuentras, Ana? —le dijo una voz femenina, y ella se preguntó

si había pronunciado esas tres palabras en voz alta.

Buscó el origen de la voz, extrañada. «¿Dónde estás, Lucía?» Poco a poco la imagen que le rodeaba empezó a tomar forma: una habitación de techos altos de los que colgaban tubos de luz. Una mujer de bata blanca a su lado.

—Tengo mucho frío —
consiguió decir.

—Es la anestesia —la

tranquilizó—. A veces da frío, pero ya verás, se pasa en un momento.

Entonces, todo se ordenó. Como un juego de construcción en el que las piezas van cayendo, colocándose en su lugar y formando una estructura que no era otra cosa que su vida. Una línea que se había visto interrumpida cuando el coche se salió de la carretera y cayeron barranco abajo.

Podía mirar atrás y ver con claridad pero no entendía qué había pasado después.

—¿Dónde estoy? — preguntó.

—En el hospital. Tuviste un accidente, ¿recuerdas? — le dijo la enfermera.

Ana la miró con una sonrisa. No se había dado cuenta, pero ya no se abrazaba con tanta fuerza, ya no tenía tanto frío.

2

La crecida

El suelo de barro dibujaba un laberinto geométrico, las juntas eran avenidas y las grietas que el tiempo había abierto en las baldosas, atajos retorcidos como

relámpagos que podían transportarla de un lugar a otro. Tan rápido como un parpadeo.

Pilar estaba sentada en su cama. Había estado en esa posición toda la noche. Sin darse cuenta, su cuerpo, cansado, se fue encorvando, encerrándose en sí mismo, mientras ella recorría una y otra vez los caminos que se dibujaban en el suelo con la mirada. Intentaba encontrar

el que le permitiera salir de su habitación pero todavía no lo había conseguido.

El silencio de su casa se rompió con el estallido de un cristal.

Su primer impulso fue gritar su nombre. «Simón», se oyó decir, y se puso en pie. Todavía dio unos pasos y fue al salir de la habitación cuando recordó que su marido estaba muerto.

Un rumor de voces subía

por las escaleras. Voces tensas como cables a punto de partirse.

Eran las ocho de la mañana y, a esa hora, ella solía estar en la cocina preparando la comida. Le vino el olor del apio y el puerro cortados, la cebolla. El olor a cebolla y ajo en sus manos. Lo dejaría todo preparado antes de entrar en el baño para asearse. Después, se vestiría y bajaría

al pueblo para comprar lo que le faltaba: el pan, el vino. A Simón le gustaba tomarse un vaso de vino en cada comida. Pero la rutina de Pilar se había roto; se sentía como si viajara con un antiguo mapa, uno en el que las carreteras y las calles ya no se correspondían con la realidad. Un mapa que ya no podía guiarla a ningún sitio.

«¡¿Dónde está Lucía?!»

El grito le llegó con claridad

aunque ella no lograba entender el significado de las palabras. Un grupo de sombras se movía nervioso tras las ventanas, como moscas atrapadas. En la entrada, al pie de las escaleras, había una piedra, y por el suelo y hasta la ventana se esparcían trozos de cristal como la estela de un cometa. La luz, blanca, quemaba el agujero que había abierto la piedra en el

cristal. «No podéis estar aquí», oyó que decía alguien intentando imponerse al resto de las voces.

«No queda vino», pensó, y sus pequeños ojos negros buscaron por la casa la forma de salir y bajar al pueblo. Tenía que comprar vino para su pobre Simón.

Recordó el camino de regreso del colegio cuando era una niña. El pueblo donde nació y la voz de su

madre diciéndole que evitara la plaza, donde los viejos se juntaban para beber vino. «Vete por el camino del Porchón. Vete por detrás», le decía cada día cuando la dejaba en el colegio. «¿Por qué se ríen de mí? —le preguntaba ella—. ¿Por qué me dicen esas cosas?» «Tú vete por detrás», insistía su madre sin darle más explicaciones.

Simón no decía cosas feas

cuando tomaba vino. Se sentaba en el comedor, las mejillas sonrojadas, callado hasta que se dormía. Ella recogía la mesa y fregaba los platos.

«¿Qué les habéis hecho a las niñas?» Las sombras se resistían a retirarse. Seguían golpeándose contra las paredes de su casa.

«No quiero hablar de eso —le dijo una vez Simón, antes de casarse—. No

quiero que vuelvas a preguntármelo, ¿me oyes?» Simón tiró los pantalones a un lado, se bajó los calzoncillos y le ordenó que se acostara. Ella se quitó la ropa interior y se tumbó en la cama. Simón se colocó entre sus piernas. «¿Qué estás mirando?» Pilar giró la cabeza; miró la colcha arrugada, como si fueran montañas a vista de pájaro,

temblando a cada sacudida de Simón.

Le dijeron que era un enfermo. Ella les contestó que un enfermo necesita que alguien lo cuide.

Pilar se apartó de las escaleras. Entró en el cuarto que Simón usaba de oficina. La policía se había llevado todos los papeles. La mesa y las estanterías estaban vacías, como el esqueleto abandonado de un animal.

Había visto el cadáver de su madre. La había besado en la mejilla y el tacto le resultó repugnante, pegajoso como un plástico. Un agente de la Guardia Civil le había dicho que tendría que esperar unos días para poder enterrar a su marido. Tenían que practicarle la autopsia.

«¿Quiénes son esas niñas?
¿Qué has hecho, Simón?»

«Vienen a por mí y no sé qué decirles.»

Pilar se acercó a la ventana del cuarto de Simón. A través de los agujeros de la persiana, vio a la gente que se agolpaba alrededor de su casa. Unos guardias civiles intentaban apartarlos de la puerta, pero sólo eran tres. No podían controlarlos. Empujaban a unos pocos abriendo un hueco y otros encontraban la manera de llegar a la casa. Vio a un chico joven, le sonaba su

cara del pueblo. El chico se agachó para coger una piedra y la lanzó contra la casa. Se estaba riendo.

Se reían los viejos en la plaza.

Se reían porque era tonta.

«Me engañaron —le dijo Simón una vez—. Me usaron como a un imbécil y tuve que ir a la cárcel. Eso es lo que pasa cuando te crees a los demás, Pilar. Que se ríen en tu cara.»

Las lágrimas le quemaban los ojos. Se arrastraban por sus mejillas, hirviendo. Sus piernas fueron cediendo hasta sentarse en una esquina de la habitación, sus músculos encogidos le dolían. Seguían las voces fuera. Seguían las risas, o eso le parecía escuchar.

Risas.

Viejos bebiendo vino y gritándole que era una idiota.

Ella había creído en Simón.

Las manos de Simón no olían a cebolla y ajo, sólo a sudor agrio. Como su cuerpo, sucio, viscoso, tal y como lo sentía después del sexo. Simón lo hacía con la prisa del que quiere acabar una tarea desagradable. El que limpia un pozo ciego.

Otros la habían utilizado antes. «¿Es que no te das cuenta? No puedes dejar que

hagan contigo lo que quieran», le había dicho su madre.

La primera menstruación, la sangre en sus muslos. «¿Me estoy muriendo?», le preguntó a su madre. «No te laves. No te toques —le contestó ella—. Tienes que esperar a que termine de sangrar.»

«¿Qué les habéis hecho a las niñas?», volvían a gritar a las puertas de su casa.

Pilar viajaba por ese laberinto de recuerdos, hundiéndose cada vez más. Culpable y aterrada, incapaz de darle sentido a lo que estaba pasando. Pero ellos querían una explicación. Necesitaban una explicación. Intentaba encontrarla pero no había respuestas en su memoria. Sólo pasadizos que la llevaban de un recuerdo a otro, reafirmando una idea

que, como un velo, había cubierto cada instante de su vida: «Eres una retrasada, una idiota. Todos te mienten. Todos te usan».

Bajo la mesa del cuarto, había una pequeña caja de herramientas. Era una de las pocas cosas que la policía no se había llevado. Se arrastró bajo el tablero y abrió la caja. Al hacerlo, fue como si abriera una puerta, la salida que había estado buscando

desde que los policías llegaron a su casa. Desde que le dijeron quién era Simón. Sabía que ellos no le mentirían. Ellos no. Revolvió entre llaves inglesas y destornilladores hasta encontrar un cúter. Notó cómo sus músculos se relajaban, cómo cesaban las lágrimas. Poco después, las voces de fuera se amortiguaron, cada vez más

distantes, más lejanas. Hasta desaparecer.

Miró su muñeca, la sangre brotaba como si se derramara un vaso de vino.

Joaquín Castán no se había bajado del coche. Había aparcado en un lado del camino que subía a la casa de Simón Herrera. Podía ver cómo los guardias civiles empezaban a controlar la

situación. Habían aparcado sus todoterrenos delante de la casa creando una barrera y, ahora, alejaban a los últimos que se resistían a marcharse de allí. Marcial Nerín bajaba la cuesta, todavía acalorado, resoplando a cada paso.

—Es la leche —le dijo al abrir la puerta del coche—. No sé a qué esperan para hacer hablar a esa mujer.

—¿Están los del SAF

dentro? —le preguntó Joaquín.

—No hay ni dios. Rojas y Telmo y el *nino* ese, ¿cómo era que se llama?

—¿Pujante?

—Ése. Ya ves en manos de quién la dejan. No sé qué cosa tan importante tendrán que hacer para no estar aquí.

La mayoría era gente de Ordial; se fueron reuniendo alrededor de la casa desde primera hora, cuando lo que

había sido un rumor se confirmó. Simón Herrera era el hombre que había aparecido junto a Ana. Algunos vecinos de Monteperdido también habían bajado al pueblo. En la casa estaba Pilar, la mujer de Simón. ¿Cómo podía no saberlo? Habían sido cinco años. Demasiado tiempo para que, por retrasada que fuera, no viera nada extraño.

—Llama a Joaquín —le pidió Montserrat.

Los nervios subían por su pecho como anguilas hasta anudarse alrededor de la garganta. Buscó un lugar donde sentarse, le faltaba el aire. Rafael cogió a su hermana del brazo y la ayudó a dar unos pasos hasta el banco de la sala de espera.

—Respira, mujer. Son buenas noticias.

—Lo sé —le dijo Montserrat y cerró los ojos con fuerza.

Luchaba por mantener el control. Intentaba construir una fortaleza en sus pensamientos. Unos muros que dejaran fuera el pánico a lo que Ana podía contar. La operación había ido bien, también la recuperación de la niña. En un rato la pasarían a planta. Estaba consciente, le había dicho

una enfermera, aunque todavía algo desorientada. *Lucía está muerta.* ¿Y si era eso lo que Ana contaba? *Lucía está muerta.* Y la idea arrasaba todo a su paso.

—¿Te has tomado algo? ¿Quieres que pida una pastilla? —se preocupó su hermano.

Montserrat negó con un gesto enérgico. Estaba decidida a sentirlo todo, por doloroso que fuera. Cuando

recordara este día, no quería que estuviera envuelto en una neblina de medicamentos.

—Llama a Joaquín —le repitió a Rafael—. Dile que tiene que venir. Cuéntale...

Pasaron a un despacho. El médico les sonreía. Les sonreía demasiado, pensó Álvaro Montrell. Como si no hubiera tenido ninguna

esperanza y el resultado hubiera sido un milagro, algo que no tenía nada que ver con lo que había pasado en el quirófano ni con la habilidad del cirujano.

—Tenemos que darle las gracias a Dios —les dijo—. La recuperación de Ana está siendo mejor de lo que esperábamos.

Raquel se sentó ante la mesa, Álvaro prefirió permanecer de pie, algo

apartado. Los policías escuchaban al médico pero él notaba cómo sus miradas se desplazaban hacia él. ¿Qué estaban haciendo? ¿Medir sus reacciones? Una sonrisa o la ausencia de una sonrisa les daría alguna pista. Catalogarían su actitud dentro de un perfil, pero ¿quiénes eran ellos para saber lo que él sentía? No tenían ni puta idea. No habían vivido ni un solo día

de esos cinco años en su piel. Álvaro quería sonreír, pero se resistió a hacerlo. Escuchó en silencio cómo el médico les decía que habían drenado el coágulo que Ana tenía, cómo su hija había salido de la anestesia y que las primeras pruebas habían sido excelentes. Sus reacciones, sus reflejos, parecían intactos. Aunque no podía tener una certeza absoluta, el médico creía que

la intervención no había provocado daños secundarios.

—¿Y la memoria? — preguntó el inspector Baín.

Álvaro no pudo evitar mirarle cuando oyó su voz y, al hacerlo, se encontró con su mirada. Parecía que Santiago no le había hecho la pregunta al médico, sino a él.

—Tendremos que esperar un poco más. Está

desubicada, pero es normal.
Cualquier paciente lo está al
salir de una anestesia...

—¿Puedo verla? —
preguntó Raquel.

—Vamos a bajarla a
planta y... —empezó a decir
el médico, pero Santiago le
interrumpió.

—Antes nos gustaría
hacerle unas preguntas.
Seguro que lo entienden.

—Quiero estar presente

—dijo Álvaro, cortante—.
Mi hija es menor de edad.

—Por supuesto —le
contestó Santiago con una
sonrisa que no ocultaba su
incomodidad.

Para Álvaro, todo esto no
era un final, sino un
principio. Una historia que
arrancaba en ese preciso
instante y de la que él quería
formar parte. No iba a
limitarse a presenciarla
como si fuera un espectador,

alguien ajeno que se levanta para ir al baño en cualquier momento. Estaba dentro y le daba igual lo que los policías pensaran de él. En otro momento, esa sonrisa del policía le habría disuadido, le habría convencido de que lo mejor era dar un paso atrás. Pero él ya no podía apartarse.

Las habitaciones pasaban a

un lado y otro como el paisaje se desplaza al otro lado de las ventanas del tren. Ana volvió a vivir esa sensación, la misma que tuvo cuando, de niña, viajó en tren hasta Barcelona. Aquella vez, en la estación de Huesca, recostada en su asiento mientras el tren empezaba a moverse, sintió que ella no se movía. Estaba quieta, en el vagón del tren, mientras todo lo que había

fuera se alejaba: el andén, la estación y hasta el cielo.

Acostada en la camilla, los tubos fluorescentes del pasillo le iluminaban la cara de forma intermitente.

—¿Tienes ganas de ver a tus padres? —le preguntó el celador que la acompañaba al detenerse ante la puerta de una habitación.

Ana recordó las manos de su padre, que le apretaban con fuerza bajo las axilas

para ayudarla a bajar del tren, ya en Barcelona. Ella dio un pequeño salto para evitar el hueco de las vías y bajar del vagón al andén, pero en ningún momento se sintió sola. Las manos de Álvaro la acompañaban, la guiaban en el aire.

Pujante miró las escaleras que daban al segundo piso.

—¿Señora? ¿Se encuentra bien? —Y sus palabras no encontraron respuesta.

La puerta de la casa estaba abierta. Fuera, Telmo se encendía un cigarrillo apoyado en el capó del todoterreno. Hablaba con el otro agente de la Guardia Civil, Rojas, y se reía, pero no podía oír lo que decían. Aún quedaban algunos curiosos a unos cien metros de la entrada. No eran más

que cinco o seis. Abuelos del pueblo a los que todo esto les había dado algo que hacer esa mañana.

Echó un último vistazo al salón antes de subir las escaleras. Lo más seguro es que la mujer se hubiera escondido en su habitación, asustada por los gritos, por las piedras que algunos habían tirado. Un trozo del cristal de la ventana de la entrada había llegado hasta

el primer peldaño de la escalera.

—Puede estar tranquila — dijo Pujante mientras subía —. Ya se han ido y vamos a estar aquí el tiempo que haga falta. ¿Señora? ¿Pilar?

La cama estaba hecha; la habitación, recogida. Como la cocina, por la que había pasado antes. Todos los cacharros estaban fregados. Pujante imaginó a la mujer limpiando y ordenando su

casa mientras en el exterior la gente perdía el control. Ella seguía con sus tareas domésticas. Creía, como el resto, que esa mujer no podía ser tan ignorante. Su marido había tenido a las niñas cinco años, quién sabe qué había hecho con ellas, aunque podía imaginarlo. Por fuerza, ella tenía que estar al tanto.

Pero ¿quién era él para opinar? Pujante había

conseguido el traslado al cuartel de Monteperdido unos meses atrás. Sólo parecían acordarse de él para encargarle recados, pedirle que trajera dulces de la pastelería de su mujer o reírse de la perilla que se dejó crecer para aparentar más edad. No le molestaba. Tenía trabajo en el pueblo donde se había criado, cerca de su familia.

Frente a su dormitorio

había otra habitación. Pujante cruzó el pasillo y entró. Le llamó la atención el olor penetrante. Un olor familiar, como el de los días de matanza en casa de sus padres. Inmediatamente, se sintió incómodo. Un recuerdo agradable, feliz, se transformó de repente en algo sucio, macilento. La sangre se extendía por el suelo, la había pisado, levantó una bota y vio cómo

un coágulo colgaba de su suela. Bajo la mesa, tumbada, con la cara hundida en el suelo, estaba Pilar. Su muñeca izquierda estaba abierta. Pujante se acercó a ella, le buscó el pulso en el cuello. Antes de incorporarse de nuevo pensó que, quizá, no debería haber tocado el cuerpo. Sintió una arcada, pero pudo contenerla.

—Una ambulancia —dijo,

pero las palabras apenas si salieron de su pecho.

Levantó la persiana. Entró una brisa que arrastraba el olor de los árboles. Abajo vio a sus compañeros. Telmo tiró el cigarrillo y miró arriba llevado por el ruido de las persianas. Pujante estaba en la ventana, pálido, y esta vez sí gritó:

—¡¡Llamad a una ambulancia!!

Se llevó la mano a la cabeza. Hasta ahora no se había dado cuenta. Le habían cortado el pelo. Su piel se pegaba tersa al cráneo. La recorrió suavemente con los dedos, no sin cierta aversión. Sabía que en cualquier momento podía encontrarse con la cicatriz. En la sala de recuperación, el médico le había contado lo que tuvieron que hacerle en la

operación. Después, le hizo algunas preguntas, su nombre, su edad, y pruebas para comprobar que su visión no había sufrido daños. Tampoco sus reflejos. Ana estuvo tentada de pedirle un espejo, pero no se atrevió a hacerlo. Creyó que la tomaría por una vanidosa y, sin embargo, no podía evitar pensar en su pelo. Una melena que cuidaba y

peinaba horas cada día.
Tantas horas.

La cicatriz estaba tapada con una gasa, en la parte de atrás de su cabeza, sobre la nuca. Miró a su izquierda; junto a la puerta, había una ventana tras la que se movía unas sombras poco definidas. ¿Quiénes eran? ¿Más médicos y enfermeras?

Desde que recuperó la consciencia, esa sensación de movimiento la perseguía,

como si todo avanzara a un ritmo excesivo para ella. Quería detener las cosas, atraparlas, al menos para tomar aire y conseguir ponerse a su misma velocidad. Ver con claridad a esa gente que primero se movía tras el cristal y ahora entraba en la habitación. Olvidar su pelo y los viajes en tren. Centrarse en lo que tenía delante. ¿Quiénes eran?

—Mi amor —le dijo con un murmullo y se abalanzó sobre la cama. Notó sus lágrimas pegándose a sus mejillas—. Cariño...

Raquel se separó unos centímetros de Ana para mirarla a los ojos. Poco a poco, como si descubriera un tesoro bajo la arena, pudo recordar sus rasgos. Más acentuados, más profundos. Cambiada y, sin embargo, allí estaba.

—¿Sabes quién soy? —

Raquel no pudo esconder el miedo en sus palabras.

—Mamá —dijo Ana.

Y vio cómo su madre sonreía, feliz, y todos los músculos de su cara se le relajaban. Ésa era la expresión que Ana había soñado muchas noches y que, con el paso del tiempo, se había ido difuminando, se fue perdiendo, pero ahora volvía a encontrarla. Otras

figuras se movieron tras su madre. Creyó reconocer al médico, a una mujer y un hombre que buscaba una silla en la habitación, y, al fondo, a su padre. Álvaro se había abierto hueco hasta los pies de la cama. Al verle, Ana tuvo la sensación de que volvía a sujetarla, a cogerla con la seguridad de sus manos. Unas manos que se acercaron a ella para acariciarle la cara. Su pelo

blanco y lacio cayendo sobre la frente. Los ojos azules como agua.

—Preciosa —consiguió decir Álvaro.

Después se sentó en la cama junto a ella y la abrazó. Sintió su respiración pegada a su pecho. Cerró los ojos y, por fin, Ana supo que recuperaba el control. Su corazón latía al mismo ritmo que el de los demás.

—Tenemos que hacerle

unas preguntas a Ana —oyó que decía con un tono de disculpa el hombre que antes buscaba una silla. La había encontrado y la estaba acercando a la cama, esperaba que su padre se apartara para poder colocarla.

—¿No pueden esperar ni un momento? —le preguntó Álvaro sin mirarle.

—Ya hemos esperado

mucho —le dijo el hombre,
firme.

—Tranquila —decía su
madre—. Tú contesta a lo
que puedas...

Su padre se levantó y dio
un paso atrás. No le gustaba
la situación, podía notarlo,
como cuando se reprimía al
descubrir que ella, otra vez,
había dejado el cuarto
desordenado.

—Me llamo Santiago
Baín —le dijo el hombre, ya

sentado a su lado—. Soy policia. Ella es Sara Campos y también es policia.

Raquel se sentó a su lado y le cogió de la mano. Su madre estaba mirándola. Durante un segundo, Ana pensó que no la miraba a ella, sino a su cabeza, rapada y blanca.

—Queremos saber qué recuerdas... Cómo has llegado aquí, al hospital.

Ana desvió su atención a

la mujer policía. Ella también tenía la piel pálida. Llevaba el pelo recogido pero, posiblemente, si se lo soltaba, le caería sobre los hombros. No iba de traje, como el hombre, sino en vaqueros y camiseta. Con una sudadera negra abierta.

—Tuviste un accidente de coche, ¿te acuerdas? —le preguntó el inspector Baín al

ver que Ana no le prestaba atención.

Santiago esperó la respuesta, que llegó con un leve gesto afirmativo de la niña. Antes de continuar, miró atrás, a Sara. Ella no ocultó una expresión de disconformidad: quería ser quien hiciera las preguntas a Ana.

Algunas voces llegaron desde el pasillo.

—¿Le importaría cerrar la

puerta? —le pidió Sara al médico.

Santiago volvió a centrarse en Ana.

—Estás a salvo, Ana. Tus padres están aquí. No va a pasarte nada malo... así que no debes tener miedo. Dinos con quién has estado todo este tiempo...

—No lo sé —contestó Ana. Lo hizo rápido, como el colegial que responde a una multiplicación. Luego

buscó con la mirada a Sara
—. Con Lucía.

—¿Dónde está Lucía? —
preguntó Santiago.

—Ella se quedó en el
agujero.

—¿Qué agujero?

—El sótano. Donde nos
llevó ese hombre...

—¿Cómo era ese hombre?

—No lo sé.

—¿Era alto, bajo?, ¿lo
habías visto alguna vez
antes?

—No lo sé.

Santiago hizo una pausa. No iba a presionarla, no quería que pensara que él estaba en su contra. Sara le acercó una carpeta y Santiago la abrió. Dentro había una fotografía de Simón Herrera. La sacó y se la mostró a Ana.

—¿Fue él? —le preguntó.

Ana negó con un gesto. Sara vio cómo se soltaba de la mano de su madre. La

niña se incorporó un poco en la cama.

—¿No fue él quien os cogió, a ti y a Lucía? — insistió Santiago.

—No.

Álvaro dio unos pasos hacia la cama, como si estuviera dispuesto a intervenir para protegerla.

—Tú sólo diles lo que recuerdes —la animó Álvaro.

—Se llamaba Simón

Herrera —continuó Santiago —. Era el hombre que iba contigo en el coche.

—Él fue quien me salvó —dijo Ana.

Sara buscó con la mirada a Santiago. Eso cambiaba todo lo que habían pensado hasta el momento.

—¿Qué quieres decir con que te salvó? —preguntó Santiago.

—Entró en la casa... Cortó las cuerdas y me llevó

al coche... Me dijo que me iba a llevar a casa...

—¿Y qué pasó después?

—No lo sé... tuvo que vernos... íbamos muy rápido, en el coche. A mí me había dejado en el asiento de atrás... Iba acostada. Tenía miedo. Entonces noté que algo nos golpeaba por detrás... El coche se salió de la carretera y... todo empezó a dar vueltas, los cristales se rompieron...

Ana se detuvo bruscamente. Volvió a coger la mano de su madre y a buscar refugio en su mirada.

—Tranquila, lo estás haciendo muy bien —le dijo Raquel.

—¿Dónde estaba Lucía en ese momento? —insistió Santiago, que vio por el gesto de Álvaro que no le iban a permitir muchas preguntas más.

—En el sótano, con él...

Cuando bajaba para estar con Lucía, a mí me llevaba arriba y me dejaba atada...

—¿Sabes dónde está ese sótano? ¿Habías estado alguna vez antes allí?

—Siempre hemos estado ahí...

Y, al recordarlo, Ana sintió una sensación incómoda. Tuvo miedo, pero un miedo que no sabía si se debía al recuerdo del lugar o al hecho de estar fuera de la

que había sido su casa los últimos cinco años.

Víctor entró en la habitación sin llamar.

—Santiago, Sara. —Y con un gesto les urgió a hablar fuera de la habitación.

Antes de levantarse, Sara se acercó a Ana. Le acarició la mejilla.

—Tu madre tiene razón, lo estás haciendo muy bien. —Y luego añadió—: Estás

muy guapa rapada. De verdad.

Después, siguió a Santiago y a Víctor por el pasillo del hospital. El sargento se detuvo a unos metros de la habitación, seguro de que ya nadie oiría lo que tenía que contarles.

—Es Pilar, la mujer de Simón Herrera. Se ha suicidado... Cuando ha llegado la ambulancia, ya no se podía hacer nada...

El parking del hospital se había convertido en el lugar de encuentro de la gente de Monteperdido. Allí estaban Joaquín Castán y Montserrat. También Rafael y Marcial Nerín. Ismael se unió a ellos cuando llamaron a Raquel para que entrara a ver a su hija.

Hablaban de lo que había pasado en la casa de Simón

Herrera, cómo los vecinos se aglomeraron en torno a la vivienda necesitados de respuestas porque, de alguna forma, la historia de Ana y Lucía era la historia de los pueblos del valle.

—¿Quién ha hablado con ella?, ¿Víctor? —le preguntaba Joaquín a Ismael, pero éste parecía no escuchar. Raquel había salido de la habitación sin invitarle a acompañarla,

como si de repente hubiera dejado de existir. Como si no hubiera pasado las últimas horas, los últimos años, a su lado. Y, sin embargo, se resistía a aceptar ese sentimiento de desprecio. No era apropiado —. ¿Ismael? Que si estaba Víctor, el sargento de la Guardia Civil... que si estaba en la habitación con la niña... —insistió Joaquín Castán.

—Creo que sí —acertó a contestar Ismael—. Con los dos policías de fuera.

—Si supieran algo os lo habrían dicho. —Rafael quiso sonar tranquilizador. Veía a Joaquín lanzar miradas de ira al hospital. Estaba acumulando esa rabia que, después, se transformaría en el motor que arrastraría a su hermana detrás, como si se lanzaran montaña abajo, arrollando

todo a su paso—. Dales un poco de margen.

Joaquín iba a contestar a su cuñado cuando las luces de las sirenas le callaron. Un coche de la policía y, a continuación, el todoterreno de la Guardia Civil salieron a toda velocidad del parking. Él quiso gritar, detenerlos, exigirles respuestas, pero sabía que era absurdo, como un perro que ladra a los coches en la carretera.

Esperó unos segundos hasta reunir el valor suficiente para mirar a su mujer. Mientras le hablaba, sacó el móvil y marcó un número...

—No van a tratarnos como si no fuéramos nadie... —le prometió Joaquín—. Como *chúcho sin sóbre*.

—¿A quién estás llamando? —Y Montserrat dio unos pasos hacia su marido.

—A Víctor.

Montserrat sabía que no iban a contestarle. Nadie se da prisa en dar las malas noticias y ella se había convencido de que fuera lo que fuese que tenían que contarle de su hija, no iba a ser bueno.

Los curiosos se echaron a un lado del camino cuando los coches de la policía subieron

hacia la casa de Simón Herrera. Antes habían visto llegar a la ambulancia que todavía estaba aparcada junto a los todoterrenos de la Guardia Civil. Los médicos hablaban relajados con los agentes, formaban un círculo junto a los automóviles, en la entrada de la casa. No era una conversación tensa, al contrario, parecía relajada, intrascendente. Uno de los médicos de la ambulancia le

ponía la mano en el hombro a un guardia civil, le daba palmadas de ánimo. El rumor de que Pilar había muerto ya se había encendido y tardaría poco en llegar a Monteperdido. «Eso es porque lo sabía —decían algunos—. ¿De qué se iba a matar si no?»

Sara bajó del coche y hundió la mirada en el suelo embarrado, marcado por las huellas de los neumáticos

que habían estado yendo y viniendo de la casa. Se irguió, decidida a dejar atrás los remordimientos que, durante todo el trayecto, amenazaron con atarla. Como si fueran una pareja tras una amarga discusión, Santiago y ella no habían hablado a lo largo del viaje más que para dar indicaciones sobre la dirección. Frases sin

importancia que intentaban llenar el vacío.

Ella atravesó el círculo de personal de la ambulancia y guardias civiles. Dejó caer una mirada en Pujante, el agente que había encontrado a Pilar, según le había dicho Víctor. Apenas si tenía veinte años y su piel transparente, sus ojos acuosos, le decían que era el primer cadáver con el que se encontraba.

Sara vio los cristales rotos en la entrada, la piedra a los pies de la escalera.

—Sube —le ordenó Santiago.

Ella llegó al pasillo del segundo piso. Miró al cuarto que usaba Simón. Santiago la adelantó y entró. El cuerpo de Pilar estaba tal y como lo había encontrado Pujante. Los médicos le habían puesto una manta térmica por encima, nada

más. Víctor se encargó de avisar al juez para que viniera a hacer el levantamiento del cadáver. El inspector Baín se puso en cuclillas junto al cuerpo de la mujer de Simón. Su cabeza hundida en el suelo y su muñeca abierta. A unos centímetros de la otra mano, el cúter manchado de sangre con el que se había suicidado.

—No sé cómo pudo

hacerse eso sin gritar...
¿Has visto la herida que se
abrió? —dijo Sara.

—En la Semana Santa, en
las procesiones... hay gente
que sale descalza,
fustigándose... ¿y les oyes
gritar? Creen que se
merecen todo ese dolor.

Santiago se levantó y
miró por la ventana de la
habitación. Abajo, Víctor se
había reunido con sus
compañeros, pero también

podía ver, más lejos, al grupo de curiosos del pueblo. La mayoría, gente mayor, pero también algún adolescente.

—No quiero volver a ver al imbécil ése —dijo Santiago dándole la espalda a la ventana y saliendo del cuarto—. Al que encontró el cuerpo. Ni a los que estaban fuera.

Sara intentó contenerse, pero fue incapaz.

—¿De verdad crees que esto es culpa de ellos? Somos nosotros los que tendríamos que haberlo evitado.

Santiago se detuvo en el umbral de la puerta. De espaldas a ella, Sara vio cómo sus hombros se hundían, cansados, y su cabeza también se inclinaba, como si una fuerza invisible la empujara hacia abajo.

—Nuestra obligación era

prever lo que Pilar podía hacer. Ponerle un guardia pegado a ella —insistió la policía.

—¿Por qué no te ahorras todo esto, Sara? —le contestó Santiago volviéndose a ella. Su mirada, más que tensa, parecía derrotada.

—Sabes que tengo razón.

Él dejó unos segundos de silencio antes de contestar:

—¿Hasta qué punto

importa que resolvamos este caso?

Y Santiago dejó de mirar a Sara. Sus ojos descansaban sobre el cadáver de Pilar.

—No sé qué quieres que te conteste a eso.

—Nada —dijo él.

—¿Estás pensando en apartarme? —se atrevió a preguntar ella.

—Te crees mejor que yo.

—No es eso, Santiago. Pero sé que puedo ayudar

más si me pones en primera línea. Si me hubieras dejado hablar con Pilar...

—¿Qué? —la interrumpió él—. Su marido no tuvo nada que ver. Dime: ¿qué habríamos sacado?

—No lo sé —murmuró Sara. No se atrevía a afirmar que habrían evitado su muerte—. Estaba muy asustada. Como si le hubiéramos quitado la tierra bajo los pies... ¿me

entiendes? Se había pasado toda una vida buscando seguridad y, de repente, eso se esfumó. Entramos. Le dijimos que el hombre al que amaba era un monstruo...

—Ya vale, Sara. ¿No te das cuenta de lo que haces?

—¿Mi trabajo? — contestó ella, molesta.

El cadáver de Pilar: su cuerpo, bajo la mesa; la muñeca abierta. Santiago sabía que tendría que hacer

un esfuerzo para olvidar la imagen tan pronto como saliera de la casa. Luego se acercó a Sara y le sonrió. Le apartó el pelo de la cara y dejó la mano en su mejilla. La acarició.

—No quiero ver cómo te desmoronas otra vez —le dijo.

Sara sintió un temblor de vergüenza.

Santiago retiró la mano de su cara. Le habría gustado

abrazarla. «No todo el mundo puede hacer este trabajo», pensó decirle. Pero eligió callar. No sabía expresar todo el cariño que sentía por ella, que nada de lo que le decía era un reproche, sino un consuelo. Incluso un halago: tenía razón, ella era mejor que él. Por eso no podía ser policía. Sin embargo, lo único que hizo fue despedirse y salir de la habitación.

Sara oyó los pasos de Santiago resonando en la escalera, la puerta al abrirse. Por la ventana vio cómo se despedía de Víctor, cómo le daba un abrazo casi paternal a Pujante, el agente que había encontrado a Pilar. Sara no esperó a que se montara en el coche. Salió del cuarto y entró en el dormitorio de Pilar. La imaginó sentada en la cama, oyendo los insultos de sus

vecinos, su corazón encendido cuando la piedra rompió el cristal. ¿Qué pensó esa pobre mujer? Su Simón, el hombre con el que había compartido su vida, el único que había querido estar a su lado, que se casó con ella, una retrasada que quizá sufrió el desprecio de la gente desde niña, ese hombre, se había transformado en un monstruo. Se había llevado a

dos niñas inocentes, ¿qué les había hecho?, ¿por qué? Y ¿quién era ella entonces? ¿Cómo podía amar a un hombre así? ¿Cómo se había dejado engañar?

Entró en el baño que había frente a las escaleras. Las toallas estaban secas, también la bañera. Abrió el armario que había sobre el lavabo: no encontró los productos de belleza que uno hallaría en el baño de

cualquier mujer. Había una maquinilla de afeitar de Simón y botes de medicamentos. Una caja de amoxicilina, cremas contra las quemaduras, otras de cortisona.

—Ha llegado el juez — oyó que le decía Víctor.

—Tenemos que ir a ver al forense. Aquí ya no tenemos nada que hacer —dijo Sara bajando las escaleras.

—Pero ¿dejamos la casa

vacía? —le preguntó Víctor.

Ella no le contestó. Salió de la casa y se montó en el coche de Víctor sin despedirse de los agentes. Miró la casa. Ahora que Pilar no estaba, el tiempo se iría comiendo las paredes, la lluvia debilitaría la cubierta y, un día, el edificio se convertiría en una ruina, una casa abandonada, desmoronada, como las que la rodeaban. Y, entonces,

nadie recordaría a los que un día vivieron allí.

—Tenemos que hablar. Pensar en lo que vamos a hacer —le dijo Álvaro.

—¿A qué te refieres? —murmuró Raquel mientras buscaba su paquete de cigarrillos.

—Cuando le den el alta. ¿Qué le vamos a decir?

Raquel se alejó unos

pasos de Álvaro. El sol empezaba a ponerse y se acordó de que todavía no había comido. Encendió un cigarrillo y el humo, al aspirarlo, le quemó el estómago. Les habían pedido que salieran mientras le curaban la herida a Ana. Ella quería fumar, Álvaro quiso acompañarla. El guardia civil que estaba con ellos en la habitación también había salido a

fumar. Podía verlo a unos cien metros de ellos. Hablaba por teléfono mientras daba caladas a su cigarrillo. Raquel pensó que llamaba a su mujer y le decía que estaba en la habitación de la niña aparecida, seguro que lo había visto en la televisión. Con sus padres.

—¿Qué quieres que le digamos? —le preguntó

Raquel, volviéndose hacia Álvaro.

—No lo sé... pero, a lo mejor, de momento... no hace falta que le digamos nada... Al principio, por lo menos. Supongo que es lo mejor.

—¿Y cuando lleguemos a casa y tú no estés?

—Me gustaría estar, Raquel.

Álvaro no había cambiado tanto. Raquel sintió cierta

vergüenza y apartó la mirada de su marido. Ella había envejecido más en esos cinco años. Sabía que su piel ya no tenía el brillo de antes, su cuerpo había perdido la firmeza que Álvaro recordaba. Los piropos de Ismael le sonaron como mentiras que ella misma se empeñaba en creer. El tiempo no había pasado igual para los dos, eso era evidente, se decía Raquel. Y,

durante un momento, imaginó cómo sería volver a desnudarse frente a su marido, mostrarle su cuerpo, cinco años más viejo, y pensó que sería incapaz de hacerlo. Él había adelgazado, sus ojeras violáceas se habían hecho más evidentes, también se habían afilado sus rasgos: la nariz, los pómulos, la barbilla. Era como si ya no tuviera nada que ocultar y se

mostrara tal y como era. Sus ojos azules, líquidos, que, hace ya tanto tiempo, la enamoraron, la miraban ahora con una seguridad olvidada. Con la misma determinación que cuando hace casi veinte años le dijo «te quiero» por primera vez. Cuando aún era castaño y su pelo no se había transformado en ese manto níveo que tanto le gustaba. Ahora, Álvaro exigía su

derecho a estar en la casa,
junto a ella, cuando volviera
Ana.

—No sé si es una buena
idea —le confesó Raquel—.
No deberíamos mentirle.

—Necesito estar a su lado
—le rogó Álvaro—. Dile
que ya no estamos juntos,
pero no me apartes, por
favor.

—Estás convirtiéndome
en la mala de la película.

—Eso no es verdad.

—¿Y qué le digo a Ana?

No quiero dejar que tu padre vuelva a casa. Fuiste tú el que se largó. Llevo casi cuatro años sin saber nada de ti.

—Esto no es sobre nosotros, Raquel. No voy a pedirte que todo sea como antes. Sólo quiero estar cerca de mi hija.

—Y lo estarás.

—¿Eso es un no?

—Dame tiempo —le

pidió Raquel —Son demasiadas cosas... y sólo quiero hacer lo mejor para Ana...

Álvaro perdió la mirada hacia la entrada. El guardia civil se terminó el cigarrillo y lo apagó en un cenicero junto a la puerta. Les lanzó una mirada indiscreta antes de volver al hospital.

—Me revienta que no nos dejen estar a solas con ella —murmuró con rabia

Álvaro mientras se echaba hacia atrás el pelo que insistía en caerle sobre los ojos.

Santiago cogió una salida unos kilómetros antes de llegar a Barbastro. Los carteles anunciaban un área de servicio. La carretera moría en una explanada mal pavimentada. Había un par de camiones aparcados y,

tras la gasolinera, uno de
esos restaurantes
impersonales que surgen
junto a las autovías como
maleza. Una nave
rectangular, sin más
pretensiones que las de tener
cuatro paredes y un techo.
Unas letras pintadas en la
fachada, tan grandes que
eran legibles desde la
carretera: MESÓN ERISTE,
MENÚ 7,90 €. Santiago

aparcó junto a la puerta. Toda la grandeza de esa zona, su paisaje inmenso, desaparecía en la vulgaridad del mesón, fotocopia de otros lugares que uno encontraba en cualquier ciudad. Techos altos, una gran barra rodeada de taburetes, vacíos a esa hora de la tarde, sólo algunas personas mayores en las mesas, una luz amarillenta, casi ocre, una mujer que

debía de rondar los cincuenta años, de pelo cardado y gesto de hastío, se acercó a él y le preguntó qué quería. Santiago pidió un agua con gas y una ración de ensaladilla, se quitó la chaqueta y la dejó colgando en el respaldo del taburete. Olía a aceite quemado, a desinfectante. El sonido de una telenovela, la conversación de sus personajes, resonaba en el

salón. Santiago miró a su espalda y vio la televisión, colgada en una esquina; una adolescente de aire desgarrado, desparramada sobre la silla, seguía con atención la conversación de los personajes. Le pareció que mascaba chicle.

La camarera le sirvió el agua, la ensaladilla, y levantó una voz que parecía un graznido en dirección a la adolescente.

—¿Qué ha pasado? ¿Le ha dicho ya lo de su hija?

La adolescente se encogió de hombros por respuesta. La camarera salió de la barra y, al pasar por detrás de Santiago, dejó un suave rastro de sudor y aceite. «El olor del cansancio», pensó el policía. Él dio un trago de agua con gas e intentó controlar su corazón. Notaba el latido acelerado, golpeando con suavidad su

pecho, levemente, pero de forma incesante, como un pájaro carpintero que esculpe con tesón su nido. Llevaba una noche sin dormir, apenas si había comido, y su cuerpo le pasaba factura. Eran demasiado años que, ahora, también le parecían demasiadas derrotas. Resolver un caso no significaba, casi nunca, salvar a las víctimas.

Resolver un caso era, la mayoría de las veces, encontrar los cadáveres, dar un relato lógico a los acontecimientos. Era lo que exigían, no sólo sus superiores, también los afectados en cualquier desaparición. Un relato que diera sentido a su dolor. Como si sus vidas fueran las de los personajes de un serial y pudieran explicarse por una serie de reacciones

de causa y efecto. Ése había sido su trabajo. Dar coherencia a hechos aparentemente inexplicables.

Sara tenía razón: eran responsables de la muerte de Pilar. La mujer de Simón había sido incapaz de resistir la ausencia de una historia, la que ella vivió junto a su marido. Limitada por su enfermedad, la imaginaba intentando dar sentido a todos esos años y, al verse

incapaz, cortándose la venas. Murió pensando que había amado a un demonio cuando el tiempo podría convertir a Simón en el héroe de esta historia: encontró a Ana, arriesgó su vida para salvarla y, aunque pagara con la suya, lo había conseguido.

Un hombre se sentó junto a Santiago en la barra. Debía de tener su misma edad, más de sesenta, y al mirarle tuvo

la impresión de enfrentarse a un espejo.

—Usted es uno de los policías, ¿eh? Los que han venido por las niñas de Monteperdido...

Santiago afirmó con una sonrisa. Notó que su corazón había dejado de golpearle, la taquicardia se disolvía. El hombre resopló, como si entendiera el lugar en el que estaba el policía y no

quisiera ocupar su papel por nada del mundo.

—En estos montes no es fácil encontrar nada —le dijo el hombre—. No están hechos para los hombres... Eso es cosa de los sarríos, de los corzos... Ellos sí saben manejarse.

—Hacemos lo que podemos —le concedió Santiago.

—Mi cuñado se perdió por el Ixeia, antes de que

empezaran con lo del túnel... Y no encontramos ni los zapatos... —Pero una sonrisa se dibujó en la cara del hombre—. Aunque tampoco se le echó mucho de menos.

Santiago rebuscó en sus bolsillos dinero y pidió la cuenta. El hombre resopló en su taburete: sarríos y corzos. Sólo los animales saben vivir en la montaña. Los demás siempre serán

forasteros. Dejó unas monedas tintineando sobre un plato metálico y se despidió del hombre.

—La otra... la que no ha aparecido... Está muerta, ¿verdad? —le preguntó cuando Santiago ya se iba.

Víctor se mantuvo a unos metros de la mesa de autopsias. El forense iba desgranando las causas de la

muerte de Simón, el golpe en la cabeza contra el salpicadero del coche, la fractura de huesos, hemorragia intracraneal, terminología médica que se perdía en el olor antiséptico de la sala, que poco a poco iba escuchando más lejana, como si se escondiera tras las palabras de Sara, lo que le había contado cuando estaban de camino al instituto forense. Simón

había salvado a Ana. La chica les había descrito cómo apareció en el refugio, el lugar donde habían estado secuestradas todo este tiempo, y mientras Lucía estaba con el hombre en el sótano, en ese agujero, Simón soltó las cuerdas y se la llevó hasta un coche.

Cada palabra de Ana era un camino que les guiaba por preguntas a las que hasta ahora no habían tenido

respuesta. Un refugio, cinco años. Un hombre y un agujero. ¿Habían estado tan cerca todo este tiempo? ¿Quién era el hombre? Lucía en ese sótano, atrapada, esperando que ellos la encontraran, como Simón había hecho con Ana. ¿Habría tenido miedo el secuestrador al saber que Ana seguía con vida? ¿Qué estaría haciendo ahora, mientras ellos escuchaban el

informe del forense, ante el cadáver de Simón?

Sara observaba el cuerpo desnudo sobre la mesa metálica. ¿Quién era realmente Simón? Lo había imaginado como un fantasma que hace verdaderos esfuerzos por borrar sus huellas. Tenía un matrimonio que dominaba, un trabajo que le otorgaba

libertad de movimientos, una vida sin relaciones sociales que pudieran condenar sus actos. Cometió un error en el pasado y eso le había llevado a la cárcel. Martutene. Simón se transformó desde entonces en un hombre cauto, silencioso, escondido tras una fachada de vulgaridad, que había llevado aún más lejos sus perversiones. Era tan metódico para eliminar

su rastro y mantener el secuestro de las niñas. Todo encajaba con enorme facilidad y Sara se había dejado llevar por esa emoción.

Ahora veía su historia de otra forma; quizá había estado retorciendo las piezas para que encajaran donde ella quería. Simón podía ser un hombre que asumió su culpa y que, avergonzado, intentó llevar una vida sin

estridencias, sencilla, cuyo único pecado era sacarle a los seguros unos euros en sus partes.

Sara miró por última vez el cuerpo de Simón e imaginó una descripción algo absurda que le dibujó una sonrisa triste: un hombre sin calcetines. Y miró sus pies, manchados de erupciones violáceas ahora que la sangre había dejado de circular por ellos.

—¿Tenía problemas de circulación? —le preguntó al forense.

—Algunas varices, pero sin importancia. La analítica es buena. Sólo un nivel un poco elevado de cortisona.

—Sé que no es fácil, pero piensa en Lucía. Hazlo por ella. Intenta recordar —le pidió el inspector Baín.

Ana se incorporó, la

espalda apoyada contra unos almohadones en la cama. Sus padres seguían esperando en el pasillo; podía ver sus siluetas a través del cristal.

—Un momento —dijo Sara y, a continuación, salió de la habitación.

Santiago vio cómo su compañera se acercaba a los padres y, poco después, sus sombras al otro lado del cristal desaparecieron. Sara

cerró la puerta al volver al cuarto para que Ana no tuviera más distracciones. Parecía nerviosa, incluso asustada. Sara vio esa inseguridad en sus manos, en los dedos que de forma compulsiva se tocaba; arañaba la piel alrededor de las uñas, escarbando como si quisiera enterrar algo. Las pequeñas heridas rojas que se dibujaban alrededor de sus uñas le hicieron suponer

que ese acto se había convertido en hábito a lo largo de su encierro. Esa inseguridad y ese miedo.

—No sé qué tengo que decir —murmuró Ana.

—Ahora sólo queremos hablar de ese agujero. Del refugio. ¿Cómo es? —le dijo Santiago y se sentó en la cama, junto a ella.

Sara sacó una grabadora y la puso sobre la mesilla. Ana

la miró antes de contestar: la luz roja, parpadeante.

—Está en ruinas. En un lado, el techo está hundido. Y parte de una pared también —empezó a decir Ana.

—¿Es de piedra? — preguntó Santiago, y ella respondió un «sí» apenas audible—. ¿Qué había alrededor?

—Montañas. Montañas y árboles.

—Intenta describirlas.

¿Cómo eran? La hoja de los árboles, ¿o sabes qué clase de árboles eran? Queremos encontrar el lugar y tú eres la única que puede llevarnos hasta él.

—No salíamos de allí... Sólo cuando él bajaba, a mí me dejaba arriba...

—Te ataba y pasabas horas sola —insistió Santiago—. Una pared se

había derrumbado. Seguro que hacía mucho frío.

—Mucho —le confirmó Ana.

—¿Qué veías a través de ese muro?

—La montaña, aunque casi todo el año estaba cubierta de nieve. Los días de mucho viento, la nieve también entraba dentro. Y por el techo, claro... Tenía una manta pero algunas

noches no podía dormir del frío.

—Pero ahora estamos en verano. —Santiago intentaba guiarla, pero Ana parecía perderse cada vez que echaba la vista atrás—. La montaña no tiene nieve, ¿o todavía le queda?

—Sólo en el pico.

—¿Veías algo más en la montaña? Un río, otro refugio, la carretera... — Pero a cada palabra de

Santiago, Ana respondía con una negación.

—Sólo la montaña.

Ahora, en verano, los árboles están hasta arriba de hojas... No sé lo que son... Los troncos no son muy gordos... y las hojas...

—¿Alargadas, redondeadas?

—Como corazones...

Corazones verdes, eso es lo que me parecían... Yo los llamaba mentirosos, a los

árboles. —Ana se sonrió al recordar ese juego privado —. A veces me hacían creer que estaba lloviendo, pero sólo era el ruido que hacían las hojas con el viento... Parecía lluvia de verdad.

Santiago hizo una pausa. Su mirada se deslizó a la grabadora, donde el contador digital avanzaba a pesar de su silencio. Un segundo tras otro y el policía no conseguía encontrar la

rendija por la que entrar en el recuerdo de Ana, por la que conseguir una vista definitiva del lugar donde habían estado atrapadas.

—Algunas noches te quedaste arriba, ¿verdad? Desde donde estabas, ¿podías ver cómo se ponía el sol?

—No. Poco a poco se iba apagando la luz... En invierno era raro... porque veías el cielo negro y la

nieve seguía brillando...
como si funcionara sola...
enchufada o algo así.... —
Durante un momento se
había dejado llevar, pero
entonces Ana se contuvo y
volvió a su actitud huidiza
—. Es una tontería...

—Nada es una tontería —
intervino por primera vez
Sara—. Cada cosa que dices
nos ayuda, Ana. No sabes
cuánto. Y si te parecía que la
nieve tenía como... ese

resplandor... Está bien que nos lo cuentes.

—Sabemos que no vas a darnos una descripción exacta. Nadie sería capaz. Sólo queremos escuchar lo que a ti te parecía ese lugar —continuó Santiago.

—Un agujero —dijo Ana con seguridad—. Daba igual que estuviera abajo, en el sótano, o en el refugio... Todo estaba como hundido. A veces me daba la

impresión de que la montaña y los árboles se iban a caer encima de nosotras...

—Cuando llovía mucho, ¿se inundaba el sitio? — preguntó Santiago.

—Algunas veces, y el agua arrastraba ramas de los árboles y cosas así... Abajo, en el sótano, había goteras... Jugábamos a que estábamos en un submarino y... —Ana borró la sonrisa que se había abierto en su cara,

avergonzada, como si recordar con cariño un solo minuto de su secuestro fuera grotesco.

—¿Y el hombre que estaba con vosotras limpiaba el refugio?

—No lo sé. A lo mejor.

—Pero era un hombre fuerte, podría haberlo hecho. Igual que podía haber arreglado las paredes o el techo...

—No sé si era tan

fuerte...

—Te sacaba a la fuerza del sótano. Tenía que ser un hombre fuerte, si te resistías...

—No me resistía, ¿por qué iba a hacerlo?

—Es normal que, después de tanto tiempo, os hicierais amigos. No tienes que avergonzarte de eso... ¿qué ibas a hacer?

—Yo no era su amiga. No hablaba nunca con él.

—Ana. Han pasado cinco años. ¿Nunca hablaste con él? —Santiago miró fijamente a Ana; había borrado toda simpatía de su gesto. Ya no jugaba a ser un hombre comprensivo. Quería dejarle claro que la paciencia se le estaba acabando—. ¿Por qué nos mientes?

—No estoy mintiendo, de verdad.

Y Ana buscó en Sara la

complicidad, pero Santiago la cogió suavemente de la barbilla y la obligó a mirarle a los ojos.

—¿Quién es? —le preguntó—. Vamos a estar a tu lado. No va a hacerte daño, te lo prometo. Así que, por favor, ya vale de tonterías. ¿O es que te da igual lo que le pase a Lucía? Tú estás aquí, con tus padres, te irás a casa... pero si no empiezas a ayudarnos,

cuando encontremos a Lucía
estará muerta. ¿Eso es lo que
quieres que pase?

La cara de Ana temblaba
en la mano de Santiago. Era
una niña aterida de frío, sola
en mitad de la noche. Las
lágrimas le rebosaron los
ojos, se arrastraron por sus
mejillas hasta la mano de
Santiago que seguía
sujetándola con firmeza. Era
la primera vez que la veían
llorar.

—Se ponía una máscara... siempre... — consiguió decir con un gemido.

Santiago buscó un pañuelo y le secó las lágrimas. La miró, de nuevo amable y cariñoso.

—Perdóname, Ana, pero tengo que hacer estas cosas.

Ella se dejó caer un poco en la cama. Quería que los policías se marcharan, encogerse bajo las sábanas y

dormir. Olvidar hasta que todo pasara. Ser eco. Olvido. Nada.

Mentía. El inspector Baín y Sara lo sabían. El ser humano es capaz de normalizar cualquier situación. De adaptarse a ella. La vida, la rutina, siempre se abren paso, por extremo que sea el entorno. Una guerra. Un secuestro. Pasado un tiempo de adaptación, aquello que te

hiere al principio, pasa a formar parte del paisaje, se hace cotidiano. Las bombas estallando a tu alrededor sólo te recuerdan que debes ponerte a salvo. El hombre descendiendo a través de la trampilla, también. ¿Por qué eran tan confusos los recuerdos de Ana? ¿Tenían que buscar la razón en el accidente de coche, en la operación que había superado? Cinco años de

una vida no pueden convertirse en una mancha difusa.

Gaizka subió de la cafetería con unos bocadillos envueltos en film y unas latas de refrescos. Álvaro tenía la mirada perdida en el otro extremo del pasillo, donde Raquel e Ismael hablaban. Ella evitaba la mirada de Ismael y se

abrazaba a sí misma, como si defendiera su espacio, como si se resistiera a mostrar una intimidad con el chico que, para Álvaro, ya era evidente.

—La cena —le dijo Gaizka, y Álvaro se volvió hacia él con un movimiento brusco con el que trató de borrar toda la desconfianza que había en su rostro—. Si quieres, luego bajo a por un café. Los de máquina no te

quitan el sueño y, encima, te dejan la barriga hecha una mierda...

—No tienes por qué quedarte —le agradeció Álvaro—. Vete a casa. Mañana igual te llamo para que me subas a la estación.

—Tranquilo, estoy acostumbrado a trasnochar —bromeó Gaizka—. Una noche más que menos no me va a hacer daño...

—De verdad, aquí ya no

hay nada que hacer —
insistió Álvaro.

—Tú cena —le dijo
Gaizka—. Luego ya
veremos qué hago.

Eran las diez de la noche.
En un par de horas, Gaizka
podía estar en Posets, en su
casa. Pensó que se tumbaría
en el sofá en cuanto llegase,
se liaría un par de porros y
dejaría que el hachís y el
cansancio lo empujaran

hacia el sueño. Habían sido unos días muy largos.

Cuando vio la nube de humo que ascendía desde el barranco y detuvo el coche, tuvo la tentación de dar media vuelta y largarse. En ese momento le pesaban las piernas como si por sus venas corriera plomo. Notaba las primeras descargas subiéndole por la nuca, los rayos que adelantan la tormenta, el

dolor de cabeza. Sabía que en Monteperdido lo único que harían sería desviar el aviso a Barbastro, el GREIM del pueblo no tenía helicóptero, por eso llamó al Servicio de Rescate en Altura de la ciudad. Les describió lo que había visto: un coche accidentado en el fondo de un barranco, les indicó el kilómetro de carretera en el que estaba. Después rebuscó en la

guantero un ibuprofeno que, al menos, calmara el dolor que ya se había instalado en su cerebro. Las punzadas con las que despertaba del efecto de las drogas. No encontró ninguno y tuvo que esperar al momento en el que hizo la declaración en la comisaría para pedirles a los policías una pastilla. Recordó que, entonces, había pensado lo mismo que ahora pensaba en el hospital:

llegar a casa y fumarse unos porros hasta dormirse. No pudo hacerlo. Identificaron a Ana, le pidieron que no se marchara, que quizá tendría que volver a dar testimonio. Fue al baño y llamó a Álvaro. «Tienes que venir —le dijo—. Es tu hija. La han encontrado. Viva.» Y, después, dormitó en un banco incómodo, ajeno al ajetreo de policías, de teléfonos y puertas que se

abrían y cerraban. No fue hasta esa noche que le dieron permiso para marcharse. Antes repitió lo que había visto a Santiago y Sara, los agentes del SAF. No pensó en la reacción de Álvaro hasta que se encontraron en el hospital, más tarde. Ya era de noche. Gaizka recordó el silencio que siguió a sus palabras. «La han encontrado. Viva.» Era incapaz de imaginar su

cara, y, como él no decía nada, preguntó: «¿Estás ahí?». Álvaro tardó aún unos segundos más en decir: «¿Dónde está?». «En el hospital de Barbastro — respondió Gaizka. Y añadió —: Felicidades», pero Álvaro ya había colgado.

—A lo mejor me voy a casa, aunque sólo sea para darme una ducha. Debo oler a perros —dijo Gaizka

mientras Álvaro daba un trago a su refresco.

—Y duerme un poco. Yo voy a estar bien.

—¿Quieres que te baje algo del almacén?

—Mañana. Antes de darle el alta, tienen que hacerle unas pruebas... Otro escáner... Yo subiré.

—Te llamo y bajo a buscarte.

Álvaro le dio una palmada en el muslo y murmuró un

«gracias». Luego mordió el bocadillo con hambre.

Gaizka había creído que se encontraría con un hombre roto en el hospital. Después de tantos años de presión, después de todo lo que habían dicho de él, la tensión se desvanecía. Siempre creyó que esa tensión era la responsable de que Álvaro nunca se relajara, alerta y rígido en todo momento. Ni siquiera

cuando bebían demasiado dejaba de controlar sus palabras, sus gestos. Gaizka estaba seguro de que en el hospital iba a descubrir a otro Álvaro; sin embargo, cuando lo vio en un pasillo y se abrazó a él, seguía siendo la misma roca de hielo.

El pinar donde desaparecieron las niñas se levantaba al otro lado de la

carretera del colegio, frente al cuartel. Sara miró los árboles y pensó en un pelotón de soldados, firmes, listos para pasar revista. Cruzó y se adentró entre ellos. Bajo sus copas frondosas apenas si se filtraba la luz de la noche. Necesitaba estar sola. Pasear sin rumbo hasta encontrar algún camino por el que volver a avanzar con un destino claro.

Se había sentido así de perdida otras veces. El trabajo era lo que evitaba que regresara esa sensación de desamparo, de vacío. Las vidas de los desaparecidos, de sus familias, también eran su vida. ¿Qué le quedaba si lo perdía?

Era un vampiro alimentándose de la vida de los demás. Por mucho daño que le hiciera la sangre de

los otros, siempre sería más dulce que la suya propia.

Sabía que eso era lo que pretendía cambiar Santiago. Que dejara de volcarse tanto en las investigaciones para mirarse a sí misma e intentara cerrar las heridas que seguían abiertas. Controlar esos miedos que la hacían tan frágil.

Pensó en su casa. En el piso de Almería donde vivió de niña. Su habitación

plagada de pósters infantiles. Su cama, donde se acostaba encogida, más desesperada que asustada, buscando una explicación al comportamiento de sus padres, preguntándose por qué no podía ser mejor, por qué la miraban de esa forma, qué debía cambiar para ser la hija que ellos esperaban. Las tardes en las que su cerebro perdía el control y disparaba un millón de ideas

al mismo tiempo: un millón de variaciones de aquella niña, alguna que no cometiera errores. Pero nunca dio con esa Sara que sus padres deseaban en ninguna de las versiones que intentó de sí misma. Y, cuando pensó conseguirlo, los perdió definitivamente. Se convirtió en una especie de Gretel, abandonada en mitad del bosque.

—Sara Campos. —Y

escuchar su nombre la devolvió a la realidad—. ¿Dando un paseo o buscando pruebas?

Caridad se acercó a ella cruzando un sendero de tierra que serpenteaba entre los árboles con ese bamboleo al caminar que hacía pensar que no tenía articulaciones. Llevaba el mismo chándal rosa y gris de la noche que la conoció

en la salita del hostel,
insomne.

—Buscando pruebas,
claro —se contestó Caridad
a sí misma—. Aquí mismo
fue donde desaparecieron
Ana y Lucía. La mochila de
una de las crías la
encontraron por ahí tirada.
—Y señaló un árbol que, en
la base del tronco, se
ensanchaba con verrugas de
madera.

Sara miró el árbol y se dio

cuenta de adónde la había llevado su paseo.

—Marcial quería trasplantarlo. ¿Te parece normal? No sé cuánto se iban a gastar en *arrenká* el árbol de aquí y plantarlo delante de la iglesia. Como si fuera un monumento en memoria de las niñas... Hicieron una colecta y todo en la Cofradía —siguió explicándose Caridad mientras se sentaba en la

base del árbol—. Pero este pino tiene hongos o qué se yo, no entiendo de árboles... Vamos, que si lo sacaban de la tierra, lo mataban.

—¿Y qué hicieron con la colecta? —le preguntó Sara con una sonrisa. Le divertía la forma de refunfuñar de Caridad, ronca, hacia dentro, como uno de esos personajes de dibujos animados a los que todo le sale mal.

—Camisetas para el

equipo de fútbol del pueblo.
—Y, tras una carcajada seca,
Caridad añadió—: Que no
todo va a ser llorar, coño.
También está el fútbol.

Sara le dio la razón con
una sonrisa. Se paseó hasta
apoyar la espalda contra el
árbol que había frente a
Caridad. Llevaba de nuevo
esa botella de plástico con
un líquido rojo. Caridad
abrió la botella, le dio un
trago y la dejó a sus pies.

Después, buscó su paquete de tabaco.

—Algo más habrá en este pueblo aparte del fútbol —le dijo Sara.

—Pegar tiros por el monte —le contestó ella—. ¿Sabes algo del *kan*?

—Que está vivo.

—Pero se va a quedar cojo, ¿verdad?

—Me da la impresión de que sabes tú más que yo.

—No hay mucho que

hacer en Monteperdido, aparte de cotillear. Me encontré con Nicolás, el veterinario, en la tienda y me contó... Un día tienes que hablar con él; dice que escribe libros de policías.

—Dime cómo se llaman y me compraré uno —dijo Sara.

Caridad rió con ese estruendo que hacía que se sacudiera entera. Nicolás jamás había conseguido

publicar ninguno de esos libros, que, además, escribía en *patués*.

—Con lo pesado que es, habría que leer sus historias —se burló—. Mejor, olvida lo que te he dicho: no te acerques a él —añadió.

—Deberías hacerme una lista con la gente del pueblo con la que tengo que hablar y con la que no —bromeó Sara.

—¿Una lista? —Caridad

se quedó un segundo en silencio, mirando pensativa el bosque, como si le hubiera parecido una buena idea—. La familia de Joaquín, ¿la conoces? ¿Has hablado con los abuelos de Lucía?

—Todavía no.

—La madre de Joaquín, Aína, es de esas abuelas a las que quitarse las medias para que se vean los pies ya les parece indecente. Y el

padre, un soberbio. Tienen una ganadería y tierras. Si echas cuentas, medio valle es suyo, pero son roñosos como la madre que los parió. No le sueltan un céntimo al hijo. La gente dice que no le perdonan que se apartara del negocio familiar. De la *bakada*.

—Joaquín tiene una empresa de transportes — dijo Sara recordando el expediente.

—Transportes Castán:

cuatro camiones que se caen a pedazos. Iba para más. Pero desde lo de la hija, ése no pisa el negocio. Y así les va.

—Que yo sepa, no ha cerrado.

—Lo lleva Rafael, el hermano de Montserrat. El pobre era camionero, no da para llevar la empresa. Le salen sarpullidos al ver la que tiene encima. Que esa

familia, ahora, depende de él.

Caridad dio una larga calada a su cigarrillo. Sara pensó en volver al cuartel. Durante un momento, al mirar a su alrededor y verse rodeada de árboles, temió no dar con el camino de regreso.

—¿Qué has encontrado?

—Caridad notó que Sara no había entendido la pregunta y se explicó—: En el *piná*.

¿Qué pruebas has encontrado?

—Ninguna. Ha pasado demasiado tiempo como para que quede algo...

—Entonces ¿qué hacías aquí?

—¿Y tú?

—Estirar las piernas.

Ando una hora todos los días antes de irme a casa. A ver si el cansancio me quita el insomnio.

—¿Y funciona?

—¿La verdad? No. Ahora tengo insomnio y agujetas.

Sara se alejó unos pasos de Caridad. Entre unos árboles vio el camino de tierra por el que había llegado. A cierta distancia, podía entrever la carretera.

—Sara Campos —dijo Caridad—. Se te da muy bien hablar de los demás, pero ¿qué hay de ti? Además de que tienes el gatillo fácil, no sé nada más.

Caridad seguía sentada en la base del árbol. La estaba señalando con un dedo rechoncho y guiñaba un ojo, como si hubiera descubierto su secreto.

—Yo no soy importante —le contestó Sara, con la sensación de que esa pequeña mujer se estaba burlando de ella. Como la noche pasada, era difícil medir sus intenciones.

Sara se despidió de

Caridad y deshizo el camino hacia la carretera. Antes de perderse entre los árboles, echó la vista atrás, pero la mujer ya no estaba allí. Sólo el árbol enfermo que se ensanchaba en su base, capaz de aparentar ser uno más del pinar, pero que moriría si un día lo arrancaban de esa tierra.

Era consciente de que a Santiago no le iba a gustar su decisión pero, a partir de

ese momento, iba a actuar sin imposturas. Si tenía que pagar un precio por hacer bien su trabajo, era ella quien decidía asumirlo.

—Ahora mismo, lo único que podemos decirles es que, cuando Ana escapó, Lucía estaba con ella. Y estaba bien.

Santiago Baín había decidido ir a la casa de

Joaquín Castán antes de ir a su habitación en el hostel. El padre de Lucía había estado llamando a la jefatura todo el día, también al sargento Víctor Gamero. Exigía información. Sentados en el sofá, escuchaban las explicaciones de Santiago; un relato a la fuerza incompleto. A él le molestaba tener que hacer esto. Aunque intentara evitarlo, abría puertas a la

esperanza que, quizá, mañana tuviera cerrar de golpe. Podía ver esa ilusión en la cara de Montserrat; Joaquín, sin embargo, intentaba aparentar una profesionalidad casi policial. Como si la historia de Lucía no fuera la de su propia hija.

—¿Tienen alguna idea de cómo es el sitio donde estaban? —le preguntó.

—La descripción de Ana es muy vaga... Cerca. En la

montaña. Pero no sabemos más...

—Estas montañas las han peinado un millón de veces. La Guardia Civil, el GREIM... Batidas, con helicópteros. Hasta las hemos recorrido con la Cofradía. No queda un centímetro de monte en el que no hayamos estado — protestó Joaquín.

El crujido de los escalones hizo que Santiago

se girara hacia las escaleras. Quim se había parado a mitad del tramo y miraba extrañado a sus padres.

—¿Se enfrentó Simón Herrera al hombre que las tenía? —insistió Joaquín, dejando a un lado la presencia de su hijo.

—No. Encontró a Ana atada. No vio a Lucía. Seguramente, ni siquiera sabía que estaba ahí.

Cuando Santiago volvió a

mirar a las escaleras, Quim ya se había marchado. Montserrat empezó a murmurar algo que, al principio, le resultó incomprensible. El policía se volvió hacia ella y le pidió que le repitiera lo que había preguntado. Pero Montserrat se detenía a cada palabra, no porque no supiera qué quería decir, sino porque buscaba la forma menos dolorosa de hacerlo. Joaquín la rodeó

con un brazo y dijo aquello que su mujer no se atrevía.

—Es posible que si sabe que Ana ha escapado, decidiera hacerle algo a Lucía... O vaya a hacérselo...

—Tenemos pocas certezas —les concedió Santiago—. Pero el riesgo es evidente. Intentamos ir tan rápido como podemos porque, y creo que de eso todos somos conscientes, el

tiempo no juega a nuestro favor.

Se puso en pie. Tuvo la tentación de añadir algo más: las llamadas de Joaquín, sus peticiones de información, incluso su presencia en los alrededores de la casa de Simón, no eran más que obstáculos. Minutos que restaba a la investigación. Eran oportunidades que le estaba quitando a su propia hija.

Sin embargo, el policía prefirió despedirse con un abrazo de los dos. También les preguntó por cómo se estaba tomando todo esto su hijo. Joaquín le contestó con un «bien» ausente, como el que responde por tapar un hueco. Se dio cuenta de que Joaquín no había dedicado ni un segundo a hablar con su hijo. No podía tener ni idea de lo que pasaba por la cabeza de ese adolescente

que ahora se escondía en el piso de arriba.

—Si necesitan cualquier cosa, ya saben cómo pueden localizarnos —se despidió el inspector Baín.

Era la tercera vez que Víctor y Sara escuchaban la grabación del último interrogatorio de Ana: hacía una descripción deslavazada del refugio. Víctor se

esforzaba por centrarse en las palabras de la niña y dejar a un lado las preguntas del inspector Baín, algunas hirientes, como si Ana fuera culpable de algo. Sin embargo, entendía las razones por las que el policía había actuado así. Las posibilidades de seguir con vida de Lucía se agotaban a cada hora, si es que ese hombre oculto tras una

máscara no la había matado ya.

En el despacho, Sara había pegado un mapa del valle de Monteperdido. «El valle secreto», como lo llamaban los forasteros. El casco urbano del pueblo, en esas cartografías, siempre le había recordado una hoja del abedul inclinada hacia el oeste. Puntiaguda a la salida del congosto de Fall, que daba acceso a Monteperdido

a través del túnel del monte Albádes, y luego, ensanchándose en forma de rombo escalonado hasta el extremo este, donde el hostal La Renclusa daba fin al pueblo y la carretera ascendía como un fino tallo, entre el monte Albádes y, más arriba, a su derecha, la Kregüeña, la montaña tras la que se ocultaba el pueblo de Posets, para morir en los límites del parque nacional

de la Maladeta, junto al hotel de La Guardia, el lugar habitado más alto de toda la comarca.

Sin embargo, el barranco donde habían encontrado a Ana y Simón estaba más al sur, antes de alcanzar el congosto, en la carretera de Barbastro. En ese punto del mapa, Sara había clavado una chincheta amarilla.

—¿De qué montaña habla Ana en la grabación? —le

preguntó Sara sin dejar de mirar el mapa.

—Puede ser cualquiera — respondió frustrado Víctor.

La carretera serpenteaba paralela al cauce del Ésera dejando a sus lados pequeñas poblaciones, como Ordial o Val de Sacs, pueblos que parecían semillas abandonadas a su paso para, después, poder encontrar el camino de regreso. Multitud de

senderos y caminos forestales nacían de la carretera, una maraña de venas que se adentraba en los montes. No todos aparecían en ese mapa. El «camino a Francia», por ejemplo, no estaba señalado. La ruta hasta el monte Ixeia donde se había empezado a construir un túnel que abriera una vía de comunicación entre Monteperdido y el otro lado

de los Pirineos. Un túnel que jamás se acabó de construir, convertido ahora en un agujero negro en la falda de la montaña.

Víctor volvió a poner la grabación desde el principio.

«Está en ruinas. En un lado, el techo está hundido. Y parte de una pared, también.» Pero entonces sus pensamientos se desviaron del caso y le llevaron a Nuria, como una ola lleva a

una playa el resto de un naufragio.

—¿Cuántos refugios como ése hay en la montaña? —la pregunta de Sara apartó de sus pensamientos a Nuria, a la mujer con la que había planeado una vida.

—No sé... Muchos. —Y no ocultó cierta rabia en sus palabras, no por la pregunta de la policía, sino por haberse dejado arrastrar

lejos de ese despacho—. Algunos están abandonados, en ruinas... En los caminos que ya no se usan...

—¿Hay alguien en el pueblo que conozca la montaña mejor que tú?

—No creo —contestó Víctor, molesto.

—Escúchame. Ahora no me valen juegos de vanidades. Si hay alguien que se conozca hasta el último refugio, tráemelo.

Víctor se levantó. Se acercó al mapa de la pared y, con un rotulador rojo, fue marcando lo que decía, como si subrayara sus palabras.

—Los árboles de los que habla Ana son álamos temblones. Aquí les dicen *trémols*. Crecen a unos mil ochocientos metros de altitud. Hay muchos en el parque, aunque no son muy extensos. Si partimos del

lugar donde se estrelló el coche, podemos llegar al menos a cinco bosques de *trémols*. Sus hojas son como ella las describe; podrías ver la forma de un corazón... y, con el viento, hacen ese ruido de lluvia. En cuanto a la montaña, parece evidente que está al noreste. No se pone el sol a su espalda, pero sí refleja la luz del ocaso. Seguramente, a eso se refería cuando decía que, al

caer la noche, brillaba... Esta sierra, sobre la zona del accidente, tiene esa orientación. El pico más alto es el Ixeia, pero no tiene por qué ser ése el que viera Ana. Podría ser cualquier otro. Bajo esa sierra hay varios valles... por eso se inundaba el refugio. Pero, en general, estamos hablando de una superficie de más de cinco mil hectáreas, de difícil acceso, aunque hay algunos

caminos... Tardaríamos una semana en recorrerla entera, quizá más.

Víctor se volvió entonces a Sara y lanzó el rotulador a la mesa. Sara vio cómo rodaba hasta estrellarse contra una carpeta. Luego, levantó la mirada hacia Víctor. A su espalda, el mapa había quedado marcado con líneas y círculos rojos, y le vino a la imaginación la cara de una

niña que ha estado jugando con el pintalabios de su madre.

—¿Qué esperas? —le dijo Sara—. ¿Un aplauso? ¿O una chocolatina? —Vio cómo la cara de Víctor palidecía y ella intentó contenerse, aunque no pudo hacerlo. Estalló con una carcajada que, al instante, se transformó en una risa nerviosa que le hacía guiñar los ojos—. Perdona —

consiguió decir—. Estoy muy cansada... es eso... Todo lo que has dicho... está muy bien, de verdad. Es la hostia. —Pero seguía sin poder contener la risa.

Él la miró desconcertado y notó cómo se contagiaba. Tenía que hacer esfuerzos para no reír también.

—Me lo tomaré como una felicitación —dijo al fin Víctor, a la vez que le daba la espalda a Sara para que

ella no viera que él también sonreía.

—Te lo digo en serio. Es un montón de información. Tenemos que encontrar la forma de acotar la búsqueda... Pero... me has dejado de piedra. —Y la risa que había ido apagando volvió a transformarse en carcajada—. Es sólo que ha sido tan... espectacular... que no me lo esperaba...

—Desde luego, lo mejor

será que duermas un poco —
le contestó Víctor mientras
recogía sus apuntes—. ¿Voy
a buscarte a primera hora al
hostal?

—Por favor —dijo ella
intentando recuperar la
serenidad.

Las mejillas de Sara se
habían encendido,
sonrosadas, sus ojos verdes
estaban húmedos por la risa.
Su cuerpo, al levantarse de
la silla para despedirle, le

parecía más suelto, sin la rigidez que había exhibido desde que llegó. Como si se hubiera liberado de unas cadenas invisibles y, por fin, pudiera moverse con libertad.

—Hasta mañana —se despidió el sargento de la Guardia Civil.

Nieve seguía tumbado en su cojín. El perro apenas si se

había movido desde la última vez que había ido a verlo. Víctor se sentó a su lado y lo acarició bajo el cuello. En cada una de las visitas que le había hecho a lo largo del día, en breves escapadas del cuartel, temió encontrarlo frío y sin pulso. Aunque débil, Nieve seguía luchando. Comprobó el cuenco de agua que le había dejado al lado. Se mojó los dedos y le humedeció la

boca, el hocico. Antes de ducharse, le cambiaría el apósito y le limpiaría la herida. Nicolás Souto volvería mañana a verle, le había dejado llaves de casa para que el veterinario pudiera entrar a ver al perro. Víctor estaba cansado y tuvo la tentación de recostarse junto a Nieve y cerrar los ojos, pero se levantó, fue a la cocina y cogió las gasas, el antiséptico. La imagen de

la mujer de Simón Herrera, muerta sobre un charco de sangre, le vino a la memoria. Sintió vértigo, como si de repente el suelo se inclinara y él pudiera caer rodando, encontrándose en su camino con más cadáveres. El de Nieve. El de Lucía. Cerró los ojos e intentó relajarse, recuperar el control. Estaba al cargo del puesto de la Guardia Civil. No podía dejarse llevar por el miedo.

Santiago vio una rendija de luz bajo la puerta de Sara. Todavía estaba despierta. En recepción, la chica le había dicho cuál era su habitación pero, antes de entrar, llamó a la de Sara. Ella asomó al otro lado. Todavía en vaqueros y esa camiseta gris. A su espalda, la cama estaba cubierta de papeles.

—¿Cómo ha ido con los

padres de Lucía? —le preguntó Sara apartándose de la puerta, invitándole a entrar.

—No va a ser fácil manejarlos, sobre todo al padre —se explicó Santiago y luego, mirando a la cama, le preguntó—: ¿Vas a dormir entre papeles?

—Quería echarles un último vistazo —murmuró Sara no sin cierto pudor y, a

continuación, empezó a recoger el desorden.

—Acuéstate. — Duerme.

Nadie piensa con claridad si no ha descansado lo suficiente.

Santiago se sentó con un suspiro en una silla junto a la pequeña mesa que, aparte de la cama, era todo el mobiliario de la habitación.

—Los refugios de montaña no tienen sótano.

—Sara siguió hablando

mientras renunciaba a ordenar sus papeles y, simplemente, formaba una montaña con ellos sobre la mesilla—. Estuvo preparándolo. No sé cuánto tiempo le llevaría. Meses, seguro. —Luego se sentó a los pies de la cama, frente a Santiago—. Víctor ha delimitado una zona de búsqueda, lo ideal sería intentar una reconstrucción con Ana, pero no creo que

esté en condiciones...

Deberíamos volver a hablar con ella a primera hora.

—¿Has cenado? —le preguntó el policía.

—No.

—¿Y tienes hambre? — Sara se encogió de hombros —. Yo tengo hambre. ¿Nos darán algo de comer o es muy tarde?

—Puedo llamar a recepción y preguntar.

—Seguro que han cerrado

la cocina.

Y con un gesto Santiago invitó a Sara a olvidar la propuesta. Luego, sin ocultar su cansancio, se incorporó.

—Santiago, sé lo que estás intentando hacer — murmuró agradecida Sara—. Pero no hace falta que sigas protegiéndome. Déjame que hable con la niña.

—¿Me estás diciendo que no sé llevar un interrogatorio? —Santiago

rehuía con un tono burlón el fondo de la conversación.

—Hazte el capullo, pero sé que me quieres —le dijo Sara—. Y tienes miedo de que me afecte demasiado. Confía en mí. Puedo controlarlo.

Sara intentó sonar tan convincente como pudo. Santiago se puso en pie, incómodo. ¿Cuánto tiempo hacía que se conocían? ¿Veinte años? ¿Quizá más?

Le vino a la memoria la imagen de Sara entrando a la comisaría. Una adolescente tan delgada como el filo de un cuchillo, fingiendo una seguridad que no era más que tristeza y miedo. Recordó cómo la llevó hasta su despacho y la primera vez que escuchó su voz. «Soy Sara Campos. Están buscándome», le dijo a Santiago. Y cómo ella intentó que sus ojos verdes

no se rompieran en mil pedazos cuando él le contestó: «Nadie te busca».

Santiago no era un hombre protector, solía mantenerse al margen de los casos que le asignaban, pero fue incapaz de distanciarse de aquella adolescente perdida. Sin proponérselo, Sara se convirtió en su responsabilidad. Se descubrió llamándola por teléfono días después para

saber cómo le iba. Aconsejándola sobre qué carrera estudiar en un restaurante mientras la obligaba a probar la carne poco hecha, tal y como a él le gustaba. Invitándola a vivir en su casa.

Conocía sus debilidades mejor que nadie. Las mismas que la habían convertido en una buena policía.

—Un día, no estaré a tu

lado para recoger los pedazos —le advirtió Santiago.

—Para ese día todavía falta mucho —le contestó Sara con una sonrisa. Sabía que, a pesar de la advertencia, accedía a sus peticiones—. A ver si consigo que te hagan una *chiretas*. Te van a gustar.

Las enfermeras entraron con

el desayuno pero, a un gesto de Sara, un guardia civil les impidió el paso y cerró la puerta de la habitación. Santiago se había afeitado y su piel lucía como si hubiera tenido doce horas de sueño. Ella, sin embargo, no podía disimular la noche en vela.

Intercambiaron los papeles. Ahora era Santiago el que escuchaba sentado al fondo de la habitación y Sara quien hacía las

preguntas. Los médicos les habían dicho que Ana había pasado una mala noche. La cicatriz de la cabeza le molestaba y se despertó con pesadillas varias veces. Estaba desorientada. No era fácil intentar recorrer por su memoria el camino que había hecho en el coche de Simón Herrera.

—Sabemos que no puedes decirnos por dónde fuiste. Pero intenta recordar algún

detalle. Puede sernos de ayuda. ¿Cuáles eran tus sensaciones? ¿Bajabais o subíais por la montaña? —le preguntaba Sara como la que se adentra, cautelosa, en una casa desconocida.

Ana se esforzaba en encontrar las respuestas que la policía buscaba pero ese trayecto en coche, desde el agujero al accidente en el barranco, era un caos de

imágenes y ruido. Breve y, al mismo tiempo, eterno.

—No busques la lógica, cariño —le dijo Sara sentándose en el borde de la cama y cogiéndole la mano—. No nos hace falta. Quiero ser tú. Estar dentro de ese coche. Si hay alguna respuesta, soy yo quien la tiene que encontrar.

Las palabras de la policía consiguieron relajarla. Ana abrió las ventanas de su

memoria y Sara entró a través de ellas. Pudo imaginarla tumbada en el asiento de atrás del coche, una mano sujetándose contra el asiento del piloto para evitar que los vaivenes del automóvil, en un firme inestable, plagado de desniveles, acabaran por tirarla al suelo del coche.

La figura de Simón Herrera, tapada por el

asiento, se aferraba con fuerza al volante.

Los árboles eran en una mancha borrosa al otro lado de las ventanillas.

El miedo a ser libre.

Y, de repente, un golpe en la parte de atrás del coche y la caída, barranco abajo. Las piedras que reventaron los cristales y la angustia al darse cuenta de que ése era el final de la escapada.

—Antes de que eso

ocurriera —intentó dirigirla Sara—. ¿Recuerdas cuando todavía estabas en el refugio, cuando llegó Simón?

La pared semiderruida del refugio dejaba ver un fragmento de cielo y montañas. Los álamos temblones hacían su representación de la lluvia. «Mentirosos.»

El dolor de las articulaciones había dejado de ser un incordio,

acostumbrada a que él la atara de espaldas a la viga. «No grites. —Y la voz de Simón sonó como un susurro en la memoria de Ana—. No grites. Voy a sacarte de aquí.»

La rutina del encierro saltó por los aires, miró a su alrededor, buscando por dónde había llegado ese hombre pero él ya estaba cortándole las cuerdas con una navaja. Sus piernas

fallaron al ponerse en pie, más asustadas que débiles. Él tiraba de ella y Ana se debatía entre llamar a Lucía o salir corriendo.

La trampilla del agujero, en mitad del suelo, cerrada y mirándola, como si la estuviera acusando de algo. La urgencia de Simón y unos ruidos, abajo, como el rugido del vientre de ese refugio.

Se dejó arrastrar fuera. El

paisaje, inmenso a su
alrededor, le mareó.
Demasiado espacio,
demasiada distancia, tuvo
miedo a perder el equilibrio
y caer al suelo pero el
hombre la cogió de un brazo
al notar que desfallecía.
«Vamos», le dijo.

Los árboles se acercaban
a ellos, también su ruido.
Antes tuvieron que
descender una pequeña
pared de piedra y resbaló.

Sintió el golpe frío de la piedra contra un codo y luego el calor de la sangre.

Siguieron corriendo.

Él siempre delante, echando miradas hacia ella para asegurarse de que seguía ahí.

El agujero quedó atrás, desapareció al bajar la pared de piedra, al adentrarse entre los árboles. El ruido de sus hojas le resultaba ensordecedor. No era lluvia.

Era un enjambre de abejas gigantesco, rodeándola.

Simón abrió la puerta de atrás del coche. «Sube», le dijo. Agradeció volver a un lugar cerrado, pequeño, en el que podía tocar con las manos sus límites, no el vacío que habían atravesado. Arrancó y se giró hacia ella para decirle algo que no escuchó.

Demasiado ruido.

La radio, al ponerse el

motor en marcha, se había encendido a un volumen ensordecedor. Hundió la cara en el asiento. Alguien cantaba, una chica, pero no entendía lo que decía. Después de cinco años «en el agujero», susurrando junto a Lucía, atrapada en un ritual repetitivo: esperar que la trampilla se abriera, la sombra del hombre descendiendo la escalera, el casco negro, los tappers de

comida, los regalos para Lucía, el orinal donde hacían sus necesidades y las promesas cruzadas entre ellas de que no mirarían en ese momento, botellas de agua, libros y muñecas, las noches en las que el hombre la subía para atarla junto a la viga, las estrellas del cielo negro de Monteperdido mientras él se quedaba con Lucía. Cinco años de repeticiones y, de repente,

una descarga de estímulos desconocidos: la velocidad del coche y el ruido de la música. El espacio abierto que casi le hacía daño.

—Tuviste mucho coraje al salir de ese agujero —le dijo Sara. Mientras Ana recordaba, notó cómo le apretaba la mano con más fuerza. Para ella, lo más difícil había sido salir al exterior, romper esa barrera. Miró la carne alrededor de

sus uñas, mordida—. Ahora quiero que pienses en otro momento. Más tarde. Después de caer barranco abajo.

Abrió los ojos y un hilo de sangre se desprendió de la cabeza de Simón. Buscó un apoyo y notó el cristal clavándose en la palma de su mano. El pelo enredado en la cara.

—¿Seguía sonando la radio? —le preguntó Sara.

Un pitido se había instalado en el interior de su cabeza. Un silbido agudo bajo el que se escondía la música de la radio. Esa misma chica cantando en un idioma que no entendía para, después, dar paso a la voz de un locutor en un tono intrascendente que llegó a molestarle.

—Gracias, Ana —le dijo Sara.

—Lo siento pero es que...

no soy capaz de recordar nada más —se disculpó la chica.

—De momento, creo que tenemos suficiente —la tranquilizó la policía.

Sara se levantó de la cama. Santiago la miraba preocupado y ella forzó una sonrisa. No quería que notara cómo la agorafobia de Ana había llegado a oprimirle el pecho. A dolerle. Había conseguido lo

que buscaba. Eso es lo único que debía importarles.

Una grúa levantó el coche al fondo del barranco. Los operarios, abajo, se apartaron cuando el cable de acero engarzado al tren inferior del coche tiró de él. El sargento Víctor Gamero, al margen de lo que sucedía en el vehículo, organizaba la batida. Distribuía a sus

hombres en grupos, centrándose, primero, en los bosques de *trémols* que había en la zona. Sara se bajó del coche y, con un gesto de la mano, le indicó que se acercara. Sobre el capó del todoterreno, extendió un mapa de la sierra.

—Cuando Ana se subió al coche estaba sonando una canción en la radio — explicó Sara al llegar Víctor

a su lado—. Al caer por el barranco, todavía pudo escuchar unos segundos más de esa canción. No sabemos si pudo oírla entera, pero suponemos que, si una canción dura una media de tres minutos, ella pudo estar en el coche dos minutos y medio, quizá un poco más. También dice que iban muy rápido. Por estos caminos, esa sensación de velocidad se puede corresponder a

unos sesenta kilómetros por hora. Si nos basamos en esos cálculos, tuvieron que hacer una distancia de dos kilómetros y medio, quizá tres... ¿Qué bosque de esos álamos hay en ese radio?

Víctor señaló una pequeña mancha verde en el mapa.

El camino serpenteaba por la montaña, paralelo a un abierto, a su derecha, que se

iba haciendo más y más profundo conforme ascendían. El todoterreno hundía a veces las ruedas en badenes, Sara se cogió del pasamanos, zarandeada como si fuera un muñeco. Víctor avanzaba con seguridad. Tras ellos, dos coches más de la Guardia Civil. Sara avisó a Santiago por teléfono. Acababa de salir del hospital. Se había quedado con Ana,

intentando desenterrar más recuerdos antes de que los médicos le hicieran las pruebas que podían suponer su alta.

Llegaron a la zona que habían marcado en el mapa y vio cómo Víctor, al bajarse del coche, miraba a su alrededor con un gesto de rabia. En las últimas curvas, el camino había abandonado el cortado y penetraba en una zona boscosa,

flanqueado por esos árboles que temblaban con el viento y parecían imitar el sonido de la lluvia. Sara los miró y le pareció que estaban más vivos que cualquier otro árbol que había visto en su vida. Como si fueran conscientes del sonido que generaban sus hojas.

—¿Y ahora, qué? —dijo Víctor abriendo los brazos, como si quisiera abarcar todo lo que les rodeaba.

El camino continuaba por el bosque y se podía ver cómo se bifurcaba unos metros más adelante. El refugio tenía que estar cerca, lo sabían. Víctor intentó controlar la tensión pero desde que se subió al todoterreno no había podido apartar de su cabeza la imagen de Lucía, atrapada en ese agujero. Estaba esperándoles. Y él insistía en pensar que estaba viva.

Vio cómo Sara se paseaba buscando entre los árboles alguna pista que le indicara por dónde continuar. Los otros coches de la Guardia Civil llegaron al lugar donde ellos estaban. Pujante se bajó de uno, dispuesto a unirse a Víctor.

—¿Por dónde seguimos?

—preguntó.

Con un gesto brusco, Víctor le mandó callar. Buscó a Sara. Esperaba que

ella le dijera algo. Se había adentrado entre los álamos pero ahora volvía murmurando un «mierda» a la vez que miraba su móvil.

—No tengo cobertura. —

Y miró urgente a Víctor—.

¿Tú tienes?

Víctor buscó su móvil y se lo dio. En la montaña hacían falta teléfonos con conexión satélite. Ninguna compañía daba servicio allí

arriba. Sara cogió el teléfono de sus manos...

—Necesito el teléfono del médico que atiende en Ordial... ¿Te lo sabes?

Miguel Sedró estaba auscultando a un paciente cuando la enfermera entró en la consulta.

—Es la policía, Miguel. Dicen que tienen que hablar contigo, que es importante.

—Y sólo entonces cayó en la cuenta del hombre semidesnudo que había en la camilla—. Perdona... pero es que se ve que tienen mucha prisa.

Miguel cogió el teléfono en la recepción del centro de salud. Las interferencias le impidieron entender lo que la mujer le pedía. Su voz sonaba metálica. Sólo retuvo un nombre: Simón Herrera.

—Fue paciente mío, sí...

¿por qué?

—Tenía problemas de alergia, ¿verdad? Le recetó pomadas de cortisona...

—Así es... ¿con quién estoy hablando?

Sara levantó la voz, pero aunque hablara a gritos, eso no hacía la conversación más fácil.

—Se entrecorta... ¿Cuelgo y vuelve a llamar?

—preguntó el médico.

—¡No! —le gritó ella—.

Esa alergia, ¿a qué era?

—Es difícil decirlo... No hicimos pruebas... Pero tenía problemas sobre todo en los pies... Le dije que llevara otro calzado... que no usara calcetines... No sé qué importancia puede tener todo esto...

—¿Es posible que fuera alergia a alguna planta?

Sara le devolvió el teléfono

a Víctor. Miró entre los árboles, a los pies de esos troncos grises. No encontró flores.

—¿Qué es la «oreja de oso»? —le preguntó sin dejar de buscarla.

—Una planta —respondió desconcertado Víctor.

—Ya lo sé. Quiero decir que cómo es, dónde crece...

Víctor le pidió que le siguiera, entre los *trémols*, mientras Sara se explicaba.

—Su médico dice que podía tener alergia a esa planta... O a otras, pero que en el valle es la más común... Su cuerpo tenía los pies llenos de eccemas, ¿te acuerdas? Como si hubiera tenido un contacto reciente... Es posible que se metiera por alguna zona donde había ese tipo de planta...

—Crece en la roca —dijo Víctor sin dejar de andar.

Unos metros por detrás, el resto de los agentes les seguían.

Salieron del bosque y, frente a ellos, encontraron una pared de piedra. Entre las grietas crecían unas pequeñas flores moradas. Tallos gruesos, carnosos, recubiertos de un pelo transparente.

—Ahí las tienes —le dijo Víctor.

Sara empezó a ascender la

pared de piedra. Recordó cómo Ana había resbalado por un lugar así, el golpe en el codo y la herida, justo antes de llegar al bosque de *trémols*. Sara tenía que agacharse y buscar apoyos con las manos para no caer. Su pie izquierdo resbaló, pequeñas piedras cayeron rodando, y ella se agarró al tallo de una de esas plantas, que la sujetó lo suficiente para recuperar el equilibrio e

impulsarse un poco más arriba. La planta de flores ahora rotas se quedó atrás, las raíces a la intemperie.

La pared no era muy alta, unos seis metros de desnivel, y, al alcanzarlos, Sara pudo ver un pequeño valle, al pie de las montañas. Hundido en él, estaba el refugio. Cuatro paredes de piedra que parecían sostener a duras penas un tejado también semiderruido.

En cuanto Víctor llegó junto a Sara desplegó a sus agentes formando un semicírculo alrededor del refugio. No había más ruido que la imitación de lluvia de los álamos. Sara desenfundó su pistola pero, mientras daba unos pasos hacia el refugio, bajó el brazo y el arma, que ahora acompañaban el ritmo de sus pasos como un péndulo.

—Llegamos tarde —

maldijo la policía.

Víctor, tras ella, también relajó su actitud, antes encorvada, tensa. Se irguió y miró hacia donde se acercaba Sara. La pared noreste del refugio, derruida en parte, las piedras que la formaban convertidas en gravilla y, dentro, el suelo negruzco, los restos carbonizados de unas maderas. Sara se detuvo antes de entrar en el refugio,

miró al suelo; el fuego se había extinguido antes de llegar a la hierba y sólo algunas hojas estaban quemadas. Dentro, la imagen era bien distinta. El suelo del refugio se había hundido y el agujero donde habían estado prisioneras Lucía y Ana se abría como una vieja olla tiznada.

—Lo ha quemado todo — dijo Sara cuando notó a Víctor a su lado.

Los restos de lo que fueron los pilares que sujetaban la estructura del sótano, partidos, algunos vencidos por el derrumbamiento del suelo, se levantaban como estacas entre el amasijo de piedra, tierra y madera quemada. Los hierros retorcidos de lo que quizá fue un somier estaban semienterrados bajo los escombros, negros.

—Por favor, que Lucía no

esté aquí —murmuró Víctor mientras daba un paso dentro del refugio.

—No pases —le detuvo Sara—. Tenemos que asegurarlo antes de entrar. Se puede derrumbar lo que queda de suelo...

Las hojas de los álamos no se cansaban, insistían, agitándose bajo el viento y, en su vibración, fingían el

ruido de una lluvia
inexistente golpeando el
campo.

—No sé cómo no se
volvió loca con ese ruido —
dijo Santiago Baín mirando
hacia los árboles.

—De momento, no hay
rastros de Lucía —le informó
Sara—. Pero tampoco
parece vayamos a sacar nada
de aquí.

—¿Cuándo lo hizo?
¿Cuándo lo quemó?

—Habrá que esperar a la científica, pero no creo que hayan pasado más de veinticuatro horas.

—Mientras seguíamos como idiotas la pista de Simón —murmuró él y, después, miró al refugio. Habían traído puntales para asegurar el peso del suelo y poder bajar al sótano. Un equipo de la policía científica fotografiaba el refugio. ¿Qué iban a

encontrar en ese montón de basura quemada? No quedaban huellas, fibras... todo había ardido, pensó Santiago—. ¿Qué crees que ha hecho con ella?

Sara también miró a los hombres que trabajaban en el refugio.

—Está viva —dijo con seguridad—. Si quisiera matarla, habría dejado que ardiera con todo lo demás.

Santiago quería creerla,

pero la sensación de que, como tantas otras veces, al final sólo tendrían entre sus manos al monstruo y no a su víctima, enterrada, muerta, impregnaba cada uno de sus pensamientos como un olor viciado.

—¿Qué te ha dicho Ana?

—le preguntó Sara—. ¿Has podido hablar otra vez con ella?

—Es incapaz de decirnos nada del hombre que las

tenía... Llevaba a todas horas esa máscara. — Santiago dio la espalda al refugio, paseó por el valle donde estaban—. Como un casco negro con una visera de plástico... Debía de ser un plástico polarizado, porque no se veía nada a través de él...

—¿Cómo un casco de moto?

—Algo así...

Santiago recorrió con la

mirada las montañas, la sierra que escondía el refugio. Al noreste se levantaba el Ixeia, la montaña nevada sobre la que Ana veía el atardecer. No hacía frío a pesar del viento. Tampoco tenía la sensación de estar en un lugar escondido. Al contrario, el paisaje, amplio, profundo, te hacía sentir expuesto. Todo este tiempo habían estado tan cerca...

Álvaro Montrell se tumbó vestido en su cama. Miró al techo, a la grieta que a veces le recordaba al perfil recortado de las montañas. Las pruebas habían ido bien. Un día más y Ana volvería a casa. ¿Cuál debía ser su papel? ¿Por qué tenía que aceptar las condiciones de su mujer, como si la niña fuera su posesión y cada vez que

le dejaba acercarse a ella, un gesto de buena voluntad? Ana también le pertenecía. O él pertenecía a su hija, no le importaba cómo expresarlo. No era afán de posesión lo que sentía, sino de pertenencia.

Estaba siendo injusto, se dijo. Estaba yendo demasiado rápido. Tenía que ponerse en la piel de Raquel. Él siempre había sabido dónde estaba ella. En

cambio, Raquel había convertido a Álvaro en un recuerdo lejano y quizá en un culpable. Casi cuatro años desde que se marchó. Hay motivos, siempre hay motivos y culpables. Todos los necesitamos, se dijo. Aunque nuestra versión de la historia no tenga nada que ver con la de los demás.

Al recordarla, asustada, en los pasillos del hospital, Raquel le pareció aún más

hermosa que cuando se
marchó. La belleza de una
mujer herida, como los
circos glaciares de las
montañas entre las que
habían vivido. El circo de
los Infiernos, el de
Tempestades, en el monte
Ármos. Paredes de granito
que el hielo de los glaciares
había moldeado en forma de
anfiteatros de piedra;
paredes verticales,
escalonadas, que se elevaban

sobre el valle. El calor y el deshielo descubrieron esas enormes cicatrices en las montañas que no parecían avergonzarse de ellas sino, al contrario, exhibirlas orgullosas. Como Raquel, desde la altura de sus ojos negros y su melena castaña, miraba a los demás sin tapar la huella de sufrimiento de estos cinco años.

Abrió el armario y cogió ropa limpia. Se cambió.

Luego salió del cuarto. De su madriguera, como la llamaba Gaizka. Arriba, en la estación de Posets, en el negocio de excursiones que tenía Gaizka, se había estado escondiendo como un animal asustado. Era una caseta en la carretera de entrada al pueblo. Gaizka guardaba allí el material para las excursiones: trineos y herramientas para los descensos, canoas, pistolas

de juguete para las batallas de paintball. Álvaro le devolvía el favor del alojamiento encargándose de mantener ordenado ese material. Preparándolo para los guías que llevaban a los turistas a los barrancos, a los ibones.

Era absurdo concederle tiempo a Raquel. ¿No había perdido ya suficiente? No quería esperar. No iba a

separarse de Ana, pensó mientras cruzaba el almacén.

No hubo testigos de la decisión de Álvaro. Sólo las hileras de cascos negros que usaban para las batallas de paintball y que se extendían por la pared del almacén. Sujetas por ganchos metálicos, le miraban en silencio, como cabezas de animales sacrificados.

3

El baile de los hombres

—Nos habíamos peleado
—empezó a contar Ana.

El director del hospital les
había cedido una habitación

para que los policías pudieran interrogarla. Ya tenía el alta y Raquel insistía en llevarla de vuelta a casa. No podían impedirlo, aunque la habían mantenido bajo vigilancia esos primeros días. El inspector Baín prohibió cualquier contacto con ella. Ni siquiera sus padres, Raquel y Álvaro, habían podido estar a solas con su hija. Siempre

les acompañaba algún guardia civil.

—¿Estabais ya en el pinar? —le preguntó Sara, y Ana negó con la cabeza.

Echaba la vista atrás, a un pasado que ya había enterrado y, ahora, de la mano de Sara, volvía a rebuscar entre esos recuerdos, como si escarbara en la tierra donde escondió viejos huesos. Ximena Souto, la hija de Nicolás, el

veterinario: ¿qué habría sido de ella? La «colombiana», la llamaban. La tercera niña. ¿Quién puede resumir cinco años en sólo unas palabras?

—Inténtalo —le pidió Sara.

Tu vida como un relato. «Un cuento», pensó Ana. E intentó hacer el ejercicio.

Lucía y Ana tenían la misma edad que Ximena. Sin embargo, la conexión que había entre ellas, que se

entendían con sólo mirarse, era un muro para Ximena. Aunque también era vecina de las niñas, vivía en la acera de enfrente a sus casas siamesas y reclamaba a diario su atención, formar parte de esa amistad, Ximena, la «colombiana», no acababa de conseguirlo. Esa frustración hacía que, a veces, sus encuentros acabasen en pelea.

Habían salido del colegio,

las mochilas a la espalda y el viento frío de octubre golpeándoles la cara. Ximena hablaba de Quim, el hermano mayor de Lucía. Lo había visto por los pasillos del colegio, se había cortado el pelo. «¿Por qué?, con lo bien que le quedaba largo.» «Cosa de mi madre», le decía Lucía e, inmediatamente, cuando Ximena volvió a hablar de Quim, empezaron las burlas.

Un juego habitual entre Ana y Lucía que avergonzaba a Ximena. «La colombiana está enamorada. ¿Quieres que mi hermano te dé un beso? —decía Lucía ante los silencios ruborizados de Ximena—. Puedo hablar con él.»

Solían separarse en ese punto de la carretera del colegio. Ana y Ximena tenían que ir al pueblo, daban clases de piano en un

bajo de la avenida de Posets. Lucía cruzaría sola el pinar para llegar a su urbanización. «Odio el piano», se decía Ana cuando Ximena, harta de las bromas de Lucía, la empujó. Su amiga trastabilló y cayó al suelo. No tuvo tiempo de ayudarla a levantarse. Lucía cogió una piedra y, todavía en el suelo, se la lanzó a Ximena. Sólo pudo ver cómo Ximena se llevaba las

manos a la cara y le gritaba: «¡Idiota!». ¿Le había hecho sangre?

Ximena salió corriendo hacia el colegio. «Te vas a enterar», gritó. Lucía se levantó y huyó hacia el pinar, temiendo, quizá, una reprimenda de los profesores. Ana, entre las dos chicas, no sabía qué hacer. Al final decidió seguir a Lucía. «¿Qué ha pasado?», pero la pregunta de Ana se

perdió entre los árboles del bosque.

«¡Lucía!», gritó. ¿Cuánto tiempo estuvo buscándola? El tiempo se dilata y se contrae de una forma caprichosa en la memoria. Empezaron a caer unas gotas de lluvia. Se estrellaban contra su anorak, oscureciéndolo, del fucsia al rojo. Los pinos amenazaban con perderla si se salía del camino y notó el olor

húmedo y metálico que presagia la tormenta. «Lucía», repetía Ana, y su voz se perdía en el bosque sin respuesta. Apenas si había luz bajo las copas en esa tarde de octubre. «Mamá se va a enfadar si llego tarde a piano», pensaba cuando vio un todoterreno gris, ¿o era marrón? Tenía barro en las ruedas y en la carrocería, de eso sí estaba segura. «¿Qué haces, Lucía?», pero

no llegó a pronunciar las palabras, sólo las pensó. Su amiga estaba sentada en el asiento del copiloto, la cabeza apoyada en la ventanilla, los ojos cerrados. «¿Duerme?», se preguntó.

Cuando Ana iba a acercarse al coche, una mano le tapó la boca, sintió un pinchazo en el cuello y un sabor amargo en el fondo de la garganta. El efecto fue inmediato. A su alrededor,

todo perdió nitidez. Los árboles se superponían, como si se transformaran en una pared de madera. La luz se apagó y miró al suelo. La tierra y las hojas se abrían dejando a la vista un agujero negro y profundo por el que tuvo la sensación de caer.

—Cuando abrí los ojos, ya estaba dentro —dijo Ana.

Respiró despacio, se tomó unos segundos para llenar los pulmones, como si al

ralentizar la respiración también pudiera detener el tiempo. Sara supo que prefería quedarse en esa oscuridad, a salvo, antes que volver al refugio donde había pasado los últimos cinco años. La policía sentía su mismo miedo, como el que está ante la puerta de un sótano donde sabe que hay fantasmas que le esperan entre las sombras para hacerle daño. Pero tenían

que cruzar el umbral. Sara la acompañaba.

—No había luz —
continuó Ana—. Lo primero que pensé es que estaba muerta... —Y Ana retomó el relato de su vida.

En la oscuridad, Ana reconoció algunas formas. Un bulto tumbado en un colchón. Lucía. Se acercó a ella, la abrazó y se tranquilizó al sentir su respiración. Su amiga

sollozaba. Hacía frío. Mucho frío. El suelo, las paredes, estaban mojadas. «¿Esto es una cueva? —se preguntó—. ¿Cómo he llegado aquí?» Por su cuerpo aún corría algo extraño, denso, como una pequeña serpiente que se estiraba por sus venas. Le hizo sentir una arcada, pero fue capaz de contenerla. Le faltaba el aire y empezó a sentir claustrofobia. Encerrada en un agujero en

el que parecía que las paredes se le venían encima. Lucía seguía llorando en silencio.

Un cuadrado de luz se abrió arriba, en el techo, y entonces cayó ¿una escalera? Alguien bajó, tapó la luz que entraba por esa trampilla. Ana miró a su alrededor, buscando una vía de escape, pero lo único que podía hacer era encogerse, tiritando, contra una esquina.

La ropa se humedeció al pegarse a la pared y sintió un escalofrío. No pudo reconocer sus rasgos. Sólo era una silueta que se hacía grande conforme se acercaba a ella. Inmensa. «¿Por qué a mí?», pensó. La cogió de un brazo, sus dedos le hicieron daño al clavarse en su carne. Le obligó a incorporarse y le puso algo en la cabeza. Un saco de arpillera.

Volvió la oscuridad.

Con zarandeos, la sacó del refugio. Estaba desorientada, la cabeza metida en ese saco que le impedía ver nada. Que se hinchaba y deshinchaba con su respiración, cada vez más entrecortada. Más urgente. Sintió cómo se asfixiaba, cómo el aire que conseguía meter dentro de su cuerpo era cada vez más escaso, más caliente, más viciado.

Sintió el roce de algo

metálico y después un golpe seco. Los sonidos se amortiguaron. Un motor hacía vibrar el sitio donde estaba. No podía extender los brazos, no había sitio suficiente. Tampoco las piernas.

No era capaz de recordar cuánto tiempo después el motor se detuvo y también el movimiento. Esta vez, tras el sonido metálico, le llegó una bocanada de aire limpio que

atravesó el saco que le tapaba la cabeza. El hombre la obligó a salir, a ponerse de pie. Ella no fue capaz de mantener el equilibrio, las piernas no le respondían. Se cayó al suelo y sintió el barro en sus manos. Él la levantó de un tirón.

El hombre le arrancó el saco. Ana abrió la boca como el que sale del agua con los pulmones vacíos. Le costó unos segundos volver

a acostumbrar sus ojos a la luz. Él estaba frente a ella. Llevaba ese casco negro y un rifle de caza en las manos. Pensó en correr pero le temblaban las piernas y se dejó caer al suelo, de rodillas. El hombre armó el rifle y apoyó la boca del cañón en la frente de Ana.

¿Dónde está el límite de una niña de once años? ¿Hasta dónde puede soportar el

dolor, el pánico? Sara recorría a su lado todos esos momentos, se colaba en sus ojos para sentir esa misma ansiedad y buscar en los rasgos de ese hombre que la arrastraba al infierno alguna pista que le permitiera darle una identidad. ¿Podría soportar Sara un maltrato así? Sabía que la ingenuidad infantil es el mayor escudo. Lo había vivido. Al crecer, el adulto piensa

inevitablemente en lo que vendrá después. Los golpes. Una violación. La muerte. La imaginación de la niña, sin embargo, se aferra al presente.

—Estuvo mucho tiempo así, con el rifle en mi cabeza. Yo cerré los ojos tan fuerte que me dolían —dijo Ana. La chica intentaba hacerse fuerte en el relato—. Me oriné encima y me dio mucha vergüenza. —Ana

levantó la mirada hacia los policías—. Le dije que lo sentía, que se me había escapado.

—¿Él te dijo algo? —le preguntó Sara.

—«Un día te mataré.» Eso fue lo que me dijo. «Cuando menos te lo esperes, te mataré.» Después, bajó el rifle y volvió a ponerme el saco en la cabeza.

Desde ese momento, Sara sintió cómo Ana la alejaba

de sus recuerdos. Había sentido a su lado cada instante del día del secuestro, hasta que sus palabras pasaron a describir los años que había estado encerrada en el agujero.

—Confía en mí —le dijo Sara al ver cómo la apartaba—. Sólo queremos encontrar al hombre que te hizo daño.

Ana no dejaba de hablar, pero sus palabras eran como una visita rápida por un

museo, sin detenerse ante ningún cuadro. Antes de que Sara pudiera entrar en los detalles, pasaba al siguiente, con prisa por pasar a la siguiente sala.

Daba una descripción errática del hombre que las había retenido. No surgían rasgos característicos con los que iniciar una búsqueda. El casco le tapaba toda la cabeza. No podían saber cómo era su pelo, ni siquiera

era capaz de describir el tono de su piel o si tenía vello. Unas veces, Ana lo recordaba muy alto; otras, de su estatura. Corpulento en algunos momentos, con sobrepeso en otros. El hombre era una figura cambiante; Ana lo había transformado en una bestia imaginaria que adoptaba diferentes formas, aunque siempre fuera el mismo. Una figura fantástica para

convencerse de que lo que había vivido no era real. A lo único que podían agarrarse era a esa máscara que Ana había descrito y de la que no habían encontrado rastro alguno en el refugio.

—Yo apenas si lo veía — se excusaba Ana. Podía ver la decepción en la mirada de los policías—. Nunca me hacía caso.

—¿Por qué? —preguntó

Sara—. ¿No te trataba igual que a Lucía?

—Después del día del rifle, volvió al agujero. No había pasado mucho. Me puso otra vez el saco y me subió arriba, pero no me llevó a ningún sitio. Me ató a una viga y me dejó allí sola tanto tiempo que me quedé dormida. Cuando me volvió a soltar y a bajar al sótano, Lucía me dijo que había estado con él.

—¿Te contó lo que le había hecho? —le preguntó Sara.

—No lo habría entendido —dijo triste Ana—. Éramos muy pequeñas. Lucía parecía mayor, pero tan sólo nos llevábamos unos meses.

—¿Por qué hablas en pasado? —se sorprendió Sara—. ¿Qué ha cambiado?

—Ahora es ella la que parece más pequeña —murmuró Ana.

Como si los cinco años no hubieran sido más que unos días, Ana sólo hablaba de esa rutina que había descrito: cada cierto tiempo, el hombre entraba en el sótano, sacaba a Ana y se quedaba a solas con Lucía. A veces, el hombre pasaba más tiempo sin venir. O sólo abría la trampilla para bajarles comida en tupperes. La explicación que daba a ese cambio de

comportamiento era que discutía con Lucía, se enfadaba con su amiga y ésta era su forma de demostrárselo.

Olía mal en el agujero. Sobre todo al principio. Después, se acostumbraron a ese ambiente, cerrado y húmedo, sin más ventilación que la trampilla. A veces, sus excrementos pasaban días en el orinal hasta que el hombre los recogía. Paredes

de piedra heladas, suelo de tablones de madera desbastados. Un colchón en el que dormían abrazadas Ana y Lucía bajo el que, tiempo después, también hubo un somier. Días sin luz que se hacían eternos y difusos a la vez. Se confundían entre ellos al perder la referencia del sol.

Sara buscaba el detalle. La muñeca tirada en el suelo, a medio vestir, Lucía

sentada en la cama, los brazos alrededor de sus piernas encogidas, mirando una esquina del sótano y soñando en voz alta con tener una televisión. «Ahí quedaría bien. Podríamos ver dibujos.» Ana, de pie, a unos pasos de su amiga, con un viejo libro entre sus manos y del que, por puro aburrimiento, había memorizado algunos poemas: «Soy el que es

nadie, el que no fue una espada en la guerra. Soy eco, olvido, nada.» Y, después, se entregaba a un baile sin música, al ritmo de una melodía que sonaba en su cabeza. Incapaces de saber si era de día o de noche. Si había pasado una semana o un año. «¿Quién es?», le preguntó Ana a Lucía. «Es mejor que no lo sepas», le dijo ella e, inmediatamente, Lucía dio un salto de la

cama y se arrodilló junto a la muñeca; le había dibujado una enorme sonrisa con un rotulador rojo. «Señorita, llega muy tarde a su cita», dijo con una voz absurda, impostando la voz del juguete. «¿Qué te hace?», volvió a preguntarle Ana y, ante el silencio de su amiga, concentrada en la muñeca, decidió volver también a su juego, al baile.

—¿Tuvo relaciones

sexuales contigo? —le preguntó Sara.

Ana negó con un gesto de la cabeza para luego clavar su mirada en Santiago, sentado todo este tiempo al fondo de la habitación. El gesto de la chica fue firme, como si notara que el policía dudaba de sus palabras.

Sara acarició la mano de Ana, sus dedos comidos alrededor de las uñas, casi en carne viva. La policía se

sentía decepcionada. Había esperado mucho más de ese encuentro.

—Debes de estar cansada,
Ana —dijo Santiago
poniéndose en pie y con una
sonrisa que intentaba borrar
toda la suspicacia anterior
—. Por ahora es suficiente.
¿Tienes ganas de volver a
casa?

—Claro. —Ana forzó una
sonrisa.

Santiago abrió la puerta de la habitación. Al otro lado esperaba el guardia civil que tenía que acompañar a Ana junto a su madre. Una vez solos, Santiago se acercó a la ventana de la habitación y miró el descampado que rodeaba el hospital.

—Nos está mintiendo —
sentenció Santiago cuando ya estaban solos.

—Creo que no es eso...
—murmuró pensativa Sara

—. Intenta mantenernos fuera... No sé si nos tiene miedo o si es ella la que no se atreve a recordar.

Santiago se sintió culpable por haber utilizado a Sara. A veces la imaginaba como un médico que padece en su propia piel las enfermedades de sus pacientes. Algo que le daba ventaja sobre los demás, pero que, al mismo tiempo, la convertía en una enferma.

—Yo llevaré a Ana a casa. Pásate por el puesto de Monteperdido y organiza la recogida de testimonios —le ordenó Santiago.

La noticia había sido portada de todos los informativos. Era imposible escapar de los reporteros que habían llegado a Monteperdido, de los expertos criminalistas que opinaban en la

televisión. Quim podía imaginarlos tomándose un café en la mesa de sus cocinas mientras buscaban unas vacaciones de lujo en internet. Un fin de semana en Bali, eso es lo que les iba a dar la aparición de Ana. Sólo necesitaban un par de semanas en todas las tertulias, hablando de perfiles, de estrés posttraumático y todas esas mierdas. Luego la historia

perdería fuerza y dejarían de llamarlos. Da igual, ellos, todos los expertos criminalistas de la televisión, estarían ya borrachos en Bali.

Quim no quería saber nada de la televisión.

Se había levantado tarde y sólo porque el volumen al que puso su padre los informativos le había despertado. Se tomó un vaso de leche y se sentó a jugar al

ordenador con los cascos puestos. En su cabeza resonaban los disparos y explosiones del juego. No quería saber nada aunque, inevitablemente, su pensamiento se desviaba a veces hacia los periodistas, a las preguntas que volvería a hacerle la gente del pueblo: ¿Saben algo de tu hermana? ¿Tú crees que está viva? ¿Qué les hizo ese hijo de puta? Se propuso no

contestarles, evitarlos, en lugar de mandarlos a todos a la mierda. Disparaba sin cesar, ni siquiera apuntaba, sólo vaciaba el cargador de su arma. Solía jugar online y su nickname era «Desaparecida2009». Sabía que si su padre descubría el nombre que usaba no le iba a hacer ninguna gracia, pero a él sí se la hacía.

«Ahora sí me buscan — pensó Joaquín Castán

mientras revisaba las llamadas que no había contestado—. Todos quieren hablar conmigo.» Hacía sólo unos días, nadie le había devuelto sus llamadas. Nadie quiso ir al acto en recuerdo de las niñas. Era absurdo tirar de orgullo. ¿De qué le iba a valer? Sabía que los medios eran necesarios para mantener viva la esperanza. En el móvil también tenía un mensaje de

Virginia Bescos. La periodista estaba en un hostel cerca de Val de Sacs y quería verle. Después de casi dos años quería volver a verle.

No había dejado de mirar por la ventanilla en todo el trayecto. Los ojos de Ana eran las ventanas recién abiertas de una casa que lleva cerrada todo un

invierno. El aire limpio las atravesaba y expulsaba las sombras, los olores viciados que se habían pegado a sus paredes como grasa. Apenas si habían hablado. Raquel, sentada a su lado, tenía su mano izquierda cogida con suavidad, como polen que pudiera salir volando. Podía ver la cara de Ana reflejada en el cristal. Todavía le costaba reconocer a su hija en esas nuevas facciones.

Había cambiado y esa sensación de decepción porque su hija ya no era la misma niña que perdió le hacía sentirse culpable, egoísta.

—¿Vas bien? ¿Nerviosa?

—preguntó Santiago al volante—. ¿Quieres que vaya más despacio?

—Está bien así —

murmuró Ana sin dejar de mirar el paisaje.

Ana intentaba recordar los

viajes en coche a Barbastro con sus padres. Cuando bajaban a la ciudad para comprar ropa o simplemente, como decía su padre, descansar de Monteperdido. «Somos como tres soldados de permiso», bromeaba Álvaro. Sin embargo, los bosques no le parecían los de entonces. Las curvas de la carretera ya no eran tan cerradas. Quería reconocer algo; un árbol, el

perfil de un monte contra ese cielo tan azul o la suavidad de las manos de su madre. Algo que le hiciera sentir que estaba llegando a su hogar.

—¿Cuánto falta? — preguntó Ana.

—Poco. En veinte minutos estamos en casa — la tranquilizó Raquel.

—¿Y papá?

Le había despertado el móvil. Gaizka se dio una ducha rápida y subió al coche. Al arrancar, la radio sonó a un volumen insoportable para su resaca. La apagó y condujo hacia el local. El grupo ya estaba allí, esperándole. También el guía. Había llamado a Álvaro pero su teléfono estaba apagado. No quiso insistir. Gaizka sabía que ya no podía contar con él. El

sol, filtrándose entre los picos del macizo, la Kregüeña, le daba de frente y le obligó a guiñar los ojos. Apenas había dormido un par de horas. Todavía podía notar el sabor de la ginebra en el fondo de su garganta. Se encendió un cigarrillo. Bajó la ventanilla. A la izquierda de la carretera se abría el barranco de Oscuros del Balced. Allí era donde iban los turistas. Se miró en

el espejo retrovisor; su piel apagada, amarillenta, como sus ojos, y el pelo negro, aún húmedo, hecho una maraña de pequeños rizos: tenía que cortárselo algún día. Tenía que raparse.

Nada más llegar, se disculpó por el retraso.

—¿No has avisado a Álvaro de que teníamos un grupo? —le preguntó el guía.

Gaizka le devolvió una

mirada molesta mientras buscaba las llaves del local. Noguera, el guía, no tenía ni idea de quién era Álvaro. Vivía casi todo el año en Huesca y sólo subía a Monteperdido en la temporada de verano, cuando se podían hacer los descensos a los barrancos. Alquilaba una habitación en un hostel de montaña, más cerca del local, en Posets, y no sabía nada de la vida del

pueblo. Para Noguera, Álvaro no era más que un colgado que vivía en el local, encargado del almacén de material de la empresa de Gaizka. Un comentario sobre el tiempo, alguna anécdota sobre las excursiones, eso era todo lo que Noguera había cruzado con Álvaro. A Gaizka, Noguera le parecía un idiota, pero eso era algo que, con el tiempo, había descubierto

que era un mal común en todos los guías. Daba igual que fueran de montaña o de barrancos. Los guías parecían agraciados con ese gen de la estupidez.

—Le he llamado por lo menos veinte veces, pero nada. Debe de tener el móvil apagado —seguía protestando Noguera.

—¿Y has tenido que llamar veinte veces para darte cuenta?

Gaizka entró en el local. Encendió las luces. Tras un pequeño mostrador estaba el almacén. Noguera le siguió dentro para recoger el material que necesitaba.

—No eres tú quien ha tenido que soportar a esos capullos protestando media hora —dijo Noguera señalando fuera, a la explanada donde le esperaban los cinco turistas

que habían contratado el descenso.

—No te creas que por ser el jefe me libro de todos los capullos.

Noguera parecía que iba a contestarle ofendido, pero luego borró esa expresión de orgullo de su cara como un caballo mueve la cola para ahuyentar una mosca.

—Como me den mucho follón, a uno lo suelto

barranco abajo —murmuró el guía al salir del local.

Gaizka se sintió aliviado al desembarazarse de Noguera. Entró en el almacén. Abrió un armario preguntándose si Álvaro guardaría ahí las medicinas, su dolor de cabeza estaba pidiendo a gritos un calmante. ¿Por qué nunca llevaba uno encima si siempre le dolía la cabeza? El armario estaba vacío. Al

fondo del almacén había una puerta que daba a la habitación de cuatro metros cuadrados donde había estado viviendo Álvaro.

Gaizka había estado allí otras veces, otras noches. En la madriguera de Álvaro. En esa cama incómoda rodeada de paredes desnudas. Álvaro nunca trajo nada personal a esa habitación. Todo era provisional; desde la oferta de quedarse allí unos días

que le hizo Gaizka al trabajo que luego estuvo haciendo. Todo iba a terminar en cualquier momento. Gaizka nunca pensó que el final sería el regreso de Ana. A decir verdad, siempre creyó que un día Álvaro se cansaría de seguir esperando en esa habitación. Se daría cuenta de que lo único que estaba haciendo era perder también su vida y, una

mañana, simplemente ya no lo encontraría allí.

Gaizka se sentó en la cama y se lió un cigarrillo. Antes de cerrarlo, sacó un dosificador y mezcló una fina línea de cocaína con el tabaco. Luego lo encendió y exhaló el humo. Se dejó caer en la cama, cerró los ojos. «A la mierda los calmantes», pensó.

Él siempre había sido un forastero en ese valle. Como

lo era Álvaro, aunque a él fingían haberlo integrado en la comunidad; daba clases de historia del arte en el instituto, Ana prácticamente había nacido allí, Raquel había montado un negocio de reformas, seguramente hasta los invitaban a las cenas de la Cofradía de Santa María de Laude. Incluso les habían regalado un puto pin con la insignia de la Cofradía. Pero,

después de la desaparición de Ana, Monteperdido necesitó un culpable. Entonces, Álvaro volvió a ser el extranjero. El desconocido que nadie sabe quién es en realidad.

—En este pueblo, si no saben cómo se llama tu puto abuelo y cómo se tomaba el café, es como si fueras un extraño. Les encanta la gente que va y viene y, por el camino, se deja los billetes

en Monteperdido. Pero los que llegan y se quedan, éstos les hacen menos gracia — recordó Gaizka que le dijo a Álvaro en una de esas noches en las que se quedaba en el local con su amigo y una botella de ginebra.

—Porque no tienen ni puta idea de quién es tu abuelo.

—Claro, no pueden decir

eso de «ahí va Gaizka, el del Sebastián» o lo que sea...

Álvaro se reía, pero no entraba en el juego. Se recogía el flequillo blanco, despejaba su cara y guardaba silencio. Prefería no hablar de Monteperdido ni de su gente. A veces, Gaizka pensaba que, de alguna forma, se sentía culpable de la desaparición de su hija. Que el castigo de los vecinos había sido justo.

—Creo que voy a despedir a Noguera —le dijo otra noche a Álvaro.

—Da igual. El guía que contrates será igual o más estúpido que él.

—¿Por qué tienen que ser así? —preguntó Gaizka riendo—. ¿Es que no hay un solo guía normal en el mundo? A lo mejor me tengo que traer un sherpa del Himalaya... Si no habla

español, no nos dará tanto el coñazo...

—Yo creo que es por su trabajo... Eso de ser «guía», ¿sabes? Es como que «ellos saben adónde hay que ir».

—A los Oscuros de Balced. O al circo de Tempestades. Coño, que tampoco es para tanto.

—Pero se lo toman con ese rollo trascendental. «Sabemos el camino» —dijo Álvaro impostando la voz.

—Tú, no sé. Pero el mío es rellenar el vaso de ginebra.

Gaizka salió de la habitación de Álvaro apurando el chino. En unos minutos había pasado de la resaca a estar de nuevo flotando. Frente a él, tenía la estantería donde colgaban los cascos de paintball. Filas de máscaras negras. Algunas estaban manchadas de rojo por la pintura del juego. El

cristal opaco de las viseras, todas mirándole, como si estuvieran esperando una respuesta que sólo él tenía.

—Si queréis saber algo, preguntadle al puto guía — murmuró.

Sara miró la zona común del cuartel. En una mesa de la oficina estaba sentado Burgos.

—Él puede hacer el

primer turno —dijo Víctor.

Burgos era bajo y más bien rechoncho. Tenía un poblado bigote que le ocultaba el labio superior y, al hablar, parecía un muñeco de ventrílocuo.

—¿Qué experiencia tiene?

—dudó Sara.

—Fue campeón comarcal en tiro de pichón hace unos diez años. No sé si eso te valdrá como currículum.

—¿Te estás riendo de mí?

—Te estoy siendo honesto. ¿No querías colaboración? —le sonrió Víctor.

—Tiene que vigilar a una testigo, no cazar palomas... —protestó sin demasiada convicción Sara.

Unos aplausos y silbidos les interrumpieron. Sara se inclinó ligeramente y vio a Pujante. Entraba en la sala donde estaban el resto de los agentes con dos bandejas de

pasteles. Burgos se había levantado y gritaba «¡Bravo!», pero no era el único, parecía que los guardias civiles competían entre ellos a ver quién era el más escandaloso. Víctor los miraba con una sonrisa.

—Los pasteles para Ana
—le explicó al ver que Sara no entendía qué pasaba.

Pujante puso una bandeja sobre la mesa y les hizo un

ademán para que se unieran a ellos.

—Mi mujer ha hecho un *candimus* para nosotros — les invitó el joven agente.

Víctor adivinó lo que pensaba Sara y, antes de que ella pudiera protestar, le dijo:

—Tenemos algo que celebrar. Llevamos cinco años buscando a esas niñas y hoy Ana vuelve a su casa.

Sara le indicó con un

gesto que podía unirse a sus compañeros.

—Cinco minutos —le concedió—. Tenemos que salir para la casa de Ana.

—¿No te unes a nosotros? —la invitó Víctor.

Pero Sara negó con la cabeza y le dijo:

—Es vuestra fiesta.

Cuando Víctor salió, Sara se quedó ojeando unos papeles. Simulaba repasar un expediente aunque, en

realidad, su atención se perdía en ese grupo de agentes de la Guardia Civil que comían bizcocho y se servían una copa de vino. Reían y bromeaban entre codazos. Víctor era uno más de esa familia.

¿Cómo iba a alimentar la suspicacia en un grupo tan unido? Había lazos entre todos los habitantes de Monteperdido. Padrinos de sus hijos, compañeros de

pupitre en el colegio, hermanas y amigas que habían criado juntas a sus hijos, horas de paseo, fiestas e inviernos incomunicados en los que se habían quedado sin luz, incluso sin televisión, sin más compañía que la de los vecinos, las montañas y los animales que éstas escondían. Ciervos, jabalíes y corzos. Víctor le había hablado de ellos. También unos pocos zorros.

Vivían en los bosques del monte Ármos, el Ixeia. Amados y cazados al mismo tiempo. Animales, hombres y mujeres cuyas vidas se entremezclaban. Se convertían en una única vida. La de Monteperdido.

Uno de esos hombres, bajo ese casco negro, se había llevado a las niñas.

Sara estaba convencida de que esta vez sí habían

reaccionado a tiempo, no como cinco años atrás.

Cortaron la carretera de acceso, manejaron bien la aparición de Ana. Llegaron tarde al lugar donde estuvieron encerradas las niñas pero lo más probable era que el secuestrador no tuviera tiempo de salir de la zona. Por eso era urgente la recogida de testimonios entre todos los vecinos. Revisar las coartadas de

todos en las horas en que suponían que se produjo la huida de Ana. Era un trabajo tedioso, aparentemente inútil, pero sobre el que construirían el resto de la investigación.

Y también era un trabajo que no iba a caer bien en el pueblo. Víctor no se sentía cómodo poniendo en duda a sus vecinos. Tampoco el resto de los agentes. Estaba segura de que cada recogida

de testimonio se iniciaría con una disculpa: «Son los del Servicio de Atención a la Familia, si fuera por mí, ni venía a verte».

Mientras pensaba, Sara garabateó de forma inconsciente un dibujo en el lateral de un informe. Al ver la acumulación de figuras geométricas que acababan aparentando un laberinto, recordó lo que le había dicho un psicólogo acerca de esa

costumbre. Santiago se empeñó en que lo visitara cuando descubrió sus terrores nocturnos. «Estás representando tu necesidad de encerrarte», le dijo aquel psicólogo de sus garabatos. «Estoy representando mi necesidad de protegerme», pensó contestarle entonces Sara. Pero no lo hizo.

Al recordar el simbolismo de ese garabato de lápiz, se hizo una pregunta: ¿por qué

Ana no contaba todo lo que había vivido?

«Cuando menos te lo esperes, te mataré», le había dicho su secuestrador.

No podían dejarla sola. ¿Cómo podía saber el secuestrador que Ana no les iba a entregar alguna pista que delatara su identidad? ¿No iba a hacer nada para impedirlo?

Sara intentó ponerse en la piel de ese hombre.

Asustado por el cerco policial, arrastrando a Lucía a un nuevo escondite, fingiendo normalidad en las calles del pueblo. «Hola, está empezando a hacer mucho calor», le decía al tendero.

¿Cuál sería su siguiente paso?

En la imaginación de Ximena Souto, la costa

almeriense era un paraíso al alcance de la mano. Se veía bajo un sol ardiente que quemaba el horizonte, bañándose desnuda en una de esas playas nudistas de las que les había hablado Rafael Grau, el hermano de Montserrat. Sintiendo cómo la sal se secaba en su piel y la volvía tirante.

Nada la unía a Almería más que esa fantasía. Y, aunque nunca había visitado

esas playas con las que soñaba, sentía que tenía más que ver con esa tierra que con el valle encerrado entre montañas donde vivía.

Era una extraterrestre en Monteperdido.

Morena azabache, un pelo rizado con el que tenía que luchar cada día para alisarlo. Piel oscura, aunque no negra, también herencia de su madre. Como sus labios, sus ojos. Reconocía sus

propios rasgos en las pocas fotografías que conservaba de ella. Esas que le había hecho Nicolás antes de que se fuera. Nadie se refería a su madre por su nombre, sólo como «la colombiana» y Ximena, además de heredar sus rasgos físicos, también había heredado el sobrenombre.

La colombiana de Monteperdido.

Quim era de los pocos que

la llamaba Ximena.
Pronunciado con una «x»,
no con una «j».

Se vistió. Se puso unas
botas de cuero, una
minifalda. Una camiseta que
dejaba al aire su ombligo.
En el salón, Nicolás
dormitaba en el sofá frente
al televisor encendido. La
boca abierta, las gafas
torcidas. Había manchado de
baba el cojín sobre el que
apoyaba la cabeza.

Vaya mierda de cartas me han tocado, se decía Ximena.

Salió de casa. Paseó por la urbanización hasta llegar al pinar y cruzó la carretera del colegio. Por debajo del río había algunas casas. El pueblo había crecido sobre todo al otro lado del cauce, al norte. Rafael Grau tenía una casa modesta en esa zona menos poblada.

Cuando Ana y Lucía

fueron secuestradas, Ximena vivió una mezcla de sentimientos contradictorios que tardó en asimilar. Por un lado, no podía evitar alegrarse de una forma infantil. Las dos chicas que continuamente la dejaban de lado habían recibido su castigo. Por otro, en lo más profundo de sí misma, lamentaba no haber desaparecido junto a ellas.

Era como la última demostración del rechazo.

Entró en la casa de Rafael sin llamar. Quim y él estaban en la cocina. Olía a café y tostadas. La mujer que venía a limpiar, Conchica, pasaba la aspiradora en el salón con las ventanas abiertas. Había una corriente fría. En la cocina, Rafael le pidió que cerrara la puerta para que no

les molestara el ruido de la aspiradora.

¿Por qué su madre no lo eligió a él en lugar de a Nicolás?

Tenía la respuesta: el veterinario era un idiota. Lo había comprobado cada día de sus dieciséis años. Ridículo, nervioso, el eterno muñeco de feria del pueblo. ¿Quién habría cargado con la hija de una desconocida? En el fondo, su madre había

pensado en Ximena antes de marcharse.

Quim le acercó un taburete y Ximena se sentó junto a él mientras Rafael ponía las tostadas sobre la mesa y le preguntaba a su sobrino si se quedaba a comer. Éste aceptó la oferta.

Rafael era un hombre de pocas palabras, no como Nicolás, que cuando empezaba a hablar, en especial de esas estúpidas

novelas que escribía, no había quien lo callara. ¿No se hartaba de sí mismo?, se preguntaba Ximena cuando veía a Nicolás aburriendo, sacando de quicio a todo aquel que se acercaba a escuchar sus historias.

Se creía escritor. *El follét del albarósa*, era el título de la novela que estaba escribiendo ahora. En *patués*, como las anteriores. Ximena siempre se había

negado a aprender una sola palabra de esa lengua estúpida, pueblerina.

Rafael les pidió que metieran los cacharros en el lavavajillas cuando terminaran con el desayuno. Tenía que irse a trabajar. A Ximena le habría gustado retenerle un poco más y que les contara alguno de sus viajes. Alguna anécdota de esa época en la que era una especie de vagabundo al

volante de su camión. Había estado en todos esos lugares adonde a ellos les gustaría ir. Les hablaba de los países escandinavos. De Asia. Durante un tiempo también vivió en Latinoamérica. La recorrió de norte a sur. Cuando estaba en España, trabajaba para el padre de Quim en Transportes Castán.

Ximena notó la mano de Quim sobre su muslo

desnudo. Sus dedos se deslizaron bajo la minifalda mientras daba un bocado a la tostada. Ella detuvo el avance y, después, le miró con una sonrisa. Suponía que estaba sufriendo más que nadie el regreso de Ana. Sabía de sobra el infierno que era su casa. La obsesión de Joaquín y Montserrat.

Ambos habían planeado huir algún día. Ximena le hablaba de la costa de

Almería. A Quim le daba igual el destino, mientras fuera lejos de esos montes. Le bastaba un lugar donde no hubiera un solo corzo ni un jabalí.

Rafael se puso una chaqueta y dejó cuarenta euros sobre la mesa. Les pidió que se los dieran a la señora que limpiaba cuando terminara sus horas. Le revolvió el pelo a Quim antes de marcharse. «No

hagáis tonterías», le dijo a Ximena con una seriedad teatral.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Quim una vez solos.

Ximena se encogió de hombros. Ella sabía que él necesitaba alejarse de su casa, de la cercanía de Ana. Estuvo a punto de preguntarle si la había visto, pero en lugar de hacerlo le propuso ver una peli en

internet. Quedarse en el salón de Rafael tirados. Él les dejaba usar la casa como si fuera suya.

Ximena era sólo una niña cuando todo ocurrió. Pero creció rápido. Buscó la compañía de Quim y, por fin, consiguió lo que tanto había deseado. Un par de años después de que desaparecieran sus amigas, cuando ella acababa de cumplir los trece años y

Quim tenía dieciséis, él la besó.

Era verano y habían ido a darse un baño en el Ésera. El agua estaba fría y se reían jugando a ver quién resistía más sin salir. Quim le hizo una aguadilla y, al volver a la superficie, Ximena se abrazó a él para que no lo hundiera más. Notó su cuerpo, pegado al suyo. Entonces no sintió tanto una excitación sexual como un

cobijo. Quim la besó y, esa noche, Ximena no pudo dormir.

Nunca hablaban de qué eran. Novios. Pareja. Amigos. Ximena sentía a veces que él no estaba tan entregado como ella, pero no estaba dispuesta a dejarle escapar. Intentaba convencerse de que todos los desplantes que le hacía, sus repentinos alejamientos, sólo eran consecuencia de

cómo le trataban en casa. De la relación con sus padres.

Pero el miedo a que un día Quim dejara de estar a su lado era una presencia cada vez más real.

El coche de la policía se detuvo en la puerta de la casa. Casi al mismo tiempo llegó Víctor; del todoterreno de la Guardia Civil también se bajaron Burgos y la otra

policía del SAF, Sara Campos. Montserrat los vio esperar en la calle a que Raquel y Ana salieran de su coche. La Guardia Civil había cortado las calles para evitar que los periodistas entraran en la urbanización. Estaban en cuarentena, como infectados. En el pueblo había un silencio extraño. Un silencio que le recordaba a los días que siguieron a la desaparición

de su hija. Y ese silencio se hacía ensordecedor. Montserrat no necesitaba que nadie se lo dijera, como no lo necesitó entonces. Sabía qué había en sus cabezas. En la Sociedad de Cazadores o en la Cofradía de Santa María de Laude. Lucía está muerta, eso pensaban. Si Ana había conseguido escapar, el secuestrador no habría dudado. Se habría deshecho

de su hija. Montserrat hacía esfuerzos por negar esa idea. Llevaba cinco años haciéndolo pero cada vez le resultaba más difícil.

La cabeza de Ana, rapada, le daba un aspecto duro, lejos de la inocencia que había en su melena corta con flequillo de niña. Ahora era tan alta como su madre y, bajo la ropa, se adivinaban las formas de una mujer. Su paso no era débil; la había

imaginado como la enferma que regresa a casa después de una convalecencia en el hospital. Pero Ana caminaba con seguridad, sin cogerse del brazo de su madre. Montserrat sintió un escalofrío al ver su cara, sus ojos negros, entre los policías que la rodeaban camino de la casa. Le pareció verla sonreír y no pudo evitar llorar al

preguntarse qué cara tendría ahora Lucía.

Cerró la cortina y se apoyó contra la pared. Joaquín se acercó a ella y la abrazó.

—¿Quieres hablar con ella? —le preguntó.

Pero Montserrat negó nerviosa. Se soltó del abrazo de su marido y subió escaleras arriba. Desde que perdió a Lucía, se había dejado arrastrar. Como si

hubiera caído en el río que cruzaba el valle y simplemente el agua la llevara montaña abajo. Ahora, el torrente se había acelerado y parecía dispuesto a estrellarla contra las piedras. A volverla loca con sus remolinos.

A primera hora de la mañana, antes de que cortaran las calles, Álvaro

Montrell merodeaba la casa como un ladrón. Había evitado la casa de Joaquín; temía que él estuviera tras las cortinas, vigilando la calle.

Su llave ya no abría la puerta. Álvaro había intentado entrar pero Raquel había cambiado la cerradura. Quizá, no por miedo a él. Sólo por miedo. A la soledad. A que algo horrible volviera a ocurrir. El

demonio había entrado un día en su vida, ¿por qué no iba a hacerlo una segunda vez? Álvaro lo sabía; pudo ver ese pánico en la cara de Raquel cuando él recogió su ropa. No pensó en ella. En aquel momento sólo podía pensar en sí mismo. El pueblo entero se había girado hacia él. Estaba señalado. Se sentía asfixiado, rodeado, como un zorro harto de huir tras un

largo día de cacería. El círculo de cazadores se cerraba a su alrededor. En cualquier momento, alguno iba a disparar. Escupían acusaciones de abuso de menores, le gritaban «Mentiroso». ¿Qué has hecho con nuestras hijas en el colegio? ¿Qué le has hecho a tu propia hija? Tuvo una oportunidad de escapar y la aprovechó. Cuando se subió al coche, no miró por

el retrovisor. No quiso mirar las calles de Monteperdido, su casa, su mujer, mientras se alejaba. Haciéndose cada vez más pequeñas.

Entró por la puerta del patio trasero. Raquel se la había dejado abierta. Imaginó los nervios que debió de sentir su mujer cuando la policía llegó a su casa, el desconcierto. La sensación de que todo podría ser un error, hasta que en el

hospital pudo ver y tocar a Ana. Ahora estaban aquí, en el jardín delantero. Había oído el ruido de los coches. La puerta de casa al abrirse. Álvaro esperó en la que había sido su habitación, con las persianas echadas, a oscuras. Y, por fin, sus ojos azules, líquidos, derramaron unas lágrimas.

Ana subió las escaleras

mientras intentaba reconocer un olor familiar entre esas paredes. Se detuvo a mitad de tramo y miró abajo; su madre y el agente de la Guardia Civil habían dejado de seguirla y recordó cuando, antes de que todo ocurriera, montaba en bicicleta por las calles de la urbanización. Tenía miedo a quitar los ruedines que equilibraban sus vaivenes, hasta que un día, sin previo

aviso, su padre los desmontó y los tiró a la basura. Aquellas primeras pedaladas sin nada que le diera estabilidad fueron como los pasos que ahora daba. Peldaño a peldaño. Hacia su nueva vida. Aspiraba el aire como si rastreara un viejo camino, como un animal perdido que sólo quiere volver a casa. Sin embargo, todos los aromas le resultaban extraños. Huellas

del perfume que ahora usaba Raquel, de comidas que no hacía cuando era una niña, de productos de limpieza que habían borrado ese olor dulzón que recordaba que la envolvía al entrar en su habitación. Al llegar al segundo piso sonrió. Su corazón, inquieto hasta ese momento, se calmó. Debajo de todos esos olores ajenos, había un tenue aroma que sí podía identificar, que se

había resistido a desaparecer a pesar de los años. Olía a bicicleta, a sudor después del juego, a las largas siestas de invierno.

—¿No se da cuenta de que nos está haciendo perder el tiempo? —acabó por explotar Sara ante las continuas exigencias de Joaquín Castán—. Pensé que había sido clara cuando le

dije que, si había algo importante, le llamaríamos para informarle...

—Han estado toda la mañana hablando con la niña; ¿de verdad que no tienen nada que decirme? — insistía el padre de Lucía.

Les abordó en la puerta de la casa de Raquel. Víctor intentaba mediar, tranquilizar a Joaquín, pero no conseguía hacer que bajara su tono de voz. Fuerte

y tenso, como un hombre acostumbrado a imponerse, sin detenerse a escuchar lo que le decía el guardia civil. Joaquín buscaba respuestas en Sara y Santiago.

—No son los primeros policías que se encargan del caso... —les acusó—. Ya ha pasado por muchos. Los únicos que siempre estamos aquí, somos nosotros, la familia...

—La niña no puede

identificar al hombre que se las llevó —cedió al fin Santiago—. Pero estamos investigando otras vías...

—¿Por qué no puede hacerlo?

—Joaquín, tenemos que manejar con cuidado lo que sabemos —intervino Sara, aunque su mirada había dejado de centrarse en él y se desplazaba a Burgos y Raquel, que en ese momento salían de la casa.

—Ese celo policial... nunca vale de nada... ¿Por qué no están diciendo nada en los informativos? ¿Por qué no hay ya una imagen de mi hija en todas las televisiones? ¿O es que Ana tampoco puede hablar de Lucía?

Sin embargo, Sara le había dado la espalda a Joaquín y su voz se iba perdiendo conforme se acercaba a Burgos.

—¿Y Ana? —le preguntó,
asustada.

—Dentro —le respondió
Burgos con una sonrisa
despreocupada bajo su
bigote.

—Quería estar un
segundo a solas —le explicó
Raquel.

Sara entró corriendo.
Gritó su nombre, pero sólo
le contestó el silencio. Subió
las escaleras a zancadas
mientras Víctor y Santiago

entraban en la casa preguntándose qué había pasado. El nombre de Ana se repetía por la casa como un eco sin respuesta. («Eco. Olvido. Nada», pensó Sara.) Las paredes y los muebles les miraban en silencio, testigos inútiles de lo que había pasado durante esos instantes en los que habían dejado a la niña sola. ¿Para qué había pedido un agente? Pero Sara intentaba contener

su rabia, ahora no le era útil. En el segundo piso abrió una puerta tras la que había un cuarto de baño; otra, un despacho... Ella había dejado de llamarla pero abajo, en la planta baja, aún sonaba su nombre.

—Tranquila —oyó que le decía alguien, y Sara se giró con la pistola en la mano. Álvaro levantaba ligeramente los brazos, como si intentara calmarla, y

le sonreía, a pesar de que las lágrimas le mojaban la cara y sus ojos, un mar en calma, mostraban una extraña paz.

—¿Dónde está? — preguntó Sara, todavía con la pistola en las manos, aunque no se decidía a levantarla y apuntarle.

Álvaro se apartó de la entrada del dormitorio y con un gesto le dio a entender que mirara dentro. Sara dio unos pasos hacia delante y,

luego, mirando por el hueco de la escalera, gritó:

—Está aquí. Está bien.

Se guardó la pistola en la funda y miró a Ana, sentada en el borde de la cama de sus padres.

—Porque estás bien, ¿verdad?

Ana dejó caer suavemente la cabeza para afirmar. Álvaro se alejó hacia el baño con una disculpa. Sara escuchaba los pasos de

Raquel en la escalera, los de sus compañeros. Sentada en la cama, las manos sobre los muslos y el gesto tranquilo, Ana esperaba que subieran. Al mirarla en la penumbra de ese cuarto, con las persianas echadas, supo que Ana estaba construyendo un dique que mantuviera lejos todo el pasado. Quería empezar de cero. Ahora era una mujer que había quemado todas sus

debilidades en el camino y bajo su piel sólo había un armazón de hierro. Indestructible. Había vuelto a casa.

Santiago cortó la carne en partes aún más pequeñas. Giraba el plato en busca del mejor ángulo en lugar de recolocar los trozos de carne de rebeco, bañados en la salsa de verduras, parduzca.

Elisa, la chica del hostel La Renclusa, les había recomendado ese plato: *ixarso*. Un estofado de carne de rebeco, o sarrio, como lo llamaban en la comarca. Macerado en tomillo, romero, ajo y laurel. Otra de las costumbres del inspector Baín, probar los platos locales, como la de visitar las iglesias de los pueblos a los que iban. Costumbres que Sara conocía bien

después de tantos años a su lado. El ritual de la comida: Santiago esperaría a trocear toda la comida para colocarse la servilleta sobre una pierna y, sólo entonces, coger el tenedor y empezar a comer y a hablar.

Sara ladeó su plato para hacer sitio a su libreta. De camino al restaurante del hostel habían hablado de los pasos a seguir. Mientras la científica procesaba los

restos del refugio, de donde no esperaban sacar prácticamente nada dado el estado en que había quedado, tendrían que hacer lo que Joaquín pedía. Ya habían cursado una petición para que destinaran a un especialista en retratos robot a Monteperdido. Si todo iba bien, estaría allí al día siguiente. Esperaban que la descripción de Ana les valiera para hacer una

imagen de Lucía en la actualidad. Sin embargo, Santiago se resistía a enviar esa imagen a los medios.

—No podemos olvidar que todavía está con él. No tenemos ni idea de cómo puede reaccionar —le había dicho mientras Elisa los guiaba a una mesa en el comedor.

Durante cinco años, ese hombre se había sentido libre. Ahora, las cosas

habían cambiado. Una de sus chicas había escapado. La policía no podía ocultarse, pero si aumentaban la presión sobre él, si publicaban la imagen de Lucía, podría dejarse llevar por el miedo. No había querido matarla en el refugio. Se la llevó a otro lugar pero, si transformaban su rostro en una amenaza, Lucía se convertiría en una

carga. Lo más lógico sería deshacerse de ella.

Elisa se acercó a la mesa y les dejó un cesto de pan después de preguntar: «¿Todo bien? ¿No te gusta el *ixarso*?». Sara miró su plato, aún sin probar, y le dijo que no tenía mucha hambre. Al mirar a Elisa, vio que sus ojos la evitaban, como si fueran dos pequeños pájaros, saltando de rama en rama. Llevaba el pelo

recogido con una horquilla hecha de fieltro.

—Qué bonita —le dijo Sara señalándosela.

—Gracias, las hago yo —respondió ruborizada Elisa.

—Un día me tienes que regalar una.

—Claro.

Elisa permaneció un segundo más junto a su mesa, como si aún le quedara algo por decir pero dio la impresión de que se

arrepentía. Tímida, les dio la espalda y se alejó.

El comedor del hostel era modesto. Ocho o nueve mesas repartidas por un espacio de paredes de piedra decorado con objetos típicos de la zona. Desde viejas raquetas de nieve a armas, la imagen de una Virgen en un cuadro colgaba del único pilar que surgía en el centro del comedor. Aparte de un matrimonio de turistas

franceses jubilados, ellos eran los únicos comensales. Estaban sentados junto a una ventana y Sara desvió la mirada a la calle del pueblo. Tras el cristal hacía un día luminoso. Un cielo sin manchas, limpio. Pocos transeúntes por las aceras que caminaban sin prisa. Como una balsa de agua lisa, tan inmóvil que parece helada, pero ¿quién sabe lo

que está pasando en el fondo?

—Así me gustaría estar a mí —dijo Santiago después de su primer bocado y, cuando Sara lo miró, hizo un gesto señalando a la pareja de franceses con la que compartían comedor.

—Todavía te falta mucho para jubilarte.

—¿Por qué? Tengo casi la edad. Las manías de viejo —dijo señalando a su plato—.

Y la actitud. Ahora mismo podría parecer un pensionista que se ha gastado sus ahorrillos en una chica guapa. —Y la señaló con el tenedor y una sonrisa.

—Espero que, por lo menos, te haya costado la paga de dos meses.

—Si es que ya me va tocando eso —se quejó.

—¿Retirarte e irte de putas?

—¿A que suena bien? —

bromeó Santiago.

Sara clavó su tenedor distraída en su plato. Tenía el estómago cerrado. Santiago se llevó un trozo de *ixarso* a la boca. La salsa, terrosa, le manchó los labios y los dientes, empequeñecidos por la edad. Masticó la carne y una hebra se quedó encajada entre sus incisivos, como una fina goma que se estiró con el movimiento de su

mandíbula. Cogió la servilleta de tela y se limpió la boca. «Está muy tierna», le dijo animándola a comer. Ella arrastró la carne de sarrío por su plato, abriendo un camino en la salsa, pero luego volvió a abandonar el tenedor allí. Imaginó el interior de la boca de Santiago, la saliva mezclándose con la comida, arrastrándola hasta su

estómago y, después,
digiriéndola.

La decepción y la tristeza se arrastraban por dentro de Sara como un virus, debilitándola. Entendía lo que quería decir Santiago; a veces, este trabajo resultaba agotador. No tanto por las horas que les llevara o por obligarles a viajar continuamente, siempre ocupando los entornos de los desaparecidos, como

impostores. Era la condición humana lo que resultaba desalentador.

—¿Por qué nos ha mentido? —preguntó Sara sin dejar de mirar por la ventana.

Santiago tardó unos segundos en contestar. Se rellenó la copa de vino antes de decir:

—Vergüenza, supongo. No se me ocurre otra explicación.

Ana les dijo en el hospital que el hombre no la había tocado. Que, a lo largo de estos años, la despreció, como si fuera un estorbo, un objeto incómodo. Sin embargo, el informe médico revelaba otra cosa. Ana había mantenido relaciones sexuales, aunque era imposible dictaminar su número o frecuencia, sí podían afirmar que había

perdido su virginidad al menos dos años atrás.

—¿Crees que también miente con eso de que nunca le vio la cara? —le preguntó Sara.

Ahora, todo su testimonio les resultaba endeble. Podían imaginar cualquier justificación a sus mentiras, desde la vergüenza al bloqueo, quizá su memoria había intentado eliminar todo lo que le hacía daño.

Habían vivido reacciones similares en otros casos. Pero éste tenía algo que lo diferenciaba de todos los demás: Ana no había estado sola y, mientras ella conseguía la libertad e intentaba asumir su pasado, Lucía se había quedado atrapada. Cada mentira de Ana para protegerse era una palada de tierra en la tumba de Lucía.

—Sé que puede parecer

una locura pero... ¿Y si Ana no quiere que encontremos a Lucía? —se preguntó en voz alta Sara.

Santiago estaba acabando su plato mientras Sara apenas si había empezado.

—Come y deja de hacer garabatos en la libreta —le ordenó—. Una carne como ésa no se puede tirar a la basura.

Sara miró su libreta; de nuevo, las figuras crecían en

los márgenes como una enredadera geométrica. De mala gana, volvió a pinchar un trozo de *ixarso*.

—Lucía y Ana han vivido juntas durante cinco años en ¿cuánto? ¿Veinte metros cuadrados? No son amigas. Son hermanas. Eran una familia... Y, ya sabes, en una familia hay casi tantos rencores como amores... —sentenció Santiago.

—¿Puedo volver a hablar

con Ana?

—Déjame que esta vez lo haga yo —zanjó Santiago.

Sara miró a Santiago molesta; otra vez la apartaba. Él respondió a su mirada con una sonrisa. Sus ojos se escondían bajo las montañas que las arrugas formaban en su cara, redonda.

—¿Y tú? ¿Qué rencor me guardas a mí? —le preguntó Santiago.

—Que no seas mi padre, Garbanzo —le provocó Sara con un tono meloso.

—Vete a la mierda. A veces, Sara, eres tan blanda que me das miedo. No sé por qué no me buscaría un compañero con un par de huevos.

Santiago se levantó y salió del comedor. Sara lo vio cruzar la calle y caminar con un aire relajado por la calle de Monteperdido. Le

divertía ser cariñosa con el hombre alejado de cualquier sentimentalismo que pretendía ser Santiago. Que le llamara «Garbanzo» le sacaba de quicio. Todos arrastramos heridas, y él no era una excepción. De la misma forma que él intentaba sanar las suyas, Sara esperaba devolverle algún día el favor.

Se encerró en el baño. Apoyada en el lavabo, Raquel se rompió y odió a Ismael; ¿por qué tuviste que acercarte a mí?, ¿por qué me hiciste creer que había otro futuro para mí? Se tapó la boca, no quería que la oyeran, menos aún Álvaro. Si hubiera tenido algo de tiempo, ¿cómo no se acordó en las horas que estuvo en el hospital? Viajaba de la justificación a la culpa como

un viento cambiante. Se sentía mareada. Sentada en la taza del váter, agachó la cabeza y el pelo le cubrió la cara. Se llevó las manos a la frente pero no se lo retiró. Intentaba normalizar su respiración a la sombra que le daba su pelo. Tomó aire.

Antes de marcharse, los policías les informaron de que Burgos, el agente de la Guardia Civil, se quedaría con ellos. Querían tener

vigilada a Ana en todo momento. Cuando llegara la noche, otro agente vendría a darle el relevo. Álvaro se mostró incómodo, no entendía por qué tenían que perder su intimidad. ¿No era suficiente con un coche en la puerta? Pero Sara había sido tajante. La única alternativa que daba era llevarse a Ana al cuartel. Así no perderían intimidad, se atrevió a decirles. Raquel vivió todas

esas conversaciones como si ella no pudiera formar parte de ellas. Como si los demás fueran sombras chinescas proyectadas en su salón. Miraba a su hija, a su marido, y tenía miedo de encontrarse reflejada en el espejo del pasillo: ¿qué estaba sintiendo?, ¿no debería haber en ella una felicidad absoluta, marmórea?, ¿por qué aparecían esas grietas?

Había ido a la cocina a beber un vaso de agua cuando su hija y Álvaro subieron de nuevo las escaleras. Iban inmersos en una conversación que no pudo escuchar. Sus miedos eran un ruido que tapaba todo a su alrededor. Nadie es capaz de vivir sin un futuro, sin una idea de lo que sucederá mañana. Otros pensaban que ella había perdido ese mañana el día

que desapareció Ana. No era así. Fue más tarde, cuando su confianza en Álvaro empezó a resquebrajarse. Ella intentaba hacer oídos sordos a lo que contaban, a lo que decían que había hecho con Elisa, pero no pudo seguir haciéndolo cuando lo detuvieron. ¿Era su marido el hombre que se llevó a las niñas?

Cuando lo pusieron en libertad, Álvaro se marchó.

Raquel tampoco habría sido capaz de retenerlo a su lado. Fue un trabajo lento y doloroso. Necesitaba borrar todo lo que sentía por Álvaro para volver a encontrar un camino que la llevara hacia algún lugar. Hacia una nueva familia.

Salió de golpe de esos recuerdos y dejó caer el vaso en el fregadero. No miró si el cristal se había roto al estrellarse contra el

aluminio. Corrió escaleras arriba. Burgos estaba en el distribuidor de la segunda planta y escondió la mirada cuando la vio llegar. No era capaz de ocultar lo que pensaba de Raquel en ese momento. Álvaro y Ana estaban en la puerta de la que había sido la habitación de su hija. Ana se giró para mirarla y su voz le sonó ingenua.

—¿Has vaciado mi

habitación? —le preguntó su hija.

Raquel dio unos pasos y, tras Ana, vio la mesa de despacho, las estanterías que Ismael y ella habían ido a comprar a Barbastro un sábado por la mañana. ¿Por qué me convenciste de que lo hiciera, Ismael?

—¿Dónde están mis cosas? ¿Las has tirado? —dijo Ana mientras entraba en la habitación y buscaba entre

todo ese material de oficina algo que formara parte de su infancia.

—Yo... no... en el sótano hay algunas cajas — balbuceó Raquel.

Ana miró a su madre y, en sus ojos, Raquel quiso leer una pregunta: ¿soy una molestia?, ¿hubieras preferido que no volviera nunca?

—Han sido muchos años, Ana —intervino Álvaro—.

Es un milagro que estés aquí, cuando ya no nos quedaban esperanzas... ¿Lo entiendes? Que no estén aquí tus cosas no significa que te hubiéramos olvidado... Ni un segundo.

Álvaro se acercó a su hija. Le cogió la cara entre sus manos y, mientras le hablaba, la miraba directamente a los ojos. Sus ojos azules contra los ojos negros de su niña. Como

hacía cuando era pequeña y se despertaba asustada de una pesadilla. «No era más que un sueño malo», le decía cogiéndole la cara con las manos, mirándola a los ojos. Él siempre encontraba las palabras que a Raquel se le escapaban.

Notaba cómo le temblaba el pecho, como amenazaba con romperse en mil pedazos. Por eso se encerró en el baño. ¿Por qué tuvo

que dejarse llevar por Ismael? ¿Por qué cogió todo lo que tenía de su hija y lo entregó a la beneficencia?

Unos golpes en la puerta le hicieron erguirse. Se peinó torpemente con los dedos, se secó las lágrimas.

—Salgo en un momento —dijo una vez se aseguró de que sus palabras sonarían firmes.

—Soy Álvaro. ¿Podemos hablar un momento?

Raquel entreabrió la puerta del baño después de mirarse al espejo. Necesitaba un poco más de tiempo para fingir que todo iba bien.

—Salgo en un momento, de verdad. Dile a Ana que no pasa nada. Es sólo la emoción de tenerla aquí de nuevo...

—¿Me dejas pasar? — insistió Álvaro—. Por favor. Se escondió tras la puerta

un instante antes de abrirla completamente. Álvaro pasó al baño y, antes de cerrar la puerta, se encontró con la mirada de Burgos.

—Vigila a mi hija. Eso es lo que tienes que hacer —le dijo Álvaro mientras el agente intentaba disimular que era a ellos a quienes miraba.

Una vez dentro, Álvaro buscó a su alrededor un sitio donde sentarse. Era un baño

pequeño, Raquel estaba de pie, apoyada contra la pared donde colgaban unas toallas. Al fin, se sentó en el borde de la bañera y, al hacerlo, dejó escapar una sonrisa. Raquel le miró casi ofendida.

—Perdona —dijo Álvaro—. Es que me acordaba... da igual... Una tontería.

—¿De qué te acordabas? —le insistió ella.

—El fin de semana que

fuimos a conocer a tus padres, en Barcelona. — Raquel era incapaz de reconocer el camino por el que la llevaba—. ¿No te acuerdas? Nos encerramos en un baño para echar un polvo... No había manera. Era todavía más pequeño que éste... Y, para rematar, cuando nos ponemos, tu madre empieza a dar golpes en la puerta...

Álvaro dejó ese recuerdo

como el gato abandona a los pies de su dueño el pájaro muerto que ha cazado. Fue extraño y agradable. Raquel sonrió al recordar cómo corrieron a encender la ducha para engañar a su madre. Parecían dos adolescentes, aunque ella ya estaba embarazada de Ana. Álvaro ya tenía el pelo tan blanco como la nieve y habían planeado mudarse a Monteperdido. Como si se

deslizara por un terraplén, Raquel pasó de aquel día en la casa de sus padres al ahora, en el baño.

—No tienes que sentirte culpable —le dijo Álvaro—. ¿Quién puede decir lo que está bien y lo que está mal cuando te pasa lo que nos ha pasado a nosotros?

—No debería haber tirado sus cosas pero es que necesitaba el espacio para el negocio y...

—De verdad, Raquel. No tienes que justificarte. Conmigo, no —la tranquilizó Álvaro—. Tu hija está ahí fuera. Da igual lo que pasara en estos cinco años. Lo único que quiere es que la abrace.

Tuvo ganas de acercarse a él y dejarse rodear por sus brazos. Sin embargo, lo único que dijo fue un reproche.

—¿Por qué no me dijiste

nunca dónde estabas?

—Pensé que no querías saberlo. A lo mejor yo también me equivoqué. — Luego, levantó una mirada triste hacia Raquel—. ¿Puedo quedarme a pasar la noche?

—El sofá se abre. Sale una cama doble... Te bajaré mantas.

Víctor le subió los archivos

del caso. Cuatro cajas que estaban acumulando polvo en el sótano del cuartel. Después, la acercó en coche al hostel La Renclusa. Sara quería revisar toda esa documentación por si había material diferente al que ella manejaba, pero prefería hacerlo en su habitación. Las primeras horas se habían esfumado, esas en las que podrían haber dado un final a esta historia. Volvía a su

habitación con trabajo, aunque aún no era muy tarde. Pronto, se convertiría en un hábito. Y los días seguirían extendiéndose. Algunas noches se iría a la cama sin un solo avance. Surgirían esos espacios en los que, casi sin darse cuenta, dejaría de pensar en Lucía. Huecos por los que se colaría otro vacío, el de su propia vida. Ese miedo que reptaba desde el fondo de un

barranco, amenazando siempre con salir a la superficie, pero que ella intentaba evitar. Piensa en el trabajo, se decía. Y las noches se convertían en metódicas revisiones de informes que había leído un millón de veces para mantener a raya sus pesadillas.

Hicieron el viaje al hostel en silencio. Ella, con la mirada perdida en sus

pensamientos y en las montañas, cada vez más oscuras, que rodeaban el pueblo y se lo llevaban hacia la noche, como si dejaran caer una sábana negra sobre las casas. Él, incómodo, mascullando todavía la discusión que había tenido con Sara porque Burgos dejó sola a Ana. «Las cosas son así en este pueblo. A nadie se le olvida la tarta, pero sí hacer su trabajo», había

terminado por decir Sara. «¿Qué sabe ella de este pueblo?», se preguntó Víctor mientras aparcaba en la puerta del hostel y, después, se despidieron con frialdad.

Sara dejó las cajas con los archivos sobre la cama cuando oyó unas risas. Se había dejado la puerta de la habitación abierta y, antes de cerrarla, se asomó de nuevo al pasillo. Al fondo, junto a las escaleras, una habitación

se abrió. Le llegaron unas palabras en francés que no consiguió entender y, luego, vio salir a Elisa. Unos brazos tiraban de ella, intentaban volver a meterla en la habitación pero la chica se resistía, entre risas. «Ya está bien», les dijo. Había más de un hombre dentro de aquel cuarto. Un grupo de chavales con los que había coincidido en el desayuno. Elisa se recolocó

la rebeca y se tapó el hombro que le había quedado desnudo. Se recogió el pelo con una horquilla de fieltro. «Sois unos gamberros», les dijo. Era como un insecto feliz revoloteando alrededor de una flor. Juguetona y presumida, hasta que les dio la espalda y la puerta se cerró. Entonces, su mirada volvió a hundirse en la alfombra del suelo. Su

cuerpo se encogió, como si, de repente, tuviera frío, y se marchó, escaleras abajo, sin hacer ruido.

Noche en Monteperdido. Ana ya no podía oír la lluvia de los árboles. Esas gotas falsas que le habían acompañado tantas otras noches. Ahora, la respiración de su madre le marcaba el compás. Estaba

sentada en un sillón, en la esquina de la habitación. La convenció para que durmiera en su cama. Raquel insistió en dejar una luz encendida. Ana tampoco quiso llevarle la contraria. La verdad era que se había acostumbrado a la oscuridad y era la luz lo que la inquietaba. Intentó cerrar los ojos.

La ventana del baño daba al

jardín trasero. Sobre la hierba se dibujaba un cuadrado amarillento: la luz proyectada del cuarto de Raquel. Montserrat miró ese cuadrado como el mendigo mira las luces navideñas de una casa y se sintió sucia y se odió. Cerró la ventana y buscó entre las medicinas del armario. Se acumulaban las cajas de medicamentos para enfermedades que, quizá, no padecerían nunca,

pero era costumbre en Monteperdido. En invierno, con las carreteras cortadas por la nieve, era imposible llegar a la farmacia de Barbastro y el botiquín del pueblo apenas si tenía nada. No sólo Joaquín, prácticamente todo el mundo hacía viajes a Andorra para surtirse de medicinas para el invierno. Píldoras y jarabes que caducaban muchas veces antes de que nadie los

abriera. Montserrat notó que la rabia iba adueñándose de su pecho y, torpe, se apresuró en encontrar los ansiolíticos. Recordó los gemidos de Raquel. Sabía que tenía algo con Ismael Calella, el carpintero que la había ayudado a sacar adelante el negocio de reformas. Unas semanas atrás, mientras limpiaba la habitación de Lucía, oyó cómo Raquel llegaba al

orgasmo. El cuarto de la niña lindaba con el suyo. Pudo escucharla hacer el amor con Ismael. Y ahora no podía quitarse de la cabeza su felicidad. A la mañana siguiente, Joaquín escribiría en la pizarra del jardín: 1.748 DÍAS SIN LUCÍA.

Nieve dormía. Víctor le limpió la herida, le cambió el apósito y lo obligó a beber

un poco. El perro estaba mejor, pero aún no tenía fuerzas para mantener la cabeza erguida, así que Víctor había tenido que sujetársela para que pudiera lamer el agua del cuenco. Después se quedó dormido con sus caricias, como si hubiera regresado de una excursión a lo alto del Ixeia. Él se quedó mirando cómo su pecho se movía al ritmo de una respiración cansada,

trabajosa, y no pudo evitar los recuerdos. Nuria en la cama del hospital, la semana posterior a la inundación. Él, sentado en una silla incómoda, a su lado, esperando que despertara. Las máquinas que obligaban a que sus pulmones siguieran funcionando.

No quería quedarse en casa mirando a Nieve y recordando. Necesitaba hablar con alguien, que el

bullicio de una conversación le impidiera seguir pensando. Cogió las llaves y, antes de salir, se acercó a la mesa. Había dejado ahí el dossier que apartó de los archivos del caso. No pudo dejar de pensar en él mientras acompañaba a Sara al hostel. Casi podía ver esos papeles, callados, en su maletero. Los separó antes de entregarle a la policía las cajas con toda la

documentación del caso. Era mejor que no los leyera.

Cuando Víctor llegó a la Sociedad de Cazadores estaba llena. Su hermano, Román andaba de las mesas a la barra sin parar y sólo tuvo tiempo para saludarle con un gesto al verle entrar.

—¿Has visto el parte? — le preguntó Marcial desde una mesa sobre la que se

esparcían las fichas del dominó—. Dice que habrá lluvias.

Víctor no había tenido tiempo. Tuvo la sensación de ser una red con la malla mal cosida, incapaz de atrapar un solo pez.

—Le echaré un vistazo a primera hora —terminó por decir en tono de disculpa.

—No parece gran cosa. Tormentas, pero suaves —le concedió Marcial mientras

volvía a concentrarse en el dominó, a levantar las fichas que le habían tocado. Luego miró a su compañero de juego. Nicolás aún observaba fijamente las suyas, como si estuvieran escritas en un lenguaje que no era capaz de descifrar—. Nicolás, ¿estamos a lo que hay que estar?

—Estamos, Marcial, estamos.

Y Nicolás disimuló mal

su nerviosismo. Se acomodó las gafas y sonrió torpe. Era el niño patoso al que, por una vez, han elegido para jugar al fútbol.

Víctor dio la espalda a la mesa cuando Román se acercó a él.

—¿Una coca-cola? —le preguntó su hermano, aunque ya tenía la botella entre sus manos, el abridor levantando la chapa.

—¿Tú has visto el parte?

La posibilidad de lluvias se había quedado rondando la cabeza de Víctor como una mosca que se niega a abandonar una habitación.

—No te preocupes. Lo más seguro es que se queden arriba, en Posets. Tú ahora tienes que estar a otra cosa.

—Es que no he tenido ni un momento.

—La policía esa, parece un callo.

Víctor prefirió sonreír y

callar lo que pensaba de Sara aunque, en realidad, tampoco habría sabido muy bien qué decir. A veces le molestaba la forma en que dirigía la investigación pero, en otras, le parecía una mujer que necesitaba más ayuda que la que ella podía dar. Dio un trago a su coca-cola.

—¿Por qué cojones están preguntando a todo el

mundo dónde estábamos cuando apareció la niña?

—Es rutina, Román. No le des importancia.

—Pujante me ha venido a preguntar. Eso sí, yo lo he mandado a la mierda. Y que me pregunte otra vez, que lo voy a poner firme.

—No le hagas eso, que luego el pobre tiene que darles explicaciones a los del SAF, no a mí. Lo metes en un jardín.

—Pero ¿dónde iba a estar? En la Cofradía, como medio pueblo, preparando las cosas con Joaquín para el acto. Si es que, hasta él me vio ahí, que me estuvo preguntando por cómo estaban este año los jabalíes... Si iba a llevar yo los perros para la batida.

—¿Y qué trabajo te costaba decirle eso mismo?

—Me toca los huevos, Víctor. Bastante mal lo

hemos pasado en este pueblo como para que unos listos vengan a tratarnos de delincuentes...

Román tenía siete años más que Víctor. Rozaba los cincuenta, una edad que a Víctor le costaba encajar en su hermano. Tanto como le costaba a él verse superando los cuarenta. Recordaba cuando eran sólo dos niños que recorrían los alrededores de Monteperdido, buscando

caminos nuevos, lugares que nadie había pisado. Román siempre en cabeza, tenaz, obstinado, incluso cuando la exploración les llevaba a zonas sin salida y él se empeñaba en continuar. Víctor, arrastrado por su hermano mayor, no acababa de entender la fascinación que Román tenía por cada piedra y cada árbol de esa tierra. Era como si ese universo de barrancos y

montañas, glaciares y lagos, de animales escondidos en los bosques, fuera también parte de él. Víctor nunca sintió tanta conexión con la tierra. Si eligió como destino Monteperdido no fue por apego al pueblo, sino por Nuria.

Estaba enamorado de ella. Iban a casarse. ¿Qué vida habrían tenido? Víctor se hacía a menudo esa pregunta, pero el Ésera se

llevó la respuesta bajo sus aguas. Habían pasado ya siete años desde la inundación. El pueblo arrasado por la crecida del río y su vida también. Los planes que había hecho se convirtieron en un lodazal. Murieron siete personas. Una de ellas, Nuria. Durante mucho tiempo, él deseó con todas sus fuerzas que el agua viniera también a por él.

Mientras veía a su Román

servir las mesas con soltura e intercambiar breves conversaciones con los clientes, Víctor admiró la seguridad de su hermano. Lo fácil que llevaba su vida adelante. Apenas si había salido de Monteperdido, tampoco lo había necesitado. Empezó a trabajar joven; su dominio del entorno y de las costumbres de los animales lo convirtieron en uno de los mejores guías de campo del

pueblo. Román era el encargado de organizar las batidas de jabalíes —a mediados de agosto haría una— y fue así desde que se convirtió en mayordomo de la Cofradía. Él llevaba a los perros atraíllados, podencos blancos capaces de encontrar las camas de los jabalíes en cualquier bosque. Tampoco tardó mucho en casarse con Ondina; lo hizo cuando todavía no había cumplido

los veintiséis años. Poco después, con el dinero de la herencia de sus padres, montó esta Sociedad de Cazadores; un bar pero, sobre todo, un club privado al que sólo tenían acceso los vecinos del pueblo. Víctor recordaba que le dijo que le parecía una estupidez darles la espalda a todos los turistas que llegaban al valle; «Ahí es donde está el negocio». O eso creía Víctor. El tiempo

le demostró que estaba equivocado. La gente de Monteperdido necesitaba protegerse de esa invasión de forasteros. Querían tener un lugar donde encontrarse. Un lugar repleto de caras familiares. Román alquiló un local en el centro del pueblo: paredes de piedra y revestimientos de maderas nobles. Trofeos de caza colgados en las paredes, con un lugar especial para el

primer animal que abatió: un ciervo que te recibía a la entrada del local; el taxidermista logró que mantuviera una expresión retadora, como Román había dicho que tenía cuando le dio caza.

—Yo no sé por qué juego, si siempre salgo escaldado —le dijo Nicolás Souto sentándose junto a Víctor en la barra.

—¿Ya has terminado? —

se sorprendió el guardia civil.

—No sé contar. Empiezo bien, pero me lío y no sé cuántos cincos hay en la mesa... Marcial empieza a ponerme caras raras, me da por sudar...

Desde la mesa les llegaron las voces de Marcial.

—Te estoy diciendo que ellos van a cincos, Nicolás.

Te lo estoy diciendo, que pareces tonto.

Nicolás cabeceó dándole la razón y le sonrió; sólo estaba deseando que Marcial se callara cuanto antes, darle la espalda y pedirse un gin-tonic.

—¿Cuándo te darás cuenta de que el dominó es una cosa seria? —bromeó Víctor.

—Les faltaba uno para jugar y... —Nicolás no

terminó la frase. Pidió su copa a Román y volvió a recolocarse las gafas que se empeñaban en resbalar por su nariz. Parpadeó un par de veces antes de preguntarle —: ¿Cómo está Nieve?

—Le he limpiado la herida, me ha dado la impresión de que estaba un poco mejor.

—Mañana saco un rato y me paso a verlo... Tú, sobre todo, vigílale la fiebre.

—No puedo estar todo el día con él.

—¿Quieres que lo ingresemos en Barbastro?

Víctor no quería separarse de él. Prefería estar a su lado, sacar momentos a lo largo del día para ir a ver a su perro y comprobar que estaba bien. No quería que muriera lejos. ¿Quién quiere morir lejos de su hogar?

—Ahora no tendrás mucho tiempo —le dijo

Nicolás con torpeza. Sus ojos se movieron curiosos tras las gafas, delatándole. Intentó parecer comprensivo pero en realidad sólo quería que Víctor le soltara detalles de la investigación—. Por lo menos, habréis sacado un montón de pistas del sitio ese donde estuvieron las niñas...

—No mucho, la verdad

—El tío lo limpió todo, ¿a

que sí? Dicen que lo había quemado.

—Sabes que no puedo hablar de eso —intentó zanjar Víctor.

Nicolás se echó hacia atrás en su taburete y levantó las manos teatral, como si no tuviera intención de saber más de la cuenta. Fingió una seriedad que, inmediatamente, rompió con una sonrisa pícara.

—No me digas nombres,

no hace falta... pero seguro que ya estáis manejando alguno. Porque lo que está claro es que el Simón ese no tuvo nada que ver... — Víctor respondió a Nicolás con una mirada seca. Algo que cualquiera entendería como una señal para dar fin a la conversación, pero Nicolás, no—. ¿Álvaro? No me digas nada, tú sólo haz un gesto si tengo razón. Da un trago a la coca-cola y eso

significa que voy bien encaminado.

—He venido a tomarme algo, no a hablar contigo del caso.

—Si es Álvaro, menudo plantel, ¿no? Con la niña en casa... ¿Sabes si está otra vez con Raquel?

—Nicolás, por favor. ¿Qué quieres? ¿Que te mande a la mierda?

Víctor levantó la voz y alguna mirada se dirigió

hacia ellos, sentados a la barra. Pensó que había sido una mala idea ir a la Sociedad y dio un trago a su coca-cola.

—Has bebido y eso significa algo, ¿o no? —le murmuró Nicolás al oído antes de marcharse.

Víctor resopló; conocía a Nicolás desde que era un niño, lo había tratado mucho al ser el único veterinario de Monteperdido, y todavía le

sacaba de quicio. Sabía que no había tenido una vida fácil y que se vio obligado a lidiar con el desprecio de algunos vecinos. Sin embargo, se había hecho un hueco en la comunidad gracias a su profesión. Era un buen veterinario y en el valle aún quedaban algunas familias que vivían de la ganadería, los padres de Joaquín, por ejemplo. Una actividad que en el pasado

había sido el principal motor de la economía pero que se fue relegando a un segundo plano cuando el turismo invadió la comarca.

—¿Cómo va la historia con la policía? —La pregunta de Nicolás le sorprendió. El veterinario había vuelto sobre sus pasos y estaba de nuevo a su lado —. Todavía estoy dándole vueltas al asunto.

—Por mí puedes

aparcarlo —le dijo Víctor.

—Le pega un tiro a tu perro y ¿la perdonas? —se indignó Nicolás—. ¿Se ha disculpado?

—Más o menos.

Nicolás se sentó de nuevo en el taburete junto al sargento de la Guardia Civil.

—*El follét del albarósa* —le dijo en tono de confianza Nicolás—. ¿Que cómo te suena?

—¿Que cómo me suena?

—respondió desubicado

Víctor—. ¿Qué es?

—El título del libro que estoy escribiendo —le aclaró Nicolás.

—No lo sé —se excusó—. Sabes que casi no hablo *patués*.

—Pero el *albarosa* sabes lo que es. El bosque de abedules —le dijo el veterinario casi enfadado.

—Sí, eso sí. Pero ¿*El follét*?

Nicolás se irguió con orgullo y se subió de nuevo las gafas por el puente de la nariz. Eso era lo que quería contarle al guardia civil desde el principio.

—*El follét* es un duende.

Un diablillo que vive en el bosque y que, a veces, se esconde en las crines de los caballos y los vuelve locos. Los encabrita. Más que malo es juguetón: ¿nunca te han

contado historias del *follét* de estos montes?

—Me parece que el único que conoce esas historias en Monteperdido eres tú.

—Alguien tiene que mantener las tradiciones — le contestó ufano Nicolás—. Pero yo lo uso como un juego de palabras. *El follét*, el duende del bosque... Así llaman también a los corzos. Y, en el libro, todo empieza con un corzo muerto.

—Y, no me digas más, unas niñas desaparecidas y una policía que le pega un tiro a un perro.

—Algo de eso hay —reconoció Nicolás.

—Si escribieras en castellano, a lo mejor algún día me lo podía leer —dijo Víctor levantándose y dejando unas monedas sobre la barra.

—El título tiene también otra lectura —añadió

Nicolás cuando Víctor ya salía de la Sociedad—. *El follét* por Ken Follet. O sea, yo. El Ken Follet del bosque de abedules. —Y la carcajada de Nicolás ante su propio chiste le sonó a Víctor más como un grito de socorro que como una risa.

Bajó a buscarla. Sara tampoco podía dormir y, mientras daba vueltas en la

cama, pensó en Caridad. ¿Estaría a esas horas en la salita del hostel? Fingió que se ponía un café en la máquina mientras echaba un vistazo entre los sofás y las sillas de la sala contigua. La voz de Caridad le llegó desde las sombras.

—Sí, *filla*, sí. Estoy aquí.

—Fue entonces cuando vio su pequeña figura, incorporándose en un sofá

—. Para mí, todas las noches son iguales.

Sara y Caridad se sentaron en la misma mesa donde habían hablado por primera vez. Sara con su café burbujeante; Caridad, un momento después, avanzando con ese paso pendular, la botella de líquido rojo en sus manos.

—Es sangre —le dijo cuando Sara le preguntó qué bebía—. Tengo un montón

de niñas en el sótano de casa y las desangro un poco cada día. Así estoy de joven.

Caridad se tiró de la piel fingiendo un lifting y una sonrisa de maniquí.

—No me irás a detener por eso —le rogó exageradamente.

—Me lo pensaré— bromeó Sara.

Caridad rebuscó en los bolsillos de su chándal y sacó una baraja que mezcló

con habilidad, la plantó sobre la mesa y, después de partirla, le preguntó:

—¿Una brisca?

Antes de que Sara tuviera tiempo de responder, ya estaba repartiendo las cartas.

—El palo son copas.

Caridad se hundió detrás de sus tres cartas analizándolas cuidadosamente y, sin levantar la vista, le dijo:

—Empiezas tú.

—¿Hoy también has salido a pasear por el pinar? —le preguntó Sara y puso un cuatro de oros sobre la mesa.

—Dos horas. Luego me he dado una vuelta por el pueblo. —Caridad sacó una sota de oros y se llevó las cartas—. La gente está rara.

«¿Más que tú?», pensó Sara, pero prefirió callar y lanzar un dos de bastos al

seis de oros que había echado Caridad.

—Ana ha vuelto a casa, pero todavía no sabemos nada de Lucía —le dijo Sara intentando mostrarse comprensiva con la gente del pueblo.

—Vaya policía de mierda —murmuró Caridad poniendo un tres de espadas sobre la mesa—. ¿Tú cómo sabes que mi sobrina no es periodista? Imagínate que

mañana te encuentras esa frase en el titular de una noticia: «No sabemos nada».

—¿Tienes una sobrina periodista? —preguntó Sara echando una carta de la mano y llevándose los puntos.

—No tengo ninguna sobrina. —Y después la miró con suspicacia—. ¿Qué pasa? ¿Has estudiado mi expediente o algo así?

—Creo que, de momento,

no estás en la lista de sospechosos.

—Tranquila, en Monteperdido no te van a faltar. —Sara había vuelto a llevarse puntos en la última jugada y Caridad la miró picada—. Me das cháchara para ganarme.

—Seré una policía de mierda, pero se me da bien la brisca. —Y puso un as de copas sobre la mesa.

—Todo tuyo —se rindió

Caridad echando aún más puntos.

El montón de cartas de Sara crecía mientras que el de Caridad se había estancado. La mujer cogía con rabia las cartas cada vez que tenía que robar y lanzaba un bufido al descubrirlas.

—¿Tantos candidatos crees que hay en el pueblo?

—le preguntó Sara.

—La gente piensa que fue

cosa de Álvaro Montrell. Pero es un pueblo de pensar poco. Más bien, de pensar lo que digan los demás. En la Cofradía, por ejemplo.

—¿Qué es esa Cofradía?

—Unos santurrones que mandan más que el alcalde.

—Caridad por fin puso una carta ganadora y se llevó los puntos que había en juego. Sonrió triunfal a Sara pero inmediatamente la sospecha

se dibujó en su cara—. ¿Te estás dejando ganar?

—Es que me han salido malas cartas —se excusó Sara.

—A ver, enséñamelas...

Caridad trepó sobre la mesa e intentó cogerle las cartas a Sara, pero la policía las ocultó.

—Sigue jugando y cuéntame más cosas de esa Cofradía —le dijo Sara.

—Tiene un montón de

años de historia. Al principio, era una cosa religiosa, pero hace tiempo que no tienen nada que ver con la Iglesia. Organizan las fiestas, se encargan de limpiar carreteras cuando cae la nieve... esas cosas... —le contestó Caridad con prisa. Iba ganando la partida y no quería perder el ritmo.

—¿Quién está en esa Cofradía? —le preguntó Sara.

—Todo el pueblo. El prior, el que manda, es Marcial Nerín, el padre de Elisa. ¿Lo conoces? Tiene una armería en la plaza del Ayuntamiento.

—Todavía no.

—¿Y a qué esperas, criatura? Marcial es el que parte el bacalao. Yo, en realidad, creo que más que un santo, es un cotilla. Siempre metiéndose en la vida de los demás.

¿Necesitas que te quitemos la nieve de la puerta? Ahí que va Marcial y su Cofradía. ¿Andas sin dinero para la hipoteca? Te prestamos dinero. ¿Estás triste? Toma, un perro para que te quite las penas.

—Sí que hacen cosas en la Cofradía.

—Te estoy dando una paliza —le contestó presumida Caridad mientras se llevaba aún más cartas—.

¿No te he dicho que son los que mandan?

Sara miró sus cartas.

Podía ganar la última mano, pero algo que había dicho Caridad le había quedado rondando por la cabeza.

Dejó sus cartas a un lado.

—El perro de Víctor, ¿se lo regaló la Cofradía?

—Aquí nos ayudamos cuando hace falta, tampoco es para tanto. El pobre estaba pasando una mala

racha. Su novia murió en la inundación de hace siete años. Iba que no daba pie con bola. Además, se pasaba un poco con el... —Y Caridad hizo el gesto de beber exagerado. Después recuperó la compostura y siguió hablando—. El perro le vino bien. Era una responsabilidad. Tenía que pasearlo, darle de comer... hasta que tú le pegaste un tiro, claro.

—Gracias por recordármelo —le contestó Sara, molesta.

—Es que no es una cosa que tengas que olvidar —se justificó Caridad. Después su expresión cambió, como si hubiera descubierto algo —. Aunque ahora tiene que curarle la herida y estar encima todo el día para que no se le muera. Eso es más responsabilidad.

Sara echó su última carta

sobre la mesa. También la ganó Caridad. Sus pequeños dedos empezaron a pasar cartas para contar los puntos que había hecho.

—Setenta y dos. Ni te molestes en contar las tuyas —le dijo.

A la policía le dio la sensación de que tenía que hacer frío fuera de esa salita. En ese pueblo que ahora dormía.

—¿Por qué no vas a su

casa y le dices «lo siento»? —le dijo Caridad mientras guardaba la baraja en su bolsillo—. A lo mejor te llevas un guantazo. O no. Pero, coño, si es lo que te apetece hacer, ¿qué más da lo que él piense?

En cierta forma, a Sara, Caridad le recordaba a sí misma. Protestona y malhablada, parecía tener la habilidad de leer bajo su mirada. ¿Qué más da lo que

él piense? Llevaba toda una vida bloqueada por lo que los demás pensaban. Recordó cuando era una niña, en la mesa de la cocina mientras su madre trasteaba en el fuego y la descubría mirándola. ¿Qué decían sus ojos? ¿Qué significaba la expresión de su madre? ¿Vergüenza? ¿Odio? ¿Le molestaba que su hija la viera así? Inmediatamente ocultaba su cara marcada

por los golpes de su padre para que dejara de mirarla.

—¿Qué te ha dado? —le preguntó Caridad con una sonrisa curiosa—. ¿En qué estás pensando?

—En que deberías apuntarte a esa Cofradía. Si son unos cotillas, estarás en tu salsa —bromeó Sara.

—Soy la tesorera desde hace ocho años —le dijo Caridad mientras daba un trago a su líquido rojo.

Se arrodilló en el último banco de la iglesia. El inspector Santiago Baín no recordaba cuándo había empezado esa costumbre, visitar las iglesias de los pueblos a los que les llevaba el trabajo. La de Monteperdido era una construcción de origen románico, rémora del antiguo esplendor de un

pueblo que, ahora, con el turismo, vivía un renacer. Siglos de frío y nieve entre esas dos épocas. La primera, cuando algunos señores eligieron ese valle, tal vez por su situación fronteriza, y levantaron palacios e iglesias. Fascinados por la magia que envolvía las montañas que eran también su muro de protección. Quizá imaginaban dioses, allí arriba, en las cimas de la

Kregüeña o los Montes Malditos. En los hielos eternos. Dioses violentos, que descargaban su ira en tormentas. ¿Quién os ha dado permiso para invadir nuestro paraíso? Santiago casi podía ver en los bancos de madera a aquellos primeros habitantes de Monteperdido, refugiándose atemorizados entre las paredes de piedra de la iglesia, rezándole a un dios

más benévolo. A una Virgen como la que se elevaba en el fresco de la capilla, en plena Asunción, con rostro arrebatado mientras atravesaba las nubes rodeada de ángeles.

Después de persignarse, se puso en pie. Sus pasos resonaron en la piedra. La luz de la mañana atravesaba una pequeña ventana en el cabecero e iluminaba el fresco. En los laterales de la

nave principal se abrían
pequeñas capillas, oscuras.
En una de ellas, vio una
imagen tallada en madera de
la Virgen de Laude, vestida
con un manto blanco
bordado en oro y un
pequeño Jesús en brazos;
ambos llevaban coronas
doradas. Unas velas a los
pies de la imagen la bañaban
en luces y sombras a partes
iguales, un fuego
parpadeante, un calor

protector. Una anciana vestida de luto se movía entre las sombras de la capilla, retocando el arreglo floral que la decoraba. Debió de oír sus pasos, ya que se giró hacia él y Santiago respondió a su mirada con una sonrisa. La mujer no le dedicó un segundo e, inmediatamente, volvió a sus flores.

El inspector Baín levantó la mirada hacia la bóveda.

Hacía frío en el interior de la Iglesia. La sillería no había permitido que el calor de esos primeros días de julio entrara en el templo, como si aún tuviera que demostrar que no estaba allí de paso, sino que pretendía quedarse todo el verano. Se abotonó la chaqueta y salió.

Sara le esperaba apoyada contra el muro que rodeaba la plaza. Aburrida, repasaba con la punta de sus zapatillas

las líneas que unían las piedras del suelo. La suponía impaciente y su paso apresurado en cuanto le vio se lo confirmó, así como el tono de voz.

—¿Ya has rezado todo lo que sabes? —le preguntó mientras se dirigía a la salida de la plaza. Santiago la siguió—. No sé cómo puedes ir a la iglesia, después de todo lo que hemos visto.

Santiago se sonrió. La institución eclesiástica no es que hubiera jugado un buen papel en los casos de menores de edad en los que habían trabajado. Tampoco sería él quien la defendiera. Sintió un escalofrío al notar el cambio de temperatura respecto al exterior, mucho más cálido.

—Yo tengo fe en Dios, no en los hombres —le dijo a Sara.

—¿Y crees que tu Dios nos va a ayudar en algo? — le preguntó ella, aunque no esperaba respuesta.

El muro que rodeaba la iglesia creaba una plaza interior. Todo ese pueblo parecía construido hacia dentro, de espaldas al mundo, a las montañas, a las miradas de los forasteros. Subieron por una calle empedrada hasta la avenida de Posets, la única en la que

los coches podían circular en ambos sentidos.

—¿Sabes cuál es el problema de la gente de tu generación? —le dijo Santiago—. Que no creéis en nada. Fíjate en los compañeros de tu edad. Todos han pasado por una crisis de ansiedad antes de llegar a los cuarenta.

—A lo mejor es que nos tomamos muy en serio

nuestro trabajo —se defendió Sara.

—O a lo mejor es que no tenéis fe en nada. Hazme caso; el agnosticismo acabará con el mundo —le dijo Santiago mientras cruzaba la avenida.

Al otro lado, varias calles, estrechas y retorcidas entre las casas de piedra, se adentraban en la zona más poblada de Monteperdido. Alrededor de mil habitantes

era el censo en verano. Santiago tuvo la sensación de que escogían una calle al azar pero prefirió no mostrar sus dudas y caminó siguiendo a Sara, que avanzaba decidida.

—En realidad, no sois más que creyentes desesperados —pensó Santiago en voz alta—. Como esta gente que pasa del catolicismo al budismo y luego al judaísmo o a

cualquier secta ortodoxa. Vais buscando un dios que os convenza. Sólo que, en lugar de una divinidad, es una persona. Pero no existe ninguna persona tan perfecta como un dios.

—Es reconfortante oírte hablar del género humano —bromeó Sara.

—Seguro que, de niña, siempre comprabas regalos el día de San Valentín —se rió Santiago.

—Y, ahora, me vendrás con que el amor está sobrevalorado —dijo Sara con la desesperación del que repite algo escuchado mil veces—. No me extraña que te vayas a jubilar y sigas soltero.

Algunas casas parecían reconvertidas en pensiones. Los turistas ocupaban las calles en pequeños grupos familiares. No era difícil distinguirlos; mientras ellos

perdían constantemente la mirada en la naturaleza que les rodeaba, sorprendidos en cada esquina por las perspectivas que les brindaban las calles, los habitantes del pueblo se movían ajenos a esas maravillas, ocupados en quehaceres cotidianos: ir a trabajar, hacer la compra, sacar a pasear a los niños.

La callejuela que habían elegido desembocaba en una

plaza presidida por el ayuntamiento. En los soportales de los laterales había algunos negocios: la armería Nerín, una tienda de comestibles, otra de ropa. También el bar de la Sociedad de Cazadores de Monteperdido. Decidieron tomar un café.

Al entrar, les recibió la cabeza de un ciervo disecado. Su pelaje rojo, sus astas y su mirada de cera

eran un extraño simulacro de vida y ferocidad. Colgado en el pasillo que daba acceso a la Sociedad, el ciervo era la victoria de los vecinos del pueblo sobre la naturaleza, domesticada, convertida en trofeo. Los policías notaron cómo el murmullo de una conversación se apagaba a su entrada. Las miradas de los pocos clientes que había en la Sociedad se posaron en ellos y se sintieron como los

adultos que entran en la habitación de juegos de los niños sin llamar a la puerta. Había un ambiente ocre, un color de tierra. Las ventanas, de cristales amarillentos, apenas si dejaban ver el exterior. En la barra había un bizcocho de chocolate que rebosaba mermelada de fresa de su interior. Tenía una vela clavada en el centro. El sargento Víctor Gamero, vestido de

uniforme, acababa de prenderla.

—No queremos interrumpir nada —se disculpó el inspector Baín—. Sólo íbamos a tomar un café.

—La Sociedad es sólo para los vecinos del pueblo —les dijo con un tono de forzada cordialidad un hombre de unos cuarenta años, corpulento, que estaba

tras la barra y parecía el dueño del local.

—Seguro que un café les puedes poner, Román —terció Víctor—. Es mi hermano. Inspector Santiago Baín y la subinspectora Sara Campos —dijo a modo de presentación para todos los que había en la Sociedad.

—¿Qué se celebra? —preguntó Santiago por el bizcocho mientras se acomodaba en un taburete.

—Es el cumpleaños de Rafael.

Víctor señaló a una mesa. Rafael Grau esperaba su bizcocho sentado y con las manos cruzadas sobre los muslos; como los demás, superaba los cuarenta años. Su cabeza, como un ladrillo inclinado sobre el pecho, apenas si dejaba ver su cuello, si es que lo tenía, ¿se había sonrojado o era efecto de la luz que flotaba en la

Sociedad? Su mirada huidiza hizo imaginar a Santiago al único invitado sobrio a una ridícula fiesta de disfraces. A su lado, con una mano sobre el hombro de Rafael, estaba Joaquín Castán. Saludó a los policías con un «buenos días» cortante. No pretendía disimular que su presencia no era bien recibida allí.

—Rafael es el hermano de Montserrat —les explicó

Víctor mientras ponía el bizcocho sobre la mesa donde estaba Rafael.

—Lo ha hecho mi mujer —añadió Joaquín—. El bizcocho.

Un hombre delgado, de movimientos nerviosos, arrastró un taburete hasta colocarse cerca de los policías. Se presentó estrechándole la mano a Santiago Baín.

—Nicolás Souto. Soy el

veterinario del pueblo.

Luego inclinó la cabeza hacia un lado, como un animalito curioso, y buscó los ojos de Sara por encima del hombro de Santiago.

—¿Qué tal por el pueblo?

—le preguntó con una sonrisa y se recolocó unas gafas que le habían resbalado por el puente de la nariz.

—Es un sitio precioso —
le contestó Sara.

—¿Y las montañas? Creo que ya habéis tenido ocasión de dar un paseo por ellas.

—Yo no lo llamaría «paseo» —le rectificó Santiago con una sonrisa.

Román dejó sobre la barra los cafés. Los vasos de cristal temblaquearon sobre los platos de porcelana. El inspector Baín giró el plato para ver el dibujo que tenían: una estrella de ocho puntas.

—Es el símbolo de santa María de Laude, la patrona del pueblo. Y de la Cofradía —le aclaró el dueño de la Sociedad.

—La Cofradía es como una asociación vecinal —intervino Víctor.

El sargento extendió su brazo y abarcó con el gesto a los vecinos que había en la Sociedad: Joaquín Castán y

Rafael Grau; Nicolás Souto; Román Gamero, el hermano del guardia civil.

—Marcial Nerín es el prior de la Cofradía —dijo haciendo un gesto a Marcial para que se acercara a ellos—. Tiene una armería ahí enfrente.

Marcial caminó con pasos cortos. Era mayor que el resto. Sin duda, había superado los sesenta años, aunque la multitud de

pequeñas arrugas que se extendían sobre su cara, como una fina red de líneas oscuras, hacía difícil imaginar su edad exacta. Les dio a ambos una mano fuerte, gruesa. La forma de su cara le confería un aire agresivo: una mandíbula prominente, una nariz chata, ojos pequeños ocultos bajo el hueso de la frente, su perfil dibujaba una curva casi imposible. Al

estrecharle la mano, Santiago pensó que parecía un animal. Suspicious y peligroso como una de esas cabezas disecadas que decoraban las paredes de la Sociedad de Cazadores.

—¿No deberían estar haciendo otra cosa en lugar de tomar cafés? —les dijo.

—Tenemos la mala costumbre de comer y beber —le contestó Santiago sin deshacer su sonrisa.

Sara vio cómo la vela en el bizcocho de chocolate se consumía. La cera resbalaba por ella y empezaba a extenderse por la superficie del pastel. Nicolás Souto se bajó del taburete donde se había sentado y la madera chirrió en el suelo al echarlo hacia atrás. Parecía que el veterinario quería destensar la situación y, con su conversación, intentó ahuyentar el reproche que

había en las miradas de Marcial Nerín y de Joaquín Castán.

—Cuando todo esto acabe, tienen que subir a los Montes Malditos —dijo—. O al circo de Tempestades. En esta época son un espectáculo...

—No sé si con esos nombres invitan mucho a la visita —bromeó el inspector Baín.

Nicolás contó algo sobre

las leyendas que dieron origen a esos nombres mientras se acercaba a la mesa donde esperaba Rafael Grau su momento para apagar la vela. Se sentó a su lado y animó a los demás a cantar el cumpleaños feliz. Sólo Víctor siguió su canto, que, poco a poco, se fue apagando hasta que, rodeado de unas palmas desgastadas, Rafael sopló la vela con el gesto de alivio del que

termina una tarea vergonzosa. Sus pequeños ojos se perdieron en el suelo de piedra de la Sociedad mientras recibía las felicitaciones de sus amigos. Santiago y, después, Sara, también se levantaron para hacerlo.

—Cuarenta y cinco años —les dijo cuando le preguntaron cuántos cumplía —, le saco dos a mi hermana.

Joaquín Castán hundió un cuchillo en el pastel para hacer las porciones y la mermelada manchó la hoja como si fuera sangre. El hermano de Víctor salió de la barra con unos platos y cucharillas, pero Santiago y Sara rechazaron la oferta de comer algo.

—*No fe kuérpo ta nósa* —
murmuró Marcial Nerín.

Santiago vio al hombre caminar hacia la salida. «No

está el cuerpo para fiestas»,
había dicho, pero prefirió
fingir que no le había
entendido. Se despidió y
salió de la Sociedad con
Sara. Al pisar la calle buscó
las gafas de sol en la
chaqueta, cegado por la luz.
En Monteperdido hablaban
un idioma extraño, propio.
Originado en el *patués*,
común a toda la comarca, en
ese pueblo había adquirido
unos rasgos propios. Había

influencias catalanas, vascas, castellanas y francesas, pero el resultado era un lenguaje único. Un idioma que sólo utilizaban los habitantes de ese pueblo y, al levantar de nuevo la vista hacia las montañas que lo rodeaban, pensó en los siglos de aislamiento a lo largo de los cuales se habían desarrollado esas calles, esas casas.

Incomunicados del resto

del mundo, habían terminado hablando una lengua que sólo ellos entendían, como crecieron a la sombra de unas leyendas que ya pocos sabían. Mientras caminaban en silencio hacia el cuartel de la Guardia Civil, recordó lo que Nicolás Souto les había contado de los Montes Malditos que se levantaban al sur del pueblo, al final del camino que unía el pueblo

con el cuartel y el colegio. En el pasado, esas montañas de tres mil metros de altura eran un prado verde en el que un pastor alimentaba un abundante ganado, hasta que un extraño ser subió a esas llanuras y le pidió que compartiera su fortuna con él. Ante la negativa del pastor, el hombre vertió una maldición sobre él y, también, sobre ese edén entre las nubes: los convirtió

en piedra y hielo. Hizo de ellos los Montes Malditos.

Cimas que escondían maldiciones, leyendas que mostraban el terror de una población a la violencia de la naturaleza. Como el hombre de hielo que vive en lo alto de la Kregüeña. Un gigante helado que bajaba al pueblo a robar animales, la comida.

Un hombre de hielo todavía retenía a Lucía,

pensó Santiago al llegar al cuartel y ver la silueta de la Kregüeña al norte, contra un cielo de verano que insistía en fingir que todo iba bien.

Ana llevaba ropa nueva.

—Es mía —le aclaró Raquel—. Ya casi usamos la misma talla.

Pero no le contó que había sido idea de Álvaro. Cuando esa mañana se levantó, con

el cuerpo dolorido después de pasar la noche en el sillón de su cuarto, encontró a su hija en la cocina con su marido. Álvaro le dijo que tenía que salir a hacer unas cosas y debió notar el miedo de Raquel a quedarse a solas con Ana, porque se acercó a ella y le dijo: «¿Y si miras a ver si le vale tu ropa? Si no, tendremos que ir a comprar algo». Incluso a Burgos le había parecido una buena

idea. Junto a ellos había otro policía más, vestido de paisano. Tenía un bloc y, en la hoja, estaba dibujado un boceto, un rostro todavía sin rasgos siguiendo las indicaciones que le daba Ana.

—Me gustaría hablar a solas con ella —le dijo Santiago a Raquel mientras sacaba una silla del escritorio y se sentaba frente a la cama donde Ana estaba

sentada—. No le importa, ¿verdad?

Raquel tomó aire antes de hablar, como el que da un paso atrás antes del salto, pero luego se arrepintió, las palabras no llegaron a pronunciarse y cerró la puerta al salir. Santiago se giró entonces hacia Ana; había borrado cualquier signo de amabilidad de su rostro.

—¿Crees que el retrato

robot que estamos haciendo se parece a Lucía en la actualidad?

—El dibujante hace lo que le voy diciendo...

—Ésa no es una respuesta.

—Sí, claro que se parece —contestó algo incómoda.

Santiago se echó hacia atrás en la silla y la observó. Las reservas de Ana llegaban a molestarle. Había participado en varios casos

de secuestros y, aunque la víctima podía tener una actitud errática, era extraño encontrar tantas respuestas evasivas y contradicciones en el relato de Ana. ¿Cinco años de cautiverio dejan tan poca huella?

—¿No tienes miedo de que él venga a por ti? —le preguntó como si fuera un disparo, midiendo la reacción de Ana.

—No sé, ¿debería

tenerlo?

—Claro que no. Para eso estamos aquí. Para protegerte —la tranquilizó Santiago al ver cómo se asomaba un miedo real en ella.

El paso del tiempo era caótico en el relato que Ana hacía del secuestro. Encerrada durante grandes temporadas en un sótano lejos de la luz, sometida a una rutina diaria, era normal

que le costara establecer una cronología de los años que había estado sin libertad. Santiago quería conocerla mejor y centró la conversación en intentar encontrar algún recuerdo de Ana que tuviera una referencia temporal. Sin embargo, era difícil para ella. Reconoció que a veces se sorprendía: creía estar en verano y, cuando el secuestrador la subía al

primer piso, miraba por la pared derruida del refugio y veía los montes nevados. Entonces le invadía la sensación de haber pasado meses durmiendo, en una especie de letargo.

—¿Recuerdas la última vez que oíste llover? ¿La nieve?

—No lo sé —respondió azorada. Parecía hacer verdaderos intentos por recordar pero era como si

estuviera tanteando en una habitación a oscuras.

—¿Viste animales cerca del refugio? Algún día de mucho viento...

Ella negó a cada pregunta de Santiago. Su gesto se tensó un instante, como si hubiera visto un fogonazo en las tinieblas.

—A lo mejor es una tontería —le dijo—. Me acuerdo de una noche, hace tiempo... No hacía frío.

Llevaba una rebeca y con eso me bastaba. Estaba arriba. Él se había quedado en el agujero con Lucía.

—¿Fue la última vez que hizo calor?

—Es posible.

—¿Qué más pasó esa noche?

—El techo del refugio tenía un agujero. Cuando me dejaba allí, intentaba ponerme de espaldas a él, entraba mucho viento. Pero

esa noche el cielo estaba despejado y hacía calor.

—Sigue —la animó Santiago. Colocó la grabadora sobre sus piernas para que registrara con claridad la voz de Ana—.

¿Viste la luna?

—No. Desde ahí no podía verla... Pero vi varias estrellas fugaces. Antes... me tumbaba con mi padre en el jardín a mirar el cielo, él

decía que podía pedir un deseo si veía pasar una.

Santiago se echó hacia atrás en la silla; intentó disimular su frustración. Esperaba que Ana le dijera algo más, aparte de que un día, durante su secuestro, echó de menos estar con su padre.

—Pedí un montón de deseos... y ninguno era salir de allí. —Ana le miró con sus ojos negros como

túneles—. Pensaba que eso no me podría pasar nunca.

Santiago le sonrió. Viajaba del cariño a la suspicacia con Ana; unas veces, tan segura; otras, tan indefensa como un animal herido.

—¿Por qué nos mientes?
—le preguntó—. ¿Estás intentando protegerlo?

Ana se acarició el cráneo rapado, la cicatriz de la operación ya estaba al aire.

Un zigzag de puntos unía su piel allí donde la habían abierto. Sus ojos negros contrastaban con la palidez de su piel, después de tanto tiempo lejos del sol. El color del iris era tan denso como el ónix y se confundía con la pupila. El inspector no apartaba su mirada de esos agujeros, profundos y oscuros. Quería descubrir qué había en el fondo, encender una antorcha que

iluminara su verdadera historia.

—No sé por qué me dice eso —murmuró Ana con un temblor.

—Voy a pensar durante un segundo que tienes miedo. Que te avergüenza recordar todo lo que pasó allí. Voy a darte esa oportunidad. Pero no puedes volver a mentirme.

—Estoy intentando acordarme de todo... A lo

mejor lo de las estrellas fugaces es una tontería, pero pasó...

—Me dan igual las estrellas, Ana. Te estoy hablando de él.

—Le he dicho que nunca pude verle. Ese casco...

—Y también me dijiste que nunca te tocó.

Con un movimiento instintivo, Ana se abrazó a sí misma. El jersey de su madre aún le quedaba algo

grande y parecía que su cuerpo se escondía dentro de él. Retiró su mirada, nerviosa, al suelo, como si, en cualquier momento, pudiera salir un monstruo de debajo de la cama.

—Quizá no lo sabes —
continuó Santiago—. En el hospital te hicieron muchas pruebas, analíticas, te exploraron, ¿lo recuerdas? Podemos saber muchas cosas con esas pruebas. Por

ejemplo, que has tenido relaciones sexuales.

Al darle esa explicación, Santiago recordó que Ana era una niña de once años cuando fue raptada. ¿Qué había vivido en ese tiempo?, ¿qué había aprendido?, ¿cuántas cosas que a los demás les eran cotidianas para ella eran extrañas? Su voz surgió primero como un murmullo ininteligible. Santiago tuvo que pedirle

que repitiera lo que había dicho.

—Fue sólo una vez —dijo ella.

—¿Estás segura? — insistió Santiago.

Las lágrimas le impidieron contestar. Él sabía que habría estado más cómoda con Sara, por eso había preferido hacer él este interrogatorio. No quería tener a Ana entre algodones, necesitaba saber cómo

reaccionaba cuando no había comprensión y caricias a su alrededor.

—Entiendo que esto sea difícil. Estás asustada, llorando... Pero estás aquí, Ana. Lucía no ha tenido la misma suerte que tú. A lo mejor es que lo prefieres así...

—¡Eso no es verdad! —gritó Ana. Sus ojos dejaron de esconderse para clavarse, firmes, en Santiago—. Fue

sólo una vez, hace mucho tiempo.

La puerta de la habitación se abrió. Raquel entró, asustada.

—¿Estás bien? — preguntó y luego miró a Santiago—. ¿Qué está pasando aquí?

—Por favor —dijo el policía.

Con un gesto ordenó a Burgos, que estaba detrás de Raquel, que sacara de la

habitación a la madre y cerrara la puerta. Raquel se resistió cuando el agente la cogió del brazo.

—¿Por qué está llorando?

—protestó Raquel mientras Burgos la obligaba a salir. Sus voces se apagaron cuando cerraron la puerta.

Ana seguía llorando.

Tenía las mejillas húmedas.

Una gota resbalaba hacia sus

labios, pero no había perdido

seguridad en su expresión.

Cuando Santiago se volvió hacia ella descubrió que aún le miraba.

—Se enfadó con Lucía. Por eso, un día, fue a ella a la que se llevó arriba. No le gustaba estar conmigo. No me soportaba. Solo le interesaba Lucía. Fue para hacerle daño. Me tumbó en la cama. Me dijo que me desnudara. Al principio no se acercó. Quería que me tocara, que me acariciara...

Por todas partes. Pero entonces, él también se desnudó. Me hizo ponerme de rodillas, de espaldas a él. Yo quería salir de allí... No estar en esa cama. Tenía miedo y vergüenza, como si me estuviera mirando un montón de gente... y yo tuviera la culpa. Sabía que eso no iba a poder borrarlo nunca.

Santiago había escuchado a Ana sin interrumpirla. Era

ella la que, en su relato, había llegado a un precipicio que no se atrevía a saltar.

—Me hizo daño —añadió mirando al vacío.

—¿Y no volvió a pasar?

—No. Cuando se fue y bajó a Lucía... Me pidió perdón. Ella. Lucía me dijo que lo sentía, que no volvería a pasar...

—¿Recuerdas algún rasgo físico de él? De cuando pasó eso.

—Cerré los ojos. Los cerré cuando me hizo ponerme de rodillas...

Santiago tamborileó con sus dedos sobre la grabadora. El contador digital avanzaba. En la tarjeta de memoria se habían quedado grabadas las palabras de Ana y pensó que ojalá esa máquina también pudiera extirparle los recuerdos. Que olvidara esos días para siempre. Al

hacerlo, Santiago se dio cuenta de que creía en ella.

—Lo siento —le dijo—.

Tiene que ser... muy duro hablar de esto. Pero necesitaba saberlo.

Ella no le respondió, pero relajó su expresión; sus músculos descansaron, su mirada también. Santiago se levantó para salir.

—¿Se lo va a contar a mi padre? —preguntó Ana antes de que se marchara.

El sótano del refugio, ennegrecido por el fuego, era como un mordisco en el suelo. Una dentellada salvaje.

El verano había traído la hierba y el color verde a Monteperdido, escondido la mayor parte del año bajo una piel blanca de nieve. Durante unos pocos meses se permitía esta exhibición

de vida. Árboles y plantas de
rabiosos colores, la
sensación de que los
animales corrían libres de
las ramas al suelo, entre los
matorrales, y también hacia
la montaña. Ciervos y
jabalíes. Cientos de pájaros.
Testigos bárbaros de lo que
había pasado, pensaba Sara.
Ellos sabían quién era la
bestia que había hincado sus
colmillos en esta tierra.

Sus huellas estaban entre

los restos de ese agujero, ahora asegurado por la científica, que revolvía en el refugio en busca de alguna prueba. El fuego se había iniciado en el sótano cerrado. Las llamas alcanzaron altas temperaturas antes de quemar por completo los pilares de madera y provocar el derrumbamiento del suelo. El contacto del fuego con una mayor cantidad de

oxígeno avivó el incendio. Las paredes de piedra del refugio evitaron que se propagara a los árboles cercanos. Actuaron como un foso. Sin embargo, todo lo que había dentro quedó calcinado. Reducido a cenizas que nada podían decirles sobre lo que había pasado dentro. Cinco años se habían borrado. Ése era el informe preliminar de la científica.

Sara pensó en un cuerpo incinerado. Los familiares abriendo el tarro en un acantilado y esparciendo sus cenizas al viento. La memoria del muerto se perdía en el aire. Dejaba de contar una historia, mientras que un cadáver conservaba el relato de una vida. Sus huesos, sus pequeños accidentes como muescas en cada una de sus fracturas. Qué alimentación o qué

costumbres tenía. Todo quedaba registrado en sus restos, escrito en un lenguaje secreto pero que ahora la ciencia podía descifrar. El cadáver, bajo tierra, siempre estaba esperando contar su historia. Sara pensó que, cuando llegara el momento, a ella también le gustaría arder. Desaparecer por completo y borrar su historia.

Se había levantado con un

sabor amargo en la garganta. No recordaba cuántos cafés se había tomado a lo largo de la noche, mientras leía los informes de la Guardia Civil de Monteperdido. Demasiados. Cuando Víctor vino a recogerla al hostel, se sintió ligeramente ingrávida. Como si caminara en un sueño. Apenas si había dormido una hora. No era el cansancio lo que le deprimía, sino la ausencia de

adrenalina. Su cuerpo había dejado de generarla. Ya no veía la urgencia ni la ansiedad en los gestos de los que la rodeaban. Víctor le entregó los testimonios que sus agentes habían estado recogiendo en el pueblo y los leyó de camino al refugio. Una cotidianeidad desesperante. En la calle principal del pueblo, un hombre bostezaba mientras levantaba la persiana de su

negocio. Santiago y ella empezaban a confundirse con el paisaje.

—¿Vas a quedarte mucho aquí? Puedo volver luego a por ti —le dijo Víctor cuando ya llevaban casi una hora en el refugio.

Sara echó un último vistazo al agujero antes de emprender camino hacia el todoterreno de Víctor.

—¿Puedes subirme a

Posets? —le preguntó mientras entraba en el coche.

El grueso de la información que le había facilitado Víctor hablaba de Álvaro Montrell. Durante meses fue el principal sospechoso de la investigación. La prensa de la época daba por hecha su detención. Algunos periodistas se habían lanzado a preguntarse qué llevaba a un padre a matar a

su hija. Y pretendían hacer análisis concienzudos bajo ese titular, cuando ni siquiera habían encontrado el cadáver de Ana ni existía prueba alguna que incriminara a Álvaro. Sólo un montón de testimonios circunstanciales que lo único que podían afirmar era que el padre de Ana mintió a la policía en sus primeras declaraciones.

Declaró que, cuando su

hija desapareció, él estaba en su despacho, en el colegio Valle del Ésera de Monteperdido. Mintió. ¿Por qué? Es posible que al principio pensara que sólo se trataba de una travesura y que, en cualquier momento, la niña entraría por la puerta. Pero Álvaro Montrell mantuvo su mentira. Cuando Ana y Lucía desaparecieron, insistió, estaba en su despacho. La primera

reconstrucción de los hechos llevó a la policía a hablar con Ximena, que en el pueblo conocían como «la colombiana». La niña había salido del colegio con Ana y Lucía. Se habían separado del resto de los alumnos a la entrada del bosque. Contó la discusión que tuvo con Lucía. Al parecer, ésta se burlaba de Ximena porque estaba enamorada de su hermano mayor, Quim. Se

pelearon. Lucía le tiró una piedra y le golpeó en la cabeza a Ximena. Enfadada, con una pequeña brecha en la frente, volvió corriendo al colegio. Su rabia también estaba dirigida hacia Ana, que no hizo nada por defenderla. Atravesó los pasillos corriendo hasta el despacho de Álvaro. Quería contarle al padre de Ana lo que había pasado, que esas dos niñas tuvieran un

castigo. El despacho estaba vacío. Buscó a Álvaro por el colegio, pero no consiguió encontrarlo. El conserje tranquilizó a Ximena, le curó la herida y la llevó de vuelta a su casa.

Cuando la policía puso sobre la mesa la declaración de Ximena, Álvaro intentó mantener su mentira. Había salido a dar un paseo y después volvió al colegio pero ya no coincidió con la

niña. Ese día regresó a casa más tarde de lo habitual. Cuando aparcó su coche y entró, Raquel ya había llamado a la policía. Antes había intentado hablar con Álvaro, pero él no había contestado al móvil. Dijo que se lo había dejado olvidado en el colegio.

Dejaron de creerle. Desde las cinco, hora a la que las niñas salieron del colegio, hasta las diez y media,

cuando volvió a casa, Álvaro Montrell no tenía coartada. Fue en ese momento cuando Raquel empezó a dudar de su marido. Contó a un policía que, cuando Álvaro llegó a casa, estaba de mal humor. Tenso. Le dijo que no iba a cenar. Se daría una ducha y se metería en la cama. Apenas si escuchaba lo que Raquel le contaba: que Ana había desaparecido. Después, cuando asumió que

no se trataba de un simple retraso, también se asustó. O eso creía Raquel. Pero la sospecha se había colado por debajo de la puerta.

Mientras le investigaban, la policía intentó hacerse una idea de la relación que mantenía con su hija y con Lucía. La otra niña era la mejor amiga de Ana, también su vecina. Todo parecía normal. Álvaro se llevaba bien con su hija,

nadie había presenciado comportamientos extraños con Lucía. Se planteaban detenerlo y someterlo a un interrogatorio más intenso cuando, al revisar sus llamadas telefónicas, descubrieron que, poco después de las cinco de aquel día, recibió una llamada. Duró poco, apenas un minuto. Identificaron el teléfono desde el que se

había hecho la llamada. Era el de Elisa Nerín.

Sara recordó que, esa noche, mientras leía los informes en su habitación de La Renclusa, hizo una pausa en la lectura. Intentó imaginar el rostro de Elisa, la chica tímida que atendía en el hostel, cinco años atrás, cuando sólo tenía dieciséis años. Al volver la página, encontró una foto en el informe. Era Elisa y, al

mismo tiempo, era una persona diferente. Se supone que, según crecemos, los rasgos se nos endurecen, se dibuja con más claridad nuestra personalidad en la piel. A Elisa parecía haberle pasado al revés. La niña de dieciséis años que aparecía en la foto tenía una mirada pícaro, casi provocativa, una media sonrisa de suficiencia, muy segura de su fuerza. Pero su rostro se había

difuminado con el paso de los años, ahora era la chica huidiza que trabajaba en el hostel. Sólo había podido ver una sombra de esa expresión la noche en que la vio salir de la habitación de los turistas en su mismo pasillo.

Desde que apareció la llamada de Elisa Nerín, todas las miradas se volvieron hacia Álvaro. No sólo las de la policía,

también las del resto de Monteperdido. En el informe había referencias a varias peticiones de Joaquín Castán exigiendo su detención. El testimonio de Elisa echó aún más tierra sobre Álvaro. Acompañada por su padre, Marcial Nerín, Elisa prestó declaración en el cuartel de Monteperdido. En el archivo que le había dado Víctor, encontró una transcripción:

—*¿Estuviste con Álvaro esa tarde?*

—*No. Le llamé, pero no vino a verme.*

—*Elisa, tú no tienes la culpa. No has hecho nada malo. Sólo cuéntanos la verdad.*

Sara no pudo evitar un gesto de disgusto mientras leía. El policía que llevaba el interrogatorio exoneraba a Elisa pero daba por hecho que Álvaro había cometido

un delito, algo «malo». Estaba dirigiendo a Elisa hacia donde él quería. No estaba descubriendo la verdad. Más adelante, en el mismo interrogatorio, leyó:

—*¿Qué relación tenías con Álvaro?*

—*Es mi profesor de Historia del Arte.*

—*Y ¿además?*

La declarante se toma unos segundos antes de contestar.

—Te lo preguntaré de otra forma: ¿él te fue a buscar alguna vez fuera del horario del colegio?

—Sí.

—Y fue simpático contigo, ¿verdad?

—Álvaro es simpático.

—Ya no te puede hacer nada, Elisa. ¿De qué tienes miedo? Estás con tu padre y nos conocemos, ¿verdad? ¿Estás tranquila?

—Sí.

—*Entonces, dínos cómo era la relación que tenías con Álvaro.*

—*Estamos enamorados.*

—*¿Eso te dijo que pasaba?*

—*Sí.*

—*¿Alguna vez llegasteis a practicar el sexo?*

En hojas posteriores había un informe médico. En él se constataba que Elisa había tenido relaciones sexuales. A Sara le molestaba la

oportunidad desaprovechada que había sido ese interrogatorio. Elisa estaba declarando que tenía una relación sentimental con su profesor, delante de su padre, guiada por un policía que, entre líneas, no hacía más que afirmar que ese hombre le había hecho daño a Ana y Lucía. ¿Qué valor real tenían las palabras de Elisa? No más que si las

hubiera escrito la propia policía.

Las interrupciones del padre de Elisa se hicieron constantes a partir de ese punto del interrogatorio. «¿Por qué no vais a por ese hijo de puta? Si lo dejáis campar a sus anchas, te juro que no respondo.» «Marcial, por favor, déjanos acabar.» «¿Qué más necesitáis?» «Si te encuentras mal, espéranos fuera.»

El prior de la Cofradía, Marcial Nerín. Sara lo recordaba del día en la Sociedad de Cazadores. Pujante, en un informe, también lo había situado en los alrededores de la casa de Simón Herrera. Fue uno de los instigadores que provocaron el suicidio de la mujer de Simón, Pilar.

Cinco años atrás, cuando la policía interrogó a su hija, su presencia provocó que el

relato de Elisa se quebrara y resultara incompleto. La chica contó que su familia tenía una vieja casa más abajo, cerca de Val de Sacs. Más que un pueblo, Val de Sacs era una pequeña agrupación de casas sobre la carretera que iba de Monteperdido a Barbastro. Deslavazadas, parecía que habían surgido como matojos silvestres, y apenas si habían notado el impacto

del turismo en la zona. Nada que ver con el pueblo de postal que, en sus calles principales, era Ordial. Nadie usaba esa casa, y Elisa y Álvaro la habían convertido en el escenario furtivo de sus encuentros.

El día de la desaparición de las niñas, Elisa le llamó desde esa casa a primera hora de la tarde. Se había saltado las clases para coger el autobús que cada mañana

bajaba a Val de Sacs. Le esperó toda la tarde, hasta que, sobre las ocho, convencida de que Álvaro ya no iría a verla, se fue para poder coger a tiempo el último autobús y volver a casa. El testimonio de Elisa dejaba a Álvaro Montrell sin coartada. Lo lanzaba a una nebulosa de más de cuatro horas en las que nadie estuvo con él ni lo vio. Cuatro horas durante las que

pudo hacer cualquier cosa con las niñas.

Fue detenido. Interrogado.

Quiso enmendar sus mentiras iniciales diciendo que sí había estado con Elisa y que no lo había contado antes porque la chica había bebido demasiado, no se encontraba en condiciones de volver a su casa y tenía miedo a que su padre la descubriera. Intentó proteger a su alumna. Así se refería

siempre a ella. «Su alumna», como si con esas palabras extendiera los brazos y la apartara de su lado. El hombre que llevó ese interrogatorio no le creía. Tampoco cuando Álvaro negó que tuviera relaciones sexuales con Elisa. Pasó dos días en los calabozos de Monteperdido.

Sin embargo, no tenían pruebas suficientes para procesarlo. Ni huellas ni

rastros de ADN en el pinar donde las niñas se esfumaron. Nada que le implicara directamente con la desaparición. Tuvieron que ponerlo en libertad y Monteperdido se sacudió, como un animal malherido. Se lanzó a por quien creían que era el culpable: Álvaro. En los informes, sólo tres días después de su puesta en libertad, Álvaro denunció una agresión a la Guardia

Civil. Joaquín Castán se había enfrentado a él. Le pegó y le amenazó de muerte. La intervención de sus esposas lo evitó. Pero la situación era insostenible. Raquel tuvo una reunión con el encargado de la investigación. Le pidió que le asegurara que Álvaro no le había hecho nada a su hija ni a Lucía. El guardia civil no pudo hacerlo. Estaba frustrado al no ser capaz de

encontrar esa clave que le permitiría llevar a Álvaro a la cárcel. Le recomendó a Raquel que no siguieran viviendo en la misma casa.

Unos días después, Álvaro fue despedido del colegio donde trabajaba. A continuación, dejó el pueblo. El encargado de la investigación fue sustituido meses más tarde. Su sucesor comprobó cómo todos los esfuerzos se habían centrado

en el padre de Ana, dejando de lado otras vías. La teoría de que había sido obra de un forastero fue tomando fuerza. Una persona ajena al valle, quizá vinculada a alguna red criminal, podía ser el responsable. Era una respuesta menos dolorosa, pensó Sara: el lobo viene de fuera, el lobo no es familia.

—¿Por qué nunca hubo una denuncia de abusos a menores contra Álvaro

Montrell? —le preguntó Sara a Víctor mientras recorrían la carretera hacia Posets.

El sargento de la Guardia Civil la miró un instante, sorprendido por la pregunta; llevaban todo el viaje en silencio.

—¿Te refieres a Elisa Nerín?

—¿Hubo más niñas relacionadas con Álvaro?

—No, sólo Elisa. Se

investigó en el colegio
pero...

—Lo sé. Con ninguna
había tenido un trato
especial. Sólo con Elisa.

Habían dejado atrás
Monteperdido. La carretera
escalaba las montañas con
esfuerzo, se retorció en
curva para encontrar la vía
de ascenso. El todoterreno
reducía la velocidad a la vez
que las pendientes se hacían
más pronunciadas. Una

grieta se abría a la derecha de la carretera, un estrecho cañón que se hundía hasta que su fondo se perdía en la oscuridad. A su alrededor, todo parecía tierra firme, los picos de las montañas que antes se elevaban en el cielo ahora se habían convertido en una línea baja de horizonte, como si fuera posible alcanzarlos. Sin embargo, esa grieta junto a la carretera les recordaba la

altura a la que estaban. Sara tenía la sensación de estar sobre una isla flotante. Un enorme trozo de tierra y montañas en mitad del aire.

—Es el barranco de Oscuros de Balced —le dijo Víctor al reparar en cómo la policía miraba esa grieta que se hundía en el suelo—. En verano vienen muchos turistas a hacer descensos... Al fondo corre un riachuelo

que desemboca en el Ésera...

Le sonó reconfortante la explicación de Víctor. La tierra donde estaban ahora se conectaba con lo que ya conocía, el río, el valle.

—Aunque este verano está siendo extraño; se han cancelado la mayoría de las reservas hoteleras — continuó explicándole el guardia civil—. Supongo que salir en las noticias no

es buena publicidad... —Se desviaron por un puente que cruzaba el río—. En diez minutos estamos en Posets —le informó Víctor—. La caseta del negocio de Gaizka está un poco antes de entrar en el pueblo.

Los árboles habían desaparecido. El manto verde que nacía ahora a los lados de la carretera era como la piel del camaleón que intenta camuflar su

verdadera naturaleza. Esa tierra era fría, cruda y hacía casi imposible la vida a tanta altura.

—Elisa Nerín cayó en una depresión —le contó Víctor cuando se salieron de la carretera por un camino sin asfaltar—. No sé si habrás hablado mucho con ella en el hostel. Pero aquello le afectó de verdad. Ni siquiera pudo acabar el curso y dejó el colegio. Su padre no quiso

ponérselo peor y le ahorró el trago de un juicio.

—Quizá porque tampoco había pruebas suficientes para condenar a Álvaro.

—O, quizá, porque quería lo mejor para su hija —le hizo ver Víctor.

Detuvo el todoterreno. Habían llegado al negocio de Gaizka. Era una pequeña casa de madera prefabricada. Un cartel descolorido en el que se podía leer AVENTURA

EN POSETS estaba clavado sobre la puerta.

—Yo debería volver a Monteperdido. ¿Quieres que mande a alguien luego a recogerte?

—En un par de horas —le pidió Sara.

El aire entraba frío en sus pulmones, limpio, como si fuera un líquido que pudiera hacerle daño de tan puro. Oyó las ruedas del todoterreno de Víctor

pisando la gravilla del camino, alejándose. En la puerta de la caseta había aparcado otro coche: una Nissan pickup 4×4. Manchada de barro hasta las ventanillas, con la chapa de un marrón verdoso allí donde podía verse, la puerta del piloto era blanca, quizá la había encontrado en algún desguace y reemplazó a la original. El local de Gaizka

estaba abierto. Sara caminó hacia el interior.

Cuando Álvaro Montrell dejó Monteperdido también rompió todo contacto con sus habitantes. Ni siquiera Raquel sabía adónde había ido. Entre las muchas quejas que Joaquín Castán lanzó contra la policía estaba el hecho de que el único sospechoso del secuestro estuviera ilocalizable. Ahora sabían que, en realidad, no

había estado tan lejos. Como las niñas, Álvaro había seguido al lado de Monteperdido. Le vino a la cabeza la imagen de un perro atado a un poste del jardín de casa. Ladra e intenta escapar pero, cuando la cuerda se tensa, le aprieta el cuello, le asfixia. Resignado, se tumba en el suelo, tan lejos como la cuerda se lo permite. Respira ruidosamente, frustrado.

Al entrar en el local vio a un chaval que estaba cargando una mochila. Había cascos y cuerdas repartidas sobre el mostrador, anillas metálicas. Daba la impresión de que había llenado y vaciado cien veces la mochila y todavía no encontraba la manera de que todo cupiera. Al oír los pasos de Sara levantó la mirada un instante para

volver a centrarse en su tarea.

—¿Buscas a alguien? Te lo digo porque está cerrado —le dijo.

—Soy policía.

Sara le enseñó su identificación. Él no le prestó atención, sólo afirmó con la cabeza mientras intentaba meter un arnés a presión dentro de la mochila.

—Me alegro —le dijo mientras seguía haciendo

esfuerzos con la mochila—. Tengo que irme, ¿sabes? He quedado con un grupo en diez minutos y ya voy tarde...

Era como un ermitaño o un leñador solitario del bosque. Fuerte y huidizo, con el pelo largo, enredado con una barba espesa. Al menos eso quería aparentar Noguera. Sin embargo, la escasa piel que dejaba ver su pelo, todavía tersa, sin

manchas, y su fingida terquedad con la mochila le hicieron pensar que no era más que un disfraz. Todavía no había cumplido los treinta años y trabajaba de guía en descensos para Gaizka. Sólo en verano, matizó. «El resto del año pueden darle por culo», fueron sus palabras textuales. Noguera estaba invitándola a hablar mal de Gaizka, y ella se sentó y

escuchó como si fuera una señorita educada a la hora del té.

—Es un sindiós y un día nos vamos a llevar un susto. ¿Ves el material? —dijo enarbolando unos cables—. Los cabos tienen cien años, no sé la de nudos que les habremos hecho, los mosquetones, coño... si es que no te puedes fiar ni de los cierres...

—¿No se lo has dicho a

él?

—Como el que oye llover. Pero si no tiene ni puta idea de barrancos... —dijo con desprecio.

—A lo mejor deberías dejar de trabajar aquí. Si hay un problema, serás responsable.

—De eso puedes estar segura. Ya puedes llamarlo que, ¿tú lo has visto por aquí? Aparece cuando le sale de los huevos, eso si

aparece. Y cruza los dedos para que esté sobrio. Como tengas algún lío con los clientes, olvídate. —

Noguera dejó caer un gancho metálico al mostrador con un bufido—.

No sé cómo cojones metía Álvaro todo el material en la mochila.

—¿Ya no está aquí?

Una sonrisa pícaro apareció entre la poblada barba de Noguera. Miró a

Sara con el brillo de un niño que ha descubierto el truco del mago.

—Tú estás aquí por él —
murmuró.

Sara fingió que le había descubierto. También bajó su tono de voz, invitándolo a las confidencias.

—No tengo orden de registro ni nada de eso pero ¿te importa si echo un vistazo por ahí dentro?

—Un tío raro, el Álvaro.

No lo vi nunca fuera del local —masculló Noguera. La mirada de Sara era un «¿qué me dices? ¿puedo hacer el registro?»—. Un hilo rojo conecta a aquellos que están destinados a encontrarse...

Sara vio que Noguera levantaba ligeramente las cejas, como si con aquella frase hubiera dejado clara su intención. Después cargó la mochila y metió en una

bolsa todo lo que no había logrado guardar.

—Si llegaste y la puerta estaba abierta, no es problema mío —añadió mientras salía.

Esperó a que el guía saliera del local. Había gente que odiaba a la policía, que la repelía sin razón, y otra a la que le gustaba participar en el trabajo de investigación de esa forma tangencial, como si sus

palabras o acciones se convirtieran en claves con las que desentrañar misterios. «A veces le he visto sacar dos y tres bolsas de basura al día», le dijo una vecina sobre un hombre que investigó hace años. La señora, igual que Noguera, también arqueó ligeramente las cejas y bajó el tono de voz para hacerle esa confesión. «Dice mi sobrina que hacía dibujos raros.

Como satánicos», le confesó un hombre en el caso de la desaparición de un adolescente. No le molestaba la estupidez, aunque sí esa aparente bondad de los que quieren hacer daño.

Pensó que Noguera esperaba vengarse de Gaizka de alguna forma cuando pasó al otro lado del mostrador. ¿Qué quería que encontrase Sara? Por una

puerta lateral se accedía al almacén del local. Encendió la luz. Unos fluorescentes iluminaron viejas canoas, material de escalada; unos trineos se amontonaban en una esquina, sucios de barro. Al fondo, una puerta abierta dejaba ver los pies de una cama. Sara supuso que ésa era la habitación donde había vivido Álvaro. Cruzó el almacén. A su izquierda, en la pared, se desplegaba

una hilera de cascos negros colgados de ganchos.

—¡Fuera de mi casa! —le gritó Montserrat. Raquel dio un paso atrás, trastabilló con el escalón de la puerta y a punto estuvo de caer al suelo. Notó el calor de la vergüenza en sus orejas—. ¡¿A qué has venido?! —le seguía gritando, atrapada en

los brazos de Joaquín, que intentaba contenerla.

Raquel intentó explicarle que quería saber cómo estaban, pero de su boca sólo salió un balbuceo inconexo. En el jardín de su casa estaba Burgos, que dudaba entre acercarse a ella o seguir a Ana, que ya había vuelto al interior.

—¡¡Dile que hable!! —le volvió a gritar Montserrat mientras lograba soltar una

mano de su marido y dirigirla hacia donde antes estaba Ana.

Estúpida, se dijo. ¿Cómo esperabas que te recibiera? Había pensado que a Montserrat le haría bien hablar con Ana. Como si ahora su hija pudiera ser el bálsamo que durante tanto tiempo había sido su amiga. «Somos tu familia», le había llegado a decir en los días más difíciles. Miró a

Montserrat y le pareció una extraña; dejó de escuchar sus palabras, prácticamente un llanto. Hecha un nudo entre los brazos de Joaquín, que le pedía que los dejara solos.

—Sabes que él no debería estar aquí —le decía también.

Raquel no encontraba las palabras con las que explicar lo que sentía. Algo se había roto. Una confianza en la

mirada de la otra. Una paz al verse reflejada en sus ojos. Eso ya no existía. Oyó el sonido del teléfono, la melodía ascendente de su casa.

—¿Quieres que conteste?

—le preguntó Burgos todavía en la puerta.

Ella sacudió la cabeza diciendo que no. Dio la espalda a la casa de Montserrat. El teléfono sonaba cada vez más fuerte.

—Sabes que no deberías haber sido tú —pudo oír antes de salir del jardín.

Una mujer egoísta, desagradecida, ésa era la Raquel que había visto en la mirada de Montserrat. ¿Por qué esa transformación? ¿Qué responsabilidad tenía ella de la suerte? Pero tampoco quiso engañarse. Esa imagen había empezado a atisbarla antes de que Ana volviera. Cuando ella

empezó a pasar más tiempo con Ismael, cuando se fue alejando de la Fundación. Como si Montserrat le reprochara querer vivir.

—¿Estás bien? —le preguntó Burgos al entrar en su casa.

—Sí —respondió ella y sólo entonces se dio cuenta de que el teléfono había dejado de sonar—. ¿Y Ana?

—Arriba —dijo Burgos mientras subía las escaleras.

El dibujante de la policía salió de la cocina.

—He cogido un vaso de agua, espero que no le importe —le dijo mientras iba al salón para recoger sus cosas.

Raquel vio el bloc sobre el aparador de la entrada. El dibujante había hecho un retrato de Lucía siguiendo las indicaciones de Ana. Sin embargo, para Raquel, los trazos del lápiz dibujaban a

una desconocida. El dibujo —una maraña de líneas que buscaban encontrar la forma correcta de su mentón, la inclinación de los ojos, su expresión— tenía un halo fantasmal. Más una aparición que una realidad. Sacó su móvil y le hizo una foto. El dibujante aún estaba en el salón cuando el teléfono empezó a sonar de nuevo.

Quim ya no sabía dónde buscar refugio. Los gritos le perseguían como lenguas de fuego. Cerró la puerta de su cuarto pero aún podía escucharles. Su madre se lamentaba. Su padre hacía promesas, ¿de qué? Daba igual. Quim intentaba no prestarles atención. Eran dos enfermos de la derrota. Adictos a esa miseria. Estaba convencido de que

preferían que fuera Ana la que había vuelto. Así podrían seguir regodeándose en sus lágrimas, como cerdos en el barro. Abrió la ventana de la habitación. A menos de un metro tenía el techo del porche que había en el patio trasero. Saltó y, después, desde ahí bajó al suelo. Era su puerta de atrás. Hubo un tiempo en que la usaba para salir sin ser descubierto. Ahora, nadie le

buscaba. No tenía que preocuparse por que sus padres fueran a su cuarto y lo encontraran vacío. Sabía que no lo harían.

—Eres un acróbata. —Y la voz le sorprendió.

Miró a su alrededor pero no encontró a nadie. Luego, la voz le chistó. Esta vez sí pudo identificar el origen y buscó arriba, en el segundo piso. Ana estaba asomada a su ventana y le sonreía

mientras recorría con una mano su cabeza rapada. Sintió un leve temblor, nervios, se dijo, y se enfadó consigo mismo. ¿Por qué tenía que sentir eso? ¿Por qué tenía que sentir nada? Le daba igual que hubiera vuelto. «Lo siento —pensó—, pero me da igual que hayas salido de entre los muertos.» Sin embargo, no dijo nada. Le dio la espalda y salió de su casa sin

contestarle. Contuvo el paso, aunque le apetecía correr.

Ana se quedó unos segundos en la ventana y vio cómo Quim giraba a la izquierda nada más salir del patio. Pudo ver su silueta entre las maderas de la valla, parpadeando, oscura, hasta que desapareció. No quería volverse. Sabía que, en la puerta, estaba ese guardia

civil, mirándola.
Vigilándola. Y se preguntó
en qué había cambiado su
vida. Si es que lo había
hecho. Las sirenas de la
policía le obligaron a darse
la vuelta.

Gaizka tenía los ojos
hinchados, dos globos
enrojecidos que flotaban
sobre unas bolsas dilatadas
por líquidos. La piel sólo se

tensaba a la altura de sus pómulos y caía sin fuerza por el resto de su cara. Estaba famélico. Los brazos colgaban de su camisa de manga corta como dos ramas secas. Se movía con un balanceo que, a veces, parecía que iba a llevarle al suelo. Ladeaba la cabeza o levantaba los brazos buscando el equilibrio. A pesar de que hacía poco que había cumplido los treinta

años, parecía mayor. «Castigado —pensó Sara—, por demasiadas noches como ésta.» Lo conoció el primer día, en la comisaría de Barbastro, pero entonces Gaizka estaba sobrio. Esta mañana, después de entrar en su local, la policía lo localizó y lo trajo hasta allí. No olía a alcohol. Sólo a humo.

—¿Se encuentra bien?

¿Puede responder a unas

preguntas? —le preguntó Sara acompañándolo al interior.

Gaizka se apoyó con las dos manos en el mostrador, como si por fin hubiera llegado a tierra firme. Murmuró un «sí, claro» y, al levantar la cabeza dibujó una sonrisa idiota. Él mismo debió darse cuenta de lo absurdo de su gesto e, inmediatamente, se echó a reír.

—Perdona... es que... debería dormir un poco o... darme una ducha, ¿huelo mal?

—Le dejaré en un momento. ¿Pasamos al almacén?

—Si no hay más remedio.

Intentó erguirse y seguir a Sara pero el efecto del chino todavía flotaba en su cabeza. Se vio atravesando una nebulosa, apartando telas de araña a su camino. A pesar

de todo, no quería salir. Prefería seguir allí escondido. Lejos de la realidad.

—¿Quién ha estado al cargo de este almacén? — oyó que le preguntaba Sara.

—Álvaro... pero, claro... ahora... creo que ha dimitido.

Y se rió de su propio chiste. ¿Qué más daba Álvaro ahora?

—Cuando vine estaba

abierto y, al pasar, me encontré con esos cascos...

Gaizka levantó la mirada a donde Sara le señalaba. Los cascos que siempre le habían parecido cabezas decapitadas.

—Son para el paintball... eso de pegarse tiros con pintura —se explicó Gaizka.

—¿Cuánto tiempo hace que los tiene?

—No sé... desde que empecé... Fue de las

primeras cosas que hice. El paintball y los paseos en trineo... pero luego me di cuenta de que había que aguantar a los perros en verano y me quité los paseos...

Sara anotó algo en una libreta y salió del almacén. Gaizka sintió el viento a su paso, su perfume alejándose. Y, de repente, se sintió frágil. Aislado. Miró a la policía, asustado.

—De momento hemos terminado. No sé si tendremos que hacer un registro más a fondo —dijo Sara sin mirarle.

Álvaro había estado paseando por Monteperdido durante la mañana. Miraba al suelo e imaginaba que sus pies volvían a hundirse en las huellas que había dejado cuatro años atrás. Se sentía

cómodo en unas calles que habían sido un decorado desenfocado mientras vivió allí. Recordó cuando, de niño, pasaba el verano en un pueblo de Castellón. Al llegar septiembre, volvía a Zaragoza. Entraba en su casa y el pasillo, la cocina, su habitación, le resultaban al mismo tiempo nuevos y familiares. Sabía que había vuelto a casa aunque todo le pareciera extraño. Esa

misma sensación de seguridad, de estar en el lugar al que pertenecía, le acompañaba ahora al recorrer Monteperdido. Compró unos cruasanes en la pastelería de la avenida de Posets y, sin darse cuenta, se descubrió silbando una canción. La misma que le vino a la cabeza cuando pisó por primera vez ese pueblo bajo la nieve: *Fox in the snow*, de Belle & Sebastian.

Bajó por la calle que bordeaba la plaza de la iglesia y recordó la letra: «*Fox in the snow, where do you go to find something you can eat?*» Al llegar al arco que daba acceso a esa plaza interior, se decidió a entrar. Quería volver a ver los muros de esa iglesia. Mientras, traducía para sí mismo la letra de aquella canción: «*Zorro en la nieve. En las calles dicen que te*

estás muriendo de hambre».

¿Cuántas veces se había sentido así? Hambriento, un zorro en la nieve capaz de hacer cualquier cosa por comer, por no quedarse helado.

Cada curso, recordó, hacía una visita con sus alumnos a la iglesia de Santa María de Laude. Sobre la portada había varios relieves. Un perro de cinco patas era el que solía provocar más

comentarios en la clase. El animal estaba entre flores y parecía seguir a una perra. Álvaro dejaba que los alumnos especularan con su significado. Oía lo que algunos decían: «Es el diablo, es un símbolo de fertilidad, ¿seguro que eso son cinco patas?, para mí que lo que le cuelga es otra cosa». Y, a continuación se sucedían las risas, mientras él se alejaba. A la izquierda

de la portada había un crismón. Un criptograma típico del valle en el que las letras griegas X-P simbolizaban el nombre de Cristo. En clase explicaba el origen de esta simbología, remontándose al emperador romano Constantino y a una visión que tuvo en la que, bajo esas dos letras, leyó el lema: «Con este signo vencerás».

«Con este signo

vencerás», se decía Álvaro, dejando ya atrás la iglesia. Cruzó el puente viejo. El agua del Ésera bajaba tranquila de las montañas. Estaba recuperando el control. No sólo de la situación, sino de su vida. Y esta vez no iba a perderlo. Hasta ahora no había disfrutado del presente. Obsesionado con el futuro cuando era joven, marcado por el pasado después.

Siempre hambriento. El «hoy» no había existido nunca para él. Se fue alejando del pueblo. El tramo de carretera que llevaba a su urbanización estaba poblado por la prensa, así que prefirió adentrarse en el pinar donde desapareció Ana, el atajo que usaban para volver a casa desde el colegio. Tenía ganas de llegar y reunirse con Raquel y Ana en torno a la mesa de

la cocina. Compartir los cruasanes, todavía estaban calientes. La luz se teñía de verde bajo las ramas de los árboles. Levantó la mirada a un cielo que las copas tapaban. Le pareció hermoso ese bosque.

Cuando Sara llegó al cuartel, Santiago ya había iniciado el interrogatorio. Antes de entrar vio el rostro de Álvaro

Montrell a través del espejo. Estaba tenso, pero no parecía derrotado. Sobre la mesa había fotos de los cascos de paintball, un dibujo que se había hecho del casco del secuestrador siguiendo la descripción de Ana. La coincidencia era absoluta. Víctor estaba sentado frente al espejo de doble cara. Él había sido el encargado de ponerle las esposas a Álvaro en la

puerta de su casa. Delante de él había una bolsa de una pastelería con cruasanes.

—¿Ha reconocido algo?

—preguntó Sara.

—Nada —le dijo Víctor sin apartar la mirada de la sala contigua.

Sara entró, cogió una silla y se sentó junto a Santiago. Álvaro ni siquiera se movió para mirarla. Seguía con la mirada perdida en un punto indeterminado de la

habitación, como si estuviera repasando mentalmente lo que iba a decir a continuación.

—Si nos ayudas, todo será más fácil —le advirtió Santiago—. Tu hija está a salvo, pero no sabemos qué está pasando con Lucía. Cómo estará.

—Yo no soy el único que tiene acceso a esos cascos —dijo Álvaro como si lo

hubiera repetido ya un millón de veces.

—Estás a cargo del almacén, ¿has echado a faltar alguno?

—Entré a trabajar ahí hace unos cuatro años. Para entonces, quienquiera que lo hiciera ya tenía que haber conseguido el casco.

—Pero habías subido antes al negocio de Gaizka —intervino Sara—. Ya erais amigos.

—¿Vale de algo lo que diga? —Y esta vez, Álvaro sí miró a los ojos a Sara—. Parece que ya me habéis convertido en culpable.

—Lo que parece es que no quieres dejar de serlo —le cortó Santiago—. ¿Por qué no me dices dónde estabas el día que apareció tu hija?

—En mi habitación, en Posets. Ese día no había excursiones. Nadie se pasó

por allí. Así que, perfecto, ¿no? Mi coartada es una mierda—. La frustración empezaba a asomar en la declaración de Álvaro.

—¿Cómo supiste que estaba en el hospital de Barbastro?

—Gaizka me llamó.

—¿Por qué no le habías contado a nadie que seguías en el valle?

—¿Tengo que explicarlo? Toda esa gente se quedó con

la idea de que me había llevado a las niñas. No me quedaron muchos amigos...

—¿Y por qué no te fuiste?

Álvaro miró a Santiago.

Respiró profundamente y murmuró:

—No era capaz de alejarme... por Ana...

—Volvamos cinco años atrás —dijo Santiago rebuscando en un informe que tenía sobre la mesa—. El día de la desaparición.

Entonces tampoco tuviste forma de justificar dónde estabas...

Por un momento, Álvaro volvió a recordar el perro tallado en la iglesia. Las alusiones sexuales que imaginaban sus alumnos. Él sabía que esa interpretación no era correcta. El perro era un símbolo de caza. El principal medio de subsistencia en el valle. La

caza estaba en la sangre de esta gente. Y él era la presa.

—Dijiste que habías estado con una alumna, Elisa Nerín... Sin embargo...

—Ella se inventó un montón de mierda —le cortó Álvaro—. ¿Todavía vamos a seguir con eso?

—¿No te das cuenta de tu situación? —Santiago apartó los papeles de la mesa—. Eres incapaz de decir dónde estabas en el momento del

secuestro y ahora, cuando Ana volvió. Tenías esos cascos a tu disposición... Deja de hacerte el ofendido o, si no, te va a costar mucho salir de aquí.

—Aquel día, fui a verla —empezó a declarar Álvaro—. Elisa había estado toda la noche de fiesta. Se había tomado unas pastillas y todavía no se le había pasado el subidón... Tenía miedo de que su padre la

viera así. No sé si han conocido a Marcial... Yo sólo intenté protegerla.

—¿Por la relación que os unía?

—Eso de que teníamos un lío se lo inventó ella — respondió Álvaro con desprecio.

Sara dejaba que Santiago llevara el interrogatorio. Entre sus manos, bajo la mesa, tenía la bolsa.

Esperaba el momento adecuado.

—¿Por qué iba a inventarse una historia de abusos? —preguntó Santiago—. Si su padre era tan severo, no parece lo más inteligente...

—¿Y quién le ha dicho que siempre hagamos lo más inteligente?

—Es decir, en su opinión, Elisa quería hacerte daño.

—Es posible —murmuró

Álvaro.

—Entonces deberíamos olvidar el testimonio de Elisa. Ella mintió al contar que tenía una relación contigo y que no te vio el día en que desaparecieron las niñas.

—Eso es.

Álvaro miró a los policías; creyó ver confianza en sus palabras. ¿Era la primera vez que alguien admitía su historia?

—Nunca mantuvo una relación con Elisa Nerín. Ni antes ni después —dijo Sara, como si con eso quisiera zanjar el tema.

—Desde luego que no — insistió Álvaro y sintió que su cuerpo empezaba a relajarse.

—Entonces ¿por qué encontré esto en su habitación en Posets?

Sara sacó entonces la bolsa de plástico precintada.

Dentro había una horquilla con un pájaro violeta de fieltro. La puso sobre la mesa y la empujó en dirección a Álvaro.

—Elisa se hace este tipo de horquillas. Son bonitas, la verdad —añadió mientras analizaba la reacción de Álvaro.

—Hace un tiempo... —balbuceó Álvaro—. Un año o así... Elisa apareció por el local. No sé cómo se había

enterado de que estaba ahí...
Hablamos un momento. Le dije que no quería volver a verla... Cuando se fue, vi que se había dejado esa horquilla, a lo mejor se le cayó...

—Y en esa conversación —continuó Sara—, ¿no le pidió perdón por haber mentado en su testimonio?

—Sí —dijo Álvaro, consciente de lo amañada que parecía la situación.

—Qué oportuno —sonrió Sara—. Entonces no habrá problema en que hablemos con ella. Si esta vez confirma tu historia, habrás conseguido tu coartada.

Álvaro se tensó. Estaba cansado de esa persecución. Las mismas sospechas, el mismo cinismo de hace cinco años. Otra vez sobre él. Clavándose como lanzas en su cuerpo.

—¿Van a dejarme

detenido? —preguntó.

Raquel se dejó caer en el sofá, la mirada perdida en el suelo. Tenía un vacío en el estómago que le hacía sentirse mareada. Burgos se acercó a ella, la cogió de la mano. Le habría gustado soltarse con brusquedad pero no tenía fuerzas. Era una muñeca de trapo, deshilachada. En su cabeza

aún rebotaba el eco de las sirenas de la policía. Sabía que su deber era ir a la cocina, al lado de su hija. ¿Por qué no se atrevía a preguntárselo directamente? ¿Fue tu padre quien os hizo daño?

Ana se levantó enfadada y, al hacerlo, tiró al suelo el plato. El trozo de *candimus* se desparramó por el suelo,

las natillas dejaron un rastro aguado. La porcelana del plato bailó sobre las baldosas con un ruido agudo hasta que quedó tumbada.

—¿Así es como van a encontrar a Lucía?! —gritó—. ¿Deteniendo a papá?

Burgos salió tras la chica que corría escaleras arriba.

—Sólo tenían que hacerle unas preguntas, Ana —le dijo el guardia civil—. No lo han detenido.

—¡Pero no le dejan venir a verme! —gritó otra vez ella.

Abrió la puerta del baño y entró. Burgos se detuvo ante el portazo.

—Déjame respirar —oyó que la chica decía al otro lado de la puerta.

Estuvo a punto de salirse de la carretera. Las ruedas pisaron el estrecho arcén de

tierra. A su derecha, protegido por un pequeño quitamiedos, se abría un barranco. Gaizka hizo lo posible por concentrarse en la carretera. Tenía que atar corto sus miedos. No había tráfico. Las medidas de control de la policía habían parado en seco el flujo de turistas. La mayoría se había quedado en la parte baja del valle, en Ordial o en Val de Sacs. Sólo unos pocos

mantenían sus reservas en Monteperdido. En comparación con el verano anterior estaba haciendo mucho menos negocio. Noguera le había llamado quejándose. El guía trabajaba a comisión. «Que se joda», pensó Gaizka. Estaba llegando al hotel de La Guardia. La carretera se iba estrechando conforme se elevaba igualándose con el pico de la Kregüeña para, al

dar la última curva, descubrir el hotel en la falda de la montaña y convertirse en un camino de tierra que moría en una explanada que hacía las veces de aparcamiento. Era el lugar habitado más alto del valle. Vieja parada de peregrinos, Serna lo había convertido en un hotel de lujo.

Gaizka se encontró con Serna en el mirador. A unos doscientos metros del hotel,

el cortado de la montaña se convertía en un lugar privilegiado para mirar el valle desde la altura. Ahí abajo se iban desperdigando los pequeños núcleos urbanos: Posets, Monteperdido, Ordial... El río Ésera era una cremallera serpenteante que unía cada uno de los puntos.

—La policía está yendo puerta por puerta. Tengo que hacer algo —le dijo Gaizka

a modo de saludo. Serna lo miró con un gesto de sorpresa—. Paso de saludos y de comentarios de mierda sobre lo bonito que se ve el valle. Estoy agobiado de verdad, Serna.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Necesito salir del valle. Hasta que la cosa se calme. Tú tienes naves en Barbastro... Déjame que use una...

—Siempre has sido un desastre negociando, Gaizka —le dijo Serna—. En momentos así se empieza diciendo qué gano yo con ayudarte... A mí qué más me da que tú estés acojonado...

Gaizka se apoyó en el balcón del mirador. La verdad era que la vista le hacía sentir poderoso. Como si pudiera atrapar en un puño

a toda esa gente que se movía por el valle.

—Creo que habías perdido esto —le dijo Sara acercándole la bolsa con la horquilla.

Elisa cogió la bolsa y miró con detenimiento el pájaro violeta. Ojos grandes, como huevos, alas extendidas. Pico rosado. Cuando hizo el gesto de

abrir el cierre hermético,
Sara la detuvo.

—Todavía no te lo puedo
devolver.

—¿Por qué? —preguntó
Elisa. Miraba sobre los
hombros de Sara, en la
recepción del hostel, como si
temiera que alguien entrara
y pudiera descubrirlas.

—¿Desde cuándo sabías
que Álvaro Montrell estaba
en Posets?

Elisa se encogió, escondió

las manos en los puños de su jersey y miró a los lados, encerrada tras el mostrador, buscando una salida.

—Yo no tengo nada que ver con él.

—Tranquila, Elisa —le dijo Sara cogiéndole la mano—. Sólo quiero saber si subiste a verlo.

Era como una hierba azotada por el viento. A punto de quebrarse, pensó Sara, pero también flexible.

Capaz de soportar las embestidas.

—Unos turistas que subieron a hacer una excursión me hablaron de él. Hace cosa de un año. Ellos no sabían quién era —dijo Elisa—. Subí a verlo una noche.

—¿Por qué?

—¿Sabes lo que me hizo?

Y los ojos esquivos de Elisa se clavaron en Sara. No había ira, había

seguridad. Esa que se había esfumado desde sus imágenes de adolescente.

—¿Qué pasó allí?

—Le dije que se fuera del valle. Que si no lo hacía, le contaría a todo el mundo dónde estaba.

—Pero no lo hiciste. ¿Por qué?

—Tuve miedo.

La fragilidad había vuelto a dominarla. Sara tuvo la impresión de que dos

mujeres diferentes se alternaban bajo la piel de Elisa. Prevalecía la chica débil y dócil. Pero, a veces, la otra Elisa se dejaba ver. Aunque sus apariciones eran como relámpagos, parecía estar al mando. Ser capaz de conducir a la Elisa dócil adonde quisiera.

—¿Y ahora? ¿Vuelves a tener miedo? —le preguntó Sara.

La armería Nerín estaba en los bajos de un edificio de tres alturas que hacía esquina en la plaza del Ayuntamiento. El tintineo de unas campanillas colgadas sobre la puerta se extendió por el local cuando Santiago entró. Las estanterías de las ventanas, donde se mostraban las armas, impedían la entrada de luz natural y la tienda se

quedaba en una penumbra apenas mitigada por un fluorescente amarillento que había sobre el mostrador.

—¿Hola? —dijo Santiago acercándose al mostrador. Esperó que alguien respondiera pero nadie lo hizo.

Miró a su alrededor y no tardó en darse cuenta de que ese negocio vivía sus últimos días. Las armas y los complementos de caza que

llenaban las estanterías parecían recién sacados de viejos baúles, como si hubiera entrado en una almoneda. De repente se sintió incómodo: al final del mostrador, una anciana en silla de ruedas le estaba mirando. Santiago sonrió nervioso.

—Hola... ¿Está Marcial Nerín?

La mujer no contestó. Sus ojos seguían clavados en él,

aunque ahora tenía la impresión de que su mirada le atravesaba, se perdía más allá. Dio unos pasos hacia un lado, apartándose de la línea que trazaban sus ojos y la mujer no reaccionó; permaneció inmóvil en la silla de ruedas. Santiago pensó que podía ser ciega pero Marcial le sacó de su error.

—No se entera de nada —
le dijo al salir de una

pequeña habitación que había tras el mostrador—. Tiene alzhéimer desde hace tres años. En unos meses empezó a olvidar cosas, a no reconocer a la gente... y la dejó así. Todavía hace el *disná*...

—«La comida» —tradujo la expresión Santiago—. Lo siento, ¿es su madre?

Marcial afirmó, algo incómodo al darse cuenta de

que Santiago entendía el *patúes*.

—*Charré prou mal el patués* —le dijo el inspector—. Preferiría que habláramos en castellano.

Marcial Nerín se acercó a su madre para recolocarle una manta que le cubría las piernas. Al ver cómo se movía, Santiago volvió a pensar en un animal, un jabalí, andando entre los árboles del bosque. Trataba

con delicadeza a su madre, una bestia que intenta no hacer daño a un bebé con sus dedos torpes.

—Estamos haciendo una serie de preguntas rutinarias a todos los vecinos, ya lo sabe. —Marcial afirmó con una mirada desconfiada, como si tuviera que hacer esfuerzos para callar lo que pensaba de esa decisión de la policía—. Es el protocolo. Si lo recuerda, necesito que

me diga dónde estaba cuando las niñas desaparecieron y, también, el día en que apareció Ana.

—Ya le dije a la policía que estuvo aquí hace cinco años dónde estaba.

—¿Y le importaría repetírmelo?

—Aquí, en la armería. Estaba *treballando*.

Santiago apuntó en una libreta y le sonrió, como si

esos datos no tuvieran ninguna importancia.

—¿Hay mucha caza en Monteperdido?

—Corzos, sarrios, ciervos, jabalíes... No nos podemos quejar.

—Es una fuente de ingresos para el pueblo. Las licencias de caza, las armas —le dijo Santiago señalando a las estanterías de la tienda.

Marcial entendió al policía y, mientras ordenaba

una caja de cartuchos que había sobre el mostrador, se vio obligado a reconocer que él no se beneficiaba en exceso de ese auge de la caza. La mayoría de los cazadores compraban en la ciudad, en tiendas especializadas con las que él ya no podía competir.

—En cuanto me salga un traspaso, dejo el negocio, que ya son muchos años — terminó Marcial.

—¿A su hija no le interesa seguir con él? —El gesto suspicaz de Marcial encontró la sonrisa de Santiago, que insistió en aparentar que se había desviado a una conversación banal—. Mi compañera y yo estamos quedándonos en el hostel La Renclusa... donde trabaja Elisa... Supongo que llevar este negocio es mejor que estar limpiando habitaciones.

—Los hijos quieren hacer cualquier cosa menos lo mismo que sus padres — respondió seco Marcial.

—Mi padre era abogado y le puedo asegurar que no hay nada que me guste menos que un abogado — bromeó Santiago, para luego, sin perder ese aire de camaradería, añadir—: Anda que no me cayeron guantazos por no seguir con su despacho.

—Era otra época —cortó seco Marcial.

Marcial dejó de ordenar cosas tras el mostrador y fijó su mirada en Santiago. Serio, sin esconderse, como si estuviera retando a que le hiciera la pregunta que el policía llevaba en la cabeza. Las sombras y las finas arrugas de su piel dibujaban un extraño galimatías en su rostro animal.

—Todo esto no tiene nada

que ver con el protocolo,
¿verdad? —dijo al fin
Marcial rompiendo el
silencio.

—No ha debido ser fácil
sacar adelante a una hija
usted solo.

—Nunca es fácil sacar
adelante a una hija.

Santiago afirmó,
comprensivo. Tras
carraspear, como si le
costara hablar del tema

cuando, en realidad, no le costaba lo más mínimo, dijo:

—Estamos revisando los archivos de la investigación, y entre esas diligencias, la relación que había entre Álvaro Montrell y su hija.

—Ese desgraciado se aprovechó de una niña. No sé qué más puedo decirle. Que no me gusta verle otra vez por el pueblo, como no le gustaría a ningún padre

que haya vivido lo que yo viví.

—Pero no hubo suficientes pruebas como para llevarle a juicio; me refiero a la relación con su hija: no quedó demostrada.

—Una cosa son las leyes y otra la vida. No me diga que no lo sabe.

—De sobra —le concedió—. Pero para eso estamos aquí: para que las leyes se

parezcan lo más posible a la vida...

—Cuando vea a Álvaro en la cárcel, me lo creeré.

No podía culparle por su rencor. Santiago había pasado muchas veces por esto: padres que ven con impotencia cómo los monstruos que hicieron daño a sus hijos conseguían escapar gracias a los laberintos judiciales. El policía le admitió una

victoria a Marcial con su silencio pero, antes de marcharse, añadió:

—Se me olvidaba; también necesito que me diga dónde estaba el día en que encontramos a Ana.

—Estaba en Barbastro. En el hospital. Mi madre está en diálisis y tengo que bajar todas las semanas un par de días.

Santiago miró a la madre de Marcial; consumida por

las enfermedades, en la silla de ruedas, resistiéndose a la muerte como el culpable que insiste en su inocencia cuando todas las pruebas están en su contra.

Sonó un tono en su móvil, pero no le prestó atención. Montserrat seguía perdida en una espiral de sentimientos que detestaba. No conseguía desprenderse de ellos:

envidia, rencor, rabia... y una sensación de superioridad que intentaba sacudirse. Joaquín hablaba por teléfono sin cesar. Llamaba a la policía y, cuando no le contestaban, marcaba el número de los agentes del cuartel, uno a uno, hasta que supo que Álvaro había sido puesto en libertad. Eran dos estúpidos exigiendo su trono. De eso intentaba convencerse

Montserrat. Cogió el móvil para subir a su habitación y dormir. Lo usaba como alarma. Entonces vio el mensaje. Pensó que se trataría de una disculpa de Raquel. Dudó si abrirlo. Una foto ocupó la pantalla del móvil. Un dibujo a lápiz. «Es tu hija —le había escrito Raquel—. Seguro que pronto podrás abrazarla.»

Montserrat fue incapaz al principio de agrupar los

rasgos del retrato. Salían disparados, desconectados. Una melena larga y lacia le caía sobre los hombros y trataba de apresar su cara. Los ojos achinados, ligeramente caídos en sus extremos; una nariz fuerte que le recordó a la de Joaquín, como el mentón, algo prominente; los labios arqueados en una sonrisa suave y que pensó que era una licencia del dibujante,

¿qué motivo tenía Lucía para sonreír? Montserrat se agarró al pasamanos de la escalera mientras todos esos elementos daban vueltas en su cabeza y buscaba la manera de encajarlos.

—Joaquín —dijo—, es Lucía.

Y le tendió el móvil para que viera la fotografía.

Las paredes de la casa estaban plagadas de retratos de Lucía, sus sueños

también, ¿cómo iba a reemplazar la imagen de su hija por ese fantasma de lápiz?

Estaba anocheciendo. Quim estaba descalzo, los pies en la orilla del río. La corriente le provocaba un cosquilleo en la planta de los pies. Dio una calada a su peta y se lo pasó a Ximena.

—¿La has visto? —le

preguntó ella después de aspirar con fuerza.

—De pasada —le dijo Quim sin apartar la mirada del agua.

—¿Cómo es?

Quim se encogió de hombros. Pensó en Ana, asomada a la ventana de su cuarto. «Eres un acróbata», le había dicho. Recordar esa palabra le provocó una sonrisa. Acróbata. ¿Quién dice eso? Era una palabra

absurda para una niña que fue secuestrada con once años. ¿Cómo la había aprendido? Quizá la había imaginado como una pequeña salvaje. Una enorme melena despeinada, hablando a base de gruñidos. Comiendo con las manos y la piel sucia de barro. Un animal del bosque.

—Eh —Ximena le dio un codazo—, que te quedas

colgado —le dijo con una sonrisa.

—Ostia, es este hachís. No sé de dónde lo sacará Gaizka, pero no veas lo que sube...

—¿Que cómo es Ana? —le insistió Ximena.

—No sé. Normal.

Ximena soltó una carcajada. Quim la miró sin entender su risa.

—Después de cinco años secuestrada, va y resulta que

es normal —consiguió decir Ximena cuando pudo contener su risa.

La recepción estaba vacía. Dio unos timbrazos y el sonido se extendió como una silenciosa corriente eléctrica por el hostal La Renclusa. Esperó hasta que oyó unos pasos bajando las escaleras. Elisa se quedó parada al entrar en la recepción.

—Álvaro —murmuró—,
¿qué haces aquí?

—No me dejan volver a
mi casa. Necesito una
habitación.

Vas a tener el control, se
dijo Álvaro. Esta vez nadie
te va a quitar lo que te
pertenece. En una cacería la
presa tiene dos opciones:
huir o matar al cazador. Ya
había intentado hacer lo
primero y había comprobado
que no valía de nada. Huir

una vez sólo te forzaba a seguir huyendo siempre. En Monteperdido se sentía más seguro. Conocía los hábitos del resto de los animales. Podía combatirlos.

Subieron en silencio al segundo piso. Elisa caminaba delante. Él llevaba a la espalda un pequeño macuto con ropa. Esperó a que Elisa abriera la puerta de la habitación.

—¿En qué planta están

los policías? —preguntó Álvaro.

—En la tercera —le dijo Elisa rehuendo su mirada—. El desayuno es de ocho a...

—¿Por qué no pasas? —le dijo Álvaro cogiéndola del brazo—. Me gustaría hablar contigo.

Elisa tembló. La presión de la mano de Álvaro en su brazo irradiaba una ola de calor por todo su cuerpo. Se

sintió sucia al darse cuenta de que se excitaba.

—Pasa —le insistió Álvaro.

Y la empujó suavemente hacia el interior. Él entró detrás, cerró la puerta a su espalda y no encendió la luz. El resplandor de una luna amarillenta, tapada por nubes, era toda la iluminación que había.

—La policía ha estado

preguntándome por nosotros
—le dijo Álvaro.

—También han hablado
conmigo —murmuró Elisa.

Álvaro se acercó a ella.
Elisa podía sentir su
respiración caliente.

—¿Y qué les has dicho?

—Que me das miedo.

Elisa levantó la cabeza y
su mirada se clavó en
Álvaro. En sus ojos azules y
en su pelo blanco, que le
caía sobre la frente como la

espuma de una ola. Luego Elisa sonrió.

—Y es verdad —le dijo ella.

—Tienes que contarles la verdad. —Álvaro quiso que no sonara como una súplica.

—¿Y cuál es la verdad?

—Elisa, por favor: ¿no te parece que el juego ya ha durado bastante?

—A mí todavía me divierte —le contestó.

Álvaro se apartó de Elisa.

Dio unos pasos, cabizbajo, y se sentó en la cama.

—No me dejan acercarme a Ana —dijo con la cabeza hundida entre sus manos—. No puedo tocar a mi hija, ni hablar con ella. Y me necesita, ¿es que no te das cuenta?

Cuando Álvaro levantó la cabeza tenía los ojos bañados en lágrimas y Elisa pensó en cómo el verano

deshacía los glaciares de la montaña.

—No llores, por favor. —
Le dolía verle así.

Elisa se acercó a él, se puso en cuclillas, las manos sobre las rodillas de Álvaro.

—Es una mierda —dejó escapar Álvaro. Intentó secarse las lágrimas—. Ayúdame.

Elisa le acarició la cara. Álvaro puso su mano sobre la de ella. Suavemente, la

guió hasta su pecho. Cuando se la soltó, Elisa descendió con una caricia hasta su vientre. Él la cogió de la barbilla, le levantó la cara y acercó su boca. Notó la respiración entrecortada de Elisa al besarla. Temblaba como una niña asustada. Al separar sus labios vio que estaba llorando.

—¿Estás asustada? —le preguntó.

—Estoy feliz —dijo ella.

Álvaro tumbó a Elisa en la cama. Sin dejar de mirarla a los ojos, desabotonó su rebeca, le quitó la camiseta y después, el sujetador. Besó la piel bajo sus pechos. Ella suspiró. Una fina lluvia moteaba el cristal de la ventana. Una lluvia silenciosa.

El parabrisas oscilaba con amplios intervalos. No había

dejado de llover desde la noche anterior. Una lluvia invisible que humedecía el suelo y los cristales, pero que al caminar bajo ella apenas si mojaba. Sara conoció la decisión de Víctor cuando, por la mañana, fue Telmo a recogerla al hostel en vez de él.

—Es que está río arriba con la gente de la Cofradía —le informó el agente.

Mientras perdía la mirada por la ventanilla, Telmo le contaba por qué Víctor había requerido a todos los efectivos de la Guardia Civil para desbrozar el río. De momento, la lluvia era suave pero el parte preveía tormentas en los próximos días.

—¿Y sólo puede hacerlo la Guardia Civil? —le preguntó Sara.

—También está la

Cofradía. Aquí todos arrimamos el hombro — añadió orgulloso.

Era extraño hablar con Telmo. Su físico, extremadamente común, no encajaba con su voz profunda y grave, como la de un locutor radiofónico, y Sara, cada vez que lo escuchaba, lo miraba desconcertada, como si esperara descubrir el truco en algún momento; el

hombre que realmente tenía esa voz y que se escondía tras el agente de la Guardia Civil.

Dejaron a la derecha el desvío a Posets. Siguieron ascendiendo por la carretera hasta tomar un camino de tierra que les acercaba al margen del río. Atravesaron un bosque de abedules. «Aquí, si no lo hacemos nosotros, no viene nadie a

hacerlo», le había dicho Telmo.

—Ahora, todo se ve muy verde y muy agradable, pero no sabes lo difícil que se hace vivir en este pueblo en invierno. Tienes dos o tres metros de nieve. La carretera cortada. Hay veces que no puedes ni abrir la puerta de tu casa... O alguien te echa una mano o lo tienes mal.

Detuvo el coche junto al río. Unos metros más arriba,

unas treinta personas trabajaban a ambos márgenes. Conforme se acercaba, el ruido de las desbrozadoras se hacía ensordecedor. Bolsas de basura repletas de ramas y matojos se acumulaban en la parte de atrás de una camioneta de la Cofradía. Tenía un escudo pintado en la puerta, una estrella de ocho puntas bajo la que se leía SANTA MARÍA DE LAUDE.

Recordó el símbolo de los platos para el café de la Sociedad de Cazadores. Poco después pudo ver el todoterreno de Víctor. Marcial Nerín se afanaba junto a otros en sacar piedras del río. Tapados por los árboles, la lluvia sólo era perceptible en la superficie del río, arañada por las gotas. Tuvo que gritar para hacerse oír. Marcial, con un gesto, le señaló un poco más

arriba, donde el río se estrechaba bajo la presión de la vegetación. «Víctor está por ahí», le dijo después. Vio a Rafael Grau, el hermano de Montserrat. También otras caras con las que se había familiarizado a través de los informes. Todos los agentes de la Guardia Civil trabajaban en la limpieza del río. Víctor se esforzaba en desbrozar la ribera y no ocultó un gesto

de sorpresa al ver a Sara acercarse.

—¿Vienes a echar una mano? —le preguntó con media sonrisa.

—Te he estado llamando —le contestó Sara.

Víctor, en lugar de responder, prefirió seguir con su tarea. Se metió en el río. El agua le llegaba hasta la cintura. Sara hacía lo posible por convencerle.

—Si necesitáis limpiar

esto, estupendo. Que venga el Seprona o quien se encargue del río. Pero no puedes hacer desaparecer a todos los agentes.

—Burgos sigue en la casa de Ana —le contestó Víctor mientras sacaba bolos sueltos del cauce que otros se encargaban de llevar lejos.

Sara se había propuesto no tensar la situación más de lo necesario, pero le costaba

controlar su rabia. Hasta ahora habían mantenido el pueblo bajo un control estricto. Un control que se había esfumado con una lluvia absurda.

—Saca a tu gente de aquí. Los necesito abajo, en el pueblo, recogiendo testimonios, procesando las pruebas del refugio. ¿Y la carretera de acceso al pueblo? ¿Quién está en el puesto de control?

—Ahora mismo, nadie —
le dijo el sargento.

—¿A qué estás jugando, Víctor? No eres tan idiota, ¿verdad? ¿Quieres que te suspendan o algo así? ¿Es eso?

Víctor seguía entre las aguas del río. Su chubasquero estaba oscurecido por el agua. Luego perdió su mirada cauce abajo.

—No tienes ni idea del

daño que puede hacer este río. Lo que a ti te parece una estupidez es lo que nos mantiene vivos en el valle.

El guardia civil salió del río arrastrando agua a la orilla.

—¿Y tú? —le dijo Sara —. ¿Sabes que gracias a ti es posible que nunca encontremos a Lucía?

—Lo que nadie quiere es encontrarla muerta, Sara. Las lluvias van a ser más

fuertes. Si no limpiamos el río, se desbordará. Aquí sabemos bien lo que eso significa. Y no queremos que vuelva a pasar. Si quieres, llama a tus superiores. O al ministro de Defensa. Me da igual. Yo no me voy a ir de aquí hasta que el pueblo esté seguro...

Víctor se alejó sin esperar su respuesta. Se mezcló con el resto de la gente, hombres de la Guardia Civil y de la

Cofradía. Sólo unas pocas mujeres. Entre ellas Sara reconoció a Caridad. Verla rodeada por los vecinos del pueblo la sorprendió al principio y, después, la tranquilizó. Había llegado a pensar que esa pequeña mujer con la que a veces se encontraba y hablaba era un fantasma. Y, ahora, estaba allí, entregada y trabajando junto a los demás como si fuera parte de la colmena.

Cuando volvió al cuartel, Elisa la estaba esperando en su despacho. La vio sentada, de espaldas a la puerta. Jugeteaba con un bolígrafo, tamborileando sobre su mesa, y se preguntó qué rostro de la chica vería hoy.

—¿Elisa? —le dijo Sara al pasar.

—Perdona que haya pasado —contestó Elisa—.

No había nadie en el cuartel y...

—No importa. —Sara echó un vistazo a su mesa. El caos de papeles le hacía imposible descifrar si la chica había tocado algo—. ¿Ha pasado algo?

—Quiero contar la verdad —le dijo ella.

Sara se dejó caer en su silla. Fingió sorpresa y le sonrió.

—¿No la habías contado

ya?

—Todo lo que dije de Álvaro era una sarta de embustes.

—¿Te importa? — preguntó Sara poniendo en funcionamiento su grabadora.

Elisa se quedó mirando el aparato un instante antes de seguir hablando.

—No, claro —le dijo saliendo de ese breve ensimismamiento.

Llevaba una camiseta de tirantes ceñida. Se había recogido el pelo hacia atrás con esas horquillas artesanales que ella misma se fabricaba. La cara despejada. Los ojos oscuros. La duda había desaparecido. Elisa había tomado el mando de Elisa.

—¿Por dónde quieres que empecemos? —le preguntó Sara.

—Cuando Ana y Lucía

desaparecieron, Álvaro estaba conmigo —le dijo sin vacilar.

Sara prefirió guardar silencio unos segundos. Esperar. Dejar que un ruido blanco rodeara a Elisa. Quería poner a prueba esa aparente seguridad.

—No es eso lo que contabas hasta ayer mismo —le dijo Sara.

—Tú me hiciste darme

cuenta de que no podía seguir así.

—Gracias, pero no sé si me merezco tanto mérito.

—De verdad. Te lo debo a ti.

—¿Me puedes contar qué pasó entonces aquel día?

—Esa noche había salido. Estuve primero en Monteperdido y luego, bajé a Val de Sacs. Estuve bebiendo y también me metí unas pastillas. Dos o tres,

creo. Me amaneció estando de fiesta y, luego, seguí. Cuando eran las tres de la tarde o así, empecé a agobiarme. No me bajaba. Mi padre había pasado la noche en Barbastro por no sé qué de mi abuela, por eso pude salir... pero ya tenía que estar de regreso al pueblo. Y yo también. Me dio miedo volver a casa... Estaba demasiado colocada... Por eso llamé a

Álvaro. Para que viniera a buscarme a mi casa de Val de Sacs y me ayudara a ponerme bien...

—Y, según tú, ahora resulta que sí fue.

—Estuvo conmigo un par de horas. Hasta que nos peleamos. Me acercó a la parada del autobús y se fue...

—¿Qué pasó en esas dos horas?

Elisa Nerín escondió la

mirada, pero no era un gesto de vergüenza porque se viera obligada a contar algo oscuro, sino el gesto pícaro de una adolescente que se divierte con su mentira.

—Yo quería acostarme con él —acabó diciendo—. Estaba enamorada de Álvaro desde que llegó al instituto. No me lo podía quitar de la cabeza. Con todo lo que había tomado esa noche, se me olvidaron los reparos...

Y me puse muy pesada...
Hasta que él se enfadó y me
llevó al autobús.

—¿Nunca tuviste nada
con él?

—Ojalá. —Sus ojos
brillaron con la ilusión de lo
imposible—. Cuando me
enteré de que seguía aquí, en
Posets, subí a verle... Le
pedí perdón por todas las
mentiras que había contado.
Yo solo quería que me
quisiera... Pero... llegué a

pensar que me odiaba. Y no volví a ir...

—Le hiciste mucho daño.

Elisa se encogió de hombros. Se sentaba erguida y había empezado a mirar el despacho como si ya le aburriera la conversación.

—Me daba mucha rabia que pasara de mí... y pensé: ahora te vas a enterar. Era un cría. —Pero ni ella se creyó esa justificación.

—Está bien. Eras una cría

—le concedió Sara—. Y, a lo mejor, las cosas fueron más lejos de lo que esperabas. Las niñas no aparecían, todo el mundo se volvía contra Álvaro... ¿ni siquiera entonces pensaste en contar la verdad?

—¿Conoces a mi padre?

—le preguntó Elisa. Había vuelto a concentrarse en Sara. No era capaz de hablar de Marcial con esa aparente

intrascendencia—. No podía echarme atrás.

—¿Todavía sigues enamorada de Álvaro?

—¿Eso qué más da? — Sara guardó silencio. Dejó que Elisa se viera obligada a seguir hablando. Había notado que, cuando se mostraba así, decidida y juguetona, el silencio le molestaba, como si fuera un agujero por el que podía hundirse y reaparecer su otra

personalidad, frágil y aterrorizada—. Sí, todavía le quiero. Y supongo que será así para siempre —añadió, con urgencia por tapar el vacío.

Sara se levantó y se acercó a la ventana de su despacho. Desde allí podía ver el pinar en el que se habían llevado a las niñas. La lluvia parecía más intensa. Se estaban formando algunos charcos

en la tierra que rodeaba el cuartel. Si no paraba pronto, se iba a convertir en un lodazal.

—¿Puedo irme? — preguntó Elisa—. Tengo que volver al hostel.

—Claro —le dijo Sara sin volverse a ella. Una sensación incómoda se estaba apoderando de la policía. Pegajosa. Como si estuviera andando sobre algo sucio, putrefacto. Acompañó

a Elisa hacia la salida—. Gracias por contarme todo esto.

—No quería que Álvaro volviera a pasar por lo mismo —le dijo ella levantándose.

—Has hecho bien, pero no sé si será suficiente.

Elisa se detuvo en el umbral de la puerta. La mano en la espalda de Sara la animaba a salir pero ella se resistía.

—¿Cómo que no será suficiente? —le preguntó.

—Cambias tu testimonio después de cinco años. Es mucho tiempo. De repente, es idéntico al de Álvaro. Un hombre del que estás enamorada. ¿Cómo puedo saber que lo que estás diciendo ahora no es mentira? Yo te creo, pero no soy la única en esta investigación...

—Pregúntale a Gaizka.

Habla con él.

—¿Qué tiene que ver? Le dio trabajo a Álvaro estos años...

—La noche ésa... estuve con él. Con Gaizka. Se fue un poco antes de que llegara Álvaro pero sabía que él iba a venir... Luego, desde la ventana, vi que su coche seguía aparcado delante de la casa... Tuvo que ver a Álvaro.

La lluvia se había convertido en un telón blanquecino que envolvía Monteperdido y, a pesar de que aún no había anochecido, le daba al pueblo un aire espectral, como si estuviera bajo una noche ártica. Carretera abajo, la lluvia era menos intensa. Joaquín Castán miraba por la ventana de la pensión cómo el agua golpeaba el capó de su

coche. Imaginaba el ruido, pero dentro de la habitación sólo había silencio.

—¿Quieres tomar algo?

—le preguntó Virginia Bescos mientras abría el minibar—. No hay vino. Sólo ginebra y whisky.

—No quiero nada —le contestó Joaquín sin apartarse de la ventana—. Tengo que volver a casa.

Había engordado, aunque seguía siendo delgada.

Llevaba una camiseta con el dibujo de una mariposa en el pecho. Joaquín recordaba habérsela visto puesta y también pensó que le sentaba mejor antes. Virginia se había teñido el pelo de rubio, quizá intentando retener una juventud que se le escapaba entre los dedos. Las raíces negras se habían hecho evidentes. «Antes era más presumida», pensó Joaquín.

Cuando se conocieron, Virginia no se habría presentado sin pasar por la peluquería, sin estrenar ropa nueva.

—¿Cuánto hace? — preguntó Joaquín—. ¿Dos años?

—¿Vamos a perder el tiempo con reproches? —le contestó ella, sentada en la cama.

—¿Qué más tenemos que

decirnos, aparte de reproches?

—Dímelo tú —le dijo la periodista—. Te puse el mensaje, pero estaba convencida de que no querrías verme.

—Me dejaste tirado.

—No eres el centro del universo, Joaquín —le dijo ella—. A los demás también nos pasan cosas.

—¿Tú has perdido a una hija? —preguntó él molesto.

—Sólo el trabajo —le contestó Virginia—. Hicieron un ERE en el periódico. Nos pusieron en la calle con una indemnización de mierda. Llevo dos años rompiéndome la cabeza para pagar la hipoteca... A lo mejor tenía que haberte llamado, pero ¿qué iba a ofrecerte?

Sólo dos años sin verse, pero parecía que habían

pasado muchos más para ella. Por un momento pensó en cómo le habrían afectado físicamente a él los cinco años que llevaba tras el rastro de su hija. ¿También se había transformado en otra persona?

—Llevo dos años sin publicar una noticia. Ya tengo cuarenta y seis años. Si el periodismo está hecho un desastre, no te cuento para la gente de mi edad.

Hace tiempo, cuando Joaquín se dio cuenta de que el trabajo de la policía no era suficiente para encontrar a Lucía, recurrió a la prensa. Dio entrevistas, hizo reportajes en su casa, publicó fotos de familia. En ese peregrinar conoció a Virginia Bescos. Trabajaba en un periódico, pero también tenía amigos en la televisión. Ella fue la que le dio acceso a los platós. Le

animó a crear la Fundación.
A convertir el nombre de su
hija en el estandarte de todas
las niñas desaparecidas.

—¿Y la televisión? —le
preguntó Joaquín.

—Deben verme
demasiado vieja. Prefieren
que la periodista de sucesos
no tenga las tetas caídas...

Fue una época extraña.
Durante unos años, Joaquín
era alguien importante. Se
reclamaba su presencia en

actos, en tertulias, incluso los políticos se sentaban con él. Era la voz de un dolor que todo el mundo entendía. Alguien autorizado por la desgracia para dar su opinión. Virginia estaba a su lado, casi como una representante. Le aconsejaba adónde ir y adónde no. Manejaba sus decisiones como se hace con la carrera de un artista. Con frecuencia se encontraban en los

hoteles de las ciudades a las que Joaquín iba en esa gira en la que, a veces, olvidaba el motivo por el que se había embarcado. A ratos era feliz. Pero, con crudeza, se dio cuenta de que, como cualquier estrella prefabricada, era una moda pasajera. No hubo un momento concreto, una hora o un día. Pasó de ocupar el centro de las mesas redondas a sentarse en el extremo. La

Fundación reunía cada vez a menos gente. Y, un día, fue él quien tuvo que llamar a la televisión para que le invitaran.

Al principio, Virginia siguió a su lado. Publicaba con frecuencia noticias sobre la desaparición de las niñas, aunque el periódico las relegaba a páginas interiores y las reducía hasta convertirlas en una breve

columna para cuadrar la página.

—¿Por qué has venido?

—le preguntó Joaquín—.

Está claro que no es una cuestión de amistad.

—Ahora necesito que seas

tú el que me haga un favor

—le dijo Virginia y sus

palabras le sonaron como la

voz del que va por primera

vez a un comedor social.

Ella dejó de contestar a

sus llamadas. Joaquín se

resistió a incluirla en ese regimiento de oportunistas que durante un tiempo le había acompañado. Virginia no es como ellos, se dijo. Pero su ausencia se empeñaba en llevarle la contraria.

—No sé por qué tendría que hacerlo —le contestó Joaquín recordando aquellos días.

—Nadie te está obligando —le contestó ella—. Pero

piénsalo, por favor. Dame algo. Una entrevista, una foto de Ana... algo que pueda colocar en un periódico nacional. Necesito el dinero.

Joaquín miró a Virginia y entendió por qué se había hospedado en una pensión de Val de Sacs. No podía permitirse una habitación en Ordial ni en Monteperdido. Tampoco en el hotel de La Guardia, donde solía

quedarse cuando venía a visitarle.

—¿Lo harás? —le rogó ella—. ¿Te lo vas a pensar?

Joaquín se metió la mano en el bolsillo y acarició la carcasa de su móvil. Pensó en el retrato robot de su hija que estaba esperando en la memoria del teléfono.

El día se había escapado con el sigilo de un intruso a una

fiesta. Por la puerta de atrás, sin despedirse de nadie, para dar paso a la noche. Sara encendió la luz de un flexo para seguir trabajando en los informes. Santiago había comprado unos bocadillos y, aunque ella no lo había probado, él estaba dando los últimos bocados al suyo mientras la animaba a comer antes de que se enfriara. Estaba sentado frente a Sara, los pies sobre una silla.

—Mañana, a primera hora, iré a hablar con Gaizka —murmuró Sara mientras garabateaba algo en el margen del informe.

—¿Cómo puedes trabajar con la mesa así? —Y Santiago señaló la mesa en la que se mezclaban carpetas, restos de comida, fotografías—. Lo que tienes que hacer es ordenar ese desastre.

—Yo me entiendo —le

contestó Sara abriendo los brazos para abarcar el escritorio como si fuera su territorio.

—Te he dicho que lo ordenes —le insistió paternal Santiago. Había terminado de cenar. Hizo una pelota con el papel del bocadillo y se lo lanzó a Sara. —Podías trasladar un poco de tu perfeccionismo a este despacho.

—¿Así es como me

ayudas? —le contestó ella, divertida, pero Santiago ya se había acomodado en la silla y había cerrado los ojos.

La lluvia persistía. El olor a tierra mojada se había colado en el cuartel, como el guiso de la cocina impregnada toda una casa. Después de hablar con Elisa, revisó las declaraciones que había hecho Álvaro. Ante su insistencia, la Guardia Civil

se vio obligada a comprobar la coartada del padre de Ana. Cinco años atrás, nadie le vio en las inmediaciones de la casa de Elisa en Val de Sacs. Sin embargo, los testimonios sí hablaban de un Nissan 4×4, un modelo pickup de color marrón verdoso, con una abolladura en la puerta del copiloto. Al leer la descripción Sara supo que se trataba del coche de Gaizka, el mismo que ahora

usaba su guía aunque le había sustituido la puerta. Era absurdo mantener las restricciones a Álvaro. Habló con Raquel, le contó que habían dejado de considerar sospechoso a su marido. Después, ella misma le dijo a Álvaro que podía volver a su casa.

La investigación era como un río desbordado que volvía a su cauce. Santiago Baín respiraba

pausadamente, los ojos cerrados, un breve sueño tras un día de trabajo duro. Recostado en la silla, tenía una presencia pétrea, un gigante en las sombras. A su lado, Sara se sentía segura. Cuando la realidad se convertía en un mundo inexplicable, él era capaz de darle sentido con apenas unas palabras. Aunque la ciencia había invadido su trabajo como una especie de

Dios verdadero, la materia de las investigaciones siempre eran los seres humanos. Sus

comportamientos, contradictorios, suicidas, egoístas, marcaban el ritmo.

Después de que Santiago escuchara el testimonio de Elisa, le habló de Marcial Nerín. Había ido a verlo a la armería. Su madre, la abuela de Elisa, estaba allí. Silenciosa, perdida en el

alzhéimer. «Familias», había dicho Santiago. Como el simulacro que era la unión de Raquel y Álvaro ante su hija. O el ambiente autodestructivo que se había instalado en la casa de la familia de Lucía.

Los lazos, a veces enfermizos, que se tejen en esos círculos familiares.

«El hombre más peligroso es el hombre solo, porque ni él mismo sabe quién es.»

Era la letanía que Santiago solía repetir.

«No hay nadie que cuente su historia», se explicaba después. Sara no podía evitar pensar en sí misma: ¿quién podría contar su historia?

«Cuando nadie mira, ¿quién eres? —decía Santiago—. Nadie o lo que quieras ser.»

Para Santiago, el duelo cuando moría algún familiar

no dejaba de tener un componente egoísta. Al perder a un padre, una madre, un amigo, también se pierde una parte de tu propia vida: esa de la que él fue testigo. Esa vida transcurrida a su lado y que sólo la persona que muere podría contar.

«Necesitamos vivir rodeados de una familia. El resto de los animales lo hacen por protección,

porque en manada son una presa más difícil. Nuestra mayor diferencia con ellos es que el ser humano es capaz de contar su propia vida. Su historia. Pero no puede hacerlo si está solo.»

Sara era consciente de que cuando Santiago ponía sobre la mesa esa visión del mundo, también le estaba entregando una justificación a su propio comportamiento. Le estaba diciendo: úsala,

hazla tuya. Deja de sentirte culpable.

Esa noche, Sara se fue pronto. Caminó bajo la lluvia hasta llegar al hostal La Renclusa. Se dio una ducha y, todavía mojada, echó una toalla sobre la cama y se tumbó desnuda. Estaba cansada.

Creyó que había conciliado el sueño, pero abrió los ojos poco después. Hacía meses que no le

pasaba y, al principio, le costó entender qué estaba viviendo. Estaba tumbada en la cama, inmóvil. Miraba a un lado y otro, pero era incapaz de mover un músculo. Era como si su cuerpo hubiera dejado de pertenecerle, transformado en una armadura bajo la que se escondía, a través de la que se asomaban sus ojos. Intentó levantar un brazo,

una pierna, pero le resultó imposible.

Supo que alguien había entrado en la habitación. Su sombra se proyectaba sobre la cama. Tenía que levantarse. Tenía que coger la pistola, la había dejado en la mesilla. Y, sin embargo, seguía paralizada.

No oía sus pasos, pero sabía que se estaba acercando.

Entonces recordó que

estaba desnuda. Quiso taparse, pero su cuerpo seguía dormido.

Un hombre estaba a los pies de su cama. También él estaba desnudo. Al principio creyó que era un efecto de las sombras, pero cuando él se sentó en una silla junto a la cama, vio que su cara no tenía rasgos. Era una mancha de carne lisa. No había ojos ni nariz. Tampoco boca. Sólo un pequeño

agujero, como un
hormiguero, en el centro de
esa cara sin facciones.

Estaba aterrada. Quería
gritar. Quería saltar de la
cama.

Un teléfono empezó a
sonar y Sara hizo un
esfuerzo. Se dijo a si misma:
¡despierta!

La lluvia golpeaba el cristal
del despacho. Víctor,

agotado después de un día eterno limpiando el río, esperaba que la tarea hubiera sido suficiente. El río aumentaba su caudal. El agua de las lluvias se mezclaba con el hielo del glaciar y amenazaba con desbordar el cauce del Ésera.

Oyó unos golpes en la puerta a pesar de que estaba abierta. Al girarse, vio a Santiago Baín.

—Pareces un perro

asustado por la tormenta —
le dijo el policía.

—No sabía que todavía
estabas en el cuartel —le
contestó incómodo el
sargento.

Se alejó de la ventana y
cogió su chubasquero.

—Yo voy a irme a casa
—se despidió Víctor—. ¿Te
acercas al hostel?

—Quiero repasar algunos
informes —le dijo Santiago.

Al llegar al umbral de la

puerta, el inspector puso su brazo impidiendo a Víctor que saliera.

—¿Hay algo que no me hayas contado? —le preguntó.

—¿Que tengo sueño? —le respondió cínico Víctor.

—A veces me da la sensación de que, en este pueblo, os importa más defenderos de los de fuera que encontrar a Lucía.

—Somos una familia. Y

nada nos importa más que encontrar a esa niña.

—Entonces ¿por qué te has llevado a tanta gente hoy? Sabes que las lluvias no son tan fuertes como para que el río se desborde. Has visto el parte.

—Aquí, la naturaleza hace lo que le da la gana. Tiene la mala costumbre de no leerse los partes meteorológicos.

Víctor, enfadado con la

actitud del policía, apartó su brazo y salió del despacho.

Le ardía la nariz. Gaizka se había metido dos rayas de coca antes de coger el coche y bajar a Monteperdido. En el asiento de al lado llevaba un macuto con las últimas cosas de Álvaro. La lluvia le impedía ver con claridad la carretera. No se había dado cuenta, pero había puesto la

música demasiado alta. Un ritmo de bajo y batería, repetitivo, constante. Un golpe del parabrisas que no conseguía apartar el agua. Gaizka aspiró con fuerza, se frotó la nariz. Estaba convencido de que se le habían quedado motas blancas pegadas en los orificios. Un golpe del parabrisas. Vamos. El coche dio un empujón al detenerse. Se bajó, encorvado,

refugiándose del chaparrón. Las gotas de lluvia eran como agujas. Le hacían daño en la espalda. Álvaro salió a recibirlo al jardín, sin paraguas ni chubasquero. Aspiró. Tenía prisa.

—Tu ropa —le dijo Gaizka.

Álvaro le respondió con un puñetazo. Gaizka resbaló en el césped, cayó hacia atrás.

—¿Tú eres gilipollas?!

—le gritó desde el suelo.

Álvaro le dio una patada.
Se puso de rodillas sobre él.
Le cogió de la pechera.

—¡¡Me viste con Elisa!!

Lo soltó con un empujón.
Gaizka sintió el golpe del
suelo contra su cabeza, pero
no notó el dolor. La lluvia y
la música del coche se
mezclaban. Se había dejado
la puerta abierta.

—¡¡Hijo de puta!! —gritó
con rabia Álvaro. Otra

patada—. ¡¡Te lo callaste mientras yo me volvía loco!!

Gaizka se giró en el suelo y le dio la espalda. El sabor de la hierba en su boca. Seguía lloviendo. Pensó en las lombrices que salen a la superficie cuando la tierra se moja. «No me des otra patada», pensó.

—¡Cuatro años dándote las putas gracias! —La voz de Álvaro no conseguía imponerse a la lluvia ni a la

música del coche. La canción no acababa. El mismo ritmo.

Álvaro armó la pierna para darle otra patada. Gaizka se revolvió, lo cogió del pie y le hizo perder el equilibrio. Se tiró encima de Álvaro. Una mano en el cuello, asfixiándole, la otra en el aire, el puño cerrado, bajando una y otra vez sobre su cara.

—¡Déjame en paz! —le

gritaba Gaizka sin dejar de golpearle.

Sintió el crujido del tabique nasal de Álvaro al partirse. La sangre se disolvía bajo el agua. Aspiró. No iba a parar. Su puño golpeaba una y otra vez. No estaba cansado. Le pasaron explicaciones por la cabeza que no llegó a dar. Se había follado a Elisa, una menor; si lo contaba todo, iría a la cárcel, ya había

estado allí y no iba volver; le dio un sitio donde vivir, un trabajo, perdió noches a su lado bebiendo gin-tonics, en la madriguera.

Algo tiró de él hacia atrás. Gaizka cayó al suelo.

—Déjale.

Y, después de la voz, vio a Burgos.

Se levantó. El guardia civil intentó cogerle, pero Gaizka lo evitó. Mientras Burgos ayudaba a Álvaro a

incorporarse, él se subió al coche. Arrancó. ¿Había cambiado la canción o seguía sonando la misma? ¿Cuánto podía durar una canción? Los espejos estaban empañados, no vio cómo Álvaro se soltaba de Burgos, se negaba a entrar en su casa. Cuando él se alejó bajo la lluvia, Gaizka ya estaba lejos. El corazón le latía con fuerza. Sabía que tendría que enfrentarse a la

Guardia Civil. «Mañana — pensó—. Sólo necesito llegar a mañana.»

Elisa viajaba en el asiento trasero. Su padre la obligaba a estar al lado de su abuela, aunque a ella le repugnara. Cada vez que la rozaba tenía la sensación de estar tocando un cadáver. Normalmente, cuando Marcial bajaba a Barbastro con la abuela, ella

se quedaba sola en casa. Le gustaban esos días en los que podía pasearse desnuda por el salón. Fumaba en la cama y veía la televisión hasta quedarse dormida. Su padre salía al atardecer, pasaba la noche en Barbastro y llevaba a su madre a diálisis a la mañana siguiente. Por la tarde del día siguiente ya estaban de regreso. Elisa hacía lo posible por cuadrar sus días

libres en el hostel con los días en que la casa se quedaba a su disposición. Esta vez, Marcial no le dejó opción.

—Súbete al coche y cállate. —Era todo lo que le había dicho.

De un empujón, la metió en el asiento de atrás, junto a la abuela. Se había enterado de lo que Elisa había declarado a la policía, pero a ella ya le daba igual. En otro

momento habría llorado todo el viaje, hasta llegar al piso de Barbastro. Sabía que allí le daría una paliza. «Pégame si quieres», se repetía en el asiento de atrás.

La lluvia había convertido la carretera en un túnel sin luces, sólo líneas borrosas en el asfalto. Poco después de dejar atrás Ordial, Marcial giró el volante. El coche se tambaleó sobre un camino sin pavimentar. Notó las

ruedas hundiéndose en los socavones.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Elisa.

Vio el rostro de su padre reflejado en el espejo retrovisor, cómo apretaba los dientes. Sus dientes podridos.

—Está lloviendo demasiado. El río se va a desbordar —le dijo Marcial.

—¿Dónde te estás metiendo?

—Hay un sitio donde podemos esperar a que pare un poco... antes de volver...

Elisa se tranquilizó. Miró a su abuela. Se movía con las sacudidas del coche como una muñeca de trapo. El cinturón de seguridad evitaba que se desmadejara. Apenas si tenía fuerza en el cuello para mantener la cabeza erguida.

Los faros del coche iluminaban el camino, que

se retorció entre árboles y arbustos, hasta salir a una explanada. Frente a ellos se elevaba el Ixeia y, a sus pies, como una enorme boca negra, el túnel a Francia. La vía de comunicación que, durante años, fue el sueño de Monteperdido, la carretera que iba a cruzar los Pirineos y pondría fin a su aislamiento. A su pobreza. Sin embargo, las obras nunca se terminaron. El

túnel jamás llegó a atravesar el Ixeia y aquel proyecto sólo dejó una cueva oscura en la montaña.

Marcial detuvo el coche, se bajó y abrió la puerta de atrás.

—Ayúdame a sacar a la abuela —le gritó bajo la lluvia—. Aquí estamos en alto; si el Ésera se desborda, no nos llegará...

Elisa se quitó el cinturón y, al salir, miró el agujero

del túnel. Abandonado. La vegetación lo había invadido, los arbustos, las ramas de los árboles que se adentraban en la bóveda de piedra, el suelo levantado por la fuerza de las raíces y cubierto de césped, como si la naturaleza se esforzara en cauterizar esa herida abierta en su piel.

—¿El río no está limpio?

—le preguntó Elisa mientras

metía el hombro bajo el brazo lánguido de su abuela.

—Coge la silla del maletero —le contestó su padre.

Marcial cargó con su madre y la arrastró hacia el túnel. Elisa abrió el maletero. Sacó la silla plegada. La lluvia, incesante, había convertido el suelo en arcilla blanda. Las ruedas de la silla se atascaban, se hundían y, por

mucho que ella empujara, no avanzaba. Su padre había desaparecido dentro de la montaña. Ella arrancó la silla del suelo como si fuera una raíz. El barro le salpicó el vestido. Estaba empapada. Se dio cuenta de que sólo podría llevarla si la levantaba en peso. Marcial reapareció de entre las sombras del túnel para ayudar a su hija. Elisa,

impotente, dejó caer la silla al suelo.

—¿Qué haces? —le gritó Marcial.

Marcial levantó la silla, llena de barro. Miró a su hija, bajo la lluvia, el vestido pegado a su piel. No llevaba sujetador, y el agua y el frío le marcaban los pezones.

—Das vergüenza.

Fue lo único que dijo Marcial antes de soltar el brazo. Elisa no tuvo tiempo

de defenderse y recibió el impacto en la cara. Cayó al suelo. Marcial dejó a un lado la silla. Dio unos pasos hacia ella. Elisa hundió las manos en el barro para levantarse.

—Si eres un puto reprimido, no es culpa mía.

Sabía que eso significaba más golpes. Le daba igual. Marcial la cogió del brazo y la levantó del suelo.

—¿Qué voy a hacer

contigo? —le gritó, pegando su cara a la de Elisa.

Elisa le escupió en la boca. Su saliva se mezcló con el agua. Asqueado, Marcial se restregó los labios con el dorso de su mano. Ella le dio un rodillazo en el vientre. Marcial se encogió por el dolor y soltó a su hija. Elisa no esperó a que reaccionara. Empezó a correr, resbalando entre el barro y las piedras

mojadas, hacia un bosque que nacía a la derecha de la montaña. Marcial la siguió con pasos lentos, sabía que de todas formas iba a darle caza. Elisa ya se estaba perdiendo entre los árboles. A él le daba igual que le sacara ventaja. Conocía esos parajes mejor que nadie. Antes de empezar a correr, miró al agujero negro que era el túnel a Francia. A la

cueva donde había dejado a su madre.

Sara se reunió con el agente de la científica en el salón del hostel. ¿Cuándo parará esta lluvia?, se preguntaba. Elisa libraba esa noche. Sara sacó un café de la máquina y se sentó frente a él, en la misma mesa donde había jugado a las cartas con Caridad. Todavía intentaba

sacudirse la pesadilla que le invadió en su cuarto. En la calle no había más que oscuridad. Las farolas eran pequeñas lunas amarillentas, borrosas. El agente de la científica puso una bolsa de pruebas sobre la mesa.

—Lo hemos encontrado procesando los restos del refugio donde estuvieron las niñas. Es de oro. Por eso se ha salvado. Aguantó la temperatura del fuego...

Sara cogió la bolsa.
Examinó lo que había
dentro.

—¿Tienes idea de qué
puede ser? —le preguntó el
agente.

Era una pequeña insignia.
Un broche, aunque la aguja
estaba retorcida por el fuego.
Tenía la forma de una
estrella de ocho puntas. La
Cofradía de Santa María de
Laude. El móvil sonó antes
de que pudiera contestar.

—Santiago —le dijo—,
tenemos algo.

—Ve a la casa de Ana. —
La voz de Santiago sonaba
entrecortada. Podía oír el
ruido de la lluvia—. ¿Me
oyes? He hablado con
Burgos. Dice que no
encuentra a la niña... que ha
salido de la casa...

—¿Tú dónde estás? —
preguntó Sara tapándose el
otro oído con la mano.

—Creo que tienes razón.

Tenemos algo.

Quim dio un rodeo para llegar a su casa. Había pasado la tarde con Ximena. Su padre, Nicolás, no había podido volver por las lluvias de una granja que había ido a visitar. Follaron en la cama de Nicolás y, después, él se quedó dormido. Cuando despertó, ya era de noche. Desde la ventana del salón

vio las sirenas de la Guardia Civil, parpadeando, empañadas. Ximena le prestó un chubasquero de su padre y salió por la parte de atrás de la casa. Rodearía la calle, cruzando el pinar, para entrar en la suya por el patio trasero. Avanzaba bajo el peso de la lluvia. La puta lluvia de Monteperdido. Cuando cesara, el pueblo se convertiría en un vertedero. Las calles arrasadas por el

barro; el río escupiendo toda la mierda que arrastraba montaña abajo. El verdadero Monteperdido, pensaba Quim. Como aquella película de terror, *El resplandor*. El loco abrazado a una mujer hermosa que sale de la bañera hasta que descubre en el espejo que lo que tiene entre sus brazos, lo que desea, es un cadáver putrefacto.

Los árboles del bosque se

abrían en un claro. Allí estaba ella. Los brazos abiertos en cruz, la boca abierta hacia el cielo. El agua le rebosaba los labios. La camiseta, empapada, se confundía con su piel. ¿Estaba riendo? Quim se detuvo a unos metros de distancia. Se quedó mirándola, como si hubiera descubierto a un animal esquivo en plena excursión nocturna. Tenía la sensación

de que no debía intervenir. ¿Quién era él para interrumpirla? Veía cómo su pecho se levantaba al respirar, como si quisiera tragarse toda la noche, encerrarla dentro de sus pulmones.

—Ana —dijo al fin.

Ella se giró hacia Quim.

Un poco tímida, como si la hubiera descubierto desnuda en el río. El agua le caía por la cara como una catarata.

Rodeaba sus ojos negros en meandros.

—Hay un montón de guardias civiles en la puerta de tu casa. —Y Quim se acercó a ella con cautela—. Están buscándote, ¿verdad?

Ana miró al cielo una vez más antes de contestar.

—¿Sabes cuánto tiempo hacía que no me mojaba con la lluvia? —le dijo ella.

La madre de Marcial estaba sentada en una piedra, en el centro del túnel horadado en la montaña. La lluvia golpeaba los árboles que había a la entrada. Un repiqueteo constante, una ametralladora sin fin. Las manos sobre sus muslos, la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, como si mirara algo con curiosidad. Pero sus ojos, perdidos en la oscuridad del agujero, no

miraban nada. Estaban hundidos en una sima adonde no llegaba ninguna luz.

Algo se movió entre las sombras del final del túnel, allí donde la pared de granito del Ixeia permanecía intacta. Una rata, un animal que se había guarecido de la lluvia. La madre de Marcial seguía ajena a esos pequeños ruidos, a los movimientos ocultos, envuelta en la

oscuridad del túnel. Mientras, algo intentaba escapar sin saber que no era necesario el sigilo.

Un ruido de pisadas en la tierra a la espalda de la madre de Marcial. La oscuridad que se hacía más densa y acababa por formar una silueta humana se acercaba a ella. Procuraba que sus botas sonaran mudas al pisar el suelo. Ella no se dio cuenta de cómo se

situaba a su espalda.
Después levantó el rifle y
colocó el cañón en su nuca.
La anciana seguía inmóvil.
Un corazón bombeando
sangre. Unos pulmones.
Nada más que un
mecanismo hecho de carne y
líquidos. ¿Qué quedaba de
esa mujer bajo su piel? Él
amartilló el arma.

—No lo hagas. No se
entera de nada.

Su voz sonó en un

susurro, como si temiera equivocarse. De la misma forma salió de las sombras, de las profundidades de la montaña.

—Te ha visto —dijo él.

Lucía se irguió ante la madre de Marcial. Tenía el pelo seco, recogido en una coleta que le caía a mitad de la espalda. Una rebeca azul de punto envolvía su cuerpo. Le estaba grande y acentuaba su delgadez.

Lucía inclinó la cabeza como si fuera el reflejo de la madre de Marcial. Sus ojos buscaron los de ella. Pero los de la anciana estaban apagados, como los ojos de una muñeca. Sin vida.

Lucía en la montaña, como un duende secreto que el Ixeia escondía, ese túnel muerto que los hombres habían excavado en ella, la madriguera de las sombras de Monteperdido. Lucía no

era un fantasma de lápiz, tampoco ya la niña perdida en el pinar. Era hielo y miedo. Un glaciar de paredes de rimaya, agrietadas por cinco años de cautiverio. Pálida como la nieve roja, el desierto de las cimas. Una muñeca abandonada.

Él acomodó de nuevo el rifle en el hombro, el dedo en el gatillo.

—No dispaes —insistió

ella.

Lucía corrió a apartar el cañón de la nuca de la mujer. Él reaccionó violento, asestándole un golpe a Lucía con la culata del rifle. Cayó al suelo. Un hilo de sangre brotó de su labio inferior.

—Lo siento —le dijo él, avergonzado.

Ella recogió la sangre de su boca con un dedo y se sorprendió de que, dentro de ella, quedara aún algo vivo:

la sangre. Notó el ardor de la herida. Lucía se incorporó, en cuclillas frente a la madre de Marcial. Cogió de una mano a la anciana.

—Eres un buen hombre —dijo Lucía mientras se perdía en la mirada de la madre de Marcial, tan oscura como el túnel donde se habían escondido—. Ella no nos hará daño.

El hombre, al ver a la mujer inmóvil en la silla,

recordó los museos de cera que había visitado. Luego, tendió su mano a Lucía para que se levantara.

—Tenemos que salir de aquí —le dijo.

Cuando se marcharon, un viento frío golpeó la cara de la madre de Marcial y, sin embargo, no cambió su postura. Petrificada, ajena a la realidad, la cabeza ladeada y los ojos abiertos que no miraban a ningún

sitio, sola en el túnel. Su mano derecha, sobre el muslo, se encogió. Una gota de sangre resbalaba entre sus dedos y ella cerró la mano en un puño, como si quisiera atraparla.

A la entrada de Monteperdido, poco después de la gasolinera donde Santiago había conocido a Víctor, había un desvío que

llevaba a la empresa de transportes de Joaquín. No había vallado alrededor de la nave. El inspector Baín aparcó el coche en la puerta y caminó bajo un voladizo del edificio para evitar la lluvia.

Intentaba centrarse en lo que había venido a buscar, pero algo seguía rondándole la cabeza, como un sonámbulo que se resiste a dormir.

Estaba convencido de que era lo mejor para Sara.

Contó cuatro camiones aparcados. Vio la luz de una linterna en mitad de la lluvia, tras el último camión y supuso que debía de ser él.

Cualquier investigación avanzaba abriendo caminos a su paso. Vías que se alejan de la principal y que hay que saber abandonar para no perderse. Otras veces, esos caminos que parece que no

van a ningún sitio se convierten en el principal y hay que desandar el camino. Volver atrás para elegir la ruta correcta.

—¡Hola! —gritó Santiago.

Le pareció ver unas piernas moverse tras los bajos del camión. La luz de la linterna que, de forma intermitente, le había guiado se apagó. Rodeó el camión, pero no tuvo tiempo de

verle. El disparo sonó seco, como una botella al descorcharse. El impacto, en el pecho, le tumbó en el suelo. No había sido una bala normal. Otras veces había resultado herido, pero esta vez era diferente. El proyectil le atravesó el pecho y, una vez rotas sus costillas, se expandió. Una ola de fuego le quemó los pulmones, el corazón. Podía sentir el sabor de ese fuego.

Era incapaz de moverse. Dejó de sentir las piernas, los brazos. Al calor le siguió un frío insoportable. Su última imagen fue la de aquella Sara famélica que se presentó en comisaría, hace tanto tiempo. Esa adolescente a la que tuvo que decirle «Nadie te busca». Santiago tenía los ojos abiertos, miraba el cielo negro de Monteperdido. A la lluvia que caía sobre él.

Cuando Gaizka se acercó a él, el inspector Baín ya había muerto. La palidez inmediata de su piel contrastaba con el volcán de sangre en el que se había convertido su pecho y sobre el que caía la lluvia. El rifle temblaba en la mano de Gaizka. Vio que se encendían las luces de una

casa cercana. ¿Habían oído el disparo?

A pesar de la lluvia estaba sudando.

Oscuros de Balced

Sara sintió una fuerte presión en los oídos. El mismo dolor que sufrió cuando, ya adolescente, montó por primera vez en un avión; aquella fuerza

invisible que avanzaba milímetro a milímetro a través de sus oídos al mismo tiempo que el avión ascendía. Amenazaba con alcanzar los tímpanos y reventarlos a su paso. ¿Qué vendría después? ¿La sangre resbalándole por el lóbulo? En aquel vuelo, la presión nunca hizo que sus oídos estallaran, pero tampoco remitió. Se mantuvo oprimiéndole los conductos

auditivos, lanzando intermitentes relámpagos de dolor que se conectaban de un oído a otro a través de su cerebro. Se sintió al límite de sus fuerzas y, mientras sobrevolaba un océano lejano y gris, llegó a convencerse de que nunca acabaría. Esa mano fantasmal que apresaba su cerebro en un puño seguiría haciéndolo el resto de su vida, ejerciendo una presión

constante hasta que, algún día, acabara con la resistencia blanda y moldeable de su cerebro y lo hiciera reventar, como el que estruja una ciruela y el jugo oscuro se derrama entre sus dedos. El fin del dolor no llegaba nunca y, al mismo tiempo, le daba pánico imaginarlo. ¿Qué quedaría de ella cuando terminara?

«¿Qué habrá después de

ti, Santiago?», se preguntaba.

«Garbanzo —le llamaba a veces—. Te quiero», quería decirle.

En Monteperdido seguía lloviendo sobre su cadáver.

Su sangre se aguaba bajo la lluvia y el rojo oscuro casi negro se aclaraba y se convertía en rosa en el charco que se había formado alrededor de su cuerpo.

Oía voces, quizá era

Víctor quien le hablaba, pero ella no podía apartar la mirada del volcán que se había abierto en el pecho de Santiago. Tampoco la lluvia podía apagar el rojo candente de su carne en los bordes. Parecía rebosar lava.

Notó la mano caliente de Víctor sobre su hombro pero no se giró para mirarle.

El cuerpo, no le respondía. Su cerebro intentaba escapar del dolor.

Gritaba en silencio que se pusiera en marcha. Vamos, Sara, acordona la zona. Envía una orden de búsqueda contra Marcial. Pero los gritos sonaban todavía muy lejos, hundidos en un agujero dentro de ella, que, en realidad, estaba más ocupada en levantar diques al dolor. A esa presión que la ahogaba.

«Acaba de una vez», se

dijo. «Reviéntame.
Rómpeme en mil pedazos.»

Las luces de los coches de la Guardia Civil parpadeaban borrosas en la noche, empañadas por la lluvia. Los agentes alejaban a los curiosos que se habían agrupado en torno a la empresa de transportes de Joaquín. Pujante, escondido en un chubasquero verde,

murmuraba más que hablaba. Empujaba sin fuerza a la gente para abrir un perímetro alrededor del cuerpo de Santiago. Tanto él como el resto de los agentes estaban superados por la situación; se movían pesados, arrastrando los pies, sonámbulos.

Gaizka estaba aterido de frío. Empapado, se había refugiado bajo el paraguas de uno de los vecinos que

había acudido a la nave. Quince, veinte personas. Se guareció entre ese grupo de curiosos que se reunió alertado por las sirenas de la ambulancia, de la Guardia Civil. Temblequeaba y le costaba fijar la visión. Puso su mano helada sobre el hombro del tipo que sostenía el paraguas. «¿Estás bien?», inquirió éste al ver su palidez, sus ojos febriles. ¿Quién era?, se preguntó

Gaizka, su cara le era familiar. Un rostro cuadrado, la mandíbula y la frente sobresalían en sus esquinas formando ángulos perfectos y los laterales de su cabeza parecían cortados con una guillotina.

Estaba convencido de haberlo visto por el pueblo, quizá hasta había hablado más de una vez con él, pero el hombre con cabeza de cubo se esfumó pronto de sus

pensamientos y su atención se desplazó a los policías que deambulaban alrededor del cadáver. A los camiones que había detrás de ellos. Testigos mudos de todo lo que había sucedido.

Le habían disparado con un rifle de caza. Con una bala calibre 30.06 Remington Core-Lokt de punta expansiva que, al romperle

el pecho, se había abierto en cuatro. Le destrozó los pulmones, el corazón. Era el calibre más usado en la zona. Ciento cincuenta gramos. Perfecto para abatir jabalíes, sarrios. A más de cien metros podía atravesar la piel de esos animales y superar su escudo de grasa.

Sara pidió con un gesto que le taparan con una manta térmica. El olor a lluvia y tierra enmascaraba

el olor a muerte que emanaba su cuerpo. A su espalda, el grupo de gente que había acudido a la nave se agrupaba en un semicírculo, como espectadores que toman posiciones en un anfiteatro. ¿Qué coño estáis mirando?, tuvo ganas de gritarles.

—Localiza a Marcial —le ordenó Sara a Víctor.

«Creo que tienes razón. Tenemos algo» fueron las

últimas palabras de Santiago al teléfono.

«¿Qué tenemos? ¿Qué viniste a buscar a este sitio?», se preguntaba Sara.

Y las preguntas, inmediatamente, se transformaban en reproches.

¿Por qué tuviste que venir?

Cerró los párpados con fuerza. El dolor de los oídos era insoportable. Tenía los ojos secos. La lluvia le

golpeaba la cara. Las gotas eran demasiado densas, pegajosas; en lugar de caer del cielo, parecía que surgieran de un desagüe. La presión seguía avanzando, comprimiendo su cerebro.

«¿Qué vas a hacer cuando yo no esté?», le había preguntado una vez Santiago.

«Caminar», había sido la respuesta de Sara.

Caminar, sí. Pero ¿hacia

dónde?

Se desvió al ver que un todoterreno de la Guardia Civil salía de su nave. Joaquín condujo por el camino que él mismo había asfaltado y que tenía que repasar después de cada invierno cuando la primavera lo descubría agrietado por las bajas temperaturas. En la

explanada donde aparcaban los camiones se había reunido un grupo de gente. No podía saber cuántos, ocultos bajo un mar de paraguas negros. Detrás de ellos, tres coches de la Guardia Civil, una ambulancia.

Detuvo el coche en la puerta y se bajó. «Joaquín —le dijo alguien—. Han estado buscándote.»

Sacó el móvil y comprobó

que no tenía llamadas perdidas. «¿Dónde han estado buscándome?», se preguntó.

Tras la cinta policial, los agentes se movían con una parsimonia que no era cansancio sino desesperación. Pujante, el más joven del cuartel, descansaba apoyado contra el capó del todoterreno y se miraba las botas, manchadas de barro. Paralizado, como

si ese barro fueran manos que le retenían y él no supiera de qué forma liberarse; se acariciaba la perilla. Después vio a Sara Campos. La policía no llevaba paraguas ni chubasquero. El pelo, negro y brillante, empapado, se le pegaba a la cara. Iluminada por las luces parpadeantes de las sirenas que giraban mudas, su rostro se marcaba

por sombras: unas veces rojas; otras, ámbar.

Los zapatos manchados de sangre y tierra del cadáver asomaban bajo la manta térmica.

«Han matado al policía», le dijo alguien.

Vio cómo Sara se tambaleaba, a punto de caer al suelo. Víctor dio dos zancadas para alcanzarla y sujetarla del brazo antes de que se viniera abajo.

«Ahora sabes qué se siente», pensó Joaquín. «Ahora entiendes el dolor.»

Las caras de los curiosos, ocultas en la sombra de los paraguas, giraban alrededor de ella. Creyó ver decenas de ojos brillantes, como gatos de Alicia. Reían. El tiempo se convirtió, de golpe, en un juguete roto, desparramado por el suelo,

con todas las piezas fuera de lugar.

Sara recordó la primera vez que, de noche, entró en Monteperdido. Las casas que se levantaban a su paso como accidentes geográficos. Imaginó las miradas de los vecinos escondidas tras las ventanas, intentando adivinar qué escondía ese coche de la policía. Sus caras entonces desconocidas.

Caras y más caras. Ahora eran espectadoras de su dolor: ¿quién estaba allí? ¿Quién había ido a la nave de camiones a presenciar el espectáculo? ¿Reían y murmuraban entre ellos?

Sara vio a Joaquín. Había llegado hasta el límite que imponía la cinta policial y, con un gesto, llamaba la atención de Pujante para que le dejara pasar. ¿Quién

cojones se había creído que era?

Víctor la sujetaba de un brazo y, cogiéndola de la cintura, consiguió que se irguiera. «¿Te acompañó al hostel?», le pareció que le preguntaba y, en esa noche lluviosa, creyó ver de nuevo la sangre de su perro flotando en el aire. Volando como un pájaro rojo.

También Gaizka estaba allí. Mojado, aunque se

guareciera bajo un paraguas. ¿Era él, verdad? Sus ojos reflejaban las sirenas, ¿o era sangre lo que los enmarcaba? ¿ojos atrapados en una telaraña de venas como el día en que habló con él ante ese pelotón de cascos negros?

Santiago dormía hacía sólo unas horas en la silla del despacho. Entonces le pareció eterno.

«Me están buscando», le

dijo Sara cuando se
conocieron. «Nadie te
busca», le contestó él.

Le había dado la espalda a
su cuerpo y se resistía a
girarse para mirarle. No lo
necesitaba. La imagen del
cadáver de Santiago,
tumbado en el barro, el
pecho abierto, los brazos
extendidos en cruz y su
mirada muerta clavada en el
cielo negro de
Monteperdido, se había

quedado grabada en su memoria. Casi podía sentir cómo el dibujo quemaba parte de su cerebro como si fuera hierro fundido.

«¿Quién eres cuando no hay nadie que cuente tu historia?», le había dicho Santiago.

Sara, ¿quién eres tú ahora?, ¿quién podrá contar tu historia?

Víctor arrastró a Sara hacia las oficinas de la nave.

El cuerpo de la policía se resbalaba entre sus brazos, en parte por la lluvia, en parte porque ella parecía no tener fuerzas para sostenerlo.

—Vamos, Sara — intentaba animarla. Y, al mismo tiempo, tenía la sensación de que ella, en realidad, no estaba allí, bajo esa piel.

Consiguieron ponerse a resguardo de la lluvia bajo el

voladizo del edificio. Sara se apoyó contra la pared.

—Dame sólo un segundo —le pidió y, poco a poco, sus piernas se doblaron hasta quedarse sentada en el suelo encharcado.

La humedad al sentir el tacto del cemento le hizo recordar a Sara el río donde había visto trabajar a Víctor. Las máquinas que arrancaban

matojos. La gente del pueblo, trabajando unida cuando empezaron a caer las primeras gotas.

Las primeras gotas de la tormenta que vendría después.

El símbolo de la Cofradía serigrafiado en uno de los coches que había en el río. La estrella de ocho puntas. El mismo símbolo que tenía el pin que había encontrado

la científica entre los restos del refugio.

Aún en el suelo, Sara levantó la mirada hacia Víctor.

—¿Han localizado ya a Marcial Nerín?

Él le contestó que iba a preguntarlo.

El árbol junto al que desaparecieron las niñas. El árbol de raíces enfermas que moriría si alguien intentaba trasplantarlo.

Sara sintió una arcada al imaginar que esas raíces putrefactas se extendían bajo el suelo de Monteperdido, a unos centímetros de donde ella estaba, bajo los pies de todos esos curiosos. Que esas raíces estaban bajo el cuerpo de Santiago, esperando para abrazarle cuando fuera enterrado.

Miró al cielo. Seguía lloviendo y, entonces, se dio cuenta de que ése era el

único sonido que podía escuchar. El de la lluvia golpeando contra el suelo, contra el techo de los todoterrenos, contra las hojas y las ramas de los pinos que rodeaban la empresa. Parecía que la lluvia era un depredador y el resto de los sonidos habían corrido a esconderse como pequeños animales asustados.

Los agentes de la Guardia Civil abrieron un camino para el coche de la funeraria que entraba en la nave. Gaizka se apartó empujado por los agentes, se mezcló entre la gente, esperaba su momento.

El ruido del disparo todavía rebotaba en su cabeza, como un eco encerrado en una botella de cristal. El calor del gatillo en

su dedo índice. Como si pudiera delatarle, escondió su mano derecha en el bolsillo del pantalón.

Demasiada gente.

Demasiados guardias civiles.

Cuando todo ocurrió, dejó la linterna en el maletero de su coche. Después condujo carretera abajo, hasta el surtidor de gasolina y llenó el tanque, aunque apenas si le cabían unos litros más.

No sabía si tendría que

iniciar un largo viaje.

Esperó a que llegara la Guardia Civil, la ambulancia. Vio cómo algunos vecinos bajaban en coches o incluso andando bajo la lluvia. Entonces salió del coche y subió a la nave de Joaquín.

Nada más entrar pudo ver a un hombre hablando con Víctor. Tendría unos sesenta años y un gorro de plástico calado hasta las cejas.

«Putos viejos con el sueño ligero», pensó. Bajo un chubasquero verde oscuro que le llegaba hasta los muslos, le vió los pantalones del pijama: cuadrados azules y líneas rojas. Gaizka no había cogido paraguas y buscó refugio entre los que sí tenían sin dejar de mirar a ese hombre. Estaba prestando declaración y levantaba su mano señalando la casa que había

a unos cien metros de la nave.

Gaizka no necesitó oír sus palabras para saber lo que decía. El disparo de un rifle le había sobresaltado. Se puso el gorro y el chubasquero, y salió de casa. No le parecía normal que hubiera cazadores con esa lluvia a esa hora. Cuando llegó a la nave, descubrió el cadáver del policía tras uno

de los camiones. Ya no se podía hacer nada por él.

No vio nada más. Di que no viste nada más, hijo de puta, pensaba Gaizka, los dientes apretados, la mirada clavada en ese viejo.

La tranquilidad con la que Víctor despidió al testigo le hizo suponer que no había desvelado nada importante.

«Si no hubiera sido tan imbécil», se decía Gaizka.

No

buscaba

justificaciones a su acto. No era el asesinato lo que le preocupaba, sino cómo había reaccionado a él. Nervioso, casi histérico. Dando paseos absurdos alrededor del cuerpo del policía, deteniéndose un segundo más para mirar cómo las arterias rotas escupían la sangre. Y, mientras tanto, el rifle seguía colgando de su mano.

Se había metido

demasiada coca y eso hizo que su cerebro se disparara a diseñar planes absurdos en lugar de asegurarse una coartada. Pensó en cortar el cuerpo en pedazos, esparcirlos por los montes del pueblo, pero colocándolos de tal forma que, si Google Earth los fotografiaba formarían una gran interrogación. Una gran «?».

Llegó a reírse con su idea.

Y el tiempo pasaba. El tiempo le fue comiendo terreno a grandes bocados.

Pensó en meter el cuerpo en su coche, conducir hasta Oscuros de Balced y dejarlo caer por el barranco para que explotara en el fondo, contra las rocas que sobresalían puntiagudas del río Grist.

Abandonarlo a los pies del monte Ármos, entregarlo a los jabalíes y esperar que ellos hicieran desaparecer

hasta el último hueso de ese hombre.

¿Se le estaban ocurriendo realmente a él todas esas ideas o sólo las estaba tomando prestadas de películas que había visto?

Hasta que el tiempo se agotó. Escuchó las voces de ese hombre que acababa de hablar con Víctor. El vecino que se había asustado al oír un disparo. «¿Hay alguien ahí?», preguntaba y, bajo el

camión, Gaizka podía ver cómo su sombra se alargaba tanto que casi podía tocarle. Los bajos de los pantalones del pijama metidos en la caña de unas botas de agua.

Miró sus manos. La linterna en la izquierda, el rifle en la mano derecha, envuelto en un leve humo al enfriarse bajo la lluvia. Tomó decisiones quizá equivocadas, pero que aún le

estaban dando una última oportunidad.

Apagó la linterna y metió el rifle entre los hierros del tren inferior de un camión: ¿quién iba a encontrarlo ahí?

Corrió en silencio hasta alcanzar la parte trasera de la nave y, después, atravesando el pinar, llegó a su coche. Lo había dejado aparcado entre unos árboles, fuera de la carretera. Nadie tenía por qué haberlo visto.

Agazapado en la entrada, esperó que el vecino saliera de la nave para volver y recuperar su Browning. Sin embargo, el puto viejo tenía un móvil. Llamó a la Guardia Civil y los esperó sentado junto al cadáver del policía.

Ahora, los agentes estaban levantando ese mismo cadáver, metiéndolo en el coche de la funeraria. Gaizka miró al camión

donde había escondido su rifle. Un viejo Pegaso azul que casi había perdido el color por los años. Le habría gustado llevarse un dedo a los labios y con un «shhh» pedirle silencio. Decirle: «Espera a que todos se vayan».

Quim estaba en el baño, envuelto en la toalla, abrazado a sí mismo. El

agua caliente de la ducha había llenado el cuarto de vaho. Apenas si podía ver su reflejo en el espejo, empañado. No dio muchas explicaciones a su madre al llegar. Sólo que olvidó coger un paraguas, que, en el camino, se había encontrado con Ana en mitad del bosque y le había prestado su chubasquero.

Montserrat le persiguió escaleras arriba, necesitaba

saber cómo estaba Ana, la policía había estado buscándola, ¿por qué se había ido sin decírselo a nadie? Pero Quim no se sentía con fuerzas para contestar. «No lo sé», fue lo único que le dijo.

Se encerró en el baño. Abrió la ducha.

Al meterse desnudo bajo el chorro de agua, recordó el cuerpo de Ana. Tan empapado como si acabara

de salir de uno de los lagos de la montaña. Su boca abierta, bebiendo el agua del cielo, como él hacía ahora bajo la ducha, el líquido que rebosaba sus labios y descendía por su cuello, su pecho.

Su sonrisa al verle: «¿Sabes cuánto tiempo hacía que no me mojaba bajo la lluvia?». ».

Quim entendió qué quería

decir: ¿sabes cuánto tiempo hace que no me sentía viva?

Y, mientras se duchaba, él también sonrió. La felicidad de Ana era contagiosa. Por primera vez en mucho tiempo, Quim había visto algo que quería poseer: esa urgencia por vivir.

Montserrat salió de su casa y, sin levantar la mirada del suelo, sintiendo la lluvia

golpeándole la cabeza y la espalda, cruzó su jardín, entró en la parcela de Raquel y avanzó hasta la puerta. Esperaba que fuera ella quien le abriera pero, al otro lado de la puerta, apareció Burgos. El guardia civil hablaba con el móvil mientras la miraba y con un gesto le pedía que explicara qué quería.

Montserrat oyó frases sueltas de su conversación:

«¿Tengo que quedarme?».

«¿Cómo está ella? Cuando ha salido, me he preocupado.» «Sí, aquí toda está controlado.»

Ante una nueva mirada de Burgos, Montserrat se vio obligada a explicarse:

—Sólo quería saber si Ana está bien.

—Sí, tranquila. No ha sido nada —le dijo Burgos mientras cerraba la puerta.

Montserrat echó una

mirada al interior. En el salón, Ana estaba sentada en el sofá, envuelta en un albornoz. Su madre le secaba el pelo con una toalla y, entonces, sus miradas se encontraron. Montserrat temió que ella apartara los ojos después de cómo la había tratado gritándole, histérica, ruin. Pero Raquel lo que hizo fue dibujar una sonrisa. Montserrat pronunció un gracias mudo

con la esperanza de que ella pudiera leer sus labios, pero Burgos ya había cerrado la puerta.

¿Por qué había sido tan estúpida como para culpar a su amiga de que fuera su hija y no Lucía quien regresara con vida? ¿Qué responsabilidad tenía ella sobre el azar?

Montserrat estaba volviendo a su casa cuando

oyó la puerta de Raquel abriéndose.

—Dale las gracias a Quim de mi parte —le dijo su amiga—, por encontrar a Ana.

Montserrat se giró hacia Raquel y prometió que lo haría.

—Raquel —empezó a decir ella pero, de repente, las palabras no le parecieron suficientes para expresar una disculpa—. No tenías por

qué mandarme la foto de ese dibujo... yo... No sé cómo pedirte perdón... — tartamudeó torpe.

—Ven a casa, Montse. Habla un día con Ana, que te cuente cosas de Lucía...

Montserrat aceptó con un cabeceo. Raquel tenía razón; ese retrato robot policial de Lucía le había hecho ver algo que había dado por imposible. El rostro de su hija convertida en una

adolescente de dieciséis años.

Hasta ese momento, Lucía se había quedado petrificada en su memoria como una niña de once años. Una estatua de sal. Ahora sabía que había crecido, que había seguido viviendo. Que Ana le contara detalles de Lucía, que repitiera lo que su hija decía, sería como dotar de movimiento y voz a ese dibujo. De vida.

«¿Eres tú quien debe encontrar a mi hija?», se decía Joaquín al ver cómo Víctor acompañaba a Sara hasta el coche. La policía era una muñeca de trapo en sus brazos. Por un momento pudo ver sus ojos. Sara le miraba a él, a los vecinos que habían llegado a curiosear, al cielo del que seguía precipitándose la

lluvia. Podía mirar a cualquier lugar y no ver nada. En su retina estaba grabado el cadáver de su compañero en el barro. Una imagen que velaba todas las demás.

¿Iba a empezar otra vez el baile de policías a cargo de la investigación? Un nuevo comienzo para el que llegara. Volver a repasar expedientes, informes, entrevistas con las familias.

Los demás podían regresar a la casilla cero cuando les diera la gana. Para Joaquín resultaba imposible. Era mucho el camino andado y se negaba a aceptar que sus pasos no estuvieran guiándole a algún lugar.

—¿Está Rafael por aquí?

—le preguntó a Pujante.

—Lo hemos llamado hace un rato. Estará a punto de llegar —le dijo el agente, que estaba pálido.

Demasiado joven para lo que le estaba tocando vivir.

El regreso era inviable, pensó Joaquín. Miró su negocio: esa nave de camiones que, hace unos años, se le quedaba pequeña. Transportes Castán. Los planes que hizo. El dinero que había invertido. Las noches de los sábados, cuando, en familia, se acercaban a cenar a Barbastro y él hablaba del

futuro con Montserrat, con Quim y Lucía. Recordaba esas noches de verano. «Papá se va a comprar cien camiones», decía su hija con la boca llena de hamburguesa. Un verano luminoso al que ya no podía volver. El último que vivió antes de que su vida se convirtiera en esta huida hacia delante.

—¿Dónde has estado? —
le preguntó Raquel cuando
pasó tras él a la cocina—.
Alguien tiene que verte la
nariz.

Álvaro negó con un gesto
y se dejó caer en una de las
sillas que había en la mesa.
Estaba agotado. El pelo,
aplastado en la cabeza por la
lluvia, aún le goteaba. A sus
pies, las huellas de barro y
agua de sus zapatillas. Se
acodó y se llevó las manos a

la frente, arrastró su pelo hacia atrás. Tenía sangre reseca en los orificios de la nariz y el puente amoratado, quizá roto. Una sombra violácea bajo sus ojos, acentuada por los halógenos del techo de la cocina. Raquel tuvo la impresión de que había estado llorando.

—Quítate esa ropa —le ordenó Raquel, maternal.

Él le pidió que esperara un momento levantando una

mano, como el enfermo que necesita una pausa después de vomitar. Luego, miró a su mujer. ¿O debía llamarla exmujer? Raquel llevaba una camiseta de algodón gris y unos pantalones anchos, blancos, también de algodón. Se había soltado el pelo, que le caía sobre los hombros. De un castaño que, según le diera la luz, parecía hecho de miel. Le vinieron a la cabeza imágenes fuera de

contexto: los leños de una chimenea ardiendo o una manta, el calor del aliento de Raquel. Volvió a decirse que había sido un imbécil: cinco años encerrado en esa madriguera, en lo alto de la montaña. Su supuesto salvador también había sido su carcelero. Ahora sabía que unas palabras de Gaizka le habrían devuelto su hogar, su mujer. ¿Era ya demasiado tarde?

Raquel insistió en que debía darse una ducha. Lo acompañó escaleras arriba. Ana dormía, le dijo. Burgos se había marchado y otro guardia civil velaba el sueño de su hija. Prefirió no contarle que Ana se había escapado de casa poco después de su pelea con Gaizka. Sabía lo que Álvaro iba a decir: que su hija había salido de un encierro para caer en otro. Que necesitaba

libertad después de todo lo que había pasado.

Entraron al baño. Álvaro se sentó en el borde de la bañera. Raquel se agachó a su lado para abrir el agua. Él se dio cuenta de que no olía a ningún perfume. No había nada artificial en ella. Sólo ese olor junto al que se había dormido tantas noches y que, secretamente, le molestaba cuando

desaparecía bajo perfumes artificiales, ajenos.

¿Cuántos años hacía que Raquel y Álvaro se conocían? Una noche, en Barcelona, cuando estaba terminando la carrera, en un bar. Ella había ido con unas amigas que resultaron ser comunes. ¿Qué pasó con aquellas amigas? ¿Qué más da? Con el paso del tiempo todo lo que envolvía su relación con Raquel le

parecía accesorio. Las caras de los que fueron su círculo de amigos en Barcelona, los bares, los pisos donde vivieron. Todo se difuminaba. Sin embargo, el recuerdo de su cuerpo desnudo pegado al de él, seguía tan presente como si sólo hubieran pasado unos segundos desde que hicieron el amor por última vez. Su piel y su boca.

El vaho de la ducha

empezó a flotar en el baño. Raquel le decía que se desnudara, que se quitara esa ropa, ella iba a buscar algo seco. Álvaro se sintió egoísta por un momento. Debería estar pensando en Ana, en cómo conseguir que su hija se reenganchara a una vida normal. Pero luego se dijo que ellos, sus padres, también tendrían que formar parte de esa vida normal. Tenían la obligación de

resolver sus problemas. ¿Qué pasaba con el chico que había acompañado a Raquel en el hospital? Ese tal Ismael. Gaizka le había contado que trabajaba de carpintero con Raquel. Y, al recordar esa conversación con Gaizka, sintió una rabia desbordada hacia el que había considerado su amigo. Le habría gustado golpearle de nuevo: ¿cuánto había de verdad y cuánto de

impostura en la relación que habían tenido?

Raquel se puso en cuclillas frente a Álvaro. Se sintió cómoda en el azul de sus ojos, como un lago frío que la acogía.

—¿Sabes una cosa? —le dijo ella—. Me da igual cómo hemos llegado hasta aquí. Lo único que me importa es dónde estamos.

Álvaro tardó unos segundos en contestar.

—Te quiero —le dijo él.

Ella escondió la mirada en un acto reflejo, avergonzada como una adolescente. Él supuso que se había ruborizado. Raquel tenía las manos apoyadas en sus rodillas e, instintivamente, las apartó.

—Necesito follarte — escuchó que le decía Álvaro, pero no se atrevió a levantar los ojos.

Él la cogió de la muñeca,

se puso en pie e hizo que ella también se levantara. Se pegó a Raquel, arrinconándola contra el lavabo. Ella notó como se mojaba su camiseta al rozarse con la ropa de Álvaro, cargada de lluvia. Un torrente de imágenes se deslizaron por su memoria: desde que vio el coche de Álvaro alejándose de su casa hace cuatro años hasta la noche en la que se acostó

por primera vez con Ismael. ¿Qué había sido su vida en ese intervalo? Quería salir de ese baño y, al mismo tiempo, quería quedarse. Quitarse la ropa y sentir a Álvaro dentro de ella.

Necesitaba sentir el placer.

Álvaro puso una mano en el nacimiento de su cuello y ella inclinó la cabeza hacia ese mismo lado como un gato que se retuerce al notar

la caricia. El agua golpeaba con insistencia la bañera en un redoble metálico que ella tuvo la sensación de que marcaba el ritmo de su propio corazón.

Fue ella la que cogió con fuerza a Álvaro de la cintura para pegarlo a su sexo. Abrió la boca y le besó.

Los árboles, los montes, al otro lado de la ventanilla del

coche, se arrastraban hacia atrás, como una tela pintarrajeada de la que una mano invisible tiraba, borrosos por la noche, la lluvia y el cristal empañado. La cabeza de Sara rebotaba suavemente contra el asiento. Se había negado a volver al hostel. Sabía que había discutido con Víctor pero, ahora, apenas recordaba qué se habían dicho. Alguien, quizá otro

agente de la Guardia Civil, les había contado, cuando ya se habían montado en el coche, que Marcial Nerín estaba en Barbastro. Un vecino del pueblo —¿qué más da quién?—, lo había visto salir con su madre. «Estará en el hospital —le dijo Víctor—, en diálisis.» Sara quería hablar con Marcial, cuanto antes mejor. Quizá fue eso por lo que discutieron. ¿Le había dicho

Víctor que no estaba en condiciones de seguir trabajando? ¿Qué sabía él? Es posible que ella hubiera levantado la voz más de lo necesario. Incluso pudo insultarlo. Hizo que llamara al hostel La Renclusa y comprobara si Elisa estaba trabajando. La hija de Marcial tenía el día libre y no la habían visto por allí.

Bajaban por la carretera del valle. Atravesaron el

túnel del congreso de Fall. Durante unos segundos cesó el ruido de la lluvia, la oscuridad les envolvió. Y siguieron descendiendo en esa caja metálica que era el todoterreno, sin más luz que la de los faros del coche, iluminando un triángulo del asfalto.

Como descendía el ataúd de Santiago Baín, unos kilómetros por detrás de

ellos, en el coche de la funeraria.

Casi podía ver a Santiago, su piel blanca y destensada, encerrado. Los ojos abiertos sin vida y clavados en la tapa de pino del ataúd.

Sara y Víctor hacían el viaje en silencio. Ella con la cabeza girada hacia la ventanilla, aunque en realidad no miraba lo que había al otro lado del cristal. Estaba allí, en ese coche,

camino de Barbastro y, a la misma vez, estaba muy lejos.

En otro tiempo, en otro lugar.

Tenía la sensación de estar manejando su cuerpo de forma remota. Desde el pasado. Desde la habitación del piso al que Santiago la llevó tiempo después de que se conocieran en la comisaría. Sara se había presentado en el despacho

de Santiago con la seguridad de que sus padres la buscaban, cuando la verdad era que su ausencia había supuesto un alivio para ellos. Santiago debió de sentir pena. Aunque, al principio, Sara lo confundió con deseo. Ella era una joven atractiva; él, un policía solitario de cincuenta años. Se quedó con su número de teléfono y la llamó al cabo de unos días. Quería saber cómo le

iban las cosas, cómo se las
apañaba para sobrevivir. Se
vieron en una cafetería y,
allí, Sara le contó que estaba
durmiendo en la calle. Él la
llevó a su casa. Le compró
ropa nueva. Le dio de
comer. Como en los cuentos,
Sara esperaba que, en
cualquier momento, el
adorable anciano se
transformara en un demonio.

Nunca se produjo esa
transformación.

Sara se quedó a vivir en su casa.

Al poco de establecerse allí, Sara tuvo una pesadilla. Uno de esos viajes entre la vigilia y el sueño, en el que se sentía atrapada en su cuerpo. Inmovilizada.

Miraba las paredes de una habitación a la que todavía no se había acostumbrado y, entre las sombras, surgió el habitual desfile de extrañas criaturas. No le hacían nada.

No le hablaban. Sólo se sentaban a los pies de la cama para mirarla. Hombres y mujeres sin rasgos, como fundas de seres humanos, observándola. Analizándola durante horas que ella sabía que se alargarían hasta el amanecer.

Aquel día notó el tacto de una mano. Alguien la agitaba cogiéndola de un hombro. Las criaturas se esfumaron y Sara recuperó

el dominio de su cuerpo. Sentado, a su lado, reconoció a Santiago, su cara excesivamente redonda, su piel llena de pliegues imposibles. «Estabas temblando», le dijo. Ella no encontró las palabras para darle una explicación. Santiago no insistió. Sólo la abrazó.

Era la primera vez que Sara despertaba de una pesadilla con un abrazo.

En esa cama, sintiendo el calor protector de Santiago, era donde Sara quería estar. Desde allí dirigía su cuerpo, que ahora estaba sentado junto a Víctor, en el todoterreno de la Guardia Civil. Como si lo que le pasaba en ese momento no fuera real, sino una proyección del futuro que hacía desde esa cama, en el pasado, al abrigo de Santiago.

Nunca quiso plantearse que Santiago tendría que morir algún día.

Nunca quiso volver a sentir la soledad en la que nadaba antes de encontrarle.

Amanecía al llegar a Barbastro. El sol descubrió un cielo despejado. Las nubes se habían extinguido y, al bajar del coche, sólo caían unas gotas rezagadas

de lluvia. Un velo grisáceo caía sobre la fachada del hospital y los trabajadores que iniciaban su turno avanzaban perezosos por los alrededores, arrastrando todavía las redes del sueño. Los ruidos de los coches, las conversaciones de los acompañantes de los pacientes ingresados, que estiraban las piernas en la entrada después de una noche incómoda, le llegaban

con sordina, como si tuviera los oídos taponados.

Al atravesar la puerta del hospital, Sara hizo un esfuerzo por volver a aferrarse a la realidad. Tenía que hacerlo si quería dar con el hombre que había matado a Santiago.

Los curiosos habían perdido interés. Muchos habían vuelto a sus casas al

amanecer. Sólo los que vivían cerca seguían rondado el negocio de Joaquín, pero ya distraídos en conversaciones que nada tenían que ver con lo que había pasado allí. La cinta policial, empujada por el viento, se arrastraba sobre el barro. Después de que levantaran el cadáver, la mayoría de los guardias civiles se habían marchado, sólo quedaban un par de

ellos, como los últimos clientes de un bar que se resisten a irse a pesar de que hayan encendido las luces. Pujante y Telmo, ojerosos y sin nada que decirse, dejaban caer miradas perdidas a la huella que había dejado el cadáver del inspector Baín en el suelo. El barro enrojecido por la sangre.

«¿No os dais cuenta? Han bajado la persiana. Ya no

hay música», quería gritarles Gaizka.

Pero, en lugar de hacerlo, Gaizka se alejó del lugar donde estaba el cadáver para que su excesivo interés no llamara la atención. Se dejó llevar por el vecino que había dado la voz de alarma. Moisés, le dijo que se llamaba. De camino a su casa, Gaizka vio cómo el bajo del pijama se había salido de la caña de la bota

de agua. Estaba manchado de barro húmedo que le pareció mierda.

Al llegar a la casa, Moisés lo acompañó hasta la cocina mientras, le dijo, él se cambiaba de ropa. Su mujer, una señora rolliza envuelta en una bata morada de toalla, le ofreció un café y Gaizka lo aceptó. Se sentó en junto a una ventana desde donde podía ver la nave de Transportes Castán. No

apartó la mirada de allí, del camión que escondía el rifle, mientras la esposa de Moisés preparaba el café y dejaba escapar una perorata de quejas —«¿qué está pasando en este pueblo? Madre de Dios, yo ya no qué más desgracias nos pueden caer»—; tampoco escuchó el relato que inició Moisés cuando regresó, ya vestido con un mono de trabajo: «Estaba despierto, pendiente

de los canalones del tejado, que siempre se atascan con la lluvia, de las hojas de los pinos que hay en la parte de atrás, cuando lo oí». Moisés se había quitado el gorro de plástico y Gaizka descubrió que tenía el pelo negro y ensortijado, aplastado, aceitoso.

Preguntó por el baño y se disculpó un momento. Vomitó a la vez que tiraba de la cadena para

enmascarar el ruido de sus arcadas. Tenía miedo de que, al abrir la puerta, hubiera unos guardias esperando para detenerle. Se tocó la frente y la notó ardiendo, febril.

Al volver a la cocina, vio cómo la nave se había quedado vacía. Ya sólo quedaba esa pareja de guardias civiles. Se despidió de Moisés y de su esposa sin probar el café y salió

intentando aparentar normalidad en su paseo hasta la carretera. Luego subió por el arcén en dirección al pueblo, dejando a un lado la nave, hasta que llegó a la zona donde empezaba el pinar. Comprobó que no había nadie en la carretera antes de adentrarse entre los árboles. Estaba haciendo el mismo camino que la noche anterior

había recorrido para escapar de la empresa de Joaquín.

Una noche que, ahora, le resultaba lejana. Como si fuera un vago recuerdo de hace un millón de años.

El suelo estaba encharcado, las hojas de los pinos goteaban la lluvia que habían retenido. La luz del amanecer se filtraba entre sus copas espesas, tiñéndola de verde. De los dos guardias civiles que seguían

vigilando la escena, sólo conocía a Pujante. Era algo menor que él y, antes de que entrara en el cuerpo, habían coincidido alguna noche de copas. Tenía el recuerdo de alguna borrachera, quizá en un bar de Posets, en la que ambos estaban cogidos de los hombros, cantando a voz en grito la música que sonaba en el local. Después, los galones de autoridad debieron apartarlo de las

fiestas. ¿O se había casado?
Qué más da, se dijo.

Cuando alcanzó el borde del pinar, guarecido tras un tronco, en la sombra, Gaizka pudo verlos. El otro guardia intentaba darle conversación a Pujante, que estaba apoyado contra el capó de su todoterreno. Quizá hablaban de fútbol. O de la temporada de caza. La charla, de cualquier forma, no conseguía borrar la mala

cara de Pujante. Sonreía desganado, apenas si intervenía. De vez en cuando, su mirada se hundía en el barro donde había estado el cuerpo de Santiago.

Gaizka hizo un esfuerzo por borrar ese nombre de su cabeza: Santiago. Prefería llamarlo «el policía».

No quería detenerse a pensar en él ni en el agujero que le había abierto en el

pecho con su rifle. Intentó ser optimista: había conseguido escapar de una situación difícil. Era como uno de esos actores cómicos: trastabillando durante más tiempo del normal, amenazando con caer para, al final, recuperar el equilibrio.

Sacó su móvil y buscó en la agenda el número de Transportes Castán. El teléfono empezó a sonar en

la oficina de la nave. Los guardias no escucharon los primeros timbrazos pero, después, Pujante reaccionó y miró a su espalda; la puerta estaba abierta y la melodía del teléfono se escapaba hacia ellos. Dio unos pasos para ir a contestar, pero el otro guardia debió de decirle que él se encargaba. Vio cómo se alejaba hacia la nave. Pujante bordeó su coche hasta que sólo pudo

verle parte de la gorra que llevaba calada.

A unos metros de él estaba el camión. Un Pegaso azul desteñido y que, al mirarlo a la luz del día, le pareció un anciano cansado, harto de trabajar. Gaizka se agachó pero, desde donde estaba, no podía ver si el rifle seguía encajado en los bajos del camión. Colgó. Esperó unos segundos y, entonces, volvió a llamar.

Comprobó que el guardia civil seguía en el interior de la nave. Pujante tampoco podría verle si salía del pinar; el todoterreno le cortaba la visión. Gaizka tomó aire y corrió encorvado hacia el camión. Se sintió ridículo. El personaje de una película mala de espías al que acompañaba en su aventura una melodía al estilo de *La pantera rosa*. Se pegó a la cabina del camión.

Miró bajo el tren inferior y vio las piernas de Pujante y del otro guardia; ya había salido de la nave. Le sorprendió escuchar con claridad lo que se estaban diciendo: «No hay nadie» y, después, «¿Hola?». Sólo entonces se dio cuenta de que habían descolgado el teléfono y estaba escuchándolos a través de su propio móvil. Lo sacó de su bolsillo y colgó. Cerró los

ojos, nervioso. Notó cómo la ansiedad trepaba por su pecho e intentó contenerla con una respiración pausada.

Tenía que hacerlo ahora.

Se puso en cuclillas y, entre los ejes del camión, vio su rifle Browning. Se tiró al suelo y, se arrastró hacia él.

El ruido de un motor acercándose le paralizó. Vio cómo un coche entraba en la nave y se detenía junto a la

cinta policial. Los guardias civiles se acercaron a hablar con el conductor. Gaizka cogió la empuñadura de roble del rifle.

Alguien se bajó del coche; llevaba unas botas de goma y los pantalones vaqueros se arrugaban sobre ellas. El corazón le latía con una fuerza que llegaba a dolerle. De repente, tuvo miedo de que toda la coca que se había metido terminara por

reventarle alguna arteria.
¿Cómo iba a salir ahora de
ahí? ¿Quién era ese hombre?

Pensó que podía ser
alguien de la policía
científica. ¿Y si traía perros?
Rastreadores que
olisquearían hasta dar con él,
petrificado como un idiota
bajo ese camión. ¿Cuántos
cartuchos quedaban en el
rifle? Lo abrió con un
chasquido que creyó que
podía delatarle. Dos, uno en

la recámara. ¿Serían suficientes si le descubrían?

Los tres seguían detenidos ante el coche; sus piernas formaban un triángulo. Uno de los guardias civiles pisó la cinta policial para que el hombre pasara y, luego, avanzaron hacia el camión. Gaizka apoyó el arma en su hombro. Tumbado en el suelo, apuntó hacia ellos: ¿a quién debía disparar primero? Pensó en Pujante.

Y lo recordó cantando, borracho, cuando todavía coincidían en los bares. ¿Qué estuvieron cantando juntos?

Mantén la cabeza fría, se dijo.

«Dispara primero al otro. Pujante está hecho una mierda. Con suerte, a lo mejor sale corriendo.»

Los tres se detuvieron a sólo unos metros del camión. Podía oír el

murmullo de sus voces, aunque le resultaba ininteligible la conversación.

Gaizka se arrastró hasta situarse tras una de las ruedas. Se asomó, buscando una posición que le permitiera ver quién estaba con los guardias civiles.

Respiró algo más tranquilo al ver que era Rafael, el cuñado de Joaquín. Hacía gestos, señalando a un lado y otro

de la nave. Les daba explicaciones de algo. Luego, se giró y caminó hacia la oficina. Los guardias le siguieron.

Gaizka comprobó que le daban la espalda y se alejaban.

Salió de los bajos del camión. Corrió hasta perderse de nuevo entre los árboles. Miró en su mano el rifle y rió mientras

recuperaba el resuello. Ya no tenían nada contra él.

Sara se sentó junto a la madre de Marcial. La anciana estaba recostada en una silla demasiado grande para ella. El brazo izquierdo boca arriba, apoyado en un amplio reposabrazos. Dos tubos se inyectaban a través de una piel transparente que dejaba ver las venas como si

fueran los ríos que se retorcían entre las montañas del valle. La sangre salía y, una vez limpia, volvía a entrar en su cuerpo. La mujer miraba al vacío, ajena a un proceso que parecía no producirle sensación alguna, con la boca medio abierta, el labio inferior colgando destensado. Buscó en esa pequeña mujer los rasgos de Elisa o de Marcial. La fina telaraña de arrugas que se

extendía sobre la piel de Marcial se repetía en ella, aunque las simas eran aún más profundas. La mandíbula prominente, que en su hijo resultaba agresiva, también podía encontrarse en su cara, pero ya se había convertido en un peso difícil de sostener y daba la impresión de que María de Laude, como le había dicho la enfermera que se llamaba, invertía sus escasas fuerzas

en sujetar esa mandíbula y que no se desprendiera de su cara. Su perfil dibujaba el mismo tobogán que había visto en Marcial y, en la parte más cóncava, sus ojos vidriosos, de un gris claro que quizá fue azul en el pasado, navegaban a la deriva.

Víctor había ido a buscar a Marcial Nerín. Una enfermera les había dicho que, después de ingresar a su

madre para la diálisis, se había marchado. Había sido a primera hora del día, un poco antes de que ellos llegaran al hospital. Seguramente, Marcial estaba en el apartamento que tenía alquilado en Barbastro. Habían intentado localizarlo por teléfono, pero no había dado respuesta.

A regañadientes, Víctor dejó a Sara sola en el hospital para ir a buscarlo.

No quería entender la urgencia de la policía en hablar con él. Ella le había contado el descubrimiento de la científica en el refugio: el pin de la Cofradía, la estrella de ocho puntas, que había resistido al fuego. Marcial Nerín era el prior de esa organización. «¿Qué más da? —le había dicho Víctor—. Todo el pueblo está en la Cofradía. Cualquiera puede tener uno

de esos pines. Hasta yo he tenido uno.»

Sara sabía qué le molestaba a Víctor: el hallazgo de la insignia eliminaba cualquier teoría de que el secuestro hubiera sido obra de extranjeros. Ni siquiera alguien de los pueblos de los alrededores.

El hombre que se había llevado a las niñas era de Monteperdido.

Un amigo, un vecino.

Alguien con quien Víctor, quizá, se cruzaba a diario, a quien saludaba con una sonrisa. Alguien con quien trabajaba codo con codo en desbrozar el Ésera. Seguramente, habían compartido un café, un bollo, en las reuniones de la Cofradía junto a la iglesia del pueblo. «¿Cómo estás?», podría haberle preguntado un día Víctor. «Ahí vamos.

Tirando», le podría haber contestado él.

No estaba enfadado con Sara. Estaba enfadado con la realidad.

Mientras esperaba que volviera Víctor, Sara se quedó mirando cómo la sangre de María de Laude recorría los tubos hacia la máquina de diálisis. Burbujeante, casi negra.

Le habría gustado cuidar de Santiago cuando se

convirtiera en un anciano. Cuando el cuerpo ya no le respondiera.

Habría estado sentado a su lado en la habitación de algún hospital. Comentando las noticias de los periódicos. Matando el tiempo. Aliviando su dolor.

La madre de Marcial llevaba un vestido negro que más parecía una bata. Sus piernas, delgadas, asomaban bajo la manta de hospital

que le cubría hasta el regazo y colgaban del asiento sin llegar a rozar el suelo. El pelo cano, algo grasiento, le hizo pensar a Sara que su hijo no la había llevado a la peluquería cuando le tocaba. Indefensa, no sólo dependía de Marcial en las necesidades más básicas: comer, ir al baño, sino también en esas que parecen accesorias, pura coquetería: estar limpia, oler a perfume,

llevar un bonito vestido, ir a la peluquería.

Cuando toda esa fachada se derrumba, ¿qué más da lo que haya detrás? A ojos de los demás ya estás desahuciada. Tu cuerpo ha dejado de ser un lugar habitable.

La enfermera volvió para comprobar que la máquina funcionaba correctamente.

«Tiene alzhéimer —le dijo cuando Sara le preguntó

por ella. Santiago se lo había contado—. Además de los problemas de riñón, claro.»

A Sara le habría gustado preguntarle a María de Laude dónde había estado la noche anterior, desde que salió de Monteperdido hasta que llegó al hospital. Demasiadas horas de viaje, incluso para una noche de lluvia. Dejaron el pueblo alrededor de las diez y ella

no ingresó hasta esa misma mañana.

¿Quién podría contarle lo que había pasado?

La noche de la tormenta había abierto pozos que Sara necesitaba iluminar. No sólo el viaje de Marcial, sino la ausencia de Elisa y, también, Santiago. Sobre todo, Santiago.

¿Por qué había ido al negocio de Joaquín? ¿Qué

estaba haciendo en Transportes Castán?

La empresa subsistía a duras penas. Hacía unos meses, Rafael había dejado de pagar el sistema de vigilancia. Las cámaras que colgaban en las esquinas de la oficina ya no emitían a ningún lugar. El guardia jurado encargado de la ronda de noche también había sido despedido, incapaces de hacer frente a su nómina,

hacía casi un año. Los camiones, parados la mayoría de los días, envejecían y se transformaban en problemas añadidos, como ancianos achacosos.

«Creo que tenemos algo», le había dicho Santiago.

La enfermera recolocó la almohada sobre la que descansaba la cabeza de la madre de Marcial. La mujer

se dejaba hacer, laxa, sin oponer resistencia.

Al levantar la manta para estirarla, Sara vio el brazo derecho de la anciana, hasta ahora oculto bajo ella. Lo tenía doblado sobre su vientre. Su mano derecha cerrada en un puño, con fuerza. Una tensión que no existía en ninguna otra parte de su cuerpo.

—¿Duele? —preguntó

Sara y, ante la mirada de la

enfermera, se explicó—. La diálisis, todo este proceso: ¿le puede causar dolor?

—No creo —le contestó la enfermera mientras arreglaba la manta y volvía a taparla—. O, por lo menos, no más que una extracción de sangre normal.

—¿Le importa? —le dijo Sara levantando de nuevo la manta y descubriendo esa mano que la anciana mantenía cerrada.

—Eso no quiere decir nada —la tranquilizó la enfermera.

Víctor entró en la habitación.

—Marcial Nerín está fuera. ¿Quieres hablar con él? —le preguntó.

Sara volvió a tapar a la mujer. Salió de la habitación y siguió a Víctor por un pasillo hasta una habitación vacía. Marcial esperaba de pie junto a la ventana. Un

guardia civil les franqueó la entrada y, después, cerró la puerta.

—¿A qué viene esto? —le dijo Marcial al verla, haciendo un esfuerzo por no levantar la voz—. Vienen a mi casa como si fuera un delincuente.

—¿Dónde estaba anoche? Desde las diez, hora a la que salió de Monteperdido, hasta que llegó a primera hora al hospital —se contuvo Sara.

—En la carretera —
contestó él—. ¿Me has
sacado de la cama para esto?

—Debió de ser un viaje
muy largo —insistió Sara
aunque empezó a notar que
era incapaz de concentrarse
en la conversación con
Marcial. Su cabeza había
empezado a caminar en otra
dirección.

—Marcial, ¿por qué no
nos dejamos de tonterías? —
terció Víctor—. Te ha hecho

una pregunta; ¿qué tal si contestas con la verdad? Y no me digas que tardaste nueve horas en llegar a Barbastro...

Marcial miró desconcertado a Víctor. Había notado el hastío en las palabras del guardia civil. El hartazgo del que se ve obligado a hablar con un imbécil. Levantó ligeramente la cabeza y miró al sargento de la Guardia

Civil con altivez; una mirada que resbaló desde su ojos y descendió por la pendiente de su cara hasta salir despedida por el trampolín de su mandíbula hacia Víctor como si fuera un escupitajo.

—¿Tú también me vas a venir con gilipolleces? —añadió con desprecio Marcial.

—Joder —murmuró Víctor y, después de lanzar

un resoplido, cogió de la pechera a Marcial y lo estampó contra la pared, que retumbó con el golpe—. Esta noche han matado a un policía. ¿Me vas a hacer perder el tiempo? ¿Estás hablando en serio?

La sorpresa en la expresión de Marcial parecía genuina. Tartamudeó, preguntó quién había muerto, ¿alguien del pueblo?, y no disimuló el

alivio al saber que el cadáver pertenecía al inspector Baín, pero Víctor le hizo volver a la noche pasada. A ese viaje que parecía eterno.

—Llovía mucho —
empezó a explicarse Marcial
—. Y no me fiaba del río;
sabes que no nos dio tiempo
a limpiarlo bien. Me salí de
la carretera, a la altura de la
carretera de Francia. El túnel
del Ixeia queda en alto, me
pareció un sitio seguro.

Tiene una zona dentro de la montaña, a resguardo de la lluvia, y esperé allí con mi madre a que parara un poco.

Sara le dio la espalda a Marcial; algo empezaba a tomar forma en su cabeza. Era una idea construida a base de intuiciones, de sensaciones. La intentaba moldear para conseguir expresarla, pero algo seguía sin encajar. Algo que le impedía descubrir en esa

amalgama de estímulos una figura reconocible.

—Cuando llegué a Barbastro, pasé primero por mi casa —siguió justificándose Marcial—. Pregúntale a los vecinos. A lo mejor alguno nos oyó llegar. Aseé un poco a mi madre antes de traerla al hospital.

Víctor lo soltó. Sabía que no quedaba dónde escarbar. Buscó en Sara una orden que

le dijera por dónde continuar.

—¿Dónde está Elisa? — preguntó Sara sin mirar a Marcial.

—No lo sé. En casa, supongo. —Pero en su voz se coló un temblor de indecisión.

—Salió contigo de Monteperdido —insistió Sara—. ¿Dónde está ahora?

Marcial buscó protección en la mirada de Víctor, pero

él no se la dio. Esperaba con la misma urgencia que Sara una respuesta. Marcial se estiró la camisa, arrugada tras la embestida de Víctor, y recorrió con una mano su cabeza rapada. Las aletas de su nariz se inflaron al tomar aire, ensanchándola aún más.

—Tuvimos una discusión.

—Y Marcial intentó apoyarse de nuevo en Víctor

—. Tú sabes cómo es mi

hija. Nunca se recuperó y...
ahora, encima, va y habla en
favor de Álvaro. ¿Cómo
quieres que me lo tome? El
mismo hijo de puta que le
arruinó la vida...

—¿Dónde está Elisa? —le
cortó Víctor, tenso.

—¡Te he dicho que no lo
sé! —gritó Marcial,
frustrado. La impotencia
asomaba en sus gestos ahora
que parecía tomar
conciencia de todos sus

errores—. Nos peleamos y ella se volvió andando al pueblo... Estará en casa o... ¡yo qué sé! Metida en la cama con uno de esos turistas...

Víctor contuvo su rabia. En el pueblo, todos sabían qué había entre Marcial y su hija; como una de esas verdades que, si nadie dice en voz alta, se cree que pueden desaparecer. ¿Qué había hecho Monteperdido

por Elisa? Girar la cabeza, mirar para otro lado, mientras ella se consumía al lado de Marcial. ¿Quién había querido ver la realidad? Y, como un descubrimiento que siempre había estado delante de sus ojos pero que siempre se había negado a ver, asumió que el pueblo también había construido una fábula desde que las niñas desaparecieron. Una historia

en la que, primero, habían culpado a Álvaro y, después, a cualquier extranjero, alguien que no formara parte de esa tierra. Un relato con el que sentirse cómodos. Inocentes.

Monteperdido se había comportado de igual forma con Elisa: ¿quién quería reconocer que sabían lo que ocurría entre ella y su padre? Una punzada de vergüenza se clavó en su estómago.

Pensó en qué miradas había encontrado Elisa en la gente del pueblo cuando se había vuelto hacia ellos buscando ayuda. Miradas que la reflejaban como una desequilibrada, como una niña marcada por la relación con Álvaro. Y, en ese espejo, Elisa no podía encontrar consuelo.

Sara rompió el silencio de la habitación al salir, decidida, dejando la puerta

batiendo a su espalda. Recorrió el pasillo de vuelta. Víctor la siguió, preguntándole qué pasaba, pero la policía no le dio respuesta alguna. Ella entró en la habitación donde la madre de Marcial recibía la diálisis y, al pasar, Víctor se vio obligado a detenerse. Su móvil empezó a sonar; era una llamada del cuartel y prefirió contestarla en el pasillo.

En la habitación, Sara se acercó a María de Laude. La anciana aún estaba recibiendo el tratamiento. Sara levantó la manta que le cubría las piernas y el brazo que tenía doblado sobre el regazo. Cogió el puño que la anciana mantenía apretado. La miró a esos ojos que parecían un naufragio y le preguntó:

—¿Qué estás escondiendo?

En algún lugar perdido de su cerebro quedaba un atisbo de luz, una ligera consciencia que estaba lanzando señales desde ese agujero. Sara deshizo el puño, dedo a dedo, como si fuera un nudo, hasta descubrir la palma de su mano. Guardaba rastros de suciedad y una mancha parduzca, de un rojo apagado. Era sangre.

—¿Tiene alguna herida?

—le preguntó a la enfermera que la atendía.

—Ninguna, que yo sepa —le dijo ella.

—Necesito un análisis de esta sangre. Si no es de ella... —Sara abandonó su frase a mitad, flotando en el aire, mientras la completaba sólo para sí misma: ¿de quién es?

Víctor entró en la habitación. Estaba colgando el móvil cuando Sara había

empezado a dar órdenes a un agente al que había hecho pasar al cuarto.

—Quiero que la cotejen con alguna muestra de Elisa o, si no hay nada, con la de Marcial —le decía Sara, que, al ver acercarse a Víctor, notó su desconcierto —. ¿Ha pasado algo?

—Rafael le ha dicho a Pujante que faltaba un camión. Tuvo que salir poco antes de que el inspector

Baín llegara a la nave. Está camino de Barcelona. Es un camión frigorífico, con carne de ternera. Han hablado con el conductor y dice que no vio nada.

—Pero... —le dijo Sara acercándose a él—. Porque hay un pero, ¿verdad?

—El conductor ha dicho que, antes de salir, estuvo con Gaizka; le pidió que llevara unas cajas a un polígono de aquí, de

Barbastro. He dicho a todos los agentes que, ahora mismo, la prioridad es localizar a Gaizka.

—¿Dónde está ese polígono? —le preguntó Sara y, aunque intentaba centrarse en esa nueva sospecha, Gaizka, algo le hacía desconfiar. Como si esa puerta que se había abierto en el laberinto fuera una trampa, un cebo para obligarla a desviarse del

camino correcto. A pesar de esa sensación, Sara sabía que, hasta que no cruzara el umbral, no lo sabría con seguridad.

La carretera que cruzaba el pueblo, la avenida de Posets, estaba casi desierta. Era extraño encontrarla así en un día laborable de julio. Lo normal habría sido cruzarse con los coches de alquiler de

los turistas, un atasco en el semáforo de la plaza de la iglesia, un autobús de excursionistas. Gaizka tamborileaba sobre el volante y no dejaba de mirar la aguja de la velocidad, estabilizándola alrededor de los cincuenta kilómetros por hora.

Un verano extraño. La presencia policial había ahuyentado el turismo como

una mano que se sacude las moscas. Mal negocio.

Respira, se decía. ¿A ti qué cojones te importa el negocio?

En el maletero viajaba el rifle. ¿Qué iba a hacer con él?

Redujo la velocidad al atravesar un charco y notó cómo una rueda delantera se hundía ligeramente en él.

Las aceras también estaban despobladas. En la

puerta de una tienda de ropa, la dependienta se encendía un cigarrillo con un gesto de aburrimiento. La cafetería La Corza Blanca, en la esquina del camino al puente del colegio, mostraba unas mesas vacías a través de la cristalera. La camarera, acodada en la barra, pasaba hojas del periódico con aire indolente.

Monteperdido parecía un pueblo sacudido por alguna

desgracia tras la que sus habitantes se han quedado sin fuerzas para pisar la calle.

Le vino a la cabeza una noticia de un telediario: un autobús con escolares se estrelló al regreso de una excursión. No podía recordar cuántos niños habían muerto ni dónde había sucedido, pero supuso que el ambiente de ese pueblo en los días de duelo

debía de ser similar al que
ahora reinaba en
Monteperdido.

Pensó: desmontar el rifle
y enterrarlo por partes en
alguna montaña. A los pies
de la Kregüeña. Ésa era una
de las posibilidades que
barajaba.

¿Le quedaba algo de coca
en casa? Creía que sí.
Decidió que iría allí antes de
hacer nada. La necesidad de
meterse un tiro le nublababa el

pensamiento, le impedía razonar con claridad.

Notó cómo su pierna izquierda se movía histérica en el suelo del coche. Se puso la mano sobre el muslo, intentando contenerla.

Tirar el rifle al río era otra posibilidad.

O quizá conducir hasta el hotel de La Guardia, asomarse al mirador y

dejarlo caer para que se rompa en mil pedazos.

¿Quién sería capaz de reconstruir ese rompecabezas?

El final estaba a la vuelta de la esquina. Sabía que los policías darían con el almacén en el polígono, ¿y qué? El conductor del camión, ¿cómo se llamaba?, ahora era incapaz de recordarlo, no podría decir

nada que él no pudiera defender.

Tuvo un arretrato de chulería, como el que sale de su escondite para enfrentarse a un animal salvaje a pecho descubierto. Venga, venid a por mí.

Pero tenía que tranquilizarse y, para eso, necesitaba una raya. Quizá dos.

Dejó atrás Monteperdido

y siguió ascendiendo la carretera hacia Posets.

Montserrat esperaba en el jardín trasero de la casa de Raquel. Miró su casa; a esa hora de la mañana el sol pegaba con fuerza en las habitaciones. Pronto tendrían que encender el aire acondicionado para poder retrasar, perezosa, la hora de

salir de la cama en los días de fiesta.

Se había levantado un día despejado tras las lluvias. La rebeca que llevaba le estaba sobrando, acalorada. O, quizá, era consecuencia del nerviosismo.

¿Qué esperaba de esta conversación? No sabía darse una respuesta. Era una necesidad instintiva, como la de la madre que, en mitad de la noche, se despierta y tiene

que ir a la habitación de sus hijos para comprobar que se encuentran bien. Que todavía respiran.

Esa necesidad había nacido al ver el dibujo de su hija en el móvil. Algo se había transformado dentro de Montserrat en ese momento. Siempre temiéndose lo peor, siempre esperando un desenlace trágico para su hija, ahora

tenía la sensación de que su mirada había cambiado.

Ana entró en el jardín siguiendo a su madre. Llevaba una gorra negra y la visera escondía sus ojos. El vestido, con un estampado de flores, destacaba la blancura de su piel. Montserrat inició una disculpa ante la niña que Raquel interrumpió.

—Ya está olvidado —le prometió.

Nadie le guardaba rencor por su reacción cuando fueron a visitarla a su casa.

Se sentaron alrededor de la mesa de teca que Raquel sacaba al jardín en cuanto hacía buen tiempo. Montserrat rechazó con una sonrisa el café que le ofreció Raquel. ¿Por dónde empezar? ¿Cuál debía ser la primera pregunta? Se contuvo las ganas de saber si Lucía hablaba mucho de

ella. No era una inquietud egoísta, sino la necesidad de saber que el vínculo que la unía a su hija era recíproco. ¿Lucía echaba de menos tanto a su madre como Montserrat a ella?

—Lucía siempre me contaba cosas de ti —le dijo Ana como si le hubiera leído el pensamiento—. Los bizcochos de chocolate con mermelada de fresa que hacíais los domingos, que le

encantaba estar contigo en la cocina, con el calorcito del horno cuando fuera estaba nevando.

Montserrat notó cómo le temblaba el labio superior al sonreír. Se había propuesto no llorar, o, al menos, no demasiado, pero ahora le daba la impresión de que no iba a ser fácil contenerse.

—Y que le cantarás — añadió Ana—. Al principio, cuando nos íbamos a dormir,

siempre canturreaba una
nana que tú le enseñaste.
Una de unos barcos piratas,
¿te suena?

Montserrat recordó la
melodía y, con ella, las
noches al borde de la cama
de su hija, acariciando su
pelo castaño mientras ella se
dejaba arrastrar al sueño:
*«Barcos piratas vendrán
navegando por tu ventana, y
te llevarán a las estrellas.
No tengas miedo. Cuando*

despiertes, me encontrarás, durmiendo a tu lado, en la arena de la playa».

—No sé qué preguntarte —le confesó Montserrat. ¿Cómo reconstruir la vida de su hija con sólo unas preguntas?

—Lo que quieras —le dijo Ana.

—¿Por qué no le cuentas qué es lo que le gusta hacer a Lucía? —intervino Raquel

—. ¿Cómo pasabais los días?

Ana se encogió de hombros y torció la mirada hacia el pinar que se abría a la espalda de la urbanización.

—Eso es complicado —reconoció la chica con la preocupación infantil de la niña que se enfrenta a una pregunta de examen—. Nos inventábamos canciones. Escuchábamos la radio.

Durante un tiempo tuvimos una tele así, muy pequeña. —Ana enmarcó entre sus manos el tamaño del aparato, no más grande que un libro—. Se veía muy mal. A Lucía le gustaba mucho Hannah Montana, una serie...

—Es bastante famosa —reconoció Montserrat.

—También leíamos. Bueno, sobre todo yo. Nos traía libros viejos y a Lucía

le gustaba que yo se los leyera. A veces se quedaba dormida y luego, si yo seguía leyendo, tenía que volver al sitio donde ella se había quedado frita...

—¿Cuál fue el libro que más le gustó? —quiso saber Montserrat.

—Es que no teníamos mucho para elegir. Los de poesías, esos no. Le parecían un rollo. —La cara de Ana se iluminó al recordar,

levantó la barbilla y el sol se reflejó en su piel, en sus ojos negros que habían estado escondidos bajo la visera hasta ese momento—. *Los juegos del hambre*. Ése le encantó. —Después, quejándose en broma, añadió—: Se reía un poco de mí. Ponía voz de pesada y decía: «Ese techo tranquilo, campo de palomas, palpita entre los pinos y las tumbas» Un poema que yo me había

aprendido —se explicó y continuó, casi con una risa —: Le volvía loca que me aprendiera poemas.

—¿Te aprendiste poemas?
—preguntó Raquel con una sonrisa y, durante un momento, se sintió tentada de comentar lo que les costaba que las niñas leyeran algo cuando estaban en el colegio. Prefirió callar. La normalidad que había llegado a su casa todavía no

había asomado la cabeza en la de Montserrat.

Una nube tapó el sol y el jardín se oscureció mientras Ana seguía contando anécdotas deslavazadas. Algunas de los primeros meses se entremezclaban con las de una época en la que ya habían asumido que ese encierro iba a ser para el resto de su vida. Habían crecido mirándose la una a la otra, imitando modelos de

la radio y la televisión, de los libros que habían caído en sus manos. El tiempo que cualquier adolescente vive con ansiedad había sido para ellas una especie de balsa inmóvil en la que se habían sumergido durante cinco años. Montserrat se arrebujo en su rebeca, un débil viento arrastró el frío de las montañas. Levantó la mirada al cielo —campo de palomas, pensó—, a la nube

rojiza que se había desplazado ante el sol y vio cómo suavemente se iba desgajando, aunque todavía proyectaba su sombra sobre ellas.

—Lo que más le gustaba a Lucía eran las Barbies — recordó Ana—. Se pasaba un montón de tiempo jugando con ellas, vistiéndolas, inventándose tonterías... A veces, con un rotulador rojo, les dibujaba

caras; una sonrisa, lágrimas, colorete... Él le traía esos vestidos y muñecas... Llegó a tener más de veinte.

«Él le traía...» Como un invitado que llega de puntillas, ese hombre se deslizó en el recuerdo de Ana. Montserrat imaginó a su hija arrodillada en el refugio, las rodillas clavadas en el suelo de madera, moviendo las muñecas mientras fingía sus voces y,

tras ella, la silueta de ese monstruo. Disfrutando de la tortura.

El peso de esa sombra le hizo esconder la mirada a Montserrat, como si una mano invisible le hubiera cogido de la nuca y le obligara a agachar la cabeza. Sintió el contacto de Raquel. Su amiga la había cogido de la mano, la sujetaba, intentaba impedir que se precipitara por un barranco

lleno, otra vez, de miedo y rabia. Su hija estaba viva. Eso era lo único que importaba. Podía sentir esa vida en las palabras de Ana.

—Hasta que un día se aburrió de las muñecas — dijo Ana—. Lucía era así. Un poco... —Ana tardó unos segundos en encontrar la palabra adecuada—. Un poco caprichosa. Tan pronto le daba por una cosa y había

que estar a todas horas con eso, como se olvidaba...

El calor del sol volvió a calentar su piel. La nube se había roto y el cielo estaba limpio. Montserrat no vio en la descripción de Ana desprecio alguno. No sintió el ligero reproche que, como un ladrón de guante blanco, se había colado en su entonación. Reconocía a Lucía en ese comportamiento. A la

misma niña que había corrido por los pasillos de su casa, que la perseguía exigiendo unos patines para, nada más conseguirlos, dejarlos olvidados en un armario. La niña que, de la mano de Joaquín, recorría las jugueterías señalando con el dedo aquí y allá. Todo lo que quería y que casi siempre conseguía.

Los defectos de su hija, en lugar de preocuparle, ahora

le hacían sentirla más cercana. Tenía la sensación de que, si un día volvía a abrazar a Lucía, podría encontrar a la misma niña que se perdió en el bosque. Mimada; ¿y de quién era la culpa? De ellos. Sus padres. Pero también risueña y siempre dispuesta al juego. Besucona, tierna como un bebé a pesar de que, cuando desapareció, ya empezaba a ser mayor. Cabezota y

exigente, incapaz de aceptar que algo le fuera negado. Aunque físicamente se parecía más a ella, castaña y de ojos almendrados, una piel fina, ligeramente dorada, los mismos labios delgados que Montserrat siempre había detestado en su propia boca, la herencia de Joaquín era una bandera clavada en tierra ajena que le otorgaba propiedad: su nariz fuerte, recta. Su carácter.

Montserrat se dio cuenta de que el tiempo había pasado cuando el porche de su casa empezó a proyectar sombra en el jardín trasero. A esa hora, ella solía tomar el aperitivo. Poco antes de comer. El voladizo de madera que Joaquín había levantado les protegía del sol y, en verano, del calor. Salía al jardín con una cerveza fría, algo para picar y se sentaba a ver el pico de

la Kregüeña, que se alzaba sobre el pinar que les rodeaba. Aquel tejado de madera fue de las primeras cosas que hizo Joaquín al mudarse a la urbanización Los Corzos. No lo necesitaban, apenas si había dos meses al año de verdadero calor, y Montserrat siempre pensó que su marido había insistido en construirlo más por diferenciar su casa de las

demás, todas idénticas, que por una cuestión de necesidad.

Ana había estado hablando de Lucía durante toda la mañana, apenas interrumpida por Montserrat y Raquel, pero ya empezaba a parecer cansada.

Montserrat se levantó la primera y abrazó a Ana.

—Gracias, de verdad —le susurró.

Raquel la acompañó a la

puerta. Antes de despedirse, Montserrat le dijo que le gustaría arreglar las cosas.

—Con Álvaro también —añadió—. Sé que le hemos hecho mucho daño.

—Tendremos tiempo —la tranquilizó Raquel.

Montserrat entró en su casa. Joaquín estaba esperándola en el salón. Ella lo había olvidado. Al principio se había sentido insegura, como si en

cualquier momento pudieran descubrirla pero, después, conforme se adentraba en los recuerdos de Ana y empezaba a ver con más claridad a su propia hija, simplemente había dejado de ocupar un espacio en su cabeza. Ahora se sentía culpable. Una estafadora.

—Dámelo —le dijo Joaquín acercándose a ella—. A ver qué ha grabado.

Montserrat buscó en su

bolso, sacó el móvil y lo desbloqueó. En la pantalla seguía activa la grabadora de voz que había puesto antes de que Ana llegara al jardín, mientras miraba cómo el sol golpeaba la pared de sus habitaciones.

—Esto no está bien, Joaquín —intentó resistirse.

—Tú no has visto cómo está la policía. ¿De verdad te crees que va a conseguir algo? El que llevaba todo era

Baín. ¿Qué quieres?

¿Quedarte de brazos cruzados hasta que manden a otro inspector?

—Me han abierto la puerta de su casa... y nosotros... Si por lo menos se lo contáramos antes.

—¿Para que Álvaro diga que no? —le contestó Joaquín cogiendo el móvil. Detuvo la grabación. La puso al principio y comprobó que toda la

conversación con Ana había quedado registrada en el móvil—. Cariño, si no hacemos algo nosotros, no lo hará nadie.

Joaquín le dio un beso en la mejilla a Montserrat, un beso fugaz, de compromiso. Luego salió de la casa. Ella miró las paredes del salón. Las fotografías de Lucía cuando era una niña, como un altar en memoria de un muerto, y, por primera vez,

tuvo ganas de arrancarlas.
Lucía no estaba muerta.
Vivía muy cerca de ellos.
Jugaba y se reía, se enfadaba
y seguía arrugando la nariz
de aquella forma en la que lo
hacía cuando recibía una
regañina. No era un cadáver.

Sara y Víctor siguieron al
guardia jurado por el pasillo
de una amplia nave en el
polígono La Portellada, al

sur de Barbastro, en la
carretera de Huesca. A
ambos lados del pasillo se
extendían hileras de
trasteros, cerrados por
persianas metálicas que
ascendían hasta el techo de
la nave. Una luz amarillenta
se filtraba a través de los
cristales esmerilados del
techo y le daban a la piel
extremadamente blanca del
guardia jurado un matiz
enfermizo, cirrótico. Les

había esperado a la entrada del polígono y, en moto, los guió hasta esa nave, donde el camionero de la empresa de Joaquín había dejado unas cajas al principio de la noche. El guardia jurado acababa de empezar su turno.

—Era el número treinta y siete —les informó el guardia jurado buscando la llave entre un montón de

pequeñas llaves de seguridad que colgaban de su cinturón.

Víctor se adelantó unos pasos, expectante ante lo que esa persiana podía descubrir. Sara se dejaba llevar por la lógica de la investigación, aunque la sensación de que el rumbo que habían tomado no era el correcto seguía estando ahí, como un nudo en el estómago. Pero ¿hacia dónde tenía que girar? ¿En qué momento debía salirse

de esta línea? Miró esa nave, repleta de puertas cerradas. ¿Cuál debía abrir?

El guardia jurado se agachó y los pantalones dejaron ver el nacimiento de un culo tan blanco como la piel de su cara. Zacarías, le había dicho que se llamaba cuando se presentaron en la entrada del polígono. Víctor lo saludó entonces con una familiaridad forzada, de esa forma con la que se estrecha

la mano de alguien cuyo nombre has olvidado o, quizá, nunca llegaste a memorizar. Zacarías lo llamó por su nombre de pila, Víctor, y quiso saber qué andaban buscando en «sus dominios». Así se refirió al polígono, con una sonrisa bobalicona, a la vez que abría el brazo hacia las naves que se repetían idénticas por sus calles. Con un quejido, Zacarías levantó

la persiana. El roce metálico del mecanismo provocó un eco agudo en la nave. Algo así como un grito que se iba perdiendo en la distancia.

Víctor entró en el trastero y localizó las dos cajas de madera que el camionero había dejado. Buscó una palanca para abrir los palés, cerrados con clavos.

—No sé si esto es legal — dijo el guardia jurado, aunque tampoco parecía

importarle demasiado que no lo fuera.

Mientras Víctor se esforzaba en abrir los palés, el guardia jurado se apartó de él y se apoyó en una pared. Sara se fijó en cómo miraba con indiferencia el trabajo del guardia civil. Luego, sacó un paquete de tabaco arrugado de su bolsillo y se encendió un cigarrillo.

—¿Qué tiene esto que ver

con las niñas desaparecidas?
—les preguntó.

Víctor lo miró un instante, molesto, antes de seguir bregando con la caja en silencio. ¿Qué tenía que ver?, se preguntaba también Sara. ¿Podía haber sido Gaizka quien se las llevó? ¿Qué había en esas cajas? Zacarías cerró la boca para contener un eructo pero no consiguió ocultar el ruido de sus tripas y un olor a café y

tabaco se mezcló con el del polvo y la humedad del trastero. Un leve temblor sacudió sus mofletes.

Víctor levantó la tapa del palé, la tiró al suelo y metió la mano en la caja. Con un gesto de decepción sacó un casco negro manchado de pintura roja y amarilla. ¿Qué esperaban encontrar ahí dentro? Sara se acercó para mirar el interior de la caja. Nada más que cascos de

paintball. Sabía que la otra tendría el mismo contenido.

—¿Qué cojones es eso?

—les preguntó Zacarías después de dejar escapar una nube de humo de su boca.

Víctor dejó caer el casco al suelo. Cogió la palanca y fue a abrir la segunda caja.

—¿Vio cómo el conductor del camión descargaba estas cajas? —le preguntó Sara a Zacarías.

—Yo mismo tuve que

hacerlo —le contestó el guardia jurado—. Juan, el conductor, tiene una hernia y no puede cargar peso...

Dentro de la segunda caja, idéntico cargamento: más cascos de paintball.

—¿A nombre de quién está el trastero? —preguntó Sara.

Por primera vez desde que se habían encontrado con él, el guardia jurado se mostró incómodo. Refunfuñó algo

acerca de que no tenía permiso para dar esa información. Tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó hasta deshacerlo. Se acomodó los pantalones, que empezaban a resbalar por debajo de una cintura que había desaparecido bajo una barriga blanda, colgante. Víctor se sentó en el borde del palé y le dijo que, si lo prefería, podían quedarse

allí hasta conseguir una orden.

—Esto es de Vicente Serna —acabó reconociendo Zacarías—. Toda la nave.

Sara miró a Víctor buscando una explicación a ese nombre. El sargento de la Guardia Civil se levantó y arrastró el polvo del suelo con la puntera de su bota. Luego se estiró en su uniforme e intentó fingir que era un dato sin importancia.

Mientras cogía el casco de paintball del suelo y lo lanzaba dentro del palé, le dijo:

—Es el dueño del hotel de La Guardia. Está al final de la carretera. En la montaña.

El chasquido del casco al golpearse con los que estaban en la caja retumbó en el trastero.

Sonó su móvil. En la

pantalla vio el nombre de Noguera, el puto guía de los descensos. Le colgó, pero Gaizka sabía que volvería a llamar, así que también decidió quitarle el sonido al teléfono. Había encontrado en el bolsillo de unos vaqueros tirados a los pies de su cama algo más de un gramo. Se preparó un par de filas en la mesa de cristal del salón. Se le durmieron las encías y empezó a sentirse

más tranquilo. Había tomado una decisión, así que cogió las llaves del coche y echó un vistazo a su casa.

Gaizka tenía un pequeño apartamento en Posets de no más de sesenta metros cuadrados. Le gustaba sentirse modesto. El dinero se acumulaba en cajas de zapatos en el armario. Era lo único que tenía realmente ordenado. El resto de la casa era una pocilga. La ropa

sucia se repartía por la habitación, sobre la cama, en el suelo, como si fueran las consecuencias de una acalorada pelea de pareja. ¿Qué pareja?, se preguntó Gaizka. El olor a zapatillas y sudor impregnaba cada esquina. En la cocina, las sobras de comida pegada a unos platos que se elevaban en el fregadero formando una pila que parecía estar llegando a su límite. Abrió

la ventana del salón y el aire limpio invadió la casa.

Quizá había llegado el momento de parar. De cerrar esa casa y marcharse del valle.

¿Cuánto dinero había ahorrado? Suficiente para empezar en otro sitio. Podría pasar unos años sin trabajar.

A veces se veía a sí mismo como un asceta, un monje que llevaba una vida

austera y dedicada a la meditación en la montaña.

El monje cocainómano, se rió.

Salió de la casa y se subió al coche. Arrancó. El rifle seguía durmiendo en su maletero.

Iba a conducir hasta el puente y, allí, giraría a la derecha. Seguiría montaña arriba, dejando a su espalda Monteperdido, hasta el hotel de La Guardia. Dejaría caer

el rifle por el mirador. El barranco era inaccesible y una de las primeras zonas donde se acumulaba la nieve a la llegada del invierno. Su secreto quedaría oculto.

Recordó un refrán que muchos repetían en el valle: «*Dios mos libre de la néu polvina y de la mala vecina*». ¿Quién soy yo?, se preguntó. «Dios nos libre de la nieve en polvo y de la mala vecina.»

¿Nieve en polvo o mala vecina?

Tenía que esperar un par de días. Luego, metería el dinero en el maletero y se iría del valle.

Condujo por la carretera hacia Monteperdido fantaseando con el lugar donde iba a trasladarse. Estaba harto del frío, de los inviernos nevados, eternos. Buscaría un lugar cálido. Quizá en Canarias.

Dejó atrás el camino que llevaba a su negocio de excursiones. Aventura en Posets. Menuda aventura, se dijo. Cruzó el río y el coche traqueteó sobre el firme de piedra del puente. Al llegar a la carretera de Monteperdido, giró a la derecha. Todavía quedaba lejos el hotel de La Guardia, escondido entre las montañas. Si admiraba a alguien, ése era Serna. El rey

de un territorio inhóspito,
satisfecho con sus dominios.
Seguro, como el ciervo que
pasea entre riscos
inalcanzables.

Las luces parpadeantes de
un coche de la Guardia Civil
se reflejaron en el retrovisor.
No los había visto acercarse.
Le estaban haciendo señas
para que se detuviera en el
arcén.

Sintió cómo los nervios se
anudaban alrededor de su

garganta dejando sólo un estrecho conducto por el que le costaba respirar. Pensó en pisar el acelerador y huir, pero se contuvo: ¿qué tenían contra él? Nada. Había planeado una respuesta para cada pregunta. Además, ¿dónde iba a ir? Estaba subiendo una carretera que moría unos kilómetros después. No tenía escapatoria.

Tardó demasiado en

reducir la velocidad; se dio cuenta cuando, además de las luces, los guardias civiles encendieron la sirena.

Entonces, Gaizka bajó de marcha, puso las luces de cruce y, lentamente, aparcó el coche en un estrecho arcén. A su derecha, tras el quitamiedos, la montaña se quebraba y se hundía en un barranco. Otro más. Por primera vez pensó en esta tierra como en un rostro

marcado de cicatrices. Vio cómo el todoterreno de la Guardia Civil también se detenía tras él. Por el espejo reconoció a Pujante. Se había bajado del coche y caminaba hacia su coche. Bajó la ventanilla.

Respira, se dijo.

—Perdona, iba en las nubes y no había visto las luces —se disculpó en cuanto Pujante llegó a su lado.

—¿Qué tal, Gaizka?

Tengo que llevarte al cuartel. Víctor quiere hablar contigo.

—¿Tiene que ser ahora?

—preguntó Gaizka.

—Sí. Ahora. —Pujante quiso sonar firme. Gaizka dejó escapar una sonrisa nerviosa. Intentó borrarla y se frotó la nariz en un gesto que ya era un tic.

—Está bien, te sigo —le dijo Gaizka—. ¿Tienes

alguna idea de qué va la cosa?

—Lo siento, pero no —le contestó Pujante dándose la vuelta para regresar a su todoterreno.

Gaizka levantó la mirada a la carretera que ascendía hasta La Guardia. Empezó a maniobrar para darse la vuelta. Pujante, en mitad de la carretera, vigilaba que no subiera ningún coche mientras Gaizka se cruzaba

en mitad del asfalto para bajar a Monteperdido. Había estado tan cerca de terminar con todo que cada pequeño retraso que había tenido desde que recuperó el rifle cayó en su memoria como un alud de reproches. La necesidad de meterse un tiro, los segundos que se detuvo en su casa antes de salir, mirando el caos que era su apartamento. Si sólo hubiera evitado alguno de esos

momentos, Pujante no le habría dado el alto.

Al enfilear la carretera, ahora, en dirección a Monteperdido, recordó la llamada. Se acercó en el coche al todoterreno de la Guardia Civil, Pujante empezaba a hacer la misma maniobra que él había hecho antes. Sólo un par de kilómetros más abajo, justo después del puente de Posets, estaba el barranco de

Oscuros de Balced. Gaizka sacó la cabeza por la ventanilla.

—¡Pujante! —le gritó. El guardia dejó de mirar la carretera para centrar su atención en él— ¿Te da igual si paramos antes un momento en Oscuros? Es que me ha llamado Noguera. Está con unos turistas y tengo que darle unas cosas que llevo en el coche. Le

hacen falta para el descenso...

Pujante se lo pensó un instante antes de decirle que sí.

Álvaro aprovechó la mañana para visitar al médico de Monteperdido. Le alineó el hueso del tabique y le puso una venda nasal. La hinchazón bajo sus ojos se había hecho más evidente

con el paso de las horas. También el dolor era más agudo y, a pesar de los calmantes, seguía notándolo, como agujas que iban desde el hueso de la nariz a la parte posterior de sus ojos. Sin embargo, no se encontraba mal.

No reparó en que las calles estaban medio vacías. Tampoco en que ella le iba siguiendo.

El río, sucio tras las

lluvias, había aumentado su caudal, pero descendía suavemente, sin que las corrientes alteraran su superficie. Lisa, llana.

Todavía quedaban algunas furgonetas de prensa a la entrada de la urbanización. Habían establecido el lugar como su punto de encuentro. Sin embargo, prácticamente todos los periodistas se habían marchado.

Hoy, la noticia era la muerte del inspector Baín.

¿Cuánto tiempo tardarían en olvidar completamente a su hija?

Le resultó cínico pensar que la paz de Ana dependía de un número concreto de muertes, de una desgracia aún mayor. ¿Qué tragedia podía hacer que esos periodistas cogieran sus cosas y se fueran del valle

detrás de un olor más intenso?

Atravesó el puente del cuartel y, al fondo de la carretera, reconoció la silueta del colegio. Sabía que no volvería a trabajar allí, pero el futuro había dejado de inquietarle. Llevaba toda una vida mirando hacia atrás y hacia delante, al pasado y al futuro, sin reparar en el

lugar que estaba, en ese presente.

Ella le llamó cuando cruzó la carretera para internarse en el pinar. Álvaro se giró sorprendido al escuchar su nombre. No había reconocido su voz. Elisa avanzó decidida hasta él e intentó abrazarle. Álvaro notó su cara pegada al pecho y sintió asco. La apartó de un empujón.

—¿Qué te crees que estás

haciendo? —le dijo sin disimular su desprecio.

Los ojos de Elisa le miraron desconcertados.

Tenía mala cara, como si no hubiera dormido en toda la noche. La ropa sucia, manchada de barro seco, cuarteado, se pegaba a su cuerpo. Ella no sabía qué hacer con sus brazos, con sus manos, alejadas de repente del cuerpo de Álvaro.

—Ha sido una noche de mierda —casi le rogó—. Necesito que me abracés. Aquí no nos ve nadie.

—Me da igual que me vea el pueblo entero. —Álvaro la señaló con un dedo que contenía la rabia de toda su mano—. No quiero que vuelvas a acercarte a mí.

—¿Qué he hecho mal? —murmuró Elisa.

—Eres una puta loca.

El insulto de Álvaro le

hizo dar unos pasos atrás, como si las palabras la empujaran. Él se dio la vuelta y se alejó entre los árboles del pinar.

—Álvaro, no me des la espalda —le murmuró—. Te quiero.

Pero él no se giró. Siguió avanzando, haciéndose cada vez más pequeño.

Elisa notó cómo le ardía cada uno de los golpes de la espalda. Tuvo la sensación

de que las heridas volvían a abrirse. A sangrar.

—¡Te he salvado hijo de puta! —le gritó cuando ya había empezado a llorar—. Iré y les diré que todo era mentira. ¡¡Que eres un cabrón y que me violaste!!

Álvaro se detuvo antes de desaparecer entre los árboles.

—Haz lo que quieras. Ya nadie se cree una palabra de lo que digas.

Y, después, siguió caminando hacia el bosque, hacia su casa. Unos pájaros negros levantaron el vuelo sacudiendo las hojas de los árboles, asustados, quizá, por los gritos. Se perdieron en el cielo como motas de ceniza arrastradas por el viento.

Subían hacia Monteperdido cuando sonó el teléfono.

Víctor puso el manos libres para contestar. La voz de Pujante sonó ininteligible al principio. Sara cerró su ventanilla para evitar el ruido del viento.

—Estoy con Gaizka — repitió la voz metálica de Pujante en el altavoz.

—Nos vemos en el cuartel —le contestó Víctor—. ¿Me has oído?

—Sí, en el cuartel — confirmó Pujante—. Hemos

parado un momento en Oscuros de Balced, que tenía que darle no sé qué al guía y bajamos. En diez minutos estamos ahí.

Víctor despidió a Pujante y colgó el teléfono. Sara giró la cabeza hacia las montañas que, poco a poco, iban cerrándose sobre la carretera. Albádes y el collado Paderna; recordó cuando recorrió esa misma carretera junto a Santiago.

Entonces no sabía el nombre de esos montes.

—¿De qué conocías al guardia jurado? —le preguntó a Víctor.

—¿Zacarías? Creo que trabajó un tiempo en el negocio de Joaquín.

El coche seguía avanzando, introduciéndose en el embudo que formaban las montañas, hacia el túnel que daba paso al Valle Escondido. Se sentía algo

mareada, incapaz de fijar la visión en ningún punto. Más que adentrarse en la montaña, tenía la sensación de que estaban colándose por un sumidero, cayendo en una espiral, cada vez más rápido. Cerró los ojos.

Desde que Santiago había muerto todo lo que le rodeaba había adquirido esa indefinición propia de los sueños.

Recordó al guía, Noguera

se llamaba. Volvió a verlo, intentando guardar todos los aparatos necesarios para el descenso de barrancos en una mochila, frustrado. Dejando la puerta abierta para que Sara encontrara algo que le hiciera daño a Gaizka.

Sintió un vacío en los oídos. Debían de estar dentro del túnel.

«Ya puedes llamarle cien veces que no va a venir», le

había dicho Noguera aquel día.

Al abrir los ojos, ya habían dejado atrás el túnel y el congosto de Fall. El valle se abría ante ellos. Le molestó el esplendor de esa tierra en verano: deseó con todas sus fuerzas que fuera invierno, no este julio resplandeciente, como si cada trazo de color, cada hoja y cada animal fueran un insulto a Santiago. Quiso ver

las ramas desnudas, la vida enterrada bajo la nieve.

—Llámale —dijo Sara y, después, repitió más firme—. Llama a Pujante. Dile que no se separe ni un centímetro de Gaizka. Vamos al barranco.

Víctor aceleró, la urgencia de Sara parecía haberle hecho hundir el pie en el pedal. No hizo preguntas. Empezaba a conocerla y sabía que, cuando ella

hubiera ordenado las ideas, se las transmitiría.

Sara se incorporó ligeramente en su asiento. Comprobó que llevaba su arma en el cinto. Se llevó una mano al pelo, lo apartó de su cara y apretó la goma que lo recogía en una cola. Gestos automáticos mientras se preguntaba: ¿qué había hecho que Gaizka acudiera a una llamada de su guía? Justo cuando la Guardia

Civil le escoltaba camino del cuartel. No parecía el mejor momento para presentarse ante los clientes que alquilaban los servicios de su empresa.

«Ya puedes llamarle cien veces que no va a venir», recordó de nuevo.

Gaizka abrió el maletero. Bajo una gastada manta roja, estaba el rifle. Lo envolvió

en ella y asomó la cabeza por encima del capó. Pujante, paseando en pequeños círculos despreocupados junto a su todoterreno, hablaba por el móvil. Gaizka tuvo la sensación de que le vigilaba con una mirada de medio lado.

A la espalda de Gaizka estaba el barranco de Oscuros de Balced. Pujante le había seguido hasta el

cruce de Posets y, entonces, habían tomado un camino de tierra que desembocaba en la grieta; una brecha que se abría en el suelo, una fina línea que, al principio, parecía una sombra dibujada en el suelo y que, después, se iba ensanchando hacia el este, descubriendo su verdadera profundidad, más de cien metros. En el fondo, el río Grist, corría ruidoso hacia el Ésera, rebotando el

eco de sus aguas en las paredes del cañón, suaves como una piel infantil por la erosión, veteadas con los colores de una tierra, a veces caliza, otras de tonos imposibles, verdosos, resultado de los reflejos del agua y el sol al filtrarse en su interior.

Noguera estaba a unos cuarenta metros de él, preparando el descenso. Un grupo de cinco turistas

franceses esperaba entre risas el momento. Donde ellos estaban ya se podía intuir el río, aunque las paredes del barranco, curvas como toboganes, llegaban a rozarse en algunos momentos y bañaban de sombras el fondo. Noguera solía elegir esa zona donde, a mitad de descenso, se podía saltar a las pozas que el Grist formaba. Era un idiota, pero Noguera conocía

bien la zona; sabía dónde el río escondía rocas que podían matarte, a qué hora las paredes se transformaban en ese arcoíris de piedra.

Los forasteros se asomaban al barranco de Oscuros de Balced como si fueran exploradores alcanzando una tierra desconocida.

Monteperdido era un lugar lleno de aparentes secretos. Los turistas

recorrían los parajes que rodeaban el pueblo con la sensación de que podrían descubrir algo nuevo. Que podrían poner el pie en un lugar donde nunca había pisado el hombre.

Como ese río que descendía entre las sombras del barranco.

Hacía tiempo que todos los secretos de Monteperdido habían salido a la luz. Eran sus propios

habitantes quienes los habían envuelto en un aura de misterio, como el niño que se lleva el índice a los labios pidiendo silencio en el juego del escondite cuando lo han descubierto agazapado tras una esquina: «No le digas a nadie que estoy aquí».

Tan pronto se bajó del coche, Gaizka se acercó a Noguera y le pidió con un murmullo que no montara

ningún escándalo. El guía esperaba que hubiera traído unos arneses nuevos. Se negaba a seguir trabajando con ese material y, aunque le sorprendía que Gaizka hubiera acudido a su llamada, no iba dejar pasar la oportunidad para exigírselo.

—Está bien —le dijo Gaizka—. Voy a mirar en el maletero; creo que tengo ahí unos.

El coche estaba aparcado con el morro hacia el todoterreno de la Guardia Civil. Al levantar el maletero, Pujante no podía verle. Miró una última vez por encima de la puerta al agente, que abrió su coche para conectar el móvil al cargador.

Gaizka sacó el rifle envuelto en la manta con la delicadeza que uno mueve un objeto extremadamente

frágil. Dejó el maletero levantado para que le sirviera de parapeto tras el que ocultarse. Frente a él, Oscuros de Balced. Miró un instante atrás y pudo ver las botas de Pujante; se acercaba hacia su coche, hacia él.

—Gaizka —le dijo el guardia civil—. Vas a tener que esperar en mi coche a que llegue Víctor...

A sólo dos metros de él

estaba la grieta. En pocos pasos se podría situar en el borde y dejar caer el rifle; las paredes de la montaña lo atraparían como los dientes de un perro que agarran un hueso.

—¿Eso son los arneses?
—le gritó Noguera al verle con la manta en sus brazos envolviendo algo.

A Gaizka le habría gustado dispararle.

Reventarle esa estúpida boca.

Pujante estaba trazando una curva en su camino para poder ver a Gaizka. Evitar el coche, la puerta del maletero, que le obstaculizaba la visión.

—No... —contestó a Noguera. Gaizka sintió que se quedaba sin palabras—. Es... basura.

¿Por qué no se deshizo antes del rifle?

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó Pujante. El guardia civil ya podía verle, ridículo, con la manta en sus brazos al borde del barranco.

Gaizka se giró hacia el agente y le sonrió con un rictus nervioso, bobalicón. Después dio un paso más hacia los Oscuros de Balced. ¿Y si lo tiraba sin más? La estrecha abertura de la tierra parecía estar pidiéndoselo.

—No seas cerdo —le

gritó Noguera—. No tires basura al barranco...

Dios, cómo le habría gustado ver su cabeza explotando en mil pedazos.

Las risas de los turistas franceses se desperdigaron por la montaña. Gaizka los miró, desconcertado: ¿se reían de él? Sus bocas abiertas lanzando esas carcajadas. ¿De qué cojones se estaban riendo?

Al otro lado del barranco

se levantaba la Kregüeña. Al mirar la montaña le pareció ver a un profesor que le clavaba una mirada reprobatoria, las gafas colgando en la punta de la nariz. Pequeño imbécil, imaginó que pensaba la montaña.

Gaizka supo que, a partir de ese momento, sólo le quedaba una alternativa: correr.

Tiró de la manta y el rifle

cayó al suelo.

—¡Quieto! —le gritó Pujante, pero Gaizka no se giró para mirarle.

Vio la cara de idiota de Noguera.

Se agachó para coger el rifle, le quitó el seguro y, sin apuntar a ningún sitio, apretó el gatillo.

El disparo sonó como un cañonazo, amplificado por la cercanía del barranco.

Los franceses dejaron de

reír y se agitaron sin rumbo como abejas asustadas.

Noguera se echó las manos a la nuca y, agachado, corrió buscando refugio.

El eco del disparo aún resonaba cuando Gaizka dejó caer el rifle por el barranco; apenas si se detuvo a ver cómo el arma rebotaba entre las paredes de piedra. Sabía que no llegaría al fondo.

Pero no tenía tiempo de quedarse a ver dónde acababa.

Al llegar a su coche y abrir la puerta, pudo ver la sombra de Pujante; corría a ponerse a cubierto tras su todoterreno mientras buscaba su pistola en el cinto.

Arrancó a la primera y salió derrapando hacia el camino de tierra primero; luego, los neumáticos

saltaron al asfalto. Unos cien metros después, el puente sobre el río Ésera y, entonces, llegaría al cruce. Sólo había un sentido posible para escapar: valle abajo, a través de Monteperdido.

El guía, los franceses y el agente de la Guardia Civil desaparecieron de su espejo retrovisor.

Víctor no apagó la sirena al salir de Monteperdido. Habían cruzado el pueblo a toda velocidad, bajo la mirada inquieta de algunos vecinos y los ojos curiosos de los periodistas.

La carretera de Posets estaba desierta.

Sara tenía la mirada clavada en el frente: el asfalto desaparecía bajo las ruedas a toda velocidad. El coche rozaba los

quitamiedos, que parecían inútiles ante el vacío que empezaba a hacerse cada vez más profundo a la derecha de la carretera.

La voz de Pujante sonó en la radio interna, avisando de la fuga de Gaizka.

—Nos lo vamos a encontrar —dijo Víctor con una tranquilidad que sorprendió a Sara.

Ella cerró los ojos y volvió a ver el cuerpo de

Santiago muerto bajo la lluvia de Monteperdido.

«El animal más peligroso es un hombre solo.»

La sensación de velocidad no desaparecía a pesar de que no veía más que la oscuridad de sus párpados.

Tomaron una curva con un fuerte desnivel a demasiada velocidad. El chirrido metálico de la carrocería del coche contra el quitamiedos se clavó en

sus oídos como un maullido agudo y eterno.

Seguía resistiéndose a abrir los ojos.

La oscuridad se iluminaba con repentinos relámpagos de color: verdes, rojos. La realidad exterior intentaba abrirse paso.

Vio la mano de la madre de Marcial, María de Laude, abriéndose como una flor que extiende sus pétalos: el rastro de sangre en su palma.

Esa imagen abstracta que llevaba todo el día formándose en su imaginación empezó a adquirir forma.

Abrió los ojos cuando tomaban una nueva curva. Ante ellos se proyectaba una recta que, hacia la mitad, se hundía en un badén. El coche de Gaizka surgió de él, como si se levantara de una trinchera. Iba directo hacia ellos.

A la derecha de la carretera había un cortado. A la izquierda, se levantaba el monte Ármos. No había arcén, sólo dos estrechos carriles, justos para el paso de los vehículos.

Gaizka no redujo la velocidad.

Sara vio cómo Víctor apoyaba su mano derecha en la palanca de marchas sin apartar la mirada de la carretera. Encogió las

piernas y comprobó el cinturón, preparándose para el impacto.

Víctor frenó en seco y dio un volantazo hacia la derecha, dejando el lado del conductor expuesto al choque contra el coche de Gaizka. Metió la marcha atrás y se llevó las manos a la nuca mientras daba la espalda a su ventanilla.

Gaizka no tuvo tiempo para rectificar su trayectoria.

Tampoco podía evitarlo. Sólo giró levemente hacia la derecha, esperando que el coche cupiera por el pequeño espacio que Víctor había dejado entre la parte trasera de su todoterreno y la montaña.

El morro de Gaizka embistió contra la puerta trasera del coche y, desviado por el impacto, se lanzó contra la montaña. Mientras el coche de Víctor giraba en

mitad de la carretera por el golpe, el de Gaizka se subió a la falda del monte Ármos hasta que las ruedas delanteras quedaron en el aire, girando sin nada a lo que agarrarse, y cayó de lado sobre la carretera con el estrépito de la chapa y los cristales al romperse.

Sara notó cómo el cuerpo de Víctor se vencía sobre el suyo. Tuvo la tentación de sujetarlo, pero pensó que

sería aún peor. El coche rozaba su parte trasera contra el quitamiedos. Imaginó las esquirlas de fuego saltando al contacto.

El cortado, la carretera y la montaña y, de nuevo, carretera y cortado. Todo daba vueltas en una especie de tiovivo fuera de control.

Por un momento quiso que no se detuviera nunca.

O, quizá, terminar

rompiendo la barrera que les separaba del cortado y caer.

Una caída limpia al vacío.

Pero, poco a poco, el coche se fue deteniendo. La inercia era menor, ya no sentía su presión.

Víctor se había golpeado la frente y una fina línea roja descendía lentamente entre el ojo y la nariz. Como una lágrima de sangre.

Se alegró cuando le oyó preguntar:

—¿Estás bien?

La casa de sus padres estaba a media hora de Monteperdido, al otro lado del congosto de Fall, por un camino que se perdía entre los montes que rodeaban el Ixeia: lejos de todo y de todos. El rumor del Forau de Aigualluts se empezaba a escuchar cuando la vieja casa de los Castán se dejaba

ver. Joaquín llevaba casi un año sin ir a visitarlos. Ellos tampoco habían bajado al pueblo. Encerrados entre las montañas, como si ése fuera un fortín que debían defender. Al bajarse del coche el agua de Aigualluts se hizo más presente. El viento del norte arrastraba el sonido, aunque desde la casa era imposible ver cómo caía el agua. Era uno de los lugares más visitados por los

forasteros. A él, sin embargo, nunca le gustó.

El agua del glaciar se convertía en una cascada que, después, desaparecía en el Forau. Una sima o, como sería más justo traducir la palabra, un sumidero. Una cloaca. Esa misma agua volvía a aparecer, arrastrándose por canales subterráneos, en el cauce del río Ésera.

Toda su infancia

creciendo al lado de una enorme alcantarilla.

Sus padres, atados a esas tierras, dos viejos arrastrando su soberbia por los alrededores del castillo mientras miran con displicencia al pueblo, a sus habitantes, a su propio hijo.

Cuando Lucía desapareció, intentaron hacerse dueños de su vida. Insistían en celebrar la Nochebuena o los

cumpleaños allí, en la casa de la montaña. Los dos primeros años tras la desaparición de Lucía, no supo negarse y acudió a la casona para celebrar los cumpleaños de su hija.

¿Por qué tenían que arrastrarlos hasta allí? ¿Por qué no aceptaban que ellos querían estar en su casa, cerca de los muebles, de la habitación donde había vivido Lucía?

Usaron la desaparición de su nieta para volver a atar el lazo del que él había conseguido soltarse. Era una de las pequeñas miserias que se había visto obligado a asumir a lo largo de este tiempo, el egoísmo de sus padres.

Concesiones, favores, deudas que Joaquín iba acumulando y tapando con la esperanza de que, algún

día, tuviera fuerza para enfrentarse a ellas.

Rafael también era una deuda. El hermano pequeño de Montserrat renunció a la vida errante que había llevado para encargarse de la empresa de transporte. Joaquín era consciente de que él prefería estar al volante de un camión, comer kilómetros y no tener nada que le retuviera. Había venido a trabajar unos meses

con él para ahorrar cuando Lucía desapareció.

Nadie tuvo que pedirle que se quedara. Rafael asumió sus responsabilidades, como el que se echa un peso a la espalda sin reconocer que apenas si puede con él. Se encargó de mantener a flote el negocio cuando Joaquín era incapaz de dedicarle un segundo, se pasaba cada noche por la casa para

preguntarles si necesitaban algo. Montserrat encontró en su cariño el abrigo que necesitaba en la época que Joaquín empezó a viajar por el país para mantener el recuerdo del caso.

Sin embargo, Rafael no supo llevar el negocio como lo hacía Joaquín: con el tiempo fueron perdiendo clientes, también la crisis les golpeó, y tuvieron que deshacerse de varios

camiones. Ya no soñaba con seguir expandiendo el negocio. En realidad, Joaquín ya no soñaba con nada. Le bastaba con sobrevivir.

El dinero. El puto dinero empezó a ganar minutos, horas, en sus pensamientos, como un cáncer que se va adueñando de todos los órganos.

Las deudas, la necesidad de seguir gastando en la

Fundación, obligaron a Joaquín a mirar hacia donde no quería. A la casona a la sombra del Ixeia. A los viejos que vivían junto al sumidero. A sus padres.

Cuando vio que no podía pagar las facturas, fue a verles. Intuyó una sonrisa en su madre al confesarle que necesitaba ayuda para mantenerse.

Sólo Montserrat sabía cuánto le había dolido dejar

a un lado su orgullo para pedirles dinero a sus padres. Un dinero que ellos sabían cómo transformar en limosna.

Ahora, Aína, su madre, estaba sentada al lado de la cuadra donde pastaba su caballo favorito. Una yegua blanca a la que trataba con un cariño que Joaquín jamás había visto dedicarle a un ser humano; ni a su padre, ni a él, ni siquiera a sus nietos.

La saludó en la distancia y su madre apenas se giró para mirarle. Conforme se acercaba a la cuadra, recordó cuando Aína le pidió a sus hijos que le pusieran nombre a la yegua que se acaba de comprar. «Estela», dijo Lucía. «Izazu» o algo así, gritó Quim. Aína los miró sin disimular su decepción y sentenció: «Se va a llamar Verónica». Joaquín vio la frustración de sus hijos y

sintió rabia. Le habría gustado decirle algo a su madre, pero rara vez era capaz de encontrar las palabras, tampoco el valor. Montserrat intentó quitarle importancia: «Ya sabes cómo es», le dijo esa noche, en la cama, mientras él la maldecía al recordar.

Se sentó a su lado en una de esas sillas de forja que, por muchos cojines que les

pusiera, seguían siendo igual de incómodas.

—¿Qué te ha dicho la policía de la niña? —le preguntó su madre sin dejar de mirar a la yegua. ¿Cuándo iba a morirse ese puto caballo?, pensó Joaquín al verla pastar.

—No mucho. ¿Te has enterado de lo que pasó anoche? Mataron al policía que llevaba la investigación.

—Lo he visto en la tele —

le dijo ella sin darle más importancia.

Joaquín miró a su alrededor, esas tierras donde se había criado. La casa de sillares de piedra enorme, con doce habitaciones, el tejado de pizarra a dos aguas y las maderas nobles, los sillones de cuero. El olor a vaca y estiércol que no mitigaba ni el fuego de la chimenea. El ruido constante, mezclado con el

del viento, del agua del Forau en cuanto empezaba el deshielo.

—¿Y *pare*? —preguntó.

—Ha ido a ver las vacas.

Yo le he dicho cien veces que de eso ya se encargan otros, pero él, como no escucha, se sigue levantando cada día a las cinco de la mañana.

Con su padre, esta conversación tampoco habría sido más fácil. Nunca

había sabido tener dinero. Daba la impresión de que lo guardaba como si, en cualquier momento, pudiera aparecer su legítimo dueño reclamándolo. Siempre que Joaquín había necesitado ayuda económica, él se había resistido a entregarle el dinero en mano. Le preguntaba qué debía, dónde había que pagarlo. Y su padre acudía al banco o a la tienda para saldar las deudas

de su hijo con el fajo de billetes en el bolsillo. El viejo Castán, incapaz de aceptar que el esplendor de su juventud, cuando se hizo con todas esas cabezas de ganado, se estaba apagando. La carne de Monteperdido se había convertido en un plato típico del menú para los forasteros, ya no era el negocio que les había hecho ricos. O quizá su padre sí se había dado cuenta y, por eso,

administraba esa pequeña fortuna hecha de tierras y animales como si fuera su guardián y no su propietario.

—Necesito dinero —se decidió a decir Joaquín a su madre—. Lo que podáis. Unos veinte mil euros.

—¿Para qué quieres tanto dinero? —le preguntó Aína como quien reconviene a un niño que exige un capricho.

Joaquín se había pasado por el banco. En la cuenta de

la empresa apenas si quedaban siete mil euros. Era un dinero destinado a pagar facturas, pero, de todas formas, vació la cuenta. Aun así, sabía que no era suficiente.

—Lo necesito para encontrar a Lucía —le dijo Joaquín—. ¿No vas a ayudarme a encontrar a tu nieta?

Muchas veces había imaginado que sus padres

morían. Ambos superaban los setenta años. No habría sido extraño que fallecieran. A su padre le empezaba a fallar el corazón y su madre tenía altibajos con el azúcar.

Habría sido tan fácil si hubiera podido enterrarlos.

—Algún día te veré llegar por esa puerta, y no será para pedir dinero —le respondió Aína clavándole una mirada llena de reproches pero a Joaquín ya

le dio igual. Había quedado con Virginia en unas horas. La periodista la esperaba en Val de Sacs y sólo quería coger el cheque y salir de esa casa cuanto antes.

El olor a estiércol se hizo, de pronto, más penetrante. Un cambio en el sentido del viento. La belleza también es podredumbre. La yegua se paseó altiva y, bajo su cola, dejó caer un montón de mierda. Joaquín vio sus

dientes sucios al relinchar. Aína se levantó de la silla y dejó en el respaldo la manta con la que se había estado abrigando las piernas. Sus piernas varicosas que asomaban bajo el vestido. Mientras caminaba hacia la casona, Joaquín volvió a pensar en la cloaca que se tragaba las aguas del glaciar. Sumidero para él, agua limpia y pura para el extranjero. Se levantó y

pensó que lo primero que haría cuando sus padres murieran sería sacrificar a esa puta yegua.

Quim salió por su ventana y se quedó un momento en el techo del jardín trasero. Sólo estaba a unos metros de la habitación de Ana. Pensó en coger alguna piedra y arrojarla contra sus cristales. Se sonrió al imaginar que la

ventana podía estar abierta y la piedra acababa en la cabeza de Ana. La sonrisa, por poco, no acabó en carcajada. El vecino juguetón asesina a la niña resucitada.

Estaba en cuclillas, justo antes de saltar al césped, cuando Ana le chistó. Estuvo a punto de perder el equilibrio, paralizado por el chistido a mitad de impulso.

—Cuidado —le oyó decir

a Ana.

Se agarró con una mano al borde del techo y vio los cuatro metros que le separaban del suelo. Habría sido un buen golpe. Cuando recuperó la estabilidad miró a Ana, asomada a su ventana. Llevaba una gorra negra calada hasta las cejas.

—¿Y esa gorra? —le preguntó él.

—Está empezando a salirme el pelo y estoy

horrible —dijo ella
bajándose la visera hasta la
punta de la nariz.

—Eres rubia, seguro que
ni se ve.

—¿Te acuerdas? —Y le
pareció que los ojos negros
de Ana se iluminaban.

Quim estuvo a punto de
decirle que cómo iba a
olvidarla. Su padre había
inundado el pueblo con esa
fotografía desde que
desapareció. Mellada y con

un flequillo rubio acariciándole la frente; sus ojos oscuros, sin apenas diferencia entre iris y pupila. Pero no dijo nada. Pensó que Ana debía estar harta de hablar del secuestro, de qué había pasado en Monteperdido mientras ella no estaba.

—¿Qué haces? —le preguntó en su lugar. Ana se encogió de hombros levemente.

—Aburrirme —le contestó.

Quim sonrió. Después de cinco años atrapada en un agujero de diez metros cuadrados, se aburría.

—¿Y qué te gustaría hacer? —le preguntó, sentándose en el techo del porche.

Ana abrió la boca pero lo que pensaba decir no llegó a salir de sus labios. Se arrepintió y miró hacia el

bosque que tenían a la espalda de la casa. También más allá, a las montañas que se levantaban en el horizonte, a la espalda del colegio. Los Montes Malditos que se clavaban en el cielo como una sierra dentada.

—Quiero aprender a nadar —dijo al fin.

Víctor tenía unos puntos de

aproximación en la frente. Sara no había sufrido herida alguna aunque todavía arrastraba una sensación de mareo.

Ella caminó detrás de Víctor por el pasillo del cuartel, hacia la sala de interrogatorios. Con la mano derecha, rozaba suavemente la pared, buscando un punto de apoyo. Algo estable que detuviera la catarata de imágenes y sensaciones en

que se había convertido la realidad.

Una ambulancia les atendió en la carretera. Gaizka tampoco había sufrido heridas de gravedad. Le habían inmovilizado un brazo, algún corte en la cara. Nada que le impidiera hablar.

Víctor abrió la puerta de la sala y esperó a que Sara pasara para cerrarla. Ella cogió una silla y se sentó

frente a Gaizka. Él movía insistentemente su pierna derecha; podía verla bajo la mesa, apoyada sólo sobre la punta del pie. Sara examinó su cara antes de empezar a hablar: esa piel grisácea, como una mortaja sobre los huesos, sin la tensión que debería exhibir alguien de su edad y que le había llamado la atención cuando habló con Gaizka en el negocio de Posets. Sus brazos

escuálidos, el izquierdo cruzado sobre el pecho, envuelto en una venda; el otro, sobre la mesa. Se metía los labios dentro de la boca de forma compulsiva para mojárselos con la lengua. Aspiró ruidosamente y, después, se frotó la nariz a la vez que dejaba escapar un suspiro.

—Conduces como el culo, Gaizka —le dijo Sara.

Él dejó escapar una risita,

incapaz de encontrar una respuesta a ese comentario.

«Qué absurdo es todo», pensó Sara. No tenía ganas de estar en esa sala, en ese interrogatorio. La voz de Gaizka le provocaba arcadas, su olor a sudor y miedo. De nuevo, todo lo que le rodeaba se envolvía en un velo irreal. Estaba rodeada de presencias fantasmales. Si se ponía en pie y caminaba, podría

atravesar la mesa, el cuerpo de Gaizka, las paredes. Salir de esa sala y volver a la habitación de la casa de Santiago. Acurrucarse en su regazo y murmurarle un gracias por sacarla de la pesadilla. Sus dedos podían sentir el tacto de la mano del policía mejor que la madera de la mesa.

Intentó centrarse. Acabar cuanto antes.

—¿Qué tiraste por el

barranco? —le preguntó.

—Un rifle. Se me cayó, se disparó y me asusté —dijo de carrerilla. Seguramente había estado pensando esa respuesta desde que su coche se estrelló contra el de Víctor. Sara pensó que, para el tiempo que había tenido, la respuesta era una verdadera mierda. Le dio igual. Prefirió no insistir.

—Anoche, sobre las diez, encargaste a un camionero

de la empresa de Joaquín que te llevara unas cajas a un trastero de Barbastro, en el polígono La Portellada.

—Eran máscaras de paintball —le dijo Gaizka—. Después de toda la historia de las niñas me daba mal rollo tenerlas en el local. Quería sacármelas de encima.

—Era droga —le contestó Sara sin mirarle—. ¿Cuánto

le pagaste a Zacarías para que las cambiara de trastero?

Y, entonces, sí levantó la mirada. Supuso que Gaizka no se esperaba que fuera tan fácil descubrirle. Quizá estaba convencido de que esa parte de su plan estaba bien cerrada y se preguntaba: ¿se había ido de la lengua Zacarías? ¿Qué había hecho mal?

—Da igual —continuó Sara con desprecio. La

policía se echó hacia atrás en la silla. Miró a su alrededor: las paredes de la sala le provocaban claustrofobia—. Eres un gilipollas. Un cabrón. Tuviste cinco años a Álvaro a tu lado y nunca dijiste que le habías visto con Elisa.

—No podéis echarme la culpa de que este pueblo de mierda la tomara con él —se defendió Gaizka. No sabía si era consecuencia del

accidente, pero le costaba seguir a la policía. Apenas si le daba tiempo a tapar un agujero cuando ella ya estaba abriendo el siguiente.

—No te estoy echando la culpa de nada —le dijo Sara sin alterar su tono de voz—. Sólo digo que eres un gilipollas y un cabrón.

—Elisa está loca. Ya lo estaba entonces. A mí me hizo el lío. Me metió en la cama y me acojoné;

conociendo al padre, era capaz de acusarme de violación o cualquier mierda de esas. Víctor —se dirigió al guardia civil buscando apoyo—, tú conoces a Marcial.

—Y no querías volver a la cárcel —le dijo Sara acercando un informe a Gaizka. Él ni siquiera lo miró—. Ocho meses en la cárcel de Teixeiro por

tráfico de drogas. ¿De verdad fueron tan malos?

Gaizka apretó los dientes, tenso. Su mirada vidriosa se clavó en la policía. Tenía un pequeño derrame en un ojo. Un mar de sangre sobre el que flotaba su pupila.

—¿Qué pasó ahora? ¿Tenías miedo de que te pilláramos con unos gramos de coca? —Pero Sara ni siquiera esperó una respuesta. Se puso en pie, le

dio la espalda—. Abre la puerta, por favor —le pidió a Víctor. Le faltaba el aire y los pulmones le dolían como unos pies cansados.

Víctor lo hizo y Sara aspiró una ráfaga de aire frío. Caminó hasta la pared y dejó caer la cabeza varias veces contra ella; su frente rebotaba suavemente contra el yeso. «Sara» oyó que le decía Víctor, preocupado. Pero la policía siguió

golpeando su frente, la piel cada vez más caliente. Tenía que concentrarse en el aquí y ahora.

—¿Sabes algo de las niñas? ¿O no tienes ni puta idea de dónde están? — preguntó Sara y sus palabras se fueron encrespando con la rabia, vertidas con prisa, como alguien que aparta a la gente mientras busca un sitio donde vomitar.

—No, no... —respondió

nervioso Gaizka—. A mí no me hagáis cargar con eso. Yo encontré a Ana. Alguien en este puto pueblo debería darme las gracias.

Sara dio dos zancadas, cogió a Gaizka de la camiseta y lo empujó. Cayó hacia atrás, volcando la silla. Gritó de dolor cuando ella le clavó una rodilla sobre su brazo fracturado, hundiéndolo contra el pecho.

Después le cogió del cuello con ambas manos.

—Eres un puto cobarde —murmuró Sara entre dientes.

Víctor corrió a separarlos pero Sara se resistía a soltarle el cuello. Tenía los dedos hundidos en su carne, pegajosa y sucia. Quería seguir apretando; romperle la piel y hurgar dentro de él con la punta de sus dedos, sacar sus vísceras como

harapos que uno tira a su espalda mientras revuelve en un baúl. Víctor gritaba que parara pero tuvo que esperar la ayuda de otro agente para conseguirlo. Telmo, que había estado siguiendo el interrogatorio desde la sala contigua, cogió a Sara de un brazo, Víctor del otro. Sus músculos, tensos, se resistían a soltar la presa pero eran más fuertes que ella y por fin la separaron.

Una vez en pie, Sara se sacudió a los agentes. Perdió el equilibrio al quedar libre y trastabilló hasta la pared.

En el suelo, Gaizka dejó escapar un hilo de bilis al recuperar la respiración.

—Todavía no me habéis acusado de nada —murmuró—. ¿Por qué estoy detenido?

—¿De verdad necesitas que te lo digamos? —le gritó Víctor levantándolo del suelo—. Tenemos la droga

del polígono. Sara tenía razón. Zacarías la metió en ese trastero delante del camionero pero luego, cuando le llamaste, la pasó a otro. Ya tenemos los registros de llamadas. ¿De qué conocías al guardia jurado? ¿De cuando trabajaba en lo de Joaquín?

Sara vio cómo Gaizka murmuraba algo ininteligible. ¿Había dicho que sí? ¿Qué más le daba?

Recordó cuando, a la salida del polígono, le preguntó a Víctor de qué conocía al guardia jurado. También que, durante todo el trayecto a través de Monteperdido, cuando subían en busca de Gaizka, ella no quería estar allí.

La mano abierta y manchada de sangre de María de Laude estaba dibujada en su retina y le hizo sentir culpable.

«Santiago, perdóname», se dijo entonces, porque otra idea insistía en abrirse camino en sus pensamientos.

—Tu guía ha podido bajar por el barranco y recuperar el rifle —siguió acusando Víctor a Gaizka—. Se quedó atascado entre unas rocas a poca altura. No tuviste suerte. Sabemos que cuando lo comparemos con el arma que mató a Santiago, coincidirá con ella.

Sara tenía que salir de esa sala.

Qué ridículo le parecía todo.

¿Cuántos años había pasado Santiago en el cuerpo? ¿A cuántos casos se había enfrentado?

Al final, un camello se había cruzado en su camino.

Lo había matado sin más razón que el miedo.

Mientras se alejaba por el

pasillo podía oír los gemidos de Gaizka.

—Yo no quería hacerlo —murmuraba—. Soy un drogadicto... Es la coca... me saca de quicio... sólo necesito ayuda.

Sara se tapó los oídos. Le irritaban los lamentos de Gaizka.

La ayuda que pedía y que no iba a encontrar en prisión. ¿De qué forma le consolaba esa idea? De

ninguna. Gaizka, débil y asustadizo, no sería capaz de sobrevivir en un territorio hostil.

Al llegar a la zona común del cuartel, vio a Elisa. Discutía con un agente. El cabo Sanmartín, del GREIM, intentaba convencerla de que ahora era imposible hablar con la subinspectora Campos. Sanmartín cogió a Elisa del brazo y la arrastró hacia la

salida. Al rozar su espalda con el marco de la puerta, Elisa se revolvió, como si hubiera sentido una descarga eléctrica, y se soltó de él con violencia. Gritaba, nerviosa; su voz aguda rebotaba por las paredes del cuartel. Rojas se levantó de su mesa e, interponiéndose en su camino, la amenazó con avisar a su padre si no se tranquilizaba.

«Bendita humanidad»,

pensó Sara.

Sara se dio la vuelta antes de entrar en su despacho. Se acercó a Elisa y, de la mano, la llevó a los lavabos del cuartel. Le pidió a un agente que estaba lavándose las manos que saliera. No quería que nadie les interrumpiera.

—Es mentira —le dijo Elisa—. Todo eso que te conté, que estaba con Álvaro. Es mentira. No lo vi, pero sé que fue quien

secuestró a su hija y a la otra niña. Es un salido hijo de puta.

Elisa llevaba la ropa sucia de barro ya seco. Su cuerpo parecía más delgado que nunca y se agitaba encorvada de un lado a otro, como un pájaro que aletea convulso en una habitación sin ventanas. Estaba fuera de sí.

—Ya basta —le dijo Sara sujetándola de los brazos.

—Tienes que meterlo en la cárcel —le rogó Elisa.

Sara la abrazó y esperó que el calor de su cuerpo la tranquilizara. Notaba sus pechos pegados a ella, temblando, ateridos de frío y miedo. «Ya basta», le repitió al oído. Bajó sus manos por la espalda de Elisa hasta coger los bajos de su camiseta. Con cuidado, la fue levantando. La camiseta, cuarteada por el barro, crujió

al arrugarse. Poco a poco, la espalda de Elisa quedó al desnudo, reflejada en el espejo del baño.

—Mírate —le pidió Sara.

Elisa se negaba a hacerlo.

Sus gritos, sus protestas, habían desaparecido bajo una respiración nerviosa que más parecía un gemido.

—Es él quien debería estar en la cárcel —insistió la policía.

Sara obligó a que Elisa

torciera la cabeza y viera su espalda en el espejo. Los latigazos de su padre le cruzaban la piel, como tachaduras negras. Ninguno había vuelto a sangrar, como Elisa había temido cuando se enfrentó a Álvaro. Los ojos de Elisa recorrían las cicatrices como un hámster avanza por su laberinto. Se perdían en los cruces y volvía a intentarlo, pero no lograba salir de él.

—Eres tú —le dijo Sara. Ésa era la respuesta a la pregunta que se estaba haciendo Elisa: «¿Quién es esa mujer del espejo?». Entonces, apartó la mirada y hundió la cara en el hombro de Sara, llorando.

—Tengo miedo —dijo entre hipidos.

—No puedes seguir al lado de alguien que te trata así.

Sara la abrazó y tuvo la

sensación de que Elisa se deshacía entre sus brazos. Se convertía en agua.

—¿Adónde te llevó anoche? —le preguntó Sara.

—Nos salimos de la carretera a la altura de la carretera de Francia. Fuimos al túnel del Ixeia. Metió dentro a mi abuela pero... luego... nos peleamos. Yo salí corriendo.

Sara consiguió que Elisa acompasara la respiración a

la suya, más tranquila, mientras la acompañaba en el recuerdo de su huida a través de los árboles que rodeaban la falda del Ixeia. Sintió el coraje que primero la dominó y luego dio paso al miedo. La lluvia y la oscuridad que la llevaban a resbalar y caer continuamente. Roces contra árboles. Golpes al caer en un suelo encharcado. Hasta llegar a un cortado y,

después, verse obligada a desandar el camino, desorientada, sin saber muy bien dónde estaba la carretera ni si sería una buena idea regresar allí. El miedo a que el río se desbordara. El mismo río que se había llevado a su madre hacía siete años. Muchas veces había fantaseado con esa posibilidad; hundirse en el Ésera y desaparecer. Esa

noche, no. Confiaba en Álvaro, en todo lo que le había prometido. Sólo tenía que encontrar fuerzas para regresar a su lado. A la cama del hostel donde hicieron el amor.

Vio a su padre cuando ya era demasiado tarde. Marcial le dio caza como si fuera un animal estúpido. No quería explicaciones, sólo descargar toda su impotencia. Le quitó la

camiseta y la dejó desnuda. Elisa se tapó los pechos, avergonzada. Marcial se sacó el cinturón. No era la primera vez. Ella había llegado a pensar que esa manera de imponerle el castigo le excitaba de alguna forma y eso le hacía sentir aún peor, como si ella fuera responsable de esa sucia atracción. Marcial descargó varios latigazos sobre su espalda. Gritó pero ¿quién

iba a oír-la? La lluvia tapaba su voz y también se llevaba la sangre que brotaba de su espalda.

Elisa se hizo un ovillo y cerró los ojos, se aferró a la idea de que, después, podría lamerse sus heridas junto a Álvaro.

Pero él también le había engañado.

La había utilizado.

Ahora, parte de la culpa de esas heridas que le

cruzaban la espalda era de Álvaro.

—No es verdad —le dijo Sara, todavía abrazada a ella —. Él no era quien levantaba el cinturón.

Elisa se apartó del hombro de Sara. Sus lágrimas habían manchado la camiseta de la policía.

—Es mi padre. ¿Por qué tiene que hacerme tanto daño? ¿Por qué no me quiere? —murmuró Elisa,

aunque no esperaba
respuesta alguna.

Sara tuvo que contenerse
para no romper a llorar.

Sabía que el amor no se
podía exigir como si fuera
un plato de comida.
¿Cuántas veces se lo habían
tirado a la cara sus propios
padres?

Al salir del despacho le
pidió a Rojas que

acompañara a Elisa al hostal La Renclusa y la acomodara en una de las habitaciones. Quería que se quedara a su lado hasta nueva orden.

—Llama a quien esté patrullando —añadió Sara—. Que detengan a Marcial Nerín y lo traigan al cuartel. Que pase la noche en el calabozo.

Después buscó a Víctor. Quería ir al sitio donde se suponía que Marcial había

pasado la noche. Ese túnel que nunca se había terminado en la falda del Ixeia.

Virginia Bescos estaba tomándose un café en un bar junto a su pensión de Val de Sacs. El dueño, un hombre de movimientos cadenciosos, estaba acodado al otro extremo de la barra con la mirada clavada en un

televisor apagado. La periodista estaba convencida de que, aunque tuviera los ojos abiertos, el hombre estaba echándose una siesta. Su gesto nervioso, como el del que despiertan de un sueño ligero, al escuchar la puerta del bar, se lo confirmó. Joaquín caminó hacia ella y dijo que no iba a tomar nada al dueño del bar, que, lentamente, se había desplazado desde su rincón

de la barra hasta donde estaba Virginia. A la periodista le dio pena levantarse de su taburete; eran los únicos clientes y le estaban negando al hombre un poco de entretenimiento. Ella buscó su monedero pero Joaquín se adelantó y pagó lo que debía. Luego le pidió que subieran a su habitación.

—No me obligues a hacer eso —le pidió Virginia

cuando Joaquín le explicó qué quería que publicara.

Él se había sentado en una vieja silla, junto a la ventana de su habitación que daba a una estrecha calle del pueblo y que no permitía ver el paisaje que les rodeaba.

—Te estoy dando una noticia por la que vas a sacar mucho dinero. Tienes el retrato robot de mi hija y declaraciones de Ana contando el secuestro. No

puedes decirme que no —le dijo Joaquín y, en sus palabras, no había rastro de que fuera una petición, sino más bien una orden.

Virginia dejó de recoger la ropa sucia que había ido acumulando en la habitación. La maleta, abierta sobre una pequeña mesa, también desbordaba vestidos, pantalones y ropa interior, y se preguntó cómo había conseguido meter

todas esas cosas antes. Se sentó en el borde de la cama, frente a Joaquín.

—¿No te parece suficiente? —intentó hacerle ver Virginia—. Pondré la recompensa que ofreces. ¿Quieres que publique tu número de teléfono? Tendrás a un montón de colgados llamándote a todas horas, pero adelante; es tu problema. Sólo te pido que

no me hagas contar una mentira.

—¿Has visto a esa policia? Es una cría. No está en condiciones de llevar la investigación. Cuanto antes la aparten, mejor para todos.

—¿Quién va a corroborar que esa mujer tuvo un ataque de pánico al ver a su compañero muerto? ¿O que ha habido malos tratos al detenido? Son compañeros: todos entenderán que haya

pasado por algo así. No sé
quién puede haberte contado
esa historia, pero ten por
seguro que no la repetirá
delante de nadie...

—¿Quieres el dinero o no,
Virginia? —le preguntó
Joaquín.

—No te reconozco —
murmuró la periodista
dejando escapar su
decepción.

—Todos cambiamos.

Joaquín se puso en pie.

Echó una mirada por esa ventana a través de la que no se veía más que un muro de piedra. Ella pensó que, muchas veces, en otras habitaciones de hotel, había visto de esa forma a Joaquín. Como esas piedras que había al otro lado, una estatua imperturbable viendo pasar el tiempo a sus pies. ¿Llegó a quererle? ¿O fue sólo deseo? Recordó la noche que pasaron en un hotel de

Madrid, después de participar en una manifestación. Joaquín había estado en la cabecera, sosteniendo una pancarta que ya no recordaba qué reivindicaba. Después estuvieron bebiendo, quizá de más, en el bar del hotel y ella insistió en que se tomara la última en su habitación. Echaron un polvo. Torpe y frustrante. Ninguno de los

dos podía obtener del otro lo que realmente quería.

Virginia se levantó para acompañar a Joaquín a la puerta. Sí, le había querido. Había llegado a amar a ese hombre que se erguía por encima de una tempestad, clamando justicia. ¿Qué quedaba de aquel Joaquín?

—Si no quieres publicarlo, llamaré a otra periodista —le dijo Joaquín antes de marcharse.

—Sabes que le vas a hacer daño a esa chica —le advirtió Virginia, pero él esperaba otra respuesta—. Necesito el dinero —dijo ella, admitiendo su derrota.

—Gracias.

Joaquín se alejó por el pasillo de la pensión. «En una historia así —pensó Virginia—, no puede haber ganadores.» El padre de Lucía había resistido más que nadie pero, al final,

como todos los que se habían visto afectados por la desaparición de las niñas, se había desmoronado. Ya no era aquella estatua. Sólo era un montón de piedras, ruinas de lo que una vez llegó a ser.

Nada más cerrar la puerta de su habitación, Virginia empezó a hacer su maleta. No quería seguir en Monteperdido cuando la noticia saliera publicada.

El túnel se abría como una enorme boca en la falda de la montaña. Todavía podían reconocer las huellas de la silla de ruedas en el suelo de la entrada del túnel. También había restos de otras pisadas. Más de un tipo de zapato. Algunas de un número más pequeño, quizá un treinta y cinco.

Sara iluminó el interior de la montaña con una linterna.

El haz de luz resultaba ridículo en mitad de esa oscuridad. Poco más que una luciérnaga perdida.

Habían hecho el viaje en silencio, abotargados por el pesar. Víctor se desvió poco después del congosto de Fall y tomó la carretera de Francia, que, en verdad, era un viejo camino de tierra plagado de badenes y amenazado por el musgo que crecía a los pies de las

hayas que extendían sus ramas sobre ellos. Carretera de Francia, un nombre que, más que pomposo, a Sara le resultó enternecedor, un pequeño camino de tierra que soñó con ser carretera y atravesar los Pirineos.

Después, el hayedo desaparecía y, ante ellos, se levantaba el Ixeia. Otra de las montañas que rozaban los tres mil metros de altura, rematada en una cresta de

tucas rojizas. Un muro infranqueable que los habitantes del valle habían querido atravesar para romper su aislamiento. Una vía que les conectara con el resto del mundo, con Francia, al otro lado de las montañas, y que les diera esperanza en una época en la que los pueblos de la comarca agonizaban, avejentados y sin esperanza de futuro.

Un túnel a través del cual seguir viviendo. Las tres horas de viaje que suponía cruzar la frontera por carreteras que muchas veces quedaban cortadas por la nieve, podían transformarse en algo menos de una hora. Sin embargo, el proyecto se paralizó poco después de iniciarlo, casi veinte años atrás. La boca excavada en la montaña se convirtió en símbolo de lo que nunca fue.

La entrada del túnel estaba reforzada por unas estructuras metálicas para evitar desprendimientos, le explicó Víctor. Sara vio cómo una malla se extendía sobre la montaña, por encima del agujero. El arco perfecto que dibujaba en la distancia se descubría irregular al acercarse. Volvió a iluminar el interior con la linterna y, después, la enfocó al suelo.

Dio un paso hacia el interior asegurándose con la luz de que estaba limpio. Una vez dentro, tuvo la sensación de haberse colado en un castillo de arena donde la entrada era una hendidura hecha con la mano. Un bocado a la tierra. Víctor iluminó el techo, donde la misma malla metálica que había visto en el exterior sostenía la tierra.

¿Por qué había pensado

en castillos de arena? ¿Era por la humedad que se respiraba en el interior de la montaña?

Levantó la linterna y buscó el final del túnel: ¿hasta dónde llegaba? A cada pisada, el silencio se hacía más patente. El vacío. «Unos treinta metros —oyó que decía Víctor—. Eso fue todo lo que excavaron.»

Sara hundió la linterna en el suelo y vio una línea de

sangre: una mancha parduzca mezclada con la tierra. Como si alguien la hubiera escupido, la línea se interrumpía y continuaba con un par de gotas sólo unos centímetros después.

Miró atrás y la luz del exterior le cegó.

Pensó en el cinturón de Marcial pero, inmediatamente, lo descartó. Entre la lluvia y la distancia hasta el lugar donde había

dado caza a Elisa, era imposible. No habría quedado tanta sangre pegada a él.

Un golpe. Un puñetazo.

—La científica tiene que venir aquí —le dijo a Víctor y notó cómo su voz rebotaba por las paredes del túnel y se perdía en su interior hasta morir contra esa pared ciega que no alcanzaba a ver.

¿Quién había estado la noche pasada allí?

Salió del túnel y guiñó los ojos, protegiéndose de un sol que ahora le parecía más feroz que nunca, enrojecido a la hora del ocaso. Recorrió el camino hasta el todoterreno, aparcado al final de esa carretera de Francia que se perdía entre las hayas. Estaban a un kilómetro de la carretera que bajaba del valle.

A su izquierda, Sara vio un bosque: ¿eran hayas?,

¿un quejigal? Supuso que Elisa había huido en esa dirección y que, tras los árboles, se escondía el cortado que le obligó a dar marcha atrás.

A la derecha, un campo abierto, alfombrado con las flores rosadas de los rododendros y que se ondulaba hacia el horizonte hasta hundirse en un pequeño valle. El sol caía tras unas montañas lejanas,

en los límites del parque de Ordesa, y sus últimos rayos se filtraban entre las cumbres, haces perfectamente definidos, como cuchillos afilados, que se clavaban en el suelo, entre las flores, aún más rojas al rozarles esa luz. Sara imaginó que, más allá de aquellas montañas, se escondía un lanzador de cuchillos que, con los ojos vendados, tiraba puñales

alrededor de su silueta. Un público invisible aplaudía la gesta y el miedo de Sara.

Un ruido de ramas y pisadas le hizo darse la vuelta hacia el bosque que había dejado a su espalda. Primero, una figura oscura y, después, al abandonar las sombras, el animal se quedó quieto, como si la luz del sol poniente le hubiera detenido. Tuvo la impresión de que sus ojos negros se hundían

en ella con la indignación del dueño que ha descubierto al ladrón internándose en sus tierras. Levantó la cabeza mostrando un cuello orgulloso.

—Es un sarrío viejo — oyó que le decía Víctor, pero ella no podía apartar la mirada del animal—. Lo jóvenes no andan solos.

El reflejo del sol hacía que el pelo del sarrío,

cobrizo, casi negro en dos franjas a los laterales de su cabeza bovina, se tiñera de un carmesí intenso, como la sangre. Los rayos del ocaso, de un rojo bengala, se filtraban entre su pelo, suaves torrentes de lava que se arrastraban densos, plumizos; parecía que el sarrio podría gotear luz. «Un animal bañado en sangre», pensó Sara. Luego, recordó la boca de Santiago, en el

restaurante del hostel La Renclusa, masticando la carne del *ixarso*. Carne de sarrio tiznando sus dientes, hebras que se quedaban atascadas entre sus incisivos. La salsa, que ahora recordaba tan encendida como el sarrio que tenía delante, le manchaba los labios y él buscó la servilleta para limpiarse. Para borrar la sangre.

—No te va a hacer nada

—dijo Víctor. ¿Había notado su miedo?

El sarrío inclinó ligeramente su cabeza hacia la derecha. A Sara, el gesto le pareció infantil y tuvo la sensación de que el animal recuperaba la inocencia. No era tan grandioso como le había parecido al principio. Poco más que una cabra. Los cuernos, delgados y negros, de unos diez centímetros de largo, se

curvaban hacia atrás, como dos orejas gachas. Dio unos pasos más y se apartó de la luz del sol, buscó cobijo en la sombra de la montaña y, antes de desaparecer de nuevo en el bosque, torció su morro blanco, enmarcado por esas manchas de pelo oscuro, hacia el valle que había al otro lado, como si un aroma extraño le hubiera llamado la atención. Después brincó entre los

árboles y ya sólo pudo oír sus pisadas, alejándose.

Sara volvió a mirar al campo tapizado de rododendros. ¿Qué había notado el sarrio allí?

La policía se alejó en esa dirección sin hacer caso a las preguntas que Víctor había contenido hasta ese momento: ¿qué habían ido a buscar al túnel?, ¿seguía sospechando de Marcial Nerín? Si la historia que

había contado Elisa era cierta, ¿por qué había sangre en el interior de la nave? ¿Quién había estado dentro de la montaña?

El puño de la anciana abriéndose y mostrándole una historia dibujada en una mancha oscura volvió a la mente de Sara. Era el último esfuerzo de una conciencia a punto de extinguirse.

La vio enganchada a un matorral, en un terraplén que

descendía hacia una pequeña explanada. Se puso los guantes para examinarla. Era una rebeca azul. En la manga, a la altura del puño, pudo ver rastros de sangre. Talla XS. En la etiqueta, el nombre de una tienda francesa: PIMKIE.

Cuando Víctor llegó a su lado, Sara le preguntó:

—¿Guardamos alguna muestra de ADN de Lucía?

—Sí, claro —le respondió

Víctor, desconcertado.

—Que la cotejen con la rebeca y con la sangre que hay en el suelo de la nave. Llama al laboratorio; la sangre que había en la mano de la madre de Marcial. También quiero que la comparen.

—¿Crees que puede ser suya? ¿De Lucía?

Sara no contestó. Examinó con detalle la etiqueta que había en el

cuello de la rebeca. Era de tela y, al tacto, pudo notar que tenía dentro una pequeña pieza magnética. ¿Un golpe de suerte? Ella había trabajado antes con etiquetas de ese tipo. RFID, era su nombre técnico. Pequeños chips incrustados en la ropa que guardaban toda la información de la vida de esa prenda. Desde el momento en que fue fabricada hasta el instante en

que se vendió. Día, hora y lugar. Identidad del comprador si el pago se hacía con una tarjeta de crédito.

Estaba cansada y, sin embargo, se resistía a cerrar los ojos. Había anochecido. Al otro lado de la ventanilla del coche, donde Sara insistía en fijar su visión, la montaña era una mancha

oscura e indefinida. Los párpados le pesaban y, como si el silencio los empujara, descendían cada vez un poco más. Sus músculos parecían incapaces de mantenerlos abiertos.

Pero no quería dormir.

El ronroneo de los neumáticos en el asfalto era una nana a la que le costaba resistirse.

«No quiero dormir», se decía.

Se sentía como una niña acunada por una madre candorosa que, en cuanto consiguiera que el bebé se hundiera en el sueño, se transformaría en bruja. Aprovecharía su indefensión para hacerle daño.

Cuanto más duela, mejor.

Las luces amarillentas de las farolas de Monteperdido parpadearon al paso del todoterreno.

—Cuéntame algo, lo que

sea —le pidió a Víctor.

Él la miró un instante; le daba la espalda, girada en el asiento del copiloto. Volvió a centrar su atención en la carretera y pensó en qué podría contarle. Cómo tranquilizarla.

«¿Por qué no me quiere?», le había dicho Elisa a Sara y recordar su pregunta fue como volver a sentir el sabor de un dulce

de la infancia. «Di cualquier cosa, Víctor», pensó.

Sabía que se estaba deslizando por una pendiente y que, allí abajo, no le esperaba nada bueno.

—Cuando era pequeño, no sé, siete años o así, me perdí en la montaña. —La voz de Víctor fue como esa mano a la que agarrarse antes de hundirse del todo.

—Sigue —le dijo Sara.

—Había salido con mi

hermano, Román, ya lo conoces. A él le encantaba subir a la montaña. No te imaginas cómo disfrutaba. A mí, sin embargo... creo que me intimidaba. Me sentía demasiado pequeño ahí arriba. Delante de esas rocas, los árboles... Todo era del tamaño de un gigante, ¿sabes lo que te digo? Me daba la impresión de que en cualquier

momento podría desaparecer en mitad de todo eso.

Sara se giró en el asiento para ver a Víctor mientras le hablaba. Él la miró de soslayo antes de seguir con su relato.

—No me acuerdo de qué pasó. Mi hermano se adelantó o, a lo mejor, fui yo el que se despistó. Sólo sé que, de repente, estaba subido a una pared de roca, completamente solo. Con el

cortado del Cajigal a mis pies y un bosque de álamos al otro lado.

El coche avanzó por Monteperdido hasta el cruce de la carretera del cuartel. Los faros iluminaron el asfalto y dibujaron una curva al girar hacia el puente sobre el Ésera.

—No hacía frío, creo, me acordaría si hubiera sido en invierno. Pero empezó a hacerse de noche. Yo sabía

que no tenía que moverme del sitio. Mi hermano me lo había dicho como un millón de veces, pero la verdad es que tampoco sabía dónde ir. Me quedé callado, quería oír a Román llamándome, pero sólo se oía el viento y el ruido de los animales entre los árboles. No sé, a lo mejor me imaginé las pisadas de los jabalíes, pero en ese momento hasta me pareció verlos.

Entraron en el
aparcamiento del cuartel.
Víctor apagó el motor y
quitó las llaves. El interior
se iluminó con una pequeña
luz naranja.

—¿Quién te encontró? —
le preguntó Sara.

—Mi hermano, Román.
Yo estaba llorando pero él se
reía. Me dijo que no había
sido para tanto. Que
habíamos estado separados
sólo una hora... Te juro que

a mí me pareció un día entero...

Sara sonrió y recogió sus cosas para bajar del coche.

—Cuando estaba allí arriba, solo, no sé por qué, me convencí de que nadie vendría a buscarme. Es estúpido, ¿cómo no iban a buscarme? Pero era pequeño... supongo que todos tenemos esas inseguridades... pensaba que me habían dejado ahí a

posta. Miré el cortado del Cajigal... y...

Víctor se giró en su asiento hacia Sara; hubo un instante de duda antes de confesarle que, aquel día, estuvo a punto de saltar al vacío. Por un momento le pareció la única salida, incluso una manera de escapar llena de lógica.

—Uno no puede fiarse cien por cien de todo lo que piensa —le dijo el guardia

civil—. A veces tenemos ideas realmente estúpidas.

—¿Lo habrías hecho? — le preguntó Sara—. Si no te hubieran encontrado y se hubiera hecho de noche, ¿habrías saltado?

—Mi hermano me estaba buscando, Sara. Siempre hay alguien buscándote —añadió mientras se bajaba del coche.

Sara le siguió un segundo después.

En la sala común del cuartel se encontraron con Burgos. Se había pasado un momento a saludar a los compañeros al terminar el turno en casa de Ana. Le había enseñado la fotografía de la rebeca que habían encontrado y la chica había confirmado que Lucía tenía una igual.

Ahora estaban seguros de

que Lucía estaba cerca. Y viva.

«Su sangre en el suelo», pensó Sara. El resultado de los análisis de ADN tardaría en llegar, pero estaba segura de que esa sangre era de Lucía.

—Tenemos los datos de la rebeca —le dijo Rojas cruzando la sala al verla entrar—. Acaba de enviarlos la compañía. Se compró en una tienda de Pimkie en

Francia, en Perpiñán, pero el pago se hizo en metálico.

—¿Has pedido el registro de cámaras de seguridad?

—Sí, pero no va a haber nada. Hace casi un año de la compra.

—¿En qué fecha fue? — preguntó Sara.

—Once de agosto. A las 18.34.

Víctor cogió el mail que el cabo Rojas llevaba en las manos con un gesto de

decepción. Lucía volvía a esfumarse, como un perfume que se extingue.

—¿Quieres que te acerque a tu hostel? —le preguntó Víctor, pero Sara ya se estaba alejando rumbo a su despacho.

Cerró la puerta antes de encender la luz. El reflejo de la luna rebotaba sobre el tablero blanco de su mesa y,

al principio, no se dio cuenta.

No quedaba nada por hacer.

Sara había ido saltando de un lado a otro a lo largo del día, como si cruzara un río brincando de piedra en piedra.

Marcial, Gaizka, Elisa y, de nuevo, Marcial, Lucía.

Se acabaron las piedras.

No tenía fuerzas para alcanzar la orilla.

Al ver su mesa sintió cómo caía en el río y la corriente la apresaba.

«Ordena ese desastre de una vez», le había dicho Santiago señalando la montaña de papeles que se acumulaba en el escritorio.

Ahora, su mesa estaba meticulosamente ordenada. En carpetas etiquetadas, los informes. Las fotografías de los implicados en el caso, pegadas en cuadrícula en la

pared, junto al mapa de Monteperdido que un día colgó Sara; otras clasificadas en un archivador. Los rotuladores y bolígrafos habían dejado de estar esparcidos por la mesa y el suelo; estaban reunidos en un lapicero metálico. Las tarjetas de memoria de las grabaciones de interrogatorios, en un álbum, marcadas y a salvo dentro de fundas de plástico.

Casi pudo volver a ver a Santiago entre las sombras de su despacho.

Sentado en su silla, colocando cada papel en su lugar, cada fotografía en su funda. Moviéndose con una mezcla de fastidio y satisfacción, como el padre que pone orden en el cuarto de su hija.

Todo el dolor que había intentado mantener en el fondo del estómago ascendió

por su cuerpo con una ola de calor. Tuvo que apoyarse en la mesa.

«¿Qué harás cuando yo no esté?», le había preguntado Santiago.

Sara sintió cómo las lágrimas, ya incontrolables, le recorrían ardientes las mejillas. Le fallaron las piernas. Poco a poco, se dejó caer al suelo, hasta quedar arrodillada, la cabeza hundida en el suelo,

llorando. «¿Quieres que
rece?», se preguntó con
rabia, le preguntó a
Santiago.

Se abrazó a sí misma e
intentó fingir que sus brazos
no le pertenecían y eran los
de Santiago, rodeándola. Ese
mismo abrazo en el que
despertó de una pesadilla.
«¿Por qué no me dejaste un
poco de tu absurda fe?»

Al morir Santiago,

también estaba muriendo
ella.

Una parte de su vida
dormía en el ataúd al lado de
su cadáver. Todos esos años
que vivió bajo su protección;
él había sido el único testigo
de la adolescente que se
había quedado en la calle,
repudiada por sus padres, la
historia de Sara hasta que
logró tomar las riendas de su
vida. Estudiar. Tener un
trabajo.

¿Quién podría contar cómo era Sara ahora que Santiago había muerto? Sólo había existido en su mirada y su mirada ya no existía.

Oyó unos golpes en la puerta del despacho y, conteniendo un grito, pidió que no la molestaran.

Se incorporó un poco, pero siguió sentada en el suelo. No podía dejar de llorar. Miró la mesa que Santiago había dejado

ordenada antes de marchar a la nave de Joaquín.

Sabía qué habría dicho Santiago: «En realidad, no lloramos por los muertos. Siempre lloramos por los que quedan vivos».

Ella no podía evitar sentir ese desamparo. Era tan fuerte que dolía.

Cogió el álbum donde Santiago había guardado las tarjetas de memoria de los interrogatorios. Buscó la

última entrevista que le había hecho a Ana. Sara no había estado presente.

La puso en el ordenador. La pantalla se iluminó con un reproductor y Sara pulsó el play.

—*¿No tienes miedo de que él venga a por ti?* —La voz de Santiago preguntando a Ana sonó grave y cálida en el despacho.

—*No sé, ¿debería*

tenerlo? —le contestaba Ana.

Sara se sentó en su silla. Se echó hacia atrás y cerró los ojos. Apenas si prestaba atención a las palabras de Ana. Sólo quería que la voz de Santiago le diera el cobijo que necesitaba. Quería imaginar que él estaba ahí mismo, al otro lado de la mesa, hablando con ella.

—*Claro que no. Para eso estamos aquí. Para*

protegerte —seguía diciendo él.

Habían empezado a escocerle los ojos de secarse las lágrimas. Apretaba la mandíbula para que sus gemidos no enturbiaran la voz de Santiago.

—*¿Qué más pasó esa noche?*

La textura de la grabación cambió. Él debió acercar la grabadora a Ana para que se oyera mejor su voz. La de

Santiago, ahora, sonaba más lejana. A Sara le molestó que ganaran presencia las palabras de ella.

—... *vi varias estrellas fugaces. Antes... me tumbaba con mi padre en el jardín a mirar el cielo, él decía que podía pedir un deseo si veía una pasar.*

No le interesaba qué decía Ana. Era como, si de repente, Santiago hubiera dejado de prestarle atención

a ella para dirigirse a otra persona.

Detuvo la reproducción. Retrocedió unos segundos y volvió a ponerla en marcha. La voz de Ana volvió a imponerse pero, esta vez, Sara sí le dedicó toda su atención.

—Desde ahí, no podía verla... Pero vi varias estrellas fugaces. Antes... me tumbaba con mi padre en el jardín a mirar el cielo, él

decía que podía pedir un deseo si veía una pasar. Pedí un montón de deseos... y ninguno de esos deseos fue salir de allí. Pensaba que eso no me podría pasar nunca —decía Ana poco después.

Sara volvió a rebobinar la grabación. Esta vez, un poco más. Una nueva escucha.

—Me acuerdo de una noche, hace tiempo... No hacía frío. Llevaba una

rebeca y con eso me bastaba. Estaba arriba. Él se había quedado en el agujero con Lucía.

—¿Fue la última vez que hizo calor?

—Es posible.

Sara se levantó y salió del despacho. Atrás, seguía sonando la grabación. La mayoría de los agentes se habían marchado. Víctor tomaba un café junto al cabo Rojas.

—¿Qué día se hizo la compra de la rebeca? —les preguntó Sara.

Víctor y Rojas la miraron desconcertados. «El once de agosto del año pasado», le recordaron. Sara se detuvo con un gesto de frustración a mitad de camino. Miró a su alrededor, la sala vacía del cuartel, y, con rabia, arrastró todo lo que había sobre una mesa hasta tirarlo. La pantalla del ordenador

estalló contra el suelo y, sobre ella, cayeron papeles, carpetas.

—¡Mierda! —gritó—. Lo hemos estado llevando mal desde el principio.

Víctor corrió a contenerla.

—¿Qué pasa? —le preguntó mientras la sujetaba de los brazos.

—Son dos —le dijo ella—. ¿No te das cuenta? Son dos hombres los que secuestraron a las niñas...

—Sara se soltó de Víctor, que aún no lograba entender cómo había llegado a esa conclusión—. La compra se hizo el once de agosto del verano pasado, en un pueblo de Francia, al otro lado de los Pirineos. ¿A cuánto puede estar de Monteperdido?

—Perpiñán estará a unas seis horas en coche —calculó Rojas.

—El once de agosto es la

noche de las Lágrimas de San Lorenzo. La lluvia de estrellas. Ana habló de ese día en un interrogatorio con Santiago. Este verano pasado —siguió diciendo Sara.

Víctor empezaba a encajar las piezas. Ahora se daba cuenta de cómo Sara había llegado a verlo.

—Ana estaba arriba, mirando el cielo, pidiendo deseos a las estrellas. Uno

de los hombres que las secuestró estaba en el agujero con Lucía. Mientras, el otro estaba en Perpiñán comprando ropa para las niñas. Es imposible que si la compra se hizo a las siete de la tarde estuviera de vuelta en la misma noche... Por eso, cuando Ana hablaba del hombre que las secuestró era tan contradictoria. No es que intentara ocultarnos la verdad. Ella no era

consciente, pero estaba describiendo a dos hombres diferentes.

5

Ibón

Cuando las llamas quemaron el ataúd, Sara cerró los ojos e intentó encontrar paz, la misma que deseaba para Santiago, al que imaginaba transformándose en cenizas

que se elevaban con el viento, como la bailarina alza sus brazos y finge que sus manos son pájaros y se pierden en el cielo.

Hubo pocos asistentes al entierro en Zaragoza: algún familiar lejano, un par de compañeros que se habían trasladado desde Madrid.

La trataron como si ella fuera el estandarte del duelo.

Pésames y abrazos.

Miguel Ángel Figueroa se

acercó a Sara al salir del entierro.

—¿Damos un paseo? —le preguntó.

Luego, señaló una cafetería cercana. No parecía muy acogedora pero, sin duda, era mejor que la del crematorio.

Buscaron una mesa algo apartada aunque el lugar estaba prácticamente vacío. Sólo un hombre con mono de trabajo azul en la barra, y

una mujer de pelo cardado y violáceo en otra mesa, con la mirada perdida en la nada mientras el café y las tostadas se enfriaban delante de ella.

—¿Qué vas a tomar? —le preguntó Figueroa, pero ella rechazó cualquier cosa con un leve gesto, como si el mero hecho de hacer una elección en ese momento le molestara. Él se acercó a la barra donde una

latinoamericana le dijo que le llevaría el whisky a la mesa.

Se ahorró cualquier recuerdo de Santiago Baín. Ningún «era un buen hombre», tampoco anécdotas de cuando eran compañeros de brigada. Figueroa había medrado en el organigrama hasta colocarse en la Jefatura de Policía. No sabía si era un político o si había llegado a

ese puesto por méritos propios, apenas si lo conocía. Sólo lo había saludado un par de veces. Santiago se lo había presentado.

Habían pasado casi dos semanas desde su muerte.

La autopsia y el papeleo habían impedido que el funeral se celebrara antes.

Mientras tanto, la investigación se había convertido en un animal que

no conseguía domar. Quizá no era tan fiero, quizá ella era débil.

La camarera dejó el whisky sobre la mesa y Figueroa añadió un «guapa» a su agradecimiento. La chica le sonrió y regresó a la barra. Figueroa tenía un par de años menos que Santiago. Era un hombre orondo, que se movía incómodo en el traje que tenía que llevar a diario y que, en las

ocasiones que lo había visto, siempre estaba arrugado, la camisa mal metida en unos pantalones que se veía obligado a acomodar continuamente sobre su barriga. Empeñado en sonar campechano a pesar de que, seguramente, ya no recordara nada del pueblo donde había nacido. Olía a aftershave.

—Quiero que tengas confianza en mí, Sara —le

dijo—. Las cosas las vamos a arreglar entre tú y yo. No nos hace falta ningún despacho ni políticos rondando.

Se quitó la chaqueta del traje, la dejó colgando de cualquier forma en el respaldo de la silla y se subió las mangas de la camisa. Luego apartó su whisky y se acodó en la barra en una posición despreocupada, como si

acabara de terminar su jornada laboral y estuviera charlando con una amiga.

—¿Quién ha sido el hijo de puta que ha filtrado el retrato robot y las declaraciones de la chica a los periódicos? —le preguntó, como si esperara un nombre para, de inmediato, buscarlo y darle una paliza.

Sara no tenía dudas: Joaquín. El padre de Lucía

había sido un elemento discordante desde el inicio de la investigación. Nunca le habían bastado las explicaciones de la policía, tampoco parecía satisfecho con sus decisiones. Daba la impresión de que tenía sus propias ideas y que, después de un tiempo de gracia, había decidido llevarlas a cabo. La periodista que había publicado la información, Virginia

Bescos, había sido una colaboradora habitual de Joaquín en el pasado. Cuando el caso estaba en su apogeo, todos los medios contactaban con Virginia para invitar al padre de Lucía. Ahora, poco antes de que esas noticias empezaran a publicarse, ella había salido del valle, había dejado la habitación que tenía en una pensión de Val de Sacs. Los padres de Ana habían

negado que le hubieran trasladado lo que se publicaba a Joaquín, pero Sara no les creía: sabía que se sentían en deuda con la familia de Lucía, incómodos en su papel de agraciados por el azar. Seguramente le habían hecho llegar el retrato robot de Lucía y las declaraciones de Ana.

Sin embargo, nada de eso parecía importarle demasiado a Figueroa. Era

una cagada, eso no lo ponía en duda. La televisión y los periódicos habían repetido hasta la saciedad la imagen de Lucía. Habían examinado hasta la última coma de la descripción que hacía Ana del secuestro. Pocos días después, la misma Virginia publicó una noticia en la que hacía pública la oferta de una recompensa de treinta mil euros a quien diera algún tipo de información que

ayudara a encontrar a Lucía. Esta vez, Joaquín no se escondía. Él era quien ofrecía ese dinero, «ante la falta de respuesta de la policía», añadía.

—Para molerlo a palos —bufó Figueroa—. Luego, si el loco que tiene a su hija decide pegarle un tiro, la culpa será nuestra. —Dio un trago a su whisky y sonrió a Sara—. Dios nos libre de los tontos.

Las últimas noticias del caso también hablaban de Sara Campos. Decían que la agente del SAF no había sabido superar la muerte de su compañero. En un tono condescendiente, la describían como una niña que se ha quedado huérfana y de la que deberían ocuparse los servicios sociales. Unas veces, paralizada y, otras, fuera de control. Gaizka la acusaba

de haber sufrido malos tratos en el cuartel de Monteperdido. La periodista añadía que, de no ser por sus compañeros, la subinspectora no se habría detenido, traumatizada por el asesinato del inspector Baín. Más que lo que decía, a Sara le molestaba ese aire de falsa compasión cuando lo que estaban haciendo, palabra a palabra, era hundirla.

—¿Qué tal los guardias del pueblo? —preguntó Figueroa—. ¿Muy cazurros?

Sara le habló bien de los agentes, también de Víctor. Se habían puesto a su servicio desde que llegó. Ninguna queja. Figueroa suponía que ellos no corroborarían una palabra de esa noticia. Acababan de matar a un policía, ¿qué clase de gente eran si se la cogían con papel de fumar

en una situación así? Al tal Gaizka le estaban bien dadas esas hostias.

—Es un camello, sin más, ¿verdad? —preguntó después Figueroa—. No tiene nada que ver con lo de las niñas...

Ella creía que no, pero ya le quedaban pocas certezas. Los análisis de ADN habían confirmado que la sangre que hallaron en el suelo del túnel y la rebeca pertenecían

a Lucía. Había estado en ese agujero horadado en el Ixeia la noche de la tormenta, ese túnel a ninguna parte, seguramente junto a su captor. Él la había golpeado. La madre de Marcial, María de Laude, la había tenido frente a ella. Incluso se habían tocado; la anciana había guardado esa gota de sangre en su puño. Sin embargo, no podía darles nada más. Todo lo que había

visto estaba enterrado en el fondo de una conciencia apagada por el alzhéimer.

Sara le contó por qué ahora enfocaba la investigación de otra forma: su teoría de los dos secuestradores.

Posiblemente, uno de ellos fuera la personalidad líder y el otro se dejara llevar. Le habló de la noche de las Perseidas, las Lágrimas de San Lorenzo, y la compra de

la rebeca. Había comprobado el parte meteorológico; la única noche en la que las estrellas fugaces habían sido visibles en el cielo de Monteperdido fue ese once de agosto.

—Un loco y su mamporrero —resumió Figueroa—. Todo esto fue después de lo de Santiago, ¿verdad?

Ella afirmó con un leve gesto. Esta nueva

perspectiva también les obligaba a replantearse toda la investigación. Habían ido desechando sospechosos cuando tenían coartada para los dos momentos claves del secuestro: el día en que se llevaron a las niñas y el día en que apareció Ana. Sin embargo, si todo había sido obra de dos personas, ese método no tenía ninguna validez. Uno de ellos pudo coger a las niñas, mientras el

otro podía estar en el refugio el día en que escapó Ana.

Álvaro, Marcial o el propio Gaizka seguían estando en el ojo de la investigación.

—¿Qué cojones fue a buscar Santiago a esa nave de camiones? —preguntó Figueroa después de vaciar de un trago su vaso de whisky.

Tampoco tenía una respuesta para eso. Quizá

supo algo de Gaizka y, pensando que tenía que ver con el secuestro, se presentó allí. Quizá tenía que ver con Joaquín: a veces tenía la sensación de que el padre de Lucía hacía todo lo que estaba en su mano por entorpecer su trabajo. Sara había preguntado a su mujer: Montserrat le confesó que aquella noche Joaquín no estaba en casa. Él dijo que había ido a tomar algo a Val

de Sacs. A lo mejor se había visto con la periodista, aunque Joaquín no quiso confirmárselo.

—¿Y la niña? ¿Ha vuelto tocada de la cabeza o qué le pasa?

La pregunta de Figueroa no esperaba respuesta. Había leído los interrogatorios a Ana, sabía perfectamente que no estaba aportando prácticamente nada. Su

pregunta era más bien un lamento.

—¿Estás segura de que no quieres tomar nada? —le dijo antes de levantarse a por otro whisky.

Sara lo vio cruzar el bar con un paso cansado, como si no estuviera habituado a caminar. El hombre con el mono azul dejó unas monedas sobre la barra y salió del bar. Figueroa debió de gastarle una broma a la

camarera porque la chica se rió mientras buscaba la botella en la estantería. Vio cómo, después, le hacía un gesto pidiéndole que llenara un poco más el vaso. Antes de volver, se giró para mirarla desde la barra: Figueroa estaba serio. Aunque hacía lo posible por ocultar su estado de ánimo, el entierro de Santiago le había afectado. Esos vasos

de whisky no eran tan habituales como pretendía.

Se sentó frente a Sara y le dijo que ella también debería beber algo. Una tónica, si no le gustaba el alcohol. No tenía ni un vaso con el que brindar y a él le apetecía hacerlo con ella.

—¿En qué país tiran los vasos al suelo? ¿O son los platos?

—Grecia —le dijo Sara.

—No sabes las ganas que

me están entrando de reventarlos. —Ya no bromeaba. Sólo había amargura en sus palabras—. Un par de días antes de que... bueno... de que ese cabrón le pegara un tiro, Santiago me mandó este informe.

Figueroa rebuscó en un pequeño maletín que había dejado a sus pies. Puso el informe sobre la mesa y se lo acercó a Sara.

—Te lo resumo —dijo Figueroa después de tomar aire con el hastío del que no quiere estar en esa conversación—. Quería que te enviáramos a otra brigada. Que te sacáramos del trabajo de campo. Una oficina bonita, en el sur, con buen tiempo y un montón de papeles para sellar...

Sara no pudo evitar una sonrisa al leer parte del informe. Pensó en cuándo

podría haberlo escrito Santiago. Seguramente, después del interrogatorio a Ana. «Capullo», pensó.

—Dice que emocionalmente no estás capacitada para enfrentarte a estos casos. Que sí, que eres muy lista y estás muy preparada, pero que si seguías metida en esto acabarías como una puta regadera...

—¿Ésa era su definición

científica? ¿Una puta regadera? —preguntó Sara mirándole a los ojos con una sonrisa. ¿Hasta qué punto creía lo que decía ese informe?

—Depresión. Insomnio.

Alucinaciones

hipnagógicas... Un cuadro, vamos.

¿Por qué había tenido que contar todo eso Santiago?

—A mí me gusta ser muy claro, Sara —le dijo

Figueroa, e intentó recalcar su franqueza aclarándose la voz con un carraspeo—. He hablado con los agentes que trabajaron con vosotros en otros casos. Y he llamado a Víctor Gamero, el sargento del puesto de Monteperdido. Todos dicen que eres cojonuda. La hostia. Y no se me ocurre nadie mejor que tú para llevar este caso. Entonces ¿por qué Santiago

me mandó esta mierda de informe?

Ella tenía el papel entre las manos y volvió a mirarlo antes de contestarle a Figueroa, como si entre sus líneas pudiera volver a ver el rostro arrugado de Santiago, su gesto de sacerdote beatífico.

—Porque me quería —respondió—. Y tenía miedo por mí.

—¿Qué se supone que

debo hacer? —le preguntó Figueroa después—. ¿Cojo ese papel y lo tiro a la basura o te mando a hacer fotocopias a Canarias?

Sara reflexionó un segundo.

—¿Puedo darte una respuesta cuando encuentre a Lucía?

Figueroa le sonrió. Ella sabía que eso era lo que quería escuchar.

El móvil sonaba unas diez veces al día desde que Virginia había publicado el artículo. Joaquín había empezado a rechazar algunas llamadas, harto de oportunistas y lunáticos que juraban haber visto a Lucía en sueños. Le molestó sobre todo la llamada de una mujer que hablaba con acento de Europa del este. Le juraba que había estado con su hija

y que ésta le pidió que le diera un mensaje. No quería el dinero, sólo transmitir las palabras de Lucía: «Deja de buscarme». Joaquín no supo qué contestar y, después de unos segundos en silencio, le colgó.

Sin embargo, ese «deja de buscarme» se quedó dentro de él, como una espina clavada en la garganta. ¿Qué necesidad empujaba a toda esa gente a llamarle? Pensó

en una crueldad gratuita o, tal vez, un afán de notoriedad. La policía le había advertido que recurrir a una recompensa no era una buena idea. Lo único que iba a conseguir era un montón de historias absurdas con las que alimentar su ansiedad.

«Deja de buscarme.» La frase había empezado a sonar con la voz de Lucía en su cabeza. No le había hablado a nadie de esa

llamada, ni siquiera a Montserrat. De alguna forma temía la mirada de su mujer si lo hacía. Un «tiene razón», un «¿no ves lo que te está haciendo?».

Había quedado con Rafael en la oficina. La radio del coche estaba encendida pero la voz del locutor era poco más que un ruido de fondo, un rumor como el del mar. Pasó junto al puente del colegio, reconstruido

después de la inundación y recordó aquellos días, siete años atrás. Cuando él era el hombre que había decidido ser.

La crecida del río les sorprendió a primera hora de la mañana. El pueblo estaba instalado en la cotidianidad de un día de primeros de junio. Los niños en el colegio, los mayores en sus puestos de trabajo, las mujeres ponían orden en sus

casas, impregnadas todavía con el aroma a café del desayuno.

El Ésera se desbocó, sobrepasado por el deshielo del glaciar y un cauce sucio. La lluvia se hizo más intensa, parecía jalearlo. Joaquín estaba en la empresa cuando Montserrat le llamó y le contó que el río había empezado a desbordarse a la altura del puente de Posets.

No dudó. Cada uno de sus

pasos, desde ese momento, fue firme, seguro. No se hizo preguntas sobre lo que debía o no debía hacer, sobre lo más conveniente. Condujo hacia el pueblo y llamó al colegio. La clase de su hija había sido evacuada y estaban llevándose a los alumnos hacia un punto más alto en el pueblo. Temían que, estando el colegio en una hondonada, acabara por inundarse. Tenían que cruzar

el río para hacerlo y Joaquín vio la fila de niños avanzando bajo la lluvia, rumbo al puente. Nadie imaginaba que la fuerza del agua pudiera derribar la estructura de piedra. Junto a la profesora, Lucía encabezaba la fila.

El agua empezaba a filtrarse entre los pilares; la corriente era un martilleo continuo y supo que en cualquier momento podría

derrumbar el puente. Joaquín detuvo su coche al otro extremo y les gritó que se dieran la vuelta. El ruido del río y la lluvia apagó su voz. La profesora pisó el puente; metía prisa a los niños para que corrieran, consciente del peligro, aunque ajena al hecho de que los estaba conduciendo a la muerte.

Uno de los pilares que se hundía en el río estalló,

como si le hubieran colocado una bomba. Sólo habían llegado al puente los primeros niños y Joaquín no se lo pensó. Corrió sobre el suelo de piedra, que en ese momento le pareció que se tambaleaba a cada zancada. La profesora cogió a un par de niños e intentó retroceder. Lucía estaba paralizada. Joaquín la cogió de la cintura al llegar a ella y se la echó sobre un hombro.

Sintió la respiración agitada de su hija: estaba llorando. Empujó hacia atrás a la profesora, al resto de los niños, antes de que el puente se deshiciera sobre el río.

No quiso mirar atrás. La histeria se había apoderado de la profesora, de los niños. Les gritó que se alejaran del Ésera y los guió hacia una casa al sur del cauce. Sabía que, con el puente vencido,

el desbordamiento del río era inminente.

Corrió todo el tiempo con su hija en brazos, y sólo cuando estuvieron en el interior de la casa la dejó en el suelo. Miró a Lucía a la cara, mojada de lluvia y lágrimas. Le dijo «tranquila, cariño» y la abrazó. Tenía nueve años entonces.

El miedo que había contenido bajo la urgencia del momento y que había

estado golpeándole el pecho, como un animal encerrado en un sótano, desapareció. Joaquín se dejó caer al suelo y respiró, tranquilo y feliz. Cerró los ojos y pensó que algo así tuvo que sentir Montserrat al dar a luz. Cuando el dolor del parto ya no importaba porque su pequeña bebé lloraba acostada sobre su pecho.

«Deja de buscarme», le había dicho esa mujer al

teléfono. ¿Cómo iba a dejar de buscar a su hija? ¿Quién sería capaz de olvidar sin más?

Aparcó el coche frente a la oficina. La puerta de la nave estaba abierta. Los camiones, aparcados fuera. No habían vuelto a tener trabajo desde que apareció el cadáver del policía en el negocio. Los tres Pegasos y el Volkswagen, descoloridos, parecían

ancianos terminales que miraban a través de sus ojos vidriosos por las ventanas de un hospital que sabían que nunca abandonarían por su propio pie.

Intentaba no pensar demasiado. Sólo avanzar. Era consciente de que si se paraba y se miraba al espejo, no le iba a gustar la imagen. A veces, Joaquín había tenido la sensación de salir de su cuerpo y mirarse a sí

mismo como si fuera otra persona; en esos breves relámpagos se había visto como un avión en llamas, cayendo en picado. Estaba arrojando todo por la escotilla: maletas y asientos, pasajeros. Aligerando peso para mantenerse en el aire de forma desesperada. Sin embargo, en el fondo, sabía que nada podría evitar que se estrellara.

—Voy a cerrar —le dijo a

Rafael cuando se sentó junto a él en la oficina—. Venderé los camiones y, con lo que saque, pagaré algunas deudas y lo que te deba, claro.

Rafael ni siquiera le miró. Los primeros años de ayuda incondicional se habían convertido en un resentimiento mudo por cómo llevaba el negocio, por cómo arrastraba a su

hermana y daba la espalda a Quim.

—Lo que tú veas —fue lo único que le dijo Rafael.

—No será de un día para otro, pero también sacaré un dinero con el solar. Esto ya no hay quien lo levante —añadió Joaquín como si tuviera que justificar la decisión ante su cuñado.

Sabía que no era del todo cierto. El dinero que había reunido para la recompensa

también podría haberlo destinado a reflotar su negocio. Aquellos camiones eran el símbolo de una independencia que había tenido que ganarse a pulso. Sus padres habían intentado que él se quedara con la ganadería familiar, pero él luchó por salir de su sombra. Y lo había conseguido. Puso en marcha un pequeño negocio de transporte que fue creciendo hasta estar a

punto de convertirse en su propio imperio, con más de veinte camiones haciendo rutas por el Pirineo. ¿Qué quedaba de todo aquello? «Qué más da», se dijo apagando pensamientos que sólo podían hacerle daño. Su niña había desaparecido.

—¿Qué quieres que haga?

—le preguntó Rafael—.

¿Preparar el papeleo para el cierre?

—Es mejor que eso se lo

dejemos a un abogado.

¿Cómo iba a dejar Joaquín que él organizara el cierre si en esos cinco años no había conseguido hacer a tiempo un solo trimestre de impuestos? Rafael se levantó y cogió su chaqueta. Miró un segundo más a su alrededor, antes de preguntarle a Joaquín si hacía falta que volviera al día siguiente.

—Ya te aviso si te

necesito para cualquier cosa
—le dijo Joaquín.

Él aceptó con un cabeceo
y se marchó, como si sólo
hubiera estado dirigiendo
esa empresa unas horas,
mientras Joaquín hacía unos
recados. ¿Cuántos
agradecimientos le debía
Joaquín a su cuñado?
¿Cuántas veces había
aceptado con su parquedad
lo que él le había pedido?
Ocúpate de Quim mientras

Montse y yo vamos a un acto; pásate por casa el día del cumpleaños de Lucía, que no quiero que mi mujer esté sola; deja la carretera y ocúpate del negocio. Aparca tu vida por nosotros. Y, a todo, Rafael había accedido sin apenas decir nada.

¿Realmente se lo había pedido o, más bien, se lo había exigido? Como a todo el mundo que había estado a su alrededor: nunca se

planteó que alguien pudiera darle una negativa. Debían estar tan implicados como él en la búsqueda de su hija.

Tarde o temprano tenía que llegar el momento en que se quedara completamente solo.

Sonó el móvil y Joaquín tardó un poco en reaccionar. Lo sacó y miró el número: no lo tenía en la agenda. Descolgó, más por alejar las ideas que le rondaban,

hienas que paseaban en círculos a su alrededor esperando el momento de lanzarse sobre él. No esperaba nada de esa llamada.

—Le puedo contar algo de su hija. —Era la voz de una mujer de voz resquebrajada por la edad. Un acento cercano, quizá del Pirineo catalán—. Pero, antes de nada, quiero el dinero.

Joaquín creyó que se trataba de una más que le tomaba por imbécil.

Era la primera vez que Montserrat pisaba el centro comercial de Barbastro. Lo habían inaugurado hacía tres años pero, como si la posible diversión de la visita le estuviera vetada, ella lo había evitado. Recorrió las galerías, bulliciosas y

plagadas de colores y luces que intentaban atrapar su atención. Cargaba un par de bolsas con ropa. Salvo unas camisas para Quim, todo era para ella. Había sentido cierto miedo a encontrarse con algún vecino mientras recorría los percheros de la tienda eligiendo vestidos y pantalones.

¿Qué explicación les habría dado?

Se sentía cómoda

paseando entre los extraños que abarrotaban los pasillos y pensó en tomar un café antes de volver al coche y a Monteperdido cuando, junto a las escaleras mecánicas, vio una juguetería. Entró sin plantearse un porqué, tampoco qué iba a buscar. Casi sin darse cuenta, se encontró detenida ante una estantería que alcanzaba hasta el techo; las muñecas se acumulaban, una junto a

la otra, en cajas que le hicieron pensar en ataúdes y sintió un escalofrío. Ganas de llorar al ver las Barbies, con esas sonrisas heladas, vestidas de novia o para un picnic. ¿Eso era lo que había ido buscando? ¿Una Barbie para Lucía?

—Ésa es bonita.

Una voz familiar le hizo girarse. A su espalda, Nicolás Souto le señalaba una Barbie en un estuche

negro, una edición coleccionista con un vestido rojo de los años cincuenta, una melena oscura y ondulada le caía sobre los hombros. Montserrat no supo qué decir, avergonzada. Él estiró el cuello y, con esos ojos pequeños y un leve arqueado de cejas, volvió a señalar la muñeca. Ella sonrió; el gesto de Nicolás, levantando la cabeza por encima de ella y dirigiendo

una mirada cómica a las muñecas, le hizo pensar en las marmotas que corrían por las montañas, asomándose tras una roca con ese gesto de curiosidad para luego volver a huir lejos de cualquier mirada. Pero Nicolás siguió detrás de ella, no se escabulló entre los pasillos del centro comercial. Se había dejado un fino bigote que le daba un aire un poco ridículo.

Casi imberbe, parecía un adolescente que debía haberse pasado la maquinilla de afeitar antes de que esos escasos pelos negros y lacios crecieran sobre su boca.

—Te he llamado antes de que entraras —se justificó nervioso el veterinario—. Con el volumen de música que tienen, normal que no me escucharas... —Nicolás vio cómo la mirada de Montserrat se posaba en su

bigote y, atusándose, como un caballero del siglo XIX, le preguntó—: ¿Te gusta?

—Sí, bueno... no sé... Eres la primera persona a la que el bigote le hace más joven.

Nicolás enterró un gesto de fastidio; era evidente que ésa no había sido su intención al dejarse crecer esos pelos ralos que él llamaba bigote. Dejó de tocárselo y, sin saber qué

hacer con su mano, cogió una muñeca al azar. Una Barbie doctora, vestida de blanco y con unas gafas rosas que, supuso, pretendían hacerla más inteligente, aunque él, después de decirle a Montserrat que ésa tampoco estaba mal, pensó que la muñeca, vestida de esa forma, parecía más bien una actriz porno. Montserrat le dijo que no iba a comprar

nada, ni siquiera debía haber entrado en la juguetería. El veterinario dejó la muñeca en su estante y cogió la primera que había señalado, esa que iba vestida como una estrella de los años cincuenta.

—Esta me gusta más... ¿Te da igual si la compro yo? —acabó por decirle Nicolás.

Montserrat sabía que él no quería incomodarla y, poco a

poco, se fue relajando, perdiendo el miedo a reconocer sus sentimientos. Montserrat le dijo que había pensado en otra muñeca, una con traje de baño y el pelo rubio recogido en una cola. Le gustaba la expresión de esa Barbie.

Decidieron comprar las dos muñecas y, después, Nicolás la invitó a tomar algo en una terraza que

había en la segunda planta del centro comercial.

Se refugiaron bajo una sombrilla del sol de esa mañana de principios de agosto. Estaba siendo un verano caluroso.

—¿Te parece una tontería que le compre una muñeca?
—le preguntó Montserrat cuando ya les habían servido.

—¿Por qué me lo iba a

parecer? —le contestó Nicolás con una sonrisa.

El sudor le empapaba la camisa y él se encogía ligeramente esperando que ella no viera las manchas que se extendían bajo sus axilas.

—No tiene mucho sentido —reconoció Montserrat—. Ana dijo que ya no le gustaban estas muñecas. Pero...

Montserrat no encontró

las palabras con las que intentaba describir lo que sentía.

—Es como si la notaras más cerca, ¿no? —le ayudó Nicolás.

Ella le sonrió dando a entender que había acertado. Se conocían desde niños. En el colegio, cuando Nicolás era el niño torpe y tímido objeto de todas las burlas, Montserrat era la única chica con la que se relacionaba.

Sabía que él se estaba enamorando. Le regalaba esos cuentos que, después, se veía obligada a leer a pesar de que le resultaban tremendamente aburridos. Pero eran el medio que Nicolás usaba para declararse y le parecía que no leerlos era como cerrarle la ventana a mitad de serenata.

Montserrat sabía que él nunca había tenido

verdaderas aspiraciones con ella. Nicolás se sabía vencido antes de empezar ninguna disputa. De pequeño era tan nervioso e inoportuno como ahora. Cuando Montserrat empezó a salir con Joaquín, aceptó su derrota sin rechistar. Se apartó y dejó de regalarle aquellos cuentos.

—Estoy escribiendo otro libro —le dijo Nicolás—. *El follét del albarósa*. Del Ken

Follet de Monteperdido. —
Nicolás se rió de su chiste,
dos carcajadas secas que
detuvo de golpe al ver que
Montserrat le escondía la
mirada, incapaz de reír—.
No, no es por Ken Follet. Es
por *los follets*, ya sabes, los
duendes del bosque —le
aclaró el veterinario—. Está
un poco inspirado en todo lo
que está pasando en el
pueblo... Pero en mi historia
encuentran a Lucía —

añadió, como si eso pudiera tranquilizarla.

Ella sonrió. Sabía que, en su torpeza, Nicolás sólo pretendía agradar. Las últimas semanas habían sido complicadas en casa. Joaquín se había encerrado más que nunca en su obsesión y la apartaba cada vez que insinuaba algo que a él no le gustaba, como si fuera ella la que le estaba abandonando. Quim era un

extraño; su hijo se pasaba la mayor parte del día fuera y, cuando estaba en casa, apenas si le dirigía la palabra. No podía culparlo. Le había dado la espalda durante demasiado tiempo y, ahora, tendría que trabajarse su confianza. Por eso, agradeció el interés de Nicolás por reconfortarla sin esperar nada a cambio.

El recuerdo de una noche, cuando eran adolescentes en

el instituto, le vino a la memoria. Hicieron una fiesta para sacar dinero y pagar un viaje de estudios. Joaquín y ella discutieron. Se habían convertido en la eterna pareja del pueblo y nadie se planteaba que esa relación se pudiera romper. A ella le molestaba que su vida fuera tan predecible. Salió del bar y se encontró con Nicolás. Él escuchó sus quejas. Ella había bebido de

más. Le besó para demostrarse que en su vida podía haber otras personas aparte de Joaquín Castán.

Al día siguiente, Joaquín y ella se reconciliaron, y la pareja volvió a ser tan fuerte y tan predecible como antes. Nicolás jamás habló con ella de lo que había pasado esa noche.

—¿De cuánto estás? —le preguntó Nicolás mientras rebuscaba en su bolsillo para

pagar la cuenta que habían dejado sobre la mesa.

Montserrat le sonrió, incómoda. ¿Cómo podía haberse dado cuenta?

—El otro día, en el botiquín, ¿te acuerdas que nos vimos? —le recordó el veterinario en un tono tranquilizador. Quería demostrarle que la información que tenía no saldría de esa mesa—. Llevabas unas pastillas y me

pareció raro. Joaquín siempre compra por kilos en Andorra... Eran hierro y ácido fólico.

Ella tomó aire antes de confesar.

—De dos meses. Al principio pensé que era un retraso... sin más... Pero me compré un predictor y me dio positivo...

Montserrat quería bañar sus palabras de preocupación pero fue

incapaz de tapar una sonrisa. Era la primera persona a la que le decía que estaba embarazada.

—Felicidades, ¿puedo...?

—Nicolás se incorporó y abrió los brazos pidiéndole un abrazo. Ella dejó que lo hiciera y se sintió bien. Quería celebrarlo. Quería disfrutar esa nueva vida y que todo el mundo fuera partícipe—. ¿Se lo has dicho a Joaquín?

—Todavía no —
reconoció ella. ¿Cómo
decirle que iban a tener otro
hijo? Sabía que él se lo
tomaría casi como una
traición.

—Si necesitas cualquier
cosa —se ofreció Nicolás—.
No soy médico, pero he
ayudado a unas cuantas
vacas a parir...

Ella le dio las gracias con
una risa. ¿Cómo iba a ser
Nicolás un buen escritor si

siempre elegía las peores palabras?

Joaquín Castán había vaciado la cuenta de la empresa. Estaba desmantelándola. Sara había ordenado que le hicieran un seguimiento y consiguió una orden judicial para tener pinchado su teléfono. Sabía que el padre de Lucía no compartiría ninguna

información, si es que la oferta de recompensa que había lanzado en los medios de comunicación daba algo más que llamadas de chalados. Sara no sospechaba realmente de él: tenía la sensación de que Joaquín había decidido inmolarsse en su papel de padre coraje y no podía hacer nada por impedirlo, aunque le molestaba que la actitud del padre de Lucía

les quitara recursos y tiempo para otras cosas que le parecían más importantes.

El dibujante de la policía había vuelto a ver a Ana. Sara quería que intentaran diferenciar los rasgos con los que la chica describía a su secuestrador, y que en realidad pertenecían a dos personas diferentes. El resultado no era concluyente: ¿cómo podían estar seguros de qué

característica correspondía a cada una de las personas que se habían alternado en el rapto?

—¿Qué tal ha ido con los jefes? —le preguntó Víctor al ver que Sara estaba de regreso en su despacho.

—Nada nuevo —murmuró Sara.

Ella tenía la mirada perdida en la mesa. Empezaba a anochecer y la mayoría de los agentes ya se

habían ido a casa. Víctor le ofreció, como todas las últimas noches, que se fuera con él y pararan a cenar algo en la Sociedad de Cazadores. Y, también como siempre, ella rechazó la oferta. No quiso insistir y se marchó sin despedirse. Sara se quedó mirando la mesa: no había tocado nada desde que la descubrió así, ordenada por Santiago. ¿Qué había en ese escritorio que le

había hecho ir a Transportes Castán?

Una noche más, cogió el expediente del caso. Repasó informe por informe mientras la luz se apagaba. El pinar, al otro lado de su ventana, cambiaba de color por la luz del crepúsculo y las hojas de los árboles se tornaban casi moradas convirtiéndolo en algo irreal, una pintura más que un bosque hecho de madera y

hierba. El amanecer iba a encontrar a Sara en el mismo lugar, inmersa en una lectura que parecía no llevarla a ningún sitio. Pasaría la noche luchando contra sus párpados cansados y el sueño, contra las pesadillas que habían estado repitiéndose desde que Santiago murió.

Esos hombres sin rasgos, con un pequeño agujero negro en el centro de sus

rostros, un diminuto remolino que parecía absorber su propia piel.

«Alucinaciones

hipnagógicas» fue como Figueroa llamó a esas pesadillas. Un médico al que la llevó Santiago describió por primera vez con ese término lo que le pasaba. Sara no recordaba cuándo habían empezado; desde que tenía memoria esas visiones habían estado ahí,

acechándola cada noche. Una disfunción de los instantes entre la vigilia y el sueño que, en su caso, podía alargarse durante horas. Noches completas. El cerebro entraba de forma anómala en la fase REM, paralizaba su cuerpo pero ella estaba aún despierta; podía ver, oír, sentir. Su mente lanzaba imágenes, presencias y sensaciones que ella percibía como reales.

Sin embargo, no podía moverse. Se sentía atrapada en su propio cuerpo. Parálisis del sueño, le había dicho también aquel médico. Le recetó antidepresivos para inhibir la fase REM, Trofanil, pero esas pastillas también la apagaban durante el día. Se convertía en una sombra de sí misma, incapaz de hacer funcionar su cerebro, borrosa. Se negó a seguir tomándolas.

La estabilidad que le dio Santiago le ayudó a controlar las pesadillas. La distancia con sus padres, vivir en una casa que, poco a poco, Sara empezó a sentir como un hogar, los estudios y, después, el trabajo, le sirvieron para mantener a raya esos episodios. Se convirtieron en algo excepcional.

Pero hacía unos años que habían regresado. Y lo

hicieron con la misma intensidad que cuando era una niña. Igual de aterradores.

Trabajaban en la desaparición de una adolescente en un pueblo costero, en Almería, cerca de donde había crecido. El estrés, la ansiedad, derribaron los muros que Sara había ido construyendo a lo largo de su vida. Los hombres que rodeaban su

cama volvieron. Santiago vio cómo Sara se desmoronaba día a día, incapaz de descansar, nerviosa cuando caía el sol y se acercaba la hora de dormir. Insistió en que volviera a la medicación, pero ella se negó. Sabía que si tomaba los antidepresivos no podría seguir trabajando.

Intentó demostrarle a Santiago que era capaz de resistir y él quiso creerla,

hasta que se dio cuenta de que era una batalla perdida. Por eso le había enviado ese informe a Figueroa; sabía que Sara iría deshaciéndose, como una casa abandonada en un territorio inhóspito, a merced del viento y las tormentas, hasta que los cimientos no aguantaran más y, en silencio, se viniera abajo, convirtiéndose en un amasijo de ladrillo y cemento, irreconocible,

ruinas que nadie podría recomponer.

Sara intentó apartar esos recuerdos, el informe que Santiago había entregado a Figueroa, y centrarse en los expedientes del caso. Era una manera de huir.

A mitad de la noche, mientras repasaba los testimonios que se recogieron cinco años atrás, cuando las niñas desaparecieron, algo le

llamó la atención. Lo había pasado por alto hasta ese momento. En la declaración de José Alberto Mencía, un trabajador de la gasolinera de entrada a Monteperdido, se hablaba de su compañero: Fulgencio Heras. En una nota al pie se consignaba una referencia a la declaración del tal Fulgencio: «Informe 24/10/10». Sara buscó entre las cajas sin éxito. Bajó al

archivo. Quizá ese informe se había traspapelado cuando pidió toda la documentación a Víctor. Sin embargo, en el archivo tampoco logró dar con él.

Burgos se mantenía a cierta distancia, unos cien metros. Era la intimidad que Álvaro había ganado para su hija a base de discutir con la policía. Quim y Ana se

habían adelantado unos pasos. Casi sin darse cuenta, mientras hablaban, habían dejado atrás a Ximena.

—¿Os habéis metido algo o qué? Vais a toda hostia — protestó Ximena.

Quim y Ana se giraron deteniendo su conversación y vieron cómo Ximena clavaba un palo en el suelo para ayudarse a subir la ladera de la montaña. Más abajo, Burgos se había

convertido en una pequeña mancha del paisaje.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste? —le preguntó Quim a Ana con una mirada pícaro—. Que te gustaría aprender nadar. ¿Te fías de este profesor?

—Como te pongas en sus manos, acabas ahogada, Ana —intentó bromear Ximena.

Sin embargo, Quim y Ana ni siquiera la miraron. Ana, con la cara en sombra bajo

esa gorra negra, le dijo que le encantaría, pero que no veía ninguna playa por la montaña. La mañana se había levantado bañada en calma, apenas si soplaban el viento. Se citaron en la calle de la urbanización, a primera hora. «¿Qué hacemos?», preguntó Ximena, rompiendo el silencio incómodo en el que los tres se habían instalado después de los saludos de rigor,

como un grupo de amigos que, de repente, se da cuenta de que no son más que unos desconocidos. Apoyado en la verja de la casa de Ana, Burgos les observaba. «¿Damos una vuelta por la montaña?», propuso Quim. ¿Qué otra cosa se podía hacer en Monteperdido? Salieron de la urbanización Los Corzos y pasaron el puente sobre el Ésera. Frente a ellos se levantaba el monte

Ármos, al otro lado de la carretera de Posets. Un frondoso bosque de *trémols* nacía a sus pies, envolviéndolo en un cinturón verde sobre el que, más arriba, se descubría la montaña, pálida, alzándose hasta sus dos mil metros de altitud, arañando un cielo añil con una cima redondeada como la grupa de un animal. Ana les siguió en silencio y ni Quim ni

Ximena notaron cómo hacía esfuerzos por contener su ansiedad al internarse en el bosque. Miraba las hojas de los álamos de soslayo, temiendo que, en cualquier momento, empezaran a agitarse, a gritar, alarmadas al descubrir a Ana. Sin embargo, los *trémols* permanecieron mudos. No iniciaron el redoble con el que le habían acompañado en los años de encierro en el

agujero. «Mentirosos»,
recordó Ana que los
llamaba. Ahora, se alzaban
hacia el cielo, mezclando sus
ramas, ocultando el cielo y
la montaña.

—Cuidado con las
cagadas de jabalíes —les
advirtió Quim, apartándose
teatral del camino que
habían seguido y señalando
el suelo.

—¿Sabes dónde vamos?
—dijo Ximena, tan perdida

en el laberinto de árboles como Ana.

—Al final, vamos a tener un disgusto —les advirtió unos metros atrás Burgos, resoplando cansado mientras les seguía montaña arriba.

Pero Quim se sabía de memoria el camino. Señalaba a un lado y otro, indicando lugares que los árboles no dejaban ver pero que él sabía que estaban allí: el cortado de La Camera al

este, allí solían apostarse algunos cazadores en las batidas; las zonas donde los jabalíes encamaban, al oeste, mientras él seguía internándose por ese bosque interminable. Avanzaron durante casi una hora entre los *trémols* hasta que salieron del bosque, en una ladera en la que los rododendros en flor dibujaban un camino rosado hacia la cima. Poco después

fue cuando Quim le propuso a Ana enseñarle a nadar. En el monte Ármos no había playas, pero sí lagos.

—Vamos al ibón de Tempestades —dijo Quim—. A ver si nos pilla ese policía.

Quim echó a correr y, detrás, Ana. Ximena los siguió con un bufido mientras echaba la vista atrás. Burgos estaba demasiado lejos como para

darse cuenta de que se estaban escapando.

—Ni siquiera llevamos bañador —intentó protestar, pero ellos parecieron no escucharla.

Subieron un sendero pedregoso. Ximena vio cómo Quim dejaba escapar continuas miradas a Ana, en especial en los tramos en que el sendero se estrechaba. Le tendió una mano para que Ana tomara impulso y

subiera un pronunciado escalón. A su derecha, el cortado de La Camera se hundía cada vez más junto a la montaña. Ximena les seguía y, a cada paso, se sentía menos invitada a la excursión.

Tempestades era el primer ibón de los cuatro que había en el monte Ármos. Después de un par de horas por estrechos caminos que desprendían guijarros bajo

sus pies, llegaron a un valle y, a sólo unos trescientos metros, vieron el lago, enmarcado por el circo de Tempestades. Una «U» horadada en la montaña que lo rodeaba como un abrazo de piedra. ¿Cuántas veces había hecho Quim ese recorrido? Su padre lo llevaba cada fin de semana a la montaña. Más tarde, también Lucía les acompañaba. El cortado de

La Camera, el circo y la
nieve roja, los ibones, los
bosques de álamos y los de
pino negro. Corzos,
marmotas y jabalíes. Las
flores de rododendro en
verano. Los usos
medicinales de las plantas.
Ésa era toda la diversión que
podía encontrar en
Monteperdido y que, cuando
se convirtió en un
adolescente, le hastió.

La grandilocuencia de la

naturaleza le resultaba tan ridícula como las historias de su padre. Las aventuras de Joaquín, infladas con la perspectiva del tiempo, sus viajes a la montaña o sus éxitos de juventud, narrados como grandes epopeyas cuando no era más que la historia de un hombre de pueblo que se había casado con su novia de toda la vida y había montado un negocio

de camiones. ¿Qué épica podía haber en todo eso?

Y así había mirado el paisaje que rodeaba Monteperdido. Mientras los demás abrían los ojos, impactados, y se quedaban sin palabras, él sólo veía piedras y árboles, agua y animales asustados.

Sin embargo, aquel día, cuando llevó a Ana hasta el ibón y vio su fascinación ante el circo de Tempestades

fue como si pudiera mirar a través de sus ojos. Su mirada escalando la pared de granito hasta el glaciar.

—¿Por qué es roja la nieve? —preguntó Ana.

—Dicen que es el viento sahariano. Del desierto. La arena llega hasta aquí, aunque te parezca increíble, y se queda pegada al hielo —le explicó Quim.

En invierno, el ibón era una placa de hielo. En

verano se llenaba con el agua del deshielo del glaciar. Agua dulce y cristalina. Agua eterna. Un espejo en el que se reflejaban los escasos pinos, la montaña herida por las glaciaciones y el cielo, dibujando un arcoíris imposible en su superficie. Añil, verde y rojo. Un ópalo multicolor.

Ana se adelantó cuando llegaron a su orilla. Se quitó la gorra y Quim vio que su

pelo rubio había empezado a nacer de nuevo, en una suave capa que, bajo el sol, brilló, dorada. Tuvo la sensación de que era tan perfecta que no debía tocarla.

Quim se sentó junto al ibón. No había viento ni apenas ruidos. Sólo un correteo lejano, que imaginó era producto de las marmotas que, tímidas y curiosas al mismo tiempo, se

escondían tras los árboles y las piedras. Se llenó los pulmones con ese aire puro.

Pensó que, cuando detuvieron a Gaizka y conseguir hachís en el pueblo se convirtió en algo imposible, había tenido miedo a la abstinencia. Sin embargo, sólo sufrió algunas noches de insomnio. No le molestaron. Salía por la ventana de su habitación, se sentaba en el tejado del

porche y hablaba con Ana, asomada a su cuarto, hasta que el sueño los callaba.

Nunca se dijeron nada del secuestro. Tampoco de Lucía. Y, a pesar de todo, no lo sentía como si fuera un tema tabú. Simplemente, cuando la veía, eran otras cosas las que le venían a la cabeza. Casi siempre, planes de futuro. Él soñaba con viajar, ella no tenía tanta prisa. Sus deseos eran más

cotidianos: tumbarse en el sofá, tapada con una manta, mientras nevaba fuera y ella estaba al calor de una chimenea. Aprender a cocinar como lo hacía su madre. Conducir. Ir al cine. Escuchar música. Tener un perro.

Quim la veía como un pequeño gato que ha pasado demasiado tiempo solo en la calle. Arrebujada en una esquina, pegada a sus padres

o a él. Lamiendo el plato de leche.

—Venga, vamos al agua —le dijo Quim quitándose la camiseta—. No tengas miedo. Haces pie en la entrada...

Fue dejando atrás las zapatillas y los pantalones. En calzoncillos dio un salto al agua y al romper la superficie, el dibujo que reflejaba el lago se deshizo en ondas que, poco a poco,

volvieron a su orden, justo cuando Quim sacó su cabeza y se sacudió el pelo, unos metros más allá de donde había desaparecido.

—¿A qué esperas? —le gritó a Ana.

Ella estaba nerviosa. Tenía un recuerdo muy lejano de cuando sus padres la habían llevado al mar. ¿Cuántos años tenía entonces? ¿Cuatro, cinco? El agua del lago era, al mismo

tiempo, tentación y trampa. Estaba segura de que su cuerpo se hundiría sin remedio en cuanto se adentrara en ella. Ximena se había quitado los zapatos y mojó un pie en el agua.

—Con lo que te ha costado que tus padres te dejen salir, como se enteren de esto, no les va a hacer ninguna gracia —le dijo sin dejar de mirar a Quim.

Era verdad que su madre

había puesto más reparos. Álvaro la había animado desde que les preguntó si podría ir a dar un paseo algún día con Quim y Ximena. Él entendía mejor que nadie su necesidad de libertad.

En el ibón, Quim nadaba ruidoso de un lado a otro. Ximena se volvió a Ana y se quitó la camiseta. No llevaba sujetador y Ana se incomodó al ver sus pechos.

Firmes y morenos, como su
vientre. Luego se quitó los
vaqueros y se quedó sólo
con un tanga. Ana vio el
cuerpo color miel de la
colombiana, perfecto, altivo,
y no puedo evitar
compararlo con el suyo:
blanco como la nieve, con
formas no tan definidas,
rastros de la niña que fue.

Ximena le dio la espalda y
se metió en el agua. Hundió
la cabeza en el agua y nadó

hacia Quim. Ana vio su melena bajo la superficie, la sombra de un pez.

—Venga, Ana, ¿no querías aprender a nadar? — le insistía Quim.

Ella cerró los ojos y deseó que el viento se llevara la vergüenza. Dio la espalda al lago. «Si yo no puedo verlos, ellos a mí tampoco», pensó. El circo de Tempestades les daba cobijo, la pared de la

montaña, mordida por el tiempo, tan golpeada y, al mismo tiempo, tan bella. La nieve roja más arriba. Una mancha parduzca a unos metros de ella le llamó la atención. Estaba al pie de una pared vertical, en el centro del semicírculo que formaba el circo. No supo qué era hasta que dio unos pasos hacia él y, entonces, se quedó paralizada. «¿Qué pasa?», oyó que le

preguntaba Quim desde el agua. Ana no podía apartar la vista del animal; al principio le había parecido que dormía, pero la putrefacción había empezado a hacer mella en su piel, en sus ojos. La muerte, negra, salía de dentro del corzo, como una epidemia enterrada, aunque no veía rastro de sangre. La cabeza del corzo descansaba sobre el suelo. Tenía un

cuerno partido pero el otro aún mostraba las tres puntas y le hizo pensar en una bandera clavada en un campo de batalla donde ya sólo quedan cadáveres. ¿Por qué había pensado que dormía? La posición de sus patas, retorcidas en ángulos imposibles, hacía evidente que el animal había caído desde una gran altura. Ana levantó la mirada al circo, a la pared de la montaña que

se alzaba más de cuarenta metros por encima de ellos y la naturaleza que antes le había parecido hermosa ahora le resultó cruel.

—Se lo llevaría un alud —le decía Quim desde el ibón. Se había acercado hasta la orilla al ver que Ana seguía detenida, dándoles la espalda—. Es normal, en invierno. Los aludes tiran a los ciervos, a los corzos, de la montaña. Y se quedan

enterrados bajo la nieve hasta que llega el deshielo. Por eso todavía está así.

Unos versos de un poema le vinieron a la cabeza a Ana: «Este techo tranquilo —campo de palomas— palpita entre los pinos y las tumbas».

Ana se giró de golpe, intentando borrar la visión del corzo muerto de su memoria. Se quitó los pantalones, pero se dejó la

camiseta puesta. Caminó hasta la orilla clavándose en la planta de los pies las piedras. Entró poco a poco en el agua; estaba helada y el frío le recorrió el cuerpo con un temblor. El suelo del ibón era resbaladizo y creyó ver renacuajos rodeando sus piernas. Estaba hundida hasta la cintura y paralizada, incapaz de dar un paso más. Quim la cogió de una mano y la hizo avanzar hasta que

el agua le llegó al cuello. Ana levantó la barbilla, miró al cielo, intentando mantenerse a flote. Ximena los estaba mirando, pero después se zambulló en el agua y desapareció buceando, tal vez para ocultar su rabia.

—Échate hacia delante — le dijo Quim.

Ana hizo lo que le ordenaba y se acostó en el agua. Sintió una ingravidez

que, durante un momento, le asustó. Hasta que notó la mano de Quim sujetándola en su estómago.

—Ponte boca arriba. Haz el muerto; aunque aquí no hay sal, es difícil. —Quim la ayudó a volverse en el agua.

Ana notó el agua fría en sus oídos, en la cicatriz sobre su nuca. La mano de él, ahora en el cuello, evitaba que se hundiera. Luego, Quim puso otra

mano en su espalda y la meció, como si la empujaran unas olas inexistentes. El sol le calentaba la cara. Ana cerró los ojos. La imagen del corzo muerto surgió como una mano tapándole la visión pero, inmediatamente, la apartó. «Palpita entre los pinos y las tumbas», se dijo y, después, murmuró:

—Ojalá pudiera estar siempre así.

Ximena había salido del

lago. Fingía secarse al sol mientras buscaba algo en sus pantalones. Se giró hacia el ibón antes de marcar el teléfono de Burgos. Quim jamás la había mirado así. Cuando el guardia civil contestó le dijo que estaban en el circo de Tempestades.

Mientras, ellos seguían aprendiendo a nadar en el ibón.

La mujer con la voz quebrada volvió a llamarle unos días después. Joaquín Castán estaba vistiéndose cuando vio su número. Sólo se había puesto los pantalones y tenía el pelo mojado. Se sentó en la cama y contestó.

—Quiero el dinero. Me lo das y luego hablamos — insistió la mujer al otro lado del teléfono.

—¿Cómo sé que lo que

me digas me va a ayudar a encontrar a mi hija? —le contestó él.

—A tu hija no lo sé. Pero al hombre que se la llevó, sí —fue lo que ella le dijo.

Joaquín prestó esta vez más atención. Detrás de la voz de la mujer, a la que imaginaba rondando los sesenta años, con la voz sucia del tabaco, escuchó el sonido de una televisión. Anuncios.

—¿Por qué no me lo dice?
Le juro que tendrá el dinero
si es una pista válida...

Ella guardó silencio. El
sonido de la televisión se
hizo más evidente.

—No me fío —contestó la
mujer antes de colgar.

Joaquín guardó el
teléfono. «Mujer Dinero»,
escribió en la agenda. No era
la primera llamada a la que
daba crédito. También había
almacenado a «Hombre

Susurros» y a «Latinoamericana», pero de ninguno había obtenido algo a lo que aferrarse.

Se miró en el espejo que había en la puerta del armario. Se vio sentado sobre la cama, los hombros hundidos y la barriga doblada sobre su cintura. La piel manchada en los brazos, por falta de pigmentación. El pelo del pecho había empezado a volverse blanco;

un penacho que se arremolinaba en el centro y, a veces, asomaba por el cuello de las camisas. Se sintió viejo, una caricatura de sí mismo. Un animal solitario de la montaña al que el grupo ya ha abandonado y merodea por los riscos, esperando que llegue su hora ¿Dónde había quedado el cuerpo del que hasta hace sólo unos días se sentía orgulloso? Tuvo la

impresión de que en la última semana le habían caído veinte años encima.

Se levantó, cerró la puerta del armario para esconder su reflejo y se puso una camisa. Todavía se la estaba abotonando cuando llegó a la cocina. Rafael estaba desayunando con Montserrat. El hermano de su mujer le saludó con una mirada huidiza. Montserrat fregaba unas tazas y le

preguntó si quería un café. Le pareció verla sonreír y le molestó su manera de moverse, liviana, casi feliz. Dijo que tenía cosas que hacer, ya tomaría un café más tarde, y se despidió.

Cuando Joaquín salió, Montserrat se sentó junto a su hermano. Rafael puso su mano sobre la de ella.

—No vas a estar sola —le dijo.

Montserrat le miró agradecida. Rafael era una roca a la que siempre podía agarrarse. Lo sabía. Inalterable, firme, había seguido a su lado todos estos años. Pendiente de todo lo que ellos habían abandonado. Sobre todo, su hijo.

—¿Hablarás con Quim?

—le pidió Montserrat—. Sé que está mejor desde que se

ve con Ana... pero... yo no sabría cómo decírselo...

—Es una buena noticia — la apoyó Rafael—. Las buenas noticias siempre son fáciles de contar.

Rafael tenía razón. El problema nunca sería Quim. El problema era su marido.

Los días y las noches caían a la espalda de Sara, desordenadas, como objetos

inservibles en un trastero. Cada pequeño paso que daba en la investigación, pronto se descubría inútil.

Le contó a Víctor que había sido incapaz de encontrar el informe 24/10. Ese en el que se encontraba el testimonio de Fulgencio Heras. Víctor revolvió en el almacén del cuartel sin éxito. No podía recordar en qué consistía esa declaración, pero tampoco le

dio mayor importancia. Prácticamente todo el pueblo había testificado a lo largo del proceso.

Sara localizó a Fulgencio Heras; estaba jubilado y vivía en Val de Sacs, en una vieja casa que, ahora que tenía tiempo, intentaba rehabilitar él mismo. Aprovechó que tenía que hacer un viaje a Barbastro para detenerse en su casa y hablar con él. Sanmartín, el

cabo del GREIM, se había ofrecido a llevarla. En el viaje le contó que estaba siendo un verano extraño para él, habituado a tener que hacer frente a decenas de avisos en cuanto se instalaba el buen tiempo en el valle. Los forasteros se lanzaban a recorrer las montañas que rodeaban el pueblo, los dos parques nacionales entre los que se encajaba. «Son como gatos

subiéndose a los árboles — le dijo Sanmartín—. Luego hay que bajarlos.» Sara imaginó al cabo del GREIM como el profesor harto de sus alumnos. Embutido en el uniforme verde, avanzando con gesto de hastío entre barrancos y caminos forestales para coger al montañista de ciudad de la camiseta y levantarlo en peso, como si fuera un bebé que se ha tirado al barro a

jugar y patalea en el aire.
Sanmartín —¿cómo se
llamaba? ¿Alguien le había
dicho su nombre de pila?—
rondaba el metro noventa, el
pelo cortado al cepillo, casi
esculpido, como todo su
cuerpo, que la ropa dibujaba
como una segunda piel. A
pesar del desprecio con el
que hablaba de los turistas,
parecía echarlos de menos.
Las noticias que salían de
Monteperdido no eran

precisamente una invitación a pasar unas vacaciones en el valle. Se habían anulado la mayoría de las reservas. Le llegaban las quejas de los restauradores y hoteleros, pero ella intentaba hacer oídos sordos. Como a Sanmartín: ¿tenía ella alguna culpa de lo que estaba pasando?

La casa de Fulgencio Heras estaba a la entrada de Val de Sacs. El pueblo, unas

pocas casas alrededor de la carretera y otras desperdigadas por la ladera de la montaña, era el hermano pobre del valle. El dinero de los forasteros parecía haber pasado de largo.

Sanmartín prefirió esperarla en el coche mientras Sara hablaba con el antiguo trabajador de la gasolinera. Fulgencio la recibió bajo un porche que

todavía estaba a medio construir y que, si no se daba prisa, se derrumbaría con el peso de las primeras nieves. Ya había cumplido los sesenta y cinco años, pero se mantenía fuerte y ágil, eso se empeñaba él en asegurar, aunque cada vez que se sentaba o se levantaba de una vieja silla de madera que colocó frente a Sara, parecía costarle un mundo.

Fulgencio le contó que,

cuando las niñas desaparecieron, él trabajaba en la gasolinera del pueblo con José Alberto Mencía. «Buena pieza, el Mencía», recordó, invitando a la policía a entrar en su memoria. Sara, sin embargo, le preguntó por la declaración que había hecho. Fulgencio sonrió y, como el que cierra un libro, olvidó a Mencía y le contó que, en su momento, le contó a la

Guardia Civil que había visto pasar un coche negro de gama alta, un Audi. Entró a más de cien kilómetros por la carretera del pueblo, cuando el límite estaba en cincuenta. Fulgencio todavía se indignaba al recordarlo: los forasteros cruzaban Monteperdido como si fuera un pueblo desierto, a toda velocidad, sin pensar en los niños o en la gente que podían encontrar a su paso.

Lo había sufrido en su propia familia, por eso se quejaba con tanta insistencia. Su sobrino fue atropellado cuando tenía ocho años y jugaba al fútbol cerca de la carretera de Posets. El pobre chaval se había quedado en una silla de ruedas. Sara le preguntó si recordaba la matrícula de aquel Audi, pero él era incapaz. ¿Cómo iba a acordarse de unos números

cinco años después? «Se los dije a los guardias. En algún sitio tuvieron que apuntarlo.»

Sara le agradeció la colaboración, le deseó suerte con sus obras y volvió al coche junto a Sanmartín.

Fulgencio no era más que otro callejón sin salida.

Llegaron a Barbastro a última hora de la mañana. Sara tenía que declarar en la

vista previa del juicio de Gaizka.

Sólo llevaba unas semanas en la cárcel, pero su mirada se había apagado. Gaizka entró con la cabeza agachada y, encorvado, asistió a todo el proceso como si no fuera con él. Por su forma de hablar al juez, arrastrando las palabras, nasal, Sara dedujo que en la cárcel se había enganchado a la heroína. Pronto sería un

yonqui más, fotocopia de esos zombis que pueblan las cárceles conscientes de que llegará antes la muerte que el fin de su condena.

Se sintió mal porque dentro de ella no había ninguna compasión por Gaizka.

Le daba igual.

Como a él no le había importado reventarle el pecho a Santiago.

Al volver a

Monteperdido, Sanmartín redujo la velocidad nada más atravesar el túnel del congosto de Fall y el coche tembló sobre los resaltos de la carretera. Sara pensó en Fulgencio, lo imaginó entrando en el ayuntamiento y exigiendo que se instalaran esos resaltos.

Cuando cayó otra vez la noche, Sara se encerró en su despacho. En los últimos días sólo había ido al hostel

para ducharse y cambiarse de ropa. Las noches, solía pasarlas en el cuartel, dando esquinazo a un sueño que temía.

Demasiadas horas de insomnio le pasaron factura.

En cuanto se sentó en su silla y apoyó la cabeza en el respaldo, se quedó dormida, aunque creyó que no había sido más que un parpadeo.

Miró a su alrededor, al despacho convertido en un

puzle de sombras que se recortaban por el suelo y las paredes, que proyectaban un dibujo de arlequín sobre las estanterías. Rombos negros y grises. Dentro de esa oscuridad había alguien. Sara intentó incorporarse y entonces se dio cuenta de que había caído en el sueño. Su cuerpo no reaccionaba a ningún estímulo, atrapada dentro de sí misma. El hombre avanzó desde la

sombras, desnudo. Se sentó en la silla que había al otro lado de la mesa y entonces pudo ver su cara sin rasgos. Piel lisa, salvo ese pequeño montículo en el centro que se abría como la boca de un diminuto embudo que absorbía lentamente lo que le rodeaba, partículas de su propia piel que se colaban dentro de él, en espiral. Sara quiso gritar, levantarse y correr, pero era incapaz de

hacerlo. El hombre la miraba, no necesitaba ojos para hacerlo. Apenas si se movía. Su pecho desnudo y lampiño se inflaba y contraía levemente por la respiración. Sara notó que su garganta se convertía en un conducto estrecho e irritado, conteniendo un llanto que no llegaba a explotar.

No podía escapar.

Ese hombre sin cara la miraría toda la noche,

juzgándola, y Sara se sentiría cada vez más asustada y más insignificante. Cada uno de sus errores, la vergüenza, y el desprecio hacia sí misma, irían saliendo a la superficie como el sudor.

Una sacudida la despertó con violencia y, desubicada, se oyó gritar. La luz del despacho estaba encendida y ella, de pie junto a su mesa, mareada, miró a su alrededor

tratando de encontrar una explicación. El hombre sin cara había desaparecido y, a su lado, pudo ver a Víctor, que intentó abrazarla.

Ella se apartó, avergonzada.

—Estabas gritando —le dijo Víctor—. Me has asustado.

Sara se apoyó contra la pared y contuvo una arcada. Había salido demasiado rápido del sueño y todavía

no era capaz de controlar su cuerpo. Las rodillas le fallaron y estuvo a punto de caer al suelo, pero se recompuso a tiempo, tensando con fuerza todos sus músculos.

—No puedes seguir así, Sara. —Y la voz de Víctor le sonó a franca preocupación.

—Estoy bien —consiguió decir—. Sólo ha sido una pesadilla.

Elisa dio un trago a su copa y, borracha, miró a su alrededor. La oscuridad del bar, iluminado tenuemente, y el alcohol convertían las caras de la gente en una mancha borrosa, apenas sin color. Sonaba una canción que no conocía pero que le hacía pensar en robots que bailaban mecánicamente, programados. No sabía si levantarse del taburete y

salir a bailar. ¿Y si acababa rodando por el suelo? Pero quería pegarse a alguien. Sentir el aliento de cualquiera.

Unos días atrás llegaron unos valencianos al hostel. Tres chavales que habían ido al pueblo para hacer rafting. Esa noche, antes de acabar en ese bar, se había acostado con los tres pero no quería volver sola a casa.

«Todo el mundo tiene

algún sitio adonde volver», murmuró para sí con envidia. ¿Lo había dicho en voz alta?

Sintió que una mano la sujetaba del brazo y se giró melosa hacia el hombre que había evitado que se cayera del taburete.

—Es un truco —le dijo Elisa—. Y siempre funciona, ¿a que sí, cariño?

—Elisa, ¿quieres que te acompañe a casa?

Su voz no sonó como una invitación a una noche de sexo. A pesar de todo se dejó llevar. Salieron del bar y el frío de la noche en Monteperdido la despejó un poco. Él se estaba encendiendo un cigarrillo, y entonces se dio cuenta de que era Ismael, el chico que trabajaba con la madre de Ana. También recordaba su apellido: Casella. Ismael Casella. Cuando llegó a

Monteperdido se quedó unas semanas en La Renclusa. Ella había empezado a echar unas horas por la tarde. Era guapo. Quizá demasiado guapo, pero le gustaba su pelo rizado, negro y espeso, atrapado en una pequeña coleta. ¿Se estaba follando a Raquel? Ya no, seguro que no, pensó y sonrió. Ahora Álvaro había ocupado su lugar.

Elisa iba trastabillando

por sus pensamientos, como si bajara una escalera, tropezando a cada peldaño, saltándose algunos, hasta que tuvo la sensación de llegar a un rellano, tierra firme, y estiró su cuerpo delgado, su cuello, y levantó la cabeza para mirar a su alrededor, como un pájaro que vigila si alguien le acecha.

—Hola, carpintero, ¿llevas mucho tiempo ahí?

—le preguntó entonces Elisa.

—El suficiente para que me hayan entrado ganas de irme y dejar que vuelvas sola a casa —le dijo él.

—¿He dicho algo desagradable?

—No te lo tendré en cuenta.

—Pero, por lo menos, dime qué he dicho. Así no meto la pata otra vez...

Ismael lanzó un resoplido

y evitó contestar. La cogió de la cintura y, juntos, empezaron a caminar calle abajo. El bar quedaba a unos diez minutos de la casa de Elisa y ella acomodó su cabeza en el hombro de Ismael mientras andaban, como si fueran una pareja.

¿Qué le había dicho para molestarle tanto? Le gustaba cómo la cogía, cómo olía y soñó con dormir y despertar a su lado.

—Ha sido algo de Raquel —murmuró Elisa—. Lo que te he dicho que te ha sentado mal. Cualquier tontería de Raquel, ¿verdad? —Elisa notó cómo Ismael la apartaba un poco pero ella se resistió, aferrándose a su brazo—. No voy a decir nada más, te lo juro...

Siguieron en silencio unas calles más. Al llegar a la puerta de su casa, Ismael se despidió. Le recomendó que

se tomara un ibuprofeno antes de irse a la cama si no quería despertar con una resaca de mil demonios. Elisa miró a su casa vacía.

—Son tal para cual —le dijo a Ismael, que ya había empezado a alejarse—. Olvídate de ella. Que se quede con el cerdo de su marido.

—Elisa, deberías controlarte un poco —la

reconvino Ismael—. Todo el pueblo habla de ti.

—Que les den por culo —
respondió con rabia—. No hacen otra cosa más que hablar de los demás.

—Tú también les estás dando motivos.

—No más que otros —
protestó Elisa—. Ahora mi padre es un demonio y Álvaro, un santo. A nadie le importa que ese cabrón me follara nada más bajar al

pueblo... Que me usara para que la policía le dejara en paz. Eso parece que no le importa a nadie.

—¿Qué es eso de que Álvaro lo hizo para que le dejaran en paz? —Ismael había vuelto sobre sus pasos, a unos centímetros de Elisa.

—¿Sabes lo que pasa de verdad en este pueblo? Que les come la vergüenza. Tienen la boca muy grande

pero, a la hora de la verdad,
son unos mierdas...

Ismael sintió pena al verla
perder el control,
tambaleándose inestable por
la calle de su casa, gritando,
insultando a los vecinos.
Decía sus nombres,
Mariángeles, Nieus,
«¿dónde estabais?»,
vociferaba. «Eso es, cerrad
las putas ventanas.» Les
acusaba de hacer oídos
sordos cuando su padre le

daba palizas. Ahora, la Guardia Civil había actuado de oficio, aunque ella se había negado a denunciar los malos tratos. El juez había impuesto una orden de alejamiento como medida cautelar y Marcial no podía pisar Monteperdido. Le habían contado que estaba viviendo en su piso de Barbastro, con su madre.

Elisa acabó sentándose en

el portal de su casa,
llorando.

—No puedo seguir aquí
—dijo—. En esa casa...

—¿Por qué no intentas
empezar desde cero? —
intentó animarla Ismael.

Elisa guardó silencio y,
después, se retorció con una
arcada y vomitó a sus pies.
Un líquido rojo como la
sangre se fue abriendo en el
suelo. Ismael la ayudó a
separar las piernas, para que

no se manchara. Estaba fría, sudando. Elisa levantó la cabeza y cerró los ojos. Un hilo de baba todavía colgaba de la comisura de sus labios. Ismael sacó un clínex y se los limpió.

—Gracias —murmuró ella y, cuando abrió los ojos, estaban bañados en lágrimas pero también apagados. Rendidos—. Me iré a Barbastro, con mi padre... —dijo.

Ismael la acompañó hasta su casa. La llevó a su habitación y la acostó. En el fondo, Elisa seguía siendo una niña que lo único que quería era que alguien la cuidara pero él no podía quedarse a su lado.

Al regresar a su casa, Ismael pensó que para él tampoco iba a ser fácil empezar de cero. Se instaló en Monteperdido para estar cerca de Raquel. Toda su

vida giró en torno a ella: el trabajo de la empresa de reformas y la reconstrucción de la propia Raquel. Sintió celos al pensar que Álvaro disfrutaría de todo su esfuerzo. ¿Qué sentido tenía seguir en ese pueblo? Sus últimos años se habían convertido en humo por culpa de un milagro: el regreso de Ana y, entonces, notó una punzada de odio:

ojalá pudiera volver a encerrarla en ese agujero.

Los garabatos invadían los márgenes de los informes. Sara Campos pasaba horas delante de ellos, vagando por nombres de vecinos y declaraciones de Ana, mientras el grafito del lápiz dibujaba de forma automática figuras geométricas que se iban

acumulando, una sobre otra,
y que crecían como
enredaderas. Triángulos,
hexágonos, líneas partidas y
sombreadas que simulaban
escaleras para luego
convertirse en caminos
cerrados y, a sus lados,
rectángulos que se extendían
hasta crear composiciones
que, desde el lateral de las
hojas, colonizaban todos los
folios, cercaban los textos,
las fotografías. Sara

«Mandala» la había apodado un compañero de facultad al ver sus apuntes, tan garabateados entonces como estaban ahora los informes del caso. De qué forma desesperaba ese tic a Santiago. ¿Con qué cara iban a presentar esos documentos en un juzgado, a sus superiores? Parecían la libreta de un escolar. «Me ayuda a pensar», le contestaba siempre Sara.

«No son mandalas —le dijo hace años a ese compañero de facultad—. ¿No ves que no hay un solo círculo?»

Pero ese matiz no bastó para que el chico olvidara el mote. Si no son mandalas, ¿qué eran? Sara los describía con una palabra inglesa: *maze*. Laberintos, pero tan complejos que era casi imposible encontrar la salida.

Al recorrer el pinar que

había a la espalda de la urbanización Los Corzos, Sara pensó en esos garabatos. Los senderos del bosque eran tan confusos como sus dibujos. A su lado, Ana se olió las manos; sus dedos aún estaban impregnados del aroma a huevo batido, a azúcar y a vainilla. Cuando Sara fue a recogerla a su casa, la había encontrado en la cocina haciendo un bizcocho con su

madre. Ahora se olía las manos como si ese olor pudiera transportarla de nuevo al hogar.

—¿Qué tal van tus clases de natación? —le preguntó Sara mientras paseaban por el pinar.

—Parezco un perro, pero por lo menos ya no me hundo —le contestó ella con una sonrisa. Probablemente era lo mejor que le había

pasado desde que estaba fuera del agujero.

Burgos puso el grito en el cielo cuando los chicos se escaparon en el monte Ármos. Llamó a Víctor y estaban a punto de organizar una batida por el bosque de *trémols* cuando recibieron la llamada de Ximena. De regreso a su casa, Sara le pidió a Ana que no volviera a hacerlo; le daban total libertad para moverse por el

pueblo, para hacer lo que quisiera. Le prometió intimidad. Burgos no le contaría nada a nadie, salvo que creyera que había algo relevante para el caso.

—Todo lo que queremos hacer es protegerte —le dijo Sara.

Desde la muerte de Santiago, Sara iba cada tarde a la casa de Ana para hablar con ella. Al principio se quedaban en el salón o en el

jardín, recordando detalles de los años de secuestro y hablando también de cómo estaba integrándose Ana en esa nueva vida. Pero pronto dejaron de hablar en la casa y las dos mantenían esas conversaciones mientras paseaban por Monteperdido. Unas veces dejaban atrás la urbanización Los Corzos y, cruzando el puente nuevo, entraban en el casco antiguo del pueblo. Recorrían la

plaza de la iglesia de Santa María de Laude o los soportales del Ayuntamiento. Casi siempre evitaban la avenida de Posets; aunque estaba siendo un verano sin apenas forasteros, los pocos que había se acumulaban en torno a las tiendas y los bares de la calle principal del pueblo.

Poco a poco, los periodistas también habían

dejado el pueblo. Hacía días que habían entrado en el mes de agosto. Muchos tenían vacaciones y las redacciones se quedaban sin personal. La noticia del regreso de Ana ya no era lo suficientemente llamativa como para mantener correspondientes. Para el catorce de agosto, ya no había enviados especiales.

—¿Cuándo van a subir a

por el corzo? —le preguntó un día Ana.

Le había contado lo del animal muerto que habían encontrado al pie del circo de Tempestades. Un corzo que, posiblemente, había despeñado un alud y que se había mantenido intacto bajo la nieve. El deshielo lo había descubierto y, ahora, los carroñeros, cuervos y alimoches, se daban el festín. Nadie iba a recogerlo.

Los agentes del SEPRONA de Ordesa habían decidido que la naturaleza siguiera su curso.

—«Entre los pinos y las tumbas» —murmuró Ana cuando Sara se lo dijo.

—¿Qué es eso?

—Un verso.

Solían elegir la última hora de luz para pasear, cuando las sombras del monte Albádes y el collado Paderna se dibujaban sobre

las fachadas de los edificios de piedra y el viento de la montaña refrescaba el ambiente, cargado del calor de las tardes de agosto.

Ana había pasado días leyendo en el agujero y, prácticamente, había memorizado los libros de poemas, muchas veces dejaba escapar versos que venían de ellos, de *El cementerio marino*, de Paul Valéry, y *La rosa profunda*,

de Borges. Aparecieron un día junto a otros libros viejos, de segunda mano, que sus secuestradores dejaron caer en el agujero. Como si se hubieran traspapelado entre *Los juegos del hambre*, *La tapadera* o *El código Da Vinci*. Libros con las hojas gastadas por el uso, amarillentas en los bordes. La portada de *El cementerio marino* era azul; el rostro de

Paul Valéry, sombreado, se mezclaba con un fondo de mar, barco y gaviotas. *La rosa profunda* tenía la portada roja, atravesada por líneas horizontales, paralelas. El título estaba escrito en grandes letras blancas. No había anotaciones, sellos ni marcas en los libros que le valieran a Sara para determinar su origen. Quizá los compraron en un mercadillo de pueblo.

«Soy eco, olvido, nada» era un verso de Borges que a veces recordaba Ana.

A lo largo de esos paseos por Monteperdido, Sara intentaba viajar a los años que Ana había estado en el agujero. Del miedo de las primeras semanas a la sorprendente adaptación a una rutina enfermiza: dos niñas atrapadas en un sótano, comiendo en tupperes que su secuestrador les traía,

haciendo sus necesidades en
orinales que a veces
tardaban días en vaciar,
buscando diversión en
juegos absurdos, discutiendo
por tonterías y, sobre todo,
aburriéndose mortalmente.
Ana lo admitía con cierto
sentimiento de culpa; el
aburrimiento era el
sentimiento más profundo
que recordaba de aquellos
cinco años. La abulia con la
que el tiempo se escurría

mientras ellas crecían. Sus cuerpos se transformaban en el de pequeñas mujeres. Ana leía todos los libros que caían en el agujero, le exigía a Lucía que le pidiera a su secuestrador que le trajera más. Pero su amiga no crecía al mismo ritmo que ella: Lucía se refugió en un mundo infantil, como si quisiera retener la inocencia con la que habían llegado a esa situación. Los libros no

le interesaban, reaccionaba incómoda ante el sexo y se negaba a explorar su propio cuerpo como sí hizo Ana. Lucía prefería las muñecas y, cuando se aburrió de ellas, la ropa. Les traían catálogos de tiendas y Lucía elegía vestidos para ella y para Ana como si, a partir de ese momento, ellas fueran las muñecas a las que debía vestir.

Conforme pasaba el

tiempo, Ana parecía imponer cierta distancia a sus recuerdos. Intentaba dejar atrás aquella época, disociar la Ana que, ahora, paseaba junto a Sara, de la que estaba atrapada junto a Lucía. Dos personas diferentes. ¿Quién no habría intentado crear esa barrera de protección?

Ahora, Sara se había detenido junto al árbol donde habían encontrado la

mochila de Ana. Le contó que habían planeado trasplantarlo a la plaza de la Iglesia pero que había sido imposible al tener las raíces enfermas.

—Tenía celos de Lucía —reconoció de pronto Ana—. A mí no me hacía ningún caso. Ella, al menos, pasaba noches con él. Hablaban. Pero yo era un estorbo. Iba a estar allí hasta que se hartaran de mí. Me daba

miedo que Lucía se enfadara y le dijera que ya no quería estar conmigo... —Ana hizo una pausa antes de confesarle algo que sabía que era difícil de encajar—. Me habría gustado que él me quisiera un poco...

Sara recordó aquellas palabras que le dijo uno de los secuestradores a Ana al principio de todo: «Un día te mataré». La amenaza, el desprecio, la habían

perseguido como su sombra cada minuto de los cinco años.

Anocheecía y decidieron regresar a la casa. Ana había recuperado un hogar, volvía a sentirse alguien reflejada en la mirada de sus padres, también en la de Quim; alguien que sí quería ser. Esas conversaciones la alteraban y, siempre, llegaba un momento en que le entraba prisa por volver con

Raquel, con Álvaro, con Quim. Vio cómo se olía de nuevo las manos al salir del pinar, pero quizá ya no quedaba en ellas rastro del aroma que antes las había bañado.

Sara había llegado a la conclusión de que los dos hombres que las retuvieron se alternaban en el cuidado de las chicas, pero uno de ellos apenas si tenía contacto con ellas. El hombre que las

atrapó en el bosque era el mismo que había amenazado con matarla. Era el que subía a Ana al refugio y la dejaba atada a una viga mientras él se quedaba en el sótano con Lucía. El otro era el que les compraba la ropa. El que les bajaba comida y se encargaba de ellas cuando el primero no estaba. Ana y Lucía habían interpretado que el secuestrador se enfadaba con ellas y por eso

dejaba de ver a Lucía. Sara creía que, en realidad, lo que ocurría era que, por lo que fuera —¿quizá el trabajo?—, esos días el secuestrador no podía ir al refugio y era el otro quien se encargaba de sus cuidados. Un segundo hombre para quien estaba vedado el contacto con las chicas.

Sara se detuvo en una tienda antes de llegar a la urbanización de Ana.

Compró una botella de vino. La chica de la tienda le recomendó uno blanco, uva Gewürztraminer, de unas viñas de Barbastro. Vino de hielo. Hecho con uva recolectada en la primera helada del año. Víctor se había empeñado en que fuera a cenar a su casa. Había organizado una barbacoa a la que también iría su hermano y su familia y esta vez no aceptó las

negativas de Sara: el guardia civil estaba preocupado por ella, sobre todo desde que la encontró a mitad de aquella pesadilla.

Sara y Ana se despidieron a unos metros de la entrada de su casa. La policía vio cómo la chica abría la verja del jardín e hizo un gesto que le llamó la atención: Ana forzó su postura para no mirar a la casa de Joaquín Castán. El edificio siamés.

Al principio, Sara creyó que se trataba de una vergüenza adolescente. Quim salía en ese momento de la casa con Nicolás Souto, el veterinario. Sabía que entre los dos chicos empezaba a haber una relación e imaginó que ella evitaba la mirada para que nadie notara que le gustaba. Pero ¿y si estaba evitando la mirada del veterinario?

Otro de los motivos de los

paseos por el pueblo de Sara y Ana era precisamente ése; la policía no había abandonado la idea de que Ana no les estuviera contando toda la verdad. Quizá sí sabía la identidad de sus secuestradores pero el miedo le impedía hablar. El miedo y la cercanía. Si esos hombres eran vecinos de Monteperdido, Ana los habría visto. En el hospital, cuando todo el pueblo se

desplazó a visitarla, en las calles del pueblo, cuando Ana volvió a casa.

Sara analizaba la actitud de Ana al acercarse a la gente del pueblo. ¿Qué lugares evitaba? ¿Dónde parecía sentirse incómoda? Creía que lo normal sería que se alejara de los espacios donde podían moverse sus secuestradores, si es que sabía quiénes eran y estaban entre ellos.

Hasta esa tarde, Sara no había notado que Ana actuase de una forma especial en ningún sitio. Algo estaba pasando en la casa de Joaquín. La seriedad en la cara del veterinario, también en la de Quim. La conversación en voz baja que ambos mantenían mientras el chico acompañaba a Nicolás fuera, pues vivía en una de las casas de enfrente. Las luces

del segundo piso estaban encendidas y, a la calle, llegaba el coche de Rafael Grau, el hermano de Montserrat. Y mientras tanto, Ana daba la espalda a la casa de los Castán y caminaba deprisa hacia la suya, como si necesitara ponerse a salvo de algo. Las farolas de la calle se encendieron, iluminando una avenida que la noche había llenado de sombras. Rafael

se detuvo a hablar con Nicolás y Quim antes de caminar con paso firme hacia el interior de la casa. Le pareció ver la silueta de Joaquín en el salón, a través de una de las ventanas que daban al jardín.

Ana ya había entrado en su casa y había cerrado la puerta.

Montserrat tenía la mirada

clavada en el techo. La lámpara de su dormitorio, encendida, le cegaba. Veía un halo borroso alrededor de ella, ¿o eran las lágrimas? Nicolás le había dicho que no se moviera de la cama. Reposo absoluto, al menos durante cuarenta y ocho horas, hasta que parara el sangrado.

¿Qué estaba perdiendo?

¿Una vida? ¿Un futuro?

Se asustó cuando, por la

tarde, al ir al baño, descubrió que tenía una pequeña mancha de sangre en su ropa interior. Llamó a Nicolás. El veterinario acudió solícito y la examinó. Estaba sufriendo una amenaza de aborto. Era algo habitual en los tres primeros meses de embarazo, mientras el feto se asentaba. Quim los descubrió en el dormitorio.

—No quiero perderlo —le dijo a su hijo cuando él

entendió lo que estaba pasando.

—Ya verás como todo sale bien. —Y las palabras de Quim le sonaron tranquilizadoras, adultas.

Se cogieron de la mano y Quim le sonrió.

—A ese bebé no lo vais a tratar como a mí —le dijo Quim en un tono de falsa amenaza.

—Lo siento, cariño —fue

todo lo que acertó a contestar Montserrat.

Nicolás les había dejado a solas. Estaba abajo, en el salón, cuando Joaquín llegó a casa.

—Llama a Rafael —le pidió Montserrat a su hijo al oír el ruido de la puerta. Su marido estaba en casa—. Dile que venga.

Quim entendió la necesidad de su madre de sentirse protegida y fue a su

habitación a buscar el móvil para llamar a su tío. Desde el salón llegaron las primeras voces de Joaquín. Sus pasos, resonando en la escalera, como si quisiera hundir los peldaños. Montserrat respiró profundamente y cerró los ojos al sentir la presencia de su marido en el umbral. Luego lo descubrió a los pies de la cama; tenía el gesto desencajado, como si la hubiera descubierto en la

cama con otro hombre.
Montserrat, con un nudo en el estómago, se incorporó ligeramente en la cama.

—Yo no había planeado nada, te lo juro —le dijo y, después, pensó que por qué tenía que disculparse. Deseaba a ese hijo que empezaba a crecer en su vientre—. Pero quiero tenerlo.

—¿Y a qué esperabas para decírmelo? —le

contestó Joaquín,
conteniendo su furia.

—Tenía miedo, Joaquín...
Ojalá hubiera sido de otra
forma, pero he empezado a
sangrar y...

Joaquín le dio la espalda;
no quería escuchar sus
explicaciones. No iba a dejar
que convirtiera ese
embarazo en una realidad
contándole los detalles.

—¿Ya te has cansado de
buscarla? —Y cada palabra

de Joaquín fue como un puñal clavándose dentro de Montserrat—. ¿Qué quieres? ¿Ocupar su habitación? ¿Llenar el hueco?

Ella quiso encontrar una respuesta a las acusaciones de Joaquín, pero Quim se adelantó a ella.

—Si Lucía está muerta no significa que los demás también tengamos que morir. —Su hijo, firme,

había asumido esa realidad mucho antes que ellos.

Joaquín le miró y, sin pensárselo, le soltó un bofetón que hizo a Quim trastabillar. Nicolás subía corriendo las escaleras pidiéndole a Joaquín que se calmara.

—¡¿Tú qué mierda pintas en esta casa?! Vete de una puta vez... —le gritó él.

Montserrat iba a levantarse de la cama pero

Nicolás le pidió que no lo hiciera.

—Me voy, pero si necesitas cualquier cosa... Llámame, por favor... Tienes que seguir con el reposo... — le dijo el veterinario.

Nicolás bajó las escaleras seguido de Quim. Le oyó dar consejos a su hijo: «Ya veréis como mañana lo veis de otra forma», «Es cuestión de tiempo», «No intentéis

arreglar nada hoy»... Hasta que su voz se perdió en la planta baja.

Montserrat se volvió a tumbar y miró al techo, a la lámpara encendida que le cegaba.

Supo que iba a perder algo. Su futuro hijo o su marido. Pero, a la mañana siguiente, nada sería como cuando se levantó ese día.

¿Qué podía dolerle más? Y, entonces, se dio cuenta de

que hacía mucho tiempo que había empezado a perder a su marido. Que ése era un dolor al que ya se había acostumbrado.

Quim volvió a la casa acompañado por Rafael. Su tío se detuvo en la entrada al ver a Joaquín paseando nervioso por el salón, mirando las fotos de Lucía que atestaban las paredes. Su padre se giró al oírle entrar.

—¿Quién te ha llamado?
¿Tu hermana? —le preguntó
sin disimular que no le
gustaba verle por ahí.

Rafael, silencioso como
siempre, no le contestó y se
encaminó a las escaleras.
Joaquín no pudo contener su
rabia: sentía que todos
estaban contra él y, en dos
zancadas, lo alcanzó y lo
agarró de la camisa.

—¡Suéltale! —le gritó
Quim.

—Ésta es mi familia —le dijo Joaquín a Rafael, como si no hubiera oído a su hijo.

—Si le tocas un pelo a mi hermana, te mato —le contestó Rafael sin alterarse. Cogió la mano de Joaquín que le sujetaba y, con firmeza, la apartó.

—Soy el único que quiere de verdad a Lucía... —murmuró Joaquín con rabia—. A vosotros siempre os ha dado igual...

—¿Quieres a Lucía? —le dijo Quim, y después subió corriendo las escaleras.

Joaquín dejó que Rafael también subiera. Su cuñado iba pidiéndole a Quim que se calmara, pero el chico no le escuchaba. Habían sido demasiados años. Demasiado tiempo enterrados bajo la frustración de su padre. Sabía que no le dolía tanto que su hija no estuviera allí

como no haber sido capaz de encontrarla. Mientras entraba en la habitación de su hermana, le venían retazos de las veces que había oído a su padre contar cómo le salvó la vida a su hermana el día de la inundación. Su hazaña.

Sobre la cama se amontonaban los regalos que sus padres habían ido dejando para Lucía en cada Navidad y en cada

cumpleaños. Cogió el más voluminoso, un rectángulo empaquetado en papel rosa que también era pesado, y salió fuera de la habitación cargando con él. Lo levantó y lo dejó caer por el hueco de la escalera. El paquete estalló con un estrépito metálico al llegar al suelo.

—¡¡Esto es todo lo que queda de Lucía!! —gritó Quim.

Joaquín se había tenido

que apartar para que el paquete no le golpeará. Sobre el suelo del salón se había abierto la caja y el contenido se desparramaba como vísceras de un robot: era una torre de ordenador. Joaquín recordó el día en que fue a comprarla a una tienda de informática de Barbastro: «¿Cuál es el mejor ordenador para una niña de catorce años?», le preguntó al dependiente.

Quim apareció de nuevo en el rellano del primer piso con dos paquetes. Los arrojó también por el hueco de la escalera. Su padre le gritaba que se estuviera quieto. Rafael intentaba detenerlo, pero Quim se soltó de sus brazos y siguió tirando todos esos regalos absurdos. Destrozándolos. Uno cayó sobre la mesa de cristal del salón y reventó el sobre.

—¡¡Vete con toda esta

mierda y deja que los demás sigamos viviendo!! —le gritó Quim, ya sin fuerzas, llorando mientras su tío intentaba contenerlo en un abrazo.

Joaquín miró el salón. Los regalos que había ido a comprar con la ilusión de que, un día, cuando Lucía volviera a casa, pudiera abrirlos y se diera cuenta de que jamás habían dejado de pensar en ella. Ordenadores,

juegos de mesa, patines, muñecas... Al ver todo eso esparcido por el suelo, roto, también le parecieron ridículos.

Sin embargo, se resistió a aceptar esa sensación. Era su hija. Tenía que encontrarla. Aunque nadie más quisiera seguir a su lado.

Cogió las llaves del coche y salió de la casa.

Joaquín se montó en el coche y condujo durante un

tiempo sin rumbo; la mirada clavada en el asfalto, en las líneas de la carretera, engullidas bajo las ruedas. Al llegar al túnel del congosto de Fall, se detuvo en el arcén. Buscó su móvil. En la agenda, un nombre: «Mujer Dinero». No iba a esperar más llamadas. Iba a darle lo que hiciera falta para que le contara eso que decía saber.

Al abrir la puerta, Sara vio, detrás de Víctor, a su perro. Nieve la observaba desde una cesta de mimbre donde estaba acostado.

—¿Vino de la tierra? —le dijo Víctor al ver la botella que llevaba Sara, pero inmediatamente se dio cuenta de que ella no podía apartar los ojos de Nieve—. Pasa, tranquila. No te va a hacer nada.

—¿Seguro? Si a mí me hubieran pegado un tiro estaría esperando la ocasión para vengarme.

Víctor tiró de su brazo para que cruzara el umbral y la acercó a donde estaba Nieve. La casa olía a brasas y carbón. Un calor que, nada más entrar, le resultó acogedor, mullido como un cojín de plumas. Sara avanzaba con pasos cortos, resistiéndose a la euforia de

Víctor, que le decía que, por suerte, el perro se había recuperado bien del accidente. «Qué detalle — pensó ella— llamarlo accidente.» Una leve cojera en una pata trasera era la única secuela que le había quedado.

Mientras ellos avanzaban, el perro seguía recostado en su cesta. Su pelo, largo y blanco, se ondulaba como

olas mecidas por una suave corriente de aire.

—Vamos, acarícialo —la animó Víctor cogiéndole la mano.

Sara, con la botella de vino en la mano todavía, acercó unos dedos temblorosos y el perro empezó a gruñir, enseñando sus colmillos en un lateral de la boca.

—¿Ves? —dijo Sara

retirando la mano—. Me odia.

—Te nota el miedo —le dijo Víctor.

—Da igual, en serio. Es su casa y yo soy una mataperros. Tiene derecho a odiarme.

—¿Por qué te pones tan tensa?

—¿A lo mejor porque le he visto los colmillos?

—No te va a morder.

—¿Y tú qué sabes? —se

resistió Sara.

—Porque lo conozco. Es mi perro.

—¿Sabes a qué me suena eso? Cuando encuentran a un tío que se ha comido a toda su familia y los vecinos dicen que era la mar de simpático. —Sara se había alejado de Nieve y miraba a su alrededor con la botella de vino en la mano—. Esto hay que tomárselo frío: ¿dónde está la cocina?

Víctor cabeceó y decidió dejar de insistir en reconciliar a Sara con Nieve. Con un gesto, la guió hacia la cocina y abrió el congelador. Metió la botella dentro. Vio cómo Sara no dejaba de mirar al salón para asegurarse de que Nieve no se movía de su cesto.

—Cenamos en el patio de atrás —la tranquilizó Víctor—. ¿Podrás comer algo o me vas a hacer atar al perro?

—No te rías de mí, por favor —le pidió Sara con una sonrisa avergonzada.

—¿Es Nieve o te pasa con todos los perros?

—Supongo que con todos.

—¿Te mordió alguno de pequeña?

—No, no es eso.

Sara miró la hora en un reloj que colgaba en la cocina. Eran las diez y todavía no había aparecido el hermano de Víctor. Por un

momento pensó que la había traído engañada a su casa y que iban a estar solos durante toda la noche. Casi sin darse cuenta, empezó a pensar en excusas para marcharse. No sabía de qué podía hablar con Víctor fuera del trabajo.

—Mi hermano siempre llega tarde —le dijo Víctor como si hubiera leído sus pensamientos—. Con los

dos críos les cuesta un mundo moverse...

Le dio un vaso y se lo llenó con una botella de vino que tenía en la encimera.

—Los animales no hacen más que devolverte lo que tú les das —le dijo Víctor—. Si les das miedo, te tratarán con miedo...

—Me parece más fácil entenderme con los humanos —le confesó Sara.

Víctor salió de la cocina y

Sara le siguió hasta el patio trasero. No era muy grande, unos veinte metros cuadrados de césped. En el centro había una mesa de madera y los cubiertos preparados para la cena. En un lateral, la barbacoa, ya encendida. De ahí procedía el olor y el calor que Sara sintió al entrar.

—¿Seguro? —le preguntó Víctor—. ¿Entiendes a todos

los hijos de puta con los que has tratado?

—Creo que sí —le contestó Sara dando un trago al vino—. ¿Tú no bebes?

—Soy el cocinero. Si me emborracho, lo mismo le pego fuego a la casa...

Pero la broma de Víctor no consiguió ocultar las verdaderas razones de que no probara el alcohol y ambos se dieron cuenta. Sara se arrepintió de haberle

hecho esa pregunta pero, en ese silencio incómodo, oyeron el motor del coche del hermano de Víctor y ambos sonrieron con alivio al saber que no seguirían solos.

Román era algo mayor que Víctor; simpático y, por suerte para Sara, muy hablador. Como Ondina, su mujer; acababa de cumplir los cuarenta años, le confesó a Sara. De piel blanca y

tersa, acostumbrada a un papel secundario tras Román y más pendiente de los niños, Ondina era de esas personas que se sienten cómodas hablando horas sobre temas intrascendentes, desde el tiempo hasta la última anécdota de uno de sus hijos. Sara envidiaba esa capacidad; ella era incapaz de convertir en conversación cosas que, suponía, no le interesaban a nadie. Pero le

gustaba ese tipo de gente, como Ondina, que con sus historias era capaz de crear un suelo sobre el que se movían sin problemas auténticos desconocidos como ellos.

Mientras Víctor preparaba la carne y los hijos de Román, dos niños de siete y cinco años, jugaban a la pelota por el patio —¿cómo se llamaban? ¿Nonilo podía ser el nombre de uno de

ellos?—, el matrimonio acaparó la conversación. Hablaron de lo largo que se hacía el verano con hijos y sin escuela; de las próximas fiestas de Monteperdido, a primeros de septiembre. Le contaron la tradición del baile de los hombres, una danza que ejecutaban sólo los hombres de la Cofradía ante la imagen de la Virgen de Santa María de Laude. Entre bromas recordaron

cuando Víctor participó en aquel baile y fue incapaz de dar un solo paso bien.

—En mi defensa tengo que decir que venía de una noche muy larga —bromeó él desde la barbacoa.

—Es que no te imaginas lo que se llega a beber en este pueblo en fiestas —añadió entre risas Ondina.

Sara sonrió, aunque no podía evitar estar más pendiente de las patadas que

los niños daban al balón y que, estaba segura, en cualquier momento acabaría en la barbacoa.

—¿Te vas a pasar por la Sociedad de Cazadores mañana? —le preguntó Román a Víctor cuando empezaron a cenar—. Se sortean los puestos para la batida.

—Este año no creo que suba —le respondió Víctor—. ¿Te toca a ti organizarla?

—Al no estar Marcial...

Pero Román dejó la frase en el aire, como si al nombrar a Marcial hubiera pisado sin querer un terreno pantanoso y recogiera el pie tan rápido como podía. Sara miró a la mesa mientras se metía un trozo de ternera a la boca y se dio cuenta de que todos la miraban.

—Nunca he entendido — les dijo— cómo os pueden

gustar al mismo tiempo los animales y la caza.

—¿No decías que podías entender a toda la gente? — bromeó Víctor—. Inténtalo con nosotros. ¿Por qué nos gusta cazar?

Sara miró con media sonrisa a Víctor. Sabía que la estaba retando.

—Es el momento en que os podéis comportar como ellos, como los animales — aventuró Sara—. Vivís

rodeados por ellos, en esas montañas. No tienen hipotecas ni hijos que suspenden en el colegio. Sólo tienen que encontrar comida y sobrevivir. Cuando vais de caza, sentís que estáis a su mismo nivel. Que sois animales en mitad de Monteperdido...

Román se rió con estruendo ante la descripción de sus motivos que había dado Sara.

—Cuéntale eso a Rafael.
O al José María. —Sólo
cuando consiguió contener
la risa, añadió—: Cazamos
porque nos gusta ir al monte.
Y, después, comernos las
piezas en la Sociedad... Así
es como nos entretenemos
aquí. Nada más. No le
busques tres pies al gato.

Sara alzó sus brazos, en
un gesto con el que admitía
su rendición.

—Además, en los montes

de aquí no hay depredadores —dijo Román mientras se metía un trozo de carne en la boca—. ¿Quién iba a controlar la población de jabalíes? O a los ciervos. No tienen quien les cace. Sólo nosotros.

Román rellenó las copas de vino y propuso un brindis: por el equilibrio de Monteperdido. Todos bebieron, menos Víctor, que apenas si se mojó los labios.

Román volvió a hablar de la batida que inauguraba la temporada de caza y que tenía que organizar. Le contó cómo funcionaba: un grupo de bateadores achicaban el terreno para que los animales abandonaran los lugares donde dormían durante el día. Los bateadores caminaban siempre a favor del viento para que éste empujara su olor y los

animales temieran su llegada. Poco a poco, los iban llevando hacia la zona donde les esperaban los tiradores. «Parece fácil — añadió Román—, pero te juro que esos jabalíes saben más que todos nosotros juntos.»

La noche tenía una extraña calidez. Normalmente, en el pueblo, el viento de la montaña bajaba la temperatura. En el

patio trasero de Víctor, a refugio de las corrientes tras un muro tapado con una enredadera, hacía calor. Las brasas de la barbacoa, aún incandescentes, manchaban sus caras con un tinte rojizo y Sara vio al guardia civil relajado, echado hacia atrás en su silla mientras escuchaba las historias de su hermano o jugando con sus sobrinos, que insistían en

que hiciera de portero a sus disparos.

Sara se bebió una copa de vino más y, casi sin darse cuenta, empezó a abstraerse. El alcohol y el cansancio acumulado eran una mezcla que su cuerpo soportaba a duras penas. Debería haberse disculpado y salir de esa cena, volver al hostal, pero se sentía a gusto. Protegida.

Imaginó a los habitantes

del pueblo como pequeños ríos. Unos, caudalosos y agitados; otros, retorcidos, sibilantes, mientras que algunos eran suaves ensanches, mansos y cristalinos. Todos, vistos desde arriba, como si ella fuera un pájaro que sobrevolaba el pueblo, acababan desembocando en un mar que no era otra cosa que Monteperdido.

La imagen le hizo pensar

también en sus garabatos.
Sus laberínticas formas
geométricas.

El sonido de un móvil la devolvió a la realidad. Era el de Víctor, que salió del patio para contestarlo. Román le ofreció un poco más de vino. Ella no tuvo tiempo de negarse. Ya le había llenado la copa.

—Tienes cara de cansada
—le dijo Ondina.

—Ya habrá tiempo de

dormir —le contestó Sara intentando mostrar seguridad.

Ella era un río que no desembocaba en ningún mar. Zigzagueaba buscando algún mar en el que descansar pero nunca llegaba a él.

Víctor la llamó desde el salón. Sara se levantó y, temiendo que su paso dejara en evidencia que había bebido demasiado, caminó

con la mirada clavada en Víctor para mantener un punto fijo.

—Era la policía de Barbastro —le dijo—. Marcial les ha llamado porque su hija está allí y no quería meterse en líos. Elisa está empeñada en quedarse con su padre...

—¿Qué les has dicho? —le preguntó Sara. Notó cómo la imagen de Elisa pidiendo perdón a Marcial empezaba

a tomar cuerpo en su cabeza.
Arrodillada ante un Dios
cruel.

—Que les llamaba más
tarde... No tenía ni puta idea
de qué decirles —reconoció
el guardia civil.

«Todos necesitamos un
lugar adonde ir —pensó
Sara—. Aunque ese lugar
nos haga daño. Aunque el
mar que nos espera sea un
mar muerto.»

—Diles que pongan un

coche patrulla en la casa, pero que les dejen estar juntos —le dijo Sara.

—¿Estás segura? — preguntó Víctor, pero Sara ya le había dado la espalda y se alejaba hacia el salón de la casa.

«¿Quién puede ofrecerle a Elisa lo que necesita?», pensaba Sara. El pueblo había intentado darle ese cobijo que buscaba desde que habían apartado a

Marcial de su lado, pero a ella no le bastaba. El calor de Monteperdido era un simulacro para Elisa.

Marcial era su padre. Ese mar muerto que ella quería que le bañara.

Al pasar junto a Nieve recordó lo que le había dicho Víctor: «Ellos te dan lo que tú les das». Ojalá fuera tan fácil con las personas. Amor por amor.

No se dio cuenta de que

estaba llorando hasta que Víctor le preguntó si estaba bien. Sara se llevó las manos a las mejillas e intentó echar la culpa al vino. Él la sentó en la cocina y preparó una cafetera.

Escuchó cómo la disculpaba ante su hermano y la familia, bulliciosa, abandonó la casa de Víctor. Las voces de los niños se apagaron al subirse al coche

y oyó el motor alejándose por la carretera.

Se sintió estúpida al verse sentada en la cocina, llorando, y quiso marcharse antes de que volviera Víctor. El café empezó a bullir.

—Esta noche no te vas a ir a ningún sitio —le dijo él y, con un café caliente entre las manos, la llevó hasta el salón. Se sentaron en el sofá —. ¿Estás así por Elisa?

Sara se encogió de

hombros. La tristeza se había convertido en un virus que había terminado infectándolo todo. Era Elisa y era Santiago. Era el fracaso de Joaquín y la ausencia de Lucía. Era el miedo de Ana y la sombra de esos secuestradores que se movían por el pueblo y que ella no conseguía ver.

Era su propia vida.

—Confía en mí —se

ofreció Víctor—. Me
gustaría ayudarte.

—¿Por qué?

Y la pregunta de Sara encerraba toda su inseguridad: ¿por qué iba a preocuparse nadie por ella? Víctor le cogió la taza de café y la dejó sobre la mesa del salón. Luego se sentó a su lado y le puso una mano en el nacimiento del cuello. Ella notó cómo daba cada paso temiendo una negativa

pero, cada vez que lo sentía más cerca, ella también se hacía más fuerte. Como si Víctor fuera la armadura en la que siempre había buscado refugiarse.

Fue ella la que acercó sus labios a los de él y los acarició, húmedos. Le supieron a tierra mojada, a madera quemada en un hogar. Después se dejó hacer en sus brazos. Víctor le besó

las mejillas, las lágrimas que se habían secado en su piel.

Hicieron el amor en su habitación y, después, entre las sábanas y las sombras, él le murmuró:

—Llevo mucho tiempo buscándote; ya pensaba que no sería capaz de encontrarte.

Ella se acomodó en su abrazo. Recordó el último garabato que había dibujado en un informe; el laberinto

imposible y, como si volviera dibujar sobre él, imaginó una línea roja que avanzaba por sus recodos hasta encontrar una salida.

—Siempre hay alguien buscándote —recordó ella.

Se resistieron al sueño entre confesiones. Ella le habló de Santiago, de sus padres. De la relación tóxica que había en su familia, como la que vivía Elisa. Su padre pegaba a su madre,

ella era una niña que vivía en ese espacio de tensión intentando ganarse el cariño de unos padres tan obsesionados con su propia relación que no tenían ojos para ella. Fue buena y mala estudiante, fue una hija dispuesta a todo y otra que buscaba la atención con sus continuos enfrentamientos. Eligió querer a su padre y, después, a su madre. Cuando ya tenía dieciséis años, se

presentó ante la policía y denunció los malos tratos de su padre. La policía lo detuvo pero, en el juicio, su madre testificó que Sara se lo había inventado todo. La acusó de ser una niña celosa que había maquinado esa patraña para romper el matrimonio de los padres. Su padre fue absuelto y volvió a su casa. Ella sobraba, pero se resistía a aceptarlo. Decidió escapar

un día, darles un susto, y desaparecer una temporada. Tiempo después, cuando fue a la comisaría, conoció a Santiago y descubrió que sus padres no habían hecho nada por encontrarla.

La habían abandonado en mitad de un bosque, como si fuera Gretel. Aunque, en realidad, después de haber intentado tantas versiones de sí misma, ya no sabía quién era.

Todos sus esfuerzos se habían ido en intentar entender a sus padres y ser la persona que ellos esperaban que fuera.

No eres nadie si nadie te mira y a ella no la había mirado nunca nadie.

Víctor evitó las promesas; no hacía falta que le dijera que, a partir de esa noche, ella siempre podría saber quién era mirándole a los ojos.

Se durmieron cuando ya empezaba a amanecer.

A Sara le despertó una caricia en la punta de los dedos, como si alguien rozara una pluma en sus yemas. Entreabrió los ojos y vio que, bajo la mano que había dejado colgando de la cama, se paseaba Nieve. El perro se acariciaba contra su mano.

Sara apoyó con suavidad sus dedos entre el pelo del animal, que, al sentir su tacto, se detuvo.

—¿Me perdonas, Nieve?
—le susurró Sara.

Se puso la camiseta y se levantó. Antes de salir del cuarto, miró a la cama donde aún dormía Víctor.

Al llegar al salón, sonó su móvil. Sara fue a contestar, era una llamada del cuartel,

pero, al hacerlo, el teléfono se apagó, sin batería.

Miró a su alrededor buscando un cargador. No quería despertar a Víctor y abrió cajones al azar hasta que, en un aparador de la entrada, encontró uno.

Antes de cerrar el cajón, algo le llamó la atención: una carpeta del cuartel. La sacó y, en la esquina inferior izquierda, leyó el nombre del informe: 24/10/10. El

mismo que había estado buscando y que Víctor le había negado que supiera dónde estaba.

Sintió un vuelco en su estómago y se apoyó en el aparador para no perder el equilibrio, de repente fuera de sí misma. Notó cómo su cerebro, incontenible, empezaba a lanzarse en mil direcciones. ¿Qué estaba haciendo en su casa, medio desnuda? ¿Cuánta verdad

había en la noche que habían pasado juntos? ¿Quién era Víctor?

Sara escondió el informe cuando Víctor salía de la habitación. Medio dormido, le dijo que habían llamado del cuartel.

—Es por una escucha de Joaquín Castán. Han oído cómo se citaba con una mujer para darle la recompensa...

¿Intervenimos?

Había ido a trabajar como cada mañana, a las nueve, aunque ese día se había levantado con la esperanza de que fuera su última mañana. Pasó la aspiradora por el salón y, después, tendió una lavadora. La casa estaba vacía y se sentó junto a la ventana de la cocina para fumarse un cigarrillo. Se descalzó y se miró los

pies; el calor del verano siempre se los inflamaba. Estaban amoratados. Pero tenía que seguir trabajando, cuatro horas al día limpiando la casa. Era poco, con lo que le pagaba nunca llegaba a fin de mes. Su nieta se había acostumbrado a despertar sola en casa y prepararse el desayuno. Ella volvía sobre las cuatro y, entonces, le preparaba la comida. Solía encontrarla en

pijama, tumbada en el sofá, viendo dibujos animados. Esta vez le había dejado en la encimera un tupper con macarrones. Por la noche le dijo que volvería algo más tarde pero que tendría una sorpresa para ella.

Aunque intentaba negárselo, estaba nerviosa. Miraba continuamente el reloj, esperando a que diera la una y pudiera marcharse. Tenía que estar a las dos en

la gasolinera del pueblo. Allí le había dicho a Joaquín Castán que dejara el dinero. Luego iría a su nave para hablar con él y contarle todo lo que sabía.

No planeaba robarle, sólo quería asegurarse de que esa recompensa no era humo para atraer a estúpidas como ella.

Se sorprendió cuando el propio Joaquín la llamó la noche anterior. Estaba

convencida de que tendría que pedirle por adelantado sólo una parte de la recompensa, pero el padre de Lucía no puso ninguna pega a dárselo todo. Aceptó sus condiciones. Le pareció que estaba desesperado.

Le tocaba limpiar los baños, pero esa mañana le daba demasiada pereza arrodillarse junto a la taza del váter y frotar la porcelana. Sabía que la casa

estaría vacía toda la mañana. Aunque Joaquín había cerrado la empresa, a Rafael no le gustaba quedarse en casa mientras ella limpiaba. Los viernes le dejaba el dinero de la semana en la mesa de la cocina y se marchaba nada más llegar ella. Algunos días tenía que aguantar la presencia de Quim y Ximena por la casa, dejando ceniceros llenos de colillas y dándoles igual

desordenar todo lo que ella ordenaba.

Era su trabajo. Desde que cerraron la maderera, no había tenido otro que limpiar las casas de los demás. Al principio pudo mantenerse bien, pero ahora sólo le quedaba la casa de Rafael Grau. Tenía que ocuparse de una nieta de ocho años; «¿Qué hice mal con mi hija?», se preguntaba cada vez que miraba a la niña.

Ella había sido una trabajadora toda su vida, creía haberle transmitido la importancia de la abnegación y la familia, pero su hija, quizá, sólo la había tomado por una idiota que se cargaba de trabajo como una mula para no tener nada. Ni un segundo para su propia vida.

¿Quién se pregunta por la vida de una mujer que

limpia casas? ¿A quién le importa?

Encendió la televisión y se quedó viendo un programa del corazón hasta que fue la hora de salir.

No tenía coche y tenía que caminar hasta allí. Iba pensando que pasaría de largo si, al llegar a la gasolinera, veía a Joaquín Castán rondando.

Quería ese dinero. Lo necesitaba. Y, al detenerse

en la carretera antes de cruzar, miró los coches que salían de Monteperdido y desaparecían en el túnel del congosto de Fall. Pensó que lo primero que haría sería comprarse un coche. Atravesar ese túnel. Era un suplicio vivir en el valle sin un coche. Subir cuestras y caminar horas desde su casa al pueblo, a la casa de Rafael. Y, entonces, se dio cuenta de que ya no tendría

que volver a limpiar esa casa. Era la última vez que había pasado la aspiradora por el salón.

Caminó por el arcén de la carretera. Notó cómo su pulso se desbocaba al ver la gasolinera.

¿Era tan importante lo que tenía que decirle como para quedarse con todo el dinero?

Recordó esas películas que pasaban por la tele a la

hora de la siesta. Historias de suspense y de amor.

En su vida, el romance ya sólo formaba parte de las películas. Se sentía tan vieja que le costaba recordar cuándo había formado parte de su propia vida.

Miró con disimulo al surtidor de gasolina. Le había dicho a Joaquín que dejara el dinero detrás de los contenedores que había en la parte trasera del surtidor.

Nadie más que los basureros miraban allí, y sólo una vez por semana. En la gasolinera, desde que le habían puesto un sistema de pago con tarjeta, tampoco había nadie trabajando.

Pasaron un par de coches antes de que se decidiera a cruzar. Miró entre los árboles que había a la espalda de la gasolinera, por si Joaquín se escondía entre ellos. No vio a nadie. Se

había encendido otro cigarrillo y caminó hasta los surtidores olvidando la prohibición de fumar dentro de la gasolinera. Por la carretera subió un todoterreno pero, cuando se alejó dentro del pueblo, el único ruido que se podía escuchar era el del viento meciendo los árboles.

Vio los contenedores y, bajo uno de ellos, una mochila negra. La cogió y la

abrió: el dinero estaba dentro. Había más del que había visto en toda su vida.

Tuvo ganas de gritar de alegría. De coger a su nieta y llevársela al centro comercial y dejar que se comprara todos los juguetes que quisiera. Se contuvo. Tiró al suelo el cigarrillo y lo apagó con un pisotón.

A lo mejor no era tan estúpida.

¿Y si se marchaba? ¿Y si

se alejaba de allí sin más?
Podría contarle lo que sabía
por teléfono o enviarle una
carta. ¿Por qué meterse en
más jaleos? ¿Y si él se
empeñaba en llevarla a la
policía y terminaba
perdiendo ese dinero?

Las sirenas le asustaron.
Tuvo la tentación de correr e
hizo una breve carrera hacia
ningún lugar, pero le dolían
los pies. ¿De dónde habían
salido esos coches? Dos

todos terrenos habían entrado en la gasolinera, tapándole la salida. Miró a los árboles. «¿Adónde vas a esconderte, vieja idiota?», se dijo.

Miró la bolsa con el dinero y supo que jamás sería suyo.

Un guardia civil se acercó a ella con una pistola en la mano. Le decía que no se moviera. Estaba detenida.

—Pon las manos donde yo las vea.

Eso también lo había escuchado en las películas que daban por la tarde.

Sara se quedó dentro del todoterreno mientras Víctor detenía a la mujer. Sesenta y nueve años. Concepción Bartolomé, natural de Vall de Valira, un pueblo del Pirineo leridano. ¿Qué tenía que contarle a Joaquín? Esa mujer no le parecía la típica

oportunista que intenta sacar partido en una situación así. Sin embargo, no estaba tan segura de que lo que pudiera decirles sirviera de algo.

La policía sacó el informe que había cogido en la casa de Víctor e hizo una llamada a la Jefatura de Policía. Entre los datos del informe estaba la matrícula del coche que había cruzado a toda velocidad Monteperdido el día que desaparecieron las

niñas. Esa matrícula que, ahora, Fulgencio era incapaz de recordar. Pidió que la investigaran; necesitaba saber quién era el propietario de ese coche.

El ruido de las sirenas le hizo temer lo peor. Joaquín salió corriendo de la nave y alcanzó la carretera cuando los coches todavía estaban en la gasolinera. Habían

apagado las sirenas, pero sus
luces seguían girando,
iluminando el asfalto. Vio a
un agente cargando con la
bolsa negra que había dejado
bajo los contenedores.
Víctor llevaba del brazo a
Concha: ¿ella era la mujer
con la que había estado
hablando? ¿La misma que
iba a limpiar a la casa de
Rafael? ¿Qué podía saber
ella?

Sus dudas se

desvanecieron bajo la ira; la policía había intervenido antes de tiempo.

—¡¿Es que sois idiotas?!
—les gritó. Temía que Concha callara ahora todo lo que decía saber.

Lucía se recostó en el colchón y miró por el ventanuco que había al final de la pared, casi a ras del techo. Entraba un haz de luz

que iluminaba el polvo,
como si fueran diminutos
copos de nieve en
suspensión. Hacía calor,
demasiado calor. Tenía
hambre pero también sueño.
¿Cuántas horas podía llegar
a dormir al día? Le había
pedido un reloj pero él
nunca se lo había traído.
Las excusas que le daba
habían llegado a irritarla de
lo absurdas que eran. Quizá
temía que le diera por

calcular el tiempo que le quedaba con vida. Durante los últimos días —¿o eran semanas?— tenía la sensación de que ese tiempo se estaba agotando. Desde que Ana no estaba, nada había vuelto a ser igual. Él había cambiado. ¿O había sido ella la que se había transformado en otra persona? Ahora, cada vez que él venía para traerle comida y agua, le daba

miedo. Pensó en Ana. En la hermana que había dormido a su lado los últimos cinco años. En la silueta que se paseaba por el agujero. «No te odio, Ana», murmuró en el silencio de aquel cuartucho.

6

La batida

—¿Cuánto tiempo puede tardar? ¿Dos horas? — preguntó firme Sara al teléfono y esperó la respuesta. Después, le ordenó al agente de la

central con el que hablaba —: Me da igual, tráemelo al pueblo. Tengo que hablar con él.

Colgó cuando Víctor llegaba a la puerta del despacho.

—Concha está preparada. ¿La llevo a la sala de interrogatorios? —le preguntó él, ajeno a todas las gestiones que Sara había hecho a sus espaldas.

Concha se descubrió a sí misma mirando el espejo que había en una de las paredes de la sala y pensando que necesitaba que alguien le pasara un trapo. Estaba hecho un asco; huellas de dedos y polvo. «Si es que no vales para otra cosa, Conchica», se dijo. Y luego pensó en los fajos de billetes que había visto en la

bolsa y que jamás podría tocar.

—Concepción Bartolomé —le dijo Sara cuando se sentó frente a ella—. ¿Es consciente de que ocultar información relevante para una investigación es un delito?

—¿Me van a mandar a la cárcel? —le contestó Concha, aunque ésa no era la preocupación que habitaba en su cabeza.

—Espero que no sea necesario; porque va a colaborar, ¿verdad?

—¿Y mi nieta? Está sola en casa y se va a asustar cuando vea que no llego.

—Unos agentes de la Guardia Civil están con ella.

—Sara se echó hacia atrás en su silla y examinó a la mujer: manos gruesas, piel arrugada. Un cansancio propio de alguien que no ha podido dejar de trabajar un

solo día de su vida. Mirada de derrota y falta de fe—. ¿Qué iba a contarle al padre de Lucía?

Concha miró la sala antes de contestar, el espejo tras el que estaba Víctor siguiendo el interrogatorio. Su rostro, viejo y cansado. Fea.

—Cuando leí la entrevista a Ana en el periódico, me llamó la atención una cosa. Las muñecas esas que decía que les regalaban. Las

Barbies con las que jugaba Lucía. —Concha encontró la mirada de Sara y, tras un suspiro con el que renunciaba a cualquier posibilidad de sacar algo de dinero de lo que sabía, le dijo—: Ahora las tiene mi nieta.

—¿Por qué cree que son las mismas?

—En la entrevista decía que les pintarrajeaba la cara.

Y éstas estaban así hasta que yo las limpié.

—¿Cómo consiguió su nieta esas muñecas?

—Me las regalaron.

—¿Quién?

Joaquín vio salir dos coches de la Guardia Civil del cuartel a toda velocidad. Las sirenas encendidas, aullando como un perro en batida. Arrancó y fue tras ellos. Él

les había dado a Concha, no tenían derecho a apartarle.

Subieron por la carretera del colegio y, al llegar a la de Posets, giraron hacia la derecha. Montaña arriba. ¿Adónde iban? ¿Al pueblo? ¿Más lejos, al hotel de La Guardia?

Notó cómo su corazón se agitaba cuando los coches se desviaron en dirección a su urbanización. ¿Tan cerca

estaba el hombre que le había arrebatado a su hija?

Avanzaron por su calle. Fueron dejando atrás viviendas de vecinos, familias que habían estado en los actos de la Fundación, a su lado, y que, durante segundos, también se convirtieron en sospechosas para él. Hasta que vio cómo los coches se detenían delante de su propia casa.

Víctor y Sara se bajaron

de un todoterreno. Otros agentes de la Guardia Civil, pistola en mano, les acompañaban. Las luces de las sirenas seguían girando y, quizá, también, sonando, pero Joaquín había dejado de escuchar. Dentro de él había un silencio casi absoluto.

Álvaro. La casa de Ana. ¿Iban a por él? Pensar que siempre había tenido razón

le produjo una mezcla de rabia y orgullo.

No tuvo tiempo de ponerse los pantalones. Se acababa de dar una ducha y sólo llevaba los calzoncillos y los calcetines. Estaba metiéndose los vaqueros cuando irrumpieron en su cuarto.

Nicolás Souto se puso en pie y, asustado, con los

pantalones a la altura de las pantorrillas, trastabilló y cayó al suelo. Víctor se abalanzó sobre él y lo inmovilizó. El veterinario intentaba encontrar una explicación a lo que estaba pasando.

—¿Qué he hecho? —les gritó—. ¿Qué está pasando?

—Estate tranquilo, Nicolás. Es lo mejor —le dijo Víctor mientras le ponía las esposas.

Sara echó un vistazo al dormitorio mientras Víctor ponía en pie a Nicolás y le ayudaba a subirse los pantalones. Una cama de matrimonio en el centro, dos mesillas a los lados. Un armario empotrado de puertas de nogal. Paredes blancas y un cuadro de un ciervo detenido en mitad de un campo nevado sobre el cabecero de la cama. Minimalismo, orden,

pulcritud. Olor a productos de aseo y vapor de agua que atravesaban la puerta del baño que daba al dormitorio.

Unas gotas de sudor resbalaban por las axilas de Nicolás mientras Víctor le llevaba hacia la puerta, las manos esposadas a la espalda. Sara creyó ver una mirada de desconcierto en el veterinario, que recorrió con ojos nerviosos, estirando levemente el cuello, su

propio cuarto, como si quisiera asegurarse de que no se hubiera dejado nada impropio a la vista. Al salir del cuarto vio a Ximena al pie de las escaleras. Había más vergüenza que temor en sus ojos.

Lucía arrastró una caja de madera que hacía las veces de mesita para comer. Se subió a ella e intentó mirar

a través del ventanuco, como un perro olfatea el viento en la ventanilla del coche. Sólo alcanzaba a ver un límpido cielo azul. Se bajó y, enfadada, dio una patada a la puerta, que apenas tembló. No era la escasez de espacio lo que le provocaba esa ansiedad. Era el silencio. «Ven de una vez», dijo en voz alta, más para combatir ese silencio que la cercaba y la

asfixiaba, como un abrazo invisible, que porque realmente deseara que él volviera. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había estado allí por última vez? Tenía sed y hambre. Tenía el corazón latiéndole arrítmico dentro de su pecho. Nunca había estado sola. Ana era su sombra y sólo entendía la soledad en su compañía, como si Ana fuera una extensión de sí

misma y, ahora, se la hubieran arrancado. Ana le había hecho mucho daño, con sus acusaciones, sus burlas, como una conciencia cruel, siempre juzgándola y encontrándola culpable. Se paseó por el cuartucho hasta sentarse encogida en una esquina. Cerró los ojos. Intentó controlar su miedo. Imaginó que Ana estaba con ella, dando paseos mientras recitaba en voz alta esos

estúpidos poemas. Que le escupía. Pero la ficción no le funcionó. Era demasiado consciente de que, ahora, estaba sola.

Raquel subió las escaleras saltándose algunos peldaños de la casa de los Castán. Quim se quedó abajo, a los pies de la escalera, y miró a la calle de la urbanización: la Guardia Civil se había

marchado. Ya no se oían sus sirenas y habían dejado atrás un silencio cargado de ruidos, como el que se queda en una habitación tras una discusión.

Al entrar en el dormitorio, Raquel encontró a Montserrat sentada en la cama, la cabeza hundida en sus manos, llorando.

—¿Crees que ha podido ser él? —le preguntó Montserrat con miedo, y

Raquel supo que su amiga esperaba, al mismo tiempo, un «sí» y un «no» por respuesta.

—No te sientas culpable —fue todo lo que acertó a decir Raquel.

Se puso en cuclillas frente a Montserrat y la abrazó. Entendía lo estúpida que podía llegar a sentirse Montserrat: ¿le había dado toda la confianza del mundo al hombre que le había

robado a su hija? Nicolás Souto era un hombre extraño, Raquel nunca llegó a entenderlo bien. Golpeado por las burlas del pueblo, por su inseguridad, por la relación que tuvo con la madre de Ximena, una niña a la que jamás había sabido controlar, él parecía vivir con indiferencia todos esos problemas, como una marmota que corretea de rama en rama y, cuando

llega el frío, se esconde para dormir.

—¿Estás mejor? —le preguntó acariciando el vientre de Montserrat—. Tu hijo me lo ha contado —le explicó después.

—He dejado de sangrar —le contestó Montserrat secándose las lágrimas.

Raquel sintió la vibración de su móvil en el bolsillo. «Contesta», la animó Montserrat. En la pantalla

vio el nombre de Ismael Casella. El carpintero de su negocio de reformas, el chico que la había empujado a volver a la vida, el mismo con el que se había acostado y planeado un futuro. Había estado aplazando el momento en que tendría que enfrentarse a él, pero era consciente de que ya no podía seguir haciéndolo más.

Quim salió de su casa. En el jardín miró a la casa de Ana. Ella estaba al otro lado de la ventana del salón. Miraba la casa de Nicolás: ¿cómo había soportado la proximidad del monstruo?, ¿o no había sabido reconocerlo? Ana desapareció tras las cortinas y él cruzó la calle. Suponía que Ximena le necesitaba a su lado.

Sara salió del cuartel y, en el aparcamiento, se encontró con el agente de la central. Le había pedido que le esperara allí. Abrió la puerta de atrás del coche y se sentó junto al hombre que había hecho venir al pueblo. Era el dueño de una empresa de coches de alquiler. La matrícula del vehículo que había cruzado a toda

velocidad el pueblo cinco años atrás correspondía con uno de los coches de su flota: un Audi 8 de alta gama.

—Alquilamos coches con conductor también —le explicó el hombre después de mostrar su enfado por el trato que le había dado la policía, la obligación de venir hasta ese pueblo sin apenas explicaciones.

—¿A quién se alquiló ese

coche? —le preguntó Sara.

—Eso es privado —se resistió—. No podemos ir dando los datos de nuestros clientes...

—¿Quieres una orden judicial? —le contestó Sara en tono amenazante—. ¿De verdad quieres que revolvamos entre todos tus papeles?

—No sé quién iría en ese coche —cedió—. Y no creo que guarde el registro. Hace

mucho tiempo. Pero hacemos muchos viajes a Monteperdido.

—¿Por qué?

El dueño de la empresa de coches se mordió el labio inferior y, después de una respiración ruidosa, contestó sin mirar a los ojos de la policía.

—El hotel de La Guardia me contrata —dijo al fin, consciente de que sus palabras abrirían una caja

que debería haber seguido cerrada—. Les traemos clientes. No pedimos datos de esa gente y cobramos todo en negro. Es una de las condiciones que nos puso Serna, el dueño del hotel.

—¿A qué viene tanta precaución por no dejar rastro?

Se encogió de hombros; era evidente que quería apartarse de lo que ocurría

en el hotel una vez dejaba a sus pasajeros.

—Discreción, supongo — intentaba medir sus palabras; satisfacer a la policía sin mancharse—. También nos exigían coches con los cristales tintados.

Joaquín entró en su casa. Lanzó las llaves del coche sobre el aparador de la entrada y subió las escaleras.

La puerta del dormitorio estaba abierta pero su mujer no estaba en la cama.

—¡Montse! —gritó, pero no obtuvo respuesta.

Nicolás se había pasado la vida detrás de ellos como un perrito faldero, desde los juegos de infancia hasta ahora. Siempre que había discutido con Montserrat, él estaba a la vuelta de la esquina, listo para compadecerla, para

animarla. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Cuando supo que, en el instituto, se habían besado, cuando Nicolás se compró una casa frente a la suya, cuando miraba a Lucía jugar en el jardín...

—Te dije un millón de veces que no quería que viniera a casa —le acusó Joaquín a su mujer cuando la encontró en el baño—. Y tú has seguido abriéndole la

puerta. Joder, hace dos días hasta te abriste de piernas delante de él...

Montserrat no encontró palabras para responderle. Se apoyó en el lavabo y la imagen de Nicolás atendiéndola en su casa, en su cama, cuando notó el primer sangrado, la sacudió. Se sintió sucia y culpable, como si fuera una mujer que ha incitado a su agresor a una violación.

—Lo siento —fue todo lo que consiguió decir Montserrat.

Joaquín vio cómo su mujer temblaba intentando contener el llanto. Quizá debería haber entrado en el baño para tranquilizarla y decirle que nada de eso importaba ahora, que sólo debían pensar en que la policía fuera capaz de dar con Lucía antes de que fuera tarde. Pero, en lugar de

hacerlo, se quedó en la puerta. Se sentía fuerte otra vez, subido a una ola de razón. Una ola que, durante mucho tiempo, todos le habían dicho que abandonara. También su mujer.

Le dio la espalda y se marchó.

Sara miró por el cristal de doble espejo a la sala de

interrogatorios. Nicolás Souto estaba ya preparado; encorvado en su silla, las manos escondidas entre sus muslos y mirando de reojo al espejo a través del cual sabía que era observado. Llevaba un bigote poco poblado, casi una sombra gris bajo la nariz.

—¿No vas a pasar todavía? —le preguntó Víctor cuando vio que Sara se sentaba.

—Quiero que hagas tú el interrogatorio —le dijo ella, y notó cómo la policía esquivaba sus ojos—. Prefiero quedarme fuera esta vez.

Víctor avanzó hacia la puerta de la sala de interrogatorios y se dio cuenta de que estaba nervioso cuando cogió el picaporte. Temía que Sara no sólo analizara las

respuestas de Nicolás, sino también sus preguntas.

—¿Te pasa algo conmigo? —le preguntó Víctor antes de abrir la puerta.

Ella le miró por primera vez. Había notado cómo estaba evitándole todo el día, abriendo una separación que, al principio, quiso interpretar como pudor por la noche que habían pasado juntos.

—Revisa las coartadas que tiene: tanto la de hace cinco años como la de ahora, cuando Ana apareció. Y no lo trates como si ya estuviéramos seguros de que es culpable —fue todo lo que le dijo Sara.

¿Qué había pasado para que ella le mirara ahora como a un desconocido? Esos ojos no eran los que había visto en su cama, los que le habían confesado

todos sus miedos. Sara se había transformado. Anoche, era una mujer a la que él podía proteger. Ahora, parecía una amenaza.

Ximena cogió un jarrón de porcelana y lo estrelló contra el suelo. Al romperse, los pedazos salieron disparados en todas direcciones. Nerviosa, pisó uno de ellos y crujió bajo sus botas.

—¡Ojalá estuviera
muerto! —gritó.

Quim intentaba contenerla
pero, cada vez que se
acercaba a ella, le respondía
con un empujón,
apartándolo.

—Deberías tomarte algo
para calmarte —intentó
convencerla Quim.

—Lo que debería hacer es
irme de esta mierda de
pueblo. ¡Yo no soy de aquí!
¿No me ves? —Y se volvió

a él mostrándole su piel morena—. No pinto nada en Monteperdido. Ese gilipollas no es mi padre. —Como si ya hubiera tomado la decisión, subió las escaleras de la casa y llegó hasta su cuarto. Quim la siguió manteniendo las distancias—. Aquí no le importo a nadie —murmuró Ximena mientras abría el armario y echaba una maleta sobre la cama.

—¿Qué estás haciendo?

—le dijo Quim volviendo a cerrar la maleta—. ¿Adónde vas a ir?

—¿A ti qué coño te importa? Vete a follarte a Ana: ella sí que te da pena...

—Ximena, estás desbarrando...

—¿En serio? —Ximena se encaró con él—. Dime que no estás deseando metérsela. Da tanta lástima

la pobre, ¿no? Que se merece un buen polvo...

—No es el momento de hablar de eso —intentó evitarla Quim.

—¿Por qué? Tú y yo no vamos a tener más momentos, Quim. Y a ti te va a dar igual. Nunca me has tomado en serio. —Ximena no pudo contenerse más y rompió a llorar. Quim quiso abrazarla pero ella se apartó. Quería vomitar todo, aunque

cada palabra le rasgara la garganta—. Te vine de puta madre mientras estabas hecho mierda... Me he tragado todo tu rollo de que tus padres pasan de ti, de que no quieres vivir... de que habrían preferido que fueras tú y no Lucía la que desapareció...

—A mí también me habría gustado que lo nuestro acabara de otra

forma —intentó disculparse
Quim.

—¡No me mientas! Joder,
Quim... Vete, por favor...
Déjame en paz...

Empujó a Quim hasta la
puerta de su cuarto y cerró la
puerta. Sola, Ximena se dejó
caer al suelo. Estaba
asustada. Tenía tanto miedo
que era incapaz de moverse.
Siempre había sido
consciente de que, algún día,
Quim le daría la espalda.

Nunca la quiso. No como ella había estado enamorada de él. Y, casi sin darse cuenta, pensó en que, en ese momento, le gustaría tener al lado a Nicolás y que él la consolara. Sentir su abrazo, siempre incómodo, como si no supiera dónde poner las manos, sus palabras torpes diciéndole que era una buena chica, que era guapa y que tendría todo lo que se propusiera.

—¿Dónde estabas el día en que desaparecieron las niñas? —preguntó Víctor sin levantar la mirada del informe donde estaban las declaraciones que Nicolás había estado haciendo a la policía desde que el caso empezara.

—En Linsoles, había ido a ver el ganado de la granja de Cuéllar... Terminé tarde, a

eso de las cuatro, y llegué al pueblo por la noche.

—Estabas solo en la granja.

—Siempre me dejan solo, ya lo sabes, Víctor. Tenía que recoger unas muestras de ganado, ¿para qué iba a haber nadie conmigo?

—¿Y cuando Ana apareció? —Víctor cambió de tercio. No quería que Nicolás se enredara en explicaciones eternas.

Necesitaba que fuera concreto.

—En la plaza de la Iglesia. Todos estábamos allí, en el acto de la Fundación. Sabes que Joaquín pasa lista y como no vayas... —Nicolás se interrumpió; no era el momento de ensayar ninguno de sus chistes. Tenía que sonar firme.

Víctor dejó de escuchar a Nicolás, mientras el

veterinario se perdía en justificaciones como quien da rodeos para despistar a su perseguidor. El veterinario pasaba de aquel día en la plaza de la Iglesia a otros actos de la Fundación a los que no había podido ir por trabajo y, de ahí, a los reproches que Joaquín le había lanzado en la Sociedad de Cazadores.

—¿Qué hiciste esa noche?

—le interrumpió Víctor al recordarla.

—¿De qué noche me estás hablando? —contestó Nicolás, aturdido.

—El día que apareció Ana. Por la noche. ¿Dónde estabas?

—Contigo, Víctor. En tu casa. ¿No te acuerdas? Fui a atender a Nieve... La policía...

Nicolás desvió una mirada al espejo de la sala. Sabía

que ella estaba al otro lado y, de repente, se encontró sin palabras.

—Te llamé sobre las tres —continuó Víctor acodándose en la mesa que les separaba—. Pero tú no llegaste hasta las cinco. Dos horas es mucho tiempo para ir de tu casa a la mía.

—Estaba durmiendo —murmuró Nicolás—. Entre que me levantaba y me vestía...

—No es verdad —dijo con firmeza Víctor.

—En serio, estáis volviéndoos locos... Yo no sé qué habéis pensado para detenerme, pero, ¿cómo voy a hacerles daño yo a las niñas? Las he visto crecer. Delante de mi casa. ¿De verdad crees que soy capaz de hacer algo así?

—¿Dónde estabas cuando te llamé, Nicolás? No te saqué de la cama. Lo sé.

Nicolás miró nervioso al espejo y a Víctor. El sudor sombreaba los costados de su camisa y acariciaban los finos pelos de su bigote. Puso las manos sobre la mesa: seguía esposado.

—No tiene nada que ver con las niñas. —Y, al decir eso, Nicolás reconoció que Víctor tenía razón en sus acusaciones.

—Deja que eso sea yo quien lo decida —le dijo él.

—Tengo testigos, Víctor.

—Bajo sus palabras, había una amenaza que no se atrevía a formular—. No merece la pena ir por ahí. Sería una pérdida de tiempo.

—¿No me lo vas a contar?

—insistió Víctor.

—Hay cosas que da un poco de vergüenza contar — murmuró Nicolás buscando la mirada de Víctor.

Sara se echó hacia delante

en la sala contigua: ¿qué le estaba diciendo el veterinario a Víctor? Sus ojos no se apartaron en ningún momento del guardia civil, que ahora volvió a hundir su mirada en el informe que tenía sobre la mesa. El silencio empezaba a durar demasiado y Víctor no encontraba la manera natural de continuar el interrogatorio.

—No voy a seguir

hablando hasta que me digáis qué tenéis contra mí —dijo Nicolás y, con esas palabras, entendió que el veterinario le ofrecía una salida a Víctor.

—¿Conoces a Concha, verdad? —preguntó desganado el guardia civil.

—Me ayudó en casa hasta que Ximena se hizo mayor —reconoció Nicolás.

—Le regalaste unas

muñecas para su nieta. Unas Barbies, ¿recuerdas?

Nicolás balbuceó un «sí, claro», a la vez que sus ojos dejaban de parpadear y su boca se quedaba abierta y muda. ¿Era la sorpresa de saberse descubierto o de darse cuenta de algo que había estado delante de sus narices y no había sido capaz de verlo?

—Lo hemos comprobado con Ana. Son las mismas

muñecas que tenía Lucía en el refugio —añadió Víctor esperando una explicación.

—¿Cuánto hace de eso? ¿Tres años? Se me había olvidado, te lo juro... Las encontré tiradas en el monte. En una zanja al lado de la carretera... Sabía que la nieta de Concha no tenía juguetes... y Ximena ya era mayor para eso...

—¿Y no te diste cuenta de que podían ser las mismas

muñecas de las que hablaba Ana en la entrevista que publicaron?

—Soy un escritor de mierda... —respondió Nicolás con una risa nerviosa. Parecía aliviado al saber que ésa era la causa de que estuviera detenido.

—Eso no es suficiente para evitar la cárcel —le advirtió Víctor.

Sara esperaba el momento en que Víctor se viera

obligado a volver a preguntar por el lugar donde Nicolás había pasado la noche de la aparición de Ana. De momento dejaba que el veterinario se alargara hablando del día en que encontró las muñecas. Metidas en una bolsa de plástico transparente, manchadas de barro y abandonadas junto a la carretera de Barbastro, cerca del lugar donde Ana había

aparecido. Desnudas algunas, pintarrajeadas otras. Pensó que alguien había hecho limpieza en casa y había tirado los juguetes de una niña. Lo borró de su memoria tan pronto como le dio las muñecas a Concha.

«¿Por qué estás evitándolo, Víctor?», se preguntaba Sara. No seas imbécil y pregúntaselo. Sabes que estoy aquí,

escuchándote. Dame una buena explicación.

—El día en que las niñas desaparecieron, nadie puede asegurar dónde estabas —recapituló Víctor—. Sueles pasar días fuera del pueblo.

—Por mi trabajo —añadió el veterinario.

—Por lo que sea, Nicolás. Pasas días fuera. Ximena cena la mitad de los días en casa de Rafael, con Quim...

Nicolás apartó la mirada.

Sabía dónde acabaría el repaso de Víctor.

—La noche en que apareció Ana, también estabas fuera. Sabemos que quien secuestró a las niñas tuvo que ir esa noche al refugio. Sacó de allí a Lucía y lo quemó.

—Sabes lo que me importa Montserrat — confesó Nicolás—. Jamás le haría daño.

—¿Dónde estabas?

Nicolás miró al espejo antes de contestar. Víctor no le había presionado con la pregunta, sólo le había invitado a reconocerlo.

—En el hotel —acabó por decir Nicolás—. Subo dos o tres noches por semana a La Guardia... Pregunta a las chicas. Elena te dirá que estuve allí...

Sara se dio cuenta de que, con eso, había terminado el interrogatorio. Nicolás se

había quedado callado, un silencio que podría interpretarse como vergüenza. Víctor había empezado a recoger sus papeles. Notó que le habría gustado salir de esa sala, del cuartel, sin tener que cruzarse con ella, pero levantó la mirada y la miró a través del espejo. ¿Le estaba pidiendo perdón?

Nunca había pensado en suicidarse. Quizá debió haberlo hecho antes, cuando todo esto no era más que una fantasía. Había llegado a creer que este momento nunca llegaría. Idiota. Cinco años encerrado en esa burbuja. La rutina le había convencido de que era normal. Pensó en Lucía — ¿cuándo no lo hacía?— y no pudo evitar preocuparse. ¿Cuántos días llevaba sola?

Su pequeña Lucía. Su animalito salvaje.

Recordó cuando miraba los bosques desde el porche del refugio. Los trémols y los pinos, los quejigales, rodeando las montañas, verdes y espléndidos en verano, sobre alfombras de rododendros rosados. Pensó en todo lo que escondían esas ramas y hojas y flores: jabalíes, sarríos, ciervos... No le gustaba salir a cazar

en batida. Prefería hacerlo solo. En rececho. Buscar el lance cara a cara con el trofeo, ser más listo que él. De todos los animales de Monteperdido, él prefería el corzo: el más pequeño de los cérvidos, escurridizo, rápido, sólo una sombra imposible de atrapar. El duende del bosque, lo llamaban.

Víctor le dio las llaves del todoterreno a Pujante. Al salir de la sala de interrogatorios, Sara ya no estaba allí. Telmo vino a buscarle y le dijo que ella había ordenado subir al hotel de La Guardia en dos coches. Ella iría con Pujante y Víctor con él.

—¿Qué vamos a hacer ahí arriba? —le preguntó Telmo desconcertado.

Víctor no supo qué

contestarle.

Cuando Raquel llegó a la cafetería, Ismael ya estaba sentado. Esperaba en una mesa junto a la ventana. Ellos habían cambiado los marcos de la cristalera, fue Raquel quien eligió esa madera oscura, casi negra, Ismael había hecho un buen trabajo con el artesonado del techo. Además, en la viga

que se levantaba en la esquina de la barra, había tallado en madera la cabeza de un corzo. Su cornamenta rematada en tres puntas, como las ramas de un árbol en invierno, proyectaba su sombra en el suelo. La Corza Blanca se llamaba la cafetería y esa pequeña talla de Ismael se había convertido en su símbolo.

Reformar La Corza Blanca fue uno de los

primeros encargos que hicieron juntos. Raquel recordó cómo le sorprendió la habilidad de Ismael para esculpir, cómo le daba vida a una madera informe. Entonces, Raquel se sentía de esa misma forma: un tronco cortado, muerto, y dejó que Ismael tallara en ella una mujer nueva.

Se incorporó ligeramente cuando ella llegó a la mesa y le preguntó qué quería

tomar. Raquel pidió una coca-cola aunque sabía que ni siquiera la probaría. Esperaba que fuera rápido, limpio, como un corte de cirujano. Se fijó en sus manos, marcadas por las heridas que se hacía cuando tallaba.

—No te voy a montar una escena, tranquila —le dijo Ismael poco después al ver que ella se movía incómoda

en su asiento—. Sé que se ha acabado.

Aunque era más joven, Ismael siempre le pareció más adulto que ella. Dos pasos por delante, abriéndole el coche, cogiendo la silla para que se sentara, extendiendo una alfombra por la que Raquel caminaba segura, lejos de sus miedos.

—No quiero que interpretes esto como un

ataque de celos... —Ismael hizo una pausa mientras la camarera dejaba sobre la mesa lo que habían pedido.

La chica les dijo que se alegraba de volver a verlos por allí y luego, mirando a Raquel, que también entendía que últimamente hubiera venido menos.

—Este verano está siendo muy flojo —reconoció la camarera mientras miraba a un bar prácticamente vacío

—. Pero es cuestión de pasarlo y rezar para que el invierno sea mejor —dijo antes de marcharse con forzado optimismo.

—Voy a irme de Monteperdido —continuó Ismael cuando se quedaron solos.

—¿Adónde vas a ir?

—A lo mejor al sur. O a Portugal. Todavía no lo tengo decidido.

—Tendremos que echar

cuentas. Te debo dinero...
—Pero Ismael la interrumpió. No era de dinero de lo que quería hablar.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —le preguntó Ismael—. Estar con Álvaro... ¿Crees que te puedes fiar de él?

Todo había ido tan rápido que Raquel había evitado hacerse determinadas preguntas. Su hija estaba en

casa. Álvaro, también. Si echaba la vista atrás y recordaba los días que había pasado al lado de Ismael, le parecía la vida de otra persona, no la suya.

—Sé que lo he hecho fatal —empezó a excusarse Raquel.

—Hace unos días —la cortó Ismael mientras levantaba la mano en un gesto con el que quería dejar claro que no era una

disculpa lo que buscaba—. Me encontré con Elisa... Sé que esa niña no está bien pero... Me contó algo de Álvaro...

Raquel sintió que se ruborizaba, como si Ismael acabara de entrar en una habitación sucia y desordenada cuando a ella le habría gustado que se mantuviera en la parte pulcra, limpia.

—Es injusto para ti —le

dijo Raquel evitando que siguiera hablando—. Pero Álvaro y yo vamos a intentar olvidarnos de estos cinco años. Como si empezáramos a vivir a partir de hoy.

Él se echó hacia atrás en la silla; había decidido mantenerse al margen de la vida de Raquel. Quería asumir su derrota y, sin embargo, no podía retirarse sin más.

—Usó a Elisa para

librarse de la policía —
acabó diciendo—. Se acostó
con ella...

—Me lo ha contado —le
respondió ella, tensa—. No
es él quien mintió, sino
Elisa... Me da igual que su
padre la moliera a palos.
¿Sabes el daño que nos
hizo?

Raquel había intentado
contener su rabia, no
levantar la voz. A pesar de
todo, sus palabras habían

salido como golpes. «Nos hizo», le había dicho. Álvaro y ella volvía a ser uno e Ismael no podía formar parte de ese círculo.

—Me preocupo por ti, nada más —terminó diciendo Ismael en un tono de disculpa.

—Voy a estar bien. Lo sé —le tranquilizó Raquel, intentando que su voz, esta vez sí, sonara conciliadora.

Un silencio incómodo se

abrió entre los dos. Raquel quería levantarse, volver a casa, al lado de su familia. Necesitaba dejar atrás la persona que había sido mientras Ana no estaba allí. Ismael había vuelto a abrir las dudas que ella había querido cerrar después de acostarse con Álvaro. Ese temor a no conocer a su marido del todo, a ser incapaz de prever sus actos, sus decisiones.

—¿Cuándo tienes
pensado marcharte? —le
preguntó Raquel para
romper el silencio, para
apartarse de esos
pensamientos.

—Después de la batida.
He pagado un puesto y no
quiero tirar el dinero —le
contestó con una sonrisa con
la que prometía no volver a
tocar el tema de Álvaro.

Ismael miró la cabeza del
corzo que se levantaba sobre

la barra de la cafetería. Se dijo que ésa sería la huella que quedaría de él en Monteperdido. Una huella que se convertiría en anónima con el paso del tiempo. ¿Quién talló ese animal?, se preguntaría la gente y nadie sabría responder. Le dijo a Raquel que ya pasaría a despedirse antes de dejar el pueblo. Era consciente de que ella estaba

deseando salir de esa cafetería.

Cuando Raquel salió del bar y le dijo adiós a Ismael a través de la cristalera, supo que ésa sería la última vez que lo vería. ¿Quién era ese chico que había invertido cinco años de su vida en ella? Había estado tan ensimismada en sí misma que apenas se había interesado por él. ¿Quién era en realidad? ¿Cómo había

llegado a Monteperdido?
¿Por qué se había fijado en
ella? Demasiado tarde para
dar respuesta a esas
preguntas.

Raquel se alejó por una
calle casi desierta rumbo a
su casa con la sensación de
que, por mucho que fingiera
lo contrario, todos somos
extraños en cierta medida.
Una imagen abandonada
hacia tiempo volvió a su
memoria: una mañana de

invierno, en un parque infantil nevado, sentada al lado de Montserrat mientras Lucía y Ana jugaban a tirarse bolas de nieve. Aquel ciervo que pasó por su lado y, al notar su aliento, le hizo sentir que formaba parte de algo. Que era una pieza más encajada en el puzle de Monteperdido.

Necesitaba volver a sentir ese aliento del ciervo.

Subieron hasta donde la carretera moría. El asfalto se transformaba en un camino de tierra que se abría en una explanada donde había unos pocos coches aparcados. Sara vio que todos eran de gama alta. Mercedes, Audis, un Jaguar. El hotel de La Guardia era un edificio rectangular de dos alturas. En el tejado de pizarra negra a dos aguas sobresalía una

hilera de ventanucos; habitaciones abuhardilladas en el tercer piso, supuso Sara. Le pareció que el hotel desprendía un lujo contenido, sin ostentación. Sólo esos coches caros del parking desentonaban con el edificio de paredes de piedra, que, por lo demás, se integraba sin estridencias entre las montañas. Nunca había visto los picos tan cerca. Estaban tan altos que

daba la sensación de que podría tocar el cielo con los dedos.

—¿Qué puedes decirme de Serna? —preguntó Sara a Pujante antes de bajar del coche.

—¿El dueño del hotel? —dijo el guardia civil mientras detenía el motor y, antes de contestar, miró unos segundos al edificio pensando una descripción acertada—. Creo que es de

Castellón. Va y viene del valle y apenas si para en Monteperdido. Cincuenta años, soltero, yo casi no lo he tratado. —Pujante pensó que había conseguido sonar profesional—. Dicen que tiene mucho dinero. Una habitación aquí te cuesta un riñón. Son cuatro estrellas y míralo: creo que habrá pocos hoteles que estén en un sitio más bonito...

Al bajar del todoterreno,

Sara miró a su alrededor: les rodeaba el último bosque de pino negro, las montañas, cubiertas de un manto verde, establecían los límites del valle y sus picos atravesaban las pocas nubes que había bajo un cielo que se curvaba sobre ellos como una cúpula. A unos doscientos metros, un mirador desde el que se podía contemplar el curso del río recorriendo los pueblos, como un tobogán

que se hundía en la distancia. El monte Ármos, que, a pesar de sus dos mil metros, parecía estar más bajo.

Víctor siguió en silencio a Sara hasta el interior del hotel. Al cruzar la recepción, tuvo la misma sensación de modesto esplendor que había tenido al ver el exterior del edificio. La madera se imponía a la piedra dentro del hotel: en el suelo y los

techos cruzados por vigas. Serna tardó unos segundos en ir a buscarlos cuando preguntaron por él. Le tendió una mano fuerte, segura, a Sara y le dijo:

—Siento lo que pasó con su compañero. —Y a ella le pareció que sus condolencias eran sinceras.

Le siguieron hasta su despacho. Sara notaba los ojos de Víctor clavados en ella, temiendo sus

movimientos. Serna vestía informal: vaqueros y una camisa azul milrayas. Aunque intentaba parecer como los demás, Sara sabía que esa ropa, ese reloj en su muñeca, sus zapatos, eran cosas que prácticamente nadie se podía permitir.

—Necesitamos hablar con Elena —le dijo Víctor cuando llegaron al despacho—. Nicolás dice que estuvo con ella la noche en que

apareció Ana y tenemos que comprobarlo.

—¿Quieres que la llame?

—le contestó solícito Serna.

Ya había descolgado el teléfono que había en su mesa.

—Por favor —le animó

Víctor.

—Soy yo —dijo Serna al auricular—. ¿Puedes avisar a Elena de que se pase por mi despacho? Gracias. —Y después colgó.

Sara se acercó a la ventana del despacho; tenía vistas a la parte trasera del hotel. Se veía una parte de la montaña en la que no había ningún signo de intervención del hombre en la naturaleza. ¿Cuándo iba a detener esta farsa? Oyó cómo Serna y Víctor se entretenían en una conversación insustancial sobre los pocos turistas que habían llegado al valle este verano. El continuo goteo de

noticias sobre el secuestro de las niñas, el asesinato del policía, las medidas de seguridad impuestas... Todo eso se había convertido en obstáculos para que la gente viniera a un lugar donde, sobre todo, buscaban paz. Reposo. Alejarse del mundo.

Elena tenía veintisiete años. Vestía un uniforme de traje del hotel. Serna la presentó como encargada del bar. Era guapa; piel suave,

grandes ojos castaños y el pelo teñido de rubio recogido en una cola. Habló con las manos cruzadas a la espalda, como si quisiera destacar su formalidad.

—Estuvo aquí, sí —dijo cuando le preguntaron por Nicolás—. Recuerdo que hablamos de que habían encontrado a Ana...

—¿Hay cámaras de seguridad en el hotel con las

que podamos comprobar lo que dice? —preguntó Sara.

—¿Es necesario? —respondió incómodo Serna—. Seguramente, esa noche habría más gente en el bar, ¿verdad, Elena? Podemos llamarles y que lo confirmen...

—¿Tiene algún problema en darnos acceso a esas cámaras? —insistió cada vez más tensa Sara.

—Sólo digo que quizá no

haga falta... —intentó defenderse Serna.

—¿Qué tal si me deja decidir qué hace falta y qué no? —Sara vio cómo Víctor inclinaba la cabeza y miraba al suelo—. Por ejemplo, esta pantomima con Elena no me hace ninguna falta.

—Estamos colaborando en todo lo que nos ha pedido. —A Serna cada vez le resultaba más difícil contener su rabia: no parecía

un hombre acostumbrado a estar contra las cuerdas.

—Entonces, a Elena no le importará decirnos cuántas chicas ejercen la prostitución en este hotel. ¿Nicolás era un buen cliente? Al parecer tenía predilección por ti...

Elena apartó la mirada de Sara, que se había acercado a ella. Buscó una escapatoria en Serna mientras balbuceaba que no sabía de qué le hablaba.

—¿Cuánto cuesta pasar una noche con una de tus chicas? —preguntó Sara girándose a Serna—. Con Elena, por ejemplo. ¿Cuatrocientos? ¿Más? Esto no es una casa de putas de carretera...

—Si va a acusarme de algo, será mejor que lo haga ya —Serna había dejado de interpretar el papel de buen vecino. Se sentó tras su mesa y cruzó las piernas;

ahora era el hombre acostumbrado a que todos estén a su servicio—. Me habría gustado colaborar de otra forma en la investigación, pero parece que es imposible.

—Las putas me dan igual —dijo Sara y miró a Elena—. Puedes salir. Ya sé que Nicolás estuvo contigo. —Y ella misma le abrió la puerta del despacho. Elena, tras recibir el permiso de Serna,

salió. Sara cerró la puerta de nuevo y miró a Víctor y Serna antes de decirles—. Quiero el registro de clientes de los últimos cinco años. Y acceso a las grabaciones de las cámaras de seguridad. Así es como puede colaborar.

—No puedo hacer eso — le contestó con aparente tranquilidad el dueño del hotel—. Iría contra la privacidad de mis clientes...

—Mañana vendré con una orden de registro —le amenazó Sara.

—Eso será mañana —zanjó Serna.

Sara salió del despacho y dejó la puerta abierta a su espalda. Estaba llena de rabia: le habría gustado saltarse todas las prohibiciones y entrar en el ordenador de la recepción, recorrer hasta la última habitación de ese hotel. Pero

sabía que, si lo hacía, no haría más que entorpecer el proceso, ralentizar cualquier permiso. Serna iba a ganar veinticuatro horas: suficiente para deshacerse de todo aquello que pudiera inculparle en cualquier delito.

«Imbéciles —se dijo Sara—. ¿A qué están jugando?» Llegó al mirador y vio el valle a sus pies. Tuvo ganas de gritar, impotente. ¿Por

qué insistían en protegerse de esa forma? ¿Es que nadie en ese puto pueblo quería encontrar a Lucía?

Víctor la llamó y, cuando se volvió, vio que se acercaba a ella acompañado por Elena.

—Quiere hablar contigo —le dijo el guardia civil.

Ella sabía que le estaban dando una cucharada con tal de que no pidiera el plato completo.

—Las chicas estamos aquí porque queremos —empezó a confesarle Elena—. Serna no es ningún chulo...

—¿Qué más te ha dicho que me cuentes? —le respondió Sara escéptica.

—Tenemos comida y habitación a cambio de un tanto por ciento de cada servicio. Los hombres que vienen a La Guardia pagan bien —continuó diciendo Elena intentando obviar el

cinismo con el que la miraba la policía—. Nicolás viene un par de veces por semana y sí, casi siempre está conmigo. La noche en que apareció la niña, por ejemplo. Estábamos en la habitación, pero alguien le llamó y tuvo que irse.

—Perfecto —le dijo Sara—. Todo encaja, ¿verdad, Víctor?

Los ojos de Sara se clavaron en el guardia civil.

Él tuvo la sensación de que era la primera vez que le miraba en todo el día y recordó, hacía ya muchas semanas, cuando Sara llegó a Monteperdido y tuvo esa misma impresión en la puerta de la casa de Ana: los ojos de Sara mirándole por primera vez, colándose dentro de él y revolviendo todo.

—Gracias, Elena —dijo Víctor—. ¿Te importaría

dejarnos a solas un momento?

Elena les dio la espalda y regresó al hotel. El ruido de sus pasos en la gravilla se fue perdiendo mientras ellos seguían mirándose en silencio.

—¿Vas a decirlo de una vez? —le preguntó el guardia civil.

—Eres un imbécil. —Sara no podía ocultar el dolor al enfrentarse a Víctor—. ¿De

verdad pensabas que no acabaría por saberlo?

—No tiene nada que ver con la investigación — intentó defenderse.

—¡¿Y tú qué sabes?! ¡¿Cómo puedes estar tan seguro?! —Sara levantó su voz y sus gritos rebotaron en las paredes de la montaña, se perdieron en el eco valle abajo. «Eco. Olvido. Nada», pensó Sara.

—Porque lo comprobé en

su momento —le contestó Víctor conteniendo la voz, intentando que la conversación no se convirtiera en una sucesión de gritos.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que eres un puto guardia civil de pueblo? Dedícate a lo que sabes: a limpiar el río, a comprar pasteles y dar paseos con tu perro... Deja que haga mi trabajo...

—Estás cargando contra mí porque no tienes nada, Sara. —Víctor hacía lo posible por controlarse pero el menosprecio con el que le trataba le irritaba—. Estás dando palos de ciego y así no vas a encontrar a Lucía.

—¿Eso crees? —Sara respiró profundamente. Dio unos pasos hacia Víctor y, palabra a palabra, fue enterrándolo en su vergüenza—. Dime en qué

me equivoco: Serna tiene montado un prostíbulo de lujo aquí arriba. Chicas guapas y jóvenes, listas. Nada de putas de la calle. Y no está abierto a cualquiera. Sólo funciona con la invitación de Serna. La mayoría es gente con dinero de fuera del valle. Tiene un servicio de taxis que los trae al hotel: no dejan huella. No hay registro de clientes, ni pagos que se puedan

rastrear. Es uno de los lujos de este hotel: la privacidad. Por eso es tan caro. Sólo hace algunas excepciones, como Nicolás. Hace cinco años, cuando las niñas desaparecieron, un hombre que trabajaba en la gasolinera denunció un coche que cruzó el pueblo con exceso de velocidad. Un Audi 8. Tú hiciste ese interrogatorio. Y tú te encargaste de enterrarlo. Lo

encontré en tu casa, por casualidad. Supongo que Serna no quería que la investigación de las niñas le jodiera el negocio, ¿verdad? Te dijo que en su hotel no había nada. Que sus clientes estaban limpios. ¿Cuánto te pagó? ¿Suficiente para comprarte esa casa? ¿O te ha tenido a sueldo desde entonces?

—No he cogido ni un céntimo —murmuró Víctor.

—Entonces, ¿qué tengo que pensar? ¿Que simplemente eres un idiota?

—Localicé al hombre que iba en ese taxi —reconoció Víctor, incapaz de enfrentar la mirada de Sara—. Era un empresario de Zaragoza con familia e hijos. Le hice un seguimiento durante más de un mes y no se movió de su casa. Sé que no tuvo nada que ver con el secuestro.

—Por Dios, Víctor: ¿y el

resto de la gente que ha estado entrando y saliendo de ese hotel? ¡¿Qué sabes de ellos?! —Sara intentó calmarse. Miró a los coches; Pujante y Telmo intentaron disimular que estaban pendientes de su discusión —. Este sitio es un puto agujero negro. ¿Sabes el tiempo que hemos perdido por tu culpa?

—Tuve que hacerlo.

—Me dan igual tus

motivos —le dijo Sara con tristeza y Víctor sintió que esas palabras eran una despedida.

El viento de las montañas le levantaba el pelo a Sara. Ella se soltó la cola que llevaba y volvió a hacérsela. Se cerró la cremallera de la sudadera. A Víctor le resultó tan lejana ahora que, aunque la noche pasada hubieran estado juntos, desnudos en su cama, el recuerdo le

parecía que se perdía en el tiempo, se convertía en algo que había ocurrido hacía tanto que ya le era difícil definirlo, como un sueño que poco a poco se vuelve difuso al despertar.

—Estás fuera de la investigación —dijo Sara cuando ya había dado unos pasos y se dirigía a su coche—. Presentaré un informe y solicitaré que te suspendan

de forma cautelara por obstaculizar mi trabajo.

Víctor no dijo nada. Asumía que Sara no podía hacer otra cosa. No se atrevió a mirarla alejarse hacia el coche, a ver cómo la perdía. Se apoyó en el mirador: ante él se abría el valle, su hogar. Ese lugar le devolvió la vida cuando perdió las ganas de luchar. ¿Eso era una excusa? ¿Los errores que cometes cuando

eres débil se pueden perdonar? Pensó en las familias de las niñas: ¿a ellos qué les importaba cómo estaba Víctor cuando todo sucedió? Si hubiera sido menos egoísta, se habría apartado sin más. Habría aceptado su derrota para que otro ocupara su lugar.

Al mismo tiempo, sintió una extraña liberación al pensar que, quizá, no tendría

que volver a llevar el uniforme que entonces vestía.

El coche patrulla se detuvo en la puerta de su casa. Habría sido mejor que esa noche cogiera una habitación en el hostal, Nicolás lo sabía. Pero también le debía una explicación a Ximena. No quería que su hija se

obsesionara con ideas equivocadas después de lo que había pasado. «Su hija», pensó. Sólo se atrevía a llamarla así en sus pensamientos. Ella se lo había prohibido hacía muchos años. «Si tienes que llamarme de alguna forma, que sea por mi nombre: Ximena», le dijo tras una discusión.

—Me quedaré haciendo la ronda por la urbanización —

le dijo el agente que le había traído al ver que Nicolás no se decidía a abrir la puerta del coche.

La policía le había dejado en libertad sin cargos y, sin embargo, seguía sintiéndose culpable. Sucio y despreciable. Casi podía oler el sexo de esas noches en el hotel. Se veía a sí mismo, ridículo, gimiendo al lado de alguien que, quizá, no le soportaba.

Dio las gracias al agente y se bajó del coche.

Joaquín vio llegar el coche desde su habitación. Se había duchado, se había puesto ropa limpia, estaba convencido de que estaba en el principio del final y, mientras se peinaba en el espejo, llegó a pensar en qué camisa elegir, cuál le gustaría más a Lucía, como

si ya estuviera preparando su vestuario para el encuentro.

Había evitado a su mujer.

Montserrat y Quim se escurrían por los rincones de su casa, arrepentidos de no haber estado a su lado en todo momento, pensó. Hasta que vio ese coche de la Guardia Civil. Se había detenido en la puerta de la casa de Nicolás. Lo vio bajar y despedirse del agente a

través de la ventanilla. ¿Qué estaba haciendo allí?

Corrió escaleras abajo, cruzó el salón y salió a la calle. Le gritó a Nicolás que se detuviera antes de que entrara en su casa. El veterinario ladeó la cabeza para mirarle y encogió su cuerpo, como si intentara guarecerse en él. Buscaba con torpeza las llaves en su bolsillo.

—Hijo de puta —le dijo

Joaquín mientras salía de su jardín—. ¿Cómo te atreves a venir aquí?

Joaquín no se dio cuenta pero, de la casa de Ana, salió Burgos. Había visto cómo él dejaba atrás el jardín de su casa y cruzaba la carretera que le separaba de la casa de Nicolás. Le gritó que se detuviera, que no hiciera ninguna tontería, pero Joaquín no le escuchó.

Nicolás, nervioso, intentó

encajar la llave en la cerradura pero las manos le temblaban y el llavero terminó por caerse al suelo. Se agachó para recogerlo: ¿por qué Ximena no le abría la puerta? Había estado llamando al timbre al mismo tiempo. De rodillas en el suelo, tuvo tiempo de ver cómo Joaquín entraba en su parcela. Corría hacia él. Burgos estaba demasiado lejos, cruzando la carretera

todavía. El coche patrulla que le había traído, también, aunque había empezado a darse la vuelta.

—No le he hecho nada a tu hija —fue todo lo que Nicolás pudo decir mientras intentaba ponerse en pie.

Joaquín contrajo sus músculos, toda la rabia acumulada a lo largo de cinco años hacía presión. Le empujaba. Nicolás estaba en cuclillas todavía y, al llegar

a su lado, Joaquín le soltó una patada en la mandíbula. El golpe lanzó hacia atrás a Nicolás, que se estrelló contra la puerta de su casa. Joaquín no se detuvo. Lo cogió del pelo y lo levantó ligeramente del suelo.

—¡¿Dónde está Lucía?!
—le gritó.

Pero no esperó respuesta. Joaquín apretó el pelo de Nicolás y lanzó su cabeza contra la puerta otra vez.

Una mancha de sangre se quedó pegada a la madera cuando el veterinario, aturdido, se separó de ella.

—Si ellos no te hacen hablar, yo lo haré —le dijo Joaquín—. Sabes que no voy a parar. ¿Dónde está Lucía?

Nicolás intentó balbucear algo, pero sólo logró entreabrir la boca, mostrar sus dientes teñidos de sangre. Joaquín volvió a coger impulso para estrellar

a Nicolás contra la puerta pero, al armar el brazo, notó que alguien intentaba sujetárselo. Hizo fuerza para vencer esa resistencia y, al verse incapaz, soltó a Nicolás; el veterinario se desmadejó en el suelo, medio inconsciente.

—¿Te has vuelto loco? —le decía Burgos a su espalda, sujetándole los brazos—. Vas a matarle...

—¡Déjame! —le gritó

Joaquín soltándose con violencia. El guardia civil estuvo a punto de caer por el impulso—. ¡Os lo pongo en bandeja y no sois capaces de hacer nada!

Joaquín salió del jardín de Nicolás cuando el coche patrulla se detenía delante de él. El agente que lo conducía salió e intentó retenerle pero él lo apartó de un empujón. Se sentía capaz de cualquier cosa, un gigante pisoteando

un jardín infantil. Inútiles. ¿Qué había hecho la policía por su hija en todo este tiempo? Nada. Él era el único que había luchado de verdad.

Estaba decidido y ni siquiera miró atrás para ver si Nicolás se levantaba del suelo. Tampoco vio cómo Burgos acudía a socorrerle y le pedía al otro agente que llamara a una ambulancia.

Le habría dado asco si lo

hubiera visto.

¿De qué valía la vida de alguien como Nicolás? ¿Por qué lo trataban como si fuera igual que los demás? Era un cerdo. Un animal. Un hijo de la grandísima puta. Deberían dejar que se desangrara. Si de verdad quisieran encontrar a Lucía, tenían que hacerle sufrir hasta que no pudiera más.

Atravesó el salón sin

escuchar lo que le decían Quim y Montserrat.

«Seguid así —se dijo—.

Creyendo en que otros traerán a tu hija, a tu hermana. ¿O es que ya no queréis que vuelva?»

Subió las escaleras saltando los escalones. Entró en su habitación y abrió el armario. Rebuscó en el altillo hasta palpar el rifle y lo cogió. Sobre la cama de

matrimonio, lo sacó de su funda.

Nadie va a traeros a Lucía si no hacemos algo.

Nadie va a traerla de vuelta.

Abrió el rifle. En el cajón de la cómoda tenía balas. Lo cargó.

«Nadie va a traer a Lucía porque está muerta», se dijo. Y sintió cómo la adrenalina que le había recorrido el cuerpo empezaba a diluirse.

Jamás se había dicho algo así. No se lo había permitido.

Miró la casa de Nicolás, cómo Burgos y el otro agente ayudaban al veterinario a incorporarse.

Amartilló el rifle. Era un buen tirador, pero desde ahí no estaba seguro de acertar. El disparo podría herir a los guardias civiles.

Tenía que ser Nicolás. No podía ser otro. ¿Quién se

había llevado a las niñas si no?

La duda empezó a hacerse fuerte en su interior. Como una tenia que crecía e iba colonizando su cuerpo. ¿Y si no había sido Nicolás? Sintió cómo las fuerzas le abandonaban. ¿Qué haría mañana? ¿Y pasado mañana? ¿Dónde seguiría buscando?

Bajó el rifle y miró el agujero negro del cañón.

Ríndete, le pareció que le decía.

Notó cómo se le humedecían los ojos. Sus músculos se relajaron ante la perspectiva de un final. Su final.

Se había dejado hasta la última gota de su sangre. Estaba vacío. Prefería desaparecer antes de que alguien le dijera un día que habían encontrado el cadáver de Lucía.

Dio unos pasos atrás. Se sentó en el borde de la cama, el rifle entre sus piernas, la culata apoyada en el suelo. Bajó una mano por el acero del arma hasta encontrar el gatillo. Después apoyó la barbilla en el cañón.

La bala le reventaría la cabeza. Cerró los ojos; las lágrimas le escocían y resbalaban por su cara sin control, como si llevaran años retenidas y, por fin,

hubieran roto la presa que les impedía avanzar.

—Joaquín, por favor — oyó que le decía Montserrat pero él no abrió los ojos. No separó el dedo del gatillo—. No lo hagas.

¿Qué podía ofrecerle al niño que empezaba a formarse en el vientre de su mujer? ¿Qué padre podría ser?

—Tienes que vivir —le insistía ella.

—¿Para qué? —consiguió decir Joaquín—. Vete. No quiero que lo veas —le rogó.

Sin embargo, Montserrat no se fue. Sintió su olor al acercarse a él. Joaquín apretó los párpados con más fuerza. Vamos, es el último paso, se decía. Ten cojones.

—Has hecho todo lo que has podido por Lucía. Tú no tienes la culpa de lo que ha pasado.

—No supe protegerla —

dijo entre dientes Joaquín. Te mereces el castigo, se decía en silencio. Dejaste que tu niña se perdiera.

—Eso no es verdad...

Joaquín sintió el tacto de la mano de Montserrat sobre la suya. El calor de su mujer contrastaba con el frío del gatillo en su dedo.

—Siempre has cuidado de nosotros. Deja que, ahora, nosotros cuidemos de ti. Esto no se va a arreglar de

un día para otro. Iremos poco a poco. Pero lo vamos a conseguir, te lo prometo...

¿Era un cobarde? ¿Por qué no disparaba de una vez?

—Hemos perdido muchas cosas, Joaquín... No le des la espalda a lo que tenemos ahora —le murmuró mientras, con suavidad, le cogía la mano, la apartaba del gatillo.

¿Por qué se dejaba hacer?

Y, entonces, se dio cuenta de que soñaba con hacer algo al día siguiente. Despertar al lado de su mujer, abrazado a ella. Refugiarse en su calor. Dejar que ella volviera a recomponer las piezas del hombre que había sido. Besar a Quim: ¿cuánto tiempo hacía que no lo había hecho?

Dejó caer el rifle, que se estrelló contra el suelo como un animal muerto.

Montserrat lo rodeó entre sus brazos. Las lágrimas de ambos se entremezclaron. Se fundieron en una sola.

—Lo siento —dijo Joaquín entre gemidos.

—Ven aquí —Montserrat se apartó unos centímetros y cogió la mano de Joaquín. Se la llevó a su vientre, la barriga había empezado a crecer, tersa—. ¿Puedes sentirlo?

Él buscó los latidos de

una nueva vida; allí estaban, todavía lejanos, tímidos, pero haciéndose más fuertes día a día.

En verano, el pelaje del corzo era rojizo y pardo. El penacho blanco que rodeaba su ano parecía el tallo de gamón blanco en flor, salvaje, zigzagueando por la espesura del bosque. En julio podía oír sus ladridos,

época de celo. Los corzos apareándose y, después, en agosto, las corzas guardando esa futura vida como un secreto, en su vientre, hasta que el invierno llegue y en diciembre empiece a crecer para dar a luz en mayo. La diapausa en la gestación. Él sentía que, como los corzos detienen el desarrollo del feto, él retenía a Lucía hasta que las condiciones fueran

*las idóneas para abrirle las
puertas. Un día, soñaba, ella
saldría al prado a la hora
del crepúsculo, cuando el
sol tras el monte Albádes
moja de sangre la hierba.
Lucía paseará libre aunque,
entonces, ya sabrá que no
está segura y, después de
mojarse los labios con el
agua de Ésera, volverá a
refugiarse en el bosque,
junto a él. Serán el secreto
del valle.*

Nieve lamía el plato, que bailaba en el suelo, empujado por su ansiedad. Lo había dejado limpio, sin rastro de los restos del guiso que su hermano Román le había puesto, pero el perro seguía dándole lametazos. Víctor lo miró con una sonrisa; la cojera en la pata trasera izquierda le daba un aspecto frágil. Ahora, Nieve

dependía de él más que nunca. Ya no se escapaba por la noche a explorar las calles de Monteperdido. Cada mañana lo encontraba dormido a los pies de su cama, consciente de su debilidad.

—Subiremos a eso de las cinco —le dijo su hermano mientras extendía un mapa sobre la barra del bar—. ¿Por qué no vienes

conmigo? Voy solo con los perros.

—No tengo ganas de ir de caza —se excusó Víctor. De un trago, se bebió el refresco que tenía entre las manos.

La Sociedad de Cazadores ya estaba cerrada. Sólo quedaban Román y él. Las luces del techo, apagadas. Román había dejado las que iluminaban la estantería de botellas, las tulipas ocres que colgaban sobre la barra.

Había marcado con un rotulador rojo en el mapa la zona donde harían el gancho de jabalíes. Un círculo que abarcaba el bosque de *trémols* del monte Ármos hasta el cortado. Empujarían a los jabalíes hasta el claro que se abría entre el bosque y el cortado. Román los sacaría de sus camas y, asustados por los ladridos de los perros y su olor, los disparos al aire, huirían

hasta los puestos de los tiradores.

—¿Qué ha pasado arriba, en La Guardia? —le preguntó Román—. He visto a Telmo hace un rato. Me ha dicho que la tuviste con Sara...

Víctor intentó hacer un gesto que diera a entender que no tenía importancia pero pareció más un ruego para que su hermano no siguiera con ese tema.

Sara tenía razón: había estado tapando un agujero de la investigación. Un túnel oscuro por el que cualquiera podría haber entrado y salido del pueblo sin llamar la atención. ¿Y si ella tenía razón? ¿Y si había sido algún cliente del hotel quien había organizado el secuestro de las niñas?

La posibilidad le pareció hasta cierto punto tranquilizadora.

Su pueblo, su familia, quedaba libre de culpa. Al menos, de una culpa directa. El mal venía de fuera del valle. Había necesitado la ayuda de alguien de dentro, un hombre que se encargaba del cuidado diario de las niñas. Pero no era más que un carcelero.

Román cogió un saco de pienso y le pidió a su hermano que le acompañara a echar la comida a los

perros. Salieron de la Sociedad de Cazadores y caminaron en silencio por las calles empedradas hasta la casa de Román. Vivía a la espalda de la plaza del Ayuntamiento, a escasos cinco minutos de la Sociedad. Las luces de la casa estaban encendidas y Víctor imaginó a Ondina persiguiendo a los niños para que se pusieran el pijama y se fueran a la cama.

Nieve iba tras ellos, cojeando, y respondió con ladridos a los ladridos de los podencos que habían oído la llegada de Román, de la comida. Saltaban y corrían en círculos al otro lado de la valla, en el cercado junto a la casa donde los tenía su hermano. Blancos y fuertes, rodearon a Román cuando éste entró para llenarles los comederos. Tenía quince perros, aunque a las batidas

no solía llevar más de ocho: los mejor entrenados en seguir el rastro de los jabalíes, encontrar sus camas y enfrentarse a ellos si era necesario. Blancos para que los cazadores no los confundieran con los trofeos y les dispararan. Víctor recordó cómo uno de esos perros se acercó a él después de una jornada de caza. Tenía el pelo manchado de sangre; un rojo vibrante que

parecía de plástico sobre su pelaje, níveo. El perro se había enfrentado a un jabalí y, entre sus dientes, aún colgaban coágulos de sangre. Se restregó contra su pierna, como si pidiera una caricia, como si pidiera perdón.

Pensó en los coches de cristales tintados que habían estado llevando y trayendo gente a través de la carretera de Posets, hasta el hotel de

La Guardia. Dentro de ellos quizá viajaba el hombre que se había llevado a las niñas.

Sabía mejor que nadie lo que ocurría en las habitaciones de La Guardia. Serna se había encargado de darle esa información a lo largo de los años. Cuanto más sabía, más atrapado estaba.

Eso creía Serna. Y, durante un tiempo, había estado en lo cierto. Cuando

el trabajo era lo único que le quedaba y se aferró a él. Ahora, las cosas habían cambiado.

—¿Sabes si el Negro sigue viviendo por el valle?
—le preguntó a su hermano.

—Trabaja en un bar de Ordial, creo... Hace unos meses me lo encontré por el supermercado del centro comercial... —le dijo Román mientras cerraba la valla de los perros — ¿Qué

está pasando, Víctor? No sé si vais a encontrar a Lucía, pero estáis poniendo el pueblo patas arriba...

Víctor le dijo que podía estar tranquilo. Sabía que se preocupaba por él. Por eso prefirió no contarle que le habían apartado del caso, que estaba suspendido. Que no tenía ni idea de qué pasaría con él en el futuro.

—Sara Campos —oyó que le decía desde la salita del hostal—. Últimamente nunca vienes a dormir.

Estuvo tentada de darle las buenas noches a Caridad y subir las escaleras hasta su habitación. Le dio la impresión de que ella le sonreía desde la mesa, aunque sólo pudiera ver su silueta recortada contra la ventana.

—Duermo poco, en

cualquier sitio —le dijo Sara una vez que se decidió a entrar.

—Eso he oído. —Caridad dejó escapar una carcajada y Sara escondió la mirada avergonzada, aunque no había allí nadie que pudiera escucharlas—. Yo creo que no follo desde el ochenta y dos —dijo cuando consiguió contener la risa—. Y no me preguntes cuántos años tenía

entonces —le advirtió a Sara.

—En este pueblo se sabe todo y nada al mismo tiempo —protestó la policía sentándose frente a Caridad.

—La gente por aquí es muy suya. Ya lo has visto. Muy *chalangera* y muy *pérra*. Debe ser cosa de la tierra.

Las dos caras de Monteperdido. Esta tierra llena de vida estaría helada

en unas pocas semanas. Muerta. El verano terminaba. Los árboles perderían sus hojas, el río se helaría, los animales se esconderían en la montaña, hasta las casas quedarían sepultadas bajo la nieve. Hibernando. Y bajo esa capa de nieve, todos los secretos de una gente que se resistía a sacarlos a la luz.

Ella había logrado entrever algunos. Como esas

raíces enfermas del árbol.
Escondidas, vergonzosas.
Pero que, de alguna manera,
también formaban parte de
este lugar, al igual que sus
ramas y sus flores.

—¿Te cuento una cosa?

—le dijo Caridad
tamborileando con sus
deditos rechonchos sobre la
mesa—. Hace un par de
noches dormí del tirón. Me
desperté, lo menos a las
diez. Con todo el sol en la

cara. *Deu*, no sabes cómo me sentí... Me dieron ganas de gritar...

—Felicidades —le dijo Sara—. Me alegro de verdad... ¿No lo has vuelto a conseguir?

Caridad negó con un vaivén de su cabeza.

—Ya pueden venir cien noches de insomnio, que no van a borrar la que dormí como un bebé...

Caridad se subió la

cremallera de su chándal hasta arriba. Parecía que se preparaba para un combate. Después estiró su espalda, aunque eso no la hizo parecer más alta. Su cabeza era una bola que parecía reposar entre sus hombros y se bamboleaba de un lado a otro como si estuviera suelta, tanto que Sara pensó que no se sorprendería si, de repente, era capaz de ponerla del revés, con su pelo rizado

abajo y su sonrisa, invertida, arriba.

—¿Y tú, Sara Campos?
—le preguntó—. No me digas que no tienes ni una puta noche que merezca la pena recordar...

—No lo sé —le confesó ella—. Hay veces en las que crees que has tenido algo... como un buen sueño y de repente se transforma en una pesadilla. Y piensas que, a lo mejor, todo eso que te

parecía perfecto,
maravilloso... en realidad no
era más que una fachada...
Que estaban disimulando
para llevarte a la pesadilla
sin que te dieras cuenta...

—Las cosas no son nunca
como una las espera —le
concedió Caridad—. Pero
eso no es malo. Qué coñazo
sería si no...

Caridad desvió la mirada
a la calle, silenciosa y oscura
a esa hora de la noche. Sara

intentó concentrarse en el caso, en las piezas que tenía sobre la mesa y que debía armar. Cogió un lápiz de su mochila y, después, una servilleta de papel. Había conseguido la orden judicial para registrar el hotel de La Guardia, aunque suponía que, a esas horas, Serna debía de estar eliminando todas las pruebas de ordenadores y cámaras de seguridad. También había

dejado en libertad a Nicolás; le creía cuando contaba que la noche en que apareció Ana estaba con una de las chicas de Serna en el hotel, pero eso no le exculpaba del todo. ¿Y si él había sido la persona que había estado ayudando al secuestrador? Era complaciente, con una personalidad fácilmente influenciable. Daba el perfil. Por eso lo había dejado en la calle; quizá ahora cometiera

algún error y le hiciera mirar al lugar correcto. De forma automática, Sara había empezado a dibujar esas figuras geométricas en la servilleta. El comienzo de otro laberinto. ¿Era Nicolás Souto la persona que parecía ser? ¿Y Víctor?

Caridad no quería hablar de Lucía. Nada de lo que había dicho tenía que ver con sospechosos o con la investigación. Le estaba

hablando de ella. De su necesidad por entender hasta el último detalle de los demás. Una virtud para una policía. Un defecto para una mujer que se había enamorado.

—¿Has visto que hay varios sitios por el valle que se llaman igual? —le dijo Caridad—. La Corza Blanca. No es que seamos el colmo de la originalidad: la cafetería de la carretera de

Posets, una casa rural a la entrada del pueblo... Y creo que un hostel en Ordial...

Sara se había fijado. Era el nombre de una leyenda del Pirineo, Santiago se lo había dicho.

—Un mozo de un señor de la tierra estaba enamorado de su hija — empezó a contarle Caridad —. La muchacha era caprichosa y muy guapa, como en todos esos cuentos,

aunque habría que verla. Seguro que era un feto. Da igual, la cuestión es que el mozo quiere ganársela. Y, como por el valle se cuenta que hay una corza blanca, le promete a la muchacha que él la cazará para regalársela. El mozo se va a recorrer los montes con su rifle, hasta que ve un grupo de corzos bebiendo en el Ésera. Entre esos corzos está la que él quiere, la que tiene el pelo

blanco. Se busca un buen puesto para disparar y, entonces, ve que los corzos, la blanca también, se han transformado en un grupo de muchachas desnudas y que están bañándose... Y una de esas muchachas es la hija del señor, la que le gusta. Normal. El mozo se frota los ojos. Dice: «Esto no puede ser...» y, al momento, ve a los corzos de nuevo. Pero los animales notan su

presencia y salen corriendo... Sin embargo, la corza blanca se queda atrapada en un zarzal... El mozo coge su rifle y le mete un buen tiro en la cabeza. Luego corre para coger a su presa y, cuando llega al zarzal, descubre que, en lugar de la corza blanca, es la muchacha que él ama la que está muerta, encima de un charco de sangre...

Cuando Caridad terminó

de contar la leyenda, dio un trago a su botella con el líquido rojo y miró a Sara, que había estado escuchándola con atención. Caridad dejó escapar un eructo y un aroma a grosella quedó flotando en el aire. Ni siquiera se disculpó.

—Nunca he entendido qué cojones quiere decir esa historia —le confesó Caridad—. Y eso que nací en el valle. Llevo

escuchándola desde que tengo uso de razón. Y nada. Que no le cojo la moraleja.

—¿Que nada es lo que parece? —aventuró Sara.

—O que por aquí todo el mundo es medio *llunéro*. — Y simuló con un dedo un tornillo enroscándose en la sien—. Que anda que pegarle un tiro a la muchacha que te quieres llevar al catre... Eso sí que

es un buen regalo para ganártela.

Sara se echó hacia atrás en la silla. Dejó que el silencio se hiciera entre ellas dos mientras se preguntaba por qué la muchacha no le había confesado que ella era la corza blanca cuando el mozo le dijo que iba a cazarla. Quizá quería ponerlo a prueba. O quizá esperaba que le diera caza. Miró el garabato que había

estado dibujando en la servilleta y, como otras veces, no le pareció un laberinto en el que estaba perdida, sino un complejo muro tras el que se escondía.

No hablaron más hasta que Sara se levantó para subir a su habitación. Estar con Caridad era casi mejor que dormir. Más tranquilizador. Más relajante. Incapaz de adivinar sus intenciones,

Sara había dejado de intentar descifrar a esa mujer. Como un animal salvaje al que no podía entender. Era esa renuncia lo que le hacía estar en paz a su lado.

—Vas a encontrarla —le dijo Caridad cuando Sara ya se había levantado—. Darás con tu corza blanca, verás... Pero no le pegues un tiro, Sara Campos.

Caridad levantó el pulgar y le guiñó un ojo, como si

fuera una adolescente que le da la enhorabuena a una amiga. Sara quiso creerla.

Nicolás estaba limpiando su rifle de caza sobre la mesa de la cocina. La baqueta, el aceite y los trapos se esparcían por el tablero y ahora dudaba de que fuera capaz de hacerlo sin estropear el arma. ¿Cuánto tiempo hacía que no la

usaba? Tenía abierta una página web con las instrucciones en el portátil e intentaba concentrarse en ellas, pero la herida de su cabeza aún palpitaba. Le habían hecho una cura rápida: antiséptico, puntos, un apósito tapando la cicatriz. Notaba cómo su sangre luchaba por cerrar la herida. A ratos quemaba, a ratos, sólo escocía.

La pantalla del ordenador

se quedó en negro y, al mover el ratón, se maximizó el documento de texto de su novela: *El follét del albarósa*. Aunque le hablaba a todo el mundo de esa historia, apenas si había escrito unos párrafos. Sobrevoló con la mirada algunas líneas y sintió vergüenza. «¿Por qué te empeñas en escribir en *patués*?», le había preguntado alguna vez

Víctor. «Para que nadie pueda leerme», debería haberle confesado él.

Ximena bajó las escaleras y le miró desde el último tramo con desprecio. Si hubiera estado más cerca, su hija habría podido escupirle, pensó Nicolás mientras cerraba el documento de su libro.

—¿Tanta pena te doy? — le preguntó Nicolás mientras

volvía a centrarse en limpiar el rifle.

—Eso era antes. Ya sólo me das asco.

—Vamos avanzando — contestó cínico él.

Encajó un cepillo de bronce en la baqueta. Lo introdujo en el cañón cinco veces. Había decidido subir a cazar jabalíes con los demás. No iba a esconderse.

—¿Así conociste a mi madre? ¿Yendo de putas? —

le acusó Ximena. Seguía detenida en mitad de las escaleras, como si quisiera mantenerse por encima de él.

Hace sólo unas horas, antes de que la policía le detuviera, antes de que Joaquín le estampara la cabeza contra su puerta, se habría puesto nervioso. «¿Cómo dices eso? —habría dicho tartamudeando—. ¿Quién te ha contado esa

locura?» Y, con toda seguridad, se habría puesto a sudar. Pero eso habría sido hace unas horas. Estaba harto de esconderse.

—¿En qué cambiaría las cosas, Ximena? Ella no está aquí. Te dejó conmigo. Soy tu única familia. Puedes aceptarlo de una santa vez o puedes salir por esa puerta y desaparecer. Yo no voy a ir corriendo detrás.

Sacó el cepillo sucio y lo

cambió por un trapo impregnado en gasolina.

—¿Cómo ibas a separarte de Montserrat? —le contestó Ximena con una burla que intentaba ocultar su verdadero dolor.

Nicolás dejó la baqueta sobre la mesa. Se limpió las manos de aceite en un trapo y miró a su hija. Él insistía en llamarla así. No podía verla como una chica más.

—Enamorarse y que la

otra persona también se enamore de ti es una lotería. Tú y yo sabemos que, de momento, no nos han salido los números con premio, ¿verdad, Ximena?

—¿Y qué has hecho? ¿Conseguir que te quieran a la fuerza? —le dijo ella con rabia.

Ximena bajó las escaleras. Cruzó la entrada y salió de la casa. Necesitaba respirar

el aire limpio de la noche. Tenía la sensación de que estaba asfixiándose. Había intentado prestar la menor atención posible a Nicolás en estos últimos años. Si no le miraba, si no hablaba con él, esperaba que un día, simplemente, desapareciera. Aun así, no le habían pasado por alto las noches que dormía fuera de la casa. Sus continuos viajes. Sus ausencias. Y una pregunta

que se había hecho desde que se dio cuenta de que, en el pueblo, todo el mundo le ninguneaba: ¿cómo era capaz de soportarlo?, ¿por qué seguía en el valle?, ¿dónde encontraba las fuerzas para levantarse con una sonrisa, para seguir escribiendo esas estúpidas novelas?

La noche estaba despejada y,

tumbados en el jardín trasero, el cielo era un mar de tranquilidad. Ana apoyaba la cabeza en el pecho de su padre; su respiración la acunaba y recordó su cuerpo flotando en el agua del ibón, el ligero vaivén en el que la mecía. Su madre salió encendiéndose un cigarrillo y, al verlos tumbados en la hierba, se arrodilló junto a Ana, le acarició el pelo y

ella vio su cara recortada contra el cielo. Desde donde la miraba, no veía más que ese espacio lleno de estrellas y sonrió al imaginar a Raquel como una astronauta que le preguntaba: «¿Tienes frío?». Ella le contestó que estaba bien y tiró de su madre hacia el suelo, para que se acostara al lado de ellos. Notó cómo las manos de sus padres se encontraban y se cruzaban sobre su

estómago. Recordó los años en el agujero, las noches mirando el cielo estrellado a través del tejado hundido. Los nombres que inventó para cada una de esas luces que resplandecían. Álvaro, Raquel y Lucía: así había nombrado a las tres que más brillaban. Le habían robado la infancia, pero nadie podría arrebatarse ahora ese instante. Puso su mano sobre la de sus padres. Pensó en

los poemas que había memorizado pero no encontró en ellos ningún verso que resumiera toda la felicidad que sentía en ese momento.

Éste sí era su hogar, no el simulacro del agujero. A ellos sí les importaba. Esa niña, tumbada en el césped junto a sus padres, con los ojos tan negros como el universo que, desde el cielo, caía como una sábana sobre

ellos, era la Ana que quería ser. No la que había visto en los ojos de Lucía.

Ana, ¿dónde estás?, ¿qué estás haciendo?, se preguntaba Lucía. El hambre le impedía dormir y daba vueltas en el colchón sin cesar. Pensaba en ella. Pensaba en él. ¿Por qué la había dejado tanto tiempo sola en ese chamizo? ¿Iba a

volver algún día? Recordó las noches, ¿o eran días? ¿Cómo podía saberlo si apenas entraba luz en el agujero? Sólo una fina línea amarillenta en el techo, el borde de la trampilla por la que él descendía, les marcaba un paso del tiempo extraño; el sol en una rendija. ¿Te acuerdas, Ana? ¿Te acuerdas de cómo me llamabas puta, cómo me preguntabas si disfrutaba?

Yo me acuerdo de tus poemas. Un verso: «Se alza el viento... ¡Tratemos de vivir!». ¿No fue eso lo que hicimos? Cómo odiaba tus malditos libros. Tus exigencias. Y cómo las echo de menos.

Un ruido la asustó y Lucía pensó que serían animales, jabalíes, husmeando fuera de ese cuartucho donde estaba encerrada. Se incorporó y,

después del golpe metálico de un candado, la puerta se abrió. Vio su silueta, su andar cansado, eclipsando la luz de la noche. Llevaba una bolsa que dejó a su lado y que sonó con un entrechocar plástico al dejarla caer. Después, cerró la puerta del cuarto y se sentó en el suelo junto a ella. «Te he traído cereales de los que te gustan», le dijo. Lucía se incorporó y

*cogió la caja que él le
tendía, hambrienta.*

*«¿Dónde has estado?», le
preguntó. Entonces vio el
rifle. Lo había dejado
apoyado en la pared, al lado
de la puerta.*

Ximena había estado
paseando sin rumbo.

Intentaba encajar
sentimientos contradictorios.

La vergüenza por lo que, a

esas horas de la noche, estarían hablando en cada una de las casas de Monteperdido. Nicolás y las putas de La Guardia. Los secretos no duraban en el valle, estaba convencida de que todo el mundo estaría ya al tanto. Nicolás y las niñas. Las putas niñas. Pero otro miedo se deslizaba por debajo, más real, más doloroso. Imaginar a Nicolás encarcelado. Perder a su

padre. Porque, por mucho que se resistiera a aceptarlo, eso era Nicolás. Su único padre.

Unos pasos a su espalda la sobresaltaron. Había vuelto a la calle de la urbanización y la oyó caminar hacia ella. Cuando se giró, vio a Ana; cruzaba la carretera desde su casa y le hizo pensar en uno de esos animales de los montes, los ciervos, los corzos, que abandonan el

refugio de los bosques para salir a pastar al prado. Se acercó a la acera donde Ximena se había detenido.

—Es tarde. ¿Qué haces despierta? —le preguntó Ximena.

Intentaba mantener las distancias, pero Ana no se detuvo. Siguió acercándose a ella.

—Quería hablar contigo. He estado esperando que volvieras. —La seguridad

con la que hablaba Ana le hacía parecer mayor.

—Puedes quedarte a Quim. Paso de él —intentó zanjar Ximena, aunque fue incapaz de sonar tan firme como Ana.

Ximena retrocedió unos pasos al tener a Ana tan cerca, intimidada. Ana tomó aire y miró a su alrededor: a las casas en silencio de la urbanización.

—Es sobre Nicolás —le

dijo y, después, en dos pasos, se situó a su lado, acercó su boca al oído de Ximena y le susurró—: Él no fue quien nos cogió.

Al oírla susurrar, Ximena sintió que sus palabras temblaban de miedo. Nerviosa, Ana se separó de ella. Miró de nuevo a un lado y otro, como si alguien además de Ximena hubiera podido escucharla. Luego se dio la vuelta y, a paso

rápido, volvió a su casa. De nuevo, el animal que huye a un lugar seguro, lejos de los depredadores: ¿qué depredadores?

Ximena se quedó paralizada en la acera. Vio cómo Ana desaparecía tras la puerta de su casa. El alivio que le había regalado al confesarle que Nicolás no tenía nada que ver con el secuestro pronto desapareció bajo otra inquietud: ¿qué

sabía Ana?, ¿qué era lo que no estaba contando?

Ana avanzó por las sombras del salón. Subió la escalera a su habitación. ¿Por qué le había contado que Nicolás no tenía nada que ver con el secuestro? De alguna forma se sentía en deuda con Ximena. Por arrebatarse a Quim, sí, pero también por la situación en la que había

quedado Ximena tras el secuestro. La habían convertido en la afortunada. La niña que había rozado el infierno pero se había salvado. ¿De qué podía quejarse? Todos sus problemas no parecían sino caprichos de malcriada. Pero la soledad nunca es un capricho. Ana lo sabía.

Lucía masticaba con

ansiedad los cereales. Él se levantó y paseó hasta la puerta del cuartucho, donde había dejado apoyado el rifle. El chamizo olía a orín y sudor. A animal. Las bolas cubiertas de miel eran sus favoritas. Golosa como el duende del bosque. El corzo que recorre lindes y prados hasta dar con los brotes que más le gustan.

Los agentes salían del hotel de La Guardia cargados con cajas de documentos, discos duros de los ordenadores, cintas de las cámaras de seguridad. Sara les miraba hacer su trabajo con resignación, consciente de lo inútil que estaba resultando el registro. Serna fumaba apoyado en el mirador con un gesto de suficiencia que le habría gustado borrar de un puñetazo. El personal del

hotel se había reunido en una mesa de la terraza que había en un lateral. Bajo un tejado volado, hablaban y reían, como si fueran niños a los que les han librado de un día de colegio.

Sara había hablado de nuevo con Elena, la chica que estuvo con Nicolás. Su discurso, al igual que el del resto de los empleados, era insustancial, la verdad estaba muy lejos de lo que

contaban. Un montón de lugares comunes que era evidente que habían preparado: Serna no obligaba a nadie a ejercer la prostitución. Las chicas estaban allí por voluntad propia, se pagaban sus habitaciones y hacían lo que querían con los clientes que llegaban a La Guardia. Si rascaba mucho, Sara podría, con suerte, denunciar a Serna por un delito contra la

Hacienda Pública. Todo el dinero que pagaban esos clientes se manejaba en B. Sabía que descubrir sus identidades era una investigación que podría llevarle meses.

Lucía no podía esperar tanto.

El coche de Víctor se detuvo en la explanada del hotel. Sara evitó mirarle cuando se bajó y caminó hacia ella.

—No puedes estar aquí —
le recordó Sara—. Estás
suspendido.

—Esa gente no te va a
contar nada de Serna. Deja
que te ayude.

—¿Ahora sí quieres
ayudarme? —Sara no quiso
ocultar el rencor.

—Tengo a alguien en mi
coche —le contestó Víctor
evitando su acusación—.
Sólo te pido que hables con
él.

Vicente *El Negro* no era negro. Como mucho, un poco moreno. Rondaba los cincuenta años, gordo y barbilampiño, lo que le confería un aire aniñado, inocente. No quiso hablar en las inmediaciones del hotel. Dijo que no se sentía cómodo con Serna tan cerca. Víctor condujo carretera abajo hasta llegar a las

inmediaciones de Posets. Detuvo el coche en el cruce y Sara le pidió al Negro que se bajara del coche. Caminaron por las inmediaciones de un bosque de pino negro mientras hablaban. Atrás habían dejado a Víctor, apoyado en el capó del coche. No había insistido en acompañarles.

—Serna sabe cómo hacerlo para tener a todo el

mundo callado —le dijo el Negro—. Fíjate en Víctor.

—¿Te ha pedido que hables conmigo para contarme su historia? —Sara no podía evitar ser cortante. ¿Qué podía darle este antiguo camarero del hotel?

—Me ha dicho que te cuente cómo funciona el hotel, nada más. —El Negro no se sentía cómodo al notar que le trataba con la misma

sospecha que a un delincuente.

—Está bien —le concedió Sara—. Dime qué sabes de La Guardia.

El Negro había sido camarero durante más de siete años. Entró en el hotel poco después de que Serna lo inaugurara. Desde un principio, La Guardia fue un lugar exclusivo. No importaba que muchas habitaciones estuvieran

vacías gran parte del año, lo que pagaban los clientes por un par de noches era más que suficiente. Las chicas se alojaban en las buhardillas. Serna no aceptaba a cualquiera. Muchas tenían carrera universitaria. Además de follar, tenían que saber hablar. Trabajaba con dos o tres servicios de taxi privados. Cuando el Negro se hizo cargo del bar, la mayoría de los clientes eran

de Zaragoza o del País Vasco. Empresarios, gente con dinero de verdad. Pero con el tiempo fueron viniendo de otras zonas del país. También muchos de Francia. Los recogían en Zaragoza, en Barcelona o en Vitoria. Serna cuidaba la elección de chicas tanto como la discreción: esos hombres se escapaban a ese lugar perdido de los Pirineos

para darse una fiesta y no querían dejar huella.

—Por eso es importante que sepas que Serna se trabaja bien el silencio de los que entran en el hotel —le dijo el Negro recordándole el punto donde había iniciado su conversación.

—¿Y la gente del valle? De Monteperdido, de Posets... ¿no subían a La Guardia?

—Muy poco —le

reconoció el Negro—. Cobrábamos a treinta euros la copa. ¿Quién iba a pagarse ese dineral por un gin-tonic? Cuando lo abrió después de la reforma, venían excursiones de señoras, pero Serna infló tanto los precios que acabó echándolas.

—¿Y los hombres?

Nicolás era asiduo.

—Hacia algunas excepciones —reconoció el

Negro—. Con el veterinario, por ejemplo. El pobre sufría cada vez que venía al hotel. Yo creo que odiaba ir de putas, pero no lo podía evitar. No había semana que faltara.

El Negro se rió y sus carcajadas se extendieron por el bosque con desprecio. El silencio, pensó Sara. La vergüenza como arma para asegurarlo.

—¿Y con los demás?

¿Cómo conseguía que nadie se fuera de la lengua? — terminó concediéndole Sara. Estaba abriendo la puerta a la justificación de Víctor, lo sabía. Pero era un camino que debía recorrer.

—Detalles. El muy cabrón es listo. A las chicas les hacía vender un poco de coca. No eran sus camellos. Para eso estaba Gaizka. Pero así, ellas también tenían algo que ocultar. Con otros se

aprovechaba de las circunstancias. —El Negro hizo una pausa y miró a Sara. Parecía pedirle permiso para hablarle de Víctor y ella le animó a que lo hiciera—. Víctor pasó una mala racha cuando su novia se murió en la inundación. Se subía al hotel para beber y que en el pueblo no lo vieran borracho como una cuba. Una noche hubo un cliente que se puso un poco

violento. No era normal, la verdad. Pero el tío no sabía aguantar la coca. Le pegó una bofetada a una chica en el bar. Víctor estaba por ahí, pero no se enteraba de nada. Estaba demasiado ciego. La cosa se fue de madre cuando el cliente le quitó la pistola a Víctor y amenazó con liarse a tiros. Entre una chica y yo se la quitamos.

Sara miró atrás. Entre los árboles podía ver la

carretera, el coche donde Víctor esperaba apoyado. Vestía de paisano y pensó que, salvo la noche en que fue a cenar a su casa, nunca le había visto sin uniforme. Ahora llevaba vaqueros y una camiseta. El Negro le contó cómo Serna le prometió a Víctor que no denunciaría lo que había pasado. Estaba de servicio, borracho, y le habían quitado su arma: habría

supuesto su expulsión. Serna se aprovechó y empezó a pedirle pequeños favores a cambio. Que hiciera la vista gorda ante las protestas de algunos vecinos por los excesos de velocidad de los taxis. Que no hurgara en la relación que tenía con Gaizka. Fue atándolo poco a poco hasta que Víctor no era más que un guardia civil a su servicio.

—¿Contigo no pudo? —le

preguntó Sara—. Parece que no le tienes miedo a Serna.

—Yo hice el imbécil —le confesó el Negro y dibujó una sonrisa que le hizo parecer aún más infantil—. Me enamoré de una chica. Me monté la película de que la iba a retirar y toda esa mierda... pero ella se quedó con Serna. Me jodió tanto que le puse una denuncia.

—Y Víctor te la paró —se dio cuenta Sara.

—En el fondo se lo agradezco —reconoció el Negro—. No habría conseguido más que problemas.

Sara miró las copas de los pinos que se unían formando una bóveda verde oscuro, casi negra. ¿Qué relación podía haber entre La Guardia y las niñas? Quizá Víctor tenía razón: ninguna. Sólo era un secreto más del

valle. Y, sin embargo, algo le decía que no.

Recordó una de las declaraciones de Ana. La descripción que hacía de su violación.

El sexo.

¿Por qué ese sexo violento cuando todo el secuestro se había desarrollado en una rutina casi familiar?

—¿Había menores entre

las chicas del hotel? —le preguntó Sara.

—Cuando yo estaba, no. Serna presentaba a alguna que otra diciendo que tenía diecisiete años, pero no era verdad. Todas habían pasado los veinte años.

—¿Qué más pasaba en el hotel? ¿Los clientes elegían a una chica y pasaban el fin de semana con ella, nada más?

—A veces se

organizaban... fiestas... En el salón de la primera planta. Tres o cuatro al año. Era cuando más se desbarraba. Esos días sí que se llenaba el hotel. Ya me entiendes: coca, chicas, espectáculos...

«Como si me estuviera mirando un montón de gente —había dicho Ana—. No iba a poder borrarlo nunca.»

—¿Películas porno?

—Sí, esas cosas —le reconoció el Negro.

«Mirando un montón de gente.»

—¿Qué tipo de películas?
¿Pudiste verlas?

—Rollo casero. En plan *voyeur*. Es lo que más les ponía.

—¿Y en esas películas sí había menores?

El Negro hizo un silencio para recordar. Sara tenía la sensación de estar llegando al final de algún hilo, aunque todavía no estaba

segura de qué encontraría al alcanzarlo.

—Creo que no... —le dijo el Negro sin acabar de creerse sus palabras—. Aunque a mí sí me parecían a veces muy pequeñas... Pero un tío, me acuerdo, hará unos tres años... Me dijo que esas mujeres de las películas no eran menores... Que él sí había visto películas con niñas de verdad. Es posible, ya te

digo que Serna también mentía con la edad de las chicas del hotel...

Pero Sara ya no estaba escuchándole.

—¿Quién era ese hombre?
¿Quién te dijo que sí había visto películas con niñas?

—No sé... —el Negro intentó hacer un esfuerzo por recordar—. Le había visto sólo un par de veces. No se quedó a pasar la

noche. Creo que sólo fue a mirar.

—¿Te dijo algo más de esas películas con menores?

—La verdad, no sé si fanfarroneaba. Me soltó que él había visto una con una niña de trece años que todavía jugaba con muñecas...

Sara sintió cómo su corazón se aceleraba. Ahora sí estaba cerca. Muy cerca.

—¿Podrías reconocerle si

le vieras en una foto?

—Es posible —le dijo el Negro.

Quim se encontró con Álvaro en la puerta de la Sociedad de Cazadores. Venía a recoger su sello para la batida de jabalíes. El padre de Ana había decidido subir al monte con el resto de los hombres del pueblo.

—Están dentro —le dijo

Quim—, repartiéndose los puestos.

—¿Tú vas a subir? —le preguntó Álvaro.

—Con mi tío —contestó Quim—. Siempre voy con él.

Casi nunca disparaba. Quim no llevaba el rifle, sólo su tío. Avisaba a Rafael de dónde veía movimiento, ruido de pisadas de jabalí. Pájaros que salían volando del bosque. Los perros de

Román ladrando, asustando a los animales.

Ahora estaban en una pickup aparcada en la puerta de la Sociedad; Román iba a darles un paseo por el monte antes de la batida para que fueran olfateando las camas de los jabalíes. Los podencos, blancos, se movían ansiosos por que llegara el momento en que les permitieran correr por el monte Ármos.

—Yo nunca he ido de caza —le confesó Álvaro—. Me conformo con no pegarme un tiro en el pie mañana —bromeó.

Quim le sonrió, incómodo, tan nervioso como los podencos. Desde que Ximena fue a su casa la noche pasada, estuvo dándole vueltas. Qué debía suponer. Qué debía hacer. Dejó que Ximena durmiera en su habitación, no quería

volver a su casa con Nicolás. Hacía unos minutos, había visto al veterinario en la Sociedad recogiendo su puesto. Rafael le dijo que estaba a unos cien metros de ellos, en el límite este del bosque de *trémols*.

—Espera un momento, Álvaro —se decidió a decirle Quim cuando vio que iba a entrar en la Sociedad.

Quizá sólo se lo dijo para tranquilizarla, le había dicho

Rafael. O quizá tenía miedo a contar todo lo que sabía, pensaba Quim. ¿Por qué le había confesado Ana a Ximena que Nicolás no era el hombre que se la había llevado?

—No sé si es importante, Álvaro —se atrevió a decirle—. Anoche, Ana le dijo a Ximena que Nicolás no era el hombre que las había tenido en el agujero... A lo mejor, deberías hablar con

ella. Por si sabe más cosas que todavía no ha contado...

Después de cinco años, una posibilidad enterrada volvía a cobrar vida. A salir de su tumba, como un desahuciado que reía de nuevo. ¿Y si podían encontrar a Lucía con vida?

Sara atravesó la zona común del cuartel a paso rápido. Tras ella, el Negro y Víctor.

Al entrar en su despacho, señaló la pared donde Santiago había pegado las fotografías de todos aquellos que tenían algún vínculo con la investigación: los padres de las niñas, Álvaro Montrell y Joaquín Castán; también Marcial Nerín o Nicolás Souto; Ismael Casella y Gaizka... Víctor se sorprendió al encontrarse a sí mismo en una de esas fotos. Estaba entre la de su

propio hermano, Román Gamero, y la de Rafael Grau. ¿Cuándo le había incluido en esa lista interminable de sospechosos?

—Míralas bien —le pidió Sara al Negro—. Ese hombre que te habló de películas con menores... ¿es alguno de ellos?

El Negro dio un paso hacia la pared. El mural de rostros. Sus ojos viajaron de

una cara a otra buscando los rasgos de aquel hombre que, una noche, en la barra del hotel le dijo: «Yo sí he visto películas con niñas de verdad». Y que, cuando él le dijo que no le creía, le contestó: «De trece años recién cumplidos. Todavía juega con muñecas»

—Era él —dijo el Negro señalando con seguridad una foto.

Sara sintió cómo se le

abría un agujero en el estómago.

—¿Estás seguro? —le preguntó.

—Sí, me acuerdo de él —le confirmó el Negro.

Su dedo señalaba la foto de Simón Herrera. El «salvador» de Ana. El hombre que había muerto en el coche donde había aparecido la chica.

Sonó el teléfono y el timbre se extendió por toda la casa. Ana preguntó a su madre si podía contestar, pero Raquel estaba en la cocina, preparando la comida, y le pidió que lo hiciera ella. Ana buscó el inalámbrico en el sofá, entre los cojines. Al tercer timbrazo lo encontró. Burgos estaba en la cocina con su madre; quería aprender a hacer el *recau* que ella preparaba. Siempre

que lo había hecho, el agente de la Guardia Civil había repetido plato.

Ana descolgó y se alejó de la cocina para evitar el ruido del extractor y el fuego.

Preguntó quién era y le respondió un silencio. Después, una respiración entrecortada que reconoció de inmediato. Había pasado cinco años escuchándola,

con ese aliento acariciándole la cara día y noche.

—Ana... —oyó que le rogaba Lucía—. No sigas hablando, por favor. Va a matarme.

El sollozo de Lucía se interrumpió con la señal discontinua de tono. Había colgado. Él sabía que Lucía había dicho suficiente.

Pantalones y camisa nueva.

Recién afeitado. ¿Por qué no se había detenido en esos datos?, se preguntó Sara. El armario de ropa gastada por el uso en la casa de Simón. Tenía que haberse dado cuenta de que, para él, ese día era un día especial. Iba a sacar a Ana del agujero. Iba a salvarla.

Víctor conducía en silencio hacia la casa de Ana y miraba por el espejo cómo

el rostro de Sara se tensaba de culpa y rabia.

—Quédate en el coche — le dijo Sara al bajar—. No puedes estar en esto.

Víctor aceptó la orden. Ella tenía razón. Un error en las formas podía echar por tierra el caso ante la fiscalía. No se podían permitir otra equivocación.

Sara llamó con insistencia hasta que Burgos le abrió la puerta.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó el guardia civil.

—¿Dónde está Ana? —preguntó Sara irrumpiendo en el salón.

Raquel salió de la cocina, miró el salón y, al no ver a su hija, dijo: «Habrá ido a su cuarto»

Hacía sólo unos días que Álvaro y ella habían traído muebles del centro comercial de Barbastro. La habitación había dejado de

ser el despacho de Raquel para convertirse, de nuevo, en la de su hija.

La habitación de Ana.

Sara subió las escaleras a zancadas. Abrió la puerta del cuarto. Estaba vacío. Con frustración, volvió al pasillo. Miró en el baño. En el dormitorio de Raquel. Gritó su nombre.

Ana ya no estaba en casa.

Cruzó corriendo la carretera de Posets. Oyó cómo un coche pasaba a su espalda, hacia el pueblo, el ruido de su motor. Ana se adentró en la montaña que nacía al otro lado del arcén. Monte Ármos. Subió un terraplén para perderse en el bosque de *trémols* que crecía en la ladera. «No digáis nada, mentirosos», murmuró. Era un animal que había visto cómo el cazador entraba en

su territorio. Y corría. Huía montaña arriba. Sin rumbo. Lejos de ese hombre que no dejaba de perseguirla.

¿Cómo podía seguir husmeando cada uno de sus movimientos?

Le dolía la cabeza. Sara guiñó los ojos y se llevó los dedos a la sien, como si pudieran contener el dolor que se expandía por su cerebro, anguilas eléctricas

que se retorcían dentro de ella.

—Localiza a quién pertenece el último número que llamó a casa de Ana — ordenó Sara a Pujante nada más entrar en el cuartel.

Suspendió el registro en el hotel de La Guardia. Todos los agentes disponibles regresaron al pueblo para sumarse a la búsqueda de Ana. «Quédate en la casa — le había dicho a Víctor al

salir—. No llames mucho la atención, pero necesito que coordines a tu gente.» Poco después, también el cabo Sanmartín, del GREIM, se unió a los agentes que buscaban por los alrededores de la urbanización Los Corzos.

En el cuartel sólo quedaban dos agentes más. Les pidió toda la documentación que habían

reunido sobre Simón Herrera al inicio de la investigación.

Un hombre que llevaba la vida de un fantasma, recordó que había pensado entonces.

Al entrar en su despacho, miró su mesa. Los papeles seguían ordenados, tal y como los había dejado Santiago. Toda la documentación que había generado el caso desde entonces se esparcía por el

suelo. Pequeñas montañas de papel.

«Creo que tenemos algo», le había dicho Santiago.

Sara sabía que ese algo estaba entre los informes de su mesa. Hasta ahora no había sabido qué buscar. Las carpetas le habían estado mirando en silencio, negándose a revelar el secreto que Santiago se había llevado.

¿Qué le había hecho ir a

la empresa de Joaquín?

Simón Herrera, se contestó Sara. Llamó a los dos agentes que había en el cuartel. Cuando entraron, repartió las carpetas que había sobre la mesa entre los tres.

—¿Qué tenemos que buscar? —le preguntó uno de ellos.

—Cualquier conexión entre Simón y la empresa de Joaquín.

Sara lo recordó poco antes de que Pujante entrara en el despacho. Cuando registró la casa de Simón, vio un cargador de móvil en el cajón de la mesilla de noche. No habían encontrado ningún teléfono en su coche.

Se apartaron de él como estúpidos.

—El número que llamó —le dijo Pujante, incapaz de entender lo que iba a añadir

a continuación— está a nombre de Simón Herrera.

«¿Por qué, Ana? ¿Por qué me mentiste?», se dijo Sara.

El dolor de cabeza era cada vez más intenso.

—¿Te encuentras bien?
—le preguntó Pujante.

Sara sólo tuvo fuerzas para afirmar con un leve gesto. Les dijo:

—Seguid buscando esa conexión entre Simón y los camiones.

Y, después, salió del despacho. Notaba en el cráneo cómo palpitaba su cerebro. Cómo se golpeaba contra las paredes de hueso, un loco maniatado en una celda acolchada.

Iba a perder el control.

Recordó la imagen de las aguas del Ésera, bajando salvajes el curso del río, escupiendo fuera del cauce y amenazando con desbordarlo. Salió del

cuartel e intentó calmarse al respirar el aire limpio, al sentir el calor de un sol que se había levantado tímido esa mañana de agosto.

Noche de tormenta.

Su cerebro soltaba amarras. Se lanzaba a un mar encrespado. Sabía qué le esperaba; ya había estado allí otras veces.

La imagen de los dientes manchados con la carne de sarrio apareció ante sus ojos.

Santiago masticaba el *ixarso* y, de nuevo, la salsa parda le pareció sangre. Sangre vibrante como la que parecía bañar al sarrio que vio al lado del túnel del Ixeia. Mojado por la luz de un crepúsculo hirviente de lava. Fuego. En el pecho de Santiago, tumbado en el suelo de transportes Castán, burbujeando sangre en los bordes y que abría un agujero tan negro como ese

bocado en la montaña que era el túnel sin final a Francia. Una oscuridad tan densa que podría atraparla en la mano y que, de repente, se transformaba en los ojos de animal asustado de Ana. Esos ojos que no querían desvelar lo que había dentro de ella. Lo que habían visto. Pequeños túneles oscuros que le trajeron el recuerdo de los hombres que la visitaban en

las pesadillas. Volcanes negros. Invertidos. Tornados de oscuridad.

Se descubrió arrodillada en el pinar donde habían desaparecido las niñas. Lloraba de impotencia, de rabia. De todo el dolor que recorría el subsuelo de Monteperdido, raíces enfermas de ese pino, y que sintió cómo salían de la tierra y le atravesaban la carne. Entraban putrefactas

dentro de ella, la colonizaban como un cáncer amoratado y plagado de pústulas, hasta que una de esas raíces le salía por la boca y Sara, derrotada, se dejó caer al suelo.

¿Estaba volviéndose loca?

¿Había vomitado?

El móvil sonó en el bolsillo de su sudadera pero no se sentía con fuerzas para cogerlo.

Se giró en el suelo hasta

que quedó tumbada boca arriba. El sol cruzaba las hojas de los pinos con haces dorados y polvorientos.

Unas manchas negras se dibujaban en su campo de visión, efecto, quizá, de estar mirando al crepúsculo de forma tan directa. Manchas negras que le parecieron los ojos de Ana. Perlas oscuras que, de repente, explotaron en el aire, convertidas en una bandada de mirlos que

batían sus alas por encima de los pinos.

No busques la verdad en sus ojos, sino en la mirada de los que la observan. Ellos son los que le dan forma. Uno sólo existe en el espejo.

Sintió que una mano helada le cogía del brazo y tiraba de ella. Una respiración trabajosa, en su nuca; alguien la levantaba del suelo y le murmuraba al oído:

—¿Qué cojones te pasa?

Un sudor frío le resbalaba por la frente y apenas si podía enfocar el mundo que le rodeaba, los árboles del pinar, la figura rechoncha que a duras penas conseguía sentarla junto a un tronco.

—Venga, abre la boca — le dijo esa figura.

Vio que revolvía en una riñonera que colgaba de su cintura pero era incapaz de definir los rasgos, la piel

verdosa, reflejo del color de las hojas, que metía los dedos entre sus labios y le hacía separar los dientes. Después, el sabor amargo de una pastilla bajo la lengua.

—Respira tranquila, no pasa nada —oyó que le decía—. No es más que ansiedad.

Cerró los ojos y volvió a ver a esos hombres sin rasgos que la visitaban en sueños. Pesadillas. El

agujero negro que se abría en el centro de su cara. Llenó los pulmones de aire y poco a poco fue recuperando el control. Se retiró el pelo de la frente, pegado por el sudor. Al abrir los ojos, vio a Caridad; en cuclillas frente a ella, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, como un gato curioso que espera que el ratón vuelva a moverse para darle un zarpazo.

—¿Qué me has dado? —
consiguió preguntar Sara.

—Veneno para ratas —le
respondió ella—. ¿Qué te
voy a dar, criatura? Un
ansiolítico. Y, como no
dejes de hacer tonterías,
también te voy a dar una
hostia.

Sara se incorporó
ligeramente. Miró a su
alrededor, intentando
ubicarse, recordar cómo
había llegado hasta allí.

—Sara Campos —le dijo Caridad cogiéndola de la barbilla y obligándole a mirarla—. ¿Me ves? Fíjate bien, porque tengo nariz y unos ojos verdes de la leche. ¿Los ves?

La policía afirmó con un cabeceo; ¿había dicho algo de esos hombres sin rostro?

—No me puedes dar esos sustos, *Deu*. Si te da por morirte o algo así, no lo

hagas cerca de mí, que te he cogido cariño.

—No voy a morirme.

—Bien. Me alegro.

Caridad se quedó en silencio. El viento le movía ligeramente los rizos, olas de un mar ralentizado. Sus ojos saltones recorrían la cara de Sara, adivinando en sus músculos el efecto de la pastilla que le había dado. La mandíbula de la policía se relajaba; luego, Sara se

secaba unos ojos húmedos y ensayaba una sonrisa que intentaba transmitirle tranquilidad.

—¿Es verdad que ves a esos *ómes* sin cara cuando te vas a dormir? —le preguntó Caridad—. Y yo que pensaba que la que estaba chalada era yo.

—Creo que he dicho alguna tontería —se defendió Sara.

—¿Por qué te da

vergüenza?

—Tengo que trabajar,
Caridad —intentó evitarla
Sara—. No puedo
quedarme... —Hundió la
mano en la tierra del bosque
y se levantó.

—¿Qué pasará si no
consigues encontrar a las
niñas?

Sara oyó cómo crujían las
rodillas de Caridad al
erguirse. La mujer se apoyó
en el árbol y sacudió sus

pequeñas piernas, parecía que se le habían quedado dormidas. Sara miró el camino que la había llevado al interior del pinar.

—Hija, tienes que estar preparada para equivocarte. Para perder —murmuró Caridad—. Yo pierdo cada noche contra mi insomnio.

—Pero algunas veces ganas.

—Muy pocas. Tú lo sabes.

No había atisbo de ironía en las palabras de Caridad. Había sido un sapo bondadoso, un duende y un gato a ojos de Sara. Ahora, era sólo una mujer de sesenta años que no podía dormir. Agotada. Carne y hueso de una batalla diaria contra algo tan esquivo como el sueño. Perdedora muchas veces, pero nunca derrotada. Sara recordó su propia infancia. La

frustración del rechazo de sus padres y la búsqueda de un responsable. Una búsqueda quizá inconsciente pero que la llevó a encontrar una respuesta en sí misma: ella era el error. Ella era el problema. E intentó perfeccionarse; construir una Sara sin fallas ni grietas. ¿Quién puede crecer sin un solo agujero? Sabía que esa tensión era la causante de sus pesadillas; de los

hombres sin rostro que como jueces vigilaban sus sueños. La observaban, inmunes a su dolor, como un espejo negro, condenando en silencio cada una de sus equivocaciones. Mala hija. Mala policía. No hay mayor castigo que el autoimpuesto. Una exigencia que solía reclamar también en los demás: Víctor. ¿Por qué no podía perdonarle?

—Para disfrutar de un

buen sueño, a veces hace falta alguna que otra noche en vela.

—Lo intento, Caridad. De verdad que lo intento —le confesó Sara.

—Entonces es suficiente.

Sara sonrió agradecida cuando Caridad se acercó a ella y puso la mano rechoncha sobre su hombro.

—De eso trata la vida: de intentarlo —le murmuró como si fuera una despedida.

«Sigue corriendo», se decía Ana. Montaña arriba. Una senda pedregosa junto a un barranco —¿cómo dijo Quim que se llamaba? ¿La Camera?—, había dejado atrás el bosque de *trémols* y subía la montaña por ese camino en espiral hasta la cima. Hasta el circo de Tempestades. «Por mucho que corras, no podrás dejar

atrás la vergüenza —se dijo
—. El miedo.»

—¿Qué querías que
hiciera, Lucía? ¿Qué querías
que hiciera? —gritó al
monte Ármos.

*Él miraba el perfil de la
montaña, su cima como la
grupa de un animal contra
el cielo límpido de agosto. A
primera hora de mañana
tenía que salir de caza.*

Había tenido todo y, antes que perderlo, se dijo, prefería matarlo. Iba a robarle al bosque su duende.

—Aquí hay un error —
dijo uno de los agentes.

Pujante miró a su compañero levantando un momento la mirada de los papeles que le había tocado revisar.

—¿Qué pasa? —preguntó

Sara.

Los agentes se volvieron hacia ella al verla entrar de nuevo en la sala del cuartel. Estaba pálida, una sombra amarillenta se dibujaba bajo sus ojos. Se había manchado la sudadera y la tierra también ensombrecía sus vaqueros. La policía se dejó caer en una silla alejada de los agentes. Se recogió el pelo con las manos, en una cola.

—Zacarías Gutiérrez —

empezó a decir el guardia civil—. Su contrato sigue dado de alta, pero hace casi un año que no trabaja en el negocio de Castán. Antes lo tenían de seguridad...

—Lo conozco. Ahora trabaja en el polígono de Barbastro —recordó Sara.

—Se pidieron antecedentes antes de que pasara lo de Gaizka, ¿ves la

fecha? Por eso digo que fue un error.

Sara cogió el listado de antecedentes de Zacarías. Supuso que Santiago lo había pedido de forma rutinaria. Alguna detención por hurtos menores. Una condena de tres meses por tráfico de estupefacientes. Al principio pensó que eso era lo que le unía a Gaizka. Entonces vio el nombre de la cárcel: Martutene, San

Sebastián. Del 3 de mayo de 1992 al 7 de agosto del mismo año. Sin soltar la hoja, buscó el expediente de Simón. Había tenido una condena por posesión de pornografía infantil. Años: de 1989 a 1993. Cárcel de Martutene, San Sebastián.

Zacarías y Simón habían coincidido en la cárcel.

Eso era lo que tenía Santiago. Eso fue lo que le

hizo ir a la empresa de Joaquín Castán.

No sabía que Zacarías ya no trabajaba allí. Un error le había puesto en la pista correcta.

—Da una orden de búsqueda y captura contra Zacarías Gutiérrez. Avisa a la policía de Barbastro: no se nos puede escapar. —Luego le dijo a Pujante—: Tú vienes conmigo.

Después de comprobar que nadie había visto a Ana por la carretera del colegio ni entrar en el pueblo, Víctor acotó un área de búsqueda a la espalda de la urbanización Los Corzos. Un grupo de agentes se desplazó también hacia el pinar donde habían desaparecido las niñas. El resto se fue abriendo en abanico frente a la montaña que quedaba al otro lado de

la carretera de Posets. Monte Ármos era una zona difícil de explorar: la densidad del bosque de *trémols* y mil senderos que se perdían en la montaña, algunas zonas de quejigales, el barranco de La Camera, cortando la montaña, el riachuelo que serpenteaba uniendo los ibones y que nacía en el glaciar. Ése era uno de los lugares favoritos de los corzos; junto a los lagos

crecían madre selvas y, a comienzos de otoño, los quejigos dejaban el suelo regado de bellotas. El circo de Tempestades. El anfiteatro que la naturaleza había construido allí arriba.

Vio cómo Quim corría hacia él.

—¿Dónde está Ana? —le gritó.

Víctor le dijo que se tranquilizara. Seguramente, iban a encontrarla pronto,

pero se le hizo un nudo en la garganta cuando al mirar hacia la carretera vio a Raquel y Álvaro abrazados. Ella hundía la cara en el hombro de su marido. La mirada azul de Álvaro se levantaba hacia la montaña y un viento suave empezó a agitar su pelo cano.

Un viento que, ahora, también recorría las hojas de los *trémols* y las hacía sonar

con ese redoble que, a veces, parecía una risa.

Víctor se dio cuenta de que no iba a ser capaz de decirles que habían perdido a su hija si llegaba el momento.

«Un día te mataré», le había dicho. Y esas palabras eran una mira telescópica clavada en su nuca. Ana sudaba, cansada. Ni siquiera el

viento que se había levantado, frío, parecía suficiente para apagar el calor. «Un día te mataré.» Ésa era su mordaza. Cuando la llevaron por los pasillos del hospital para dejarla en su habitación, pudo verle. ¿Y si la había dejado escapar como parte de un juego de cazador? ¿Y si sus ojos la estaban observando ahora? Como aquel día en el hospital, cuando su mirada

se posó en ella y sintió que le decía: «Un día te mataré».

Hasta ahora, le había perdonado la vida.

Hasta que habló de más.

Lo siento, Lucía, se decía una y otra vez, como si ella pudiera escuchar sus disculpas.

Llegó al circo, paseó hasta la orilla del ibón y encontró su propia imagen reflejada en el agua, que se ondulaba

suavemente por el viento.
«Te odio, Ana», se dijo.

Joaquín había dejado su rifle en la cama. Estaba preparando las cosas para la batida de jabalíes, su arma, la ropa de caza, el cinturón con las balas, cuando la Guardia Civil entró en su casa para avisarle de que Ana había desaparecido. Oyó a los agentes preguntar

a Montserrat y a ella decirles que no era posible: ¿cómo podían haberla perdido? Era la niña quien había escapado, le explicaron. Joaquín bajó las escaleras con una duda haciéndose cada vez más fuerte dentro de él: ¿por qué había huido? ¿De qué huía Ana? Se detuvo a mitad del tramo de escaleras, los agentes se giraron hacia él, le observaban desde el salón de

su casa. Sus miradas temían la reacción de Joaquín. Montserrat les estaba diciendo que ellos no habían visto a Ana en todo el día. ¿Qué había pasado antes de que Ana desapareciera? ¿Qué había desencadenado su marcha? Joaquín contuvo sus preguntas. Él había perdido la guerra, lo había asumido. Era un soldado repatriado que escucha

noticias del frente pero que ya no puede hacer nada.

—¿Sabéis dónde está Quim? —preguntó Joaquín, y tuvo la impresión de que era la primera vez en años que su hijo se convertía en el centro de sus miedos.

La Guardia Civil batía la ladera del monte Ármos. Un vecino del pueblo había confirmado las sospechas de

Víctor: bajaba en coche de Posets cuando creyó ver a Ana cruzando la carretera hacia el monte. Con unos veinte metros de separación entre agentes, iniciaron el ascenso del terraplén con el que daba comienzo la montaña. Poco a poco se internaron en el bosque de trémols.

El ruido de las hojas, entrechocándose por el

viento, parecía aplaudir lo que hacían.

Quim conocía bien el terreno. Entre los álamos temblones nacían las sendas que escalaban la montaña. Primero, en suave pendiente, hasta llegar a la zona más densa del bosque, donde los árboles se convertían en una especie de muro contra los forasteros, una medida de protección del monte. Allí era fácil perderse si uno se

desorientaba o dejaba a un lado las rutas señalizadas para el senderismo. Quim sabía otros caminos, olvidados bajo las hojas y el follaje del bosque. Como los jabalíes que encamaban en esa zona, él no necesitaba flechas ni señales para atravesar el bosque de *trémols*.

Si Ana se había internado en ese bosque, no sería fácil encontrarla. Quim lo sabía y

seguía a los agentes de la Guardia Civil, que avanzaban entre los álamos. Con unos metros de separación entre ellos pero lo suficientemente cerca como para verse, la batida avanzaba lentamente, asegurándose de que no pasaban por alto una sola sombra de ese bosque.

Las hojas de los *trémols* seguían aplaudiendo el trabajo y su ruido agudo

empezaba a clavarse en sus oídos, como una tiza que araña la pizarra.

Más arriba, tras el bosque, la ascensión se hacía más empinada. Algunas sendas caminaban peligrosamente junto a la orilla del cortado de La Camera. Caídas de veinte, cien, doscientos metros. Fue entonces cuando Quim recordó cómo le daba la mano a Ana para que ella no resbalara con los

guijarros. Cómo siguieron subiendo hasta que dejaron atrás también los quejigos y los pinos negros y alcanzaron el primer ibón del monte Ármos. Al pie del circo de Tempestades estaban sus aguas frías y cristalinas. Las marmotas que les observaban curiosas mientras Quim espantaba su miedo al agua. «Ojalá pudiera quedarme aquí para

siempre», le había dicho ella mientras aprendía a flotar.

Se separó de los guardias civiles y corrió entre los *trémols*. Quizá estaba equivocado, pero en ese momento quiso convencerse de que si Ana había huido buscando un lugar seguro, ése era el ibón de Tempestades.

Simón Herrera era una

herida por la que Sara no dejaba de sangrar. Su perfil manso, callado, su vida a la sombra de la realidad, un matrimonio que más parecía una coartada, una esposa que jamás pondría en duda sus palabras. Un hombre atormentado por el deseo. Por la atracción hacia las niñas. Pantalones nuevos, camisa nueva. Un teléfono móvil que jamás habían encontrado. Las erupciones

de sus pies y sus pantorrillas. El roce tóxico con la flor de la oreja de oso. No lo había provocado un contacto casual, esporádico, sino el camino habitual que recorría hasta el refugio, los días que se quedaba observando a lo lejos, sentado entre esas flores, recubiertas de un pelo casi invisible que le provocaba la alergia.

Imaginó a Simón Herrera

en la barra del hotel de La Guardia. Bebiendo de más mientras hablaba con El Negro. En la sala del primer piso, una fiesta, quizá una orgía, donde se proyectaban falsas películas pornográficas de menores. Simón, vanidoso, se sentía más que todos esos ricos que pagaban fortunas por un engaño. Las chicas a las que se abrazaban, con las que

subían a las habitaciones, no eran niñas.

Él sabía cómo era una niña. Él lo había visto.

Esa prepotencia le hizo hablar de más: «De trece años recién cumplidos. Todavía juega con muñecas». Al recordar lo que le había dicho el Negro pensó en Lucía. En esas Barbies con las que perdía horas y a las que dibujaba otras expresiones con sus

rotuladores, testigos silenciosas de lo que ocurría en el agujero cuando se quedaba a solas con él.

Quizá por eso Lucía había decidido desprenderse de ellas. Las muñecas habían visto demasiado. Sus ojos de plástico le recordaban lo que pasaba esas noches y no podía soportarlo.

Sin embargo, Simón no parecía la persona capaz de idear ese secuestro. Simón

podía ser el carcelero. El hombre que elegía la ropa en los grandes almacenes de Perpiñán. El que hacía los recados a cambio de dejarle mirar a través de una rendija. Pero no el que construía un sótano bajo un refugio abandonado. El que era capaz de llevar una vida normal, entre los demás vecinos de Monteperdido, mientras mantenía el cautiverio de Ana y Lucía.

La herida de Simón seguía abierta. Sangrando. Los errores, los detalles que había dejado pasar por alto, le dolían conforme iban saliendo a la superficie, aunque intentaba contenerlos, pensar en las palabras de Caridad; asumir la derrota como parte del camino.

Dos hombres cuyos rasgos se entremezclaban en

las descripciones que le había dado Ana.

Simón era de mediana estatura, más bien bajo, con unos kilos de más y poco vello en los brazos, pelo corto y rizado. Piel de un blanco lechoso.

Movimientos torpes, indecisos: el hombre que sólo abría la trampilla para bajarles la comida y el agua.

El otro era más alto que las niñas. No era delgado,

sino de complexión fuerte. Pelo lacio pero que mantenía bastante corto. Piel morena y gestos firmes, seguros.

Ése era el hombre que había apuntado con un rifle a Ana y le había advertido que, un día, la mataría.

Ése era el hombre que seguía libre en Monteperdido. Al que debía encontrar si quería dar con Lucía.

Al llegar a la urbanización

Los Corzos, Sara miró la casa de Lucía y recordó la forma en la que Ana la había mirado al regresar de uno de sus paseos por el pueblo. Cómo escondió la cara y aceleró sus pasos para refugiarse en su propia casa. ¿Quién estaba en ese momento allí? ¿A quién había visto que le había dado tanto miedo?

Mientras dejaba atrás las casas y se acercaba al monte

Ármos, Sara pensó en el hilo que conectaba a Simón con cualquiera de los presentes aquel día en la casa de Lucía.

Simón había conocido a Zacarías en la prisión de Martutene, quien trabajó durante años como guardia jurado en la empresa de camiones de Joaquín Castán.

—Todavía no hay rastro de Ana —le informó Víctor

al verla llegar—. ¿Tienes algo nuevo?

El móvil de Sara empezó a sonar y ella descolgó con la esperanza de que fueran noticias de la policía de Barbastro.

—Han detenido a Zacarías Gutiérrez —le informó un agente al otro lado de la línea—. Están trayéndolo al cuartel.

El cerco se estaba cerrando.

—Déjame que vaya contigo —le pidió Víctor cuando ella le contó que habían detenido a Zacarías; ése era el nexo entre Simón y la empresa de transportes. La razón por la que Santiago se había presentado aquella noche allí.

—¿Por qué tuviste que ser tan imbécil? —le contestó Sara con rabia—. Te necesito, pero no puedo

tenerte a mi lado. Estás fuera.

—No entraré en la sala de interrogatorios, pero déjame que lo vea. Conozco a Zacarías: puedo ayudarte.

«¿Qué vamos a hacer? Quizá deberíamos suspenderlo todo», dijo Román. Sus podencos blancos ladraban sin parar en la parte de atrás de la

furgoneta. Los veía saltar, nerviosos, asomar el hocico por el ventanuco, como si ya pudieran oler el rastro de sus presas. Prefirió guardar silencio mientras los demás buscaban una respuesta. Pensó en los jabalíes, dormidos en el bosque, ajenos a que se estaba debatiendo su suerte. Al día siguiente, muchos estarían muertos a esa hora. Desollados y colgados en la

Sociedad de Cazadores. Entre las piernas tenía el rifle. Engrasado, listo para buscar un buen lance y, consciente de la dificultad, se sintió excitado. Como si se acercara el mejor día de caza de su vida.

Víctor encendió el intercomunicador para escuchar la conversación entre Sara y Zacarías al otro

lado del espejo. El guardia jurado no dejaba de moverse sobre la silla, incapaz de encontrar acomodo para un cuerpo con exceso de peso, blando. Vestía vaqueros y una camisa de cuadros sucia y manchada de sudor, no el uniforme con el que le habían visto en el polígono de Barbastro. Tras la detención de Gaizka y su implicación en ese caso había sido despedido.

—¿Tú crees que va a contarnos algo? —le preguntó Pujante sentándose detrás de Víctor.

Víctor se giró hacia el joven guardia civil. Parecía agotado, tanto que no era capaz de seguir en pie, un cansancio que era más producto de la frustración que del esfuerzo físico. Hasta ese verano, Pujante sólo había ayudado en tareas de rescate de algún

excursionista perdido.
Rumores de cazadores
furtivos. Lo que estaban
viviendo era diferente. Los
hombres junto a los que,
quizá, había bailado ante la
imagen de la Virgen en las
fiestas de Monteperdido, los
mismos con los que
compartía el vino y las
jornadas de caza en el
monte, los estofados de
carne de jabalí entre bromas
y silencios, estaban

enseñando su peor cara. Sus secretos. Víctor no era una excepción y el guardia civil pudo notar la decepción en la mirada de su compañero. Todo el mundo parecía haber estado escondiendo sus vergüenzas bajo la nieve de una falsa normalidad. ¿Qué clase de familia vivía en ese valle?

—Todavía no tengo ni puta idea de por qué me

habéis traído aquí —oyó que protestaba Zacarías.

Sara levantó la mirada de los papeles que tenía sobre la mesa un instante y le sonrió, pero no le dijo nada. Mantuvo su mutismo y volvió a concentrarse en esos documentos aunque Víctor sabía que no estaba leyendo nada. Sólo estaba poniendo incómodo a Zacarías. Y, por su mirada, incapaz de mantenerse

demasiado tiempo en cualquier lugar, parecía que lo estaba logrando.

—Esto debe de ser hasta ilegal —murmuró tenso Zacarías.

—Estamos repasando la detención de Gaizka y tenemos sospechas de que hacías algo más aparte de esconder la mercancía en el polígono. —Sara cerró las carpetas que antes repasaba, se echó hacia atrás en su

silla y clavó sus ojos en el guardia jurado—. Le ayudabas a meter la droga en el pueblo, ¿verdad? Antes, cuando trabajabas en la nave de Joaquín Castán y, ahora, desde el polígono de Barbastro.

—No sé de dónde te sacas eso. No es mi trabajo saber qué hay en las cajas —se defendió Zacarías sin poder ocultar un temblor de duda en sus palabras.

—A lo mejor Gaizka nos lo ha contado. —Sara estaba jugando con él. Dándole golpes para aturdirle.

—¿Y os vais a fiar de la palabra de un camello?

—Si puede demostrarlo, nos vale hasta la palabra de un pederasta.

Zacarías escondió sus manos bajo la mesa. No era tan estúpido como podía aparentar. El guardia gordo y holgazán, que intentaba

parapetarse en la incompetencia, se había dado cuenta de la puerta que acababa de abrir Sara. No estaba allí por Gaizka. La cocaína, hasta el asesinato del otro policía, no les importaba ahora. Sólo era una excusa para traerle sin mostrar las cartas.

—¿Te acuerdas de Martutene? —le preguntó Sara.

—Eso fue hace mucho

tiempo.

—No tanto como para que no te acuerdes de los amigos que hiciste allí.

—Sólo estuve tres meses. No hice amigos.

—Pareces simpático, Zacarías. No me creo que te quedaras en un rincón sin hablar con nadie. ¿Ni siquiera recuerdas a tu compañero de celda?

—¿Por qué no me preguntas directamente lo

que quieras saber...? —
Zacarías terminó de forma
abrupta la pregunta, como si
le hubiera gustado decir algo
más.

—Zorra, ¿eso ibas a
llamarme, Zacarías?

Él se dio cuenta de que
estaba acorralado. Prefirió
cerrar la boca, aunque
mantuvo una mirada
retadora sobre Sara. No iba a
hacerle entrar donde él no
quería.

—Tranquilo, no me voy a poner en plan feminista, Zacarías. Te molesta tener a una mujer aquí delante, lo entiendo. A mí me molesta tener a un gordo asqueroso al otro lado de la mesa, pero es lo que nos ha tocado. Así que, ¿y si vamos rápido y terminamos lo antes posible?

—No hace falta ser tan desagradable.

—Perdona, ¿te he ofendido? Lo siento, de

verdad —le dijo Sara con una sonrisa—. Sudas mucho, Zacarías. ¿Tienes calor?

—Estoy bien.

—Simón Herrera. ¿Qué tal si hablamos de él? Fue tu compañero de celda en Martutene.

—¿Y qué quieres que te diga de él? —le contestó encogiéndose de hombros—. No sé dónde estará ahora.

—Muerto y enterrado —le contestó Sara.

—Vaya. ¿Y qué tengo que ver yo con eso? —Zacarías intentó fingir una sorpresa que más bien resultó indiferencia.

—¿No lees los periódicos?

—Sólo las páginas de deportes.

—Haces bien. Así se vive más tranquilo —le dijo Sara mientras empezaba a buscar algo entre los papeles que había sobre la mesa—. Yo te

cuento: Simón Herrera rescató a Ana Montrell. Una de las niñas desaparecidas hace cinco años en Monteperdido. ¿Te va sonando la historia?

—No sabía que había sido él —le dijo Zacarías.

—Te voy a contar un secreto: pensábamos que era un santo. Pero resulta que no. Simón era uno de los hombres que tuvo retenidas a Lucía y Ana. El santo nos

ha salido rana, Zacarías —
dijo Sara cogiendo el papel
que había estado buscando
—. Y, como no eres tonto,
yo creo que tú te olías algo.

—Si estáis intentando
meterme en la mierda del
secuestro, vais mal...

—¿Ves este resguardo?
Es para el seguro. Hace unos
tres años, se te estropeó el
coche a la altura de Ordial.
Llamaste al seguro para que
te vinieran a recoger. ¿Y

quién apareció en la grúa?

Simón Herrera. Tu
compañero de celda.

—¿Y con esa mierda me
vas a implicar en lo de las
niñas?

—Zacarías, tienes mucho
donde rascar. Gaizka. Todo
lo que hiciste con él
mientras trabajabas para
Joaquín Castán. La parte que
tuviste en la muerte de
Santiago. Porque, a lo mejor,
sabías lo que había hecho

Gaizka y se te olvidó denunciarlo a la policía. Podemos olvidarnos de todo eso si tú nos cuentas lo que queremos saber de Simón.

A Zacarías se le escapó una sonrisa. La policía estaba metiendo el palo sin saber muy bien qué había en la madriguera. Como los cazadores, habían soltado a los perros para que los animales se asustaran. Pero él no era un animal. Sabía

que si se quedaba quieto tendría más posibilidades de sobrevivir.

—Simón era de pocas palabras. Cuando vino a remolcarme, me dijo que ahora vivía cerca de Ordial y que trabajaba con la grúa... Me dejó en el taller de Barbastro y no lo volví a ver. No sé qué más puedo contarte de él.

—¿Y si pruebas con la

verdad? A lo mejor me convences un poco más.

—Parece que no te gusta, pero es lo que pasó.

Sara vio cómo Zacarías se encerraba, sintiéndose cada vez más seguro en su silencio. Tal vez tenía más miedo a que le implicaran en el secuestro que a los cargos que podían caerle por su relación con Gaizka. No podía retenerle en el cuartel, lo sabía, como sabía que el

tiempo se le estaba acabando. No tanto a ella como a Lucía. ¿Qué había hecho Ana para provocar la intervención del secuestrador? ¿Qué había dicho? Quizá, sin darse cuenta, había anudado la soga en el cuello de Lucía. Por eso había huido, incapaz de asumir que había salvado su vida a cambio de la muerte de su amiga.

Tuvo que jugársela a una

mentira.

—La esposa de Simón nos contó que solía verse contigo, Zacarías. —Y midió la reacción de éste a sus palabras. «Sobre arenas movedizas hay que caminar con pie firme», pensó, y, después, añadió—: Pero a ella no le contaba lo que hacíais. Las noches de putas, las fiestas en el hotel de La Guardia.

Zacarías intentó mantener

la calma pero sus gestos le delataban. Evitaba encontrarse con la mirada tensa de Sara, las manos seguían escondidas bajo la mesa y tenía que hacer esfuerzos por controlar la respiración. «Aguanta», se dijo.

—¿Quieres que traiga a un camarero del hotel para que te identifique? ¿Para que nos diga que estabas con Simón? —insistió Sara.

Había acertado en su intuición y tenía que seguir presionándolo.

—Preferiría que me trajeras un abogado si es que vas a acusarme de algo.

Sara relajó su expresión. No quería que Zacarías hiciera eso: negarse a hablar, dilatar el proceso hasta que tuviera un abogado, planificar sus palabras antes de dejarlas escapar.

—Hay una niña de

dieciséis años desaparecida:
¿vas a quitarnos la
oportunidad de salvarle la
vida, Zacarías? —Sara
estaba rogándole y sabía que
eso era un error. Era
entregar su derrota, pero en
ese momento poco más
podía hacer.

—Es que yo no puedo
ayudaros en nada, parece
que no quieres entenderlo.

Víctor se levantó de la
silla desde donde había

estado siguiendo el interrogatorio. Salió de la habitación dejando que la puerta se estrellara con un golpe contra la mesa al abrirse. Cruzó la zona común del cuartel y, con rabia, arrastró todo lo que había sobre una mesa. El flexo, el teclado del ordenador y las carpetas cayeron al suelo con un estruendo de impotencia. Miró atrás. En la sala,

Pujante dejaba caer la cabeza sobre sus manos, desesperado y harto. Tanto como él. Hartos de enfrentarse al muro de egoísmo de todo el mundo. Cada cual defendiendo sus pequeñas miserias sin importarle las consecuencias.

Vio a Sara hablar con Pujante antes de que la policía se marchara a su despacho. Supo que le había

ordenado que pusiera en libertad a Zacarías. No tuvo fuerzas para hablar con ella. Él había sido tan ruin como Zacarías.

Salió del cuartel y, en la calle, vio cómo el sol empezaba a dejarse caer tras los picos. El monte Ármos, frente al ocaso, adquiría un tono encarnado.

El tiempo se empeñaba en mantener su ritmo. Su paso.

Le daba igual que fuera demasiado rápido para ellos.

La superficie del ibón se tiñó de rojo y Ana imaginó un lago de sangre. El crepúsculo acariciaba la lámina de agua antes de apagarse al oeste, tras el monte Albádes. Ni siquiera ese lugar le dio la paz que iba buscando. El circo de Tempestades, a su espalda,

también recibía los últimos rayos como una anciana, vieja y cansada, que, sentada a la intemperie, cierra los ojos y deja que esa luz que se extingue acaricie sus grietas, sus cicatrices. La nieve roja del glaciar resplandecía en su cima.

El corzo se descomponía al pie del circo, poco más que huesos y vísceras. A la sombra de los escasos pinos negros que crecían alrededor

del ibón. Pronto se convertiría en nada más que una huella.

Ana oyó un ruido y pensó en las marmotas que saltaban de rama en rama y se escondían tras las piedras pero, al ver su silueta aparecer en la distancia, se apartó de la orilla del ibón y buscó cobijo entre los pinos.

—¡No te escondas! —le gritó Quim.

Pero Ana se escondió

entre los árboles.

Quim se dio cuenta de que estaba corriendo y se obligó a detenerse, a ralentizar sus pasos. ¿Estaba asustándola? De forma instintiva, empezó a comportarse como un cazador a rececho. Dio pequeños pasos, miró el bosque para adivinar por dónde podría intentar huir su presa. Sin que ella se diera cuenta, condujo a Ana hacia

una salida que, en realidad, no era tal.

Ana se agazapó tras los árboles y vio que la sombra de Quim se desplegaba por el suelo, se acercaba a ella. A su izquierda, Ana tenía un sendero que descendía por la montaña hasta el río.

—Estoy solo, Ana —le seguía hablando Quim a gritos—. No sé qué ha pasado, pero no tengas

miedo. Yo no voy a hacerte nada.

A Quim no le importaba tanto lo que decía como que ella le escuchara. Que creyera en todo momento dónde estaba, qué dirección tomaba. Sus palabras eran los ladridos de los perros atraillados, los disparos al aire. Mientras, miraba al sendero que aparentemente llevaba al río.

Ana caminó silenciosa

hacia la salida. Se había visto en los ojos de Quim; se había descubierto como la mujer que le gustaría ser, no la que había sido. Y corrió con todas sus fuerzas cuando los árboles dieron paso a un claro.

Quim adivinó que iba a salir cuando vio moverse unas ramas. Sabía que no tenía por qué correr. Ana no conocía la montaña como él. Al coger el sendero, se

levantaba ligeramente y esa ascensión ocultaba que, al otro lado, el cortado cercenaba el camino. No existía ninguna salida.

Ana pensó que había escapado cuando el monte se rompió ante ella y se dio cuenta de que el camino era un engaño. No existía una vez superado una elevación del terreno y, abajo, la montaña se hundía, abrupta, una caída vertical de varias

decenas de metros. El cortado de La Camera. Al fondo, el riachuelo que bajaba del monte Ármos y que ella había pensado que sería su escapatoria. Miró atrás y vio cómo Quim se acercaba a ella tranquilo.

—Eres como un corzo. Pero te he cazado —le dijo.

—Déjame, Quim. No quiero ver a nadie. A ti menos que a nadie...

—¿Qué te he hecho yo?

—Quererme.

Ana contuvo un sollozo y una tentación al mirar al barranco que se abría a sus pies: saltar.

—¿Y eso es malo? —le preguntó Quim a la vez que la cogía de una mano.

Quim pegó a Ana a su pecho y notó cómo se estremecía, rechazando y necesitando su cariño al mismo tiempo.

—No he contado todo lo

que sé... —le reconoció Ana enroscándose en su abrazo.

—Tenemos que olvidar algunas cosas para seguir viviendo.

—Lucía no lo va a olvidar —le dijo.

Sus palabras se desbordaron entonces, salvajes y violentas como cuchillos al aire que caían sobre ella misma.

—La odiaba —le dijo—. Quería hacerle daño. Mucho

daño. —Y, también—:
Cuando me hablaba, le
respondía escupiéndole.

Ana se aferraba con
fuerza a Quim. Quizá temía
que él la apartara con asco
en cualquier momento. No
buscaba justificaciones, sólo
dejaba escapar una
confesión que había estado
ocultando desde que salió
del agujero. El hombre que
se las llevó sólo quería a
Lucía; a ella la repudiaba, la

ninguneaba. Ana vio cómo todos los caprichos de Lucía eran concedidos, mientras a ella le arrebatában sus pequeños placeres: los libros. Lucía, cansada de escucharla leer en voz alta, le pidió un día a ese hombre que se llevara los libros. Que los quemara. El odio no surgió de la venganza, sino de la envidia. El hombre adoraba a Lucía igual que un creyente se postraría ante un

Dios. ¿Por qué no podía sentir lo mismo por ella? ¿Por qué no podía dedicarle una sonrisa, una conversación, una caricia? ¿Qué tenía Ana que le provocaba tanta repulsa? No podía enfrentarse a él, pero sí a Lucía. Ana sabía que necesitaba tanto su compañía como ella el amor del secuestrador.

—Me sentía muerta en

ese agujero —le dijo a Quim—. Y quería vivir —añadió.

Desplazó toda su ira a Lucía; se burló de ella, le pegó, la obligó a enfrentarse al sexo cuando sabía que Lucía era aún una niña y el sexo le asustaba. Ana se convirtió en la torturadora de Lucía. En un agujero oscuro, de apenas veinte metros cuadrados, encerradas durante cinco años.

—Vi el miedo en sus ojos
—le confesó—. Miedo a mí.
Lucía me tenía pánico.

¿En qué clase de persona
se había convertido?

Ana se apartó de Quim y
escondió sus lágrimas. El
silencio de Quim dejó que el
viento se hiciera más
presente. El lejano temblor
de las hojas de los álamos,
montaña abajo. Ana pensó
en el cortado de La Camera

y en acabar de una vez con todo.

—Yo intenté olvidar a mi hermana —dijo al fin Quim con un hilo de voz—. No era capaz de soportar ese día a día... Su ausencia. Me hacía tanto daño que preferí pensar que estaba muerta y... por eso no quiero sentirme... malo...

Cuando Ana se volvió hacia él descubrió que Quim lloraba. «Malo», había

dicho. Era una manera infantil de describir cómo se sentía, pero esa misma niñez se había quedado cruzada en sus vidas, como una espina en la garganta.

Demasiado jóvenes para asumir la necesidad de supervivencia que hay dentro de cada uno. Quim se acercó a Ana y la besó. Sus labios humedecidos por las lágrimas se acariciaron sin prisa y ella recordó unos

versos de un poema que se había aprendido: «Leve criatura hecha de un poco de memoria y de un poco de olvido, cierva de un solo lado».

Ojalá pudiera olvidar.

Se abrazó a Quim y le murmuró:

—Llévame con la policía, Quim. Tengo que hablar con ellos.

A él le habría gustado detenerse en ese instante.

Lejos de todo y tan cerca de Ana. Solos en lo alto de la montaña, como seres incorpóreos que flotaban por encima de los demás, de la realidad. El sol ya era un tenue resplandor tras el monte Albádes. Si caía la noche, se quedarían atrapados en la montaña.

—¿Quién tiene a Lucía?

—le preguntó Quim.

—No me hagas

contestarte a eso —le rogó ella.

Ana sabía que no podría evitar su dolor cuando lo supiera, pero tampoco se sentía preparada para ser quien se lo descubriera. Levantó la mirada al cielo y pensó: «Duraría un segundo. La vi cruzar el prado y perderse en el oro de una tarde ilusoria».

Mientras volvían a

Monteperdido, le enseñaría ese poema a Quim.

Zacarías detuvo el coche en el parking de un bar de carretera a la altura de Val de Sacs. Se bajó y sacó un cigarrillo. Las luces del parking estaban encendidas pero todavía resultaban débiles frente a un cielo que conservaba la luminosidad del ocaso. No le vio aparcar

unos metros atrás, como no se había fijado en que le había estado siguiendo desde que salió de Monteperdido. «¿Te crees más listo que nadie?», se había dicho entre dientes Víctor mientras conducía tras él carretera abajo, las manos agarradas al volante más que sujetándolo.

—¡Zacarías! —le gritó para llamar su atención, y dibujó una sonrisa cuando el

guardia jurado, con el cigarrillo colgando de los labios, se giró para mirarle —. Soy Víctor, ¿te acuerdas de mí?

Zacarías miró a su alrededor; el parking vacío, sólo cuatro o cinco coches aparcados. Las luces del bar de carretera iluminaban un cartel que ofrecía el menú del día por apenas siete euros. Víctor, con las manos en los bolsillos, caminaba

hacia él. Vestía vaqueros y una camiseta blanca con el escudo de la Cofradía de Santa María de Laude sobre el corazón. ¿Qué estaba haciendo allí? Había oído que estaba suspendido. Zacarías no se había cruzado con él en las horas que pasó en el cuartel del pueblo. Desechó la idea de huir al creer que Víctor no podía saber nada de lo que había pasado con la policía.

—¿Qué tal, Víctor? —le dijo mientras exhalaba el humo del cigarro—. Mañana había batida de jabalíes, ¿no? ¿Vas a subir?

—Estoy pensándomelo —le contestó Víctor mientras se acercaba a él—. A ver si Ana vuelve a casa y todos podemos irnos tranquilos.

—Para una que aparece, se escapa.

Zacarías hizo esfuerzos por contener la risa aunque

tuvo la impresión de que Víctor participaba de lo ridícula que resultaba la situación; le daba la razón con un cabeceo y sonreía.

No hizo preguntas ni esperó. Cuando estuvo al lado de Zacarías, Víctor sacó la mano derecha del bolsillo. La había llevado cerrada en un puño, acumulando toda su furia. Armó el brazo y echó el cuerpo hacia atrás, cargando toda su fuerza en

unos músculos tensos, para dejar que explotara con un golpe seco en la mandíbula de Zacarías.

No se esperaba el golpe y lo recibió laxo, sin oponer resistencia. La cabeza se volteó por el impulso y cayó hacia atrás con todo su peso muerto. Todavía no sabía qué había pasado cuando sintió las rodillas de Víctor clavadas en su pecho; el guardia civil le cogió con

ambas manos del pelo y le levantó la cabeza del suelo; le obligó a mirarle. Desorientado, Zacarías apenas si distinguía la silueta borrosa de Víctor sobre él.

—Vas a decirme todo lo que sabes de Simón —oyó que le decía Víctor.

No era una pregunta. No esperaba respuesta. Sólo le estaba diciendo por qué iba a seguir golpeándole. Víctor

estrelló la cabeza de Zacarías contra el cemento del parking. El dolor hizo que, esta vez, Zacarías se revolviere de rabia. Agitó los brazos e intentó desembarazarse de Víctor. Al darse cuenta de que no iba a ser capaz de apartar las manos de su cabeza, buscó su cara, sus ojos, pero Víctor le evitó tirándole con más fuerza del pelo, clavándole aún más la rodilla en el

pecho para inmovilizarlo y, después, le golpeó de nuevo la cabeza contra el suelo.

Zacarías sintió el calor de la sangre, le recorría la coronilla, se mezclaba con su pelo. Se agitó como un insecto atrapado pero Víctor seguía levantando y golpeando su cabeza contra el cemento. Ni siquiera le dejaba opción a hablar. Zacarías cerró los ojos, mareado por el dolor, y,

poco a poco, también dejó de oponer resistencia. Sólo entonces Víctor se detuvo.

—¿Qué sabes de Simón?

Y, ahora, sí le estaba haciendo una pregunta. Zacarías intentó hablar pero su voz era un murmullo indescifrable. Sentía la brecha de su cabeza, abierta, un hilo de sangre que goteaba sobre el cemento. Víctor levantó la presión de sus rodillas, se puso en pie,

y Zacarías pudo respirar y encogerse en el suelo, de lado, en posición fetal.

—¿Quieres que siga? —le amenazó Víctor mientras recuperaba el resuello.

—No me lo creía... pensaba que... que era mentira...

Víctor le dio una patada en el estómago y Zacarías se encogió aún más. Su cabeza, al arrastrarse por el suelo,

había dejado un rastro de sangre oscura, casi negra.

—Me da igual lo que pensaras. ¿Qué te contó? ¿Quién estaba con él?

—No lo sé. Te juro por Dios que no lo sé...

—¡Sigue hablando!

Zacarías se atragantó con su propia saliva que le rebosaba, sanguinolenta, los labios. Escupió y rompió a llorar por el dolor.

—Me dijo que tenía un

vídeo... con una niña...

—¿Dónde?!

—En el campo... antes de llegar a Barbastro... Pero no lo vi nunca.

Víctor sacó su móvil y marcó el número de Sara. Vio cómo Zacarías cerraba los ojos y se arrodilló junto a él. Lo giró en el suelo y lo zarandeó.

—No te duermas. Vas a llevarnos a ese sitio, ¿me oyes?!

Zacarías sólo pudo murmurar un sí mientras se tapaba la cara temiendo un nuevo golpe.

El corzo es un animal curioso por naturaleza. La sombra del bosque, difícil de atrapar, pero al que la paciencia del buen cazador le puede dar una recompensa. Huye cuando nota la presencia del

depredador invadiendo su territorio. Esquivo y ágil, se oculta entre el follaje del bosque. Hay que saber guiarlo hacia donde se cree a salvo porque, entonces, es posible que el corzo dé una oportunidad al cazador. No hace falta disparar a una estela, lo más probable es errar en ese caso. Cuando el animal sale a campo abierto, antes de lanzarse al valle en su huida, el corzo

no podrá resistirlo. Se detendrá un segundo y mirará atrás para saber quién ha entrado en su territorio, quién le persigue. La curiosidad del animal le dará una última oportunidad al cazador. Si ha sabido esperar el lance, si aguarda el momento bien apostado, tendrá un último disparo para darle caza.

Los faros del coche iluminaron un camino de tierra a la derecha de la carretera. Zacarías les dijo que creía que ése era el sitio del que le había hablado Simón. Víctor condujo por un firme plagado de badenes y piedras, comido por la maleza en gran parte. Sin surcos de vehículos. Un camino que hacía tiempo que había dejado de usarse.

A ambos lados se abrían

unas tierras abandonadas. Antes habían sido terrenos explotados para el pasto de las vacas, pero ya no quedaba allí ningún ganado. El turismo se había ido comiendo los viejos métodos de subsistencia del valle. La ganadería, la agricultura, eran rémoras de lo que había sido en el pasado esa comarca. Sus huellas estaban en esas tierras que, quizá, esperaban la

recalificación para levantar una urbanización. Casas de forasteros.

Sara llamó al cuartel para pedirle a Telmo los datos de propiedad de la finca donde los estaba llevando Zacarías. El agente le dijo que la llamaría en cuanto los tuviera.

Un cielo diáfano hacía que la noche no fuera tan oscura. La luna, en cuarto menguante, el punteo de

pequeñas estrellas a su alrededor, eran suficientes para teñir la oscuridad de un reflejo azulado.

Sara miró atrás y vio la angustia dibujada en el rostro del guardia jurado. Zacarías, recostado en el asiento trasero, se tapaba la herida de la cabeza con las manos, como si intentara también contener el dolor. Cuando llegó al parking de la cafetería y vio las manos

de Víctor manchadas de sangre, pensó que había hecho una locura. Que había perdido el control. La guió hasta el coche contra el que estaba apoyado Zacarías y le contó lo que éste le había confesado: una caseta de aperos de una finca en la carretera de Barbastro.

—Déjame ir contigo —le había pedido Víctor.

—¿Sabes que acabas de mandar a la mierda toda tu

carrera en la Guardia Civil?
—le contestó ella al ver las
heridas de Zacarías.

—Denúnciame después.
Cuando tengamos a Lucía.

Víctor no había perdido el control. Había tomado una decisión. Necesitaban lo que Zacarías sabía y él había entregado su trabajo en la Guardia Civil a cambio. Si esperaban las negociaciones con un abogado, los tira y afloja de Zacarías intentando

sacar partido a la situación, no conseguirían la información a tiempo.

Sara observó a Víctor mientras conducía ahora por ese camino abandonado, cruzando hectáreas de terreno en desuso. Supo que nunca se arrepentiría de lo que había hecho, encontraran o no a Lucía. Simplemente había saldado una deuda. No sólo con ella, sino con toda esa tierra. Con

la gente del valle, su familia, a la que creía que había fallado al dejarse atrapar por Serna.

Víctor bajó una ventanilla para que se disipara el olor a sangre y sudor de Zacarías.

—Llamaremos a un médico cuando lleguemos —le dijo Sara mientras buscaba en el horizonte de ese terreno la caseta de la que les había hablado.

—¿Y si ya no está? ¿Vais

a dejar que me desangre...
aquí...? Tengo que ir a un
hospital... —se quejó
Zacarías.

Pero ni Sara ni Víctor le
contestaron.

Un silencio sólo roto por
el ruido del motor, el viento
que se colaba a través de la
ventanilla. Los quejidos de
dolor de Zacarías.

Tierras y más tierras
baldías.

Sonó el móvil de Sara.

Era Telmo. La finca pertenecía a los padres de Joaquín Castán. Antes destinaban una parte al cultivo de col y otra al ganado, pero hacía años que dejaron de trabajarla.

A la izquierda del camino, en mitad de ese terreno olvidado, vieron la silueta negra de un chamizo. Daba la impresión de que se levantaba de la tierra conforme se acercaban. Sara

colgó. Víctor redujo la velocidad y apagó las luces del coche.

Estaban solos.

Todos los agentes se habían quedado en Monteperdido, apurando hasta el último minuto de luz con la esperanza de encontrar a Ana.

Sara pensó en avisar a la policía de Barbastro pero tampoco quería esperar más.

—¿Tienes un arma? —le

preguntó a Víctor al abrir la puerta del coche.

—En el maletero. Un rifle de caza —le dijo él.

—Cógelo.

Sara se bajó y miró a su alrededor, comprobando cuál era el mejor camino para acercarse a la caseta. Víctor cogió el arma, cerró las puertas y echó el seguro del coche para que Zacarías no pudiera salir. Encendió

una linterna para guiar sus pasos en las sombras.

A un gesto de Sara empezaron a acercarse. Era una pequeña construcción de piedra, techo de uralita a dos aguas. Una puerta metálica de la que colgaba un candado. Una caseta erigida para guardar los útiles de labranza, sin agua ni luz. Nada más que paredes y techo para proteger los aperos de la lluvia, la nieve.

Corrieron agachados aunque nada indicaba que hubiera alguien dentro. En lo alto de una de las paredes había un pequeño ventanuco, los cristales rotos.

¿Por qué le había hablado Simón de ese lugar a Zacarías? ¿Qué escondían ahí?

Víctor se pegó a la pared junto a la puerta.

—Han estado usando este

sitio —le dijo señalando a la huella que la puerta había dejado en el suelo al rozarse con él.

Sara intentó abrir la puerta pero el candado resonó metálico, firme.

—Apártate —le dijo a Víctor.

Disparó contra el metal y el candado saltó en mil pedazos. Tiró de la puerta y abrió la caseta. Víctor iluminó el interior con una

linterna apoyada en su rifle: estaba vacía. En una esquina, un colchón sucio. Botes de comida en el suelo y olor a excrementos. Sara entró y miró los escasos diez metros cuadrados. El cuarto aún conservaba el aire viciado que deja la vida.

—Mierda —murmuró con frustración—. Estaba aquí...

Víctor cogió unas cajas que se amontonaban en una esquina del cuarto. Abrió

una de ellas y descubrió un casco negro de paintball.

—Lo tenemos, Sara —le dijo—. En todo esto tiene que haber huellas. Es nuestro.

Ella prefirió no contestar. Se acercó a las cajas. Después de ponerse unos guantes, las fue abriendo mientras pensaba en Lucía y Ana: ¿dónde estaban ahora las niñas? ¿Regresarían? Delante de ella tenía las

pruebas que, con toda seguridad, le darían el nombre de su secuestrador, pero habría preferido marcharse de Monteperdido sin saber quién era ese hombre a cambio de que las niñas volvieran con sus familias.

Vivas.

En la caja había un teléfono móvil; supo que era el de Simón. El mismo con el que se había hecho la

última llamada a la casa de Ana.

Ahora, las dos estaban perdidas.

Al destapar otra caja vio una cámara de vídeo. Un modelo antiguo. Lo encendió y, al pulsar un botón, la cámara escupió una cinta.

Las siluetas de Ana y Quim surgieron entre los *trémols*

del monte Ármos,
iluminados por los faros de
los coches de la Guardia
Civil.

Burgos había hecho bajar
a todo el mundo de la
montaña en cuanto cayó la
noche; no era un terreno
seguro cuando escaseaba la
luz.

La decepción, la derrota,
era el sonido de sus pasos
mientras recogían sus cosas
y lanzaban miradas perdidas

a la montaña. Dos todoterrenos al pie del terraplén que marcaba el inicio del monte, con los motores encendidos, les daban luz mientras recogían sus cosas. Román había llegado con su pickup; los perros en la parte de atrás. Quería que sus podencos se internaran en la montaña para seguir el rastro de Ana.

Pero, entonces, Quim y Ana salieron de la oscuridad

y se taparon la cara, cegados por los faros.

—¡Me cago en *Deu!* — fue el grito extemporáneo de Burgos al verlos llegar—. ¡Raquel!, ¡Álvaro! ¡Está aquí! ¡Ana está aquí! —Se volvió al grupo de agentes que rodeaba a los padres, que pretendía hacerles desistir por esa noche y llevarlos de vuelta a casa—. ¡Ana está aquí! —volvió a gritarles.

La curiosidad del corzo le dará una última oportunidad al buen cazador.

Sara encendió la videocámara. Atrás quedaban las luces de la ambulancia que se llevaba a Zacarías al hospital, parpadeaban sobre los cristales del coche y el

interior se iluminaba rojo y amarillo de forma alternativa. Puso a reproducir la cinta, subió el volumen. Primero, una imagen de tonos grisáceos desenfocada que, de repente, tomaba cuerpo: el sótano del refugio donde habían estado atrapadas las niñas. El agujero, como lo llamaba Ana. Paredes de piedra desnuda y, en el centro, una cama. Sábanas rosas. La

cámara se movió ligeramente y descubrió a la derecha de la cama a una niña. De pie, abrazada a sí misma y una melena rubia despeinada y sucia tapándole la cara. El ruido de fondo de la grabación se cortó de golpe; alguien lo había borrado. A partir de ese momento, la cinta se convirtió en una película muda en la que la niña levantaba la mirada al

objetivo. Sus profundos ojos negros. Era Ana. Estaba sonriendo. Miraba al objetivo tentadora. Después miró a la cama que tenía al lado y, con un contoneo de cintura a cada paso, se acercó a ella, se puso de rodillas sobre las sábanas rosas. ¿Por qué parecía disfrutar con la situación?, se preguntó. En el visor de la cámara, Sara vio cómo Ana se quitaba la ropa. Una

rebeca primero, una camiseta después. De rodillas sobre la cama, se acarició sus pequeños senos y miró de soslayo a la cámara. Se humedeció los labios con la punta de la lengua.

El silencio de la cinta hacía que la imagen fuera aún más violenta.

Debajo de ese falso erotismo, de esos gestos adultos en el cuerpo de una

niña, había una enorme tristeza. Sara podía verla en sus ojos. En sus labios. Cada uno de los movimientos de Ana estaba suplicando: «Quiéreme».

Sara no pudo contener las lágrimas. ¿Quién puede vivir en esa soledad? ¿Quién es capaz de soportar no ser parte de alguna mirada, cualquiera? Por horribles que sean esos ojos.

Víctor abrió la puerta del

coche.

—¿Estás bien?

Sara se limpió las lágrimas y sólo tuvo fuerzas para decirle que sí con un gesto.

—Ana sabía quién era él. Lo ha sabido desde el principio.

Dijo Sara señalando la esquina inferior de la imagen en la pantalla de la cámara. Se podía ver parte del suelo a los pies de la

cama y, entre las sombras que ésta dibujaba sobre él, un casco negro de paintball.

—No lo llevaba puesto —
entendió Víctor.

En el visor de la cámara, Ana miró al objetivo de la cámara. A los ojos de Sara que, ahora, estaba al otro lado de esa ventana irreal. Imaginó una bombilla que colgaba desnuda del techo y daba a la imagen esa luz amarillenta, sucia. Ana se

llevó un dedo a la boca y luego descendió, acariciándose la barbilla, el cuello, el escote. Mientras intentaba fingir una sonrisa, sus labios se movieron formando unas palabras que Sara no podía escuchar. Estaban dedicadas al hombre que se ocultaba tras la cámara, el que la estaba grabando. Parecía una invitación a ir a esa cama de sábanas rosas con ella.

¿Qué decía Ana en ese silencio?

Sara detuvo la grabación, rebobinó y volvió a poner ese fragmento. Ana vocalizaba dos palabras. ¿La primera era «Ven»? Y, ¿la segunda, un nombre?

Sara levantó la mirada hacia la carretera que se hundía en el túnel del congosto de Fall tras el que se escondía Monteperdido.

—Han encontrado a Ana

—le dijo Víctor mientras se subía al coche y encendía el motor. Sanmartín le había llamado—. Ha bajado del monte con Quim.

Delante de los faros de los todoterrenos parecían siluetas históricas, revoloteando en los haces de una luz polvorienta que, al mismo tiempo, les atraía y les quemaba. Ana guiñó los

ojos, se puso una mano como visera: ¿quiénes eran? Le pareció ver algunos vecinos del pueblo, también agentes de la Guardia Civil. ¿Estaba él entre ellos? Se cogió con más fuerza de la mano de Quim y, al buscar su rostro, encontró una sonrisa tranquilizadora.

Aspiró con fuerza un aire limpio y frío. La noche se había cerrado sobre Monteperdido.

A su espalda dejaba el bosque de *trémols*; las risas de sus hojas se apagaron bajo los gritos de alegría de los que les esperaban al pie del monte Ármos.

Pudo ver a sus padres tomar cuerpo entre esas siluetas: Raquel delante, Álvaro sólo unos pasos por detrás. Corrían hacia ella. Burgos se apartó de su camino para que fueran a recibir a su hija. No

necesitaba ver con claridad sus caras para saber que lloraban de alegría, imaginaba el abrazo que estaba esperándola, el olor y el calor de sus padres; el amor pétreo de su madre, la mirada azul de su padre. El refugio de la familia. Donde vivía la Ana que quería ser.

Sintió cómo la mano de Quim se soltaba suavemente, las yemas de sus dedos se rozaron un

instante más antes de dejarla libre para que corriera a ese encuentro. Dio unos primeros pasos tímidos y, antes de lanzarse al encuentro, miró atrás. Al bosque de *trémols* del que habían surgido Quim y ella, como si mirara a su pasado, como si al girarse esperara verse a sí misma. Esa niña que había vivido en un agujero. Esa Ana amenazada de muerte, despreciada, que

supuraba envidia y rencor.
Una Ana que dejaba atrás,
entre las sombras de los
álamos. Olvidada. Eco.
Nada.

No pudo evitar la
curiosidad; quería ver cómo
esa Ana desaparecía en la
espesura de un bosque tan
negro como sus ojos.

El destello del disparo fue
lo último que vio con
claridad. Un fogonazo de
luz, un relámpago,

restallando entre los árboles del monte y, después, el calor de la bala atravesándole la frente y expandiéndose dentro de su cabeza.

El impacto la hizo caer hacia atrás y, más que caer, tuvo la sensación de sumergirse, de hundirse en las aguas del ibón de Tempestades. Sus ojos le enviaban extrañas imágenes que se iban apagando poco a

poco, conforme descendía a las profundidades; creyó ver dentro de esas aguas negras las estrellas de un cielo al que siempre había deseado subir. Aquellos puntos celestes que llamó por el nombre de la gente que más quería: Lucía, Raquel, Álvaro... y una luna menguante a la que puso Quim y que, aunque sabía que estaba cayendo, tuvo la sensación de que estaba tan

cerca que podría cogerla,
sujetarse a ella.

Un rumor de gritos que
ella pensó que era, en
realidad, el ruido de las
hojas golpeadas por el
viento. ¿O era una fina
lluvia que rompía la lámina
de agua del ibón?

Quiso decir que
estuvieran tranquilos, que no
sentía dolor. Sólo el amor
desmesurado de todas esas
estrellas que la abrazaban y

contenían su descenso suavemente como una red de luz y, después, la elevaban y la llevaban arriba, más arriba. Hasta esa cúpula, campo de palomas, hecha de cielo y agua. Por encima de las tumbas y de los pinos.

Junto a Raquel, Álvaro, Lucía, Quim...

No sabía si ella los había soñado o si eran ellos quienes habían soñado a Ana.

Hasta que su conciencia se disolvió en el cielo de Monteperdido.

«Corre», se dijo, moviéndose rápido entre las sombras de los álamos. No esperó a comprobar el resultado de su disparo. «Mézclate con ellos antes de que tengan tiempo de cercar el monte.» Su respiración agitada, su sudor y su miedo

*pasarían desapercibidos
entre el pánico de todos los
demás.*

Los rifles resonaron
ridículos contra el bosque.
Troncos astillados y hojas
que volaban por el impacto
de las balas, en un estallido
de detonaciones y
chasquidos de luz. Los
perros blancos de Román, en
la trasera de la pickup,

escupido la cabeza de Ana le había salpicado la cara pero parecía no sentir cómo ahora, todavía caliente, resbalaba por su mejilla. Quizá pensaba que eran lágrimas.

Ismael gritaba a los guardias civiles que hicieran algo, que entraran en el bosque a por el hombre que había disparado. Burgos, una estatua de sal, miraba el cuerpo de Ana tendido en el

suelo y, después, los ojos de Álvaro, que ahora, más que azules, le parecieron grises; el padre de Ana no se fijaba en el guardia civil, sino en el bosque que se abría a su espalda. Álvaro dejó atrás a su mujer, a su hija muerta, y, con rabia, le quitó de la mano la pistola a Burgos. Rafael corrió a detenerlo; no valía de nada alimentar el caos. Eso no haría más que facilitar la huida de quien

había disparado. Álvaro lo apartó de un empujón y encañonó a las sombras del bosque. Disparó una y otra vez. Con frustración. Con rabia y, a cada bala, sentía lo inútiles que eran sus disparos: ninguno resucitaría a Ana.

Nicolás apartó a Montserrat del tumulto que se había formado alrededor de Ana. Movieron los coches para que los faros

rastrearán entre el bosque la sombra del asesino, pero el resultado no era más que un juego de luces y sombras inconstantes, que se cruzaban, se encendían y apagaban sin sentido. Caridad corrió junto a Raquel y, al ver que ya no se podía hacer nada por Ana, se abrazó a la madre que seguía sosteniendo la cabeza de su hija sobre sus rodillas, entre sus manos.

Voces que pedían ambulancias se mezclaban con los estallidos de rifles que descargaban al más mínimo ruido del bosque. Ximena corrió junto a Quim, lívido y frágil, como una sábana colgada en mitad del vendaval; Joaquín lo sujetaba entre sus brazos. Le limpió la sangre que le manchaba la cara pero él no reaccionó. Su mirada estaba perdida en esa «cierva de un

solo lado», muerta en el suelo. La misma que, mientras bajaban del ibón, repetía una y otra vez el poema para que él se lo aprendiera: «En un recodo del porvenir profundo, te encontraré de nuevo, cierva blanca de un sueño». Y, sin darse cuenta, murmuró esos versos en voz alta.

El coche de Víctor se detuvo a unos metros de los todoterrenos de la Guardia

Civil. La desgracia, como un río negro, se había extendido mucho más lejos, por las calles de Monteperdido, su carretera. Sara supo que algo había pasado antes de que Pujante, entre lágrimas, se lo contara por teléfono.

Mientras Víctor intentaba poner orden al caos, gritando que sacaran de allí a todo aquel que no fuera guardia civil, Sara avanzó con pasos lentos entre la gente. Vio el

cuerpo de Ana en el suelo; aún tenía los ojos abiertos, clavados en el cielo, como si estuviera pidiendo que la llevaran allí, junto a las estrellas que habían sido su único horizonte en aquellas noches que estuvo secuestrada, cuando las veía a través del techo derruido del refugio. Su boca estaba ligeramente abierta, entre sus labios rojos de sangre había un hueco negro,

profundo: todo lo que Ana no había podido decir. Como en la cinta de vídeo: las palabras habían sido borradas.

Pero no lo suficiente.

Álvaro vació el cargador y cayó de rodillas frente a los árboles como el que se rinde ante un dios cruel. Sanmartín intentó ponerlo en pie sin forzarlo.

Joaquín dejó a su hijo junto a Ximena; Quim,

mareado, daba pasos inestables, como si no pudiera encontrar un firme donde apoyarlos. Ximena lo sostuvo de un brazo y le murmuró algo al oído. Tal vez le pedía que se fueran de allí. ¿Qué más podían hacer?

Era la última derrota.

Un disparo en el corazón de Monteperdido.

Nicolás acompañó a Montserrat hasta el arcén de la carretera y le pidió que se

quedara allí. Después, el veterinario retomó el camino hacia la falda del monte Ármos.

Sara cerró los ojos y pensó en los labios de Ana mirando a la cámara: «Ven», era una de las palabras que había dicho. Estaba segura.

Quim estuvo a punto de caer al suelo y, a duras penas, Ximena consiguió evitar el golpe. Rafael corrió a ayudar a su sobrino.

—Tenemos que irnos de aquí. Nosotros no podemos hacer nada —le dijo.

Joaquín se acercó a Burgos. El guardia civil apenas si podía controlar la ansiedad, los golpes de su corazón contra el pecho. La sangre le bullía, incapaz de recuperar la compostura que se le exigía.

—Dinos qué tenemos que hacer —le dijo Joaquín—.

¿Y si soltamos los perros de Román?

Los podencos seguían ladrando. Corrían en la trasera de la pickup, dibujaban círculos mientras saltaban y ladraban. Román caminó hasta Víctor, aún arrodillado ante ese bosque de álamos que parecía carcajearse de él. Dentro estaba el hombre que había disparado a Ana, pero sabía que adentrarse en él era una

locura: sin luz, no conseguirían más que dispararse entre ellos, presas de la histeria.

Ismael se acercó a Raquel y la abrazó.

—Lo siento —le dijo.

Ella sintió un escalofrío de culpabilidad al notar la piel de Ismael pegada a la suya.

—¡Fuera de aquí! —le gritó—. ¡No te acerques a mi hija!

Todas las miradas se volvieron hacia Ismael, que, avergonzado, trastabilló al ponerse en pie. Miró a esa gente que le clavaba sus ojos de desprecio, a esa familia a la que nunca había pertenecido. Lo veían como a un ladrón que había intentado llevarse a una de ellos. A Raquel. ¿De dónde salía Ismael? ¿Quién era realmente?

Álvaro, incendiado por

los gritos de Raquel, se puso en pie y cruzó el círculo de gente que se había formado en torno al cuerpo de su hija, en el suelo. Levantó la pistola y encañonó a Ismael.

—¡Te estás equivocando, Álvaro! ¡No hagas una locura! —gritó él. Levantó las manos y retrocedió, asustado.

Pero Álvaro no escuchó a Ismael ni a Víctor, que también le pedía que bajara

su arma, y apretó el gatillo. El percutor sonó hueco. El tambor estaba vacío. Había dejado todas sus balas en el bosque.

Ismael, llorando, cayó de rodillas al suelo.

—Me dejaron soñarte pero... —empezó a murmurar Quim ante el cuerpo de Ana, pero fue incapaz de terminar uno de los versos que ella le había enseñado mientras bajaban

la montaña. Su pelo rubio teñido de sangre ahora, su piel tan blanca como la nieve se atragantaban en su garganta. Y las palabras se quedaron atoradas, repitiendo una y otra vez «soñarte pero no ser...».

Rafael lo cogió de la cintura e intentó que diera la espalda a la niña, apartarle de sus ojos negros, muertos, mientras su sobrino seguía murmurando «no ser...».

—Olvídate de esa poesía
—le ordenó Rafael.

Quim no pudo reprimir una carcajada violenta, casi un grito. Pero no pudo decir nada más, como si le hubieran vaciado todo el aire de sus pulmones, incapaces también de volver a llenarse, repletos de odio y miedo y frustración.

Sara seguía inmóvil en mitad del vaivén de hombres y mujeres. Intentó apartar de

sus sentidos las lágrimas y los gritos, el dolor que flotaba entre ellos, tan carnal que habría podido cogerlo con las manos. Sara cerró los ojos y ante la pantalla de sus párpados volvió a ver los labios de Ana en la grabación: «Ven», había dicho y, después, un nombre.

Víctor le dio la espalda al bosque. Pujante intentaba explicarle cómo había

sucedido todo. El regreso de Ana, el disparo que surgió de la oscuridad y el caos posterior. El desorden. Un buen cazador, pensó Víctor. Alguien que sabe moverse rápido y esperar su oportunidad. La suya habría sido justo en ese segundo; cuando la incomprensión por lo que había pasado al ver caer al suelo a Ana hubiera apartado todas las miradas del bosque. Entonces habría

huido. No montaña arriba; el terreno, de noche, era tan difícil para ese cazador como lo era para ellos. Sino hacia abajo. Como había estado haciendo desde el principio: cobijándose entre ellos, como si fuera uno más.

Su mirada viajó de Joaquín a Nicolás. Álvaro. Ismael. Rafael.

«Ven», había vocalizado muda Ana. «Quiero oírte»,

se murmuraba Sara. «Dime quién era, Ana.» Sus labios se abrían sólo un poco al principio, después de un breve parpadeo, dibujaban un círculo, una vocal abierta, para volver a cerrarse hasta dejar una delgada línea entre ellos. Tres sílabas.

—¿Cómo sabías que era una poesía? —dijo Quim y, al mirar a su tío, vio la rabia en sus ojos.

Rafael lo empujó hacia la

carretera; intentaba parecer suave, pero sus gestos eran cortantes como una lámina de metal. Llevaba colgado a la espalda el rifle y, al ver que Quim se separaba de él, pasó el cinto por encima de su cabeza, el rifle bajo su brazo, la mano en el gatillo. Quim quiso gritar pero las palabras se ahogaron antes de salir; sin querer, caminando hacia atrás, buscando refugio, se había

situado tras el coche de algún vecino. Se había quedado solo.

«¿Quién puede vernos?», parecía que le decía Rafael al acercarse a él. Le dio un empujón a Quim, que cayó al suelo, bloqueado por el miedo. Rafael cargó el rifle en su hombro derecho.

«Ven, Rafael», acabaron por decir los labios de Ana, y Sara abrió los ojos.

Buscó entre la gente; vio a

Víctor caminar hacia ella, a los agentes alejando a los civiles de la montaña: Álvaro y Joaquín, Nicolás. Dio unos pasos intentando encontrarle. Ana en el suelo, muerta en el regazo de Raquel. Caridad, a su lado, la consolaba. Ismael ya pisaba la carretera, alejado de ese círculo de sombras y siluetas. Ximena estaba sentada en el suelo, las manos hundidas en la cara.

Sara empuñó la pistola y buscó su rastro hasta encontrarlo tras un coche, en la orilla de la carretera. Rafael tenía el rifle apoyado en su hombro; en el suelo se arrastraba, asustado, Quim: entonces oyó el grito que hasta entonces el chico no había sido capaz de liberar. Un grito de miedo y de socorro que se mezcló con el ruido del disparo de Sara.

La bala de la policía

atravesó el hombro derecho de Rafael, que, al recibir el impacto, soltó el rifle y, después, cayó hacia delante, estrellándose contra el suelo que le separaba de Quim. Él, lleno de rabia, le pateó la cara hasta que Víctor corrió a separarlos.

Sara miró a su espalda. Al cuerpo de Ana, que reposaba sobre los muslos de su madre; a Álvaro, que besaba su cadáver.

Cierva blanca

—Lucía está muerta —
fueron las primeras palabras
de Rafael en la sala de
interrogatorios.

Después miró el espejo
que les separaba de la

habitación donde el resto de los agentes escuchaba su declaración. Estaban ahí, al otro lado, pero Rafael sólo se fijó en el reflejo de su propia cara en el cristal, en sus ojos bañados de lágrimas, y esbozó algo así como una sonrisa. Parecía satisfecho al descubrirse llorando.

La sangre supuraba el vendaje que le tapaba el hombro derecho donde le

había disparado Sara. No tardaría en aparecer la ambulancia, la policía de Barbastro y, seguramente, los altos mandos. Se lo llevarían al hospital y, a partir de ahí, Rafael iría desgranando su historia con cuentagotas.

—¿Dónde está su cuerpo?

—le preguntó Sara.

—En el barranco del Cajigar. —Y sólo entonces

Rafael la miró directamente
—. ¿Sabes dónde está eso?

—A unos dos kilómetros
de la caseta donde la tenías
encerrada.

Rafael pareció felicitarla
con un leve gesto de cabeza.
Pero no pudo evitar una
corrección:

—Yo no la tenía
encerrada. Nos
escondíamos.

Mientras, al otro lado del
cristal, Víctor ordenaba a

varios agentes que fueran al barranco que había dicho Rafael. A pesar de estar suspendido, los agentes del cuartel seguían obedeciendo sus órdenes como si aún estuviera al mando. El barranco del Cajigar tenía una caída de casi cien metros, estrecha, una sima pegada a otra montaña, inaccesible en su interior. Si Lucía estaba en el fondo, tardarían semanas en

encontrar su cadáver, si es que conseguían hacerlo antes de que cayeran las primeras nieves.

—¿De qué os escondíais?

—le siguió preguntando Sara a Rafael.

—De ti. —Y después de señalar el cristal que les vigilaba, añadió—: De todos. Nadie entendía qué éramos.

—Ni siquiera Ana.

—Ella menos que nadie.

—Y en sus palabras se deslizó el desprecio.

Sara tomó aire: ¿quién necesita entender al monstruo? ¿Quién quiere habitar su piel?

Y, después, pensó en algo que le había dicho Santiago: «Pocas veces nuestro trabajo consiste en salvar a los inocentes. La mayoría de las ocasiones lo único que podemos hacer es entender al monstruo».

Rafael acababa de cumplir los cuarenta y tres años. Recordó su tarta de cumpleaños, bizcocho de chocolate y una fina capa de mermelada en medio. Sus labios agrietados soplando las velas con desgana como si no le importara envejecer; los años eran un trámite, eso aparentaba. O, quizá, ese aire de indolencia era fruto de que los que pretendían ser su familia y le rodeaban en

aquel momento con palmadas y risas no eran más que extraños y él era incapaz de disimular que era ajeno, quizá inmune, a sus felicitaciones.

Una isla dentro de otra isla: Rafael en Monteperdido.

—¿Cómo murió Lucía?

—Y, al preguntárselo, Sara recordó el olor a tierra mojada que había quedado en el pueblo al día siguiente

del asesinato de Santiago: el sabor arenoso del aire; la intensidad del olor a pino y agua limpia. Esa naturaleza que, más que rodear Monteperdido, era Monteperdido. Su sangre, su carne.

—Preferiría no hablar de eso —le contestó Rafael—. Simplemente pasó. Tuvo que pasar.

—Me podrás engañar a

mí, Rafael —le contestó ella —. Pero no a la culpa.

—Si Ana hubiera seguido callada, nada de esto habría pasado. —Y la rabia contra Ana sonó tan real que casi pudo ver el dedo de Rafael apretando el gatillo en el bosque del monte Ármos.

—¿Por qué no me lo explicas todo, desde el principio?

—No me vengas con que

quieres entenderme... —le respondió él con desprecio.

—No me hace falta. Ya te entiendo: estabas solo. En este pueblo, cada uno había encontrado su hueco. Para unos sería más cómodo y para otros, no tanto. A lo mejor había quien sufría y seguirá sufriendo por el sitio que le ha tocado en el mundo. Pero, a pesar de todo, forma parte de la rueda. Del día a día de

Monteperdido: saben dónde tienen que estar y, seguramente, dónde estarán mañana. Tú, no. Tú estabas fuera. No eras parte de ningún engranaje: la rueda seguía dando vueltas y no tenía ninguna necesidad de que estuvieras dentro. Incluso molestabas. Lo único que hiciste fue buscarte ese hueco. Hacerte indispensable de alguna forma. ¿Quién no necesita

eso? No digo indispensable para todo el mundo. Con ser indispensable para una persona basta. Una esposa. Una hija. De esas dos cosas, ¿qué era para ti Lucía?

Rafael la había escuchado en silencio y, sin pretenderlo, había ido haciendo suyo el razonamiento de Sara. Él nunca había pensado en ruedas ni engranajes. No usaba la palabra

«indispensable» cuando intentaba definir la necesidad que le había llevado a Lucía. Él prefería llamarlo amor.

—Era mi esposa —acabó por reconocer Rafael, y en su gesto y sus palabras sólo había orgullo.

Cinco años atrás. Incluso antes. Siete años. Rafael supo de la inundación de Monteperdido por la televisión. Entonces estaba

trabajando en
Latinoamérica. En el hotel,
antes de dormir, veía el
canal internacional de
televisión esperando que las
noticias que allí daban le
sonaran como propias. Sin
embargo, los reportajes
sobre el turismo en el sur o
las olas de calor no le eran
menos extrañas que las que
veía en los informativos de
Argentina o Uruguay.

En aquella habitación

impersonal de hotel, en mitad de una carretera que nacía en ningún sitio y se perdía en el sur de Argentina, escuchó al presentador hablar de las víctimas de la inundación en Monteperdido. Reconoció en las imágenes la mirada desesperada de los que habían sido sus vecinos y supo que, si hubiera sido él el desaparecido bajo las aguas del Ésera, no habría

provocado tanto dolor,
tantas lágrimas.

¿Qué habrían dicho a los
reporteros de él? ¿Lo
recordarían, al menos, a la
mañana siguiente?

Se tumbó en aquella cama
y fue incapaz de dormir. En
el parking del hotel estaba su
camión. Si esa noche sufría
un infarto y despertaba
muerto, no significaría más
que un incordio para el
chaval que le había dado las

llaves del cuarto, un retraso para el juicio que le había contratado en Buenos Aires. Pasarían semanas hasta que la noticia llegara a Monteperdido y, para entonces, su cuerpo ya habría sido incinerado para ahorrar los costes de conservación.

Imaginó en una balanza su muerte lejana y solitaria contra la tragedia de las

cinco víctimas que se había cobrado la inundación.

Todos esos cadáveres dejaban huecos en las vidas de otra gente y, sin embargo, él no dejaba ni siquiera ese vacío. Ya se había convertido hacía muchos años en un agujero, en un ser transparente que no tenía peso en la vida de nadie.

¿Qué le había llevado a transformarse en un hombre solo? Era incapaz de darle

una respuesta a Sara. Un hecho concreto que hubiera empezado a quitarle presencia, a eliminar su rastro hasta ser poco más que un recuerdo.

Le habló de sus padres: murieron jóvenes. Montserrat y él se convirtieron en huérfanos cuando apenas habían cumplido los veinte años. Sin embargo, no podía decir que aquella pérdida —de

cáncer su madre, un infarto su padre— fuera especialmente traumática. Rafael ya había empezado a trabajar en la carretera. Nunca tuvo un camión propio, pero, desde los veinte años, cuando entró en una empresa de Barbastro, no había dejado de trabajar al volante. La muerte de su padre fue repentina y él se enteró de ella cuando estaba en Oporto. Montserrat le

llamó para contárselo y, aunque podía oír el llanto de su hermana al otro lado del teléfono, él apenas si lloró. Aquel día desayunó en un bar que olía a salitre frente al Atlántico; la paredes húmedas del local le recordaron a la tierra de Monteperdido a primera hora de la mañana, sudando agua del rocío.

Lamentó esas pérdidas porque, al desaparecer sus

padres, también se perdía una parte de su propia vida. Una infancia que calificó como normal, incluso aburrida. Excursiones a los montes que rodeaban el pueblo, las charlas que le daba su padre sobre los animales que vivían junto a ellos: los corzos, los jabalíes, los sarríos.

—Si estás buscando algo así como que mi padre abusaba de mí, no lo vas a

encontrar —le dijo Rafael, incómodo al tener que hablar de una época que le resultaba tan lejana que apenas la consideraba suya.

—¿Cuándo volviste a Monteperdido?

—A los tres o cuatro meses de la inundación. En invierno.

Al recordar aquel regreso, Rafael se quedó un segundo en silencio, la mirada perdida más allá de Sara,

como si aún pudiera ver la
nieve que cubría las calles,
las casas. El frío y la gente
embutida en sus abrigos
oscuros caminando
encorvada para hacer frente
al viento mientras él paseaba
hasta la casa de su hermana.
Montserrat le animó a entrar
al abrir la puerta. Llevaba un
jersey de lana gris que le
quedaba grande, podía
recordarlo, con dibujos de
rombos en blanco. La

sensación de calor al pisar el hogar y que su hermana cerrara la puerta; una oleada procedente de la chimenea del salón, el fuego hacía crujir unos troncos de álamo. Debía de ser media tarde y, a pesar de eso, la luz escaseaba; un cielo plomizo tapaba el sol. Montserrat le abrazó entonces y empezó una retahíla de reproches que querían simular cariño por no haberle avisado antes

de que volvía al pueblo, le habría preparado la habitación, ¿has visto cómo está el puente del colegio? Sigue hundido.

Rafael había hablado por teléfono con su hermana al día siguiente de ver la noticia de la inundación en aquel hotel de Argentina.

Ella le contó que había sido un infierno, cómo Joaquín había salvado a Lucía de que cayera al

Ésera. Para Rafael fue una llamada de cortesía.

Y, sin embargo, había vuelto.

Montserrat le preguntó si quería tomar algo y lo acompañó al salón. Frente a la chimenea había extendida una alfombra, creía recordar que estaba hecha de piel de ciervo, y, arrodillada sobre ella, iluminada por el resplandor intermitente del fuego, estaba Lucía. Jugaba

abstraída con unas muñecas y no levantó la mirada hasta que su madre le ordenó que saludara a su tío. Lucía desplazó sus ojos rasgados sólo un poco para mirarle y murmurar un «hola» displicente antes de volver a su juego. Sus muñecas. Montserrat no le llamó la atención ni la obligó a levantarse. Su hermana ya estaba yéndose hacia la cocina para prepararle un

café mientras Rafael seguía clavado en el salón, con el abrigo puesto y las manos escondidas en los guantes y estos en los bolsillos. El calor le había hecho empezar a sudar pero, no sabía bien por qué, todavía no se había quitado la ropa de abrigo. Lucía murmuraba voces impostadas mientras movía a sus muñecas por el suelo y le daba la espalda. Después, la niña se recostó

suavemente en el suelo para mirar la cara de la muñeca que manipulaba con su mano izquierda desde abajo y Rafael se descubrió recorriendo la curva de su cuello, desnudo ahora que el pelo había caído tras su espalda, el ángulo de su hombro, que asomaba tímido por el cuello de una camiseta que había cedido por el uso, el arco de su espalda hasta el culo y las

piernas encogidas como si fuera un bebé, los leotardos rozándose en los muslos, suavemente.

Se sintió mal al saberse excitado y respondió brusco a su hermana cuando ésta le dijo que se quitara el abrigo y lo dejara en cualquier sitio.

No iba a hacerlo. Tenía miedo de que se diera cuenta de que se había empalmado.

Salió de aquel salón y le dijo a su hermana que había

reservado una habitación en el hostel La Renclusa, no quería molestar. En realidad necesitaba huir de esa casa cuanto antes, apartar la imagen del fuego y las curvas de Lucía. Tenía nueve años. No estaba bien.

Pero fue incapaz de irse de Monteperdido.

Joaquín le dio trabajo en su empresa, se alquiló una casa al sur del río, algo apartado del centro del

pueblo. Subía al monte a observar a los animales y a cazar cuando no estaba en la carretera. Le apasionaban los corzos; tan frágiles, tan esquivos, tan curiosos.

Siguió viendo a Lucía. En la plaza, en el parque, en la casa de su hermana.

Él se mostraba huraño con la niña aunque, en realidad, era incomodidad. Torpeza. Rubor.

Se descubría mirando las

manos de la niña, sus ojos
juguetones, su risa. La oía
hablar con su madre, con su
vecina, Ana, y poco a poco
fue creando las
justificaciones que
necesitaba para poder
mirarla, escucharla y tocarla
sin sentirse sucio.

Quería a Lucía. La quería
más que a nada en el mundo
y la quería para él.

Pero, también, quería que

ella tuviera la misma necesidad de él.

—No pude esperar — reconoció Rafael—. No fui capaz. Estaba creciendo delante de mis ojos y... ¿quién era yo para ella? El tío aburrido... ¿Qué dirían sus padres de mí cuando yo no estaba? Que estaba solo. Que no hacía amistades en el pueblo... Que iban a tener que cargar conmigo como con un viejo...

Rafael se encerró en las obsesiones de cualquier enamorado. No sólo le preocupaba cómo mirar a Lucía, sino cómo Lucía le miraba a él. Y le desagradaba imaginar que en esa mirada había pena o, aún peor, indiferencia.

Apenas si existía para ella y decidió cambiar las cosas.

Al principio fue poco más que un sueño con el que jugaba a la hora de dormir.

Después pasó a ocupar tiempo en las horas que no tenía nada que hacer. Cómo coger a Lucía, cómo llevársela a su lado, cómo tenerla siempre consigo, sólo para él.

Ni siquiera cuando empezó a construir el sótano del refugio pensó que sería capaz de hacer realidad esas fantasías. Retrasaba su regreso de los viajes que hacía con el camión y se

quedaba un día, a veces dos, en el refugio. Excavando, poniendo los pilares que habrían de sujetar el techo.

Entre las cosas que iban y venían a través de Transportes Castán, estaba el material para el negocio de Gaizka en la montaña. Los descensos, el rafting, las batallas de paintball. Rafael se quedó con uno de los cascos que llegaron en un envío. Le pareció que podría

serle útil; la fantasía poco a poco iba invadiendo la realidad.

Muchas veces volvía a Monteperdido sólo por ver a Lucía. Se sentaba en su coche, en el cruce de la carretera de Posets, y la veía caminar con la mochila a la espalda, hablando y riendo con Ana. Algunas veces, también con Ximena. A la vuelta del colegio.

Vivió con la ansiedad del

novio que planea la declaración de amor los meses previos. No quería hacerlo en invierno, habría sido demasiado duro para ella llegar al refugio en mitad de una nevada, tampoco en verano: el turismo había multiplicado el número de visitantes al pueblo, que se saturaba en los meses de julio y agosto.

Esperó al comienzo del otoño. Octubre le pareció un

buen mes y, sólo entonces, se dio cuenta de que iba a hacerlo.

—Ana no debería haber estado allí —reconoció Rafael y, al decirlo, parecía querer culparla de todo lo que había venido después—. Era martes. Ana tenía clases de piano con Ximena. Lucía cruzaba el bosque sola todos los martes, aunque su madre le dijera que no fuera por ahí cuando no estaban sus

amigas. Luego supe que se habían peleado con Ximena... Yo estaba esperando a Lucía. Había cogido un poco de sedante de los dardos para animales que hay en la Sociedad de Cazadores... Ni siquiera me vio llegar. Le tapé la boca y le inyecté un poco de sedante...

Rafael siguió recordando cómo la llevó a su coche; lo había dejado aparcado en la

linde del bosque. Nadie le había visto llegar. Poco después, apareció Ana y, por miedo a ser descubierto, decidió sedarla a ella también y meterla en el coche, Rafael no dejó de mirarse la palma de la mano izquierda, aún podía sentir en ella el tacto de los labios de Lucía al abordarla en el bosque. Su primer beso.

—No soy un asesino —le dijo cuando Sara le preguntó

por el paseo que le dio a Ana al poco de meterlas en el refugio—. Debería haberla matado. Eso es lo que habría hecho un asesino, pero yo no lo soy. No fui capaz de pegarle un tiro. La cuidé tan bien como a Lucía, aunque hubiera preferido que no estuviera allí ni un solo día. Se pasaba todo el tiempo malmetiendo a Lucía, diciéndole que era un loco, un enfermo. Estaba celosa.

Eso es lo que le pasaba de verdad a Ana: celos. De lo que teníamos Lucía y yo. Y de que ella estuviera siempre al margen. Lucía la quería y hacía lo que podía para que se sintiera bien, pero Ana no aguantaba saber que sobraba.

Sara no pudo evitar imaginar a Ana atada a una viga del refugio, la mirada perdida a través del agujero del techo en las estrellas del

cielo de Monteperdido.
Despreciada, humillada,
rechazada continuamente.
Sabía que el sufrimiento de
Lucía durante el secuestro
no habría sido menor, pero
era incapaz de sustraerse al
sentimiento de identificación
que tenía con Ana. Como
ella, Sara se había
convertido en el elemento
discordante de una familia
que habría preferido borrar
su existencia. Sus padres,

como Rafael, tampoco eran asesinos. No fueron capaces de descerrajarle un tiro en la cabeza aunque, a veces, pensaba que lo habría preferido. Un final inmediato, una toma de postura evidente, no esa distancia insalvable que sus padres le imponían a Sara. La misma que Rafael había creado con Ana. ¿Qué culpa tenía ninguna de las dos de estar donde estaban? ¿Qué

responsabilidad podían
achacarles?

Y, al pensar en todo eso,
Sara también entendió por
qué Ana jamás había
delatado a Simón.

—Me habló de él Zacarías
—le dijo Rafael—. Me
contó que vivía por detrás de
Ordial y que había
coincidido con él en
Martutene. A Simón se las
habían hecho pasar canutas
por pederasta.

Al principio, todo le había resultado más sencillo de lo que esperaba. Coger a las niñas, acudir regularmente al refugio para llevarles comida y comprobar que estaban bien fue fácil. Debía tener un poco de cuidado para evitar que la Guardia Civil no sospechara de sus movimientos, pero su trabajo con los camiones y la ausencia de Joaquín para controlar sus idas y venidas

le daban la coartada necesaria.

Mientras el pueblo se derrumbaba por el golpe y el estupor, Rafael se deleitaba al comprobar cómo cada detalle de su plan funcionaba. Sentado en la cocina de su hermana, cuando Montserrat se hundía en una crisis nerviosa y su marido daba alaridos absurdos, como un animal que grita que le abran la

puerta y es incapaz de darse cuenta de que lo único que tiene que hacer es girar la manivela, Rafael fingía empatía. Abrazaba a su hermana, daba su apoyo mudo a Joaquín. En esa casa, sólo Quim parecía resistir a la estupidez. Al poco tiempo, el hermano de Lucía ya estaba intentando reconstruir una vida que sus padres se empeñaban en negarle.

Sintió pena por él al ver cómo su sobrino desaparecía de la vida de los demás. Lucía le había ganado todo el espacio y para él no quedaba nada. Por eso le dio cierto cobijo: en su casa, preocupándose de sus estudios o dándole dinero que él sabía que se gastaba en fiestas o en el hachís de Gaizka.

Rafael no quería salvarle de nada. Sólo quería decirle

que se había dado cuenta de que se estaba hundiendo y que le daba pena, aunque no pretendía tenderle ninguna mano.

En el fondo, sus papeles de cuidador de Quim, de hombro de Montserrat o de abnegado trabajador de Joaquín, le venían bien. Eran más y más capas para ocultar al verdadero Rafael. Al hombre que había arrastrado a dos niñas al

interior de la montaña, al sótano de un refugio.

Los primeros pasos de la Guardia Civil, las batidas por la montaña, los perros rastreadores, las pasadas en helicóptero buscando alguna huella, fueron inútiles. Sólo una vez estuvieron cerca de descubrirle. Un grupo de agentes llegó hasta el refugio donde estaban las niñas. Pisaron el suelo bajo el que se escondían. Ana y

Lucía permanecieron
calladas mientras la Guardia
Civil paseaba por su techo.
Un ruido. Un grito. Una voz
demasiado alta. Las habría
delatado, pero Rafael se
había trabajado su miedo.
Los agentes buscaron
señales de uso reciente de
esa cabaña al borde de la
ruina y, al no hallarlas, se
marcharon. La tacharon del
mapa y jamás volvieron a
acercarse al lugar.

Durante las primeras semanas de encierro, Rafael usaba el casco de paintball para bajar a ver a las niñas. No les hablaba apenas. Sólo lo justo para alimentar su indefensión. Para asegurarse de que cada vez que oyeran ruidos en el piso superior ellas se escondieran en una esquina del sótano y guardarán el mismo silencio que guardan los muertos.

—Nunca pensé cuánto

tiempo podría durar —
murmuró Rafael con una
media sonrisa—. Creo que
eso no llegué a planteármelo
nunca. Empecé y... —Su
voz se quedó colgando en el
aire, como si aún no fuera
capaz de decir que había
acabado.

Los meses fueron pasando
y, con ellos, la investigación
se relajó. La presión
alrededor de las niñas ya no
le obligaba a medir cada uno

de sus pasos. Superó el primer invierno, el primer verano. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no podía mantener esa situación él solo. Cualquiera día, a él podría pasarle algo o tendría que ausentarse demasiados días. ¿Quién iba a cuidar entonces de Lucía? ¿Quién les llevaría agua y comida? El refugio estaba en un valle y, cuando las lluvias se alargaban días, corría riesgo

de inundación. El agua se filtraba al sótano y Rafael tenía miedo de que, si esas lluvias le sorprendían fuera de Monteperdido, cuando regresara al refugio podría encontrar a Lucía ahogada.

Por eso se acercó a Simón Herrera. Lo hizo lentamente y siempre lejos del pueblo, al margen de miradas de los vecinos que pudieran reconocerles. En Barbastro, incluso más al sur. En

Monzón. Lo invitaba a beber, hablaban de mujeres. Hablaban de niñas.

Rafael jugó con la tentación; le dijo que podría llevarle a un sitio donde había dos niñas a las que podría mirar desnudas. Le dijo que no le pasaría nada. Le dijo que nadie sabría jamás que habían estado en ese lugar. Hasta que, un día, lo llevó al refugio.

De rodillas en el suelo,

Simón miró a través de la estrecha rendija que dejaba la trampilla por la que se bajaba al sótano. Entre las sombras del agujero, Simón pudo ver a Lucía y Ana. Jugaban, se vestían y a veces, ajenas a que eran observadas, paseaban sin ropa para soportar el horno en que se convertía el lugar durante los meses de verano.

—Eres tú quien aparece

en el vídeo con Ana, no Simón —le acusó Sara.

Como ráfagas de metraje de otra película deslizándose ante sus ojos, Sara no pudo evitar recordar imágenes de esa cinta mientras intentaba centrarse en Rafael y en las circunstancias que provocaron la realización de ese vídeo.

Él no dejaba que Simón hablara o tocara a las niñas.

Sólo bajaba al sótano para dejarles comida.

Después de que Ana se arrodillara en la cama y hablara a cámara, invitándolo, una figura surgía delante de la imagen. Primero borrosa; luego, al llegar a la cama, más nítida. Un hombre desnudo con ese casco tapándole la cabeza: Rafael. Después, una violación. ¿Por qué cruzó esa barrera?

—Al principio, Simón aceptó las reglas —le explicó Rafael—. Pero luego mirar a través de la rendija o bajarles comida no le pareció suficiente. Quería algo más.

Sara recordó a Rafael, en la grabación: cómo se situaba detrás de Ana y ella hundía la cabeza en el colchón y agarraba con fuerza las sábanas rosas que lo envolvían. Todo el falso

erotismo con el que Ana había jugado desapareció de su rostro, en el que, como en un desierto, sólo quedaba miedo.

—Simón no era capaz de tocar a las niñas —recordó Rafael. No se sentía cómodo hablando de lo que había llegado a hacer con Ana—. Pero quería verlo. —Como el niño que se justifica después de una trastada, añadió—: Jamás toqué a

Lucía. No habría sido capaz. Me habría gustado. Claro que la deseaba, pero no quería que, si pasaba, fuera a la fuerza...

Sara se sintió sucia, pegajosa, como si llevara la piel de Rafael sobre la suya. Como si en la punta de sus dedos pudiera sentir el tacto de la piel de Ana aquel día, en el agujero, sobre unas sábanas rosas. Tuvo ganas de vomitar y contuvo el

impulso de ponerse en pie y sacudirse esa sensación. Le habría gustado salir de la sala y ocultarse bajo un río de agua pura que arrastrara toda la perversión que se había pegado a ella como polen. Le habría gustado insultar a Rafael, llamarle hijo de puta, decirle que le daba asco, pero tenía que llegar al final del relato.

Cerró los ojos y buscó una imagen que le tranquilizara

y la encontró al recordar que Ana había aprendido a nadar con Quim en el ibón. Quiso ver su cuerpo rodeado por ese agua cristalina del lago, limpiándola de todos esos recuerdos, transformándola en la niña que nunca debió dejar de ser.

—¿Quieres que siga? — oyó que decía Rafael y al mirarle de nuevo le vio hundir la mirada en la mesa. De la misma forma que

había defendido con seguridad lo que sentía por Lucía, sentía vergüenza al recordar el vídeo con Ana.

—Tengo que entenderte, Rafael, es mi trabajo —le dijo Sara—. Pero no esperes que te perdone.

—Yo tampoco lo hago —reconoció él.

Sin embargo, su arrepentimiento no parecía deberse a lo que le había hecho a Ana. Al dolor

generado, sino a la traición que había significado para lo que él imaginaba que tenía con Lucía.

Esa grabación fue lo que inició la inestabilidad en la situación que Rafael había creado.

Simón veía de forma compulsiva el vídeo y su obsesión empezó a focalizarse en Ana. Quizá ya lo había hecho antes, pero hasta entonces Rafael no fue

consciente. Hablaba de ella sin parar, mostraba su predilección cuando las circunstancias lo convertían en el único carcelero de las niñas, les daba las comidas que Ana prefería, los escasos caprichos que ella pedía. Lucía se lo contó a Rafael.

También empezó a temer que pudiera ser indiscreto; le daba la sensación de que el placer de Simón al contemplar el vídeo se

multiplicaba cuando, además, podía vanagloriarse de hacerlo. Lo había hecho con él. Le recordaba segundo a segundo cada fotograma de esa grabación. Los gestos de Ana, cómo se colocaba el pelo o qué hacía con las manos. A Rafael le desagradaba profundamente que insistiera en recordárselo y le cortaba siempre que podía pero ¿y si

buscaba otros oídos para escuchar su relato?

Decidió reducir la presencia de Simón en el refugio, limitar a lo imprescindible que viera a las niñas, en especial a Ana. Pero Simón no hacía caso a sus órdenes. Más de una vez lo descubrió merodeando el refugio mientras él estaba allí.

Debería haber hecho algo, pero Rafael dejó pasar el

tiempo. Simón construyó una fantasía alrededor de Ana como la que él había construido alrededor de Lucía. Simón quería protegerla, apartarla del maltrato al que la sometía Rafael. ¿Qué habría hecho con ella si no hubieran caído por ese barranco al huir?

—No lo sé —dijo Rafael y, al mismo tiempo, estaba diciendo: «Me da igual».

Sara entendió por qué

Ana no había querido implicar nunca a Simón en lo que había pasado. Es posible que no tuviera claro quién era ni qué parte de responsabilidad tenía en su encierro pero, al sacarla de allí, para Ana había sido su salvador.

Se había convertido en la persona para la que ella era importante y, en ese momento, Ana era lo que más necesitaba. Descubrir

que su vida valía algo para alguien. Para quien fuera.

Pujante dio unos golpes en la puerta y entró en la sala de interrogatorios. Se acercó a Sara y le murmuró algo al oído. Víctor le había pedido que entrara; él, suspendido, ni siquiera debería estar en las instalaciones de la Guardia Civil.

—Han encontrado un pañuelo rosa, como una

muselina, al lado del cortado del Cajigal —le dijo Sara a Rafael cuando Pujante se hubo ido—. Supongo que es de Lucía.

Rafael había estado huyendo, casi de forma desesperada, desde que encontraron el refugio. Todas las fortificaciones que había levantado a lo largo de los años se habían ido derrumbando y buscaba parapetos temporales en los

que esconderse, pero la policía seguía avanzando, cercándolo cada vez más.

Así había sido el último mes.

Ana sobrevivió al accidente. Él estuvo en el hospital. Se aseguró de que la niña le viera y recordara la amenaza que regularmente había dejado caer sobre ella: «Un día te mataré». Esperaba que eso

fuera suficiente para asegurar su silencio.

El miedo.

Supo que se estaban acercando al refugio y decidió quemarlo. Huyó con Lucía pero, al estar las carreteras de salida cortadas, no pudo llevársela lejos. Se escondió en el Ixeia. Durante unos días usó las instalaciones abandonadas del túnel que iba a cruzar los Pirineos.

Hasta que el día de la tormenta, Marcial recaló allí con su madre. Esa noche estaba nervioso. Desde que vio los faros del coche iluminar la entrada, se volvió rígido, un cristal que podía estallar en mil pedazos. Fueron los nervios los que le llevaron a pegar a Lucía; nunca lo había hecho antes, nunca había perdido el control de esa forma.

A pesar de todo tuvo

suerte. Pudieron salir del túnel sin que Marcial los viera. Huyeron campo a través y, poco después, descubrió que habían levantado el control de carreteras. Cogió el coche y bajó por el valle hasta las tierras de los padres de Joaquín. Había usado la caseta de aperos en otras ocasiones, para encontrarse con Simón, para enseñarle la cinta de vídeo. Sabía que

esas tierras estaban abandonadas y nadie pisaba la caseta.

Allí tuvo a Lucía desde entonces.

La muerte de Santiago, las noticias de los periódicos sobre Sara, le hicieron tener esperanzas de nuevo: quizá la investigación entrara en un punto muerto.

—En cuanto se tranquilizaran las cosas, iba a coger a Lucía y salir del

valle en el camión —recordó Rafael.

Pero no fue así. Sara seguía dando pasos, lentos, como cuentagotas, pero siempre hacia él. El descubrimiento de que había dos personas implicadas en el secuestro, las muñecas que encontró Nicolás, la implicación de Simón.

Y, entonces, Ana perdió el miedo y habló. Lo supo a través de Quim. Si Ana abría

esa espita ya nada podría detenerla. Hizo que Lucía la llamara; eso provocó que la niña desapareciera y deseó que la montaña se la tragara para siempre, que la hiciera desaparecer.

Era un sueño imposible. Tarde o temprano, Ana bajaría de los cielos del monte Ármos para contarle a todo el mundo quién era él.

Había terminado.

Fue a la caseta. Se llevó a

Lucía al Cajigal. La arrojó al vacío.

Después se mezcló con la gente que buscaba a Ana al pie de la montaña. Esperó su momento cuando la vieron aparecer.

—Ahora sólo falta que muera yo para que la historia acabe —le dijo Rafael.

Si hubiera podido escoger un final, ésa habría sido la elección de Rafael.

—Debiste dispararme en

la cabeza —le dijo cuando Sara se levantó.

Amanecía cuando el coche de la ambulancia subió la carretera del colegio y giró hacia la izquierda, cruzando el pueblo por la avenida de Posets. Rafael viajaba tumbado en la camilla. La cruz serigrafiada de la ventana le dibujaba una sombra sobre su rostro. Al

conductor le habría gustado recorrer otro camino, pero no existía. Ésa era la única manera de salir de Monteperdido. No había gente en las aceras. Las persianas estaban echadas. Las puertas, cerradas. Ese silencio de casas clausuradas había visto pasar horas antes el ataúd de Ana, como si el orden natural se hubiera invertido.

Primero la muerte,

después, la vida.

Víctor encontró a Sara apoyada contra la pared de su despacho. Le pareció que temblaba y pensó en acercarse a ella y abrazarla. Le habría gustado decirle que estaba viendo una pesadilla, que todos esos seres que la observaban no eran reales, pero no había nada a lo que despertar. Ésta era la realidad. Y sí, había hombres observando en la

penumbra. Esbozando una media sonrisa mientras los demás se movían agitados por el mundo. Hombres como Rafael.

Sara notó su presencia en el umbral del despacho. Víctor no sabía si entrar o dar media vuelta y marcharse. Todavía tenía restos de sangre del guardia jurado en los nudillos, en la camiseta. Y las mejillas sucias de las lágrimas.

—¿Te importaría ser mi conductor por última vez?
—le preguntó Sara.

Víctor se apartó de la puerta y, con su gesto, la invitó a salir del despacho.

Sara no quiso mirar al resto de los agentes al cruzar la zona común. Supuso que ellos tampoco querían que nadie les mirara. Sólo los más cercanos están invitados a vivir la derrota y ella, aunque tenía la sensación de

haberse hecho un pequeño lugar en aquel cuartel, no era uno de ellos. Adiós, Telmo. Pujante. Adiós, Sanmartín.

Nieve ladró cuando Sara subió al coche. Sus ojos agazapados tras el pelo blanco le parecieron que intentaban darle ánimos, un lametazo. Víctor arrancó el coche y sólo entonces le preguntó:

—¿Dónde vamos?

—¿Qué tal al sitio donde

nos conocimos?

—¿La gasolinera?

—Allí puede recogerme un coche de la policía de Barbastro. No hace falta que tú me lleves hasta la ciudad.

Cuando salieron del despacho, los dos, hundidos en sus propios pensamientos, dejaron atrás los timbrazos de los teléfonos, como ecos procedentes de otro lugar, llamadas que nada tenían

que ver con Sara o Víctor. Los altos mandos exigiendo alguna explicación.

Víctor iba a ser expedientado y, casi con toda seguridad, expulsado del cuerpo después de lo que había pasado con el guardia jurado. Sara... ¿qué pasaría con Sara? Le resultaba tan absurdo que alguien pudiera felicitarla por la detención de Rafael...

Salieron a la carretera y,

al otro lado, Sara miró el pinar donde cinco años atrás desaparecieron Ana y Lucía. Los árboles, cargados de hojas, formaban un muro que hacía imposible atisbar el interior del bosque, ese árbol enfermo del que Caridad le había hablado y que perdía sus raíces enfermas bajo tierra. Un árbol que sólo sobreviviría si nadie lo arrancaba. Esta tierra le había dado

protección, estabilidad, lo mantenía erguido y aparentemente sano. Sólo el resto de las raíces, la turba que le alimentaba por debajo, conocía su enfermedad y lo cuidaba, lo amaba.

El sol nacía e iluminaba la falda del monte Albádes, al oeste, y los picos de las montañas que crecían en el horizonte noreste, monte Perdido, la Kregüeña, los

Montes Malditos al sur, se silueteaban cobrizos y orgullosos, como si estuvieran exhibiendo algún tipo de victoria.

Pasaron el puente del colegio y, al llegar al cruce de la carretera de Posets, Sara no pudo evitar mirar hacia la derecha. El asfalto se levantaba junto a la falda del monte Ármos; arriba, estaba el circo de Tempestades, el teatro

donde estaba el ibón en el que Ana había aprendido a nadar. Frente a la montaña estaba el puente nuevo, la carretera de acceso a la urbanización Los Corzos. Pensó en las casas siamesas de Ana y Lucía, al final de la calle.

No tenía valor para despedirse de los padres de las niñas.

—No vayas tan despacio
—le pidió a Víctor.

Él giró a la izquierda y se internó en la calle que dividía Monteperdido en dos mitades: la avenida de Posets.

Sara vio el hostel La Renclusa. En la habitación estaba su maleta y pensó que ya enviaría a alguien a por ella o, quizá, no lo hiciera nunca. ¿Qué había en esa maleta que quisiera conservar? Recordó entonces la promesa de Elisa

cuando entró por primera vez en ese cuarto y vio la montaña al otro lado del cristal: «Los amaneceres son espectaculares», le dijo la chica que parecía un mirlo asustado.

Las luces del todoterreno iluminaron el asfalto de la avenida de Posets. Dejaron atrás la cafetería La Corza Blanca. «Nunca he entendido la moraleja de esa historia», le dijo Caridad la

noche en la que le contó la leyenda que había nacido en esas tierras. La mujer que era corza o la corza que era mujer.

«Creo en Dios, no en los hombres», bromeó Santiago al salir de la iglesia. La torre románica de Santa María de Laude se levantaba sobre una plaza cerrada a continuación de la cafetería. Un pueblo fortificado, construido hacia dentro, a

resguardo de los forasteros.
Autosuficiente a la fuerza.
La Cofradía y la estrella de
ocho puntas, como la que se
dibujaba sobre el corazón de
Víctor, en una camiseta
manchada de sangre y barro
ahora.

A la derecha de la
avenida, escondida tras
callejuelas que se retorcían
entre más casas de piedra, la
plaza del Ayuntamiento. En
sus soportales estaba la

Sociedad de Cazadores y la armería Nerín. El negocio polvoriento de Marcial. Ni él ni su hija volverían a ser vecinos del pueblo.

Al dejar Monteperdido atrás, Sara tuvo una sensación contradictoria. Iba a echar de menos sus calles empedradas, su gente y, al mismo tiempo, estaba convencida de que ella ya no podía encajar allí.

El pueblo iba a necesitar

olvidar todo lo que había pasado y su presencia lo habría impedido.

—¿Dónde vas a ir? —se atrevió a preguntarle Víctor al ver la silueta de la gasolinera al final de la carretera.

—No lo sé —le dijo ella—. Volveré a casa, supongo.

—Aunque era consciente de que no existía un hogar al que regresar.

A la derecha, estaba el

camino que conducía a Transportes Castán: el suelo que había abrazado el cuerpo de Santiago.

Después, el surtidor de gasolina y, más al sur, ya se adivinaba el congosto de Fall. Las montañas del collado Paderna y el monte Albádes cerrándose en torno a la carretera, que se iba hundiendo conforme se aproximaba a ellas; el pequeño túnel que era la

única salida del pueblo. La puerta secreta por la que se accedía al valle donde se escondía Monteperdido. Dormido entre esas montañas enormes que parecían sostenerlo en sus manos, acunarlo.

A su izquierda, el cauce del Ésera, que ese día bajaba silencioso, como si el agua también estuviera de luto.

Víctor detuvo el coche en la gasolinera y, antes de

apagar el motor, se giró hacia Sara.

—¿Puedo ir contigo?

Donde sea que vayas —le dijo, dejando escapar cada palabra como una bocanada de aire incontenible—.

Podríamos intentarlo.

«De eso trata la vida», recordó Sara que le dijo Caridad, pero no llegó a contestarle nada.

A Víctor le habría gustado explicarse mejor, encontrar

las palabras para describir esa sensación que había estado creciendo en él desde que Sara dejó a Rafael en la sala y cruzó llorando el cuartel hasta su despacho. Víctor no quería huir de Monteperdido: ésta era su tierra, su familia. No quería huir pero tampoco quería perder a Sara. Quizá fuera un sentimiento egoísta pero le gustaba el hombre que había visto reflejado en su

mirada y quería seguir siendo esa persona. Ese Víctor junto al que Sara había dormido en paz.

Ella sintió vértigo. Su visión era incapaz de fijarse en Víctor, a su lado, esperando una respuesta, y se perdió en un pequeño bosque de pinos que crecía tras la gasolinera y que moría ante los riscos de una pequeña montaña. Un mar rojo se mecía sobre el

horizonte, entre los picos y el cielo que clareaba al amanecer. Entonces, entre los árboles y las piedras de la montaña, Sara creyó ver una cierva blanca, que corría entre las sombras y se detenía en un pequeño claro donde se filtraban los primeros rayos. La cierva giró su cuello para, desde esa enorme distancia, clavar sus ojos negros, profundos, en Sara y, después, con un

pequeño salto, desaparecer entre la espesura.

—Vuelve —le dijo entonces a Víctor y, llevada por un pálpito, le insistió con más premura—. Venga, vuelve. Al pueblo. Da marcha atrás.

Víctor salió de nuevo a la carretera, maniobró y dirigió otra vez el coche hacia Monteperdido.

«Yo no soy un asesino», le había dicho Rafael.

—¿Esto tiene algo que ver con lo que acabo de decirte?

—le preguntó Víctor sin apartar la mirada del asfalto.

—Dejó caer a Lucía por el barranco y, luego, vino al pueblo y mató a Ana. Eso es lo que nos ha contado —dijo Sara—. ¿Por qué? ¿No te das cuenta? ¿Por qué iba a hacer eso?

—Me dan igual sus razones —le contestó Víctor.

—No mató a Simón cuando empezó a ser un incordio. Tampoco a Ana cuando volvió a su casa... Hay algo que no encaja; no me creo el cuento de que estuviera desesperado. Si eso fuera verdad, se habría pegado un tiro él. Se habría quitado de en medio. Todavía tenía alguna esperanza.

—¿Cuál?

—Lucía. ¡Párate! —le

gritó Sara al pasar junto al desvío de la empresa de Joaquín—. ¡Entra!

Sara cogió la manilla de su puerta. Quería saltar a tierra. Quería llegar cuanto antes.

«Lucía era mi esposa.»

La tenía escondida en la caseta de aperos. La obligó a hacer una llamada a Ana y, entonces, supo que tarde o temprano la localizarían por el móvil de Simón. La sacó

de allí. La escondió en otro lugar.

«En cuanto se tranquilizaran las cosas, iba a coger a Lucía y salir del valle en el camión», le había dicho al hablarle de cuando se escondieron en la caseta.

—Iba a matar a Ana y, después, escapar con Lucía —le dijo a Víctor.

Detuvo el coche en la explanada de la nave; ante ellos, en paralelo, estaban

aparcados los camiones que Joaquín Castán aún conservaba. Sara bajó del coche y corrió hacia ellos.

«La quería sólo para mí.»

—El muy hijo de puta prefería que la encontráramos muerta antes de que viviera sin él —dijo Sara—. ¡Mira en ese camión!

Víctor abrió las puertas del remolque del camión que ella le decía. Estaba vacío.

Después, él escuchó de nuevo la voz de Sara: «¡Víctor!». Y, antes de que pudiera mirarla, el eco de un disparo. Sara había reventado el candado que cerraba el remolque de un camión azul. Estaba abriendo las puertas. Víctor corrió hacia ella y, al ver la cara de Sara, supo que la había encontrado.

Tuvo miedo de que fuera tarde.

Tuvo miedo a descubrir qué escondía ese camión.

—Tranquila —oyó murmurar a Sara—. Vamos a llevarte con tu familia.

Sara subió al remolque y, sin prisa, caminó hasta la esquina donde se había refugiado Lucía. Sentada en el suelo, las piernas pegadas a su pecho y abrazada a ellas, Lucía temblaba. No sabía si de pánico o de felicidad.

—¿Estás bien, cariño? —
le preguntó Sara apartándole suavemente el pelo de la cara. Y, después, la abrazó.

Sara dejó que la respiración de Lucía se calmara y, poco a poco, se acompasara con la suya. Después, miró atrás. Víctor había subido también al remolque; la luz del amanecer le daba en la espalda y perfilaba su silueta con un resplandor dorado.

Aunque no podía verle la cara, sabía que él también sonreía.

Lucía se estremeció en los brazos de esa extraña, aunque se supo a salvo. Durante cinco años no había sentido más que el tacto frío de Rafael, sus manos rugosas buscando un roce que ella siempre había evitado, y la piel de Ana,

que ya era también su piel. El abrazo de su «hermana» cada noche, acariciándola tanto como el ronroneo de su voz animándola a ser fuerte, a sobrevivir. «No todo fue odio —recordó Lucía—. Tampoco nos pudimos querer más.» Lucía le había salvado la vida a Ana al llegar al refugio, le había dicho a Rafael que se suicidaría si le hacía daño. Aunque Ana no lo supiera,

ella había salvado a Lucía el resto de los días. Siendo su cama, su familia, su conciencia. Odio y amor, como dos caras de una misma moneda.

Lucía no necesitaba que nadie se lo dijera. Sentía que Ana había muerto.

O quizá no. Quizá se había transformado en otra cosa.

En una de esas estrellas que miraba a través del

agujero del refugio. Una pequeña luz en el cielo de Monteperdido.

Lucía pensó en los inviernos y en la nieve. En cuando eran dos niñas que jugaban entre saltos y risas a lanzarse bolas de nieve entre los columpios helados. Recordó cómo el frío le atravesaba los guantes mientras armaba una bola y se la lanzaba a Ana, que había escalado hasta la cima

del tobogán con su pluma fucsia y cómo la nieve estallaba en su cuerpo rompiéndose en mil pedazos y volvía a caer al suelo. Parecía que volvía a nevar. Ana, sin embargo, no se movía. Tenía la mirada clavada a su espalda y, cuando Lucía buscó qué era eso que la paralizaba, vio el ciervo.

Estaba parado delante de Raquel y su aliento se

convirtió en una pequeña nube de vaho que envolvió su hocico y, después, se disolvió en el aire mientras el ciervo retomaba su camino hacia la montaña.

Todos esos recuerdos, todas las caras de Ana, todos sus gestos, se quedarían guardados dentro de Lucía. Su voz, repitiendo una y otra vez el mismo poema mientras andaba en círculos por el agujero, le sonó tan

cercana como si fuera ella
misma quien se lo susurraba
al oído.

*Duraría un segundo. La vi
cruzar el prado y
perdersse en el oro de una
tarde ilusoria,
leve criatura hecha de un
poco de memoria
y de un poco de olvido,
cierva de un solo lado.
Los númenes que rigen este
curioso mundo*

*me dejaron soñarte pero no
ser tu dueño;
tal vez en un recodo del
porvenir profundo
te encontraré de nuevo,
cierva blanca de un sueño.*

Agradecimientos

Monteperdido no existiría sin Jorge Díaz, Carlos Montero, Ángela Armero y Antonio Mercero. Junto a ellos, en una sala de Magnolia, nació la idea de esta historia. Gracias por

dejar que me perdiera en estos montes.

Además, sin los consejos de Jorge y Carlos, esta novela no habría sido la misma.

A Mireia Acosta, mi agente imaginaria, por cruzarse en mi camino y levantar esta historia. Gracias a su entusiasmo se hizo realidad.

A Lars Neubert, Alberto Marcos y David Trías, por

creer desde la primera
página en este
Monteperdido.

A Felix J. Velando y Jose
Óscar López, por leer ésta y
otras muchas historias que
nunca llegaron a imprimirse.

A mi madre, por hacerme
siempre todo más fácil.

Y a Darío y Laura, los
niños que jamás perderé; por
aceptar mis ausencias
mientras escribía con tanta
ilusión como desesperación.

Agustín Martínez nació en Lorca, Murcia, en 1975. Licenciado en Imagen y Sonido por la Universidad Complutense de Madrid, inició su carrera profesional en la publicidad, pero pronto se cruzó en su camino la escritura de guiones de ficción para televisión, trabajo que ha ido alternando con la dirección de programas y colaboraciones en la radio

en espacios como Un Lugar Llamado Mundo (Premio Ondas 2014). Desde 1999, año en el que escribió su primer guion, son muchas las series en las que ha participado, unas veces como creador, otras como guionista: La chica de ayer, Crematorio o Unidad Especial de Homicidios son algunos ejemplos.

Edición en formato digital: junio de 2015

© 2015, Agustín Martínez

© 2015, Magnolia TV España S. L. U.

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021
Barcelona

Diseño de portada: Coverkitchen

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre

expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01652-3

Composición digital: M.I. maqueta,
S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Monteperdido

El ciervo

Monteperdido. 5 años después

1. El deshielo

2. La crecida

3. El baile de los hombres

4. Oscuros de Balced

5. Ibón

6. La batida

7. Cierva blanca

Agradecimientos

Biografía

Créditos